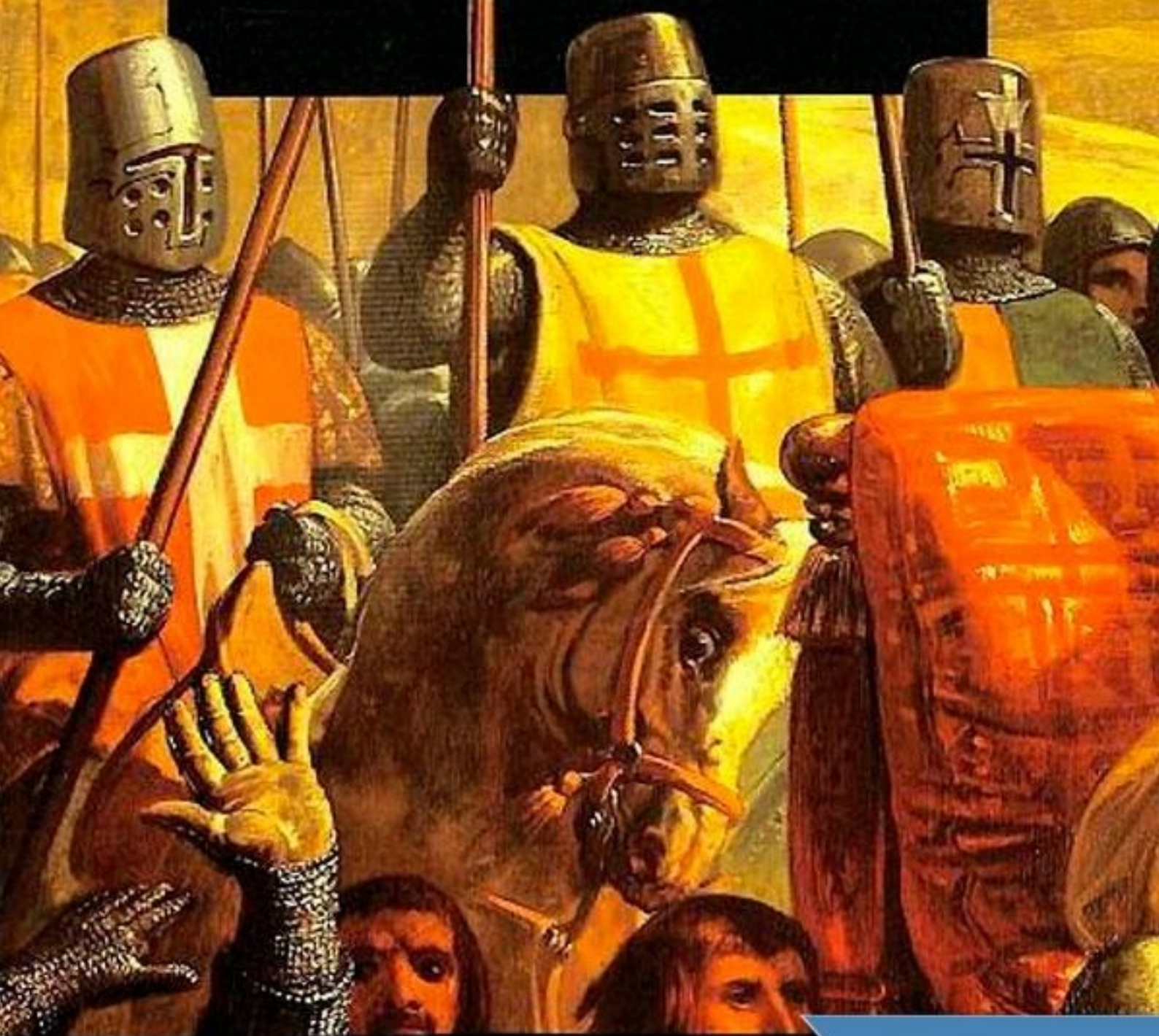


# El Último Templario

Edward Burman



NOVELA HISTÓRICA Lectulandia

Algunos conocimientos arcanos proporcionan a quien los posee el poder para cambiar el destino de la humanidad. Tras seis años de torturas, la Inquisición no ha conseguido arrancarle el secreto mejor guardado de la historia al único superviviente templario. Nicolás de Lirey será el encargado de la investigación, pero para lograr su objetivo deberá sortear las trampas tendidas por el Vaticano, el rey Felipe el Hermoso y una oscura secta llamada Opus Christi, que tienen sus propios planes de dominación. Una intriga fascinante sobre la corrupción política y eclesiástica de un mundo castigado por la crueldad y la ambición.

**Lectulandia**

Edward Burman

# **El último templario**

**Sólo él conoce todos los secretos de la orden**

ePub r1.0

Titivillus 18.11.17

Título original: *The Last Templar*  
Edward Burman, 1990  
Traducción: Pablo di Masso  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Nadia y Nicholas*



# Prólogo



## *Avignon*

— **C**reo que ya han transcurrido diez años desde la muerte de vuestro padre, ¿no es verdad?

—¿Muerte? Ésa es una palabra muy delicada, típica de un sacerdote como vos. Asesinato es más apropiada.

El joven se arrepintió inmediatamente del tono punzante de su voz; no obstante, tras varias horas de discusión y de cumplidos diplomáticos había agotado su apariencia deferente.

Su anfitrión sonrió e introdujo el dedo índice bajo su bien almidonado alzacuello.

—Vamos, sabéis muy bien que yo amaba a vuestro padre más que nadie; excepto vos, naturalmente —dijo, y removi6 su pesado cuerpo sobre el amplio asiento de su sill6n de cuero—. De modo que la herida a6n es profunda...

—La sangre noble jam6s cesa de correr, mi se6or, incluso despu6s de la muerte. Se perpet6a a trav6s del nombre y del honor.

—Se6or Nicol6s de Lirey. Suena bien. Incluso aunque no pose6is tierras —dijo el anciano, asintiendo.

Nicol6s se puso de pie de un salto. No hab6a cabalgado hasta Avignon para o6r c6mo se denigraba la memoria de su padre.

—A los ojos de Dios las tierras son nuestras, mi se6or. El rey de Francia, ese bastardo, es un mero transe6nte, tanto sobre esta tierra como sobre mis dominios.

La reacci6n del joven pareci6 complacer a su anfitri6n, y sus ojos lanzaron un destello de placer.

—No hay necesidad de informar a un hombre de la Iglesia acerca de la opini6n de Dios —replic6 admonitoriamente.

Los dedos regordetes del inquisidor general acariciaban incesantemente un crucifijo de bronce adornado con un 6nico rub6 de gran tama6o.

Nicol6s no necesitaba que se lo recordaran. Era un hombre poderoso y de

voluntad férrea que podía pasearse tranquilamente por los corredores del cuartel general de la Inquisición. A pesar de las muestras de afecto de Bernard de Caen por su padre, y de la cálida y sincera bienvenida, resultaba muy duro olvidar que este hombre era uno de los más despiadados de cuantos pertenecían a la Santa Iglesia de Roma; era el inquisidor general de Provenza y el famoso líder de la más secreta organización de la Iglesia, el temido Opus Christi. Se decía que no había límites que sus miembros no estuvieran dispuestos a sobrepasar en su afán de preservar el poder de la Iglesia.

La habitación abovedada y austera, la amplia mesa de roble que servía de escritorio, las grandes pilas de transcripciones de juicios que cubrían una mesa contigua, la escena de la violenta muerte de San Sebastián, vívidamente pintada sobre paneles de madera y situada expresivamente detrás de Bernard, con el propósito avieso de intimidar a sus visitantes; el propio aire; que parecía muy denso, como si albergara el peso de las almas condenadas que habían atravesado aquella habitación siguiendo el camino de su eterna penitencia... todo servía para inculcar respeto y temor. No resultaba fácil reconciliar este cúmulo de terrores palpables con aquel hombre amable que Nicolás aún podía recordar sosteniéndole entre sus brazos cuando sólo era un niño.

Bernard aguardó pacientemente, casi como si deseara que su huésped reflexionara acerca de estas cuestiones. Luego, al cabo de una larga pausa, volvió a hablar.

—La cuestión es sencilla: ¿qué estáis dispuesto a hacer al respecto? Conocí y amé a vuestro padre y espero hallar su misma sangre bullendo por vuestras venas.

—Y así es, lord Abbot. Haré lo que sea para vengarle y recuperar las tierras de Lirey para mi familia.

—¿Lo que sea?

Nicolás le observó con atención. El corpulento cuerpo parecía sofocado dentro de su hábito oscuro y ajustado, cuyos botones de perlas resistían a duras penas la presión. Aquella sensación de constricción aumentaba el efecto que producía el aspecto del rostro rubicundo del abad; como el color del sol de la mañana a través de una bruma espesa. Daba la impresión de no ser más que un anciano fatigado, cuya ensortijada cabellera hacía ya mucho tiempo que había desaparecido y de la que sólo quedaban unos cuantos mechones pelirrojos que pendían al azar alrededor de su tonsura. Los jóvenes se reírían de esta figura oronda y sudada, con el aspecto de un nabo ambulante, de no ser por sus ojos, pequeños y penetrantes, con un iris amplio del color de la hierba en primavera, que penetraban en el alma humana como una daga en la arena.

Su padre le había dicho que en una ocasión había sido suficiente la sola aparición de Bernard en la sala de un tribunal para que un hombre inocente fuera impulsado a confesar las más heréticas depravaciones. Eso había ocurrido hacía ya veinte años, antes de que perdiera sus cabellos y su cuerpo se hinchara. Sin embargo, Nicolás sabía por experiencia propia que, incluso ahora, los jóvenes jamás se reían de él sino

que, en las raras ocasiones en que el inquisidor general salía a dar un paseo por la ciudad, se daban la vuelta para no verle.

En aquel momento, mientras oía el tono afilado de la voz de Bernard, sabía con certeza que el abad hablaba con absoluta seriedad. Fuera lo que fuese que Bernard tuviera en mente, sin duda era la oportunidad que él había estado esperando durante tantos años.

Indudablemente, la notificación que había recibido y que le convocaba a aquella reunión, era urgente, muy urgente.

—Sí, lo que sea —replicó Nicolás, con una seguridad que brotaba de lo más profundo de su corazón.

—Bien —dijo Bernard, golpeando gozoso las manos e inclinándose por encima de la mesa que les separaba—. ¿De modo que aceptaréis la delicada tarea que he previsto para vos? Se trata de una misión que requiere una persona en quien pueda confiar plenamente, como si mi propia vida me fuera en ello. Y tras la muerte de vuestro pobre padre no hay mejor persona que vos para cumplir ese cometido.

Nuevamente aparecían los cumplidos. Nicolás inclinó la cabeza hacia él.

—Naturalmente —añadió Bernard—, necesitaréis que os acompañe un inquisidor experimentado.

El abad levantó la mano derecha, en un gesto de anticipación, con la palma extendida hacia adelante, que pretendía silenciar la protesta que adivinaba inminente.

En su piel, las gotas de sudor refulgían bajo un tortuoso rayo de sol.

—¿Que yo trabaje con un inquisidor? ¿Acaso no significaría actuar como un delator? —preguntó Nicolás con desdén.

Bernard lanzó un suspiro.

—Cuando el futuro del mundo cristiano se halla en peligro esa palabra carece de significado. El inquisidor del que os hablo es un hombre joven al que he observado estrechamente durante algún tiempo. Tal vez se trate del teólogo más brillante que conozco.

—Sin embargo —adivinó Nicolás—, no conoce toda la historia, ¿no es verdad?

—Hay ciertas cosas que él todavía no podría comprender. Y cualquier indicio acerca de lo que debe buscar podría apartarle de la huella. Es precisamente esta intuición suya la que deseo explotar.

El comentario no tenía demasiado sentido para Nicolás.

—¿Por qué no proporcionarle una mayor información tal como habéis hecho conmigo?

—Porque se trata de una persona brillante y persistente. Una combinación muy peligrosa.

Nicolás reflexionó sobre este comentario, tratando de conjurar una imagen del personaje.

—¿Es ambicioso?

—Aún no, pero la ambición aparecerá en cuanto comience a gustar las mieles del



poder. Será entonces cuando deberéis vigilarle con mucho cuidado.

Nicolás asintió. Pensó que aquellas palabras encerraban un gran poder en bruto, todavía sin pulir, y que un inquisidor corriente jamás se podría convertir en un rival para el inquisidor general. También Bernard era un hombre brillante y, según le constaba, muy peligroso. Sin embargo, su mirada revelaba tanto poder como amor. No había nada que él pudiera temer.

—Bien, conozcamos entonces a ese famoso inquisidor —sugirió.

Bernard golpeó sobre la mesa con una pequeña maza metálica. Un ujier apareció en el vano de la puerta.

—Haced pasar al inquisidor —ordenó.

Nicolás se puso de pie y se dirigió hacia un nicho en la pared, debajo de una amplia ventana. Allí volvió a sentarse, reclinándose sobre mullidos cojines de color púrpura.

Entonces entró el inquisidor.

Desde su posición, con el sol a sus espaldas, Nicolás sabía que era prácticamente invisible, de modo que permitió que sus ojos inspeccionaran con rapidez a quien sería su futuro compañero de andanzas.

Se trataba de un hombre comento, ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado. Su rostro era pálido, pero de una palidez pastosa, muy lejos de resultar aristocrática. En contraste con esta característica, su aspecto era rústico, como el de un campesino en sus tierras atisbando el cielo en busca de nubes de lluvia, con los pies ligeramente más grandes de lo que correspondería a alguien de su estatura.

Nicolás imaginó que debajo del immaculado hábito blanco de la Orden cisterciense se ocultaba un cuerpo enfermo, torcido y salpicado de cicatrices, fruto del trabajo duro. Sin embargo, el hombre, con la frente alta y entradas angulosas, sostenía reciamente la cabeza y el cabello gris lucía un corte peculiar, muy corto por delante y largo por detrás, hasta la altura de su barbilla, como un parisiense atento a los dictados de la moda. Un protuberante labio superior sugería una cierta vanidad que, seguramente, había sido voluntariamente sometida por sus votos religiosos. Tenía el rostro liso y tenso y sus ojos miraban nerviosos aquí y allá, una actitud que resultaba del todo normal en presencia de Bernard de Caen. Esos mismos ojos, con una ligera inclinación hacia abajo, que proporcionara al rostro una apariencia melancólica, podrían resultar inteligentes. Finalmente, Nicolás observó sus manos; finas, blancas, con largos y delgados dedos, como los de Cristo en las estampas de la crucifixión según la interpretaba el estilo bizantino, que no indicaban el menor signo de trabajo manual. El hombre presentaba una mezcla singular de rasgos diferentes.

Bernard le hizo una seña para que se adelantara.

—Precisamente estaba explicándole al señor Nicolás acerca de vuestro éxito en Caen...

—Muy interesante... —dijo Nicolás, demostrando tanto entusiasmo como le fue posible.

La voz parecía provenir de un nicho abierto en la pared y el inquisidor tuvo que entrecerrar los ojos para reconocer la figura tendida como un lagarto bajo el sol brillante. Sentía curiosidad por ver a aquel hombre que había sido llamado sencillamente señor Nicolás. No era corriente en su superior brindar un trato tan poco formal.

—Acercaos, hermano Jacques.

La voz del inquisidor general de Provenza ordenó a sus piernas que se pusieran en movimiento sin el consentimiento de su propietario. Jacques se aproximó a la mesa con la cabeza inclinada en señal de reverencia. La larga serie de lujosas habitaciones que debió atravesar y los guardias armados que vigilaban el recinto contribuyeron a realzar su natural subordinación.

—Sentaos.

Nuevamente, como si sucediera en un sueño, el cuerpo obedeció la orden.

Era un gran honor estar sentado en presencia de Bernard de Caen. Éste era, precisamente, el hombre de quien se decía que ostentaba el mayor poder personal después del papa. El titiritero que movía los hilos de las marionetas en los asuntos más oscuros y secretos en los que estaba involucrada la Iglesia.

Bernard desplazó hacia adelante y con sigilo su orondo cuerpo ondulante.

—Hermano Jacques, os presento a Nicolás de Lirey, desposeído caballero de Francia y un hombre al que confiaría mi propia vida.

El comentario confundió a Jacques. Miró de soslayo al hombre ataviado con ropas de seda y que se hallaba en el nicho de la ventana. Tuvo la impresión de que se trataba de un cumplido exagerado para un sujeto de aspecto tan afeminado que parecía el epítome de los aristócratas jóvenes y elegantes que él despreciaba. No obstante, era rara la vez en que Bernard utilizaba tales palabras de halago, de modo que algo debía existir tras ellas.

—Hay una misión... la misión más secreta y de mayor importancia vital para la supervivencia de la Iglesia... y deseo que aceptéis a Nicolás como vuestro *socius*...

—¿El señor Nicolás un experto en descubrir herejías? —preguntó Jacques.

Se sentía sumamente complacido con el compañero con el que había trabajado durante los últimos dos años y no tenía el menor deseo de sustituirle por aquel atildado aristócrata reclinado entre cojines.

Bernard ignoró el sarcasmo.

—Se trata de una cuestión más vinculada a la política que a las herejías. Nicolás os pondrá al corriente.

Al principio le pareció que este comentario carecía de importancia. Sin embargo, Jacques no pudo evitar sentirse impresionado por la estatura del caballero mientras se apartaba de la ventana, ligeramente inclinado hacia adelante, de modo que daba la impresión de que su cabeza apareciera antes que el resto del cuerpo. Sus ojos eran oscuros y serenos, la piel tan suave como la seda azul de su casaca con puños bordados. Un mechón de negros cabellos se había deslizado sobre su frente y

mientras se detenía ante él, los retiró hacia atrás con un elegante movimiento de la mano.

—Hay un caballero del Temple al que debemos visitar... a quien vos debéis interrogar...

El hermano Jacques sintió la respiración del hombre sobre su rostro y miró hacia su superior en busca de consejo.

Bernard de Caen se dirigió hacia la ventana.

—He ahí el Ródano —anunció solemnemente, aunque cada uno de los hombres sabía perfectamente cuál era el río que fluía a través de la ciudad—. La orilla opuesta se halla bajo los dominios reales. Sin embargo, nosotros estamos fuera de Francia... por muy poco, pero fuera de ella. Y deseamos permanecer así. Ahora, hermano Jacques, debo recordaros el absoluto secreto de esta misión, una condición que nos ayudará en su buen desempeño.

Bernard hizo una pausa para recuperar el aliento y se acercó a Jacques. Se detuvo tan cerca de él, que el inquisidor se encontró mirando la brillante calva de su superior. Cuando continuó hablando, sus palabras tenían un timbre profético, como si provinieran de un oráculo.

—Un fracaso no sólo significaría el control absoluto de la Iglesia por el rey Felipe el Hermoso, sino el final de la cristiandad tal como hoy la conocemos.

El apremio que revelaba la voz de Bernard no permitía el menor asomo de duda acerca de la importancia de sus palabras. La entrevista había terminado. Nicolás de Lirey y el hermano Jacques se miraron el uno al otro de soslayo, como gatos salvajes marcando su territorio y preparándose para el combate.

Los dos hombres se dirigieron hacia Bernard de Caen, le hicieron una reverencia y luego se volvieron, sin mirarse entre sí. A continuación salieron de la estancia, juntos e incómodos.

# Capítulo 1



## *Aigues-Mortes*

El sonido del golpe de las puertas de la prisión resonó a sus espaldas. A él siguió, en un perfecto intervalo de tiempo, el repique de las campanas llamando a vísperas, apartándole de su momento favorito de cada día.

La repentina ausencia de luz y calor creaba una ligera sensación de aturdimiento. Se estremeció. En medio de la oscuridad apareció en la distancia una antorcha llameante. Moviéndose de un lado al otro, la luz avanzó hacia él a través de los arcos del pasadizo abovedado. El sonido de unos pasos pesados seguía al movimiento de la antorcha y su eco se repetía ominosamente en las cúpulas. Miró a su alrededor buscando en la oscuridad a su indeseado compañero.

Cuando se volvió, los rostros de dos guardias pendían como lunas en el resplandor de la antorcha: uno era joven y enjuto, con los ojos saltones e inocentes de una ardilla; el otro, en cambio, era el rostro de un hombre mayor, experimentado y sabio, con una boca en la que destacaba un labio leporino y una sonrisa torcida que parecía proceder del mismísimo infierno.

—Por aquí, por favor, hermano Jacques —dijo el hombre mayor, con un tono de voz digno del magnificat.

Hizo una lenta reverencia y luego se movió en dirección a la figura que permanecía en pie, inmóvil en la oscuridad, detrás de Jacques.

—Por aquí —repitió llanamente, sin dedicarle la menor reverencia.

Sin embargo, cuando el segundo hombre entró en el círculo de luz, algo en su porte pareció inquietar al guardia, que procuró retractar su anterior tratamiento desaprensivo. Hizo una exagerada reverencia antes de hablar.

—Señor Nicolás —dijo muy nervioso y, a continuación, les indicó el camino hacia la tosca escalera de piedra que había detrás del guardia más joven, cuya antorcha cimbreada daba vueltas y más vueltas, apartando de ellos su tembloroso resplandor y creando el efecto de un conejo que desaparece en su madriguera.

Mientras el hermano Jacques buscaba a tientas el camino, recogió su hábito y lanzó un juramento cuando se enganchó en un clavo que sobresalía en algún lugar. El fulgor del polvo que llegó desde lo alto le indicó que su compañero había tenido que detenerse bruscamente para evitar precipitarse sobre él. Percibió el desdén en el rostro aristocrático que se recortaba en la oscuridad, semejante al de un predicador emergiendo a través de las sombras del mal.

Fue entonces cuando percibió el hedor: primero, a agua de mar estancada, luego un olor más penetrante a carne descompuesta. Pensó que, seguramente, debía provenir de la marea. El sonido del agua golpeando allá abajo reverberaba a lo largo de los escalones. Sin embargo, la escalera estaba seca. Tuvo la esperanza de que el hedor desaparecería cuando la marea se alejara. Por el momento no había más remedio que continuar descendiendo.

Se preguntaba qué podía ser tan vital en lo que concernía al anciano caballero al que debía interrogar. La orden había sido repentina y su partida urgente; como si el destino de la cristiandad entera dependiera de las palabras que dijera el prisionero.

Durante días había leído una y otra vez los informes de los interrogatorios que habían tenido lugar varios años atrás. Las transcripciones eran buenas y completas, cubriendo cada uno de los aspectos concebibles de los cargos. Su cometido era buscar cualquier anomalía, incluso la más intrascendente, una especie de anzuelo con el cual penetrar lo más recóndito del alma del hombre. Sin embargo, las respuestas del prisionero no resultaron más que un conjunto de frases deshilvanadas. No parecía haber en ellas el menor sentido.

Y lo peor de todo era que en vez de pasar el día en su tranquilo y fresco gabinete, había tenido que cabalgar bajo un sol abrasador hasta el maldito agujero infernal de la prisión en la que ahora se encontraban.

—¡Maldita sea! —murmuró en voz queda.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó una voz que parecía surgir burlona de las paredes.

—¡Nada!

—Nunca os sentisteis muy feliz de venir aquí —dijo la voz con un ligero tono sarcástico.

¿Acaso aquel hombre podía leerle el pensamiento o simplemente estaba adivinando el estado de sus emociones?

—Podríamos haberlo hecho sin necesidad de realizar semejante viaje. Nuestra situación aquí es semejante a la de cerrar las puertas del establo cuando el caballo se ha desbocado.

—Estoy seguro de que nuestro señor Bernard de Caen tenía buenas razones para enviarnos a este lugar. El rostro continuaba siendo invisible, pero el aliento de aquella voz estaba encima de él.

—Todavía no he encontrado un solo templario con algo interesante que explicar —dijo Jacques con prudencia.

—Pero éste fue un preceptor de la orden. Hasta un templario necesitaba contar con una cierta habilidad para alcanzar ese rango.

Al menos en esta ocasión el sarcasmo no iba dirigido contra él.

¡El preceptor! Ahora lo recordaba. Cuando le habían conducido ante la presencia de su superior y presentado a aquel joven aristócrata, había podido oír como hablaban acerca de un preceptor; «... el preceptor es el único hombre vivo que sabe». Ésas eran las palabras que había oído.

Y luego les habían enviado allí. Todo comenzaba a encajar: el día anterior había llegado un gran número de mensajeros muy inquietos y excitados que se dirigieron directamente a presencia de Bernard. Desde entonces él se había visto sometido a un estado de enorme ansiedad. El mensaje que entregaron a su superior se refería, sin duda, al hombre que ellos iban a interrogar; y su compañero creía que aquello era inútil, aun cuando el propio Nicolás estuviese allí, participando en la misión encomendada.

—¿Sabéis algo de él? —preguntó.

La respuesta surgió de las tinieblas. De haber habido más luz Jacques no hubiera percibido con la misma certeza la ligera hesitación que, para un oído experto, era como el anuncio de una mentira.

—No más que vos.

—¿Nuestro señor Bernard ya le ha interrogado? —preguntó Jacques, siguiendo los dictados de una súbita corazonada.

Hubiese deseado pensar en ello antes de partir.

—No tengo la menor idea. No soy un inquisidor —replicó la voz, aunque el sarcasmo fracasó en su empeño de enmascarar una nueva mentira.

Jacques continuó descendiendo por aquella incómoda escalera. Debía haber algo, alguna cosa, que Bernard no había percibido durante el interrogatorio al que había sometido al caballero templario varios años atrás. Por entonces había estado asignado allí, de modo que debió interrogar a la mitad de los detenidos en aquella prisión. Y algo de lo que entonces pasó inadvertido para Bernard se había convertido ahora en un secreto de vital importancia.

Precisamente en ese momento llegaron a un terreno que tenía la forma de una luna creciente. El guardia estaba haciendo girar la llave en la cerradura de una puerta tachonada. Durante un instante la antorcha iluminó el otro extremo de la estancia y Jacques pudo echar un vistazo y descubrir que allí había otra escalera.

—¿Qué hay allí?

El guardia del labio leporino se rio de buena gana; una especie de gorgoteo en la garganta cuyo eco resonó a lo largo de los muros abovedados.

—La habitación de la limpieza.

—¿Qué queréis decir?

—Es el sitio al que en esta época del año arrojamos a los muertos y a los moribundos... Las corrientes del otoño se los llevan y nos ahorran el trabajo.



—¿Vuestros superiores lo saben?

—Desde luego que lo saben. Nos ahorra el transporte de los cadáveres a través de la laguna hasta el cementerio donde damos sepultura a los herejes. ¿No os parece lo más adecuado?

—Sí, supongo que sí.

En cuanto entraron a un nuevo corredor, las ratas huyeron despavoridas. Jacques sintió que se le aflojaban los intestinos y se alegró de que la oscuridad ocultara el estremecimiento que recorrió su cuerpo atemorizado. El hábito volvió a engancharse en un clavo y le obligó a detenerse bruscamente como si no deseara continuar. La voz, sin embargo, parecía impulsarle hacia adelante.

—Forma parte del trabajo, señor. Al cabo de un rato os acostumbraréis a esto —dijo el guardia riéndose para sí mismo; luego se volvió y empujó la puerta entreabierta, antes de añadir—. Seguidme.

Una docena de pasos a lo largo de un empinado corredor, con la luz cayendo diagonalmente sobre el suelo de tierra, les condujo hasta una cámara con aspecto de tonel abovedado de al menos sesenta pasos de longitud e idéntica altura.

Cuando echó un vistazo al interior del recinto, el hermano Jacques repitió para sí mismo las palabras que había proferido el guardia: «uno se acostumbra a esto». Según se decía, era el don del olfato que caracterizaba al inquisidor. Y ahora, ese olfato le estaba diciendo que el propio Bernard ignoraba exactamente qué era lo que buscaba.

«Prestad atención a las anomalías —había dicho—; buscad en vuestra memoria y luchad contra las transcripciones realizadas hace ya seis años. Todo tiene importancia, hasta el más ligero error o la menor ambigüedad. Complaced al prisionero, haced con él lo que os parezca más oportuno. Es un hombre muy duro y no será tarea fácil. Y, sobre todo, mantenedme informado; el futuro de la Iglesia podría depender de ello», había concluido con un suspiro.

Aquellas sorprendentes palabras repicaban ahora obsesivamente, como un eco, en la cabeza de Jacques; como si se tratara de una migraña recurrente.

La arena donde batallaban era absurda; con aquella lóbrega penumbra, esos rostros malignos débilmente iluminados por las llamas y el extraño joven caballero en vez de su *socius* de siempre.

Volvió a estremecerse, esta vez sacudido por un miedo helado; deseaba volver a subir aquella escalera en dirección al sol y, sin embargo, había algo que le obligaba a permanecer allí.

Uno se acostumbra a ello.

## Capítulo 2



La cámara estaba iluminada por una serie de ventanas a la altura del suelo protegidas por barrotes. En la estancia, y sin orden aparente, había esparcidos varios tipos de muebles, mesas, bancos y sillas. Aquí y allá, y también en desorden, había numerosos rollos de sogas y cadenas. A medio camino del muro exterior había una amplia chimenea que se elevaba verticalmente a través de la bóveda, rompiendo su simetría. Un fuego lento ardía en ella y frente a la chimenea había una especie de estructura de madera con la apariencia de una cama y una pantalla de metal. En el lado más alejado de la chimenea un escribiente hacía su trabajo, sentado a una mesa de caballete, mientras dos dominicos, ataviados de negro, conversaban quedamente a su espalda. Detrás de ellos, varios guardias con aspecto rudo, envueltos en túnicas marrones, sostenían firmemente a un prisionero contra la pared en una actitud que, a juicio de Jacques, indicaba un celo excesivo.

El prisionero estaba desnudo, excepto por un taparrabos, y apenas si podía sostenerse en pie. Cerca de ellos y oscilando a la altura de sus cabezas pendía una cuerda deshilachada sujeta a una pequeña polea que había en lo alto, enganchada a la estructura de ladrillos de la bóveda. La cuerda, como si se tratara de una guirnalda, trazaba un arco perezoso que cruzaba la estancia para anudarse a un simple montacargas de madera asegurado al muro con pernos.

El sol del atardecer caía sobre la soga y arrojaba una delgada y sinuosa sombra que parecía conducir, a lo largo del suelo, hasta las sillas de respaldo alto dispuestas para ellos y situadas en el lado opuesto a la chimenea, a unos cuantos pasos del camino hacia la puerta, donde él se encontraba.

Jacques se dirigió hacia ellos. La cámara había sido fregada recientemente con hierbas para limpiar la atmósfera; sin embargo, a pesar de ese esfuerzo, un hedor acre permanecía adherido a los muros de ladrillos como si formara parte de ellos. El olor a soga quemada y, tal vez, a carne quemada. Procuró respirar por la boca para evitar el hedor.

—¡Traed al prisionero! —ordenó al guardia del labio leporino.

Mientras hablaba, un pesado ruido de madera sobre metal reverberó en la cámara.

—¡No, idiota! —gritó alguien.

Jacques se volvió con rapidez y vio a uno de los dominicos próximos a la chimenea, al otro lado de la estancia, golpeando perversamente al prisionero con un garrote.

—¡Así se hace!

Observó mientras el guardia amonestado hacía una reverencia al inquisidor como si se tratara de una verdadera personalidad de la Iglesia.

No obstante, la violencia desplegada por la figura vestida de negro le sorprendió. Volviéndose lentamente en espera de que su conmoción disminuyera, descubrió que su estómago presionaba de tal forma contra sus costillas que tuvo que hacer grandes esfuerzos para controlar el vómito.

Ante él tenía a un anciano demacrado y decrepito con los ojos salvajes de un lobo hambriento y los pies manchados de barro seco. Apenas se cubría con una túnica marrón y deshilachada. Se sujetó el estómago.

—Dios mío —murmuró, extrayendo un pañuelo del bolsillo y llevandoselo a la nariz, incómodamente consciente de la sonrisa cínica que lucía el rostro de su compañero.

Instintivamente, se dirigió hacia las sillas que habían sido dispuestas para ellos.

Incluso a una distancia de diez pasos, el hedor que brotaba del prisionero era intolerable. Jacques se alegró de encontrarse próximo a la puerta. A lo largo de todo el día había temido un combate de ingenio, de inteligencia, con el orgulloso y altivo caballero, y se había sentido sobrecogido por el temor de que su inexperiencia se pusiera inmediatamente en evidencia. En cambio, se hallaba en presencia de un anciano sucio y encogido. Nada más. Su ansiedad se evaporó.

—Soltadle de las anillas y traedle aquí —ordenó con una nueva confianza en sí mismo y sin buscar el apoyo de Nicolás.

Percibió la conmoción y el desánimo de los guardias ante esta ruptura de las prácticas usuales. El guardia del labio leporino, en particular, movió la cabeza como si jamás hubiese oído nada igual.

Jacques tomó asiento, ignorando la crítica implícita en los rostros contrariados de los guardias, y se removió hasta hallar una posición cómoda. Plegó el pañuelo y lo devolvió a su bolsillo. Luego hizo señas a su compañero para que se sentara a su lado. Pero la figura alta y delgada permaneció ostentosamente en pie, detrás de la silla, poco acostumbrado a ser convocado con semejantes modales por un hombre socialmente inferior.

El prisionero permanecía de pie, con la espalda contra la pared, dándose un masaje en las muñecas recién liberadas.

El rostro del templario, anguloso y surcado de profundas arrugas, llamó la atención de Jacques. Tenía la expresión aburrida y vacía de un hombre que, hartado de mirar el mundo exterior, se había vuelto hacia sí mismo. Debía de tener alrededor de sesenta y cinco años; un hombre que había visto demasiadas cosas durante el

transcurso de su vida en la Orden de los Templarios, sobre todo si se había enrolado en ella cuando estaba en su juventud. Un caballero que ahora aparecía encorvado por la edad y la fatiga pero que, sin duda, había sido un hombre de anchos hombros e imponente altura, tal vez un metro noventa o más.

Jacques estaba pensando que el pobre viejo estaría mejor muerto cuando, inesperadamente, el anciano templario le miró fijamente y sus labios dibujaron una ligera sonrisa. La ironía y la superioridad que abrigaron su expresión resultaron inquietantes.

Jacques se volvió hacia uno de los escribientes y le ordenó que se sentara en una silla a su lado. La luz se hacía a cada momento más escasa a medida que el sol comenzaba a declinar.

La sombra de la cuerda desapareció como si ya no tuviera la menor utilidad.

Comenzaba a hablar cuando un fuerte sonido de cascos retumbó sobre el puente levadizo del exterior ahogando sus palabras. Al principio se relajó y aguardó en silencio, ya que se trataba de un ruido muy corriente. Pensó que sólo duraría algunos segundos. Sin embargo, el sonido continuó. Jacques se concentró, con la mirada fija en el suelo para evitar cualquier otro tipo de estímulo visual, preocupado por el hecho de que aquellos sonidos de pasos y bestias, regulares y poderosos, indicaban que no se trataba de una partida corriente de hombres a caballo. Mientras lo hacía oyó voces masculinas que daban órdenes y lanzaban gritos de despedida, entre otra serie de sonidos que no pudo distinguir. El roce metálico de yelmos y armaduras acompañaba el rítmico estruendo de los cascos del destacamento de soldados. Luego, el estruendo fue seguido por un silencio espectral cuando los jinetes alcanzaron el camino más allá del foso.

Los inquisidores, los escribientes y el prisionero permanecieron expectantes hasta el momento en que se produjo nuevamente el silencio, como si cada uno de ellos estuviese convencido de que aquel episodio se trataba de una pausa y no de un fin.

El nuevo sonido apareció enseguida. Jacques reconoció el típico fragor de los corceles cargados con los avíos de guerra y conducidos por los escuderos que seguían al batallón de caballeros. Su andar solemne y sus pesados zapatos resultaban perfectamente distinguibles, ya que ellos jamás galopaban, ni trotaban, excepto cuando se disponían a entrar en combate. Oyó los gritos de los escuderos mientras atravesaban el puente y los imaginó halando y empujando a los caballos de carga para apartarlos de los bordes del puente. Luego, llegó el sonido de los carros de abastecimiento, cargados fundamentalmente con vituallas para los caballeros y sus cabalgaduras. Al final de la expedición iban algunos animales más pequeños, tal vez caballos de carga o mulas.

Jacques se sintió conmovido; sabía perfectamente que no se trataba de sonidos de paz. Si eran tropas del rey Felipe el Hermoso, no auguraban nada bueno para la Iglesia; si no lo eran, la presencia de una fuerza extranjera podría resultar igualmente peligrosa. Sin embargo, Francia había estado firmemente controlada por las manos

del rey Felipe durante un cuarto de siglo y no se había producido ninguna amenaza exterior desde que finalizara la guerra con Navarra. A la vez, estaba seguro de que al menos eran cincuenta los caballeros que acababan de pasar, un escuadrón completo. Y se imaginó que aquella salida ruidosa y confiada de la ciudad amurallada sugería que la misión que llevaban entre manos era urgente.

Una urgencia que parecía rodearle por completo desde que había sido convocado a presencia de Bernard de Caen unos pocos días antes. Ahora comprendía con inquietud que había sido después de aquella reunión en la que se le asignó la compañía seglar de su nuevo acompañante, cuando oyó sonidos de guerra semejantes en el exterior del convento, en Avignon, mientras ellos se preparaban para emprender el viaje al sitio en que ahora se hallaban.

Durante el viaje, y en más de una ocasión, los guardias habían observado lo extraño que resultaba aquella ausencia de bandidos y ladrones de caminos. La intensa presencia militar les había ahuyentado al interior de los bosques. Recordó a un grupo de caballeros que había llegado ruidosamente hasta una de las hosterías, mucho después de que la mayoría de los viajeros ya estuvieran bien arropados en las grandes camas para diez personas. Los ruidos de guerra parecían perseguirle, aún cuando Francia estuviera en paz. ¿Sería cierto que el rey Felipe estaba planeando invadir Italia?

Una serie de extraños rumores se había extendido por Avignon antes de que ellos abandonaran la ciudad para cumplir su misión en ese agujero infernal; rumores que apuntaban a que el rey deseaba la invasión pero no estaba en condiciones de llevarla a cabo. Aquello no parecía tener el menor sentido, ya que el rey era suficientemente poderoso como para hacer lo que le viniera en gana. ¿Qué se lo impedía?

Bernard había deslizado la idea de que esta misión formaba parte de un intento de prevenir tal invasión. Una misión tan secreta como urgente. Todo el mundo afirmaba que era la primera vez que un *socius* seglar había sido utilizado para sustituir a un par de inquisidores. ¡Un joven caballero altivo y aristócrata! Se preguntó si en París lo sabrían. Y luego se preguntó qué relación tendría todo ello con este decrepito preceptor del Temple. ¿Y él? Jacques movió la cabeza con incredulidad. Su mente se estaba sumiendo en la confusión cuando necesitaba toda la lucidez y la concentración de que fuera capaz.

Fue entonces cuando se dio cuenta, con cierto embarazo, de que los guardias y el prisionero le miraban fijamente.

—En el nombre de Nuestro Señor, amén —comenzó, con fingido entusiasmo.

Una parte de su concentración, sin embargo, permanecía adherida al lejano retumbar del batallón a lo largo del malecón de tierra que conducía a tierra firme.

Miró al primer escribiente y asintió con la cabeza indicándole con un movimiento de su dedo índice que estaba hablando extraoficialmente. Con la pluma en la mano, el hombre, una especie de espectro delgado y de tez grisácea que daba la impresión de haber estado sentado allí desde el preciso momento en que se había construido la

estancia, retrocedió ante la sorpresa de esta nueva irregularidad en el procedimiento.

Jacques le ignoró. Se dirigió lentamente hacia el prisionero y antes de hablar eligió cuidadosamente sus palabras.

—Nosotros, mi colega y yo, estamos aquí para haceros unas cuantas preguntas. Podéis responder o podéis no hacerlo... pero creo que sin duda será mejor para vos si respondéis a nuestras preguntas —dijo, cerrando los ojos y haciendo la señal de la cruz sobre su pecho—. Que Dios os acompañe.

A continuación volvió a asentir con la cabeza en dirección al escribiente para que comenzara con su tarea.

—*In Christi nomine*, amén. En este día, catorce de agosto en el año de Nuestro Señor de 1313, nosotros, el hermano Jacques Fournier, de la Orden cisterciense, y Nicolás de Lirey, Caballero de Francia al servicio de la Iglesia, interrogamos en la localidad de Aigues-Mortes al prisionero... —Jacques levantó lentamente la mirada, procurando expulsar con la lengua el sabor desagradable que le había dejado el nombre de su impuesto compañero de misión—. ¿Vuestro nombre?

—Pietro de Ocre —dijo el prisionero automáticamente con voz fatigada.

—¡Familia! —preguntó Jacques en tono irritado.

—Los condes de Ocre, una rama de los condes de Marsica...

—¿En Italia?

—Sí.

—¿Rango?

—¿En la Orden del Temple? Preceptor.

—¿Provincia?

—Apulia.

El escribiente que estaba sentado registró meticulosamente cada palabra mientras el otro escuchaba con atención, dispuesto a sustituirle si la sesión se prolongaba.

—Su santidad el papa y su alteza real el rey Felipe de Francia han sido informados por testigos de toda confianza de los errores y las abominaciones que ha cometido vuestra Orden. Sin embargo, en vista de los pasados honores de la Orden, tengo instrucciones de informaros que en el caso de que procedáis a una completa y espontánea confesión de la verdad seréis perdonado y se os permitirá regresar al seno de la Santa Iglesia Romana.

Todo el párrafo había sido recitado como de costumbre, ya que constituía una necesaria formalidad.

En esta ocasión Pietro no dijo una sola palabra. Pero su actitud lo decía todo: había escuchado aquella parrafada en numerosas ocasiones a lo largo de los años.

Nicolás observaba en silencio. Bernard de Caen le había jurado que si había algún hombre capaz de extraer el secreto que guardaba el prisionero, Jacques Fournier era ese hombre; y muchos años atrás, antes de morir, su propio padre le había asegurado que no había nadie capaz de juzgar el carácter de un hombre como Bernard de Caen. No obstante, Nicolás aún tenía que comprobar alguna evidencia de tal agudeza. Las



preguntas planteadas eran sólo rutina y las respuestas carecían de significación. El rechoncho inquisidor daba la impresión de estar mejor preparado para trabajar en el campo o incluso en la fragua. Era cierto que el supuestamente brillante cisterciense a cargo de la Inquisición no podía recibir más información sin poner en peligro el plan de Bernard. Pero seguramente debía intentarlo con más empeño. Nicolás pensó que no había el menor rasgo de brillantez en aquellos aburridos ojos grises. ¿Acaso la sabiduría podía provenir de aquella frente estrecha con anchas cejas y de ese rostro toscamente cincelado, el tipo de rostro que es frecuente hallar en todas y cada una de las aldeas francesas?

Jacques percibió la crítica que evidenciaba la pasiva participación de su compañero. Movi6 su cuerpo en la silla y recogió el hábito casi con sensualidad como si deseara contradecir conscientemente las percepciones de su compañero. Luego se dirigió una vez más al prisionero.

—¿Deseáis comenzar explicando la ceremonia por la que fuisteis, digamos... admitido en la Orden del Temple?

Pietro no dijo nada.

—Tenemos un registro de vuestros interrogatorios anteriores y somos conscientes de vuestras depravaciones —prosiguió Jacques con su tono de voz más persuasivo—. Es por el bien de vuestra propia alma que os sugerimos esta nueva confesión.

Nicolás no pudo contener una sonrisa.

Jacques dirigió una mirada hacia la chimenea. Los guardias habían comenzado a sujetar al prisionero calvo al bastidor de madera.

—No es necesario que describáis la ceremonia formal en todos sus detalles, ya que contamos con excelentes descripciones en nuestros archivos y, después de todo, fue aprobada por su santidad Inocencio III. Sin embargo, por el bien de vuestra propia alma y de vuestra salvación eterna sería más sabio de vuestra parte si confesarais los oscuros pecados que siguieron a esta ceremonia. Esos pecados de los que hablan el *CanonEpiscopi* y Burchard de Worms con tanta elocuencia y que yo no puedo repetir ni siquiera en esta mazmorra.

El templario se permitió el lujo de mirar directamente a los ojos de su inquisidor. Pero Jacques desvió la mirada. Observó que el prisionero miraba en dirección a Nicolás, como si el aristócrata fuese, a su juicio, una amenaza menor.

Luego el templario se volvió hacia él con un brillo provocativo en sus ojos.

—¿Y si me niego a confesar? ¿Me torturaréis como a esa pobre alma de allí?

—No era mi intención. Estoy aquí para interrogaros.

—¿Con qué derecho os proponéis torturar a un inocente caballero de la Orden del Temple?

El inquisidor se sintió sorprendido por lo improcedente de la pregunta, que sin duda ponía en evidencia cuál era el estado mental del prisionero tras pasar tantos años en prisión; replicaba rutinariamente, respondiendo más a las afirmaciones que esperaba oír que a las que efectivamente se le hacían.

Jacques decidió que durante algún tiempo debía seguirle el juego y representar el papel del inquisidor salvaje que se esperaba de él.

—Por orden del inquisidor general de Provenza, quien me ha dado instrucciones precisas para que examine la verdad *«avec la tortures il en est besoin...»*. Habláis francés, ¿verdad?

El templario no dijo nada. Sin embargo, un ligero brillo en el extremo de sus ojos decía a las claras que había aprendido muy bien la lengua francesa durante sus años de prisión y que la prefería al latín escolástico.

—Personalmente no creo que esas prácticas resulten eficaces —dijo Jacques.

Hizo una pausa para conseguir el efecto deseado y miró profundamente a los ojos del prisionero. Estaba convencido de que con ese hombre sólo obtendría resultados un interrogatorio sutil: el preceptor no temía a la tortura. Era importante que se reafirmara, que adquiriera seguridad, es decir, proporcionarle algún pequeño privilegio y luego sonsacarle cualesquiera que fuesen los secretos que ocultaba en los más profundos pliegues de su memoria.

Los otros inquisidores que se habían ocupado de él no habían conseguido nada a lo largo de semanas de interrogatorios de modo que no esperaba obtener resultados rápidos. Recordó la urgencia tan poco habitual que impregnaba la orden de su superior de trasladarse hasta allí y se preguntó con cuánto tiempo contaría.

El templario, nuevamente, utilizó toda su energía para rechazar la mirada del inquisidor. Pero Jacques ganó el tanto.

—¿Continuamos?

—Como vos deseéis —replicó ahora con una voz sin matices, resignada—. Si tenéis tiempo que perder...

Pero habló en francés. Era un dato alentador.

Nicolás también percibió el cambio. La sangre comenzaba a brotar de las piedras.

—Veamos los cargos esgrimidos en contra vuestra —prosiguió Jacques— que, según puedo observar aquí, han sido sometidos a vuestra atención en no menos de siete ocasiones diferentes y sin resultados positivos. Es decir, sin que se produjera una confesión espontánea por vuestra parte.

Y, en realidad, estaba ocurriendo otra vez.

—Vos no podéis acusarme seriamente de unos cargos tan ridículos. Niego, con la ayuda de Dios, ahora y siempre, haber participado en cualquier actividad que no estuviera expresamente permitida por nuestra ley.

Una furia genuina brilló en sus ojos. Un disgusto que tantos años de prisión no habían conseguido aplacar. Repentinamente ya no era viejo ni estaba exhausto.

Jacques observó la transformación con verdadero interés.

—¿De modo que obedecíais los preceptos de vuestra ley?

—Desde luego. ¿Qué clase de templario hubiese sido si obrara de un modo diferente? Vosotros, los inquisidores, parecéis creer que cada hermano o es un pervertido o es desleal. ¡Tenéis mucho que aprender!

Había arrojado el guante. Privadamente, Jacques se sentía inclinado a estar de acuerdo con él, ya que la idea de que había miles de hombres que sucumbían secretamente a prácticas homosexuales o heréticas siempre le había parecido algo absurdo. Una noción de ese tipo sólo podía proceder de una mente como la del inquisidor general de París.

Sin embargo, ni siquiera esta certeza le perturbó. Seguía las líneas de interrogatorio de los juicios transcritos en Avignon. No había otro sitio por dónde empezar. En este punto, la mayoría de los templarios negaban vehementemente la acusación porque sabían muy bien que la propia ley estaba viciada de herejía y que una admisión de ese tipo era, por tanto, equivalente a una confesión de herejía y podía conllevar una pena de prisión perpetua. Pietro de Ocre era diferente; al menos en este aspecto.

Jacques necesitaba ganar algo de tiempo para pensar. Se volvió hacia uno de los escribientes.

—¡Traed el manuscrito! —ordenó.

Mientras aguardaban a que cumpliera la orden, se produjo una pausa. Jacques creyó oír un sonido particular, una especie de rasguído, como el que produce el cuero contra una piedra, en la dirección de la puerta de salida. Se movió en silencio hacia la puerta. El ruido cesó. Supuso entonces que había sido producido por las ratas. No obstante, permaneció junto a la puerta.

El entrechocar de cadenas dentro de la cámara apagaba cualquier otro sonido que pudiera oírse. Las cadenas se tensaron contra los muros de piedra y arrastraron los grilletes que sujetaban al prisionero calvo. El hombre lanzó un grito espantoso mientras sus miembros eran estirados hasta el límite en el potro de tormento. Se produjo otra pausa seguida de una serie de órdenes ásperas e incomprensibles y luego otro alarido. Luego, silencio.

Y entonces, nuevamente, aquel sonido en el exterior, demasiado fortuito para proceder de las ratas. Parecía provenir, más bien, de un hombre impaciente. Miró rápida y elocuentemente al caballero De Lirey y observó que también él lo había oído.

Nicolás se puso en pie con sigilo, se movió en *silencio hasta* donde se encontraba el guardia del labio leporino y llegó hasta la puerta. Cuando alcanzó la amplia zona en penumbra estiró las manos, cogió a alguien por las ropas y tiró de él arrojándolo dentro de la cámara.

—¡Cogedle! —ordenó a los guardias mientras un fraile vestido con un hábito negro aparecía precipitadamente ante ellos entrando en el espacio iluminado.

El guardia, cogido por sorpresa, obedeció sin pensarlo. Sin embargo, el embarazo sustituyó muy pronto a la confusión y resultó obvio, por el temor que cruzó su rostro, que estaba acostumbrado a recibir órdenes de su nuevo prisionero.

—¿Qué significa esto? —exclamó el dominico capturado intentando recuperar la iniciativa.

—¡Ah, hermano Jean! —dijo Jacques con entusiasmo, como si saludara a un compañero jovial.

Se habían conocido en el despacho del gobernador cuando llegaron a la prisión. Jean era un hombre bajo, rechoncho, con el típico aspecto corriente que ofrecían los hombres del pueblo de Jacques. Pero no compartía sus sentimientos. Jacques había percibido el modo siniestro en que, con el ojo derecho entrecerrado, observaba cada uno de sus movimientos. Incluso en ese momento había experimentado una creciente desconfianza hacia la aparente amabilidad de Jean.

—Eso es —dijo el fraile— y traía un mensaje para vos cuando fui arrastrado aquí dentro con tanta rudeza.

El guardia le liberó con mucha cautela.

—Lo siento mucho. Ya sabéis que en nuestro trabajo debemos ser muy cuidadosos —dijo Jacques, aderezando debidamente el intercambio de mentiras y falsas cortesías—. ¿El mensaje habéis dicho?

En los ojos del hermano Jean, y sólo durante un minúsculo espacio de tiempo, hubo un brillo de inseguridad y temor.

—Nuestro Superior desea veros —dijo suavemente.

Mientras hablaba, la luz del sol refulgió en su cráneo liso y calvo.

—¡Ah! Eso está muy bien. Gracias —dijo Jacques con un tono de voz que sugería que la conversación había concluido, por lo que el hermano Jean tuvo oportunidad de marcharse con toda rapidez.

Jacques se volvió hacia su compañero.

—Estaba escuchando. ¿Quién creéis que le ha enviado?

—Estaba en el despacho del gobernador cuando llegamos aquí...

—... pero se marchó antes de que nosotros finalizáramos nuestra entrevista con el gobernador —añadió Jacques.

«Tan pronto como supo el propósito de nuestra misión», se dijo para sí. — ¿También vos lo habéis notado?

El hermano Jacques miró con desconfianza a Nicolás y lamentó haberle dejado marchar.

—Tal vez no haya sido más que su natural curiosidad.

—No lo creo.

—¿No?

—Vi al hermano Jean en los establos, hablando con nuestro guía, en el momento de nuestra llegada. Ahora ya hay un hombre más en quien jamás confiaría. Tanto si se trata de un espía como si no lo es.

En esta ocasión Nicolás se permitió una sonrisilla de satisfacción.

—Nuestro Jean estaba claramente conmocionado por lo que oyó. Tal vez se tratara de alguna información procedente de Avignon. Luego prácticamente regresó corriendo al castillo —explicó Nicolás, disfrutando plenamente de su momento de superioridad sobre el joven inquisidor.

Jacques apenas si se percató de ello. Las noticias eran inquietantes.

—¿Creéis que ya podría haber obtenido información acerca del curso de nuestra misión? ¿Puede ser algo realmente tan importante?

Mientras hablaba, Jacques comprendió que el punto clave era la cuestión del guía. Si había traído un mensaje... ¿quién lo había enviado? Seguramente lord Bernard no utilizaría un hombre de esa calaña, sobre todo estando presente Nicolás de Lirey.

—Mucho más de lo que podríais suponer —replicó Nicolás con serenidad.

Sintió curiosidad al ver que el cuerpo rechoncho del inquisidor se había tensado hasta alcanzar casi su misma altura.

Jacques se quedó helado.

—¿Creéis que...?

Sus palabras fueron ahogadas en una especie de agudo chillido que parecía provenir, como un eco, de las entrañas del propio infierno.

Cerró los ojos con fuerza como si ese gesto pudiera hacer que el alarido desapareciera y clavó luego la mirada en el suelo. Su mente era un torbellino, aunque ignoraba si había sido el sereno comentario de Nicolás o el infernal alarido de terror lo que más le había desconcentrado. Jacques levantó nuevamente la mirada y la fijó en Pietro de Ocre, que se masajeaba cuidadosamente las muñecas allí donde habían sido heridas por los grilletes. ¿Quién era aquel hombre para merecer un tratamiento tan urgente? ¿Qué había hecho? ¿Qué sabía?

Sus reflexiones se interrumpieron cuando apareció el escribiente portando un grueso volumen manuscrito apretado fuertemente contra el pecho.

—Venid —dijo Jacques, cogiendo el volumen.

Había mucho trabajo que hacer y tiempo por delante para reflexionar. Resolvió que interrogaría al guía tan pronto como terminara con aquello.

—Permaneced junto a la puerta —ordenó al guardia del labio leporino.

Abrió el libro con cuidado en la página donde estaba el punto de cuero, asegurándose de que el prisionero le miraba y luego leyó en silencio acompañando la lectura con el dedo índice.

—He aquí vuestra ley, preceptor. Aquí se establece sin el menor error que los miembros de vuestra Orden deben «ir donde se reúnen los caballeros excomulgados». ¿Acaso eso no es actuar en contra de los dictados de la Santa Iglesia Romana? ¿Acaso vuestros capítulos, los capítulos de vuestra Orden, no fueron llevados en secreto, en la oscuridad y con exclusión de cualquier testigo potencial?

Pietro se frotó las muñecas y luego dedicó a su interrogador una curiosa mirada como si se propusiera amonestarle.

—Ciertamente. No había razón alguna para que los laicos tomaran parte en los capítulos de la Sagrada Orden; y si nuestros capítulos tuvieron lugar en la oscuridad, entonces fue en la oscuridad del ocaso, después de las laudes. Y nuestra ley no requiere que las laudes comiencen «cuando un hombre puede reconocer a un hombre», de acuerdo con la ley de San Benedicto. ¡No hay ningún mal en ello!

Parecía complacido de apuntarse un tanto demostrando su conocimiento de las órdenes religiosas.

Jacques le presionó.

—¿Acaso no construisteis vuestras propias iglesias y enterrasteis en ellas los cuerpos de aquellos que habían muerto sin las bendiciones de la Santa Iglesia Romana? —preguntó, sintiendo sobre él la fría mirada de Nicolás.

—No sé nada de todo eso.

—¿Y no negasteis a Cristo en vuestras reuniones capitulares semanales, y escupisteis sobre su cruz y practicasteis el beso obsceno?

En realidad, el propio Jacques siempre había encontrado estos cargos descabellados, aunque, naturalmente, jamás se había atrevido a mantener esa opinión en presencia de sus colegas inquisidores.

Cerró el gran libro manuscrito, ya que ahora el interrogatorio había ganado un nuevo impulso.

—Podéis criticar los términos de nuestra ley y tal vez yo estaba equivocado al afirmar que seguía cada párrafo literalmente.

Ahora Pietro daba marcha atrás. Sin embargo, antes de que Jacques tuviera tiempo para saborear su pequeño triunfo, el templario se irguió en su asiento y se dirigió al inquisidor con un tono de voz nuevo y confidencial.

—Puedo aseguraros, señor inquisidor, que mi conciencia cristiana está limpia, que jamás he renegado de mi Dios o de su Hijo, Nuestro Señor y Salvador, más de lo que podríais haberlo hecho vos, y si esperáis que confiese estas acusaciones entonces será mejor que me devolváis a la prisión de inmediato y os ahorréis vuestro aliento.

Fue una respuesta recitada, pero el prisionero demostraba que su audacia iba en aumento. Jacques se sentía complacido. Temía el silencio obstinado más que cualquier otra cosa; una vez que un prisionero comenzaba a jugar la partida, normalmente sólo era cuestión de tiempo que confesara sus pecados. Sin embargo, se recordó que éste no era un prisionero corriente y que debía moverse con mucha cautela. Dentro de la aparente sinceridad de su declaración, había percibido algo más; detrás del fluido discurso aprendido rutinariamente muchos años antes yacía una duda casi inapreciable que un hombre poco experimentado no hubiese podido detectar. Por primera vez tuvo la sensación de que realmente había algo cierto detrás de las acusaciones de herejía.

Jacques miró en dirección a Nicolás, recordando la afirmación de que su propio superior no les hubiese enviado allí para nada. Y entonces, nuevamente, surgieron las preguntas. ¿Qué podía conocer este decrepito caballero que exigiera tal urgencia? ¿Qué clase de conocimiento había llevado a la sustitución de su *socius* por ese joven altivo?

Luchó para no mirar directamente a Nicolás y volvió sus ojos hacia el prisionero.

—Veamos —prosiguió—, somos hombres razonables y educados. Vamos a tomar asiento y a discutir este asunto adecuadamente. —Y dirigiéndose al guardia, añadió



—: Traed una banqueta para el preceptor. Daos prisa.

Jacques siguió la dirección de la mirada de Nicolás, a través de la cámara, directamente sobre el prisionero calvo, que se hallaba junto a la chimenea. Le habían acostado sobre el armazón de madera y amarrado con las piernas sujetas fuertemente por debajo de las rodillas, de modo que le era imposible moverlas. La porción inferior de la estructura de madera terminaba a mitad de la pierna, de modo que sus pies se extendían fuera del soporte. A una señal de uno de los frailes, dos guardias movieron la estructura hasta colocarla en ángulo recto con la chimenea. Una pantalla protegía del fuego las plantas de los pies desnudos del prisionero.

Detrás de la pantalla, las brasas habían sido recogidas en un recipiente metálico.

Un poco antes, Jacques había considerado brevemente trasladar el peso del interrogatorio a Nicolás, aun cuando ello supusiera desobedecer las órdenes específicas recibidas de su superior. Ahora su interés era tan intenso que supo que continuaría personalmente con él hasta el final. Golpeó el puño contra el brazo de su sillón en un gesto de determinación y, al mismo tiempo, fue consciente de que el escribiente le observaba por el rabillo del ojo. Comprendió que aquel hombre podía muy bien hallarse allí para espiarle. Se propuso entonces distraer el fastidio que le provocaba aquel momento y se inclinó hacia adelante para mirar lo que sucedía en el otro extremo de la mazmorra. El campo visual del escribiente quedaba ahora obstaculizado por Nicolás.

Estaban untando los pies desnudos del prisionero con manteca de cerdo.

Se volvió hacia el preceptor.

—Muy bien... ¿continuamos con lo nuestro?

—Esperad —dijo Pietro con calma.

La gentil provocación fue un valiente intento de ignorar lo que estaba sucediendo al otro lado de la cámara. Pero la escena se colaba a través del aire mohoso con la contundencia de una profecía.

Por el momento, la tensión anticipaba futuras preguntas. Jacques se obligó a reclinarse nuevamente en su asiento, deseando aparentar indiferencia ante la actividad que se desarrollaba a su alrededor.

A una señal de uno de los dominicos, apartaron la pantalla protectora. Una quietud sobrecogedora se apoderó de la mazmorra. En ese silencio le pareció, oír en el fondo de su mente un sonido semejante a un ligero chisporroteo, como el producido cuando se echa un cerdo mamón sobre el asador. Todos, inquisidores, guardias y prisioneros, como si estuvieran sujetos a un tácito consentimiento, aguardaron a que se produjeran los primeros gritos de dolor.

Jacques examinó los bordes deshilachados de su hábito.

Y entonces sucedió. Al principio fue un sonido extraño, como un chillido pavoroso que parecía aumentar y ascender hacia la bóveda de la mazmorra. El grito de espanto no parecía real. Luego un aullido poderoso, como el de un jabalí atravesado por una lanza, llenó la estancia.

Jacques sintió que se le revolvía el estómago y jadeó en busca de aire, obligándose a observar la reacción de su prisionero. Al principio observó una expresión de furia en el rostro del anciano caballero; durante un instante reveló temor ante una muerte violenta y sin la menor oportunidad de defenderse. Sin embargo, tal como seguramente había hecho durante alguna de sus guerras, ese temor intenso se transformó rápidamente en el loco impulso que conduce al heroísmo. Jacques observó fascinado que el cuerpo del hombre se endurecía como si estuviera preparándose para el combate. La energía del presente y del pasado era canalizada hasta convertirse en un fiero desafío que brotaba de los ojos muy abiertos y del movimiento convulso de la nuez de Adán. Entonces el templario se volvió hacia Nicolás, con temor y, a la vez, reconociendo al soldado que había en él.

—¡La tortura no os conducirá a sitio alguno! —gritó por encima de los lamentos de dolor del atormentado prisionero.

De modo que después de todo había algo.

—Si lo que decís es verdad, ¿por qué no respondéis a mis preguntas? —inquirió Jacques con calma.

No obtuvo respuesta.

Nicolás observaba la escena fascinado. Era indiferente al dolor y al sufrimiento del preceptor y, sin embargo, compartía con él un cierto orgullo común debido a la resistencia que demostraba aquel hombre. Era un verdadero caballero, y Nicolás se sorprendió pensando que esperaba poder reaccionar del mismo modo si alguna vez le aplicaban aquel tormento espantoso.

El dolor era algo que afectaba a las mujeres y a los hombres de la iglesia. Cuando le sobrevino este pensamiento, observó atentamente a Jacques. Parecía tan fuerte como un buey, tan digno como su humilde cuna; y había sufrido la calurosa cabalgata desde Avignon sin emitir una sola queja. Nicolás se preguntó si el inquisidor reaccionaría a su propia medicina aunque, a la vez, no le criticó abiertamente, ya que sabía con toda convicción que para tener éxito, la misión que les había sido encomendada requería de todos los medios posibles. La intervención de Bernard de Caen sería mucho peor. Nicolás pensó con ironía que ser torturado por él amedrentaría a cualquier caballero, ya que, más allá del suplicio físico, él era capaz de penetrar en su mente.

Esa consideración le hizo estremecer. Porque... ¿cuál sería su destino y el del hermano Jacques en caso de que su misión fracasara? Durante un instante, la sensación del destino que compartían le obligó a mirar al inquisidor con una cierta simpatía. Pero lo superó de inmediato.

Jacques sintió su mirada y también percibió la lejana camaradería que existía entre Nicolás y Pietro; no obstante, decidió ignorarlo. Al principio, la obstinación del templario y el desafío implícito en sus palabras le habían enfurecido. Ahora, sin embargo, comprendía que difícilmente podía esperar algo más porque, fuera lo que fuese que supiera Pietro de Ocre, debía yacer muy profundamente, tanto en el tiempo

como en su memoria. A un nivel más profundo que el que implicaba la propia tortura.

Ahora Jacques comenzaba a entrar en calor con la tarea que tenía ante sí. Había algo especial, único, en la extraña actitud de este prisionero, que le obligaba a recordar las insólitas circunstancias del interrogatorio, para el que había sido elegido él en vez de otros hombres de gran experiencia.

«El problema debe ser de índole teológica», reflexionó, y Bernard de Caen le había elegido a él para sacar a la luz algo que exigía perspicacia teológica más que habilidad inquisitorial. En cuanto tuvo esta revelación, sintió que le embargaba una sensación de inmenso placer. Sin embargo... ¿por qué involucrar a Nicolás de Lirey?

Precisamente en ese instante un nuevo alarido resonó en la mazmorra cuando los pies desnudos del prisionero fueron hundidos en las brasas.

La sensación de placer desapareció del ánimo de Jacques. Apenas si podía contener el vómito que pugnaba por escapar de su garganta. Se puso de pie abruptamente a fin de ocultar su incomodidad, deseando dar la impresión de haber tomado una importante decisión. Aquél no era el sitio idóneo para la tarea que tenía encomendada. Se volvió hacia los guardias.

—Ponedle nuevamente los grilletes y llevadle al despacho del gobernador.

Luego se dirigió rápidamente hacia la puerta con el rostro inclinado de modo tal que los guardias, los escribientes y Nicolás, que le seguían, no pudiesen verle.

Se alegró cuando le rodeó la oscuridad de las escaleras, ya que le permitía recuperar la compostura y erradicar de su mente la escena que acababa de presenciar en la mazmorra.

En el exterior, un caballo relinchó como si deseara responder así a los desesperados alaridos del hombre que era sometido a su interminable suplicio. Jacques recordó entonces los jinetes que había oído antes y, al salir de las mazmorras, detuvo a un guardia y le interrogó en voz baja.

—¿Quiénes eran los jinetes que cruzaron el puente?

—Caballeros alemanes.

—¿Alemanes?

—Los caballeros del emperador Enrique, hermano.

—¿Enrique de Luxemburgo? ¿Aquí?

—No, señor. Sólo sus caballeros —replicó el guardia con el tono de condescendencia que se reserva a los niños que preguntan demasiado.

—Pero... ¿por qué aquí?

—Se dirigen a Italia, señor, para reunirse con el emperador. Estaban en Aquitania y van a embarcarse aquí, desde el puerto de San Luis, el Cruzado. Dicen que el emperador conquistará Roma antes de que el vino de la última cosecha esté listo para ser bebido —replicó el hombre, y comenzó a alejarse.

—¡Oh! —murmuró el hermano Jacques, sin percatarse de que su audiencia se hallaba ahora a unos pocos pasos de distancia. «Otra vez Italia», pensó. ¿A qué se debía que en los últimos días todos los caminos condujeran a Italia?

Percibió la presencia de Nicolás de Lirey a sus espaldas.

—Todos parecen desear Roma —observó Jacques en tono sardónico, sin importarle ahora enfrentarse a su compañero—. Hay caballeros de todas las clases, colores y procedencias vagabundeando por los alrededores y todos ellos parecen dirigirse a Italia.

—Siempre lo han hecho —replicó Nicolás con tanta indiferencia como si hablara del estado del tiempo— y nosotros nos hallamos en una especie de tierra de nadie entre Francia y Alemania. Además, los rumores apuntan a que el príncipe Enrique se ha aliado al rey Felipe...

Jacques se volvió sorprendido. ¿Qué sucedería ahora?

—... de modo que es el rey Felipe quien desea conquistar Roma. Y no se contentará con Roma. Nuestro deber es detenerle.

Había una extraña vehemencia en esas últimas palabras y Jacques estudió atentamente los labios delgados, prietos y firmes del joven caballero.

—¿Nuestro deber?

—Sí, hermano. ¿No imaginaréis que me encuentro aquí con la misión de capturar a un pequeño hereje, no es verdad? Ésta es una cuestión política de la mayor importancia.

Jacques todavía observaba a Nicolás con la boca abierta por la sorpresa.

—Debemos detenerle. ¡Definitivamente! —repitió el caballero De Lirey, y Jacques reconoció nuevamente su incontrolable vehemencia.

El inquisidor sintió que la cabeza le daba vueltas, su mente convertida en un torbellino.

—Por supuesto —dijo inexpresivamente.

Un estremecimiento de temor recorrió su cuerpo a medida que, por primera vez, comenzaba a comprender la importancia de su misión.

## Capítulo 3



En el momento de entrar en la nueva sala de interrogatorios, Jacques percibió que en su mente comenzaba a tomar forma un firme presentimiento; un presentimiento que indicaba que la respuesta que buscaba con tanto ahínco se hallaba sin duda en poder del conde de Ocre. La idea surgió como el distante zumbido de un mosquito que se insinúa en un pliegue de la mente y que, aunque su ataque no se produzca, impide igualmente el sueño.

El viaje a caballo que había soportado hasta llegar a la prisión le resultó sumamente tedioso. No había mejor lugar en el mundo que su propia celda, ningún otro sitio donde experimentara un mayor sentimiento de bienestar y de seguridad espiritual. No obstante aquella certeza, Jacques comprendió que una porción de su mente ya comenzaba a proyectar un viaje a Ocre. Aquella alternativa estaba implícita en las instrucciones recibidas de Bernard de Caen y parecía un propósito tan inevitable como excitante.

Apartó el pensamiento antes de que echara raíces.

La nueva estancia en la que ahora se encontraban era sencilla, de forma rectangular y corría paralela al ala principal de la prisión. Era fresca, con paredes encaladas y amueblada con extrema austeridad. Una ventana se abría al patio y cuando Jacques echó una mirada al exterior observó que dos frailes permanecían de pie, con aire indiferente, en una esquina del patio.

Jacques se dijo que su aspecto de indiferencia resultaba demasiado evidente. Daba la impresión de que los frailes estaban allí para observarles y, tal vez se desplazaran con disimulo hasta la ventana de la sala de interrogatorios con el propósito de escuchar furtivamente, tal como lo había hecho antes el hermano Jean. ¿Acaso aquellos frailes habían estado en las proximidades del despacho del gobernador en el momento de su llegada?

En la mente de Jacques tomó consistencia la siniestra sensación de que les estaban siguiendo, observando, vigilando. Era sólo una intuición, nada más, pero una intuición que experimentaba con demasiada firmeza. Cuando se volvió, Pietro de Ocre había sido conducido a un extremo de la habitación y obligado a sentarse en un

banco, debajo de un crucifijo en el que la cabeza de Cristo estaba pintada, precisamente, de un color ocre pálido. El cuerpo y las piernas del prisionero fueron atadas a la banqueta.

El guardia más joven se sentó a su lado, en el extremo más alejado del banco, junto al cual, en el suelo, habían depositado un cántaro de agua y una vasija de arcilla al alcance de la mano del prisionero.

Dos sillas de altos respaldos y revestidas en cuero habían sido dispuestas para los inquisidores frente a Pietro de Ocre.

Jacques hizo una seña imperceptible a Nicolás, abarcando con un movimiento de los ojos a los escribientes y señalando el camino hacia la puerta. Aguardó mientras Nicolás ordenaba a los escribientes que salieran de la habitación y cerraba la puerta ante sus rostros, tensos por la curiosidad y la decepción. Sólo un guardia permaneció con ellos, un soldado muy conocido por su sordera casi total, un defecto que le permitía desobedecer las órdenes que le dirigían. El hombre no podía oír nada a más de seis pasos de distancia.

—¿Qué pensáis? —preguntó Jacques cuando estuvieron a solas.

El joven aristócrata no pudo resistir un dejo de superioridad.

—Si pedís mi opinión... —comenzó, buscando una confirmación— me da la impresión de que el secreto por el que hemos venido hasta aquí está relacionado con su familia. La verdadera dimensión de un hombre reside en la historia de su familia. Y en el caso de un hombre como Pietro de Ocre, sea lo que fuere que le interese descubrir a Bernard de Caen, debe hallarse en algún momento de su pasado.

La reflexión acerca de la familia del prisionero sólo sirvió para irritar al hermano Jacques. Durante el viaje que habían realizado juntos, Nicolás le había hartado con las historias de sus antepasados. Sin embargo, en esta ocasión Jacques ignoró el tono de superioridad y comprendió que tal vez estuviera en lo cierto. Miró a Pietro de Ocre.

Se dirigió con presteza hacia el otro extremo de la habitación. Nicolás le siguió. Tomaron asiento en las altas sillas de cuero y mientras el prisionero aguardaba, Jacques abrió el gran libro que contenía las transcripciones de los interrogatorios anteriores a que había sido sometido el templario. Buscó entre ellos durante varios minutos, dejando de lado las excéntricas acusaciones de que había sido objeto y leyendo con rapidez los trozos más relevantes hasta que halló lo que estaba buscando. Entonces levantó la mirada con una expresión satisfecha que desconcertó al prisionero. Antes de hablar, se inclinó hacia adelante.

—Creo que vuestra familia se reclama descendiente de Carlomagno —dijo en tono casual, como si se hallara conversando con un nuevo conocido en la corte papal.

Pietro le observó con cautela.

—¿No es así?

—Es verdad.

—¿Reclamáis entonces que vuestra sangre es sangre real? —preguntó Nicolás de

Lirey—. ¿Sangre real francesa?

Nicolás no había leído las transcripciones y su voz dejó traslucir un tono de incredulidad.

Jacques saboreó la conmoción que le había causado al joven aristócrata. Incluso en el calor del orgullo que experimentaba por la figura de su padre, el distinguido caballero Jean de Charny, señor De Lirey y Montfort, Nicolás jamás había hecho semejante reclamo.

Jacques volvió su atención nuevamente a Pietro.

—¿Y bien? —preguntó con suavidad.

—El primer conde de Marsica fue Berardo, que contrajo matrimonio con la princesa Matilda, hija de Pipino el Joven —replicó Pietro con una serena dignidad—. Berardo dominaba sobre un centenar de castillos desde Perugia hasta Apulia —añadió, haciendo una pausa y otorgando al silencio un aura de gran orgullo familiar—. Berardo también fue mi abuelo, conde de Ocre. Su hijo, Tommaso era conocido por los ingleses como Thomas Berard.

—¿El Gran Maestre del Temple? —inquirió Jacques, incapaz de controlar su sorpresa.

El presentimiento de Nicolás de Lirey estaba probando ser una verdadera e inesperada mina de oro.

—¿No era inglés? —preguntó Jacques.

—Nació dentro de los muros del castillo de Ocre, como yo mismo —replicó Pietro con firmeza—. Su verdadero nombre era Tommaso di Berardo dei Conti di Ocre.

Jacques lanzó una rápida mirada a Nicolás y descubrió en el joven el mismo asombro que le embargaba. Sin embargo, también observó un cierto desdén mezclado con lo que parecía constituir una innata simpatía por el anciano italiano.

El Maestre del Temple no aparecía en las transcripciones de los interrogatorios anteriores. Era bastante extraño que un equipo de experimentados investigadores hubiesen trabajado durante semanas con Pietro de Ocre y no tuvieran la menor idea de su relación con el Gran Maestre.

A los ojos de Jacques, el anciano preceptor adquirió una nueva y alentadora importancia.

—Pero, lord preceptor... —prosiguió Nicolás al cabo de una breve pausa.

También él se sentía sorprendido por esta nueva información. Durante un momento se preguntó si Bernard de Caen lo sabría y se sintió complacido al comprobar que el inquisidor lo ignoraba por completo.

En un principio, Jacques deseó interrumpir el interrogatorio pero entonces tuvo conciencia del modo en que semejante falta de cortesía, y de oportunidad, podía afectar a su misión. Asintió con la cabeza en dirección a Nicolás, que prosiguió con su pregunta.

—... vuestra familia ha perdido sus tierras, a menos que yo esté equivocado. Vos

fuisteis... ¿cómo decirlo?... obligado a convertirnos en un templario sin tener tierras de vuestra propiedad.

Una pausa imperceptible contribuyó a que el tono completamente arrogante de Nicolás cayera con todo su peso sobre la palabra elegida... *obligado*.

Jacques observó cómo la simpatía que había aparecido en el rostro de Nicolás poco tiempo antes era sustituida por un desprecio más familiar, como si el caballero que antes le había parecido tan noble se hubiese convertido nuevamente en un pobre viejo patético.

El preceptor se irguió en toda su estatura, exhibiendo algo de la inmensa fortaleza de la que, en otros tiempos, había hecho gala en la guerra.

—¡Vos, joven mequetrefe! —dijo en un silbido—. ¿Cómo os atrevéis?

Jacques observó fascinado mientras las mejillas del templario se arrebolaban como si hubiera tragado un lote de púrpura Tiria. Las venas del cuello se hincharon y, por un momento, su mano extendida amenazó a Nicolás; pero luego dio la impresión de que colgaba vacía, como sucede con una de esas estatuas romanas en las que la espada de madera hace ya mucho tiempo que ha desaparecido.

El guardia se movió rápidamente hacia el prisionero con el puñal desenfundado, pero Jacques le indicó con un gesto autoritario que regresara a su sitio.

Pietro de Ocre se dirigió entonces a Nicolás como si Jacques no estuviera allí.

—Sois demasiado joven para comprender. Es cierto que hemos perdido nuestras tierras. Pero no lo hemos perdido todo. No, joven, os sorprenderíais...

—¿Ah, sí? ¿Y de qué modo? —preguntó Nicolás con amabilidad.

El tono de voz del anciano le indicó con toda claridad que aún quedaban cosas importantes que el templario sabía y que ellos debían averiguar. El hecho de que un italiano de un remoto castillo del sur de la península pudiera reclamar de un modo tan plausible una descendencia, aunque sólo fuera indirecta, de Carlomagno, era algo que le intrigaba sobremanera. Le hubiese gustado poder interrogarle más a fondo en algún otro momento... y a solas.

—¿Y bien? ¿De qué modo me sorprendería? —inquirió nuevamente.

Sin embargo, no obtuvo respuesta. El prisionero se replegó en la banqueta con las mejillas súbitamente hundidas. Su rostro perdió el color con tanta rapidez como le había sobrevenido, como si efectivamente supiera que esta vez había llegado demasiado lejos.

Jacques también le observó con interés; aquel estallido vehemente había confirmado sus propias intuiciones.

—¿Por qué no comenzamos por el momento en que fuisteis arrestado? —preguntó con suavidad.

El prisionero respondió de mala gana, como si le hubiesen pedido que entregara su propia sangre.

—¿El arresto?

—¿Cuándo tuvo lugar? ¿Y dónde?



—Hace seis años.

—¡Sed más preciso!

—El viernes 13 de octubre, al amanecer. La misma mañana en que fueron arrestados todos los templarios de Francia. Habíamos oído rumores, pero el castillo era muy sólido y nos sentíamos a salvo.

—¿Dónde?

—En la comandancia de Greoux. ¿La conocéis?

—Sí, conocemos muy bien el castillo. Pero ¿por qué os encontrabais allí?

Cuando Jacques dijo «nosotros», incluyéndole a él, Nicolás de Lirey le miró con atención durante un instante; sin embargo, no dijo nada, ya que parecía que el preceptor estaba dispuesto a continuar hablando.

—Mi viejo amigo y camarada de armas, Ancelin de Gizy, era el comandante. Habíamos combatido juntos en los viejos días, en Egipto y durante la caída de Acre. Un buen soldado y un amigo leal... que ahora se pudre en alguna de vuestras prisiones de París. Dejó a un sargento a cargo de la plaza, un tal Bertrand, pero era sólo un lugareño y jamás había combatido en Tierra Santa. No estaba preparado y no tuvo el coraje suficiente para resistir al senescal del rey. Le permitió entrar en el castillo y hacerse con él —explicó Pietro de Ocre con la voz embargada por el desprecio.

—No habéis contestado a mi pregunta. ¿Por qué estabais viajando a través de Francia?

—Íbamos camino de París en viaje de negocios vinculados a la Orden —replicó Pietro brevemente, interrumpiendo su verborragia.

—¿Íbamos?

—Yo mismo y dos hermanos sargentos que aún están allí —dijo, señalando el suelo y, debajo de él, las mazmorras—, y nuestra comitiva de guardias, mozos de cuadra y cocinero.

—¿Desde Ocre?

—Sí.

—¿Dónde se halla Ocre, exactamente?

—A tres días a caballo al noreste de Roma, en lo alto de las montañas.

Jacques retuvo esta información. Con el Ojo de su mente pudo ver un camino que ascendía serpenteando desde el mar hacia lo alto, a través de las montañas. Aunque jamás había estado en Roma, parecía conocer la ciudad y reconocer las aldeas y los castillos a medida que su destacamento ascendía por el sinuoso sendero, camino de Ocre.

Alejó de inmediato esa estúpida ilusión de su mente y se obligó a concentrarse en el hombre que tenía ante sí.

—¿Quién era el senescal del rey? ¿Podéis recordarlo?

La reacción del anciano ante esta simple pregunta le dejó estupefacto.

La sangre subió nuevamente al rostro del prisionero y las venas de sus antebrazos

parecieron a punto de estallar. La herida era profunda y continuaba abierta.

—¿Ese bastardo? ¡Jamás le olvidaré mientras viva! Él y sus obscenos soldados. Ponsard de Boyzol era su nombre, el comandante de Aix, un palurdo arrogante como no hay otro igual. Si Ancelin hubiese estado allí jamás nos hubiese cogido. Engañó a un joven guardia, un campesino sin experiencia de combate. Los arqueros, las galerías subterráneas y todos los otros trucos aprendidos de los turcos jamás le hubiesen permitido entrar. Pero no fue así y sus hombres irrumpieron brutalmente mientras yo me encontraba todavía durmiendo. Apenas si tuve tiempo de barrer las telarañas del sueño, quitarme el camisón de dormir y vestirme con mi manto antes de ser reducido y arrastrado por el patio del castillo. Allí mismo leyó la orden real de arresto, acusándonos de los crímenes más abominables que puedan imaginarse bajo el sol... Y el bastardo añadió que había hecho todo el camino desde Aix, como si aquello significara un verdadero honor para nosotros. Jamás podré olvidarlo.

Jacques sintió la aprobación de Nicolás cuando alentó al prisionero para que continuara hablando.

—¿Qué pensasteis más tarde, cuando tuvisteis tiempo de reflexionar sobre ello?

El viejo templario casi se rió, sin poder creer lo que le había sucedido, como si aquellos acontecimientos en realidad no se hubiesen producido. La furia provocada por los amargos recuerdos de su arresto había desatado su memoria tanto como su lengua.

—Parecía algo tan absurdo que estaba seguro de que no duraría demasiado tiempo. Después de todo, la orden de arresto se refería a los templarios franceses, de modo que no tenía nada que ver conmigo. ¡Por el amor de Dios! No fue sino hasta que llegamos aquí, a esta tierra pútrida y pantanosa, que comencé a preocuparme. Este sitio es suficiente para que hasta las almas más brillantes sucumban a un ataque de melancolía.

Jacques, sin duda, compartía con Pietro de Ocre aquella sensación desoladora.

—Nada más que bueyes, almajos y un cielo plano. Trinos de cercetas y el graznido de las garzas... Es como una pesadilla. Y los guardias... los malditos guardias que nunca se cansan de insultarme y burlarse de mí.

Dicho esto dio un puntapié contra el suelo.

—¿Qué os dicen?

—Mayormente, bromas vulgares. Pero hay uno de ellos que no dejaba de mofarse. Me gustaría volver a encontrarme con él. «Sois italiano, ¿no es verdad?», me gritaba; «¿Todos los italianos sois unos chupapollas o sólo los templarios?». Lo recuerdo con tanta claridad como si estuviera aquí mismo. Se llamaba Odoard, un personaje tosco y arrogante. Su despreciable sentido del humor no tenía límites.

Ahora, tras seis años de prisión, su dolor se había atemperado, y ya no había ira en su voz.

—Aquella tortura no acabó hasta que llegamos a este maldito lugar. Luego, al menos me dejaron en paz.

Jacques asintió, echando un vistazo a las notas acumuladas en la mesa que tenía ante sí. Era consciente de la mirada de curiosidad que Nicolás le dirigía y procuró que su voz sonara con un tono razonable. Deseaba haber podido contar con su *socius* de siempre y quedarse a solas con él. Pero no había la menor oportunidad.

—¿Debo entender que fue ese tal Odoard quién causó vuestra cojera?

—¿Mi cojera? Sí. Cuando llegamos al montón de escoria que es esta prisión me arrojó del caballo al suelo como si no tuviera las manos atadas. Incluso el bastardo del senescal le llamó al orden. Pero era demasiado tarde. Me lesioné el muslo y desde entonces ya no he podido caminar sin sufrir dolores. La humedad de este agujeró infernal tampoco ayuda *mucho*.

—No, supongo que no —intervino Nicolás—. Y tampoco debe ser sencillo para un hombre de vuestra cuna estar atrapado aquí...

El joven aristócrata pensó que una demostración de simpatía podía producir buenos resultados.

Pietro levantó la vista, poco convencido.

—... y aun así —prosiguió— continuáis negando todos los cargos tan ampliamente confesados por vuestros camaradas de armas, cuando una confesión os liberaría de este sitio. Deberíais aceptar el consejo de mi compañero.

El preceptor se rio ante aquel viejo truco. Se volvió en dirección a Jacques.

—Apuesto a que os gustaría saber lo que realmente sucedía en nuestros capítulos —dijo en tono de burla.

—¿Cultos diabólicos? ¿Juegos obscenos? —preguntó Jacques, devolviéndole la provocación.

—El diablo... vos no sabéis ni la mitad de ese asunto. Existen verdaderos secretos y un poder real allí. Cosas que ni siquiera podríais soñar...

Jacques aguardó, deseando que el prisionero fundamentara sus declaraciones.

—Es sólo un modo de hacerle regresar —murmuró Pietro misteriosamente, mientras volvía a replegarse una vez más sobre sí mismo.

Su rostro reflejaba la expresión nostálgica, noble, y, sin embargo, ligeramente triste de un hombre que otrora había conocido una cierta grandeza.

Jacques se sentó y permaneció absolutamente inmóvil.

La voz de Pietro de Ocre se redujo hasta convertirse en una especie de suspiro bronco y dubitativo, como si buscara el modo de expresar sus ideas más profundas y no pudiese hallar las palabras adecuadas.

—Podríamos haber tenido la Iglesia, pero...

Estas últimas palabras resultaron incomprensibles. Luego, como si sufriera un hondo arrepentimiento, Pietro se reclinó en la banqueta. Sus siguientes palabras llegaron con toda claridad, evidenciando el mismo tono desafiante que había demostrado antes.

—Sí, nosotros teníamos la clave.

La frase cortó el aire con la misma facilidad con que un puñal penetra en la nieve.

Luego se produjo un silencio obstinado.

Resultaba obvio que ese día ya no podían extraer nada más del prisionero y Jacques comprendió que debía recuperar rápidamente la iniciativa. Recordó aquel sonido que le había llamado la atención en la mazmorra y los frailes que oraban en el exterior y se dirigió a Nicolás en tono confidencial.

—Debemos llevárnoslo de este lugar.

Dicho esto despidió al guardia sordo que había sido el único al que se permitió permanecer en el recinto y se dirigió con rapidez hacia el exterior de la habitación para despedir también a los escribientes. Finalmente, se volvió hacia Pietro de Ocre.

—Preceptor, tal vez os gustaría beneficiaros de la oportunidad de rezar en privado.

La noche ya había caído sobre el patio, sacudido ahora por una brisa refrescante. Continuaba haciendo el calor suficiente para ahuyentar el frío de la prisión pero, a la vez, el fresco exterior aliviaba el excesivo calor diurno.

Cuando entraron en la capilla, las velas del altar parecían lanzar destellos en su dirección, alrededor de las esbeltas columnas que dividían la nave en tres secciones. Pietro marchaba adelante y se arrodilló silenciosamente frente al altar, sobre las lajas de piedra desnuda. Jacques se mantuvo detrás. Se había sentido impresionado por la genuina religiosidad y el aspecto piadoso de su prisionero, y se alegró de poder darle la oportunidad de rezar por su alma. Era una práctica poco corriente; pero la totalidad de su cometido era igualmente poco corriente.

Luego, ante la mirada de los frailes, Pietro habló una vez más. Sus palabras brotaron con tanto sigilo como lo había hecho antes, pero en un tono que, en la atmósfera de quietud y silencio que dominaba la capilla resultaba perfectamente audible.

Con su mirada fija en el crucifijo, dio la impresión de que decía algo así como:

—El papa estaba dispuesto y nosotros podríamos haber salvado a la Iglesia de su desgracia. Y también a nuestra amada Orden...

Jacques apenas pudo creer lo que acababa de oír. El silencio que les envolvía era como el que presagia a una conspiración. Su mente aún se hallaba confusa por los avatares de una misión tan poco ortodoxa, y ahora, como un mal añadido, se enfrentaba a aquellas frases misteriosas: «El papa estaba dispuesto...» y «... salvar a la Iglesia de la desgracia...».

Su primer impulso fue el de pedir sin más dilaciones una explicación a Pietro de Ocre, pero en cuanto experimentó aquel impulso supo, a la vez, que aquella no era en absoluto la reacción acertada. Cualquiera que fuese el secreto que guardaba el preceptor, aun cuando fuera algo vital para la supervivencia de la Iglesia, le llevaría tiempo sacarlo a la superficie. Ni siquiera el propio Bernard de Caen había sido capaz de conseguirlo.

Jacques, no obstante, no deseaba permanecer en aquella prisión bajo una continua vigilancia; una situación en la que jamás se había encontrado y que le resultaba

perturbadora. En la calma austera de la capilla, con las velas titilando a su alrededor y el prisionero arrodillado allí mismo, a sus pies, analizó sus opciones. En su ánimo se hizo cada vez más firme la sospecha inicial de que esta «corta misión», tal como el hermano Bernard la había descrito, se convertiría en una tarea que le llevaría muchos meses de trabajo.

Se arrodilló y rezó.

Cuando volvió a ponerse de pie ya había tomado una decisión. Necesitaba utilizar una zanahoria en el extremo de un palo. Hacer que el prisionero se sintiera cómodo y luego golpearle con dureza. No había necesidad de consultar su estrategia con Nicolás. Era una cuestión estrictamente inquisitorial.

—Venid, preceptor, necesitamos un buen descanso para enfrentarnos al viaje que nos aguarda mañana.

—¿Viaje?

—Os llevaremos a Avignon. Esta mazmorra es inapropiada para un hombre de vuestro rango —explicó, observando que Nicolás asentía con gentileza.

A continuación, cogió gentilmente a Pietro por un brazo y le condujo a través de la puerta de la capilla.

—Guardias —ordenó—, llevad a este hombre a su celda hasta el amanecer.

El prisionero se alejó murmurando algo para sí mismo; y mientras avanzaba ocurrió que, repentinamente, pareció cobrar su verdadera importancia el nombre del destino del viaje que emprendería al día siguiente.

—¿Avignon? ¿En las tierras de Anjou? —preguntó con desconfianza, pronunciando el nombre como si se tratara de algo ponzoñoso, como si hubiese hecho blanco en un nervio muy profundo que ahora quedaba expuesto.

Jacques se volvió hacia Nicolás.

—¿Os importaría ir en busca de nuestro guía? Traedle aquí tan pronto como os sea posible.

Luego cerró la puerta y tomó asiento.

Sin embargo, Nicolás estuvo de regreso antes de que tuviera tiempo de ordenar sus pensamientos.

—Se ha marchado, hermano —dijo el caballero.

—¿Marchado? ¿Adónde?

—A Avignon.

—¿No debía regresar con nosotros?

—Sí, pero encontraremos a otro —replicó Nicolás.

Jacques estuvo de acuerdo, aunque pensó que en aquellos momentos un guía no era demasiado necesario. Pero entonces se hizo una nueva pregunta que planteó enseguida en voz alta a su compañero.

—¿Se marchó solo?

—No, con un destacamento de oficiales reales.

—¿Reales? —preguntó Jacques en alta voz.

Sus pensamientos fueron entonces todavía más siniestros, ya que ello suponía que el guía podía haber llevado a Aigues-Mortes algún mensaje de los hombres del rey.

Una fuerte reacción física invadió su cuerpo, revolviéndole las entrañas, informando claramente a su mente racional que se estaba introduciendo en un verdadero tremedal político.

## Capítulo 4



A la mañana siguiente, un sudario fantasmal envolvió las ciénagas como si hubiese sido dispuesto deliberadamente para ocultar a los enemigos que Pietro parecía temer. Partieron después de la oración matinal para salir de la zona de la Camarga antes de que la luz del sol del verano devorara la humedad y convirtiera el viaje a caballo en un verdadero suplicio.

En ausencia del viento, el sonido distante de las campanas, que convocaban a los monjes para que asistieran a la oración matinal, llegaba hasta ellos con toda claridad.

Viajando hacia el norte, en dirección a Nimes, tan rápidamente como lo permitía la inquieta cabalgadura de Pietro, alcanzaron el camino principal hacia Montpellier a última hora de la tarde y se detuvieron en una pequeña hostería que se alzaba en el cruce de caminos.

El hermano Jacques calculó que les llevaría otros dos días llegar hasta Avignon.

A medida que avanzaban a caballo, le divirtió observar que los ojos de Pietro exhibían una mirada brillante y atenta, disfrutando de la simple visión de las cosas que durante tantos años habían estado fuera de su alcance. Llevaba las manos sujetas con los grilletes, sin embargo no eran un obstáculo que le impidieran observarlo todo con avidez. Su cabeza giraba a uno y otro lado como si se tratara de un niño campesino que visita la ciudad por primera vez. Devoraba con sus ojos a las campesinas que pasaban a su lado llevando sobre la cabeza fardos de pienso y hatos de leña. Las observaba con tanta intensidad que las mujeres le rehuían. Seguramente pensaban que aquel anciano debía estar loco.

En una ocasión, sólo una, su rostro adquirió una palidez mortal; fue cuando pasaron junto a los cadáveres de las víctimas estranguladas por los salteadores de caminos; cuerpos irreales, blancos e hinchados como vejigas de cerdos contra los oscuros y empapados zanjones donde habían sido arrojados.

A intervalos regulares bebían el agua fresca que brotaba de los manantiales subterráneos, mezclándola con sal. Hacia el mediodía decidieron detenerse durante una hora para que las mulas se tomaran un descanso y aprovecharon para comer el pan y las olivas que habían llevado consigo. A ambos lados del camino, los

campesinos trabajaban infatigablemente, cosechando el trigo y el centeno.

El único tráfico que vieron, hasta el momento en que llegaron al camino principal, consistió en grandes carros de cuatro ruedas tirados por bueyes y cargados de grano, que se dirigían hacia el bajo Ródano, a los molinos de agua que flanqueaban el curso del río, donde sería molido.

La segunda noche, cuando se detuvieron para acampar, Jacques observó que las mujeres de la aldea próxima recogían la primera miel de la temporada. Los niños, entretanto, juntaban grandes ramos de lavanda y otras hierbas y los colgaban a secar bajo los aleros de la hostería situada al borde del camino.

Jacques sentía que un sudor salobre le irritaba los muslos, que rozaban continuamente contra los flancos del caballo; el sol, por su parte, parecía empeñado en freírle el cráneo, de modo que se sintió feliz de desmontar, hundir la cabeza en un barril de agua fresca y sentarse, con las piernas bien abiertas, en un rincón de la habitación de suelo de tierra de la hostería.

Nicolás había conducido a Pietro y a sus dos guardias hasta un granero que se levantaba detrás del hospedaje, lejos del camino, más allá de unos espesos y espinosos matorrales que ofrecían una defensa natural tan eficaz como un destacamento de soldados.

Sin embargo, los rostros de sus huéspedes estaban muy lejos de reflejar tranquilidad. En el extremo opuesto se sentaba un hombre desdentado que, a primera vista, parecía anciano pero que, no obstante, evidenciaba los gestos rápidos y la risa fácil de un hombre más joven. Se protegía y perfumaba con un aura de ajo de olor tan penetrante que seguramente se había bañado en él.

Jacques sintió cómo se le dilataban las ventanas de la nariz cuando pensó en su plato favorito de judías y ajos, tal como lo preparaba su madre. Junto al bellaco se sentaba su compañero, un muchacho de rostro dulce y con un ojo ligeramente torcido que hubiera podido pasar por el tonto del pueblo... de no ser por la daga dispuesta para la acción, bien enfundada en su cinturón tal como la llevan los expertos cuchilleros. Su mano permanecía muy cerca del arma mientras sorbía la sopa a grandes y ruidosos sorbos.

Durante unos instantes Jacques se preguntó si no serían estos hombres quienes robaran y asesinaran a los viajeros cuyos cadáveres habían visto poco tiempo antes. Tenían el aspecto patibulario de quienes son capaces de matar a sus propias madres y luego acudir a misa sin el menor cargo de conciencia. Un par de guardias no serían suficientes para controlar a dos bestias de ese calibre.

Decidió apartar de su mente aquellos aciagos pensamientos y se dedicó a observar a la esposa del posadero, que cortaba gruesos trozos de grasa rancia para echarlos dentro del caldero que hervía a fuego lento, incluso a aquella altura del verano. Era una mujer atractiva y bien formada, de buen temperamento, que respondía con una risa espontánea y cantarina incluso a los rufianes que le lanzaban los comentarios más groseros. A Jacques la mujer le recordó a la viuda Ida, que fuera objeto de su



interrogatorio anterior.

El caso de la viuda Ida resultó ser un caso más convencional y teológicamente más interesante de lo que ahora podía recordar. El recuerdo de la mujer, «Toda Amor», como era conocida desde Milán hasta Avignon, le llenó de calor. Se preguntó si su risa encantadora podría haber sobrevivido a este lugar.

Había representado un cambio respecto de los acostumbrados casos de brujas, ya que su arresto se produjo cuando intentaba seducir a dos dominicos en pleno campo durante la última cosecha del otoño. Era una mujer cálida, honesta e inteligente que había incurrido en el delito de injurias al tribunal cuando respondió con toda naturalidad a las preguntas de su presidente. Jacques tuvo la deferencia de advertirle lo que sucedería, pero el inquisidor mayor era remiso a aceptar las sugerencias de un hombre joven. La estancia se había llenado de risillas mientras ella imitaba las voces pomposas de los dos dominicos: «Marchaos de aquí, señora, dejadnos en paz. Sólo buscamos un poco de grano...». Eso era, al menos, lo que aparentemente le habían dicho. La mujer tenía un talento innato para relatar historias. A continuación recuperó su propio tono de voz para decir: «Ah, pero yo sé muy bien qué clase de grano es el que buscáis. Vosotros deseáis joder conmigo, ése es el grano que estáis buscando — repitió ella ante el tribunal—. Pero ellos no me escucharon, señor. No había nada de malo en lo que yo les ofrecía».

Este último comentario volvió a causar gracia a los asistentes, cuyas risas resonaron en la solemne sala del tribunal. Cuando el presidente de la corte volvió a llamarla al orden, ella le había replicado con una lógica que, en su fuero interno, divirtió sobremanera a Jacques.

—¿Por qué es un pecado? —había gritado, ahora furiosa—. No es un pecado en absoluto, porque el propio Dios lo ordenó, ya que los frailes y los sacerdotes son tan hombres como los demás hombres; y Dios también les dotó a ellos con todo lo necesario. Sí, ellos están bien dotados y sirven muy bien a las mujeres. Y si era un pecado y Dios no lo deseaba, entonces no debió haber permitido que esto sucediera.

El hermano Jacques se había sentido feliz de que su responsabilidad personal terminara en cuanto entró en la sala del tribunal. El recuerdo del gesto provocativo de Ida hizo aflorar una sonrisa a sus labios. Había algo definitivamente atractivo en ella. No era extraño que tantos hermanos sucumbieran a sus encantos.

Súbitamente, el ruido de gritos, puertas golpeándose con fuerza y caballos lanzados al galope, interrumpieron la privacidad de sus pensamientos.

—¡Esperad! ¡Regresad aquí! ¡Guardias!

Era la voz estridente de Nicolás de Lirey.

Jacques se precipitó hacia la puerta, pensando que podría haberse cometido otro asesinato. Echó un vistazo al extremo de la estancia, pero el par de tipos con aspecto de villanos continuaban sentados masticando grandes trozos de pan.

El alboroto provenía del exterior.

—¿Qué sucede? —preguntó Jacques a su compañero.

Nicolás y los guardias se habían enzarzado en una pelea con un grupo de rufianes en el estrecho pasadizo que había detrás de la hostería que conducía al granero.

—¡Coged al muchacho! ¡El muchacho! —gritó Nicolás, mientras devolvía golpe por golpe con su brazo armado.

El caballero De Lirey se volvió con presteza, cogiendo a su oponente por el cuello con su brazo libre y arrojándolo al suelo por encima del muslo. El hombre era muy fuerte pero no conocía nada mejor que golpear con un garrote un cráneo indefenso. Nicolás pensó que en un instante estaría en condiciones de ocuparse de los demás.

Jacques miró en la dirección en que Nicolás había tratado de alertarle. Vio entonces a un muchacho que sostenía las riendas de cuatro caballos; ésa era la vía de escape prevista. Sin embargo, Jacques no podía comprender cuál era la razón del ataque. Estaba a punto de correr en dirección al muchacho cuando un poderoso y rugiente corcel se cruzó en su camino.

Nicolás fue arrojado al suelo por un jinete que había aparecido súbitamente procedente del granero. Se trataba de un hombre gigantesco y de aspecto rudo, con una sonrisa tan diabólica como la de una gárgola, que cabalgaba en dirección a los sorprendidos guardias como si en realidad no existieran. Enarbolaba un garrote con el que golpeaba a uno y otro lado, abatiendo a los guardias como si fueran moscas.

Para su propio horror, Jacques vio que sobre el caballo, detrás del gigante, iba Pietro de Ocre amarrado como si se tratara de una presa de caza.

Ahora comprendía perfectamente la razón de aquel ataque.

Le tranquilizó observar que su compañero se ponía de pie tambaleándose. Luego, la voz de Nicolás, inimitable y arrogante lanzó un juramento estridente:

—¡Maldita sea! ¡Somos caballeros antes que sacerdotes!

Aquellas palabras afiladas resonaron por encima del estrépito que les rodeaba e hizo que Jacques se pusiera en movimiento. El instinto prevaleció por sobre el buen sentido y prácticamente se arrojó bajo el corcel que avanzaba en su dirección, aunque lo hizo desde el lado izquierdo, menos protegido por los golpes del enorme guerrero. Deslizó un brazo bajo el muslo del jinete, fijando el hombre contra el flanco de la cabalgadura y presionando hacia arriba con sus piernas arrojó al hombre fuera de la silla hasta que dio con sus huesos en el suelo. Para entonces, los guardias de la prisión ya se habían unido a él y cogieron al caballo por las riendas.

—¡Sujetad a ese animal y liberad a nuestro prisionero!

Mientras le obedecían, el gigante se puso de pie e imponiéndose a los débiles esfuerzos de los guardias por detenerle, se dirigió a toda carrera hacia el lugar donde aguardaba el muchacho con los caballos dispuestos para la huida. En un brevísimo lapso de tiempo, que a Jacques le parecieron sólo unos pocos segundos desde que le arrojara al suelo, los caballos y sus jinetes desaparecían detrás de una curva del camino.

Cuando Nicolás se reunió con los demás, Pietro de Ocre había sido llevado adentro. Tenía el rostro levemente herido, con algunos golpes y rasguños, aunque

parecía contento con la experiencia vivida. Miró a Jacques con genuina admiración.

—No ha estado mal para el hijo de un panadero —dijo Nicolás con una sonrisa.

—Ha sido instintivo —murmuró Jacques.

Ahora comprendía la osadía de su acto y podía percibir el terror que le embargaba. Sintió cómo su cuerpo temblaba de miedo.

Rezó, sonrió con un nuevo tipo de confianza en sí mismo y se volvió hacia Nicolás.

—Tuve un tío que lidiaba con toros en Arles. Escuchábamos sus historias junto al fuego y soñábamos con que algún día haríamos algo parecido. Mi primera ambición fue la de convertirme en torero. Pero lo más cerca que estuve de ello fue cuando ensayaba con algunos temeros en un campo que había detrás de mi aldea, acompañado por mis hermanos y hermanas. Los terneros son unos bichos muy tontos, y pronto aprendí a arrojarlos a tierra. Y los caballos, al igual que los temeros y los becerros, también tienen cuatro patas —explicó, lanzando una risotada alentada por la energía que le proporcionaba el miedo.

—Jamás imaginé que tuvierais tanta fuerza —dijo Nicolás, haciéndose cargo repentinamente de la juventud de su compañero.

Hasta ese momento, le había parecido que el hermano Jacques había nacido siendo un erudito y un inquisidor; un monje sin infancia.

—Los caballeros no son los únicos hombres fuertes. Mi abuelo era tan bueno con el hacha de guerra como puede serlo cualquier caballero. Amasar la harina antes del amanecer es una actividad tan buena como la de la esgrima o las justas a caballo.

—Sí, supongo que deber ser así —replicó Nicolás, que no tenía la menor idea de cómo se fabricaba el pan. No obstante, algo estimuló su curiosidad—. ¿Vuestro abuelo también era panadero? —Hasta ese momento jamás se le había ocurrido pensar que los campesinos también tenían antepasados—. En el País de Foix, ¿no es así? —preguntó, sin poder recordar el nombre de la aldea, aunque se lo había dicho el día anterior.

—Saverdun —dijo Jacques con una risilla nerviosa.

—¡Ah! —exclamó Nicolás, que parecía estar considerando aquella información con todo cuidado. Luego le miró fijamente como si se le hubiese ocurrido un nuevo pensamiento—. ¿Y vuestra madre?

—Ella también ayudaba en las tareas del molino y me enseñó muchas cosas que hoy me son de gran utilidad.

—¿Qué es lo que pudo enseñaros una mujer acerca de combates y batallas? —preguntó Nicolás, extrayendo un pañuelo de su túnica para comenzar a limpiarse la sangre caliente que brotaba de los cortes que había sufrido en las mejillas.

Por el rabillo del ojo pudo detectar una ligera sonrisa que suavizó los rasgos del rostro del inquisidor.

Sus ojos se alzaron al cielo y dio la impresión de sentirse tan feliz como un niño pequeño que acaba de recibir su primera lección de equitación.

—Perseverancia. Ésa era su palabra favorita. Cuando yo salía al campo acompañado por mis hermanos a poner trampas para cazar conejos, ella siempre solía decirnos: «Persevera, eres el único que puede hacerlo. Y del mismo modo en que si eres paciente siempre cazarás un conejo con tus trampas, de ese mismo modo te igualarás a los más grandes hombres. Debes hacer tus trampas muy fuertes, ser paciente y perseverar».

—Suenan como una fábula —dijo Nicolás, sonriendo.

Era un buen consejo para los niños, pero del todo inútil para un caballero. Sin embargo, miró a Jacques con un interés creciente. Había una nueva fuerza en las respuestas del monje, un orgullo que seguramente se derivaba de su propia persona, ya que, sin duda, no era hereditario. De repente, los ojos grises y opacos de Jacques revelaban tanta fortaleza como sus manos: se hicieron más claros y brillaron con un luminoso tinte azul cuando hablaba de su madre. El cuerpo rechoncho todavía se tambaleaba, con los pies demasiado separados y torcidos para brillar en la Corte, pero estaba firmemente asentado sobre la tierra. Se necesitaría a varios hombres para poder mover al inquisidor en contra de su voluntad. Su cabeza se erguía orgullosa, sus cabellos caían hacia atrás en gruesos mechones, como los que ostentan las esculturas de las gárgolas. Durante unos instantes, Nicolás se sintió conmovido por la otra persona que parecía surgir del interior de aquel orondo sacerdote campesino.

Jacques detectó la mirada del caballero, pero la ignoró.

—Es verdad —prosiguió entonces—. Ella tenía razón. Paciencia, perseverancia y fortaleza. Eso es lo que se necesita.

—¿Y con eso capturaremos al villano? —preguntó Nicolás señalando el camino con el dedo pulgar.

El sarcasmo brotó naturalmente como una reacción al súbito dominio de la situación que parecía ejercer el hermano Jacques. Nicolás reflexionó y se dijo que aquella filosofía de andar por casa no tenía demasiada utilidad durante el combate. Sin embargo, el hermano Jacques había demostrado ser un hombre valiente; de modo que decidió guardar para él sus reflexiones.

—Lo dudo. Y dudo que sirviera de algo. ¿De dónde salió?

—Estaba en el granero con los demás bribones. Yo hice que nuestro Pietro entrara el primero. Alguien le hirió y los demás se lanzaron contra mí y los guardias. Debí haber inspeccionado el lugar. Sin contar con el factor de la sorpresa jamás lo hubiesen cogido.

Confesar el error que había cometido le costó mucho, pero sabía que él debió entrar en el granero antes que lo hicieran los demás.

—No se lo hubieran llevado —observó Jacques—. ¿Quién creéis que lo habrá enviado? Eso es lo primero que debemos averiguar.

Se preguntó si el episodio estaría relacionado con el del hermano Jean. Súbitamente, miró hacia atrás por encima del hombro como si el rechoncho dominico pudiese hallarse allí, a sus espaldas.

—Alguien que quiere a nuestro Pietro. Eso está muy claro. Pero ¿quién? — reflexionó Nicolás en voz alta.

—Vos deberíais saberlo.

—¿Yo? —preguntó sorprendido Nicolás, pensando que Jacques suponía que él estaba conspirando en contra suya.

Seguramente no pensaba que Bernard de Caen podía estar implicado en un doble juego... ¿O sí? La ingenuidad del monje le resultaba sorprendente.

La perplejidad de Nicolás parecía genuina y Jacques se sintió complacido, aunque sus sospechas permanecían intactas.

—Bueno, toda esta misión en su conjunto es, como sabéis, muy poco convencional. ¿Por qué debía mantenerse la orden en secreto? ¿Por qué fuimos elegidos? Vos sois el hombre de Bernard de Caen. Responded.

Nicolás se volvió hacia él con rapidez, agitando su brazo derecho. En sus ojos había un brillo de odio y de amenaza.

—¿Acaso este estallido de violencia os ha afectado la mente, hermano? Yo estoy aquí simplemente por la importancia de vuestra misión. Bernard deseaba un caballero seglar para acompañaros. Es una cuestión de política y no de herejía. Y debo deciros que los detalles de esta misión también se hallan fuera de mi conocimiento.

Se irguió en toda su estatura y se dirigió furibundo hacia el granero. ¿Qué derecho tenía un campesino, el hijo de un panadero, sin importar lo más mínimo que fuera un inquisidor, para dirigirse a él de aquella manera? ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo? La vieja sangre de sus antepasados le hirvió en las venas.

De modo que se trataba de eso. Nicolás de Lirey estaba allí simplemente en calidad de observador, tal como Jacques lo suponía. Una vez que el caballero desapareció de su vista, comprendió que lo que le creaba aquella inquietud que experimentaba en su interior se relacionaba con el extraño método por el que habían sido elegidos para llevar a cabo una misión que no había sido especificada. Se preguntó si tal vez lo que se esperaba de él no era que descubriera la verdad sino algo más sutil, como por ejemplo que desvelara una serie de ideas entre las que el hermano Bernard de Caen reconocería la idea correcta. ¿Qué le ocultaba Nicolás? Durante algún tiempo debía seguir sus propios instintos y sus propios razonamientos, sin confiar en nadie, ni en Nicolás ni en Bernard de Caen. El abortado intento de secuestro indicaba que la verdad que buscaba era de la mayor importancia. No obstante, Jacques experimentó un ligero estremecimiento al darse cuenta de que estaba dudando incluso de su propio superior. Aquello era algo que jamás le había sucedido hasta entonces y le obligó a mirar a su alrededor, a los hombres que le rodeaban, con la expresión de inaudito asombro que un hombre debería sentir si de pronto se encontrara en un mundo completamente nuevo para él.

## Capítulo 5



A los ojos de Jacques, el nuevo puente sobre el Ródano se le apareció como un dedo índice que, en forma de arco, le conducía al cielo. No obstante, se dio cuenta de que, tras cruzar el río, los primeros pasos dentro del recinto de la ciudad tuvieron en el prisionero un efecto opuesto al que había esperado: su rostro estaba tenso y sus ojos se movían con ansiedad mirando en todas direcciones, como si buscara a algún enemigo entre las gentes que transitaban por las calles. Jacques observó cuidadosamente a la muchedumbre que les rodeaba, pero no pudo descubrir nada alarmante.

—¿Algo va mal? —preguntó.

Pietro volvió el rostro en silencio.

—¿De qué se trata? —insistió.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta, de modo que se cubrió la cabeza con la capucha del hábito y se resguardó la nariz y la boca con un gran pañuelo.

En esa época del año, el proverbial viento de Avignon no soplaba tanto, y mucho menos lo suficiente como para alejar el persistente hedor de las aguas residuales evaporadas por el sol. Además, el pañuelo también le protegía la garganta del polvo que levantaban las ruedas de los carros y las pezuñas y cascos de los animales. Después de haber estado en Aigues-Mortes, con sus sólidos e imponentes edificios de piedra, las casas bajas de barro cocido y las calles polvorientas aparecían ante sus ojos, si cabía, con un aspecto todavía más insignificante. Sabía que en muy poco tiempo la ciudad sufriría una transformación; sería remodelada con caminos de guijarros y palacios de piedra. Por el momento, sin embargo, anhelaba los vientos y las lluvias del otoño que contribuirían a llevarse aquella pestilencia.

Los senderos enlodados del invierno, que tan a menudo despreciaba, no producían el hedor que cubría aquella ciudad como una epidemia.

Para Jacques, y a diferencia de lo que sucedía con Pietro de Ocre, Avignon era la nueva ciudad del papa Clemente V y, sobre todo, su propia casa durante seis años; un sitio que no había sido mancillado por la corrupción que reinaba en Anjou.

Miró en dirección a Nicolás, preguntándose que significado tendría para él

aquella ciudad. Todo cuanto sabía acerca del joven caballero era que se trataba del hijo de un hombre a quien en una ocasión, en Italia, Bernard de Caen había conocido muy bien.

Y también sabía de él que tras una semana de cabalgata, hombro con hombro, el aristócrata apenas si sudaba.

Se dijo que era más de lo que normalmente acostumbraba a saber.

Jacques sonrió para sí mientras cambiaba de posición sobre la montura en busca de algún trozo de carne de su cuerpo que no estuviera llagada por la fricción de la montura.

Estaba comenzando a saborear con anticipación las comodidades de su celda cuando repentinamente su caballo retrocedió, relinchando nervioso y moviendo su cabeza de un lado a otro. Jacques tuvo que hacer gala de toda su fuerza para dominarlo, y sólo cuando lo consiguió tuvo ocasión de detectar una extraña tensión que pendía del aire como una presencia sólida.

Avanzó por entre la nube de polvo que había levantado su propia cabalgadura, pero no pudo ver nada, ya que delante de ellos el camino describía una curva muy cerrada. Observó con angustia a su alrededor, con un ojo atento sobre su valioso prisionero.

Las mujeres que tejían o cosían sentadas ante la puerta de sus viviendas recogieron sus utensilios, todas a la vez, como obedeciendo una orden precisa, y se encerraron en sus casas; los niños que jugaban en las calles se evaporaron como por arte de magia; incluso los árboles que flanqueaban el camino parecieron encogerse como si supieran lo que ocurría más allá de la curva.

Jacques observó a Pietro, preguntándose si el preceptor había percibido antes que nadie aquella súbita tensión.

Fue en ese momento cuando también él pudo oír con claridad el sonido profundo, rítmico, de los pasos de hombres y caballos marchando sobre la tierra apisonada.

Primero apareció un heraldo. Un joven de expresión cálida y sonriente cuyo paso alegre y sus cabellos negros, largos y revueltos, contradecían la amenaza del estrepitoso fragor que se oía a sus espaldas. Aquel estrépito se aproximaba produciendo la impresión de constituir una terrible amenaza, como la que crea una tronante tormenta de verano que se cierne en el cielo renegrido para lanzar sobre el hombre su último estallido de energía.

El heraldo vestía ceñidas calzas de color amarillo y un jubón carmesí con un curioso pliegue de diseño cuadriculado, como almenas alrededor del cuello.

Aquellos colores brillantes creaban un poderoso contrapunto con las oscuras paredes de barro cocido y el polvoriento camino. En la mano portaba un cetro falso que sugería el rango de su linaje. A medida que avanzaba, golpeaba con él los muros, y también a los mirones, como si se tratara de un sacerdote balanceando el incensario.

Jacques comprendió con una sonrisa que era tanto un heraldo como el tonto de la corte.

Luego, mientras observaba al hombrecillo caminando tortuosamente a través de la calle, su pequeño grupo fue empujado a ambos lados del camino por el avance de un muro de caballeros, tal como hizo Moisés cuando abrió un sendero en el mar Rojo.

La sonrisa de Jacques desapareció de su rostro. Retrocedió y se mantuvo temeroso, con la espalda aplastada contra el vano de un portal. Los demás le siguieron. Un guardia y sus mulas de carga, antes de poder reunirse con él, fueron forzados a apartarse hacia el otro lado de la calle por la marea de hombres armados.

Un grupo de caballeros montados, armados con lanzas y espadas, abrían el camino a través de las estrechas calles sin tener la menor consideración con las gentes que por allí transitaban.

Jacques se cubrió nuevamente la boca y la nariz protegiéndose del remolino de arena y polvo que levantaba el regimiento. Daba la impresión de que los caballeros atravesaban su pequeña partida con deliberado desdén, con sus escudos relucientes y adornados sujetos descuidadamente a sus espaldas. Cada hombre llevaba zapatos muy finos y puntiagudos, calzas de seda y jubones de seda o de satén ricamente adornados y coloridos. Jacques observó que algunos de ellos portaban los yelmos de última moda, con aspecto de bacinete, con protuberancias especialmente diseñadas para protegerles los ojos y la nariz. Tales accesorios eran superfluos en Avignon y sólo constituían un signo de riqueza y arrogancia. El aire les envolvía, tal como seguramente era su intención, con los sonidos de las armaduras y las armas, quebrando el crujido más apacible de los arneses sueltos, y lo que parecía ser una risa fuerte y burlona.

Sólo cuando el polvo se asentó nuevamente sobre el camino y él pudo echar un vistazo a las mantas ricamente decoradas que cubrían la grupa de los corceles, descubrió los largos cabellos rubios que lucían la mayoría de los caballeros que no llevaban yelmos. Se volvió hacia Nicolás, que se hallaba a un par de pasos de distancia, sobre el mismo muro, sosteniendo a Pietro por los brazos.

—¿Alemanes? —gritó, descubriendo durante un instante su rostro.

Nicolás asintió sin cubrirse el rostro, ya que para ello hubiese tenido que soltar a su prisionero.

«En camino hacia Roma por orden del emperador Enrique», reflexionó Jacques.

Sin embargo, no hubo ni un momento de respiro, ya que a los caballeros les seguían no menos de cincuenta escuderos, montados en caballos de menor talla y cubiertos por armaduras menos elaboradas, y el mismo número de arqueros a caballo con ballestas de madera y exhibiendo ostentadamente el nuevo tipo de estribo diseñado para montar con mayor facilidad. Todos ellos cabalgaban con menor estilo que los caballeros que les precedían, aunque con idéntica fanfarronería. Al final de la comitiva iban las bestias de carga con las armaduras para los caballos de batalla. La calle desapareció por completo bajo una densa nube de polvo.

«Otra vez los sonidos de guerra», se dijo Jacques. Sin embargo, aún no había guerra alguna a la vista y, además, se hallaban en el corazón del tórrido verano.



Supuso que se trataba sólo de una exhibición planificada para intimidar al pueblo de Avignon; y, también a la corte papal, como un anticipo de lo que sucedería en Roma.

Tan pronto como las bestias de carga hubieron desaparecido de la vista, se quitó la suciedad que le cubría el hábito.

—Vamos, pongámonos en marcha —ordenó a las difusas figuras que se movían entre el polvo—. Sólo estamos a un tiro de piedra de nuestro destino.

Se sintió aliviado cuando la nube de polvo hubo desaparecido y pudo ver la silueta de la abadía; finalmente podía soltar el pañuelo con el que cubría su rostro y dejar descansar el brazo. Durante algunos momentos estudió los muros, almenados que se alzaban precisamente un poco más adelante, y la torre cuadrangular que albergaba las pocas celdas disponibles. Habían alcanzado la puerta principal del cuartel general de los Frailes Negros y se sentía feliz de que los caballeros con los que se habían cruzado hubiesen limpiado las calles de los habituales curiosos. De ese modo pudieron llegar a destino prácticamente de incógnito. Las mujeres que cosían en la calle aún no habían regresado a sus puestos, sentadas a la puerta de sus viviendas, y tampoco había algún fraile circunstancial que estuviera esperándoles.

Jacques dirigió su mirada hacia Pietro, que sería recluido en la torre; se sentía reticente a permitir que el preceptor pudiera estar fuera de su vista. Sin embargo, necesitaba algún tiempo para meditar.

Se limpió el polvo que tenía adherido a los labios con el dorso de la mano, lamió y escupió los restos que sentía en la boca y luego se aclaró la garganta. Miró hacia lo alto a su compañero seglar, que había vuelto a montar.

—¿Nicolás? ¿Os importaría entregar al prisionero a los guardias de la torre? Yo tengo mucho que hacer.

Nicolás sujetó violentamente a su cabalgadura antes de que el fraile acabara su frase.

—¿Qué? —gritó—. ¿Cómo os atrevéis a dirigiros hacia mí de ese modo?

No parecía haber límites para la audacia del inquisidor.

—Señor Nicolás, por favor —añadió con arrogancia.

Luego recordó las instrucciones recibidas de Bernard de Caen y se arrepintió de su brote de ira frente a los demás, aunque nada alteraría los sentimientos que experimentaba en su interior.

El hermano Jacques optó por ignorar el exabrupto. Necesitaba la ayuda del caballero y aún tenían demasiado camino por delante.

—Y aseguraros que le encierran en una celda aislada, señor —añadió con indiferencia.

—¿Ahora me dais órdenes? —dijo Nicolás en tono sarcástico.

Una petición amable era razonable, y le hubiera permitido quedarse a solas con el prisionero durante algunos minutos. Pero el hijo del panadero debía saber cuál era su sitio y su rango, aun cuando fuese una pieza del juego que Nicolás se llevaba entre manos.

—De acuerdo —replicó entonces.

Ya le llegaría la hora al advenedizo, pero no era precisamente aquél el momento adecuado.

Cuando Nicolás se alejó, Jacques experimentó tal embarazo que le ardieron las mejillas. Dejó las riendas de su caballo en manos de un mozo de cuadra de la abadía y escapó de la mirada fija de los hombres escabullándose por una puerta de madera.

Durante un momento se arrepintió del tratamiento dispensado a Nicolás; sin embargo, enseguida sintió que había hecho lo correcto y esa sensación desalojó el arrepentimiento y se permitió romper todavía con otra regla. En vez de informar de su llegada al prior provincial, se dirigió dolorosamente a través del claustro principal hasta la enfermería, donde obtuvo un pote de unguento para las úlceras que le había producido la silla de montar. Luego fue hasta el pequeño patio donde se encontraba su celda.

La fresca penumbra le atrajo hacia el interior de su habitáculo y experimentó una deliciosa serenidad. Incluso el nicho de piedra debajo de la ventana le pareció blando tras tantos días sobre la silla. Se sentó allí con el hábito alzado, masajeándose suavemente el interior de los muslos con el unguento.

Cada herida y cada llaga parecía representar un camino; y cada camino estaba cargado de peligro: asaltantes, bandidos, ladrones, secuestradores, los soldados del emperador, los caballeros alemanes, Pietro de Ocre y el camino hacia Italia. Mas allá de todos ellos, vinculando y coordinando este patrón de violencia y herejía se hallaba, de un modo misterioso, Bernard de Caen. La idea le llenó de terror, ya que para cuestionar la rectitud de un hombre tan poderoso, incluso aunque fuera en la propia mente, entrañaba peligro. Sin embargo, la vaga noción de que tal vínculo existía no desapareció de su razonamiento.

El unguento balsámico había sido cuidadosamente esparcido sobre la piel herida de los muslos, que se habían teñido de un color amarillo pálido. Un color parecido al ocre. «Ocre», se dijo Jacques, tomando conciencia de la relación.

Las vaguedades se hicieron entonces más claras.

Desde el principio había sabido que el nombre de Ocre no era nuevo para él. Y ahora sabía exactamente por qué: había sido el propio Bernard quien, muchos años atrás, le había explicado la historia de que en una ocasión, en Italia, había sido prior de una iglesia, Santa María de Casanova. Y entre las dependencias de Casanova, y si su memoria ahora no le fallaba, había una Santa María o Santa Algo de Ocre...

Se puso de pie y miró a través de la ventana de su celda en dirección a los verdes jardines que se abrían junto al convento. El dolor de sus llagas se redujo a medida en que crecía su excitación.

## Capítulo 6



El hermano Jacques tuvo un impulso y abandonó su celda para recorrer rápidamente el convento. Sabía perfectamente que no era esperado hasta la mañana siguiente, ya que su nuevo superior nunca recibía visitantes a una hora tan avanzada del día. Sin embargo, deseaba ver inmediatamente a Bernard de Caen. Ignoró a los frailes que le saludaron, zambulléndose en el corredor del claustro principal con un único pensamiento en su mente. Un vago sentimiento de haber sido apartado del caso se apoderó de él mientras comprendía que ese ímpetu que le dominaba era algo nuevo en él. Era como una abeja en el sombrero; y la abeja ya le estaba guiando, como siempre le sucedía cuando se hallaba totalmente entregado a una investigación.

Los guardias adoptaron una postura de atención cuando se precipitó en la ligera curva del corredor que conducía, doce pasos más allá, al claustro donde Bernard de Caen tenía su gabinete. Los guardias se comportaron como si estuvieran aguardándole. Jacques dudó un instante y les miró uno a uno. Hasta ese momento jamás había visto vigilancia alguna donde comenzaba el corredor; y había más, nunca antes se había cruzado con un guardia que adoptara la posición de firme a su paso. Las señas de identidad del mundo que él había llegado a conocer durante los años transcurridos en el convento estaban cambiando a una desconcertante velocidad. Nada recordaba lo que había sido hasta entonces. ¿Cuál podía ser la razón de esta nueva preocupación por la seguridad interior?

Aquella momentánea hesitación le alertó acerca de las voces que provenían del estudio de Bernard. Parecían avanzar hacia él, en marcha envolvente a lo largo del corredor. La puerta estaba ligeramente entreabierta y los ocupantes de la estancia, obviamente a salvo, conscientes de que el recinto se encontraba muy bien protegido.

Jacques miró a sus espaldas y comprobó que se hallaba fuera de la vista de los guardias.

El instinto dominó a la experiencia. Por primera vez en su vida algo dentro de él le indicó que debía desafiar la autoridad y escuchar la conversación. Pidió perdón a Dios, se persignó y avanzó con cautela, con los oídos atentos a las palabras que brotaban del estudio del superior. Caminaba con la suficiente naturalidad como para

que los guardias, si aparecían por sorpresa, no sospecharan de su actitud. Se alegró de llevar puestos los suaves zapatos que utilizaba dentro del convento, ya que las pesadas sandalias abiertas que había calzado durante el viaje le hubieran delatado a cien pasos de distancia. A mitad de camino las palabras le llegaron con toda claridad, como si las voces flotarán en el aire por encima de su cabeza. Miró hacia lo alto, hacia el techo abovedado, preguntándose a qué se debía aquel extraño efecto acústico.

Jacques se concentró para no perder detalle.

—... una imagen... algo de una belleza y un poder extraordinarios. Ellos dijeron que una vez estuvo en Ocre.

La voz aguda e inconfundible de Bernard de Caen sonaba agitada. Jacques estaba seguro de ello.

—¿Qué decís acerca de todo esto?

Esta vez, la pregunta había sido formulada por Nicolás de Lirey. Pero ¿qué podía estar él haciendo allí?

Se produjo un breve silencio. Jacques sintió un estremecimiento y un sudor frío le recorrió el cuello.

Luego llegó la respuesta.

—Lo he oído. Pero ahora jamás podréis hallarlo —dijo alguien. Al principio Jacques no reconoció la voz. Le resultaba familiar y, al mismo tiempo, extraña. Y a continuación añadió—: ¡Nadie podrá!

La última frase descubrió las cartas y el juego se hizo más claro. Era Pietro de Ocre. A Jacques le hubiese encantado ser una mosca para colarse dentro y presenciarlo todo desde la pared. Había sido deliberadamente excluido de esta entrevista tal como había sucedido la primera vez. Y, sin embargo, Nicolás estaba allí.

Continuó desplazándose lentamente hacia adelante hasta tener la puerta entreabierta prácticamente al alcance de la mano. Se dispuso a golpear, pero entonces surgió otra voz y Jacques abrió la mano y la deslizó a lo largo de la recia madera de la puerta.

—¿Es eso lo que el rey Felipe está buscando en Italia? —preguntó Bernard de Caen.

Pietro se rio con una soltura que Jacques no había oído durante los tres días que había permanecido a su lado. La transformación era notable.

—¿Cómo podría saberlo? Me he pasado los últimos años encerrado en su hedionda prisión. Preguntádselo a él. O encontradlo vosotros mismos.

Jacques comenzó a sentir los ojos de los guardias clavados en su espalda aunque estaba seguro de que no podían verle. No obstante, no se atrevió a darse la vuelta. Encogió los hombros y movió el cuello hacia uno y otro lado, relajándose. Pero era imposible continuar allí por más tiempo. Golpeó la puerta con los nudillos.

—¡Entrad! —ordenó la voz aguda de Bernard—. ¡Ah, hermano Jacques! —prosiguió mientras la puerta se abría por completo, sin la menor traza de sorpresa—.

Os estábamos esperando.

Era la frase más falsa que Jacques había oído jamás de sus labios.

—¡Guardias! ¡Venid enseguida! —ordenó Bernard.

Jacques permaneció en la puerta, estupefacto. Allí estaban los tres hombres, sentados a la mesa como si compartieran una cena informal, con una botella de vino al alcance de la mano. Pietro de Ocre había sido lavado y peinado y llevaba una túnica limpia. Parecía nuevamente un ser humano.

Jacques se hizo a un lado mientras los guardias entraban corriendo en la estancia, cogían a Pietro de Ocre por los brazos y se lo llevaban. Cuando se hubieron marchado, entró en el estudio y cerró la puerta tras él.

—Creía haberos dicho que llevarais al preceptor a su celda —dijo en cuanto Pietro de Ocre fue conducido fuera de la estancia.

Nicolás le miró furioso. Órdenes. Y ahora reprimendas.

—Debéis recordar que nuestro señor Bernard es...

—Vuestro superior, hermano Jacques. Sí, ha sido mi responsabilidad. Supe que habíais regresado e inmediatamente ordené que trajeran el prisionero a mi presencia —dijo Bernard. Luego hizo una pausa y sonrió—. Venid, acercaos y sentaos.

Nicolás le agradeció en silencio la mentira con que le había protegido dedicándole un sonrisa que apenas si le distendió el labio superior.

Jacques examinó la estancia. Desnudos muros de piedra, una pesada mesa de madera, papeles apilados y candelabros... y todo parecía complotado en su contra. Aquella estancia siempre le había parecido un lugar amable si se la comparaba con su propia celda o con las demás celdas del convento. Esta noche la calidez de la estancia se había esfumado para ser sustituida por una fría hostilidad. Hasta el propio Jesucristo desde su cruz, encima de la chimenea, parecía mirarle con sus ojos entrecerrados en una expresión de burla.

No había nada que hacer. Los rangos habían sido establecidos sin la menor duda y, tal como él había sospechado, Bernard sabía mucho más de lo que le había permitido saber.

—¿Habéis descubierto algo nuevo? —preguntó Jacques.

Procuró que el tono de su voz planteara la pregunta con la mayor ingenuidad. Era consciente, desagradablemente consciente, de que Bernard no había preguntado absolutamente nada acerca del interrogatorio a que él había sometido al preceptor.

—No podríamos conseguir en diez minutos lo que vos y Nicolás de Lirey no pudisteis obtener en todo un día de trabajo —replicó Bernard con gentileza—. Sólo *quería conocer* al prisionero. Ahora es todo vuestro.

Sin embargo, Bernard de Caen había interrogado a Pietro de Ocre. Acerca de una imagen. Algo que en una ocasión había estado en Ocre. ¿Cuánto tiempo habían estado allí hablando? La reunión podría haber *durado* casi dos horas si Nicolás había llevado a Pietro de Ocre inmediatamente a presencia de su superior, en cuanto se hubo lavado, peinado y vestido con ropas limpias. Vamos a suponer, se dijo, que no

hubiese tenido el impulso de ir a ver a Bernard de Caen. ¿Hubieran interrogado entonces al templario durante toda la noche? No había modo de saberlo. Sólo existía una orden y Jacques fingió gratitud.

—Gracias. Veré qué podemos hacer —dijo Jacques.

## Capítulo 7



¿ Qué podía significar todo aquello? ¿Qué juego se traía entre manos Bernard de Caen? ¿Nicolás había recibido la orden de llevar el prisionero a su presencia incluso antes de abandonar Avignon? ¿Cuál era su papel en una investigación sobre la que no había recibido toda la información?

Apretó los puños y, ya que le habían pedido que descubriera algo sin entregarle toda la información, se juró que lo averiguaría. Una pista muy complicada, cualquiera que fuese. Además, él había sido excluido mientras su superior tenía la oportunidad de formular sus propias preguntas. No cabía duda de que Bernard de Caen estaba en su derecho, y que él debía respeto a su poder. Sin embargo, al mismo tiempo, Jacques recordaba la exclusión de que había sido objeto previamente, y el sentimiento de que tanto Bernard como Nicolás poseían información que no compartían con él le resultó sumamente doloroso. Y se suponía que él debía encontrar la reliquia. Pero, a la vez, experimentó la convicción de que el propio Bernard no estaba mucho más informado que él. Tal vez lo que le ocultaban era ignorancia y no conocimiento.

Esta revelación aplacó su creciente cólera. Era fundamental que pudiera pensar racionalmente. Una imagen. Podía tratarse de cualquier cosa. Pero se trataba de una imagen de increíble importancia, que tanto Bernard de Caen como el rey Felipe anhelaban por encima de todo. Aunque Bernard pudiera no saber exactamente de qué se trataba, sin duda sí que sabía exactamente qué deseaba hacer con ella. El propósito se deducía con claridad de los cambios que se producían en su expresión cuando hablaba del tema. No obstante, Jacques todavía no estaba en condiciones de realizar una correcta interpretación de todo el asunto.

En el silencio consolador de su propia celda, con el dolor nuevamente hiriéndole los muslos, el hermano Jacques pensó en todas las ocasiones anteriores en que Bernard de Caen había requerido de sus servicios, cada una de las cuales había significado un punto crucial en su vida. Y todas ellas habían sido muy extrañas.

La primera vez había sido cuando Jacques finalizó su noviciado en Mirepoix. Lo recordaba con tanta claridad como si hubiese sucedido el día anterior. Jamás se había cuestionado cuál sería su destino, aunque algunos meses antes le habían invadido

ciertas dudas acerca de su vocación. La rutina de Mirepoix estaba minando su entusiasmo por la vida monástica. Su verdadero y único placer real, la fría y silenciosa soledad del abovedado *scriptorium*, el aposento de los calígrafos y copistas del monasterio, donde se pasaba los días copiando manuscritos, le había sido prohibido debido a que había sido incapaz de contener sus impulsos de hacer comentarios acerca de los textos. El castigo consistió en que, a partir de ese momento, se le asignó cumplir trabajos en la fragua de la abadía. Comenzaba a desesperar de su destino, convencido de que jamás podría hallar el estímulo necesario cuando fue convocado por el abad Guibert.

—Entrad —le había ordenado llanamente el abad.

Jacques supuso que el hombre conocía su falta de vocación y estaba a punto de anunciarle que debía abandonar la abadía.

Sin embargo, otra presencia había atrapado su atención y parecía atraerle dentro de la estancia. Se trataba de una figura rechoncha, de estatura baja y de mediana edad vestida con un almidonado hábito de la orden de los cistercienses, que se hallaba sentado en la silla de cuero reservada para los invitados más importantes.

—¿Éste es el joven? —había preguntado en una voz curiosamente chirriante.

—Sí, mi señor —replicó el abad.

Jacques no había oído jamás a su superior dirigirse a alguien con tanta deferencia, ni siquiera a la condesa de Foix cuando realizaba su visita anual a la abadía.

—Permitid que os vea bien, muchacho —dijo el hombre, haciéndole señas para que se acercara hasta donde él se hallaba.

Jacques se sintió atemorizado bajo aquella inspección implacable, pero se las compuso para no bajar la mirada. Recordaba que unos ojos verdes, pequeños y brillantes penetraron en su ser más profundo y le dieron la impresión de que exploraban directamente su conciencia. Cuando fue demasiado para él, bajó la mirada.

Cuando lo hizo, el invitado hizo un gesto de asentimiento en dirección al abad. Su pesado labio inferior casi se abrió en una sonrisa. Parecía satisfecho.

El abad cogió de su mesa un volumen manuscrito y luego se volvió para dirigirse al novicio.

A continuación, se le solicitó que realizara un comentario improvisado acerca de una de las *Sentencias* de Peter Lombard: «Acerca de la sabiduría del Creador, a través de sus criaturas, en las que aparece la señal de la Trinidad». Fue muy sencillo para él, ya que había estado estudiando las *Sentencias* todas las mañanas durante meses.

Jacques había dedicado su comentario al visitante dirigiéndose ocasionalmente hacia el abad. Estaba poseído por una mezcla de temor y fascinación, unida a la extraña sensación de que las palabras que pronunciaba eran succionadas de su interior. El visitante no mostró ningún signo visible de estar escuchándole, mirando a menudo a través de la ventana como si ya hubiese oído antes todo cuanto él decía. Y probablemente así era. Sin embargo, Jacques comprendió que en cuanto cometiera un



error o demostrara la más ligera duda, aquellos pequeños y redondos ojos se clavarían de inmediato en los suyos. Resultaba extraordinario e inquietante. Un sudor frío le cubrió el cuello y las palmas de las manos incluso en aquella fría habitación. El hombre no era atractivo y tampoco irradiaba calidez, pero poseía una personalidad única y persuasiva. Mientras hablaba, Jacques pensó que quienquiera que fuese, debía ser muy listo. Y muy poderoso.

Cuando finalizó su disertación, el visitante se reclinó en su asiento, absorto en sus dedos cortos y rechonchos. Nuevamente hizo una señal de asentimiento al abad.

—Gracias, hermano Jacques —dijo el abad Guibert.

El invitado permaneció en silencio.

—Ahora podéis retiraros.

Aquella noche Jacques apenas si pudo conciliar el sueño. Cuando por fin oyó el tañido de la campana que les llamaba a vigilia experimentó un alivio intenso, como jamás había sentido hasta ese momento. Había algo *en* la expresión de aquel personaje extraño que le obsesionó sin cesar durante todo el día y la noche siguientes, hasta que comenzó a pensar en aquella sorprendente entrevista como si hubiese sido una pesadilla.

Tres días más tarde había sido convocado nuevamente al gabinete de su superior. El abad le observó con una expresión que él no logró comprender; una curiosa combinación de desdén y admiración.

—Debéis prepararos para emprender un viaje —dijo llanamente.

—¿Debo partir? ¿Cuál es mi destino?

—París.

—París —repitió Jacques como un tonto. Era un sueño.

—Estudiaréis vuestro doctorado en teología en la nueva Universidad de la Sorbona.

—¿Yo? —preguntó, incrédulo.

La brusquedad con la que le habían proporcionado una información tan sorprendente le confería un cierto halo de inverosimilitud. Sin embargo, sintió la garganta seca ante el temor de lo desconocido, ya que el abad jamás se inventaría una historia de ese calibre.

—Habéis sido recomendado por nuestro señor Bernard de Caen. Es un gran honor.

Y ya no hubo más explicaciones. Su instinto le indicó que hubieran resultado superfluas.

Cuando finalizó sus estudios en París y hubo pasado todo un año como *biblicus*, dando clases y conferencias sobre las escrituras, había sido destinado, del mismo modo misterioso, a este convento de Avignon, y asignado a los inquisidores dominicos. Naturalmente, había supuesto que Bernard de Caen era el responsable de este nuevo traslado, aunque a lo largo de cuatro años no le había visto más de una docena de veces y jamás a solas. Había oído algunos rumores acerca de las frecuentes

ausencias de Bernard del convento, aunque desechó las historias brutales que circulaban por respeto a una ciega e inexplicable lealtad. Entonces, un buen día, tan inesperadamente como en la primera ocasión, fue convocado al gabinete del inquisidor general.

Bernard de Caen no había envejecido exactamente, aunque su rostro era más rechoncho y sus cabellos más escasos... Sus ojos no habían perdido en absoluto su capacidad de *congelar a los hombres más fuertes* con una única y penetrante mirada. Jacques se había desplazado hasta una silla y entonces, para su sorpresa, Bernard de Caen le ofreció una copa del más fino Saint Pourçain de Auvergne, el vino que, como él sabía, sólo bebían los nobles y los ricos.

—Muchacho —había comenzado el inquisidor general—, nos sentimos sumamente complacidos con vuestro trabajo. He leído vuestros informes con gran interés. Debéis ser felicitado por vuestra perspicacia y comprensión de las más abominables herejías.

Jacques hubiese deseado agradecer a su superior aquellos elogios, pero un temor helado le había dejado sin habla. Aquello había sucedido poco tiempo antes de que observara que no había guardias presentes y tampoco frailes.

—Ésta es una profesión que exige una gran confianza —prosiguió Bernard eligiendo cautelosamente las palabras—, como ya debéis saber muy bien. Y nuestros hombres de mayor confianza son colocados a menudo en situaciones de enorme delicadeza, vinculándose con herejes y comprendiendo sus falsas creencias. Nos hemos sentido particularmente complacidos con vuestra discreción.

El inquisidor general había puesto mucho énfasis en esa última palabra, *discreción*, alzando ligeramente la voz y clavándole la mirada, antes de proseguir.

—Tengo una misión particularmente delicada para vos. Si la cumplís con éxito seréis promocionado. ¿Habéis oído hablar del Opus Christi?

Jacques sintió un nudo en la garganta, obligándole a tragar con dificultad. A la vez, notó que los músculos de debajo de los ojos le palpitaban con fuerza y esperó que aquel temblor involuntario no fuese detectado por su interlocutor.

Había oído rumores en el claustro acerca de aquella organización clandestina; era la materia corriente de las conversaciones en voz baja. Se decía que estaba formada por hombres dispuestos a cometer cualquier acto, incluso actos sacrílegos, con el propósito de conservar el poder de la Iglesia. Jacques se estremeció al recordar que se creía que Bernard era el líder de esa organización y que sólo informaba de sus actividades al papa en persona. De acuerdo con su punto de vista, su papel como inquisidor general de Provenza era sólo una tapadera. Jacques nunca había creído por completo en la existencia del Opus, de modo que las implicaciones de la pregunta de Bernard le sumieron en la inquietud.

—Sí —replicó dubitativamente.

—Hay un problema en la diócesis de Caen —prosiguió Bernard sesgadamente, con la mirada fija encima de la cabeza del joven Jacques.

«Muy lejos de vuestra jurisdicción», pensó Jacques. Sin embargo, se limitó a asentir con un movimiento de la cabeza, mientras Bernard le miraba ahora directamente a los ojos. A fin de cuentas Caen era la ciudad natal de su superior.

—Se trata de un asunto muy delicado y necesito a alguien en quien pueda confiar. Alguien con un considerable bagaje teológico...

El cuerpo de Jacques se tensó cuando procuró imaginar adónde conducía aquella conversación y qué relación tenía con el Opus Christi.

—Se ha producido una desafortunada serie de delaciones concernientes a tres mujeres de Caen. Los vecinos las acusan de haber establecido una «iglesia» para los Amigos de Dios y, además se han declarado «obispos» de la nueva diócesis que han fundado.

El desprecio con el que pronunció las palabras «iglesia» y «obispos» salpicó de saliva la mesa y las manos de Jacques.

Jacques volvió a asentir. Los delatores eran los integrantes esenciales de todos los juicios inquisitoriales; los Amigos de Dios eran cátaros. Sin embargo, resultaba extraño que Bernard no hubiera utilizado palabras más fuertes en su conversación, añadiendo a los sustantivos los adjetivos de costumbre; debió haber dicho «la abominable iglesia cátara», «los obispos diabólicos», salpimentando el discurso con frases tales como «hundidos en la depravación herética».

La curiosidad hizo que se atreviera a plantear su pensamiento inicial.

—Pero Caen pertenece a la jurisdicción de París, mi señor —sugirió con prudencia.

Ahora los ojos verdes tenían un brillo tan amenazador que eran capaces de atravesarlo y crucificarlo en la puerta que tenía a su espalda. Sin embargo, cuando volvió a hablar, las palabras que pronunció Bernard de Caen estaban cargadas de amabilidad, lo que no era más que una muestra clara de un autocontrol sobrehumano.

—Ya lo sé, muchacho, por supuesto, y he hecho hincapié en que se trataba de un asunto sumamente delicado.

A continuación hizo una pausa, se cogió las manos con fuerza y miró despreocupadamente hacia el techo como si dudara de la confianza que estaba a punto de depositar en su joven inquisidor.

Jacques se sentó tan tieso como un cadáver con todos los sentidos alerta. Los sonidos procedentes del patio exterior llegaban hasta él con una aterradora claridad. El golpe de las puertas al cerrarse, gritos distantes, un zorzal imitando el canto de una alondra, murmullos de conversaciones... como si los muros fueran objetos vivos que reprodujeran las plegarias y los gritos de las pasadas generaciones de víctimas; el pesado crujido de un hacha hendiendo la madera húmeda.

Al oír este último sonido Jacques reflexionó con ironía que la espera en el cadalso, antes de que el hacha cayera sobre el cuello de la víctima, debía ser muy parecida a lo que él experimentaba en ese instante.

Bernard volvió a hablar. Ya había tomado una decisión y emitido un juicio.

—El problema es, muchacho, que una de esas mujeres es mi hermana Beatrice.

Jacques se sintió conmovido por una serie de impulsos contradictorios. La implicación de que confiaba en él hizo que deseara relajarse pero, al mismo tiempo, debió luchar para que su boca no se abriera en un gesto de estúpida perplejidad. Este nuevo hecho explicaba plenamente que Bernard hubiese evitado utilizar el corriente vocabulario que se reservaba a las cuestiones inquisitoriales.

—Me complacería que os trasladarais a Caen de inmediato. La situación exige una mano firme y todos vuestros dones dialécticos. Hallaréis que vuestra recompensa estará en proporción con la tarea que os asigno —dijo Bernard, apartando la mirada.

—Mi señor —dijo Jacques, haciendo una reverencia, ligeramente divertido ante el intento de su superior por escapar al embarazo que experimentaba expresándose pomposamente.

Pero... en el nombre del cielo, ¿qué significaba aquello? ¿Podía tratarse de un juicio que sirviera para valorar si era digno del Opus Christi? No obstante, su formación apartó rápidamente a su mente de las cuestiones retóricas para dirigirla hacia las dificultades de índole práctica.

—¿La evidencia que hay contra ella es de mucho peso? —preguntó.

—Del mayor peso. Además, el presidente del tribunal no es ningún tonto. Tal como os he manifestado, el caso requiere una gran habilidad teológica.

Jacques pensó, mientras avistaba la solución del problema que, en todo caso, se trataba más bien de una habilidad teológica negociada.

—¿Y qué sucede con las otras mujeres?

—Han sido ellas quienes han llevado a mi hermana por el mal camino —fue su lacónica respuesta—. Aquí tenéis varias cartas de presentación para los hombres de la Iglesia en Caen.

Dicho esto, Bernard le entregó una bolsa que contenía varias cartas plegadas y pesadas monedas que Jacques podía palpar a través de la delgada capa de cuero. También había copias de los documentos del juicio.

El hermano Jacques había partido de inmediato acompañado por su *socius* o compañero, preparando su estrategia mientras viajaba hacia el norte a través del reino de Francia.

La evidencia resultaba más sólida de lo que Bernard le había dejado traslucir y, de acuerdo con las transcripciones que Jacques había podido leer, parecía inevitable que fuera condenada. No cabía la menor duda de que la mujer sería castigada con una pena de reclusión perpetua tal como indicaba la fórmula.

Sin embargo, las cartas y el dinero que le había entregado Bernard de Caen servían de ayuda complementaria a su bagaje teológico y aseguraban su capacidad negociadora. Recordó que Beatrice y las otras dos mujeres debían ser trasladadas a Avignon, donde la herejía cátara había sido erradicada junto con la destrucción de las murallas de la ciudad. Allí, el caso podía compararse con otro juicio anterior, el de las «obispas» cátaras, llevado también por la Inquisición.

Mientras escoltaba a Beatrice y a sus dos amigas, las que supuestamente la habían «llevado por el mal camino», según las palabras textuales de Bernard, Jacques fue forzado, como si se tratara de una especie de castigo por su éxito, a escuchar los constantes sermones de Beatrice y sus reiterados intentos de convertir a la causa cátara a cuantas personas se cruzaban en su camino.

En privado, Jacques se inclinaba a creer lo contrario a lo expuesto por Bernard de Caen; en su opinión era ella quien había pervertido a las otras.

La comisión que juzgó a Beatrice en Avignon fue cuidadosamente seleccionada y, naturalmente, la mujer fue absuelta. Ella y sus amigas fueron conducidas a Villeneuve y entregadas a la Madre Superiora de las monjas cistercienses.

—Bien —fue todo lo que Bernard de Caen había comentado tras escuchar el informe completo. No hizo mención alguna del *Opus Christi*.

Jacques había creído, o al menos había esperado, que, como consecuencia de la lectura de su trabajo, observaría un rasgo de satisfacción en la expresión inescrutable de su superior. Pero nunca le comprendió. Al menos, no le comprendía más que cuando le asignó como compañero seglar y temporal, como su *socius*, a Nicolás de Lirey.

## Capítulo 8



—¿Y bien? ¿Cuál es vuestra opinión?

Nicolás pensó que, como siempre, iba directamente al grano.

—¿Acerca del hermano Jacques?

Bernard de Caen asintió solemnemente.

—Es un hombre muy listo. Y valiente también. Claro que si resolverá o no vuestro problema, ésa es otra cuestión. Está buscando una aguja en un pajar ignorando lo que es una aguja.

Si Nicolás reflejó algún placer en su rostro por la improvisada adaptación del famoso proverbio, fue borrado inmediatamente por la mirada que Bernard de Caen clavó sobre él. Su cuerpo diminuto parecía crecer como una especie de masa espiritual hasta cubrir toda la estancia. Una sola mirada podía sofocar a un hombre; y sólo el cielo sabía lo que podía significar aquel instrumento natural de tortura cuando lo aplicaba sobre un prisionero. O sobre un inferior, se dijo Nicolás, pensando nuevamente en el hermano Jacques, su *socius* impuesto.

—¿No podríamos informarle?

—¿Acerca de la imagen? Por supuesto que no. Él jamás aceptaría vuestra presencia, lo que para mí es esencial. Esto es mucho más que una cuestión vinculada a una reliquia; es un asunto de estado.

Aquel comentario tuvo una resonancia impresionante.

—Entonces, ¿por qué utilizarle a él?

—Porque es el teólogo más brillante que tenemos. Ya sabéis que es algo muy poco corriente que un cisterciense sea consignado a nuestra orden. Los dominicos no admiten a nadie en su coto privado, a menos que realmente le necesiten —dijo, señalando admonitoriamente con el dedo, tal como lo hacía el viejo tutor de Nicolás de Lirey muchos años atrás—. Y el trabajo requiere a un teólogo.

—La reliquia de la que vos oísteis hablar estando con mi padre... —dijo Nicolás, pensando en voz alta—. Hace veinte años. ¿Creéis que todavía existe?

—Estoy seguro de ello. Y estoy convencido de que hay otra gente que también está segura de ello. Debemos encontrarla y debemos hacerlo ya mismo.

—Pero vos interrogasteis personalmente al preceptor cuando fue arrestado. ¿No obtuvisteis nada de él?

—Entonces no estaba seguro de que supiera algo.

—¿Y ahora?

—Ahora lo sé —dijo Bernard llanamente.

—¿Y el hermano Jacques?

—Él sabe cómo hacer confesar a un hombre. Ya conoce lo suficiente. Pero no tanto como para ponemos en peligro. Si ahora supiera la verdad, nos encontraríamos con un gran problema entre las manos. Sin embargo, estoy seguro de que él lo investigará concienzudamente y al final lo sacará a la luz. Y vos estaréis allí para controlar que no cometa ninguna tontería. Creedme, no tardará mucho tiempo en conseguirlo.

Nicolás le miró con atención, pero los labios de Bernard fueron sellados con su propio dedo índice. De modo que había recibido información reciente: de ahí la prisa.

El caballero se volvió para retirarse, pero entonces, repentinamente, se detuvo.

—Mi señor, es un gran honor para mí formar parte del Opus, aunque sólo sea una mínima parte.

—Tonterías —replicó Bernard poniéndose en pie y caminando hacia él—. No es más que lo que vos os merecéis. Siempre confiaré en un De Lirey una pulgada más que en cualquier otro hombre.

Nicolás se ruborizó ante el elogio. Cuando volvió a levantar el rostro, vio la rotunda figura del amigo de su padre como si lo hiciera por primera vez. Un cuerpo deteriorado por la falta de ejercicio y un rostro que sudaba incluso dentro de aquella estancia fresca; daba la impresión de ser alguien cuya pertenencia parecía vincularle más a un fresco del infierno que al cuartel general de la Inquisición.

Nicolás estuvo a punto de sufrir un estremecimiento pero entonces recordó el currículo de Bernard. Y eso fue suficiente. Su apariencia podría resultar inaceptable para el hijo de un comerciante... o de un panadero... pero Bernard era el hijo menor de un caballero de Normandía y estaba destinado a ocupar altos cargos dentro de la jerarquía de la Iglesia. De modo que le ofreció una cortés reverencia.

Antes de volver a hablar, Bernard le miró durante un momento con expresión pensativa.

—¿Cenaréis con nosotros?

—Gracias. No. Me esperan en la residencia de mi primo, al otro lado del río.

Nicolás abandonó el gabinete con un movimiento veloz, sintiéndose aliviado por hallarse nuevamente solo. Dirigió una única mirada al convento y a la prisión y apretó el paso en dirección al establo.

Poco después, antes de cenar, el hermano Jacques recorrió el gran claustro. Había unos pocos monjes sentados entre las columnas, pero ninguno de ellos le prestó la

menor atención. El agua chapoteaba en la fuente que se alzaba en medio del claustro, refrescando el aire. Las abejas hurgaban profundamente en las rosas y las madreselvas. Un zorzal solitario cantaba en medio de los arbustos. Jacques estaba tan concentrado que sólo en el último momento se percató de la rotunda figura de Bernard de Caen que se aproximaba hacia donde él se hallaba. Aguardó con curiosidad para observar cuál era la reacción del hombre.

Su figura de andares de pato pasó tan cerca de él que Jacques sintió el hedor del aliento a dragón de su superior. Vio sus ojos penetrantes y el modo en que sus pupilas se retraían bajo el resplandor del sol poniente, como las de un gato, y revelaban una innegable sorpresa.

En cuanto recuperó el control, las pupilas volvieron a dilatarse.

—Venid conmigo —dijo Bernard de Caen con despreocupación—, voy a ver a su santidad.

Durante unos cuantos minutos los dos hombres caminaron en silencio. Jacques nunca se había sentido tan amedrentado por el comportamiento impredecible del inquisidor general, y caminó a su lado, temeroso de su cólera como si fuese un colegial que, culpable de una fechoría, aguarda el castigo de su maestro. Sin embargo, la rechoncha figura que caminaba a su lado, contoneándose como un pato, lo hacía con aparente despreocupación. Sólo cuando se acercaron al rincón más apartado del gran claustro Bernard se detuvo bruscamente y se volvió hacia él.

—¡Bien! ¿Qué tiene que decir vuestro prisionero? —preguntó secamente.

—Nada que tenga un interés especial. Parece ser un templario corriente y nuestros registros contienen una abundante información acerca de su vida —replicó Jacques.

En realidad deseaba decirle: «Vos ya habéis hablado con él», aunque, naturalmente, no se atrevió a hacerlo. En vez de ello, mientras hablaba observó cuidadosamente la amplia y redonda cara buscando alguna señal. Sólo percibió una ligera tensión en los músculos faciales y una intensificación notable en su mirada penetrante.

—He estudiado cuidadosamente todos los informes —prosiguió nervioso—, y no hay ningún punto suficientemente obvio por el que pueda comenzar... a indagar más profundamente.

Jacques pronunció las últimas palabras de modo que permanecieron flotando entre ellos, esperando, una vez más, la confirmación de su superior. Y, mientras aguardaba, comprendió que Bernard había esperado deliberadamente a que Nicolás se marchara antes de preguntarle acerca del interrogatorio. Obviamente, Bernard de Caen operaba según la regla del «divide y vencerás».

—No lo he dudado ni un solo instante —dijo Bernard, sin intentar en absoluto reprimir la ironía que reflejaba el tono de su voz. Hizo una pausa y se volvió a medias, como si deseara comprobar si alguien les seguía; luego continuó la marcha—. Decidme —preguntó entonces con suavidad, como sí aquella ira potencial ya hubiese desaparecido—, ¿mencionó algunos nombres?



—¿Nombres? —repitió Jacques, más relajado, pensando a toda velocidad—. Sólo a su tío, Thomas Berard.

—¿Ningún otro?

—No que yo recuerde.

—¿Algún santo? ¿Nombres de iglesias o de santuarios?

—No.

—¿Ninguno en absoluto? ¿No mencionó, por ejemplo, a San Eusanio?

—No, mi señor —dijo Jacques, inclinando la cabeza hacia el hermano Bernard. ¿Qué era todo aquello? ¿Por el amor de Dios, quién era San Eusanio?

Antes de que tuviera la oportunidad de averiguarlo, llegaron a las dependencias del papa. Era la entrada de una nueva ala que el papa Clemente había construido en el sitio donde una vez habían estado los jardines; y el nuevo edificio sobresalía de la volumetría del compacto monasterio como si se tratase de la cola de un perdiguero.

—Esperad aquí —dijo Bernard llanamente.

Las palabras fueron pronunciadas amablemente, pero no cabía la menor duda de que se trataba de una orden inapelable.

En cuanto Bernard de Caen se aproximó a las puertas de acceso, los guardias se presentaron bruscamente. El estruendo de las pesadas cotas de malla y las espadas trajeron consigo la presencia de un ujier que pareció surgir de un nicho en la pared. Jacques le observó mientras caminaba entre los guardias y golpeaba a una puerta. Un fraile pequeño, de rostro severo, apareció en el vano de la puerta con idéntica prontitud; le sonrió y le dedicó una genuflexión antes de dirigirse a él con un respetuoso: «Su gracia». El gesto que hizo para indicarle que pasara surgió naturalmente, como una continuación espontánea del movimiento con que el monje se puso nuevamente en pie. Cuando estuvo erguido, giró sobre los talones y abrió del todo la puerta. Luego retrocedió y permaneció con los ojos clavados en el suelo.

Aquel trato obsequioso fascinó a Jacques. Cuando Bernard hubo entrado, desanduvo el camino hasta el claustro y se sentó. Era la hora entre vísperas y completas, y los monjes se hallaban sentados en los bancos de piedra, entre las columnas, aguardando la lectura diaria de las *Collationes*. Se unió a ellos, dolorosamente consciente de la diferencia que le separaba de los demás. Deseó que fuera invierno; de ese modo y al amparo de la oscuridad podría haber pasado desapercibido.

Tal como había temido, cuando la lectura hubo finalizado un joven inquisidor fue a sentarse a su lado. No era un monje cualquiera. Se trataba de un gascón charlatán, muy conocido por ser el entrometido del convento. Jacques le conocía muy bien, aunque sólo de vista, y por lo tanto no tenía idea de cuál era su nombre.

—Buenas noches —dijo el monje.

La amabilidad de su voz y la gentileza de sus modales contribuyeron sobremanera a mitigar la aversión inicial que había experimentado por aquel hombre.

—Buenas noches —replicó sin la menor falsedad en la voz ni en sus

sentimientos.

—Me han dicho que habéis estado en el sur.

—Así es —dijo Jacques.

El monje le había cogido desprevenido con aquella aseveración expuesta de un modo tan directo. Sin embargo, negarlo no hubiese tenido el menor sentido.

—¿En una misión para Bernard?

Jacques ocultó una mueca. Después de todo el hombre estaba a la altura de su reputación.

—Cosas extrañas se están tramando —prosiguió el monje.

—Estoy de acuerdo con vos —dijo Jacques, comprendiendo que tenía ante sí la oportunidad de utilizar a aquel monje para un intercambio. Da y te darán—. Los caminos estaban atestados de caballeros armados hasta los dientes. Creo que eran alemanes.

—¿Se dirigían hacia el sur o hacia el norte? —preguntó su interlocutor con interés.

—Hacia el sur, a Italia. Eran hombres del emperador Enrique. Dicen que está a punto de conquistar Roma. No me sorprendería lo más mínimo si su santidad se dispusiera a viajar a Roma, lejos del alcance del rey Felipe. ¿Qué noticias hay de París? —preguntó, procurando que la pregunta tuviera un tono casual.

El dominico se sintió muy agradecido por la información obtenida, y en retribución, tal como el hermano Jacques había esperado, le respondió calurosamente.

—¿Acaso no lo sabéis? —dijo sorprendido—. Ésa es la exclusiva de Bernard de Caen... al menos eso es lo que dicen. El rey Felipe amenaza con apoderarse inmediatamente de la propiedad de los templarios y, como es natural, su santidad hace cuanto está en su mano para frustrar esos planes. Lo último que se ha oído por aquí es que todo este asunto está madurando lentamente.

—¿Qué creéis que va a suceder?

El gascón se removi6 orgulloso de su papel de valioso confidente.

—Me temo que el rey ganará. Es ambicioso, despiadado y fuerte. Sin embargo, han habido rumores de que el papa Clemente tiene algo que sacarse de la manga... algo que está relacionado con nuestro señor Bernard. Vos no sabréis nada de ese asunto, ¿no es verdad?

—No, nada en absoluto.

Y era una respuesta honesta. Sin embargo, el hermano Jacques no pudo disimular totalmente su embarazo, ya que las palabras de aquel monje chismoso le habían revelado una idea acerca de la verdad; y, también, de la motivación que subyacía a la orden de viajar a Aigues-Mortes.

—Él quiere el imperio —dijo el monje.

Jacques lo miró con atención. Felipe como emperador y el papa Clemente bajo su bota mientras la Iglesia se hacía pedazos. Era una idea abominable. Sobre todo porque se producía tan poco tiempo después del éxito obtenido con los festejos del

aniversario del papado de Bonifacio. Sin embargo, comprendió que había algo de verdad en las palabras del monje. Se estremeció mientras una nueva pregunta iba formándose en su mente.

Pero el gascón se le adelantó.

—Y todos nosotros sabemos lo que quiere nuestro señor Bernard, ¿no es así? —dijo con un tono de conspiración.

Jacques se inclinó hacia adelante, con curiosidad.

—Más variedad en el terreno femenino...

—¿Qué queréis decir? —preguntó Jacques enfadado.

—Vamos, sabéis muy bien que él miente un poco al margen de sus ocupaciones, como cualquier otro hombre poderoso. Y me atrevería a afirmar que vos también lo hacéis —añadió el monje con una sonrisa.

En ese momento, Bernard de Caen reapareció desde las habitaciones del papa. Tan pronto como le vio venir, el gascón retrocedió hasta ocultarse detrás de una columna.

Jacques pensó que había un nuevo brillo en la expresión del inquisidor general. La figura rechoncha se movía con una extraña y urgente agitación. Daba la impresión de ser más alto, más joven. Noble. ¿Seguro que las insinuaciones del gascón eran infundadas?

Bernard llegó hasta Jacques y le dirigió un gesto impaciente con la mano.

—Venid. Hay tanto que hacer... En tres días hemos de viajar a París, si vos deseáis venir.

—¿Nosotros? ¿París?

Otra vez el impredecible temperamento del superior. Exactamente igual que la primera vez que fue convocado a su presencia.

Mientras iban andando a través del claustro, Bernard le cogió del brazo.

—Su santidad desea que vengáis conmigo. Hemos discutido vuestro futuro —prosiguió entonces, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Creemos que habéis probado ser leal y perceptivo. Y en este momento de grandes peligros, con su santidad presionado desde todos los sectores, necesitamos hombres como vos.

Antes de proseguir, Bernard permitió que aquellos cumplidos calaran hondo en el inquisidor. Luego se volvió hacia él con una expresión paternal en el rostro.

—Me parece que sería una buena idea que vinierais a París. Conocéis muy bien la ciudad y comprendéis a sus gentes. Debéis observar, escuchar con toda atención y recordar que vos también os halláis bajo vigilancia. Todos pertenecemos al Opus.

Aquella revelación le cogió desprevenido y Jacques se detuvo bruscamente.

Bernard le condujo por el brazo como si nada hubiese sucedido.

—No pretendo deciros que no habrá peligro, y no voy a obligaros a que os unáis a mí. Pero se trata de algo de vital importancia para la Santa Iglesia Romana. Vos debéis decidir si deseáis comprometeros con nuestra causa. Empezaremos el viaje en tres días.

—Pero, mi señor, si acabamos de regresar de Aigues-Mortes... —protestó Jacques.

Bernard le dedicó una sonrisa.

—Si realmente os decidís, debéis prepararos para viajar continuamente.

—¿Y nuestro prisionero? Le hemos traído hasta aquí para interrogarle.

—Tendrá que esperar. Ha estado en prisión durante años y continuará aquí cuando hayáis regresado. Y, lo que es más, hay dos grandes ventajas que deberéis aprovechar.

—¿Ventajas? —preguntó Jacques, sin poder ocultar su escepticismo.

—Sí, muchacho. Tenéis mucho que aprender. Primero, nuestro Pietro tendrá tiempo para pensar. En unas cuantas semanas tal vez esté dispuesto a hablar. Segundo, y todavía más importante, vuestro viaje a París puede facilitaros el interrogatorio. Hay ciertas cuestiones muy relevantes de las que todavía no tenéis información —dijo el inquisidor general, moviendo la mano en un gesto que parecía abarcar esas grandes y relevantes cuestiones.

Jacques miró la mano y luego el rostro flácido con mucha atención. Sin embargo, no obtuvo ninguna otra explicación. Comprendió que antes de ganarse una explicación más detallada debía comprometerse con la causa de su superior.

Y a continuación, le asaltó otro pensamiento.

—¿Y qué sucede con Nicolás de Lirey?

—Alguien debe permanecer aquí para vigilar al prisionero.

—¿Para interrogarle? —preguntó Jacques con suspicacia.

—Sólo para vigilarle. Nicolás tiene otros deberes que cumplir —replicó Bernard. Luego hizo una pausa y sonrió—. Y vos debéis conocer algo de mundo, muchacho.

Jacques frunció los labios: si estaba en compañía del maestro de espías, el espía resultaba innecesario.

—Creo que nuestra causa se beneficiará de vuestro viaje a París —añadió Bernard como si fuese una observación definitiva—, y tanto Nicolás como Pietro de Ocre estarán aquí a vuestro regreso. —Hizo una pausa para que sus palabras fueran perfectamente comprendidas; era una orden formulada de la manera más gentil—. Sin embargo, la decisión es vuestra. Os deseo unas muy buenas noches.

Sin esperar una respuesta, Bernard dio media vuelta y en un instante había desaparecido.

La «causa». Sonaba como algo grande. Jacques comenzó a comprender que el viaje tenía la intención de convertirse en una especie de iniciación indirecta para su incorporación al Opus Christi.

Fue entonces, mientras Bernard de Caen se alejaba, cuando vio la carta; un rollo con el sello papal, claramente visible bajo su brazo.

El miedo le roía el estómago tal como le había sucedido la primera vez que había visto a Bernard. La decisión implicaba para él unos cambios drásticos en su vida. Sin embargo, el temor fue muy pronto sustituido por una nueva sensación, la del propio orgullo. Aquella sensación que había luchado por suprimir durante tantos años volvía

repentinamente a la superficie.

Tenía tres días, y sabía que sólo había un sitio donde podía pasar ese lapso de tiempo.

## Capítulo 9



— Bienvenido, hermano Jacques. Nos complace teneros nuevamente entre nosotros.

—Se trata sólo de una visita breve, abad.

Jacques se sentía feliz de ver nuevamente a Guibert. Los cabellos del anciano tenían ya el color blanco de la nieve más pura.

—Nuestro placer no se mide en términos de tiempo. Sois bienvenido en vuestra propia casa durante un día o durante toda la vida. Ya sea en Mirepoix o aquí mismo.

Jacques sonrió agradecido. En el rostro de Guibert no había severidad ni decepción, y sus palabras indicaban que no albergaba el menor rencor hacia el hombre que una vez había sido su protegido, ni por su desertión ni tampoco por el rumbo poco ortodoxo que había tomado su carrera. Jacques sabía que su decisión había sido la correcta. Además del hecho de que ese convento se hallaba a sólo media jornada de distancia a caballo de Avignon, estaba persuadido que no debía soportar la menor exigencia en el sentido de que explicara en qué consistía su cometido en aquel momento.

Guibert no había cambiado; se conservaba delgado, esbelto, y sus manos continuaban moviéndose con rapidez, cortando el aire mientras hablaba. Su semblante rubicundo era el de un típico campesino. La voz amable y serena, en absoluto inquisitiva, resultaba un consuelo por sí misma.

—¿Tenéis alguna noticia del padre Guilhem? —preguntó el abad.

—No muchas, últimamente. Sin embargo, si el padre Guilhem no se encontrara bien yo lo sabría.

La respuesta evasiva le mordió la conciencia. Jacques sabía muy bien que la sencilla concepción de la Iglesia y del mundo que tenía aquel sacerdote de aldea jamás podrían abarcar las ideas o las actitudes que caracterizaban, por ejemplo, a Bernard de Caen. Sin embargo, sin la intervención del padre Guilhem él hubiera continuado siendo un aprendiz de panadero o dedicado su vida a cuidar de los rebaños en las colinas próximas a su pueblo. Se preguntaba qué podía haber percibido en él aquel sacerdote pueblerino a una edad tan temprana. De qué modo pudo

discernir su facilidad para aprender latín, lo que le abrió el camino hacia Mirepoix bajo la supervisión de Guilhem.

Su entusiasmo infantil había sustituido la caza del conejo por la palabra escrita; el juego por el alma.

Su escuela no fue otra que las largas tardes pasadas en la sacristía, una vez que había finalizado el trabajo diario. Jacques, desde París o Mirepoix, solía recordar a menudo y con gratitud aquellos días en los que había adquirido una base gramatical tan sólida. Y, a la vez, aunque entonces no lo comprendiera muy bien, el padre Guilhem estaba persuadiendo sutilmente a su propio padre para que se hiciera a la idea de que su hijo Jacques se marcharía para recibir los votos sagrados. Así, cuando llegó el momento, todo se desarrolló con naturalidad y fue la amistad que unía a Guilhem con el abad Guibert la que allanó el camino. Últimamente, había descuidado un poco la comunicación con el padre Guilhem; no obstante, en ese momento experimentó por el viejo sacerdote un cálido sentimiento de gratitud.

—Le escribiré —resolvió, pensando en voz alta mientras abandonaba el gabinete del abad.

La monástica escansión diaria le trajo el alivio que necesitaba, como si el hermano encargado del herbolario hubiera sido capaz de prepararle una pócima cuyo poder le sumergiera hasta las profundidades de su alma. Percibió un sentimiento de absoluta confianza surgido de la serenidad de los monjes. Un sentimiento bien diferente a la ambigüedad de su asociación con Nicolás de Lirey y el hermano Bernard.

El oficio diario *aportó un ritmo* tonificante a su pensamiento y a sus oraciones, restituyendo la paz interior de la que había carecido durante demasiado tiempo. Simpatizó con el hermano sacristán, responsable de dar las horas, como si aquel sencillo anciano fuera personalmente responsable del nuevo sentimiento de seguridad que le envolvía. Durmió en el dormitorio común, sin cortinas de separación ni otros privilegios.

El sonido de la *tabula*, llamando a los monjes para oír la división del trabajo cotidiano significó para él una verdadera liberación. Hasta las ampollas que se le formaron en las manos, desacostumbradas al trabajo físico, le produjeron un dolor placentero. Pero él había ido allí a descansar y meditar, de modo que el abad tuvo que insistir para que no se reuniera con las partidas que, dos veces al día, salían a los campos a ocuparse de la cosecha.

Sin embargo, a Jacques su conciencia le presionaba; su mente se había abierto a nuevos estímulos y el santuario en el que ahora se hallaba sólo podía representar un breve descanso. La Iglesia y el Imperio se encontraban en peligro y el mundo estaba cambiando de un modo alarmante. ¿Podrían aquellos monjes continuar para siempre con su rutina de trabajo y plegarias? ¿Había alguna garantía de que su orden no siguiera el camino de los templarios? Estas cuestiones que le asaltaban eran las que más le preocupaban mientras oraba y observaba a los monjes que cumplían

obedientemente con sus modestos trabajos cotidianos.

La noche del segundo día Jacques pidió una audiencia con el abad.

—Sabía que vendrías —dijo el abad con una sonrisa.

—Entonces ¿lo sabéis?

—Desde luego que no. Vuestro rostro traiciona la profundidad de vuestra congoja. Vuestro nerviosismo y el modo en que penetráis en nuestras vidas con vuestra mirada son pruebas suficientes para comprender la severidad del dilema al que os enfrentáis.

—¿De modo que es algo obvio para todos vosotros?

El abad hizo un gesto con la mano.

—No temáis... pero decidme, hijo mío... ¿de qué modo podemos ayudaros?

—Esto es muy tranquilo y se respira una atmósfera de gran serenidad... —comenzó Jacques sin comprometerse.

—Y podéis quedaros todo el tiempo que os apetezca...

—Pero, a la vez, debo confesaros que me siento sumamente inquieto. Estas últimas semanas han resultado ser muy confusas para mí.

—Entonces, tomaos vuestro tiempo. Por favor, sentaos —dijo el abad Guibert, señalando un banco en el extremo de su mesa.

—No tengo tiempo. Ése es el problema.

El abad descubrió un claro desconcierto en el tono decidido que había empleado Jacques.

El abad se hizo una pregunta en silencio y la expresó alzando una ceja.

—Mañana debo acudir a una cita y tomar una decisión. La decisión de comprometerme a realizar algo que aún no está muy claro para mí —dijo Jacques lentamente.

Incluso mientras hablaba, era dolorosamente consciente del hecho de que los modelos y las corrientes ocultas de su propia vida ya no se correspondían con la rutinaria serenidad de los oficios monásticos. ¿Acaso había sido una ilusión el alivio que había experimentado durante el primer día transcurrido en el convento?

—¿Con Bernard de Caen?

Aquella pregunta representaba la máxima aproximación del abad Guibert a un interrogatorio directo; y el embarazo que experimentó se reflejó claramente en su rostro. Estaban muy bien informados en el pequeño convento.

No tenía sentido negarlo.

—Sí, con Bernard de Caen —reconoció Jacques y, mientras hablaba, su cuerpo se hundió como si le hubieran aplicado un ungüento invisible que le relajara la tensión que le agarrotaba los músculos—. Debo viajar a París con él para un asunto de gran urgencia y no me siento muy seguro de estar preparado para asumir esa responsabilidad.

—Bernard de Caen no os hubiera escogido si pensara que no estáis preparados —sugirió el abad con delicadeza.



—Eso es precisamente lo que más me preocupa. Me da la impresión de que ha estado observándome y preparándome durante años para que llevara a cabo esta tarea. Mis estudios en París y mi trabajo en Avignon se debieron en realidad a una decisión suya. Él me convirtió en un doctor en teología en vez de permitirme continuar mi vida como un sencillo monje en vuestra abadía.

La cabeza de Jacques cayó sepultada entre sus manos. Mientras proseguía con su relato respiraba con dificultad, súbitamente exhausto.

—Fui convocado a su gabinete, privado de mi *socius* habitual, asociado a un arrogante caballero de Champagne que sólo parece pensar en el nombre de su familia, y enviado a las tierras pantanosas de la maldita Camarga con el cometido de llevar a cabo la improbable búsqueda de un misterioso objeto que, según Bernard de Caen, «salvará a la Iglesia», para utilizar sus propias palabras. Y ahora, sin apenas tiempo de curar las llagas que me produjo ese penoso viaje, debo partir hacia París. Y todo ello en medio de conversaciones encubiertas sobre el Opus Christi.

El abad Guibert expulsó sonoramente el aire que había contenido en los pulmones y miró con atención a Jacques. Cuando habló, lo hizo con el tono de un juez que explica cuidadosamente un veredicto difícil.

—Bien, si se trata de Bernard de Caen, entonces es por el bien de la Iglesia.

—Es un gran honor —replicó Jacques—, pero al mismo tiempo siento temor por lo desconocido. Se trata de un mundo que yo desconozco.

—Pero sois joven y fuerte. Bernard de Caen no os hubiera escogido si no os creyera capaz de llevar a buen término la tarea que ha previsto para vos, cualquiera que ella sea.

—La tarea no se ha hecho explícita. Si supiera de qué se trata entonces mi decisión sería más sencilla de tomar.

El abad depositó con ternura su mano sobre el brazo del hermano Jacques.

—Existen ciertas tareas que el Señor juzga preferible que permanezcan en la vaguedad. Él requiere de nosotros cosas diferentes y no nos corresponde a nosotros, no es nuestro derecho decidir cuál es nuestro deber. Son cosas que están en manos de Dios.

—¿Qué debo hacer entonces, mi señor abad?

—Sólo vos, hermano Jacques, con la bendición de Dios, podéis tomar una decisión. Se trata de una extraña llamada, pero que sin duda debe ser obedecida.

El abad se había pronunciado.

Jacques se despertó en medio de la noche. No obstante, su cuerpo estaba descansado y su mente alerta. Anheló que la campana tocará a vigilia para poder así comenzar el día. Entretanto, permaneció acostado observando la única lámpara de la estancia, oyendo el sonido que producía la cuerda de la campana al golpear sordamente contra los muros de la caja de la torre, el canto de un búho encaramado al gran roble del

jardín exterior y el murmullo distante del canal del molino.

La sensación de que estaba a punto de iniciarse en grandes cosas y de la oportunidad que avistaba más allá de sus sueños iniciales, parecía crear, incluso en aquella atmósfera estática; un hormigueo de excitación.

La emoción disolvió la duda cuando el sol naciente dispersó la bruma matinal. Su conciencia centelleó como el aire de la montaña. Ésta era una vocación que el padre Guilhem jamás podría comprender, pero que él debía aceptar y seguir.

Cuidando de no despertar a los demás hermanos, buscó a tientas el camino del perchero donde había dejado sus ropas. Aunque era verano, pero el aire nocturno era frío y sintió necesidad de su escapulario. Luego, todavía calzado con sus babuchas de dormir, bajó a tientas las escaleras en dirección a la capilla. A solas consigo mismo y con su Dios, se arrodilló para orar sobre el húmedo suelo de tierra apisonada. Su alma estaba en paz y su mente resuelta.

Iría a París.

## Capítulo 9



En Avignon, los establos papales hervían de actividad. Gritos, órdenes y el movimiento inquieto de los caballos ilustraban claramente todo cuando sucede cuando se ultiman los preparativos de un largo viaje. Jacques tuvo la impresión de que todo el convento se hallaba allí, con los mozos de cuadra sacando fuera a los caballos cogidos por las bridas, los guardias del papa ensillando sus cabalgaduras y los sirvientes muy ocupados con las bestias de carga. Detrás de ellos, los herreros trabajaban ruidosamente en sus yunques y los caballerizos echaban pestes mientras limpiaban de estiércol las cuadras. Su propia cabalgadura había sido sustituida por un animal mejor que a Jacques le pareció más apropiado que el palafrén, el típico caballo manso que solían utilizar las damas y los eclesiásticos, que resollaba junto a Bernard de Caen.

Mientras aguardaba, ahora con impaciencia, el momento de la partida, sintió que algo suave y cálido se posaba sobre su espalda. Se volvió con suspicacia y vio que se trataba de un gran caballo bayo, un animal fuerte con las ancas y las patas típicas de las bestias capaces de galopar veloces y resistir grandes trayectos. Tenía una alzada muy superior a cualquier otro caballo del establo, excepto quizá la del palafrén de Bernard de Caen. Una mancha blanca le recorría el testuz desde la frente hasta el hocico, de modo que podría reconocerlo aunque se hallara entre cien animales diferentes. El animal sudaba copiosamente tras haber soportado una reciente y esforzada cabalgata.

Luego avistó al jinete; el jefe de los guardias que les acompañarían. Era un hombre tan peculiar como su montura, llevaba un extravagante cinturón de piel de foca con una hebilla amarilla y una gran capa de estilo milanés confeccionada de terciopelo negro. Después de su reciente aventura, Jacques se dijo que era un alivio que un sujeto con ese aspecto amedrentador fuera el responsable de la guardia que les escoltaría hasta París.

Observó que Bernard de Caen espoleaba a su caballo, apartándose de dos cardenales de cabellos canos, para dirigirse hacia el jefe de la guardia. Sobre la silla de montar, su figura oronda conseguía una cierta grada. Se dio cuenta entonces de

que, después de todo, aquel guardia de aspecto patibulario no iba a acompañarles. Mientras una partida, encabezada por el caballero de la capa negra, comenzaba a alejarse, uno de los guardias se volvió en su montura y le llamó.

—¡Briac!

—¿Eh? —replicó el guardia del cinturón de foca.

—¿Nos vemos en Chambéry en dos meses?

—Por las heridas de San Sebastián que allí estaré —replicó.

Y saludó a su amigo con una floritura de su gran hacha de guerra, un arma poderosa que Jacques no había visto nunca antes, con una cabeza tan larga como el brazo de un hombre. A continuación, se alejó al galope acompañado por un par de sus soldados. Sus hombros eran dos veces más anchos que los de cualquiera de los hombres que iban a su lado. Jacques observó que aquel soldado no sólo utilizaba la *langued'oc*, sino que hablaba con un fuerte acento que le resultaba familiar, como el de Saverdun. La voz hizo que su ojo interior recordara de pronto la imagen de la pequeña iglesia de San Sebastián, que se erigía en una aldea próxima a la suya.

A medida que avanzaban hacia el norte, hacia Chalón y más allá, en dirección a París, vio hombres diseminados por los campos ocupados en la trilla del trigo; monjes recogiendo frutos y vegetales y campesinos en general recolectando bellotas para alimentar a sus cerdos durante el invierno. Por todas partes había hombres, mujeres y niños recogiendo haces de leña seca y apilándolas debajo de las escaleras exteriores de sus humildes moradas.

Era la estación del trabajo y aunque no interrumpían su dura labor, su curiosidad campesina era notoria; detrás del gesto más simple o de cada saludo escondían una actitud de desconfianza. De las prensas para fabricar sidra y de los calderos donde hervía la fruta se podía percibir un temor pegajoso; los campesinos, contra su acostumbrado tesón, parecían reticentes a finalizar su tarea, como si el instinto les indicara que nunca gozarían de los frutos de la tierra.

Jacques tuvo la impresión de que, súbitamente, todo el mundo era consciente de la poca seguridad que ofrecía el futuro.

En el bosque de Fontainebleau, la oscuridad de los caminos, convertidos en verdaderas madrigueras bajo la cobertura de las frondosas copas de los robles y los castaños, tuvo el mismo efecto de desasosiego sobre el ánimo de Bernard de Caen. Mientras atravesaban los interminables túneles sombríos y cubiertos de musgo que les conducían a través de la espesura, el superior se convirtió de pronto en un hombre nervioso y muy irritable. Inesperadamente ordenó que la columna se detuviera y envió a un grupo de soldados a que echaran un vistazo entre los grandes helechos que flanqueaban el sendero. Pero no descubrieron nada.

Una mañana, para la estupefacción del hermano Jacques, apareció vestido con el hábito de dominico y sonriendo con benevolencia.

—Los Frailes Negros de esta región están bajo las órdenes directas de Guillaume de París —le dijo a modo de explicación—. Harían cualquier cosa por el rey.

—Pero... ¿por qué os vestís como un dominico si no confiáis en ellos? —preguntó Jacques.

Bernard sonrió.

—Yo significo muchas cosas para muchos hombres. Corren tiempos extraños, y hay que hallar para ellos remedios extraños. No debéis sorprenderos. Vestido así pasaré desapercibido.

Jacques comprendió que estaba siendo introducido en un mundo que le atraía y le repelía al mismo tiempo. No obstante, recordó las palabras del abad Guibert y rogó a Dios para que le diera fuerzas.

Desde la cima de la última colina, las calles y edificios de París se agrupaban a sus pies, alrededor del palacio real y de la catedral, como si se tratara de muchedumbres ansiosas que presionaran hacia adelante para presenciar un torneo. Bernard de Caen ordenó a sus guardias que llevaran los caballos hasta la casa de los cistercienses, a lo largo de las murallas de la ciudad. Jacques y él continuaron a pie, procurando entrar en la ciudad con discreción... aunque Jacques no pudo adivinar la razón de aquella actitud precavida.

Cuando vio la ciudad, Jacques se sintió impresionado por el modo en que había crecido. El nuevo palacio real, cuya construcción había comenzado durante sus días de estudiante, ya había sido finalizado y parecía crecer a partir de la propia isla y a lo largo de interminables muros almenados. Más allá de las torres gemelas de Notre Dame pudo observar los muros y las torres del Temple, más funcionales y menos decorativas, ahora desprovistas de las banderas blancas y rojas que alguna vez habían flameado en lo alto.

Accedieron a la ciudad por una puerta próxima a la Universidad de la Sorbona. Ya en el interior, caminaron a través de huertos de árboles frutales y viñedos hasta una sencilla casa de piedra edificada a medio camino entre la cima de la colina y el río que corría más abajo.

Aunque la puerta estaba abierta, Jacques no vio a nadie en su interior.

—Mi señor Bernard —dijo una voz sin rostro, como la de un ventrilocuo.

—Gilles. Habéis recibido mi mensaje.

Jacques sufrió un sobresalto, pero luego comprendió la razón por la que el guardia de nombre Briac había partido a caballo antes que ellos.

—Hermano Jacques, deseo que conozcáis al abad Gilles de nuestra casa de París.

El abad Gilles le ofreció una cortés reverencia y luego le indicó que entrara en la casa.

Jacques cruzó el umbral y miró a su alrededor con expresión de sorpresa.

—Mi señor —dijo en un balbuceo, sin poder ocultar la emoción que brotaba de su

voz. Él sabía perfectamente quién era el abad Gilles, reconocido como uno de los más insignes eruditos de la época. Y, sin embargo, allí estaba, delante de él, vestido con un sencillo hábito de novicio, sin guardias ni sirvientes—. Me siento muy honrado, mi señor —logró decir en cuanto consiguió recuperar la compostura.

—¿Me haríais el honor de evitar el uso de mi título y la cortesía del rango, hermano Jacques? Estamos aquí para afrontar cuestiones que requieren el mayor secreto y la mayor urgencia.

Jacques asintió con una reverencia. ¿El abad Gilles también formaba parte del Opus? Su rostro amable le daba la impresión de ser un libro abierto de honestidad y bondad, sin que ninguno de los secretos de Bernard de Caen pareciera ocultarse en sus ojos límpidos.

El abad tenía aproximadamente la misma edad que Bernard, aunque era más alto, de rostro delgado y con una expresión de ascética espiritualidad. Jacques tuvo entonces un pensamiento irreverente y se dijo que aquel hombre podría haber sido el padre de Nicolás.

En el interior de la casa el aire olía a humedad. Era indudable que la chimenea no había sido utilizada durante meses, aunque recientemente habían sacudido el polvo de los escasos muebles distribuidos por la estancia. Algo de aquella atmósfera fétida le recordó la mazmorra subterránea de Aigues-Mortes. Delante de la chimenea, sobre una mesa, había pan, huevos, una pierna de jamón y jarras de aguamiel y agua.

Sin embargo, no comieron nada. Tan pronto como estuvieron sentados, Bernard de Caen tomó la palabra.

—Hermano Jacques, espero que comprendáis que nos encontramos en medio de circunstancias excepcionales, y puedo aseguraros que hay una buena razón para ello. Incluso nuestros propios conventos tienen paredes demasiado delgadas. ¿Comprendéis la necesidad de guardar un absoluto secreto en esta materia?

—Forma parte de la ley, mi señor —replicó con palabras inexpresivas, y se estremeció cuando su superior arrugó el entrecejo y clavó en él sus brillantes ojos verdes.

Bernard pareció satisfecho y se volvió hacia el abad Gilles.

—¿Y bien? —preguntó con un tono de voz que traicionaba la ansiedad.

—Los acontecimientos se precipitan, mi señor. Ayer, a esta misma hora, cincuenta y cuatro templarios murieron quemados en la hoguera cerca del convento de Sain-Antoine —dijo el abad rápidamente y en tono confidencial.

Al oír estas noticias, Bernard se sentó en el borde de su silla, inclinado hacia adelante.

—¿Por orden de quién?

—Por orden del rey.

—¿Directamente?

—No. Fue el arzobispo de Sens, hermano del chamberlain real. Los abogados templarios han organizado una buena defensa y parece ser que las encuestas

episcopales, dentro de su propia jurisdicción, ni siquiera serían capaces de castigar a ciertos caballeros individualmente. La diplomacia de su santidad el papa parece estar teniendo éxito, mi señor —concluyó, mirando directamente a los ojos de su superior mientras finalizaba su explicación con un elogio.

—¿No hubo resistencia?

—Oficialmente ninguna, ya que todos ellos realizaron confesiones «libres». Mis informantes, sin embargo, me han dicho todo lo contrario. El rey Felipe ha perdido la paciencia y utiliza todos los medios de que dispone. Últimamente ha estado algo enfermo y teme que sus planes a largo plazo para la línea dinástica de los Capetos jamás dará sus frutos si no se mueve de prisa.

El abad tuvo un momento de duda, mirando primero a Jacques y luego a Bernard como recabando su autorización para continuar hablando.

—Continuad —le ordenó Bernard secamente.

—Mi fuente en la oficina del Custodio de los Sellos Reales me ha proporcionado una información asombrosa —dijo, y volvió a interrumpirse, mirando uno a uno a los dos hombres que aguardaban su información—. Ésa es la razón por la que solicité a su santidad que enviara a un mensajero personal —prosiguió el abad—. Se trata de algo que no puede informarse por escrito, ni siquiera empleando al más confiable de los mensajeros.

Bernard de Caen trasladó el peso de su cuerpo hasta un extremo de la silla como si pretendiera introducirse en la mente del abad.

Jacques hizo una mueca involuntaria como consecuencia de una extraña tensión en el abdomen. Sus manos se cubrieron de un sudor helado.

—Durante muchos años —prosiguió el abad Gilles— ha sido obvio que el rey Felipe deseaba destruir la Orden del Temple y apoderarse de su fortuna...

—¡Continuad! —ordenó Bernard con impaciencia.

—... y nosotros presumimos que deseaba esa fortuna para pagar sus deudas. Es decir, para terminar de pagar por las guerras contra Navarra.

—¿Estáis sugiriendo que no es por esa razón?

—Exactamente. Los planes del rey Felipe son muy diferentes. Y hay más todavía... esos planes son conocidos sólo por un pequeño grupo de consejeros. Yo sólo he sido capaz de descubrir su verdadera naturaleza el mes pasado, aunque seguramente ha estado maquinándolo durante muchos años.

Ahora, el abad disfrutaba visiblemente el momento de clara supremacía, manteniendo en vilo a su interlocutor durante un período de tiempo mayor al que aconsejaba la prudencia.

Bernard de Caen no pudo contener su impaciencia y dio un fuerte golpe de puño en el banco que había a su lado.

—Bien —vociferó—, ¿cuál es el plan?

—Controlar la cristiandad —dijo el abad llanamente, como si estuviera informándole con toda sencillez que había llegado la hora de comer.

—¡Eso es ridículo! —dijo Bernard.

Resultaba extraordinario el modo en que se las arreglaba para respaldar cada sílaba con el adjetivo más venenoso sin permitir, a la vez, que la palabra revelara su ira. Aquel finísimo y bien templado control de que hacía gala ponía en evidencia peligrosos poderes mentales.

—Controlar la cristiandad... ¿Cómo se atreve a considerar semejante proyecto?

—Es un Capeto —replicó fríamente el abad—. Nada es demasiado grandioso para un rey de Francia perteneciente a la línea de los Capetos.

Bernard no dio muestras de haberle oído.

—¡Es ridículo! —repitió.

—Mi señor, me temo que no sea tan ridículo como parece a primera vista. El plan entrará en acción de inmediato, tan pronto como consiga poner sus manos sobre el tesoro de los templarios. Enrique de Luxemburgo ya está en Italia preparando el camino...

Los antebrazos de Jacques se cubrieron de carne de gallina al recordar los caballeros que había visto en Aigues-Mortes y en Avignon. Los rumores eran ciertos. Miró a su superior con inquietud.

—¡Pero Enrique es emperador! —observó Bernard.

—Sólo de nombre —concedió el abad Gilles—, pero no de hecho. El rey Felipe es quien le sostiene y le proporciona hombres y pertrechos, pero esa generosidad sólo es un medio para conseguir sus fines. Si no le detenemos, el rey Felipe se deshará de Enrique y se convertirá él mismo en emperador —dijo el abad y, antes de proseguir, se tomó un breve respiro para que las palabras que había pronunciado consiguieran el efecto deseado—. Primero se hará coronar como Santo Emperador Romano por el papa Clemente, tal como sucedió con Carlomagno; aunque la ceremonia se realizará aquí, en París. Las almas para el papa y los cuerpos para el emperador, así es como funciona la teoría. Pero Felipe tendrá ambas cosas...

—¡Hechos! ¡Quiero hechos y no apariencias y profecías! —ordenó con dureza Bernard de Caen.

Jacques se sintió sorprendido por el tono que Bernard empleaba con un hombre tan distinguido como el abad Gilles. Ese tono era una clara indicación de cuál era la dimensión de su verdadero poder.

—Controlará el mundo a través de sus hijos: Luis se convertirá en rey de Jerusalén y guiará un contingente a Tierra Santa a través de una única Cruzada; el joven Felipe se convertirá en rey de Italia y España; Carlos será rey de Inglaterra. Luego, el papa Clemente será obligado a venir a París y se prevé la construcción de un palacio dentro del recinto real.

El abad hizo una pausa y observó la reacción en los rostros de sus interlocutores.

No hubo ninguna reacción. Jacques se quedó sin habla, inmóvil como una piedra. Los ojos de Bernard permanecieron fijos en el suelo de tierra con una expresión desesperada.



Gilles prosiguió.

—Entonces, mi señor, su alteza el rey de Francia se hará con el control de la cristiandad. Y se inscribirá en la historia del mismo modo en que sucedió con Hugo Capeto y Carlomagno. —Como no hubo ninguna reacción, el abad prosiguió—: Lo verdaderamente terrible es que el plan parece perfectamente viable. Si nadie hace nada, entonces el rey Felipe se saldrá con la suya. Y todos nosotros sabemos muy bien lo que su triunfo significará para la Iglesia.

Bernard de Caen levantó la mirada con lentitud.

—Es ridículo —dijo una vez más.

En esta ocasión, sin embargo, el tono de su voz fue más suave, tan suave como Jacques nunca lo había oído, como si su mente estuviera desconectada del presente, absorbiendo las implicaciones de lo que acababa de oír... y planificando el correspondiente contraataque.

Jacques supo con toda claridad que el tiempo de que disponían era muy escaso, ya que debían entregar la carta del papa Clemente al rey Felipe a la primera oportunidad.

# Capítulo 11



Oro, plata y piedras preciosas en cantidades que superaban su más desbordante imaginación refulgieron bajo el sol de la mañana, deslumbrando al hermano Jacques. El instinto, perfeccionado a lo largo de los años, de excavar sin piedad en el pasado de las vidas de la gente, le capacitaba para sentir el poder en bruto que emergía detrás de la panoplia de refinamiento. Su corazón se conmovió atemorizado. Mientras buscaba con ansiedad un rincón apartado en el inmenso vestíbulo de las audiencias reales, se encontró de pronto próximo a la entrada, en medio de un amplio grupo de ujieres, frailes y cortesanos de rango menor.

Un franciscano malhumorado le miraba sin disimular su curiosidad.

—Estáis perdido, ¿verdad? —le preguntó amistosamente.

—¡En absoluto! —replicó Jacques con un tono innecesariamente brusco.

—Es muy normal en este sitio —prosiguió el fraile, imperturbable—. Tan pronto como nuestros superiores obtienen la audiencia y entran al gabinete de su majestad entonces, nosotros, los humildes subalternos, somos inmediatamente olvidados.

Jacques observó con atención a su nuevo conocido que, obviamente, le había visto entrar con Bernard de Caen. Durante un momento tuvo la sospecha de que el viejo franciscano podía ser otro de los espías de Bernard. Pero su rostro marchito era demasiado expresivo con sus emociones y, además, el interés del hombre resultaba demasiado genuino. Jacques se relajó y le dedicó una sonrisa. Luego miró nuevamente a su alrededor con expresión alerta.

Había entrado por el extremo de un vestíbulo rectangular cuyo tamaño era el de una basílica de considerables dimensiones. En la pared de su izquierda observó una serie de altas ventanas que se abrían a un patio, adornadas entre una y otra por altos y estrechos tapices.

De la pared de su derecha pendían grandes tapices ilustrados con escenas de caza que desaparecían en lo alto de las bóvedas de madera dorada. A mitad de camino había un estrado coronado por un trono ricamente endoselado que conformaba la pieza central del vestíbulo y, en el lado opuesto, se encontraban las amplias puertas dobles, tan altas como tres de los guardias del rey. Entre el trono y las puertas se

alineaba un doble cordón de guardias reales, creando un amplio pasillo, más allá del cual Jacques pudo descubrir la figura de Bernard de Caen acompañado por el cetrero que llevaba el regalo papal para su majestad.

Mientras registraba la riqueza de los detalles, sonó una fanfarria a cargo de seis heraldos que sostenían rectos cuernos de metal cuya longitud doblaba el tamaño de los que Jacques había visto hasta ese momento. Los heraldos formaban un arco preciso frente al trono real, como el que diseña el ábside detrás de un altar.

El estentóreo sonido de los cuernos parecía ascender de sus extremos acampanados y llenar el aire para luego ser ahogados por las mullidas tapicerías que pendían de los muros. Cuando el sonido desapareció por completo los músicos se apartaron. Entonces, los ujieres vestidos con uniformes de color carmesí, sosteniendo entre las manos lo que parecían ser cetros dorados, abrieron las puertas dobles.

A los ojos de Jacques parecían tan altos como las propias puertas.

El rey de Francia entró en el recinto, caminando con elegancia; una senda de mullidas alfombras, ilustradas con diseños florales, le conducían hasta el trono. Tal extravagancia de color, como praderas repletas de flores durante la eclosión de la primavera, sólo sirvió para acentuar los rasgos pálidos del rey Felipe y sus descoloridos cabellos dorados que le llegaban hasta los hombros, cubriéndole las orejas. Portaba una larga capa de color púrpura, de una tela que brillaba como la seda, y que arrastraba a sus espaldas por encima de la alfombra. Una orla bordada en oro y plata le rodeaba el cuello y luego caía al suelo junto con el dobladillo vertical de la capa. En la mano derecha sostenía un bastón dorado que remataba una gran *fleur-de-lis*, como si se tratara de una columna que se une con toda naturalidad a su capitel. Los enormes puños vueltos estaban adornados con perlas y piedras preciosas de todos los colores.

Mientras el monarca se acercaba, Jacques observó que el propio trono estaba envuelto con una gruesa tela color púrpura, adornado con perlas y situado bajo un pabellón de seda que tenía la forma de las tiendas abiertas similares a las que se alzaban durante los torneos. Sus bordes de terciopelo, del mismo color púrpura, y a intervalos de la longitud del brazo de un hombre, estaban bordados con un delicado flequillo de brillante hilo dorado que danzaba con suavidad bajo la suave brisa de aire.

Jacques conocía personalmente al rey; le había visto en una ocasión, cuando estudiaba en París, aunque nunca desde tan cerca. Le observó como si estuviera en trance mientras Felipe el Hermoso tomaba asiento en su trono. El trono era más bajo de lo que se había imaginado y parecía construido en oro puro, con las patas rematadas en forma de garra y los apoyabrazos curvados hacia afuera, con los extremos esculpidos en forma de doradas cabezas de león con la melena al viento.

Alrededor del trono, los hombres intercambiaban miradas significativas apreciando las maneras y el atavío del rey, procurando interpretar cuál era su humor para la ocasión. Después de la entrada real se hizo un breve silencio y, a

continuación, se oyó un murmullo generalizado.

Jacques se imaginó que en el momento en que se sentaba en el trono los labios del monarca se distendían en una ligera sonrisa; enseguida entregó el bastón a uno de los cortesanos que le rodeaban y descansó sus brazos sobre los hombros de los leones dorados.

Ahora fue posible observar, bajo el manto real, sus zapatillas púrpuras. Jacques avanzó un poco para obtener una mejor visión de la corona, que consistía en una sencilla banda de oro que reposaba en lo alto de la frente del rey. La banda exhibía una serie de orificios de diferentes formas, cuadradas, circulares y con el perfil del diamante, deliberadamente diseñadas para aligerar su peso, mientras que, en lo alto, el oro lucía formas de fina artesanía que, desde la distancia en que él se encontraba, hubiera dicho que se trataba de hojas de roble y de *fleurs-de-lis*.

Jacques se sintió subyugado ante tamaño despliegue de riquezas.

A su alrededor, no obstante, todos los comentarios se referían al atavío del rey.

—Demasiado para vuestra ley suntuaria... —dijo con convicción una voz estridente, dirigida a él, que se dejó oír por encima del murmullo con un tono de manifiesto desprecio.

Jacques se volvió con curiosidad.

—¿Qué queréis decir? —preguntó al sirviente de librea que tenía a sus espaldas.

El anciano se movió hacia adelante, complacido al comprobar que tenía una audiencia interesada.

—En los viejos tiempos, cuando vivía la reina Juana, su majestad jamás hubiera llevado vestidos adornados con perlas y piedras preciosas. ¡Como si el rey de Francia necesitara impresionar a su pueblo!

El sagaz franciscano se les unió furtivamente.

—Sí —aceptó—, no había ningún despliegue de oro y seda, ni siquiera había alfombras. Los suelos eran frotados con hierbas y paja frescas. Ahora este recinto se parece más al tocador de una dama.

—O a un burdel —dijo el anciano criado—; y mirad el séquito florido que le rodea... Todos a la última moda, cada uno de ellos con calzones hasta media pantorrilla, resaltando el exquisito encaje de puntas... algo que debería hacer que hasta los propios polacos, que fueron quienes los inventaron, se arrepintieran de ello.

Jacques estudió a los cortesanos que se pavoneaban alrededor del monarca y observó que ahora los calzones cortos y las medias que portaban eran de colores más llamativos de lo que él jamás pudiera haberse imaginado. Algunos incluso se habían vestido con delicados calzones de terciopelo y de brocado y, naturalmente, exhibían el famoso invento polaco, el encaje de puntas arrollado. Todos ellos llevaban amplios y sueltos blusones de color escarlata o azul real con los puños prietos y varios cortes a los lados, como anchos flexos unidos arriba y abajo, que permitían observar el forro de piel y satén en color rosa o azul, los tonos que estaban de moda.

—Sí, tenéis mucha razón —dijo Jacques, intentando imaginar al anciano guerrero

templario, Pietro de Ocre, vestido de ese modo sofisticado.

—¿Acaso os mentiría? —preguntó el anciano, abriendo las manos y encogiéndose de hombros en un gesto de inocencia—. Mirad simplemente las capuchas y los gorros... querido hermano... —añadió entonces, alzando la ceja derecha mientras su voz modulaba la última frase.

—Jacques. Soy el hermano Jacques.

—... mi querido hermano Jacques. Yo soy Jorge de Navarra y vine a París con el séquito de la reina Juana hace ya treinta años —dijo entonces, con una amplia sonrisa desdentada y propinando a Jacques una fuerte palmada en la espalda. A continuación miró a su alrededor inexpresivamente, como si de pronto comprendiera donde se hallaba—. Capuchas y gorros —continuó enseguida—, he ahí donde se hacen evidentes las diferencias de rango. Estos jóvenes no saben cómo han de llevar esa indumentaria. ¡Miradles! Gorros chatos con una corta capucha que apenas les llega a los hombros. Y los que van más a la moda... con esos gorros flotando a sus espaldas como si fueran crestas de gallo. ¡No tienen la menor idea!

—Una exhibición repugnante, como si fueran pavos reales —dijo el franciscano, del todo de acuerdo con la descripción crítica del anciano servidor.

—Pero nada como lo que llevan sus mayores —prosiguió Jorge, acalorado con su tema. Su aliento hedía cuando aproximó su rostro al de Jacques—. Toda la corte no está compuesta más que por advenedizos y nuevos ricos. ¡Echad un vistazo a esas capuchas! Algunas de ellas penden hasta la cintura. Y las capuchas adornadas, cosidas en delicados pliegues como los que utilizan las damas más sofisticadas...

Los hombres que se hallaban en las proximidades rieron de buena gana cuando el anciano imitó con exageración los movimientos que haría una mujer, sacudiendo la larga túnica a sus espaldas.

—Algunas de ellas —prosiguió— están cosidas incluso con perlas. ¿En qué se está convirtiendo el mundo?

—Como pavos reales —repitió en un murmullo el franciscano—. Si deseáis saber mi opinión, creo que necesitamos con urgencia que las viejas leyes suntuarias vuelvan a ponerse en vigencia.

Afortunadamente, sus últimas palabras fueron ahogadas por un nuevo sonido de fanfarrias. Jacques se adelantó y pudo ver cómo Bernard de Caen subía hasta donde se alzaba el trono, junto al cetrero, para entregar el regalo del papa Clemente. Su sencillo hábito negro resultaba incongruente en aquel marco de lujo excesivo.

Un gran silencio se cernió sobre la estancia mientras Bernard hacía una profunda reverencia y luego se arrodillaba delante del rey.

—Majestad —dijo, y Jacques pudo oír la potente voz de su superior con tanta claridad como si Bernard de Caen estuviera a su lado—, su santidad, el papa Clemente, desea que aceptéis este halcón escocés, que ha sido criado por los monjes de la abadía de Fountains, como una muestra de sus buenos deseos hacia vuestra excelsa persona.

Luego, inclinó la cabeza e indicó al cetrero que se adelantara.

El rey Felipe estudió al pájaro con la cuidadosa atención de un verdadero entendido, olvidado de la multitud de cortesanos que le rodeaba, como si los intereses del trono fueran una carga que correspondiera a otra persona.

Acarició el cuello del halcón con el dorso de su dedo índice.

—Un ave excelente, sí, un ave excelente —dijo con suavidad, aunque el sonido metálico de su voz llegó a todos los rincones del vestíbulo—. El regalo de su santidad es bienvenido, como lo son también sus buenos deseos.

Bernard de Caen rebuscó dentro de su hábito.

—Os traigo también una carta, majestad —añadió en un tono de fingida humildad que a Jacques le pareció digno de admiración.

El rey Felipe asintió con un movimiento de la cabeza y luego extendió el brazo hacia el cetrero para recibir su regalo. Volvió a acariciarle el cuello cuando las garras del pájaro se sujetaron a su brazo envuelto en púrpura.

—Eso complacerá a su majestad —dijo el anciano sirviente mientras un aplauso se generalizaba en el amplio vestíbulo—. El rey se marcha a Fontainebleau esta misma semana.

Jacques percibió que el placer que aquel halcón proporcionaba al monarca era a todas luces genuino. Luego, su concentración se vio interrumpida por una serie de extraños gritos que provenían de un patio distante, en algún sitio del exterior. Escuchó con atención. Se trataba de cortas y recias llamadas que se repetían a intervalos regulares. Sin embargo, no había sonidos de hombres, caballos o armas. Era muy extraño.

Se inclinó hacia adelante mientras el rey, fríamente, sin el menor trazo de emoción, aceptaba el rollo de papel con el mensaje papal. Un rayo de sol jugó durante un instante con sus cabellos rubios y acentuó el rubor de sus mejillas. Sin embargo, su modo de sentarse era tan rígido e inexpresivo como el de una estatua romana, y no el que correspondería a un ser vivo.

A continuación, Felipe el Hermoso se ocupó de los asuntos que tenía pendientes. Convocó a uno de sus cetreros, que apareció de inmediato, para que se llevara el halcón; luego desenrolló la carta papal, la desplegó con el brazo extendido y la leyó lentamente. Cuando hubo terminado su lectura la entregó al consejero que tenía situado a su derecha. Aguardó, inmóvil como una roca, hasta que el hombre acabó a su vez de leer el mensaje del papa.

—Ése es Guillaume de Nogaret, el Custodio de los Sellos Reales. El abogado del rey —dijo el anciano.

Jacques asintió. La enorme cabeza de Guillaume de Nogaret, con ojos de expresión fanática, una larga nariz ganchuda y largos y rizados cabellos, le convertía en un personaje perfectamente identificable.

Jacques recordó algunas conferencias a las que había acudido durante su época de estudiante y el modo en que se agitaba el grueso labio inferior de aquel hombre

mientras desarrollaba con gran entusiasmo su cometido... Luego había caído en las arenas movedizas de una excesiva retórica. Los estudiantes le habían dado el apodo de «Labios flojos».

—¿Quién es el clérigo que está situado a sus espaldas? —preguntó entonces.

En esta ocasión fue el franciscano quien se ocupó de informarle. El anciano desdentado, sintiéndose embarazado por la incomprensible ignorancia de Jacques, miró hacia otro lado, simulando no haber oído la pregunta. El fraile habló con reverencia, como si estuviera presentando a aquel hombre a la corte.

—Es Guillaume de París. El inquisidor general para las provincias de París, Rouen, Troyes y Reims.

Y, también, el instigador del juicio a los templarios, pensó el hermano Jacques para sí mismo. No pudo evitar que, aun yendo contra su propia orden, aquel rostro gris, flácido y aparentemente inexpresivo representara para él todo lo maligno. En su condición de líder de los dominicos de la ciudad de París, aquel hombre era el enemigo por la sencilla razón de que no había ninguna otra orden religiosa que se hubiera sometido tan obsecuentemente a la voluntad real. Y, no obstante, era un hombre que, por su aspecto corriente, podía pasar desapercibido en la calle.

De Nogaret pasó la carta papal al inquisidor general, quien, a su vez, la leyó detenidamente antes de devolverla al rey.

Jacques aguzó el oído para tratar de captar algún fragmento de la conversación.

—... una cuestión de organización...

—Creo que no habrá el menor problema —dijo De Nogaret, y a continuación se volvió, de modo que sus palabras fueron silenciadas por la tapicería del recinto.

—... tesoros... —Oyó, y la palabra flotó a lo largo del vestíbulo, como si hubiese sido pronunciada con un énfasis especial.

—¿Cuándo? —preguntó Guillaume de París con un tono enérgico.

Aquella voz chillona, autoritaria, resultaría perfectamente reconocible incluso en medio de la feria de verano de Toulouse.

El diálogo principal se desarrollaba entre Bernard de Caen y Guillaume de Nogaret. Jacques tuvo la sensación de que allí se libraba el verdadero combate. Pensó nuevamente en el Opus Christi y en el papel que él mismo estaba jugando. En el fondo de su conciencia comenzaba a vislumbrarse una cierta pauta, cómo un indicio que podía ayudar a que las piezas encajaran. El hermano Jacques aguzó el oído cuanto pudo para escuchar la conversación.

Sobre el estrado, De Nogaret había llamado a un escribiente que desenrolló un largo pergamino y lo sostuvo ante ellos de modo tal que, desde el sitio en que se hallaba, Bernard no pudiera leerlo. Las palabras fueron sustituidas por cifras, puntualizadas por palabras tales como «oro», «plata», «toneladas», «Temple», «tesoro» que De Nogaret pronunciaba con un énfasis especial. Y, mientras hablaba, señalaba con excitación el manuscrito que tenía ante sí.

El rey Felipe se sentó impasible. Durante largos intervalos de tiempo permaneció

silencioso. Luego, su voz repitió una y otra vez: «... por el amor de Dios...».

Estaba sentado sobre el borde de su gran trono, inclinado ligeramente hacia adelante; luego, volvió a reclamar la opinión de sus consejeros para volverse, una vez más, hacia el enviado papal.

—... eso es imposible...

—... sin embargo, bajo la supervisión de su santidad...

—¡Imposible! —dijo De Nogaret enfadado.

Jacques se preguntó por qué Bernard había deseado que él estuviera presente durante esa audiencia. La única conexión existente entre aquel juicio y su propio cometido era Pietro de Ocre. Sin embargo, resultaba muy difícil vincular al andrajoso prisionero con el poder omnímodo que podía observar allí, delante mismo de sus ojos, y con la conversación acerca de tesoros que oía fragmentariamente.

Se movió todavía un poco más adelante, tanto como se atrevió, aprovechando las continuas distracciones de los ujieres y los guardias.

—¡Diez mil! —gritó súbitamente De Nogaret, con el cuerpo temblando de excitación y un mechón de su negra cabellera cayéndole sobre la frente.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, Jacques no pudo comprender las palabras que siguieron a su súbito estallido colérico.

Ahora sabía que estaban discutiendo el modo en que debía distribuirse el tesoro de los templarios. También sabía que el papa Clemente deseaba que fuera entregado a otras órdenes religiosas, especialmente a los cruzados de la orden del Hospital. Cualquier cosa con tal de apartar aquella riqueza de las ambiciosas garras de Felipe.

—... a Avignon —oyó que sugería la voz de Bernard de Caen.

—De cualquier modo, no hay diferencia alguna. Nuestros inquisidores...

Pero la voz se desvaneció, aunque Jacques pudo acabar la idea por sí mismo: «... harán el trabajo tan bien como cualquier comisionado papal».

—... para traerles nuevamente bajo la jurisdicción de la Iglesia —prosiguió Bernard de Caen.

En ese momento, Jacques observó que el inquisidor general de París se movía rápidamente para murmurar algo al oído de su soberano. El silencio envolvió el recinto. Era sencillo adivinar lo que estaba diciéndole: que legalmente el legado de los templarios se encontraba bajo la jurisdicción de la Diócesis de París, ya que él, Guillaume de París, era el responsable de la orden de arresto.

Nuevamente, Jacques oyó gritos que provenían del exterior. En ese momento de tregua le pareció oír la palabra «perder». Miró en dirección al anciano, que se había deslizado a su lado.

—Arqueros —dijo sencillamente, con un tono que indicaba que para él resultaba una explicación suficiente.

—¿Arqueros? ¿Aquí?

—Son hombres nuevos. Ballesteros gascones. Están aquí desde hace casi una semana. Son los mejores —explicó el viejo, pronunciando las últimas palabras con



orgullo.

Precisamente entonces, Felipe el Hermoso llevó al inquisidor general a un rincón de la estancia. Por un momento, Jacques sintió una cierta simpatía por él.

La voz de Nogaret era más clara y en ocasiones podía oír frases completas.

—Sin embargo, no existe la menor duda de que los juicios acabarán muy pronto.

El siguiente comentario de Bernard de Caen se perdió cuando se dirigió hacia el rey. Sólo se filtraron unas pocas palabras en el momento en que se volvió a medias para decirle algo a De Nogaret.

—... pero su santidad desea... los juicios a lo largo del reino de Francia... alguna garantía...

—¡Jamás! —exclamó el rey Felipe con determinación.

Esta afirmación terminó con la discusión. Tanto De Nogaret como Guillaume de París se apartaron del estrado. Bernard reclinó la cabeza en señal de respeto al rey.

Luego, para regocijo de Jacques, Felipe el Hermoso hizo algo que cogió por sorpresa a sus consejeros. Se puso en pie, avanzó en dirección a Bernard de Caen y se alejó con él del estrado, encaminándose hacia la pared, en busca de una cierta privacidad. Allí, con sus voces sofocadas por las gruesas y pesadas tapicerías, los dos hombres entablaron una conversación. Finalmente, el rey Felipe se apartó de Bernard y regresó rápidamente a su trono. Su pálido rostro tenía una expresión que, vista desde lejos, parecía evidenciar una intensa ira.

—Hay poco tiempo —dijo con toda claridad—. La campaña debe ponerse en marcha el próximo verano.

Nadie se atrevió a dar un solo paso mientras miraba a su alrededor. El murmullo de los cortesanos cesó por completo. El silencio sólo fue roto por los gritos esporádicos de los soldados que se hallaban fuera, en alguno de los patios interiores del castillo.

Luego, el monarca volvió a sentarse en el trono, y se inclinó hacia adelante.

—Os proporcionaremos una respuesta para su santidad durante la oración matinal —anunció en una voz clara y potente para que todos pudiesen oírle—. Hoy se celebrará un banquete en honor de los embajadores del rey Jaime de Aragón. Vos y vuestra comitiva estáis invitados.

## Capítulo 12



— Vos también vendréis —dijo Bernard de Caen con brusquedad mientras abandonaban juntos el palacio real—. Será una experiencia muy valiosa para vos. — Sus ojos parpadeaban mientras hablaba, mirando hacia uno y otro lado como si temiera perderse algo—. Mañana partiremos con destino a Avignon. Debemos llevar la respuesta del rey y, además, hay mucho que hacer.

Jacques no tuvo tiempo de formular las preguntas que le perturbaban. En cuanto hubo pronunciado la última palabra, Bernard de Caen se marchó alborotadamente y sin dar mayores explicaciones, alegando que tenía algunos «asuntos oficiales» que atender.

Tras un momento de decepción por haber sido dejado una vez más en la estacada, Jacques decidió que así tendría la oportunidad de visitar a un amigo de su época de estudiante en París. El solo pensamiento del rostro sonriente de Armand y de su pícaro sentido del humor le permitió apartarse, aunque sólo fuera brevemente, del peso cada vez mayor de la responsabilidad que había asumido. Ahora, mientras cruzaba la ciudad en dirección a la abadía de Saint-Germain, percibió en su paso una estimulante ligereza como hacía tiempo que no experimentaba.

—¡Hermano Armando! —gritó con entusiasmo en cuanto fue introducido en el gabinete privado de su viejo amigo.

—Me alegra verte —dijo la voz de Armand sin la menor inflexión de entusiasmo ni de bienvenida—. Siéntate.

Jacques se sentó presa de una súbita contrariedad, aquella inesperada formalidad le desconcertaba. El rostro rígido de su amigo y su cráneo tonsurado indicaban una seriedad de nuevo cuño, desconocida en él.

Armand se dirigió entonces hacia el fraile que había acompañado a Jacques y que aguardaba junto a la entrada de su habitáculo.

—Puedes marcharte —le dijo.

Tan pronto como el fraile les hubo dejado solos, la vieja expresión de picardía se instaló nuevamente en el rostro de Armand.

—¡Seis años! —exclamó.

—Diez desde que vine a París —replicó Jacques, percibiendo con alivio que su contrariedad se esfumaba.

Además de la tonsura y de las severas patas de gallo que se le formaban cada vez que sonreía, su rostro prácticamente no había cambiado.

—¿Recuerdas la noche en que nos conocimos?

—Robando en el huerto real. Hoy no podrías hacerlo. No es el tipo de cosas que hace un abad suplente ¿no es así? De todos modos, los nuevos muros del palacio han cubierto nuestra entrada secreta.

La amistosa carcajada que compartieron restó importancia a los años transcurridos.

—Hoy no podrías reconocer la universidad —dijo Armand—, y la calle Saint-Jacques ha desaparecido tras la construcción de las nuevas aulas de conferencias.

—Pero puedo reconocerte a ti, amigo mío. Aunque durante un instante, cuando llegué, me sentí contrariado. Me han dicho que estás destinado a realizar grandes cometidos. Ésta no es una abadía corriente —dijo Jacques, señalando mientras hablaba las antiguas paredes que les envolvían.

El abad suplente sonrió con modestia.

A Jacques su expresión le resultó muy divertida. Él era uno de los pocos que conocía el aspecto más íntimo y privado de Armand, que incluía la bebida, las risas estruendosas ante sus propios chistes y casi un placer físico en sus travesuras, que Jacques había aprendido inmediatamente a compartir con él. Asimismo, contaba con una mente aguda para las cuestiones legales y teológicas, un don que le había convertido en un estudioso ejemplar de comentarios y sentencias. No obstante, y por encima de todo, era un hombre absolutamente leal a sus amigos.

Estos pensamientos le llevaron a recordar el tiempo que habían pasado juntos en París.

—¿Y nuestro albergue? ¿Aún sigue allí?

—Te lo enseñaré —replicó Armand con un inesperado entusiasmo—. Tenemos un par de horas hasta la Sexta.

—Excelente —dijo Jacques, sintiéndose incómodo por no comunicarle a su amigo que, en vez de ocuparse de las oraciones del mediodía, debía cumplir con el deber impuesto por Bernard de Caen de acudir al banquete real.

Se dirigieron hacia la Sorbona.

—¿Lo ves? Nuestra panadería ha desaparecido. ¿Recuerdas que acostumbraban a darnos aquellos trozos de pan ácimo cuando regresábamos de la oración matinal? Allí está, el albergue para los estudiantes holandeses.

Jacques observó que también había otras tiendas o talleres de artesanos que habían cambiado o, directamente, habían desaparecido. Sin embargo, se sintió complacido al ver la tienda donde solían comprar mariscos cuando su padre le enviaba dinero para los días en que se celebraban las festividades de la iglesia. Ahora, su estatus privilegiado le permitía llevar dinero, especialmente cuando emprendía

algún viaje, como ocurría en este caso. Se acodó en el mostrador, como solía hacerlo tantos años atrás, y llamó para que le sirvieran. Se sintió encantado cuando vio aparecer al mismo bretón de antaño, el de los grandes bigotes, y le compró dos pequeños cuencos de mejillones.

—Ahora esto es algo pecaminoso —protestó en broma el abad suplente.

—No obstante, pruébalos. Me ha llevado seis años de mi vida. Me siento como si estuviera en camino de exponer mi tesis doctoral. «Si para conocer una cosa se requiere la propia existencia de la cosa, o si aquello que no es puede ser objeto de comprensión» —recitó Jacques, recordando el título de su obra, con una expresión de burlona seriedad.

Armand rio con el placer incontenible de un verdadero estudiante. El vínculo que existía entre ellos continuaba siendo muy fuerte.

—Ahora suena como algo tonto —observó Jacques—. Pero entonces resultaba muy impresionante. Palabras nobles, una retórica conmovedora, mi latín tan bueno como siempre. Incluso el rector fue incapaz de confundirme, a pesar de que se empleó a fondo con sus preguntas capciosas. ¡Qué falso que era todo aquello!

—Y, sin embargo, qué importante. Recuerda que yo era el aguatero que había llegado de Rouen y tú el hijo de un panadero de provincias. Aprendimos a competir con nobles y príncipes sólo con la inteligencia que Dios nos ha dado. La Sorbona nos preparó para desempeñar las tareas que hoy acometemos, del mismo modo en que la leche de nuestras madres nos preparó para la vida... —dijo Armand, y a continuación hizo una pausa, como les sucede a las personas que tratan de recordar algo que han olvidado preguntar—. Pero dime, amigo, ¿qué es lo que te ha traído a París?

La pregunta parecía inocente, pero Jacques percibió que había sido cuidadosamente preparada. Sin embargo, en aquel momento Armand era quizá la única persona del mundo en quien podía confiar plenamente.

—Una curiosa investigación.

—¿Curiosa?

—Concierne a un preceptor del Temple; un italiano.

—¿No han terminado ya todos esos juicios?

—Eso es, precisamente, lo que la convierte en curiosa. Ha sido investigado al menos en tres ocasiones sin que de ellas surgiera nada importante. Y ahora, repentinamente, por razones que sólo él conoce, nuestro señor Bernard de Caen tiene la convicción de que este templario guarda un gran secreto.

—¿Tan grande como para apartarte de lo que han sido tus deberes durante todos estos años... y traerte con él a París? —Esta idea final hizo que mirara con intensidad al hermano Jacques—. Ésa es la razón por la que estás aquí... ¿no es verdad?

Era imposible que negara su responsabilidad durante más tiempo. Jacques se sintió avergonzado, recordando las palabras de su superior acerca del Opus Christi. Podía confiar su propia conciencia al hermano Armand, pero no sus sospechas más recientes. Le aterrorizaba la inmensidad de su nuevo estadio de soledad.

—Sí, existe un vínculo perdido —dijo vagamente—, un hecho, un detalle, que Bernard de Caen parece creer que nuestro templario acabará por revelar antes o después.

—¿Tienes alguna idea?

—Aún no. No tenemos una idea clara de lo que buscamos. Sin embargo, sospecho que nos conducirá a Italia...

—¿Italia? ¿Es extraño...?

—¿Por qué? —le preguntó Jacques mirándolo fijamente.

—Eres la segunda persona que me ha mencionado Italia esta mañana. Parece que todos los rumores conducen a Roma —dijo, mirando a su alrededor con rapidez, cogiendo a Jacques por el brazo y atrayéndolo hasta el vano de un portal desierto—. Han llegado noticias de que Enrique de Luxemburgo ha muerto.

—¿El emperador? ¿Dónde? ¿Qué ha sucedido? —preguntó inquieto.

Se trataba de una noticia muy perturbadora.

—En la Toscana. En campaña. Y ha sido todo bastante irregular. La primera cosa extraña es que fue asesinado; la segunda, y que según mi criterio es todavía más extraña, es que fue asesinado por un fraile dominico que durante la comunión le dio a beber vino envenenado.

Jacques se sintió desconcertado por el hecho de que este último detalle no le sorprendiera como era de esperar. Las cosas más extraordinarias se estaban convirtiendo en algo rutinario.

—¿Cuándo sucedió? ¿Lo sabes?

—En el mes de agosto.

Precisamente cuando los caballeros abandonaban Aigues-Mortes. De modo que su campaña había llegado demasiado tarde.

—... fue enterrado en la catedral de Siena.

—Y ahora necesitaremos un nuevo emperador —dijo Jacques en medio de un fuerte suspiro.

Temía que Felipe el Hermoso pudiera poner pie en aquella senda y colarse por la brecha abierta. Era necesario que no llegará a Roma.

—Lo dices como si ya supieras quién será ese nuevo emperador.

—La decisión le corresponde al papa —comentó Jacques, aunque suponía que en esta cuestión el papa no tenía mucho que decir.

—Nunca ha sucedido hasta ahora... y además... respóndeme a una pregunta: ¿existe realmente la necesidad de tener un emperador?

Jacques se sintió sorprendido por el hecho de que su amigo se atreviera a expresar semejante sugerencia. Pero, al mismo tiempo, le complacía la confianza que aquel comentario le demostraba, y supo entonces que siempre sería capaz de depositar en Armand toda su confianza. Igual que en los viejos tiempos.

—El mundo no está preparado todavía, aunque tal vez lo esté muy pronto. La respuesta es que sí; alguien debe convertirse en emperador.

—¿Tiene todo esto algo que ver con tu misión? —preguntó Armand.

—Tal vez. En realidad no lo sé.

—Pero lo crees, ¿no es verdad?

Jacques tuvo un momento de duda y miró a su amigo directamente a los ojos.

—Sí, lo creo.

—Entonces, amigo mío, debes saber que siempre puedes fiarte de mí. Para lo que sea. Presiento que estás adentrándote en aguas turbulentas y tal vez llegue un día en el que necesites un amigo —añadió, señalando la capilla al otro lado de la calle—. ¿Quieres que recemos juntos?

Jacques se dijo que era una manera elegante de cimentar su confianza mutua.

Sin embargo, muy pronto su mente se distrajo por completo. Mientras cruzaban la calle se detuvo, se volvió y echó un vistazo al complejo real que se erigía a sus pies. Ése era un centro de poder. Hacia la derecha, más allá del río, donde la bandera real flameaba amenazadoramente desde la torre del Temple, había otro centro de poder. El tercero se hallaba en Avignon. Aquellos tres centros estaban vinculados por hilos invisibles y él estaba convencido de que cada uno de ellos jugaba un papel en la misión que le había sido asignada por Bernard de Caen.

Sin embargo, existía un cuarto punto, necesario para definir por completo la matriz que entretejían aquellos hilos; y cuando ese cuarto punto fuera descubierto, el tejedor de la red poseería el verdadero poder.

Jacques percibió que las palmas de sus manos se cubrían de sudor y entonces tomó conciencia de que el desconocido cuarto punto era el objetivo que perseguía todo aquel despliegue diplomático.

Mientras rezaba continuó viendo en su mente el palacio real. Ese mismo día, al mediodía, se hallaría en él; seguramente no en la mesa del rey pero, no obstante, dentro del refectorio real.

## Capítulo 13



—¿En qué otra corte real se atiende de esta manera a hombres como nosotros?

La pregunta había sido formulada con orgullo, mientras servían un plato tras otro, por el hombre que se había presentado pomposamente a sí mismo como «Renaud Essart, senescal de su majestad el rey Felipe de Francia».

—Ciertamente es un trato muy generoso —asintió Jacques.

A su izquierda se sentaba un canónigo que acababa de regresar de Tierra Santa. Jacques pensó que sería muy reconfortante para él si el senescal del rey era capaz de comportarse de un modo tan apacible como el canónigo.

Se maravilló ante los platos que se iban sucediendo, detalladamente introducidos por el senescal. Sopa de cerdo salvaje, zumo ácido de uvas, caldo de liebre con semillas de granada y una fuerte sopa de guisantes y judías.

No obstante, el orgullo de Renaud creció aún más cuando se sirvió el siguiente plato.

—Hermanos, podéis apostar a que jamás habéis probado nada semejante —dijo con voz estentórea, para regocijo de los demás invitados—. Y tampoco volveréis a ver nada parecido. El costo de esta *soupe dorée* alcanzaría para alimentar durante todo un año a los hambrientos de la ciudad de Toulouse.

Jacques le dirigió una rápida mirada, sorprendido por aquella referencia a Toulouse, aun cuando su acento no había podido ocultar sus orígenes de hombre del sur. Fue entonces cuando el aroma de la sopa dorada alcanzó su rostro; delicado, exótico y, sin embargo, agitó en él un recuerdo que le era familiar. En una ocasión, su padre le había explicado que se hacía utilizando delgadas tostadas del costoso y más puro pan blanco de Chailly e introduciéndolas en una gelatina especial, compuesta por azúcar, vino blanco fino, yemas de huevo, agua de rosas y azafrán. En aquel preciso momento, no obstante, era incapaz de distinguir las ricas especies que se añadían a aquel plato de excepción, muchas de las cuales él jamás había visto ni degustado en toda su vida.

A continuación, para acompañar a la sopa prodigiosa, trajeron cestas repletas de panes de Chailly, el mismo del que su padre hablaba con reverencia cada vez que

Jacques mencionaba París, aunque él jamás había tenido la oportunidad de probarlo. Aquel pan exquisito fue servido con la misma indiferencia con la que se arroja el pan negro a los pobres hambrientos.

El rey Felipe, junto con los embajadores de Aragón, los príncipes reales y los grandes nobles se sentaron a la mesa más alta, mientras que la nobleza de rango inferior, los cortesanos y los más importantes funcionarios reales, hicieron lo propio en tres largas mesas situadas perpendicularmente a la primera. El pecho de Jacques se vio henchido de orgullo cuando descubrió que su superior se hallaba sentado a la mesa real.

En el centro de las mesas, y en toda su longitud, se habían dispuesto fuentes de plata con dulces, confites, granadas, almendras y golosinas de naranja. Entre ellas había saleros de plata y botes de salsas con jarros y tazas. Jacques se sintió impresionado ante aquella abundancia de oro y plata. No parecía verosímil que un hombre tan necesitado del tesoro y las riquezas de los templarios estuviera en condiciones de ofrecer un festín sirviendo a cada uno de sus comensales con platos y cubiertos de plata.

La pieza principal consistía en un cisne, que había sido dispuesto en un soporte especial y situado delante del rey. Jacques no había visto jamás nada parecido. Permanecía sentado, cocido pero recompuesto como si estuviera vivo, sobre un mar de pastel color verde tan grande como una cama. El pico del cisne había sido cubierto con una capa de oro mientras que el resto del cuerpo relucía bajo la luz del sol de tal modo que parecía pintado de plata. Las alas estaban desplegadas y sujetas en aquella posición por hilos invisibles. A través de la neblina producida por el humo de la cocción y el movimiento bullicioso de los sirvientes, Jacques percibió aquella ave como si en realidad se tratara de un águila imperial dispuesta a alzar el vuelo.

Las voces de sus compañeros de mesa muy pronto comenzaron a subir su volumen, a medida en que los vinos finos, el aguamiel y la potente cerveza local, conocida como la «cerveza de Dios» eran escanciados una y otra vez en sus copas y bebidos con idéntica rapidez. Naturalmente, ninguna de aquellas voces era tan estentórea como la de Renaud Essart.

—Bebed un poco más de vino, hermano —rugió, sin dar oportunidad a que su vecino de mesa se negara, llenándole la copa hasta el borde—. Las gentes como vos y yo rara vez tenemos una oportunidad con ésta. Lo han traído especialmente de Borgoña, como seguramente ya sabéis.

Jacques no estaba impresionado. Nunca había envidiado la comida de que disponían los demás, y se hubiera sentido igualmente feliz con un modesto plato de judías y ajo. Sin embargo, se preguntó cómo hubiese reaccionado Nicolás de Lirey de hallarse en su lugar.

Se sintió aliviado cuando los sirvientes trajeron el pescado, ya que entonces el senescal decidió impartir sus conocimientos del tema a toda la mesa proporcionándole un momento de respiro.



—El rodaballo y el lenguado fueron enviados desde Calais, y el rape traído especialmente por los enviados del rey desde Brest, para los festejos del día de hoy. Jamás volveréis a comer pescados como estos —gritó con entusiasmo—. Yo he servido en Brest y sé de qué os estoy hablando.

A continuación se exployó con todo detalle sobre el modo en que los pescados habían sido preparados y cocidos.

Cuando se deslizó hacia atrás en el banco, Jacques pudo observar que el senescal tenía más o menos su misma altura, y sus mismos fuertes brazos, perfectamente visibles debajo de la túnica cuando aferró la jarra de vino y estiró la mano para volver a llenarle la copa. Se trataba de un hombre que gozaba plenamente de los placeres físicos que proporciona la vida; tenía una ligera capa de gordura en el cuello y barbilla, lo que sugería un cierto exceso de complacencia en un hombre de su profesión.

Su cabello era abundante y negro como el azabache; tal vez tuviera treinta y pocos años. Su risa amplia reveló que le faltaba la mitad de los dientes y aun así se las compuso para dedicarle una gran sonrisa a Jacques como si deseara congraciarse con él. Probablemente se tratara de un hombre razonablemente honesto, pensó Jacques, que no observaba la menor traza de astucia en sus rubicundas facciones ni en sus ojos almendrados.

—¡Mirad eso! —gritó súbitamente con abierta admiración.

Una fila de sirvientes vestidos con largas túnicas blancas desfilaban a través del amplio vestíbulo con grandes fuentes repletas de piezas de caza.

—Todos hablan de las riquezas de Italia —comentó Renaud a su vecino de mesa—, pero no hay nada semejante... ni siquiera en el palacio de los Visconti. ¡Esto es el verdadero poder!

Jacques miró al senescal con renovado interés. Estaba a punto de aproximarse a Renaud y preguntarle cómo era posible que supiera tanto acerca del palacio de los Visconti cuando su pregunta fue ahogada por los aplausos. El cisne era cortado ceremoniosamente con una espada de plata. En su propia mesa, los sirvientes dispusieron platos de cigüeña, zorzales, estorninos, codornices y chorlitos. Las especies, y las rodajas de oso, de corzo y de venado fueron distribuidas entre los comensales en bandejas de madera.

En medio de aquella conmoción, Jacques miró al rey que, en ese preciso momento, tenía el brazo extendido, un gesto que igual podía sugerir que le sirvieran una copa de vino o indicar que se destruyera una ciudad entera. Sabía que Renaud tenía razón, y descubrió con una claridad tan repentina que le cogió desprevenido, que todo ese despliegue era una deliberada demostración de su poder dedicada especialmente a los enviados del rey Jaime.

La disciplina monástica le había enseñado a erradicar de su espíritu el placer personal y el deseo de dominar a los demás. Sin embargo, Jacques supo que aquellos sentimientos sometidos a un estricto control continuaban allí, debajo de la piel; lo

supo en cuanto se sentó en aquel inmenso vestíbulo y se sorprendió admirando de mala gana el absolutismo del rey y de sus mandatos. Y fue ese reconocimiento de sus más íntimas y sojuzgadas sensaciones lo que le conmovió en lo más profundo de su ser.

—¿Estáis bien, hermano? —le preguntó Renaud Essart—. ¿Se trata del vino?

Jacques denegó con un movimiento de la cabeza y recordó la pregunta que le había formulado y de la que aún no había recibido respuesta.

—¿Habéis estado en Italia, senescal?

—Sí, señor, he estado allí, como todos cuantos están hoy aquí presentes —dijo con orgullo—. En realidad he regresado de Milán hace sólo un par de días.

—¿Milán? —preguntó Jacques, procurando ocultar su creciente interés.

Renaud Essart miró a su alrededor con aires de conspirador y luego se aproximó a Jacques.

—En una misión secreta —dijo en un murmullo.

Su aliento apestaba y su cuerpo sudoroso provocó en Jacques un sentimiento de repulsión. Sin embargo, estaba intrigado por las palabras del hombre.

—¿Sois de Toulouse, no es así?

—¡Pero bueno... por mi alma bendita! ¿Cómo lo habéis adivinado? —preguntó Renaud alzando su copa.

Jacques aceptó el brindis. Sabía que si rechazaba alguno de aquellos brindis interminables le costaría el silencio del senescal.

—Mi primera abadía fue la de Mirepoix y he visitado a menudo la casa de mi orden, en Toulouse.

Jacques optó por una mentira blanda para evitar que el senescal adivinara cuál era su papel, ya que nadie hablaría con un inquisidor en la provincia de Toulouse. La eliminación de los cátaros había herido a prácticamente a todas las familias de aquella zona.

—¡Por mi alma bendita —rugió Renaud—, pero si casi somos vecinos! Permitidme que llene vuestra copa.

Extendió ostentadamente el brazo a través de la mesa para coger el jarro de vino, asegurándose de que todo el mundo comprobara que él, Renaud Essart, el senescal del rey, era una persona estupenda. Luego se deslizó sobre el banco, aproximándose al fraile.

—Sí, mi querido hermano —prosiguió—, he visto y oído cosas en Italia que conmocionarían a más de un señor o de un prelado de cuantos veis a nuestro alrededor. Cosas que jamás diré a nadie, excepto a un fraile honesto y a un hombre del sur como vos.

Ahora hablaba en la lengua del Languedoc y en un tono más confidencial.

Jacques luchó por dominar la repulsa que le provocaba el hedor que brotaba del hombre.

—Es muy amable de vuestra parte —dijo simplemente.

No iba a distraer al senescal mediante la formulación de alguna pregunta, sino que le interrogaría por el sencillo método de limitarse a escuchar, tal como Bernard de Caen denominaba esa táctica típica en un inquisidor.

—En este momento el rey tiene un centenar de agentes recorriendo el país. ¿Quién sabe si yo mismo no tendré que regresar en cualquier momento? ¿Adivináis qué es lo que estamos buscando, hermano? Apuesto a que es algo que seguramente interesará a alguien como vos.

Jacques superó su repulsión y se inclinó hacia el senescal.

—Una reliquia sagrada. De eso se trata —dijo Renaud, y respiró con fuerza contra el rostro de Jacques. A continuación cogió un dulce y lo sumergió en un pote de malvasía—. Vos sois un buen hombre, hermano Jacques, el fraile más honesto que he conocido jamás.

El inquisidor que había en Jacques comprendió que había llegado el momento oportuno para ejercer alguna presión sobre su interlocutor.

—El rey ya tiene la más grande de todas las reliquias sagradas —objetó con serenidad.

—La Verdadera Corona de Espinas. Sí, lo sé, pero dicen que existe una reliquia aún más importante, y el rey daría cualquier cosa por hacerse con ella.

—Me pregunto qué podría ser —dijo Jacques.

Su mente estaba aturdida por el vino que el senescal continuaba escanciando en su copa; sin embargo luchó por conservar un tono ingenuo.

Renaud le miró con cautela y luego estalló en una risotada como si juzgara que no podía existir el menor peligro en aquel fraile tan sencillo.

—Veréis... entre vos y yo, nuestro señor, el rey, tiene un gran plan. Y necesita esta reliquia para que su plan funcione. Es un gran lector de los salmos...

—¿Y qué significa eso? —preguntó Jacques, temiendo que el vino se le hubiese subido definitivamente a la cabeza a su improvisado confidente. No había nada de malo en la lectura de los salmos.

Sin embargo, el senescal se sonrió.

—Dicen que es muy aficionado a leer un salmo en particular, ése que comienza, sí lo recuerdo correctamente... —comenzó Renaud.

Luego se interrumpió durante un momento, depositó su jarra sobre la mesa, se sentó muy erguido y se esforzó por conseguir que sus rasgos de beodo alcanzaran la concentración necesaria. Cuando habló, lo hizo con el tono formal que utilizan los sacerdotes al recitar en latín.

—Permitid que Dios sea benevolente y nos bendiga...

—Y permitid que su rostro nos ilumine —añadió Jacques, completando el verso.

—Eso es, podéis verlo, eso es... —dijo Renaud con satisfacción.

—¿Eso es qué?

—La clave.

Otra vez aquellas palabras: la clave, pensó Jacques. Y el senescal prosiguió:

—Él cree que con el consentimiento y la protección del Rostro de Cristo nadie podrá detenerle. No puede fracasar.

—Pero... ¿dónde está ese rostro? ¿Qué es? —preguntó Jacques, incapaz de contenerse.

—No lo sé, hermano. Jamás lo he visto. Sin embargo, ha sido visto en Italia no hace más de quince años. Me atrevo a decir que seguramente regresaré a Italia antes de que acabe el invierno. —Luego, recuperando su natural suspicacia, añadió—: No os preocupéis, sólo se trata de un rumor.

Jacques miró a Bernard de Caen, que se hallaba inmerso en una profunda conversación con otros prelados.

Repentinamente, el senescal dio un salto y se irguió asumiendo una postura de absoluta concentración. Al principio, Jacques se sintió confundido, pero entonces comprendió que el banquete había terminado y él mismo se puso en pie junto a los demás.

Le maravilló que el sentido del deber de Renaud continuara funcionando, a pesar del vino que había ingerido y del caos que había en el vestíbulo; que respondiera en cuerpo y alma al ascendiente que la persona del rey ejercía sobre él.

A través del humo y del gentío apenas si pudo ver cómo el rey Felipe y los embajadores abandonaban el recinto en una procesión muy formal.

Una vez que el cortejo real se hubo marchado el recinto se vació con inusitada rapidez. Renaud Essart comenzó a alejarse en compañía de los demás oficiales. Sin embargo, en cuanto llegó al extremo de la mesa, se volvió hacia su compañero de velada.

—¡No lo olvidéis, hermano Jacques! —le gritó por encima del ruido de la estancia—. La próxima vez que vengáis a París venid a ver al senescal Renaud de Toulouse. Seréis bienvenido, y podéis confiar en ello.

Jacques resolvió que eso era exactamente lo que haría y tuvo el presentimiento de que no pasaría demasiado tiempo antes de que volvieran a encontrarse.

La urgencia del papa y los secretos de Bernard no eran comprensibles o, cuando menos, no eran comprensibles en su totalidad. Sintió que era lenta e irremediablemente arrastrado hacia el Opus; un profundo sentimiento de pertenencia le colmó de placer mientras se dirigía a pie hasta la morada del abad Gilles.

Estaba ansioso por regresar a Avignon y entrevistarse con Pietro de Ocre.

## Capítulo 14



El nuevo sentimiento de pertenencia de Jacques fue confirmado cuando al día siguiente de su regreso de París se presentó en el ala ocupada por el papa, en el convento de los Monjes Negros, en Avignon, acompañando a su superior, Bernard de Caen. El fraile que les recibió se había dirigido a él con la misma obsequiosidad que le dedicaba a su superior. Ya no se le pidió que aguardara afuera, sino que en esta ocasión siguió a Bernard de Caen hasta el interior de las habitaciones que ocupaba el papa.

Los guardias armados con grandes espadas de doble empuñadura ya no le parecían tan imponentes; ya no representaban ni una barrera ni una amenaza. Desde dentro, el poder papal resultaba perfectamente perceptible. Jacques se vio envuelto en aquel aura y percibió la ciudad de Avignon a través de ese filtro sutil que creaba el poder y que se interponía como una barrera entre él y el mundo exterior, sucio y polvoriento.

Jacques se sorprendió gratamente cuando constató que hasta el propio Nicolás de Lirey parecía tratarle con respeto.

De Lirey se mostró divertido al comprobar con qué facilidad un simple asentimiento con la cabeza por su parte conseguía satisfacer al inquisidor. Echó hacia atrás el rebelde mechón de cabellos negros que caía una y otra vez sobre su frente y caminó detrás del hermano Jacques procurando que la sonrisa que experimentaba en su interior no le traicionara.

Un ujier uniformado les condujo a través de una puerta en forma de arco al gabinete del papa, una estancia amplia, blanqueada y fresca, que estaba impregnada por la persistente humedad de un reciente enyesado. Jacques oyó los golpes regulares de los albañiles que trabajaban en el claustro cubierto del exterior, procurando acabar hasta el último detalle. Entonces pudo comprobar que en realidad las paredes interiores no habían sido blanqueadas sino dispuestas con un tratamiento de base para que luego los pintores de murales pudiesen iniciar su labor. Le sorprendió aquel signo de determinación y durabilidad, ya que pensaba que el papa Clemente deseaba escapar del alcance del rey Felipe desde el otro lado del río y regresar cuanto antes a

la Santa Sede, en Roma.

A pesar de ser una construcción nueva, la estancia ya se había convertido en un gabinete de estudio privado muy confortable. Su tamaño era el de un pequeño refectorio con una puerta en cada extremo y una gran chimenea de piedra a lo largo de la pared que se extendía a la izquierda de Jacques. A cada lado de la chimenea, apiladas junto a leños todavía verdes, secándose en espera del invierno, había una serie de grandes sillas parecidas a troncos, con altos respaldares, apoyabrazos y asientos de cuero; más allá estaba la amplia mesa de trabajo cubierta de papeles, gruesos volúmenes de manuscritos y materiales de escritura. En el otro lado de la habitación había un altar portátil de madera, con cojines de terciopelo situados debajo de él, sobre las lajas. En el centro de la habitación se encontraba una gran mesa de comedor a la que vio sentado a su santidad el papa Clemente.

Estaba solo. Una figura inmóvil y espectral en medio de la gran estancia. Ante él, sobre la mesa, había tres jarras, varios tazones, cucharas de plata y un cuchillo de trinchar que sugerían una personalidad más jovial. Un jarro semitransparente, con la forma de una garza llamó la atención de Jacques. A su lado había dispuestas algunas fuentes con pescados descarnados que parecían peines irregulares. Junto a un aguamanil de plata había una fuente con manzanas. Daba la impresión de que el papa se hubiese deshecho a toda prisa de los huéspedes que le acompañaban para escuchar las noticias que le traían desde París. Les saludó con modales muy amistosos.

—Mi querido abad, me complace veros nuevamente en Avignon. ¿Es éste el joven de quien tanto me habéis hablado? ¡Adelante! —A Jacques, aquella voz ronca y amable le recordó la de un abuelo benevolente reclamando a su nieto preferido para que tomara asiento a su lado—. Nicolás.

No obstante, el hermano Jacques no permitió que aquella primera impresión influenciara su comportamiento. Se inclinó en una genuflexión que evidenciaba un respeto y una caridad del todo genuinas.

—Sí, su santidad —replicó Bernard de Caen con los ojos clavados en el suelo mientras daba algunos pasos hacia adelante—. El hermano Jacques Fournier, originario de la Orden cisterciense, aunque durante muchos años ha trabajado con los dominicos de esta abadía —añadió, estirando el brazo hacía Jacques como si se dispusiera a abrazarlo—. Ahora forma parte de mi propio equipo.

Sin alzar la vista, Jacques miró rápidamente de reojo a su superior. No había previsto que las cosas se desarrollaran exactamente de ese modo, pero se sintió sumamente gratificado al oír las palabras de reconocimiento de Bernard.

—Podéis sentaros —dijo el papa Clemente.

Otra vez aquella voz benevolente y un destello de verdadera curiosidad en su grave contención. Indicó un sillón de madera de alto respaldo y luego hizo un gesto a Nicolás para que también él tomara asiento. No intercambiaron una sola palabra, pero Jacques percibió el respeto y la comunicación que existía entre ellos.

Aun cuando las maneras del papa fueran agradables y amistosas, sus ojos

profundos y preocupados traicionaban sentimientos muy diferentes. Su rostro redondo y su cabeza calva eran muy familiares para Jacques que le había visto en numerosas ocasiones desde una cierta distancia, cuando realizaba sus rondas por Avignon. Sin embargo, nunca había percibido lo pequeña que era la boca del papa. Un detalle todavía más curioso que aquél era el hecho de que un aislado mechón de cabellos que le crecía justamente encima de la frente parecía moverse en armonía con sus palabras. Llevaba un sencillo hábito blanco similar al que utilizaban los cistercienses, pero con pequeños botones dorados que nacían en el cuello y desaparecían debajo de la mesa.

El papa se puso en pie y se dirigió hasta un pequeño escritorio del que recogió una hoja de papel doblada. La abrió y se dispuso a entregarla a Bernard de Caen.

—Ésta es la respuesta que habéis traído de su alteza el rey Felipe —dijo, pero en el último momento tuvo un gesto dubitativo, como si un nuevo pensamiento le hubiese sorprendido inesperadamente, y retiró la mano extendida con brusquedad—. Explicadme cómo ha sido vuestro viaje de regreso.

—Rutinario, su santidad —dijo Bernard llanamente—. El hermano Jacques os lo explicará.

Fue una tortura.

—Bien, su santidad, fue rutinario, tal como os ha dicho mi señor Bernard —comenzó Jacques muy nervioso—. Pero gracias a las cabalgaduras que nos proporcionaron en vuestros establos conseguimos realizarlo con mucha rapidez.

—Sí, eso veo. ¿Habéis visto algo que os pareciera de especial interés? Por ejemplo... preparativos de guerra.

Jacques repasó velozmente el viaje de regreso mientras procuraba secar el sudor que cubría las palmas de las manos con la yema de sus dedos. Lanzó una mirada a Nicolás, deseando que el caballero le fuera de algún apoyo en su esfuerzo de autocontrol, sin embargo no encontró la menor compasión en su pálido rostro; sólo pudo detectar una cierta curiosidad en sus penetrantes ojos negros y una pizca de desprecio en la gentil inclinación de su cabeza.

Se volvió hacia el rostro más amable del papa.

—Había numerosas partidas reales en el camino, y un gran destacamento de caballeros ingleses...

—¿Iban hacia el norte o hacia el sur? —preguntó el papa con un tono de urgencia.

—Hacia el sur, su santidad —replicó Jacques, sorprendido por aquel interés en el detalle, aunque le sirvió para estimular su memoria—. También observé algo más... —comenzó a decir con mucha lentitud, recomponiendo la escena en su mente:

El papa le clavó la mirada con la misma fuerza con que lo hacían Bernard de Caen y Nicolás. La suavidad y el trato familiar se habían esfumado. Era como hablar para gatos hambrientos en medio de la oscuridad.

—En Chalón nos embarcamos en barcas planas de río para cruzar a Avignon. Navegábamos durante todo el día y nos deteníamos para pasar la noche en tierra, en

diferentes posadas. Cada día nos cruzábamos con grandes barcazas que iban río arriba cargadas de madera. De modo que una noche, Briac, el guardia, y yo mismo decidimos entablar conversación con el patrón de una barcaza que ancló a nuestro lado en el mismo muelle. Le preguntamos por toda esa madera que transportaban. «Es para construir barcos, por supuesto, hermano», me dijo el hombre; «El rey desea una nueva flota que esté dispuesta antes del próximo verano». Luego nos dijo que los astilleros reales están trabajando a pleno rendimiento.

—¿Nada más?

—No, su santidad —repuso Jacques.

La tortura había terminado y supo, a través de la mirada de admiración que le había dirigido Bernard, que lo había hecho muy bien. Miró con atención a los tres hombres.

—Fascinante —dijo el papa—. Y ahora, hermano Bernard, la carta.

Nicolás dio un paso adelante con toda rapidez y cogió la carta que el papa Clemente le tendía. Mientras lo hacía, se preguntó si serían capaces de prevenir los planes del rey y eventualmente, de anticiparse a ellos. Desde que su familia había caído en desgracia bajo el reinado de Felipe, su propio prestigio había declinado. Era un hombre joven y necesitaba contar con fortuna para devolver a su familia el honor que le había sido arrebatado y reconstruir sus castillos y sus propiedades. Por el momento no había guerras en las que se pudiera enriquecer con rapidez y su única oportunidad consistía en aliarse con Bernard de Caen. El eclesiástico le necesitaba, y si su ambición de quitar los grilletes que el rey Felipe había impuesto a la Iglesia tenía éxito, entonces su propio poder aumentaría inmediatamente. Debía tomar partido junto al papa si deseaba conseguir el fin que se proponía. Y ahora aparecía este nuevo asunto de la reliquia. ¿Quién podía saber adónde acabaría todo aquello? El riesgo era elevado, pero también lo eran las apuestas. Si se producía el peor de los desenlaces, siempre podía unirse a las nuevas fuerzas mercenarias que operaban en Italia; pero todavía había mucho tiempo por delante antes de llegar a esa última alternativa. Se volvió con lentitud hacia el papa y demostrando la lealtad justa y necesaria, sin el menor atisbo de servilismo, retrocedió y le alcanzó la carta a Bernard de Caen.

El inquisidor general la recogió, haciendo un gesto de asentimiento con la cabeza, y la leyó con atención. Luego, levantó el rostro para enfrentarse a la mirada expectante del papa.

—Es lo que esperábamos, su santidad —dijo, pasando la carta a Nicolás.

Jacques se sintió como si fuera un habitante en la tierra de nadie. Se hallaba en el centro mismo del poder de la Iglesia e incluso era una pieza clave de la información que se deseaba ocultar. Los celos que experimentaba ante el papel que jugaba Nicolás de Lirey, y la verdadera relación que unía al caballero con Bernard de Caen, se pusieron nuevamente al rojo vivo en su interior.

—¡Es un insulto a nuestra persona y al trono de San Pedro! —estalló el papa.



Aquella reacción dejó atónito a Jacques. Las tres profundas arrugas que recorrían su frente temblaron de ira. Sus ojos se encendieron hasta que dio la impresión de que podrían encender un fuego allí donde posara la mirada.

—¡Sus pretensiones de hacerse con el tesoro de una orden de la Iglesia le condenan a las llamas y al azufre del infierno como a todos los demás herejes! ¡No debemos permitirlo!

Nadie se atrevió a hablar.

Repentinamente, como si se sintiera satisfecho con el efecto que había producido en quienes allí estaban, el papa Clemente se calmó. Las profundas arrugas permanecieron en su frente, pero sus ojos recompusieron un brillo amistoso. Los extremos de su minúscula boca se abrieron imperceptiblemente.

Jacques parpadeó. ¿Era posible? El papa era la cabeza de la Santa Iglesia Romana y, sin embargo, hete aquí a un hombrecillo tímido y ansioso que parecía inseguro ante las amenazas del futuro, viviendo en una abadía prestada y con un poder real indudablemente pequeño. Deseaba impresionar a sus visitantes y desearía poder desafiar al rey de Francia en su propio terreno, pero daba la impresión de estar ensayando algún tipo de juego teatral. El espectáculo que había presenciado en París tal vez fuera montado para los embajadores, pero detrás de él había algo más, algo sustancioso. La extraña certidumbre del hecho de que el mundo que le rodeaba estaba cambiando con demasiada rapidez le cubrieron nuevamente de sudor y Jacques sintió que aquella convicción le dejaba helado aunque sin el menor atisbo de temor.

El papa Clemente, ahora con lentitud y serenidad, prosiguió con sus reflexiones.

—Debo agradeceros vuestra gestión, señor abad, por la habilidad con la que habéis redactado las cartas...

¿Cartas? Esta vez fue Jacques quien se sintió doblemente sorprendido: de que su mentor fuera responsable de escribir el texto y de que existieran otras copias.

—Nuestros enviados a Jaime de Aragón y Eduardo de Inglaterra ya han regresado...

De modo que aquél había sido el destino de las otras cartas.

—... y creemos que con un poco de tiempo nuestros esfuerzos diplomáticos tendrán éxito. El problema es, naturalmente, tal como vos lo sabéis muy bien, y sería inútil por mi parte pretender otra cosa, que no tenemos tiempo —dijo el papa, y luego hizo una pausa para mirar nuevamente a los ojos a Bernard de Caen—. ¿Cómo reaccionó el rey Felipe a nuestras propuestas de dividir los fondos de los templarios entre nuestras demás órdenes? ¿Deberíamos ponernos de acuerdo y disolverlas?

De modo que ésa era la cuestión. Jacques, experimentó un sobresalto; ahora lo comprendía todo. Satisfacer al rey Felipe suprimiendo la Orden del Temple y, al mismo tiempo, salvar sus tierras y sus tesoros para la Iglesia, todo ello con las bendiciones de los reyes de Aragón y de Inglaterra. Debía admitir que se trataba de un plan brillante, aunque... ¿sería tan sencillo engañar a un hombre como Felipe el Hermoso? Por el momento, sin embargo, aunque Jacques se estaba empapando con

aquel despliegue de inteligencia, lo que más le fascinaba era observar el modo en que Bernard caminaba por el filo de la navaja que separaba la verdad de una parte y la provocación de la furia papal de la otra.

—Parecía ansioso por acabar cuanto antes con el asunto de los templarios —dijo Bernard pensativo—, casi tan ansioso como Guillaume de Nogaret.

Cuando mencionó el nombre de Nogaret, el papa Clemente se puso súbitamente tenso.

—Es más, su santidad... En París había signos de un cierto movimiento militar. Se ha dispuesto un nuevo campo de entrenamiento entre el palacio real y el Temple. Había numerosos oficiales en activo por todas partes y existía una sensación de alerta general en toda la ciudad. Espero que no sea ya demasiado tarde.

Jacques recordó a los ballesteros y los gritos que había oído procedentes de alguno de los patios del castillo real. Observó que Nicolás se inclinaba hacia adelante con renovado interés.

El papa Clemente reclinó la cabeza en un gesto de inequívoco pesar.

—Otras fuentes confirman lo que me decís. Jaime y Eduardo tendrán miedo de desacreditar al rey Felipe, tal como nosotros deseamos, si también ellos conocen estos preparativos bélicos. Debemos reiterarles nuestro completo apoyo para terminar de inmediato con los juicios pendientes. Y luego, volver a escribir a los reyes. Ofrecerles la propiedad de la Iglesia. Permitirles que confisquen algunas de las tierras de los templarios que no tengan demasiado valor para nosotros. Lo que sea con tal de detener a Felipe de Francia.

—Eso será muy difícil, su santidad —observó Bernard de Caen—. Sus preparativos han sido muy cuidadosos y en Francia la Inquisición apoya todos sus movimientos.

Luego hizo una pausa, miró hacia abajo, a la mesa que tenía delante de sí, como si no estuviera muy seguro de seguir adelante. Como si no deseara poner la cabeza en la picota él solo.

Clemente comprendió su actitud.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué es lo que nos estáis ocultando?

Bernard de Caen levantó el rostro.

—Mis agentes en París me han informado de algunos extraños acontecimientos —comenzó con lentitud.

Jacques estaba seguro de que la tensión que flotaba en el ambiente podía cortarse con un cuchillo.

—La sensación de alerta de la que he hablado sugiere que su alteza el rey se está preparando para emprender una acción en lo que concierne a los templarios, pero me temo que la inteligente indagación del hermano Jacques y sus averiguaciones acerca de los barcos confirman los rumores que circulan en la ciudad... cosas que no debería mencionar en presencia de su santidad...

—¡Explicaos de una vez! —dijo Clemente sin controlar su brusquedad.

—Parece que está esperando una señal. Durante meses sus oficiales de más confianza han estado buscando una reliquia a lo largo y lo ancho de su reino e incluso más allá de sus confines...

Jacques comprendió que no era mucho lo que su superior ignoraba. Se preguntó, muy nervioso, si Bernard sabía algo de su larga conversación con Renaud Essart. ¿Acaso debió informarle acerca de cuanto el senescal del rey le había explicado?

Cuando el papa volvió a hablar, Jacques sintió que sus manos comenzaban a cubrirse nuevamente de sudor.

—¿Y bien?

—... se trata de una reliquia que el supersticioso rey cree esencial para que sus planes se desarrollen con éxito. Sin ella no se moverá; cuando la encuentre, entonces me temo que las consecuencias serán terribles para nosotros.

Jacques experimentó la sensación de que había un cierto desprecio en la voz de su superior. En primer lugar, por el rey; pero también por el propio papa Clemente, como si Bernard de Caen creyera que él podría haberse ocupado con mayor eficacia de la amenaza del rey.

Clemente apenas si podía mantener el control sobre sí mismo. Sus puños estaban muy prietos encima de la mesa y el rostro arrebolado por el flujo sanguíneo.

—¿Qué reliquia es ésa? En el nombre de Dios... ¿qué es lo que quiere?

—Aún no lo sé, su santidad —dijo Bernard de Caen con suavidad—, pero dadas las preferencias del rey y de sus antepasados, creo que debe tratarse de una reliquia particularmente sagrada; algo relacionado directamente con Nuestro Señor Jesucristo y mantenido en secreto durante siglos.

—¿Es eso posible? —preguntó ahora Nicolás de Lirey, arriesgándose a provocar un nuevo ataque de furia por parte del papa. Algo tan sagrado, pensó entonces, debió ser conocido por hombres del rango de San Luis.

Jacques escuchaba fascinado, ya que era la primera vez que Nicolás revelaba que también él se hallaba en las tinieblas. Realmente parecía que Bernard de Caen le ocultaba algunos detalles incluso al propio papa Clemente. Él siempre había dado por supuesto que el Opus Christi se hallaba al servicio directo del papa. Ahora, aquellas reticencias, aquellas reservas excepcionales actuaban como si Bernard de Caen y su Opus Christi estuvieran conspirando contra su maestro putativo. Se preguntó entonces, sorprendido por la súbita ocurrencia, si su superior podía ser realmente tan ambicioso; no obstante, desechó inmediatamente la idea por considerarla irrelevante y en cambio prestó atención al papa mientras continuaba con su interrogatorio.

—¿Y bien? Es una buena pregunta.

Durante algunos momentos el cuerpo del papa permaneció inmóvil como un gato a punto de saltar sobre su presa, haciendo equilibrio sobre el filo de la navaja, entre la calma y la furia. Miró a Bernard de Caen y en sus ojos parecía flotar una cierta melancolía, como si deseara que todo aquello no fuese cierto.

—Es poco corriente, estoy de acuerdo —dijo Bernard en tono pensativo—. Una

reliquia de esa importancia no podía guardarse en secreto en Francia o incluso en Europa. No, debe ser algo relacionado con Oriente, quizá con Bizancio. Tal vez haya llegado a Roma con Bonifacio, el cruzado de Montserrat; o quizá a Venecia. Si los rumores que oí hace ya muchos años en Italia tienen alguna verosimilitud, entonces se trata de una reliquia genuina y poderosa. Sólo nuestro Señor sabe de qué se trata.

Al oír esto, todo el cuerpo del papa Clemente fue recorrido por un escalofrío mientras se ponía en pie y golpeaba una y otra vez contra la mesa hasta que la hizo temblar con una violencia que excedía la fuerza de sus puños.

—¡Encontradla!

El hermano Jacques se sintió conmovido por la humildad con la que Bernard de Caen abandonó la estancia. Parecía encontrarse de excelente humor. —Gracias, Nicolás —dijo, dirigiéndose al compañero de Jacques con un tono de voz tan amable como jamás le había oído—. Me reuniré con vos de inmediato.

Nicolás inclinó la cabeza con cortesía y les dejó solos en la antecámara.

Una vez que estuvieron a solas, Bernard se dirigió a Jacques muy enfadado.

—¿Me lo habéis dicho todo?

—Sí, mi señor.

—¿Y bien?

—Os he informado de todo cuando Pietro de Ocre ha dicho —replicó Jacques.

Y era verdad. Sólo había omitido los comentarios de Renaud Essart y sus propios pensamientos.

—¿No ha dicho nada acerca de la reliquia?

—No; mi señor.

—¿O de San Eusebio?

Otra vez aquel nombre. Jacques volvió a sentir que Bernard de Caen estaba ocultándole algo y la convicción de ese hecho hizo que no tuviera cargos de conciencia.

—No, mi señor.

—Tiene que haber algo. ¡Encontradlo!

—Hago todo cuanto puedo, mi señor.

Observó entonces que las palabras que había utilizado el propio papa Clemente sacaban a relucir en él el mismo tono obsequioso.

Mientras avanzaban en dirección al corredor principal, Jacques percibió que la cólera de Bernard permanecía intacta y cuando su superior se volvió nuevamente hacia él había una duda inquietante impresa en su rostro.

—Continuaréis haciéndolo lo mejor que podáis, ¿no es cierto? Tenemos que encontrar esa reliquia.

Jacques se estremeció.

—Lo comprendo —replicó, utilizando su capacidad retórica para evitar un

compromiso inútil.

Caminaron en silencio durante algunos minutos. Jacques intentaba adivinar qué pensaba Bernard ahora de él y si había actuado correctamente. A juzgar por la expresión dibujada en aquel rostro rubicundo, podría estar pensando en ello; sin embargo, comenzaba a comprender que en esta nueva y delicada situación las expresiones faciales, e incluso las palabras dichas como ciertas, no eran de fiar. Sólo persistía en él una duda que necesitaba solventar.

—Mi señor Bernard —dijo serenamente.

Bernard de Caen se volvió otra vez hacia él, perforándolo con sus ojos verdes hasta que tuvo la impresión de que iban a salirse de las órbitas.

—Se trata de la reliquia.

—¿Sí? —respondió Bernard, y en su voz se reveló una sospecha.

—¿Creéis que puede existir alguna conexión entre la reliquia y los planes del rey Felipe de iniciar una campaña el próximo verano?

Bernard de Caen se encendió con la cólera mal disimulada que suele emplear un oficial con alguno de sus subordinados. Un estremecimiento incontrolable recorrió de arriba abajo el cuerpo del fraile.

—¿Cómo lo sabéis?

—Rumores, mi señor.

Jacques no deseaba revelar lo que había escuchado atentamente durante la audiencia real.

—En esta misión, muchacho, debéis ateneros sólo a los hechos. Los rumores sólo os conducirán al error —dijo Bernard y, tras una pausa, añadió—: Discutiremos todo este asunto mañana por la mañana, hermano Jacques. Gracias por vuestra colaboración.

«Necesito tiempo para pensar», tradujo mentalmente Jacques.

—Sí, mi señor —dijo en voz alta.

De modo que de eso se trataba: el rey Felipe había dado a sus hombres un plazo que expiraba el verano siguiente para que hallaran la reliquia. Cuando la tuviera en su poder podría cimentar el éxito de su campaña; y si el papa la hallaba primero, el plan del rey para alcanzar el dominio absoluto del imperio y del mundo se vería frustrado. Jacques dibujó una sonrisa en sus labios al comprobar que se hallaba un paso por delante de Bernard de Caen, porque Renaud se había referido a la reliquia como al «rostro». Deseaba presionar un poco más a su superior, pero las últimas palabras pronunciadas por Bernard eran, indudablemente, una señal inequívoca de que la conversación había terminado. Por el momento, no había nada más que hacer.

Jacques permaneció observando la rechoncha figura de Bernard, meneándose hacia uno y otro lado, como si fuera un pato, mientras la luz del sol refulgía en la calva de su cráneo. Una figura ridícula y, no obstante, se trataba de un hombre a quien el abad Gilles trataba con respeto y el papa Clemente con suma cautela; un hombre que inspiraba mucho temor, más que cualquier persona que Jacques hubiera

conocido hasta entonces. Comenzaba a comprender cuál era la fuente del poder de Bernard, y también el hecho de que el poder podía ser arrebatado y manipulado tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella: allí podía ver lo que era el verdadero poder real, en bruto, manipulado por Bernard y apuntalado por el trabajo del Opus Christi.

Al principio la revelación operó en él como una conmoción, sin embargo, las demandas del papado eran tanto temporales como espirituales. El extraño nuevo mundo que rodeaba a Jacques comenzaba a aclararse y junto con la excitación que creaba en él aquella convicción creciente y cada vez más firme, supo que la clave de todo el asunto estaba en su poder, porque quien la tenía era Pietro de Ocre.

Se volvió para echar un vistazo a la delgada figura de Nicolás de Lirey que acababa de aparecer desde las sombras, de detrás de una columna, en el momento en que Bernard desaparecía de la vista.

—¿Estabais esperando aquí? —le preguntó Jacques sin rodeos.

—Naturalmente —asintió Nicolás, disimulando su embarazo con suma facilidad—. Me gustaría conocer cuáles son las últimas noticias.

Era una posición lógica y razonablemente honesta. Sin embargo, el interés manifestado por Nicolás suponía una profunda motivación. Jacques intentó sorprenderle con la guardia baja.

—¿Qué es lo que hace que esta cuestión sea tan importante para vos? —preguntó.

Nicolás inclinó la cabeza hacia adelante. No tenía mucho sentido ocultar la verdad.

—Nuestro señor el papa se está preparando para una batalla contra Felipe el Hermoso. En este momento él es el títere, pero aspira a convertirse en el titiritero. Creo que puede conseguirlo y yo haré cualquier cosa, lo que sea necesario, para contrarrestar el poder del rey de Francia —explicó Nicolás con lentitud, mientras se alejaba; entonces, súbitamente, se volvió e irguió sus anchos hombros—. No debe conquistar Europa —añadió maliciosamente.

—¿Por qué tanto odio? —preguntó Jacques, desconcertado.

No había necesidad de fingir, ya que el odio era evidente; y, razonó Nicolás, podría ser positivo lanzarle al inquisidor alguna golosina.

—Mi padre era un caballero al servicio del rey. Estaba a su lado cuando contrajo matrimonio con Juana de Navarra y se convirtió en rey de Navarra y conde de Champagne. Tras servirle durante más de veinte años con absoluta lealtad, fue expulsado de su servicio por un capricho insignificante, después de que uno de los rivales de mi padre lanzara contra él informaciones falsas. Mi único deseo es el de reivindicar su buen nombre.

—¿Es tan importante?

Nicolás se rio con fuerza, ruidosamente, y retiró de la frente aquel díscolo mechón de negros cabellos. Trataré de que el hijo del panadero lo comprenda, se dijo.

—No puedo reclamar una descendencia tan noble como la de nuestro protector, si lo que él afirma es verdad; pero sí una descendencia justa y suficientemente noble.

Veréis, hermano Jacques, el estado de Charny fue garantizado a la familia de Raymond de Mont-Saint-Jean hace doscientos años; de modo que yo —y ahora Nicolás era consciente de que su propia voz se henchía de orgullo, por lo que puso todo el énfasis de que era capaz cuando pronunció las siguientes palabras— estoy emparentado con un Gran Maestro del Temple, Guillaume de Beaujeu, que fue el sucesor de Thomas Berard. Y a Hugo III, duque de Borgoña.

Nicolás hizo una pausa para conseguir el efecto deseado.

Jacques reflexionaba a toda prisa. ¿Podría Nicolás saber algo acerca de esta «reliquia» a través de la propia historia de su familia? Comenzó a entender la razón por la que aquel caballero seglar había sido elegido por Bernard de Caen. Sin embargo, todavía les aguardaba por delante un largo camino. Jacques resolvió que sería necesario demostrar una cierta adulación por el joven caballero.

—Muy impresionante —dijo entonces. Sabía que las palabras eran banales, pero por el momento no pudo pensar en nada más oportuno.

Nicolás no se percató de ello. Sus pensamientos estaban anclados en el pasado; los nombres giraban en su mente como barcos que navegaran a través de un mar tormentoso: en un momento eran visibles y un momento más tarde desaparecían tras el oleaje para volver a aparecer con la proa pintada y exhibiendo el escudo de armas de la familia desde la cresta de la ola siguiente.

—¡Eso no es todo! Podemos reclamar vínculos con Andrés II de Hungría, los condes de Saboya y Jean de Brienne, rey de Jerusalén. Durante los dos últimos siglos hemos estado entre quienes han regido los destinos de Francia y hará falta mucho más que un Capeto para destruirnos. Ha quemado el honor de Charny, sin embargo, de las cenizas renacerá la casa de Lirey. Los Charny y los Lirey no morirán.

De modo que él también era su enemigo, tanto como Pietro de Ocre. El pasado y la aristocracia.

Jacques miró fascinado cómo el rostro pálido de su aristocrático compañero adquiriría un cierto color por primera vez desde el día en que le conociera. La letanía de la historia familiar había conmovido a Nicolás lo suficiente como para otorgarle un aura profética. Ahora el papel de Nicolás se hacía más claro. Sin embargo... ¿era también un instrumento de la compleja política instrumentada por su superior, Bernard de Caen?

Jacques tuvo una nueva, ocurrencia. Nicolás había estado al acecho en el claustro, un escenario que no se correspondía en absoluto con su entorno natural.

—¿Qué habéis hecho durante el día de hoy? —preguntó Jacques.

Y por un momento bulló en su mente la idea de que era el joven caballero quien organizaba encuentros clandestinos entre Bernard de Caen y algunas mujeres. Un aristócrata seglar sería el candidato ideal para desempeñar ese cometido.

Nicolás sonrió.

—He estado velando por las necesidades de nuestro prisionero —repuso evasivamente.

El color había vuelto a desaparecer de su rostro y el mechón de cabello oscuro caía nuevamente sobre su frente.

—Hermano Jacques... ¿os apetecería ocuparos de él esta tarde?

Cuando abrió la boca para responderle, Jacques no pudo menos que advertir la habilidad de su compañero para distraer su atención. Pero no importaba demasiado. Permitiría que Nicolás se alzara con su pequeña victoria.

—No, gracias, señor. Me gustaría recostarme y descansar; y también rezar con serenidad tras nuestro largo viaje. Mañana habrá tiempo suficiente.

Al principio Jacques se sintió avergonzado por el descarado engaño que entrañaba su explicación. No obstante, mientras se encaminaba a través del claustro hacia la entrada principal del convento, tuvo la sensación de que aquella facilidad para improvisar algunas pequeñas mentiras sin importancia formaba parte integral de la nueva personalidad que estaba desarrollándose en él.

Era su turno de decepcionarse. Necesitaba hablar con Pietro a solas.



## Capítulo 15



El vivo interés que demostró el preceptor cuando Jacques entró en su celda le sugirió que estaba deseoso de hablar. Era una habitación limpia y bien iluminada con un buen colchón de paja y un taburete de madera. Retro había sido lavado y vestido con una nueva camisa; también le habían entregado una copia de *La vida de los santos*. No quedaban trazas ya de aquel hombre harapiento y derrotado que habían encontrado en Aigues-Mortes.

Cuando entró el inquisidor, Retro se puso en pie, observándole con expectación.

—¿Más preguntas? —inquirió.

La ironía y el tono de ligero placer que trasmitía su voz terminaron de convencer a Jacques acerca de las intenciones del prisionero. El sentimiento de culpa que había experimentado por las mentiras que le había dicho a Nicolás se disipó como por arte de magia.

—Más bien se trata de una conversación —replicó con amabilidad. Luego, dirigiéndose con severidad al carcelero que le había acompañado, añadió—: ¡Traed un banco y dejadnos a solas!

Jacques decidió que podía obviar los preliminares de rigor. El traslado de aquella mazmorra húmeda y pestilente ya debía de haber surtido el efecto deseado. El prisionero estaba dispuesto, el momento era el adecuado y él aún no deseaba presionarle demasiado.

—Jamás he oído de ninguna ceremonia de iniciación realizada por el Gran Maestre en persona —comentó Jacques con indiferencia.

Pietro mordió el cebo como un pez domesticado dentro de un estanque. El brillo de su mirada traicionó el enorme orgullo familiar que le embargaba.

—Fue algo poco corriente —dijo—, pero se trataba de mi tío y, en cualquier caso, fue Jacques de Molay quien insistió en que así fuera.

—¿En aquel momento ya le conocíais bien?

—No, en absoluto —respondió Pietro con una sonrisa melancólica—, pero en los años siguientes estuvimos juntos en varias campañas. Confiaba en mí como lo hacía en muy pocos hombres.

—¿Me explicaréis vuestra ceremonia de admisión? —preguntó Jacques con suavidad.

—Vos debéis haber leído seguramente decenas de transcripciones acerca de nuestra ceremonia de admisión.

—Me gustaría conocer la vuestra —insistió Jacques con amabilidad.

Pietro bebió un sorbo de una jarra que había a su lado, sobre el banco, y luego asintió.

—No puede haber nada malo en ello. ¿Por dónde deseáis que comience?

—En el momento en que decidisteis tomar los votos de la Orden del Temple.

—Siempre supe que lo haría. Desde el mismo día de mi nacimiento.

—Sin embargo, tiene que haber habido un momento en concreto en el que tomarais la decisión.

Pietro miró fijamente un punto que se hallaba mucho más allá del inquisidor.

—Sí, supongo que lo hubo, y fue precisamente el día previo a mi iniciación.

—¿En Ocre?

—Sí. Mi tío acababa de regresar a Ocre de camino hacia el Temple de París.

—¿Y os pidió que tomarais los votos?

—¡Al contrario! Hizo cuanto pudo para detenerme. Pero estaba escrito en las estrellas. Y esa noche, reunidos todos en el salón de nuestro castillo no había manera de que pudiera hacerme cambiar de idea.

—¿Por qué estabais tan vivamente decidido?

—¿Quién no lo habría estado después de escuchar sus relatos de batallas? Yo era un muchacho de dieciocho años y allí, delante de mí, se hallaba uno de los más grandes guerreros de la época. Yo absorbía cada una de sus palabras como si fuera una esponja. Él era como Matusalén, el patriarca hebreo, hablando acerca de las gloriosas hazañas de la caballería de los siglos anteriores. Todavía era un hombre fuerte que se sentaba erguido en su montura. Y podía cabalgar durante días mientras que los hombres más jóvenes le rogaban para que desmontara y así poder dormir y descansar. Su rostro era amplio y barbado, con mandíbulas de bulldog que nadie podía olvidar jamás. Sin embargo, lo que primero impresionaba a todo el mundo era su risa. Todavía hoy, después de cuarenta años, cuando oigo una risa parecida, profunda y potente como si el estómago del hombre fuera a estallarle, me vuelvo con la esperanza de verle allí.

—Es extraño que nunca os hubiera alentado para que jurarais los votos —reflexionó Jacques en voz alta.

—No, en realidad no era extraño. Mis hermanos eran muy jóvenes y yo estaba destinado a ocuparme del sostenimiento de nuestro castillo. De modo que él hizo cuanto le fue posible para que mi decisión pareciera algo verdaderamente espantoso. Recuerdo que dijo: «Sé que desde aquí todo suena bueno y heroico, pero la batalla allende el mar es sobre todo una lucha contra el polvo, los insectos y la escasez de agua». Naturalmente, tenía toda la razón, tal como yo mismo lo sé ahora; pero

entonces no significaba un obstáculo para mí. Mis únicos pensamientos se referían al Temple y a la Ciudad Santa. Ahora, tras todos estos años de prisión me divierte recordar a aquel joven que fui. Tan pletórico del fuego de la juventud, como un muchacho enamorado. El mundo parecía tan corrupto y la Orden tan pura... Me hubiera reído hasta morir si alguien me hubiese dicho entonces que casi medio siglo más tarde me encontraría recluido en las mazmorras de su detestable alteza el rey de Francia —dijo finalmente, escupiendo sobre el suelo como si de ese modo pudiese limpiar su boca tras pronunciar el nombre del monarca.

—Pero si vuestro tío se oponía con tanto empeño a vuestra decisión, ¿qué fue lo que le hizo cambiar de idea? —preguntó Jacques suavemente.

Pietro de Ocre levantó la mirada bruscamente y sonrió.

—El recuerdo de mi padre, a quien mi tío amaba profundamente. Aquella noche nos habló acerca de la cruzada de San Luis. Veréis, entonces mi padre estaba con él, aunque se negó a decírmelo hasta el día de su muerte. Os podéis imaginar que yo me sentía terriblemente emocionado. «Sí, fueron buenos tiempos», dijo mi tío; «Yo era Maestro del Temple de Londres y tu padre era tan bueno como cualquiera de nosotros con su espada». Mi corazón saltó de alegría y ansié tomar los votos allí mismo y en ese preciso instante. Se lo rogué encarecidamente. «No», dijo él, «con Tommaso en Roma y Tibaldo demasiado joven, tú tienes que cumplir con tus deberes en Ocre». — Pietro se tomó un respiro como si deseara recordar las palabras exactas que su tío había pronunciado tantos años atrás—. Sin embargo, creo que ya estaba prácticamente convencido, ya que al día siguiente se mostró más tolerante. Y esa misma noche realizamos la ceremonia. Antes de que se marchara hacia París.

—¿En el castillo?

—No, en una iglesia próxima. En la cripta. Se llamaba San Eusanio.

—¿Se llamaba? —Ése era el nombre del santo sobre el que Bernard de Caen le había interrogado.

—Y todavía se llama, aunque, desde luego, ya no pertenece a mi familia.

El inquisidor dejó pasar aquel comentario. Sin embargo, tomó nota mentalmente para analizar más tarde la razón de aquel cambio. El instinto de inquisidor experimentado le indicaba que ahora Pietro se encontraba relajado, con la guardia baja, y que si se limitaba a escucharle con atención seguramente le revelaría una nueva información.

—Por favor, describidme la ceremonia —pidió con suavidad.

—Tuvo lugar a la puesta del sol. Mi tío iba vestido con un manto blanco y llevaba una pesada cadena de oro con la insignia del oficio. También estaban presentes los cinco caballeros que le acompañaban, incluyendo dos guerreros jóvenes a quienes aguardaba un futuro insigne: Geoffroi de Chamy y Jacques de Molay.

Jacques se percató del orgullo que fluía de la voz del preceptor cuando pronunció aquellos dos nombres, y sintió un gran interés al descubrir que Pietro conocía tan íntimamente al actual Gran Maestro.

—Mi tío —prosiguió el templario— me guió hasta el interior de la cripta. «Aguarda aquí», dijo, y bajó solo. Cuando De Molay me condujo abajo un poco más tarde, se había creado una atmósfera espeluznante. Una luz extraña flotaba en la cripta mientras el sol se hundía lentamente detrás de las montañas al oeste de la aldea. Comprendí, sin embargo, que no era tanto la luz ni el calor sino la reverencia de los caballeros lo que más me conmovía. Estaban en silencio, mirando a mi tío, que se hallaba en pie detrás del altar que contenía los huesos y las reliquias de San Eusanio. Y entonces comenzó la ceremonia. Mi tío la inició diciendo: «“*Biausseignors frères*”, habéis visto que la mayoría de los presentes han estado de acuerdo en que este joven debería convertirse en un hermano. Si entre vosotros hay alguien que conoce algo que le impida convertirse en un hermano de acuerdo con nuestra ley, que lo diga ahora». Pero sus compañeros se mantuvieron en silencio. Aguardó hasta que el sonido de su voz hubo desaparecido entre las columnas. Luego, se volvió hacia mí: «¿Hermano, deseáis pertenecer a la compañía de la casa?». Todavía hoy puede recordar el estremecimiento que recorrió mi cuerpo cuando oí aquellas palabras, aunque yo mismo debí pronunciarlas a lo largo de los años durante muchas ocasiones.

»“Sí, señor”, respondí.

»“¿Sois consciente de los rigores de nuestra vida, de las leyes de la casa y de los mandamientos de caridad? Vos nos veis montados sobre hermosos corceles con finos arneses, comiendo y bebiendo a placer y vistiendo ropas lujosas, y por lo tanto os da la impresión de que os sentiréis cómodo. Sin embargo, no conocéis los duros mandamientos que nos rigen, porque debéis saber que es muy duro que vos, que sois maestro, os convirtáis en siervo de otro. Si deseáis quedaros a este lado del mar seréis enviado allende el mar; si deseáis vivir en Acre seréis enviado a Trípoli”.

El preceptor se hallaba en trance. Jacques le escuchaba fascinado, aunque pensaba más en San Eusanio que en la ceremonia que el templario le estaba relatando. Hasta aquel punto, la ceremonia no era diferente a las docenas de rituales de admisión de los templarios que él había leído en numerosas ocasiones. Tal vez, después de todo no fuera más que una pérdida de tiempo. Pensó entonces que los secretos que él buscaba con tanto afán, seguramente se hallaban enterrados a una mayor profundidad.

—En esa época ninguna amenaza de penurias podría haberme retenido —continuó Pietro de Ocre—, de modo que juré solemnemente en el nombre de Dios y en el nombre de la Santa Virgen María que siempre obedecería al Maestre del Temple y a cualquier otro hermano de la Orden que estuviera por encima de mí; que conservaría mi castidad, las buenas costumbres de la Orden y jamás me hallaría en sitio alguno en el que algún cristiano resultara muerto como resultado de mis deseos; y que jamás dejaría la Orden, ni para bien ni para mal, sin el expreso permiso de mis superiores. Luego, mi tío concluyó la ceremonia con estas palabras, que desde entonces me he repetido con frecuencia: «Ahora os hemos dicho lo que debéis hacer y de lo que debéis preocuparos, y también aquellos actos que causan la pérdida de la casa, y aquellos que causan la pérdida del hábito y las demás reglas; y si no os hemos

dicho todo lo que deberíamos decirnos, podéis preguntar. Y Dios permita que habléis bien y obréis mejor».

—¿Y así finalizó la ceremonia?

—La ceremonia ordinaria sí.

Jacques se sentó inclinado hacia adelante; finalmente, su paciencia sería recompensada.

—Los caballeros nos dejaron solos para que pudiéramos rezar, después de lo cual mi tío abrió una pequeña puerta que estaba cerrada bajo llave, situada detrás de la tumba y se irguió como si estuviera dirigiéndose hacia el Capítulo. A continuación se arrodilló dando la espalda al altar y a la cruz. Abrió la urna y extendió los huesos resacos de San Eusanio formando un semicírculo ante los dos. «Arrodíllate a mi lado, Pietro», me dijo. Y luego comenzó a recitar algo que sonaba como una plegaria pero en una lengua que yo hasta entonces jamás había oído. La plegaria incomprensible continuó durante algún tiempo. Cuando se detuvo, comenzó a hablar sin mirarme: «Pietro, hoy habéis dado el primer paso de una serie que os llevará, a vos y a vuestra familia, a obtener un gran poder. Ahora debéis estudiar».

«¡Pero, yo me he unido a vosotros para luchar por la causa de Dios!», protestó. Estaba ansioso por viajar inmediatamente a Tierra Santa, como le ocurría por entonces a todos los jóvenes.

«Ése es uno de nuestros deberes», replicó mi tío, “pero hay otros muchos de gran importancia. Como muy pronto descubriréis”.

Aquellos detalles de los huesos del santo esparcidos en semicírculo y el extraño lenguaje empleado hizo que Jacques tomara conciencia de su ignorancia acerca de los caballeros templarios. Hablar de misterios, de Tierra Santa y de deberes secretos parecían hechos referidos a otro mundo. Sus emociones vacilaron entre el desprecio que sentía el experimentado interrogador de la inquisición y la completa fascinación que experimentaba con aquella charla acerca de la nobleza y el poder, como era propio en un hombre de origen humilde.

Por el momento tenía un propósito fijo, y trataría de conducir a Pietro en la dirección del objeto que estaban buscando. Se prometió que, más adelante, regresaría al tema de aquella extraña ceremonia. Era vital mantener el ritmo que había conseguido establecer.

—¿Vuestro tío os dijo algo más? —preguntó.

—Sólo una cosa más. Antes de que abandonáramos la cripta, me pidió que permaneciera en pie, a su lado, al otro lado del altar. Rezamos juntos una última plegaria mientras yo observaba los rostros de Dios y el demonio en los capiteles que había delante de mí.

—¿De qué plegaria se trataba? —preguntó Jacques, presionando con suavidad.

Pietro de Ocre dudó durante un instante y el inquisidor temió que pudiera dejar de hablar en ese punto. Sin embargo, sonrió con confianza.

—La oí por primera vez aquella noche. Aunque muy pronto la aprendí con todo

mi corazón, ya que mi tío la empleaba en todas las ceremonias. En la cripta de San Eusanio era siempre la última plegaria que rezaba.

—Repetidla para mí.

Pietro de Ocre miró hacia lo alto y hacia adelante, como si estuviera estudiando las dos cabezas que acababa de describir en lo alto de las columnas de la cripta. Luego, con una voz extraña y distante que Jacques no le había oído jamás, comenzó a recitar.

*Las imágenes se manifiestan a los hombres  
pero la luz sobre ellas permanece oculta  
en la imagen de la luz del Padre.  
Él se hará manifiesto, pero esta imagen permanecerá oculta por su luz.  
Yo os daré  
lo que ningún ojo ha visto  
lo que ningún oído ha escuchado  
lo que ninguna mano ha tocado  
y lo que jamás ha ocurrido a la mente humana.*

Pietro permaneció inmóvil, como en trance, hasta que sus palabras se perdieron en la bóveda. Luego, sus ojos y su mirada cayeron abruptamente. Suspiró pesadamente y se volvió hacia el inquisidor. En su rostro ya no había el menor rastro de fuerza.

Jacques tuvo que admitir para sí que la plegaria contenía una cierta belleza. Sin embargo, las promesas que albergaba eran dignas de la sentencia más grave que podía imponer el Santo Oficio. Era una abominable herejía, ya que atribuía palabras y sentimientos que no estaban presentes en las escrituras a Nuestro Padre y Señor. Promesas que identificaban a los cátaros, los bogomilos y los demás propagadores de las doctrinas dualistas.

## Capítulo 16



Jacques inspiró profundamente y luego se dispuso a entrar en el gabinete de Bernard de Caen. Una vez en el umbral de la habitación, la apremiante necesidad de obtener la información que sólo su superior podría proporcionarle, le oprimió el cuerpo y el alma como si se hallara en una especie de trance. Sintió que unos grandes pesos invisibles clavaban sus sandalias sobre el suelo, incapacitándole para dar un solo paso. Miró hacia atrás, pero no halló ningún consuelo en el rostro austero y ligeramente inclinado de Nicolás. Se obligó a caminar en dirección al escritorio. ¿Cómo se atrevía, nada menos que él, a interrogar al maestro de los interrogadores?

Sin embargo, una vez más Bernard se mostró afable, casi jovial.

—Estoy encantado de veros a ambos. Venid, sentaos.

Su sonrisa estaba cargada con el amor y la alegría que expresa un ángel de primera jerarquía. Durante un instante, Jacques tuvo una visión muy clara y pudo verle pintado en un cuadro, con un espléndido atavío en tonos rojos y sosteniendo entre las manos una vela encendida. Aquella visión disipó su ansiedad.

—Hemos venido a informaros, mi señor —dijo cuando la visión hubo desaparecido.

El sonido de una respiración pesada detrás de su nuca alteró nuevamente su estado de ánimo. Hubiera deseado poder echar de allí a Nicolás.

—¡Informadme! Parecéis dos muchachos sin la menor preocupación —dijo Bernard, sonriente—, sólo un par de paganos divirtiéndose.

Jacques deseó responder a aquel comentario con dureza, pero se contuvo.

Para su sorpresa, sin embargo, fue Nicolás quien se hizo cargo de la réplica.

—Venimos de la prima, mi señor —dijo, apartando un mechón de cabellos negros que había caído sobre su frente. Luego irguió la cabeza.

Jacques recordó que aquél era un gesto que hacía a menudo cuando asumía sus aires pomposos. Sin embargo ¿por qué aquella simple broma de Bernard podía haber molestado a un caballero seglar? Nicolás no había hecho voto alguno. Miró con rapidez a Bernard, esperando una reacción iracunda por su parte. Pero la sonrisa seráfica del prelado continuaba allí. Era un buen momento para comenzar.

—Estamos haciendo algunos progresos con el prisionero —dijo Jacques.

—Excelente. Explicadme de qué se trata —replicó Bernard, reclinándose cómodamente en su sillón, dispuesto a escucharles.

Mientras Jacques hablaba, los sonidos del hierro golpeando sobre el pedernal y las hachas enormes y afiladas hendiendo los troncos húmedos, acompañaban rítmicamente el fresco aire de la mañana. Las nubes de humo procedentes de fuera, de las hogueras donde se quemaban hojas y ramas, invadían la habitación. Más de una vez Jacques anheló hallarse allí afuera, al aire libre, en el campo, junto a los demás frailes, realizando sus tareas manuales, muy lejos de las complejidades de la política y de la corrupción del poder.

—¿De modo que ésa es vuestra conclusión? —preguntó Bernard cuando hubo terminado de hablar. La sonrisa había desaparecido de su rostro y una película de sudor le cubría la frente.

—¿Que existe una mayor herejía? Sí. Sin embargo, eso no es todo. Hay demasiados puntos muertos. Y todos ellos conducen de regreso a Ocre —añadió, recordando a Armand y deseando poder ser un poco más específico—. Me he estado preguntando acerca del monasterio de Santo Spirito de Ocre.

—¿Preguntando?

Bernard parecía abierto, deseoso de continuar hablando. Jacques prosiguió, determinado a sacar ventaja de aquella inesperada muestra de amistad.

—Creo que lo conocéis muy bien —dijo, evitando dar a sus palabras cualquier entonación significativa.

Bernard cambió de posición en el asiento, cruzando las manos sobre el vientre. Tenía el rostro sin rasurar y el cabello húmedo.

—No, no demasiado bien. En verano era un largo día de viaje a lomos de mula desde Casanova; y en invierno el camino está prácticamente cortado. El terreno es áspero y rocoso, y durante los meses más fríos los vientos pueden partir en dos a un hombre. En los cinco años que estuve destinado en Casanova no recuerdo haber visitado el monasterio más de media docena de veces.

—¿Se hallaba bajo el patronazgo de los condes de Ocre? —preguntó el hermano Jacques. Bernard le dirigió una mirada astuta y sopesó cuidadosamente sus palabras.

—Me da la impresión de que esto es un interrogatorio —dijo con una sonrisa—, aunque supongo que realmente necesitáis más información. ¿Qué deseáis saber?

—Nada que signifique un secreto. Sólo siento curiosidad por el monasterio y los condes de Ocre. Por ejemplo, quién fundó Santo Spirito y por qué lo hizo, en fin... saber ese tipo de cosas me sería de gran ayuda.

—No hay nada de malo en ello —aceptó Bernard—, si os ayuda efectivamente en vuestra búsqueda. Santo Spirito fue fundado por el conde Berardo, abuelo de vuestro prisionero. Veréis, había un ermitaño que vivía en una cueva próxima, en lo alto de una escarpada ladera rocosa. Cuando el conde Berardo regresó de Tierra Santa, parece ser que adoptó al ermitaño como a una especie de profeta de la familia y



construyó el monasterio como muestra de gratitud a Nuestro Señor por su regreso sano y salvo a casa. Luego la entregó a nuestra orden. Nadie sabe la razón... tal vez para que su fundación ganara en respetabilidad. Eso es lo que solían decir. En fin, de cualquier modo más o menos por la misma fecha el conde Berardo construyó o reconstruyó otras iglesias en aquel territorio.

Esta vez fue Nicolás quien formuló la pregunta que Jacques tenía en los labios.

—¿Por qué necesitaba respetabilidad? ¿No era suficiente su patronazgo?

Nicolás había seguido con interés la conversación y percibió con toda claridad el modo en que el inquisidor estaba superando su flaqueza y obteniendo información del propio Bernard de Caen.

Bernard le ordenó silencio con la mirada e ignoró la pregunta que le había formulado.

Jacques observó otra vez a su compañero. Su genuina curiosidad indicaba que, después de todo, no era un simple espía. De otro modo jamás hubiese aceptado esa tarea. Por el momento, sin embargo, decidió relegar aquella cuestión en su mente para dedicar a Bernard de Caen toda la concentración de que era capaz. Jacques apartó la mirada del caballero y dejó reposar la cabeza en sus manos ganando algo de tiempo mientras pensaba en alguna pregunta inocua. La reacción de su superior había sido extraña aunque a Jacques no le había sorprendido. Ahora podía sentir los ojos verdes de Bernard sobre él, escrutándolo, aunque ahora ya no lo hacían de un modo tan penetrante y tampoco le provocaban temor alguno. Trataría de plantear la misma pregunta que le había formulado Nicolás aunque dirigiéndola por otro camino.

—¿Quiénes eran exactamente los condes de Ocre?

—Una familia feudal local —respondió Bernard, aplicando un énfasis deliberado al adjetivo «local», lo que implicaba restarles importancia. Pero su intento no tuvo éxito—. Por supuesto, a su manera eran importantes —añadió—, y más adelante, cuando regresaron de las cruzadas también eran extremadamente ricos.

Jacques prosiguió como si no se hubiera percatado de nada, mirando a su superior con absoluta serenidad.

—Lo que no logro comprender es por qué el vástago de una familia de esas características se convirtió en un simple templario.

—No creo que pretendiera precisamente convertirse en un «simple caballero», tal como vos decís. Y no era el único hijo de la familia —añadió Bernard con suavidad—. Había otros dos hermanos. El hijo menor, Tibaldo, murió muy joven. Por entonces circulaban rumores de que había sido asesinado. El hijo mayor, Tommaso, se unió a la Iglesia y llegó a convertirse en el cardenal de Santa Cecilia. Realmente, un hombre muy notable...

—¿Señor, conocéis al cardenal de Santa Cecilia? —preguntó Nicolás de Lirey.

Al principio a Jacques le molestó aquella interrupción. Sin embargo, la posibilidad de que la respuesta fuera afirmativa reforzó su sospecha de que Bernard sabía mucho más de lo que se proponía explicar... si no era interrogado. Miró con

ansiedad a Bernard, recordando la mención que había hecho Pietro acerca de su propio hermano.

—Le vi —admitió Bernard—, pero en realidad no le conocí —añadió, y no había duda de que en sus ojos brillaba una nota de reproche mientras replicaba a Nicolás—. Resulta extraño que su nombre vuelva a surgir hoy. Cuando estuvimos en París, el inquisidor general, Guillaume de París, también se mostró interesado por él.

Ahora, la conmoción fue todavía mayor y Jacques no pudo ocultarla. De modo que era allí adonde había ido Bernard cuando se quedó a solas, y él había aprovechado la oportunidad para hacer una visita a su viejo amigo Armand. Pero había algo más, algo que a Jacques le resultaba inquietante, y era aquella súbita franqueza que demostraba Bernard de Caen; una franqueza tan poco corriente en él.

El caso parecía comprometer emocionalmente a su superior de un modo que él aún no podía desentrañar. Y hacía todavía más difícil la tarea de descifrar, la verdad. Al parecer, no existía un camino sencillo, y fue precisamente este descubrimiento lo que llevó a Jacques a reforzar su determinación de descubrir cuál era la verdad.

El propio Bernard percibió su incomodidad.

—No debéis sorprenderos, muchacho —dijo con suavidad—. Guillaume de París y yo nos conocemos desde hace muchas décadas. Sólo fue algo natural que fuera a visitarle.

¿Visitarle? ¿Acaso era algo corriente ir a visitar al propio enemigo?

Bernard, nuevamente, interpretó el silencio con una misteriosa precisión.

—En el Opus —dijo— debéis estar preparado para coincidir con extraños compañeros de viaje. ¿Habéis oído algo acerca de aquella ocasión en la que los soldados del rey Felipe atacaron al papa Bonifacio en su residencia de verano, en Anagni?

Jacques asintió. Cuando estaba estudiando en París aquel incidente había sido definido como uno de los mayores escándalos de la historia. Para él era una excelente prueba de que no debía confiar jamás en el rey de Francia. Ahora tenía que volver a situarse en un nuevo contexto, ya que Bernard de Caen acababa de dar la vuelta a la tortilla: aun cuando hubiera respondido a las preguntas de Jacques, en realidad había utilizado sus modales dóciles y gentiles para conducir al joven inquisidor hacia donde él deseaba.

—Bueno, el mundo no es tan simple como parece —prosiguió Bernard—, y había una buena razón para llevar a cabo aquel ataque. Algunos años antes habíamos establecido una alianza secreta con el cardenal Gaetani quien, por entonces y a diferencia de la apariencia que ofrecía a todo el mundo, era un peligroso conspirador contra la Iglesia. Nosotros le apoyamos, él ganó, llegó a la Santa Sede y luego renegó del acuerdo convenido.

Jacques comprendió las implicaciones de aquella aseveración. Sobre todo, se sentía fascinado por el pronombre «nosotros» que Bernard había utilizado al hablar de la alianza.

—Jamás supe nada de eso —dijo en un murmullo.

—Tampoco yo —añadió Nicolás.

Pero aquello no afectaba a su odio hacia el rey Felipe, que, tal como él lo veía, era el verdadero villano de la historia de Anagni.

Jacques se persuadió, una vez más, de que Bernard decía la verdad.

—Son muchas las cosas que no conocéis. Que no debéis conocer. Sin embargo sí hay algunos hechos que deseo que conozcáis, ya que ello contribuirá a la salvación de la Santa Iglesia de los designios del rey Felipe.

—Habéis hablado de una alianza con el rey Felipe —dijo Jacques, y mientras hablaba, notó que, a su lado, Nicolás de Lirey estaba anormalmente rígido. Una extraña reacción, pensó Jacques.

Sin embargo, antes de que pudiera mirarle, Bernard de Caen rio de buena gana.

—Eso sucedió hace ya veinte años. El papado todavía estaba en Roma.

La mente de Jacques se conmovió con esta nueva información: en una ocasión Bernard de Caen había sido un aliado del rey Felipe y de Guillaume de París; y ahora prácticamente eran enemigos. Sin embargo, había sido escogido para entregar el mensaje del papa Clemente. Y realizó una visita privada al inquisidor general. No tenía sentido.

—¿La conspiración...? —comenzó a decir.

—Me complace comprobar que lo comprendéis —dijo Bernard.

Jacques fingió comprenderlo aunque, en realidad, era muy poco lo que entendía. Parecía que con las cruzadas, los condes de Ocre habían visto aumentar su fortuna, incrementar su ambición y como consecuencia de ello intentaron ejercer un control total sobre la Iglesia. Si era verdad, entonces se trataba de una historia asombrosa; tan asombrosa como la leyenda de Ícaro. Jacques comenzó a entrever la importancia que tenía Pietro de Ocre para Bernard de Caen. Y, a la vez, se sintió complacido de que Bernard se hubiera decidido a llenar algunas lagunas.

—Jamás pudimos descubrir todo el alcance de la conspiración. El plan inmediato consistía en tomar el control de la Iglesia mediante un papa títere, que realmente fue elegido para ocupar la Santa Sede. Pero circulaban rumores que apuntaban a planes todavía más ambiciosos —explicó Bernard, variando el modo natural con el que se expresaba y abandonando su actitud despreocupada. Sus ojos lanzaban chispas cuando miró primero a Nicolás y luego a Jacques—. Veréis, mis jóvenes colegas, allí donde miráramos, cualquiera que fuese la pista que siguiéramos, siempre aparecía el mismo nombre: Thomas Berard. Berard había muerto hacía ya veinte años, pero su sucesor electo, Guillaume de Beaujeu, le había sustituido como Gran Maestre del Temple. Un sobrino fue designado preceptor para los territorios del sur de Italia y otro era, nada más y nada menos que un cardenal situado en el corazón de la conspiración, en la propia Roma.

Bernard de Caen nunca hablaba con tanta franqueza sin una buena razón. Cuando esa razón se hizo evidente para él. Jacques lanzó una mirada a su compañero.

Comenzaba a comprender la fuente, el origen del poder de su superior.

—Durante veinte años he estado convencido de que la clave, la llave secreta de esa conspiración, y las malas relaciones entre la Iglesia y Francia durante más de una década, estaba en Ocre —prosiguió Bernard—. Cincuenta años antes, eran una familia de rango menor y, sin embargo, perdieron por un pelo el control de toda la Iglesia.

En un gesto que no tenía precedentes, Bernard separó las manos, que siempre conservaba unidas ante sí, y cogió a los dos hombres por el brazo. Había conseguido una nueva victoria: les había explicado exactamente lo que él deseaba que ellos supieran.

—El mes pasado Guillaume de París me preguntó si conocía alguna reliquia secreta que pudiera haber estado alguna vez en el área de Casanova —dijo, e hizo una pausa, mirando hacia el frente y arriba, como si estuviera perdido en la contemplación de una imagen sagrada—. En una ocasión oí hablar de algo que, según se decía, poseía un poder extraordinario —prosiguió como en una ensoñación—; lo oí decir a un monje de una abadía próxima. Y eso podría ser muy bien lo que estamos buscando.

Luego, repentinamente, abandonó el papel que le habían hecho adoptar aquellos recuerdos, como si se hubiera obligado a reasumir su personalidad habitual.

—En cualquier caso, Guillaume tiene tantas ganas de hallar esa reliquia como su santidad el papa Clemente. Y yo estoy más convencido que nunca de que nuestro prisionero templario, si lo desea, puede ayudarnos. Si realmente existiera esa reliquia, entonces él lo sabría. Pero debemos obrar con astucia y hallar el medio de que suelte la lengua... alguna insinuación, una sugerencia... que le hiciera comprender que nosotros sabemos tanto como él.

La voz del clérigo, normalmente aguda y chillona, adquirió entonces una vibración de orgullo y satisfacción. Sin embargo, Jacques percibió, por primera vez, que también Bernard era un personaje clave en aquella misión.

Jacques adivinó la esencia del argumento de su superior y supo cuál era su significado. Bernard deseaba que él creyera que sus propias acciones eran espontáneas cuando, en realidad, procedían de los dictados de su superior. Por el momento, sin embargo, aquella convicción no tenía demasiada importancia. Una vez fuera de Avignon, Jacques sería su propio superior. Y ése era sin duda el verdadero punto sin retorno. Las palabras fluyeron con facilidad, revelando un profundo sentimiento de alivio y de excitación.

—Me da la impresión, mi querido caballero De Lirey, de que debemos partir hacia Ocre.

—¿Creéis que todos estos meses de viajar de uno a otro sitio se verán justificados por lo que podamos encontrar? —preguntó Jacques cuando estuvieron solos en el

claustro.

—No hay nada que hallar aquí. Estoy convencido de que incluso la tortura sería inútil para abrir la mente de Pietro... sin algún tipo de influencia añadida.

—¿Y eso sólo puede hallarse en Ocre?

—Sí —respondió, mirando a Nicolás.

—Vos siempre habéis deseado viajar allí, ¿no es verdad? ¿Qué hay en ese sitio que atrae tanto a un fraile?

—No, no siempre he deseado viajar a Ocre. Pero ahora estoy convencido que la respuesta está allí. Parece ser que el rey Felipe también lo piensa, según los rumores que he podido oír —replicó Jacques, y entonces le sobrevino otra idea y por primera vez se atrevió a formular una pregunta directa acerca de su superior—. Hablando de respuestas —comenzó con cautela—, me pregunto qué ha provocado que esta noche mi señor Bernard se haya mostrado tan sensible. Parecía más que dispuesto a responder a cada pregunta y a explicar cumplidamente cada petición. Temí que no me permitiera viajar a Ocre.

Nicolás se rio en silencio para sí mismo y luego se aproximó a Jacques.

—Nuestro señor Bernard tiene su propio superior como él lo es vuestro —dijo—, y él sólo es humano.

Jacques le miró sorprendido.

—Hoy nuestro señor Bernard ha sido cogido *inflagrantedelicto*, tal como dicen los abogados. Su único recurso consiste en demostrar una gran voluntad de ejecutar los deseos del papa.

Los pies de Jacques parecían clavados al suelo.

—¿De qué estáis hablando? Tened un poco más de sentido, por el amor de Dios. ¿A qué ofensa os referís?

—¿No lo habéis oído? Todo el convento lo sabe. El mensajero del papa Clemente encontró a Bernard de Caen con una mujer.

La voz de Nicolás revelaba un tono en el que se mezclaba la diversión y la admiración y no disgusto o conmoción.

—¿Su mujer? —exclamó Jacques.

Sin embargo, su incredulidad ya había sido neutralizada por el recuerdo de los chismes del fraile gascón con el que había estado hablando hacía algún tiempo.

—El poder influencia de un modo extraño a los hombres que no han nacido con él —sentenció Nicolás.

—Pero él ha jurado los votos sagrados...

—¿Votos? —saltó Nicolás, que, en esta ocasión, no pudo ocultar el desprecio en su voz, aunque aquel sentimiento no iba dirigido contra la lujuria del inquisidor general—. Los hombres como nuestro señor Bernard hacen lo que desean si está dentro de sus posibilidades, con o sin votos. Pero cuando son cogidos en su juego deben enmendarlo. Él deseaba desesperadamente que vos, y también yo, partiéramos hacia Italia de inmediato, para poder así apaciguar a su santidad.

—Sólo necesitaba darnos la orden.

—Hubiera resultado demasiado obvio. Debía dar la impresión de que era la consecuencia lógica del trabajo que hemos realizado; algo que de todas maneras debía ocurrir —dijo, y luego, con cierto embarazo, consciente de que tal vez había hablado demasiado, añadió—: Sea como sea y con vuestro permiso, voy a retirarme. Hay mucho que hacer y no tenemos tiempo que perder.

Jacques observó nuevamente a su compañero mientras se alejaba, como si un chaparrón hubiese despejado las anteriores capas de conocimiento. Su afirmación había sido genuina: su desdén aristocrático resultó ser más fuerte que su lealtad hacia Bernard de Caen. De modo que aunque de alguna manera Nicolás de Lirey fuese el espía de Bernard en aquella misión, existía una fisura en su lealtad que tal vez Jacques pudiera explotar en su beneficio

## Capítulo 17



Para regocijo del hermano Jacques, las incursiones de los piratas sarracenos, que se habían reanudado en las proximidades de Marsella, determinaron que la ruta más rápida hacia Italia, primero por río y luego por mar, resultara muy peligrosa. A ello se sumaba el hecho de que durante varios meses se habían producido rumores de una guerra inminente entre Pisa y Génova. El proyecto de un viaje por mar hubiera convertido el tibio temor que sentía en un terror hirviente. Además, Bernard de Caen les había alentado para que escogieran la ruta más difícil hacia el Piamonte, a través de los Alpes.

—Con suerte llegaréis a los valles antes de que caigan las nevadas más fuertes —dijo—, y ese itinerario es más seguro. Por otra parte, viajaréis disfrazados y no debéis revelar a nadie vuestra verdadera identidad, con excepción, claro está, del abad de algún convento y esto sólo lo haréis en caso de emergencia.

Jacques estaba de acuerdo con aquella advertencia. Nicolás y él viajaron ataviados con las ropas de montar color marrón, el atuendo típico que utilizaban los miembros de la nobleza de menor rango cuando emprendían alguna peregrinación. Iban equipados con gruesas capas y abrigadas mantas. Aquel fingido aumento de rango permitió que Jacques montara un caballo que nunca había tenido oportunidad de montar y justificaba la presencia de guardias ante los eventuales curiosos.

Al principio Nicolás se mostró desdeñoso con la montura y las ropas de su compañero, pero en cuanto hubieron salido de Avignon dio la impresión de adaptarse a las características que exigía el viaje. Les acompañaba un guía de Chambéry, un hombre rudo y de expresión hosca, que debía conducirles por el paso a través de los Alpes, y un dominico que había crecido en los Abruzzos y hablaba el dialecto local. El fraile se quedaría en el monasterio de los Monjes Negros, situado en la ciudad que se estaba construyendo en las proximidades de Ocre.

Mientras se dirigían al este desde Avignon, los finos rayos del sol del otoño infundieron en Jacques un sereno optimismo. Nicolás de Lirey se sentía tan feliz como un niño en su sillín y todo el mundo parecía imbuido de una confortante serenidad. Los campesinos pisaban la uva en las laderas bajas mientras que al pie de

las colinas todavía se les podía ver en plena cosecha.

Al pasar por las proximidades de una aldea observaron un grupo de muchachos robando.

—Merecen una azotaina —dijo Jacques en tono severo, señalando a los muchachos.

Nicolás se echó a reír.

—¿Qué? ¿No habéis robado ni cazado furtivamente cuando erais un muchacho?

Jacques le miró.

—Yo sí lo hice, y no me avergüenzo de ello. Cuando mi padre me enviaba a la escuela, en Cluny...

El comentario sorprendió a Jacques.

—Creía que habíais dicho que estudiasteis con los benedictinos...

—Así es. No es nada raro en el hijo de una familia de caballeros de Borgoña. Son sólo tres días de viaje a caballo, en dirección sur, desde Montbard hasta Cluny. En realidad, en una ocasión estuve a punto de jurar los votos sagrados —confesó Nicolás con una sonrisa, recordando aquel verano en que sólo tenía dieciocho años, cuando había discutido la cuestión con el abad.

Sin embargo, las presiones recibidas de su madre, sumadas a la aparición fortuita de una dama encantadora, tal vez una aparición arreglada por su propia madre, le habían apartado por completo de su ambición original. Luego llegó el momento de iniciar su cruzada personal y secreta contra el rey Felipe el Hermoso.

—Pero al menos me enseñaron a leer y a escribir —concluyó.

—Y a robar —añadió Jacques con picardía.

Ahora comenzaba a ver a su compañero bajo una nueva luz, aunque resultaba difícil imaginarle vistiendo hábitos eclesiásticos.

—No —replicó Nicolás, siempre sonriente—, eso era para complementar mi dieta cuando me extraviaba lejos de las tierras de mi familia. Pero no me digáis que vos jamás lo habéis hecho.

—Cuando sólo era un niño —tuvo que admitir Jacques a regañadientes. Luego había sido considerado como un pecado terrible. Pero fue castigado por ello y todavía podía sentir en la espalda los latigazos que le diera su padre—. Me azotaron por ello —explicó, como si aquel castigo pudiera borrar su error.

—Excelente. Entonces quiere decir que, al menos en parte, sois humano.

El comentario de Nicolás alentó a Jacques para continuar con el relato de su fechoría.

—Y en ocasiones, del huerto real, en París —confesó.

—Eso aún es mejor —dijo Nicolás, riéndose entre dientes—, sí, señor, mucho mejor.

Durante el resto del día, el viaje juntos resultó muy agradable.

Muy pronto, la amplia carretera, que permitía fácilmente que tres carros tirados por bueyes circularan uno junto al otro, se hizo más y más estrecha hasta convertirse



en un camino por el que sólo podía rodar un único carro. Cuando accedieron a los primeros valles entre las montañas coincidió con la época de la matanza del cerdo. Mientras el eco de las campanas llamando a la oración matinal se perdía en las quebradas y los barrancos de piedra que flanqueaban el camino, eran inmediatamente sustituidos por los alaridos de los cerdos sacrificados. Aquellos gemidos terribles enervaban a Jacques.

Durante varios días había detectado la presencia de hombres que venían detrás de ellos. Cada vez que se volvía en la montura estaban allí, perfectamente visibles aunque no lo suficientemente cerca como para poder identificarles. Cuando Jacques y Nicolás se detenían para pasar la noche, los jinetes se esfumaban; luego, en el transcurso de la mañana siguiente, volvían a aparecer. Al principio supuso que se trataba de simples comerciantes en viaje de negocios. Sin embargo, los alaridos de los cerdos hicieron que Jacques volviera a mirar con mayor atención hacia aquellos jinetes distantes, tal vez cuatro o cinco, que permanecían en la distancia como una amenaza permanente.

Jacques se esforzó por resistir aquel inoportuno sentimiento persecutorio, pero no consiguió deshacerse de él y a intervalos regulares se volvía para echarles un vistazo. Los jinetes siempre estaban allí.

Una noche llegaron a una pequeña ciudad justo a tiempo para entrar por las puertas de la muralla, que se cerraban antes de que sonara el toque de queda.

—¿Qué ciudad es ésta? —preguntó Jacques al guía.

—Saint-Jean-de-Maurienne, mi señor.

Jacques sonrió, porque aunque había sido él mismo quien ordenara al guía que se dirigiera a él con aquel tratamiento, todavía sonaba extraño a sus oídos.

—Un lugar de reposo para los peregrinos que marchan hacia Roma —añadió Nicolás—. Había oído hablar de ella.

—De modo que aquí podremos hallar refugio en el monasterio —dijo Jacques, ignorando el consejo de su superior—. Quizá deberíamos identificarnos.

—Creo que difícilmente podríamos calificar nuestra situación como una emergencia —le advirtió Nicolás, recordando las palabras de Bernard.

En el pasado aquel sarcasmo hubiese herido a Jacques. Pero sabía que su compañero estaba en lo cierto; tenían instrucciones muy estrictas de no utilizar las cartas papales que llevaban consigo excepto en el caso de que se produjera una verdadera emergencia.

Continuó cabalgando, sorprendido por la facilidad con que la altanería de Nicolás podía reaparecer tras varios días de buen humor.

Hallaron albergue en la casa de huéspedes del monasterio sin poner en peligro su misión. Una buena cena, a base de cerdo fresco cocido con manzanas y servido con el mejor vino del convento contribuyó de un modo decisivo a recomponer sus buenas relaciones.

A Jacques le divertía el hecho de sentir que estaba viviendo como un auténtico

miembro de la nobleza, aunque se guardó aquellos pensamientos para sí mismo.

Desde el claustro podía verse, perfilada en la luz de la luna, la silueta de una montaña con forma de huevo. Un viento desagradable llegaba desde la montaña, soplando hacia abajo por la ladera como niños que se deslizaran sobre sus trineos. Sin embargo, el corredor del claustro, situado a sotavento, bien iluminado por una serie de antorchas, les protegía del frío. Allí, tras la cena, Jacques y Nicolás se encontraron a solas por primera vez desde que iniciaran el viaje, abrigados bajo sus gruesas capas. Se sentaron en un nicho de la parte interior del muro del claustro.

—Estos días tan largos se hacen muy aburridos —se quejó Nicolás.

No había huéspedes distinguidos ni interesantes y tras varios días de virtual silencio aquella aldea les ofrecía un momento de respiro.

—Todavía nos queda un largo camino por delante.

—Podríamos hablar...

—Ya habrá tiempo para hablar una vez que hayamos llegado a Ocre —dijo Jacques, aunque también a él le aburría aquel viaje y percibía que, por momentos, le hacía sentirse débil frente a la tentación. Era un sorprendente gambito abierto—. Supongo que sería mejor si no tuviéramos que viajar bajo estos disfraces —aventuró.

—Me temo que no tenemos otra elección —dijo Nicolás, que no deseaba admitir que el verdadero problema era la compañía de Jacques. En vez de experimentar una natural chispa de camaradería, Nicolás se sentía más alejado que nunca de las ambiciones del hijo del panadero.

—Os aseguro que preferiría dormir fuera por las noches antes que compartir la cama con otros tres viajeros, junto a otras diez camas, todos hacinados en la misma habitación —dijo Jacques.

—Ahora habláis como un buen cisterciense —comentó Nicolás con su aguda ironía, aunque en esta ocasión sin el menor signo de desprecio.

—Si lo recuerdo correctamente, vos mismo os quejasteis ayer en la posada.

Nicolás echó un vistazo a Jacques, y en su rostro se expresó el reconocimiento de que había sido atrapado en su propio juego de ingenio. Se rió.

Era una risa genuina y contagiosa, y durante algunos momentos las diferencias y las sospechas que existían entre los dos hombres desaparecieron por completo. Mientras la risa se apagaba, Jacques se imaginó que vislumbraba un nuevo sentimiento de calidez en su compañero, como sucede con el azafrán fresco pujando por salir a través de las últimas nieves del invierno.

El cerdo y el buen vino habían añadido algo de color a las pálidas mejillas de Nicolás.

Permanecieron sentados y en silencio. Sin embargo, al cabo de unos pocos minutos el viento helado sopló entre sus piernas por debajo de las túnicas con tanta virulencia como si no estuvieran protegidos por el nicho en el muro. En el interior apenas si se estaba algo mejor, ya que no había más calefacción que la producida por los rescoldos que quedaban en la chimenea de la cocina. En el interior de la iglesia

todavía hacía más frío.

Nicolás comenzó a pasearse de aquí para allá, manteniendo los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho.

—¿Habéis visto el *biforium*? —preguntó volviéndose para mirar al rostro de su compañero.

Una superstición sin el menor sentido, pensó Jacques para sí. Luego miró con intensidad hacia la noche bañada por la luz de la luna. ¿Acaso aquel aristócrata estaba provocándole otra vez? Jacques escogió con mucho cuidado sus palabras.

—Resulta muy difícil de creer que realmente pueda tratarse de los dedos de Juan el Bautista. En mi opinión es llevar la credulidad demasiado lejos.

—¿No existe alguna reliquia que tenga significado para vos? —preguntó Nicolás, sorprendido por el escepticismo que demostraba el fraile y, sobre todo, el sagaz inquisidor que había en él.

—Sí, creo en algunas, sí —reconoció Jacques con cautela, procurando adivinar cuál era la razón de una pregunta tan directa.

—¿Por ejemplo las reliquias de la Sainte-Chapelle?

—Si su historia es conocida, sí. No resulta para nada sorprendente que ciertos objetos relacionados con Nuestro Señor fueran preservados como objetos de veneración. Muchos de ellos son auténticos.

—¿Cuáles? —preguntó Nicolás.

Ahora no había el menor rasgo de malicia en su voz. Sólo curiosidad.

Jacques, no obstante, no mordió el anzuelo, ya que aún no confiaba del todo en su compañero. De pronto, y una vez más, se encontró echando de menos a su antiguo *socius*.

—El problema es su clasificación. Existen tantos objetos en circulación hoy en día que muchos deben ser falsos. Pero afortunadamente no es tarea nuestra realizar esa clasificación —dijo, y supuso que aquella respuesta sería suficiente para Nicolás.

Pero se equivocaba. Nicolás de Lirey continuó insistiendo en el tema.

—Pero seguramente se trata de una tarea que os concierne en calidad de inquisidor contra la herejía.

—En absoluto. Los objetos en sí mismos nunca son heréticos. Nosotros investigamos acerca de las ideas de los herejes, no acerca de sus posesiones —explicó Jacques; luego hizo una pausa y miró a su alrededor, como si esperara descubrir a alguien espiándoles—. Actualmente, sin embargo, es cierto que la dependencia de la gente del poder de las reliquias es algo absurdo.

—¿Y qué ocurre con la reliquia que estamos buscando? ¿Qué opináis de ella? ¿Qué creéis que pueda ser?

—¿Entramos? Mañana tenemos otro duro día de viaje —replicó Jacques. No había tiempo para discutir el propósito de su viaje.

Nicolás se rio de buena gana ante aquella flagrante evasión del tema, pero la aceptó con serenidad.

—Una dura jornada a caballo, sí señor, esa es la palabra exacta. Mañana abandonaremos nuestras cómodas monturas. Según nuestro guía, a partir de Saint-Jean, el camino no es más que un sendero de mulas. Y muy pronto tendremos que comenzar a escalar.

Los indicios amenazadores de una tormenta que se aproximaba desde las montañas alcanzaron a Jacques en el último refugio antes de emprender el cruce del paso de Mont Cenis.

El refugio no era más que una barraca de madera escasamente iluminada por los rescoldos. Nicolás y él se sentaron con los demás huéspedes para desayunar trozos de pan seco que ablandaban sumergiéndolo en sus jarras de vino tinto. Los rescoldos neutralizaban el frío de la mañana, pero aun así los dos viajeros tiritaban mientras se ocupaban de aquella escasa comida. Los guardias y los encargados de las mulas de carga que habían sido contratados para cruzar las montañas se sentaron lejos del fuego. Jacques se recostó contra el muro de la chimenea junto a Nicolás y el guía, y se dijo que se sentiría muy feliz si pudiese quedarse allí el resto del día descansando sus miembros doloridos; pero el guía deseaba partir cuanto antes.

Mientras desayunaba, podía oír, procedentes del exterior, unos ruidos amenazadores.

—¿Creéis que esta cosa que bulle en el cielo se desplomará sobre nuestras cabezas? —preguntó Jacques.

Se había sentido incómodo desde que había entrado en aquella barraca y añoraba las llanuras que les aguardaban más allá de las montañas.

El guía se rio con ganas.

—No, sólo dispone sus fuerzas. La humedad está aumentando. Y eso no es bueno para nosotros.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Jacques angustiado.

—El tiempo está cambiando. Puede que nieve. Seguramente comenzará a llover en cuanto iniciemos el ascenso de la montaña —replicó el hombre, señalando con el pulgar hacia el Mont Cenis.

El rostro del guía se quebró en una sonrisa diabólica, como si le divirtiera la perspectiva de enfrentarse al mal tiempo.

—¿Y si partimos inmediatamente?

Un trozo de madera se encendió entre los rescoldos e iluminó el rostro picado de viruelas del guía como si alguien, repentinamente, hubiese encendido una antorcha.

—No significaría la menor diferencia. Necesitamos todo un día de viaje para cruzar el paso. Y no hay refugios. Será mejor que comamos bien. Al menos no nos moriremos de hambre si los bandidos nos roban los caballos y los alimentos —dijo el guía, y el silbido de una risa apagada escapó a través de su boca desdentada.

Comenzó a llover poco después de que abandonaran el refugio; al principio sólo

fue una ligera llovizna pero luego, a medida en que ascendían, fue aumentando su violencia, acompañada por ráfagas de un viento helado.

Jacques apartó de su rostro durante un momento la capucha de su gruesa capa y vio a los guardias sujetándose sus propias capuchas con una cuerda alrededor de la frente. Sin embargo, aquellas ráfagas de viento cortante hacían que la lluvia golpeará contra su rostro. Sólo cuando llegaron a una curva del sendero zigzagueante, tuvieron un cierto respiro ante los embates de la lluvia.

La huella se estrechaba hasta que sólo hubo espacio para una mula y la pequeña partida se vio separada por una docena de sucesivos recodos, de modo que aunque Jacques podía oír al guía que iba delante de él, y también a Nicolás, que venía detrás, no podía ver a ninguno de los dos.

Una neblina espesa se alzaba del musgo que había junto al sendero y de los brezos que alfombraban los páramos a uno y otro lado. Los árboles habían desaparecido y los últimos pinos solitarios daban la impresión de alejarse a sus espaldas. El nivel de las nubes parecía descender cada vez más sobre sus cabezas y aunque sólo habían transcurrido un par de horas desde que amaneciera, la luz era muy débil, y el frío resultaba lacerante.

—Continuad adelante, seguid en movimiento, no os detengáis —insistía el guía—. Pase lo que pase no debemos detenernos; por ningún motivo.

Cuando llegaron al altiplano que se abría más allá del paso, se beneficiaron de un pequeño respiro. El descenso era menos difícil, de modo que pudieron montar sobre sus cabalgaduras y viajar en grupo y a mayor velocidad. No obstante, a medio camino, todavía sobre el altiplano, el sendero que seguían volvió a ser azotado con fuerza por el viento. La lluvia se convirtió rápidamente en aguanieve y se vieron obligados a aminorar la marcha.

La lluvia de aguanieve se fue haciendo cada vez más densa hasta que agujoneó el rostro de Jacques, a pesar de llevarlo protegido, cubierto por la gruesa capucha. El viento aumentó su violencia como si algún demonio estuviera soplándolo exclusivamente contra él, tratando de impedirle que cruzara el paso. Finalmente, el aguanieve se transformó en nieve, cubriendo las capas de los viajeros y los caballos de carga, ahora visibles a su espalda, con una delgada película blanca, que destacaba en las pestañas y las barbas de los hombres como si un pintor habilidoso hubiese dado un toque de luz a su obra.

Los ondulados páramos que le rodeaban parecían rociados de azúcar.

Luego comenzó el descenso.

—De este lado es más empinado —advirtió al guía—. Desmontad y caminad en fila india.

Jacques entrecerró los ojos para protegerlos de la nieve, inclinó la cabeza y confió en que la mula que iba delante le condujera a lo largo del sendero. El viento hacía flamear su pesada capa a derecha e izquierda y, en ocasiones, conseguía colarse por debajo del hábito y su fuerza hacía que se le subiera hasta la cintura, donde estaba

sujeto por una cuerda. A sus pies, la huella apenas si tenía el ancho suficiente para que cupieran dos botas, una junto a la otra; en muchos sitios una parte del estrecho sendero se hallaba cubierta por algún fortuito deslizamiento de tierra. Jacques observó el modo en que la mula se detenía, alzaba la cabeza, probaba la firmeza del terreno con su pata delantera, luego balanceaba el cuerpo por encima de la pequeña cuesta para conservar el equilibrio y a continuación superaba el pequeño obstáculo que cubría la huella. Observando a la mula aprendió a imitar al animal y se sintió más seguro.

Delante de él, el guía había desaparecido en medio de la neblina y las nubes bajas; detrás, Jacques presumió que Nicolás y los guardias venían siguiéndole. La visibilidad se limitaba ahora a unos pocos pasos. Podía vislumbrar la forma de las estribaciones en forma de espolón que obligaban al sendero a apartarse de la ladera y, ocasionalmente, entrevió, a su derecha, algunas rocas cubiertas de nieve. A su izquierda, no había más que remolinos de bruma, y delante y detrás no había nada. Rezó fervientemente para que esa mañana no hubiese nadie más recorriendo aquel sendero.

Fue entonces cuando una mula lanzó un rebuzno infernal. Una avalancha de rocas pasó como un rayo sobre el sendero, golpeando a Jacques en la pantorrilla antes de caer al vacío. Simultáneamente, Jacques oyó el ruido áspero de las pezuñas de las bestias buscando un punto de apoyo y, finalmente, se produjo el caos.

Un peso muerto le golpeó en el hombro izquierdo y le derribó, dejándole exánime dentro de una grieta erosionada por un arroyo que cruzaba el sendero justamente en ese punto. Un grito espantoso provino del objeto que pasó volando en la niebla. Un dolor agudo recorrió el brazo derecho de Jacques; su brazo izquierdo, entretanto, estaba insensible desde que recibiera el golpe. Jadeó en busca de oxígeno y comenzó a incorporarse con gran esfuerzo sobre los pies, aferrándose instintivamente a las riendas de su propia mula, actuando a tientas, como un ciego en busca de la puerta de salida.

Fue entonces cuando un segundo peso le golpeó con fuerza. Esta vez no había volado directamente hacia él, sino que rodó por encima de una estribación de la montaña junto a un recodo. Aunque estaba agotado y debilitado por el golpe recibido, Jacques no cayó a tierra. Esta vez lo que le había golpeado era más ligero y no rebuznaba. Simplemente rodó por encima suyo y continuó su camino ladera abajo. La conmoción y la confusión que experimentaba se esfumaron súbitamente al oír el penetrante grito de un hombre.

Jacques dio un paso a través del sendero y vio una mano ensangrentada en el tojo que había debajo de él, asida con tal fuerza que los huesos resonaban como el de un pichón cuando cae del nido al suelo. Se arrojó sobre el sendero de modo que su cuerpo contuviera la corriente del riachuelo y cogió la muñeca ensangrentada con todas sus fuerzas. No era suficiente para alzar el cuerpo suspendido en el vacío, pero lo sostuvo con desesperación cuando reconoció aquellos dedos blandos y delgados.

No podía equivocarse, se trataba de Nicolás de Lirey y estaba suspendido sobre el barranco; su vida, por tanto, dependía de la fuerza que el joven monje tuviera en sus manos. Jacques cerró ambas manos con fuerza alrededor de la muñeca cubierta de sangre y gritó con todo el aliento de sus pulmones. Un dolor espantoso le recorrió el brazo derecho, pero comenzaba a recuperar la sensibilidad y la fuerza en el entumecido brazo izquierdo.

De algún modo consiguió sostenerlo mientras aguardaba.

Debajo de él, el peso muerto pendía de las muñecas y Jacques tuvo la sensación de que el tojo que había interrumpido la caída de Nicolás comenzaba a desprenderse. El pequeño trozo de tierra húmeda en el que crecía el arbusto comenzó a deslizarse hacia abajo junto al resto del terreno desprendido por la avalancha. El arbusto y Jacques habían sido suficientes para sostener el cuerpo del caballero. Ahora Jacques sintió que cada piedra del sendero se le clavaba en el pecho y los muslos mientras comenzaba a deslizarse hacia el borde.

Sin embargo, no aflojó ni un instante la presión de sus dedos sobre las muñecas de Nicolás; rezó y se mantuvo firme.

La muerte parecía inevitable. Jacques pensó en sus padres y en el sacrificio que habían hecho por él. Sintió miedo por no haber podido cumplir con su misión. Vio los brillantes ojos de Bernard de Caen y percibió el aliento de su desprecio como si fuese el hálito de la propia muerte; y entonces, súbitamente, ya no sintió miedo de él, porque lo que vio era a Bernard con una mujer. Y esa visión le atemorizó aún más, porque veía con asombrosa claridad los detalles anatómicos de una persona a la que no conocía y con un realismo tan preciso que no podía tratarse de un sueño. Y descubrió que en el rostro de la muerte, en vez de Dios y de su Hijo, él deseaba a la mujer. Sus votos dejaron de importarle.

Aquella figura de mujer fue la última imagen que tuvo antes de prepararse mentalmente para la inminente caída sobre las rocas que le aguardaban en el fondo del barranco.

Luego, con tanta rapidez que le pareció que todo sucedía en cuestión de unos pocos segundos, vio que el guía estaba a su lado.

—¡Demonios! —gritó Jacques—. ¡Sujetadnos!

Al mismo tiempo, la pezuña cautelosa de una mula le rozó el muslo. El animal rebuznó y dio otro paso adelante, deteniéndose justo sobre el cuerpo de Jacques, sin tocarle. El primer guardia apareció enseguida, de pie por encima de Jacques, como un coloso. Jacques miró hacia arriba con alivio. Mientras lo hacía, la bruma que cubría los tojos se dispersó durante un instante y Jacques se imaginó que veía un jinete, un caballero que lucía los colores del rey Felipe. Luego la visión desapareció. Jacques se estremeció de frío y de miedo. Supuso que se había tratado de un sueño.

Las fuerzas comenzaban a abandonarle.

Recostados, uno a cada lado, el guardia y el guía cogieron las muñecas de Nicolás y una vez que le tuvieron firmemente asido les resultó muy sencillo izarle hasta el

sendero. Sus magras mejillas estaban hundidas y el rostro semejaba una máscara de la muerte. Tenía las piernas laceradas por el roce contra las aristas rocosas del barranco y las muñecas le sangraban sin cesar. Su rostro había perdido el color.

Le envolvieron en una manta y el guía le vendó las heridas y le dio un trago de aguardiente.

Jacques se arrastró hacia atrás y luego se sentó en el sendero con los codos en las rodillas y el rostro hundido entre las manos. Rezó en silencio por Nicolás y dio las gracias por la fortaleza que el Señor había dado a sus brazos. Mientras lo hacía, su compañero alzó la mirada y en sus labios exangües floreció una débil sonrisa.

Jacques miró hacia adelante, observando los copos de nieve que cubrían la ladera de la montaña salpicada de manchas de color carmesí y devolvían la serenidad al paisaje.

Todo el cuerpo le temblaba incontinentemente.

Había llegado el momento de confiar a su compañero las sospechas que le inquietaban.

—Ahora no me cabe la menor duda de que nos siguen —dijo Jacques.

Miró hacia afuera, a través de la ventana, agradecido por el simple hecho de que amaneciera otra vez. Desde que habían llegado al hospital de aquel convento, al pie del paso, se había despertado cada noche bañado de sudor y temblando de miedo. El colchón sobre el que yacía nunca se hallaba completamente seco.

—¿Qué os hace pensar eso? —preguntó Nicolás con escepticismo.

Estaba profundamente agradecido al hermano Jacques y había modificado su opinión acerca del valor de aquel hombre. Sin embargo, aquella no era una razón suficiente para aceptar sus conclusiones sin cuestionarlas.

Jacques cambió dolorosamente de posición su cuerpo para poder ver el rostro de Nicolás.

—Vi a un grupo de jinetes que nos seguía desde que abandonamos Avignon. Y cuando vos os caísteis en la montaña, juro que vi un jinete, un caballero, con el uniforme del rey Felipe, observándonos desde una elevación, no muy lejos de la amplia senda que atraviesa el altiplano.

—¿No lo habéis soñado?

Una visión típica para un monje; siempre veían figuras sombrías, ya fueran vírgenes o santos, especialmente en la nieve. No obstante, Nicolás tuvo que reconocer, aunque fuera a regañadientes, que el jinete muy bien podía pertenecer a los caballeros templarios.

Jacques se sintió avergonzado. Supuso que Nicolás le había estado observando durante la noche. Desde el otro lado de la habitación podía oír perfectamente al hermano del hospital rezando en voz alta mientras preparaba las infusiones de hierbas para sus pócimas y medicinas. Durante unos cuantos días Jacques había estado



bebiendo una poción para los temblores que sufría, hecha con raíces, vino y agua, sin comer más que galletas de harina de cebada. Se preguntó qué era lo que Nicolás podía haber oído mientras permanecía despierto.

—Estaba nevando mucho —dijo Jacques, procurando que el tono de su voz sonara convincente—, pero estoy seguro de haberles visto.

Nicolás lo estudió con atención.

—Tal vez tengáis razón. Pero... ¿sabéis lo que ello significa?

—¿Que nuestro «accidente» no fue un accidente?

—Eso me temo. Cuando dejemos este lugar debemos ser muy cautelosos. Si realmente hay alguien que nos sigue, antes o después tendremos que verles.

Las palabras fueron pronunciadas con un tono de comprensiva conformidad, pero el rostro magro y pálido de Nicolás expresaba claramente las dudas que albergaba. Luego, como si fuera consciente de su expresión y deseara contrarrestarla, prosiguió con su reflexión.

—El hermano que os ha estado cuidando sugiere que aguardemos unos cuantos días más. Vuestro hombro todavía está muy magullado.

—¿Y vos? —preguntó Jacques señalando las muñecas vendadas de su compañero.

El hermano enfermero estaba muy ocupado calentando pequeños cuencos que empleaba para efectuar sangrías a sus pacientes.

—Oh, lo mío no es nada tan grave que me impida montar a caballo —dijo Nicolás—. En un par de días más ya estaremos nuevamente en camino. Yo no soy uno de esos típicos caballeros de la corte, bien acicalados, cubiertos de perfume y con los cabellos rizados.

Jacques detectó el desprecio que brotaba de la voz de su compañero, pero decidió que era preferible no hacer ningún comentario al respecto.

—¿Qué sucede con los demás? —preguntó, recordando de pronto a los guardias y a los arrieros encargados de las mulas de carga.

—El guía ha regresado a Chambéry y los demás aguardan aquí mismo, en la casa de huéspedes.

—Entonces podemos marcharnos —dijo Jacques, recuperando la fortaleza mientras hablaba, como si pudiera cabalgar hasta Ocre sólo con la fuerza de su voluntad.

—En un par de días —insistió Nicolás con amabilidad. Luego se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, sin embargo, se volvió y sonrió abiertamente—. Y gracias —dijo simplemente.

Incluso aquellas dos palabras tan sencillas le habían costado demasiado.

Cuando se hubo marchado, Jacques miró hacia el exterior a través de la ventana. Se sintió muy feliz al ver, más allá de los nudosos manzanos del jardín, la silueta de las montañas que habían dejado atrás. Ahora, en la llanura, podían viajar con gran rapidez.

Nicolás de Lirey se sentó en un banco, en el huerto del convento. Se reclinó hacia atrás y estiró la espina dorsal para aliviar el dolor que sentía. Aquel fuerte golpe en la espalda había resultado más dañino que los cortes y las laceraciones, aunque no había dicho nada acerca de él. Trató de masajear su propia espalda, pero enseguida abandonó el empeño. Durmiendo, estando en pie o sentado, el dolor siempre estaba allí. Sólo aquel viento frío parecía calmarlo.

Un golpe muy fuerte. Pero ¿cómo se produjo? Procuró no pensar en el dolor y esforzarse por recordar exactamente el momento en el que se había producido el impacto. Estaba inclinado hacia atrás, siguiendo a su mula que escogía el sendero más firme mientras descendían la montaña. En aquel momento, el sendero era completamente invisible para él; unos segundos antes se había inclinado para comprobar las condiciones del sendero. Pero fue en vano. Las ráfagas de viento arrastraban los copos de nieve que incluso ocultaban a su vista las grandes orejas de su mula. Entonces fue cuando sintió aquel golpe en la espalda; fue algo repentino, silencioso, inadvertido, a lo que siguió la lluvia de piedras. Se había sentido tranquilo, como si él hubiera recibido un golpe tremendo con una porra. Sin embargo no podía ser ése el caso, ya que un hipotético asaltante hubiera estado tan ciego como él mismo en medio de aquella bruma impenetrable. Y le hubiera resultado muy difícil hallar un terreno firme donde apostarse, considerando las pésimas condiciones de la empinada ladera rocosa y cubierta de nieve que se alzaba a uno de los lados del sendero. Luego recordó el espeso bosque que cubría la pendiente por encima del sendero. Una avalancha de rocas no era algo que sucediera con facilidad en un terreno de aquellas características; tal vez pudiera producirse un corrimiento completo de la ladera, pero no una lluvia parcial de grandes rocas.

Sin embargo no se había consumado ningún ataque y tampoco un atentado contra el hermano Jacques. Un asaltante hubiese podido empujarle con facilidad, a Jacques, a Nicolás y al arbusto, más allá del borde, hacia el abismo.

¿Acaso se trataba de una discreta advertencia? ¿O era todo producto de su imaginación?

El incidente era ahora como un mal sueño, y todos sus esfuerzos por recordar con precisión aquellos instantes de dolor que casi le llevan a la muerte no tuvieron éxito y, por tanto, no le fue posible rescatar de su memoria algún otro detalle de utilidad.

Un súbito golpe de dolor le obligó a ponerse en pie para conseguir un poco de alivio. Al mismo tiempo, su intuición le indicó que la avalancha había sido provocada.

Y aquella conclusión reducía todas las preguntas a una sola: ¿quién?

Bernard de Caen había sido tan explícito como había podido cuando Nicolás fue informado acerca de su investigación en compañía del hermano Jacques. El propósito principal de la investigación era frustrar los planes del rey Felipe y por esa razón él, Nicolás de Lirey, había sido elegido. Ahora, mientras reflexionaba, recordó que el rey

de Francia había enviado durante meses a sus hombres a Italia y que a esta altura del año debían estar obligados a utilizar el mismo paso a través de las montañas. Sin embargo, debían existir otros interesados, incluso dentro de la propia Iglesia, tal vez en la propia Roma, tan pronto como les llegaran noticias de la búsqueda que se estaba llevando a cabo. Y había más, existía una buena oportunidad de que los caballeros templarios supervivientes estuvieran tratando de encontrar la reliquia como un último intento por recuperar la credibilidad y salvar su condenada Orden.

Cuanto más pensaba Nicolás en todo aquel espinoso asunto más inclinado se sentía a aceptar la versión del hermano Jacques en el sentido de que había visto jinetes en el paso de la montaña.

Un número cualquiera de hombres podría haber arrojado lo que fuere que arrojaran, o aflojado las rocas en lo alto de la ladera; incluso podría haberlo hecho uno de sus propios guardias por el sencillo método de retrasarse inadvertidamente, amparado por la tormenta, y escalar la áspera ladera desde el otro lado de la montaña.

No, decidió Nicolás, no se había tratado de un accidente. Y ello le llevaba a tomar una decisión tajante: debía estar alerta y no confiar en nadie.

Excepto en el hermano Jacques.

Miró hacia el hospital. El inquisidor había demostrado ser un hombre de coraje y, también, un hombre inteligente y de gran fortaleza. Inteligencia y fortaleza, dos excelentes cualidades que, no obstante, suelen resultar inútiles si no van acompañadas de aquella extraña modalidad de coraje que había evidenciado el inquisidor.

Nicolás había sido sorprendido por la adversidad y se hallaba dispuesto a morir incluso cuando colgaba sobre el barranco sostenido por las muñecas. Se sintió avergonzado por la creciente convicción de que él no habría arriesgado su propia vida por salvar al hermano Jacques del modo en que aquél lo había hecho. Nunca se había sentido cómodo con el joven inquisidor y dudaba seriamente de su habilidad para resolver con éxito el misterio de Ocre y conducir al Opus Christi hacia la reliquia que con tanta vehemencia deseaba su superior, Bernard de Caen.

Durante semanas había observado y escuchado con una sensación de constante escepticismo: y entonces Pietro de Ocre había comenzado a hablar y ahora se encontraba camino de la ciudad natal del templario. Cuando regresaran a Avignon, Nicolás esperaba que llevarían consigo nueva información para ayudar a abrir por completo la mente del preceptor y rebuscar en su memoria; y Pietro, recluso en su nueva celda, tendría dos o tres meses para sopesar los beneficios de su colaboración.

La intuición que con tanta frecuencia mencionaba el hermano Jacques era tan extraña y persistente como la varilla que utilizan los buscadores de agua. Nicolás comenzó a comprender la justicia de la elección que había realizado Bernard de Caen. Y, además, también la advertencia de la madre de Jacques a su hijo resultaba igualmente eficaz. Era muy difícil encontrar virtudes tan raras y escasas como aquellas que caracterizaban al hermano Jacques, erudición teológica y coraje físico... ¡y menos en el hijo de un panadero!

Nicolás sonrió para sí, agradeciéndole una vez más al hijo del panadero su actuación y experimentó su agradecimiento con tanta intensidad que se propuso intentar ser más amistoso con él. Sí, admitió sin poder evitar una cierta reticencia, el hermano Jacques había demostrado ser un aliado excelente. Y sospechaba que muy pronto necesitarían todo el coraje que pudieran reunir entre los dos.

Coraje... y suerte. Nicolás conocía muy bien la calaña de los hombres a los que se enfrentaban: desesperados, fanáticos, aterrados ante la posibilidad del fracaso. Sin duda se producirían otros ataques, tan seguro como que la Pascua sigue a la Cuaresma; y la próxima vez tal vez no hubiera un arbusto providencial que detuviera su caída.

Se dirigió hacia el hospital.

## Capítulo 18



Las murallas de la ciudad de Milán surgieron en medio de la llanura brumosa como un espejismo que prometía un poco de seguridad tras las experiencias vividas en el Mont Cenis. El caballero y el fraile intercambiaron una silenciosa mirada de alivio ante el bullicio del tráfico después de haber viajado por el largo camino que les traía desde el Mont Cenis.

El hermano Jacques nunca había visto una ciudad como aquella, que parecía más grande y más próspera que Toulouse o incluso que París. Una vez traspuestas las grandes puertas de acceso fueron interrogados por dos guardias muy suspicaces y obligados a abrir su equipaje y exhibir su contenido a los aduaneros. A partir de ese momento se vieron rodeados por una muchedumbre frenética: tenderos, artesanos que trabajaban fuera de sus tiendas, soldados a caballo y niños, todos moviéndose con la misma urgencia con que lo hacen las afanosas abejas. Avanzaron con lentitud y tras superar el castillo, Jacques fue llevado de aquí para allá por el trajinar de los constructores de carros y los carruajes de la nobleza que pasaban a su lado uno tras otro, ostentando sus correspondientes blasones.

Los habitantes de la ciudad vestían ropas finas entre las que abundaba la seda, el terciopelo y el damasco. Los hombres llevaban gruesos anillos con grandes piedras preciosas, cinturones con hebillas enjoradas y anchos sombreros, normalmente de terciopelo, que amenazaban con chocar unos contra otros mientras sus propietarios se pavoneaban por las calles. Las mujeres se vestían del mismo modo extravagante, y se cubrían con lujosas capas abiertas para exhibir debajo sus finísimos vestidos como si el frío no les importara en absoluto. Jacques observó algunos peinados más allá de toda descripción, con trenzas formando diseños que imitaban a los pájaros en pleno vuelo o Serpientes enroscadas sobre la cabeza, cada uno de ellos adornado con perlas y oro. También proliferaban los espléndidos carruajes con el nuevo diseño de doble eje y resortes de amortiguación que, en medio de aquel lujoso laberinto, no parecían tan espectaculares aunque habían sido pintados en ricos colores, con los escudos familiares orgullosamente expuestos delante y detrás y, también, en las puertas, como sucedía en Francia. Algunos eran anunciados por heraldos que abrían paso a un

pelotón de treinta o cuarenta guardias privados. Luego aparecía la carroza, tirada por seis caballos blancos, moviéndose con tanta rapidez como les era posible a través de aquellas calles atestadas. Si el ocupante del carruaje era alguno de los miembros de la familia dominante, los Visconti, los transeúntes se inclinaban humildemente a su paso y se quitaban gorras y sombreros en serial de reverente respeto.

Atravesaron un área donde herreros y armeros trabajaban en sus fraguas, abiertas a la calle. Junto a ellas había grandes provisiones de láminas de metal y de rollos de acero. El resultado de su labor artesanal pendía de las puertas plegables de los talleres, una infinita variedad de armaduras de plata con todos los aditamentos que, durante el combate, proporcionaban al caballero la mayor seguridad posible; es decir: avambrazos, brafoneras, espalderas y yelmos. En las paredes del interior podían verse grandes lanzas, espadas y puñales. A Jacques le dio la impresión de que se hallaba en presencia de una fila de caballeros invisibles.

Muy pronto llegaron a una hermosa basílica con un campanario de ladrillos que parecía estirarse infinitamente hacia el cielo. Jacques y Nicolás dejaron sus caballos y atravesaron una gran entrada en forma de atrio que les condujo hasta la fachada principal, en la que había unas amplias puertas dobles para cada una de las tres naves. Era la iglesia más bella que había visto desde que abandonara Avignon.

—Ésta debe ser la basílica de San Ambrosio —dijo Jacques—. Entremos para dar las gracias a Nuestro Señor por haber llegado sanos y salvos a Milán.

Atravesaron la nave oscura, cargada con el perfume del incienso y el apagado murmullo de los piadosos ciudadanos que entraban en la iglesia para dedicar algunos minutos a sus plegarias. Luego, descendieron a la cripta y se arrodillaron, uno junto al otro, ante la tumba del patrón de la ciudad. Rezaron fervientemente por el final feliz de la primera mitad de su viaje y pidieron a Dios que les protegiera durante el resto de la aventura.

Más allá de la iglesia se abría un bullicioso mercado. Jacques pensó otra vez en la imagen de las abejas laboriosas, que ya se le había ocurrido antes.

—Como las abejas de San Ambrosio —bromeó.

Nicolás miró al fraile con expresión confusa; era obvio que no conocía la historia.

—Cuando San Ambrosio no era más que un chiquillo en su cuna, en Gaul —le explicó Jacques—, un enjambre de abejas voló a su alrededor y algunas de ellas incluso se introdujeron en su boca. La gente dijo que se trataba de un buen presagio, y dado que se convirtió en obispo de Milán y en doctor de la Iglesia, es obvio que estaban en lo cierto. Y ahora, toda esa gente sobrevuela alrededor de su tumba como si fuera un enjambre.

Nicolás sonrió con reticencia.

—Sí, estáis en lo cierto —dijo—, aunque para mí, Ambrosio significa dolor.

Ahora le tocó el turno a Jacques de mostrarse confuso.

Y a Nicolás de sonreír.

—Me estropeé la vista leyendo sus epístolas en Cluny. Mi tutor pensaba que eran

una muestra preciosa e incomparable de las letras latinas.

Jacques se sorprendió porque él no había leído nada de lo escrito por San Ambrosio. De modo que, como no tenía nada que decir, avanzó internándose entre la muchedumbre que llenaba el mercado.

Una infinidad de puestos y pequeñas tiendas se abrió ante ellos. Largas barras de pan rellenas de bacalao seco y salado y toda clase imaginable de frutas: uvas, manzanas, peras, membrillos, ciruelas rojas y amarillas... Más allá se hallaban las legumbres: nabos, coles, apios, espinacas, hinojos y enormes calabazas. Jacques nunca había visto tal variedad de comestibles en un mismo sitio.

Los vinateros habían llegado desde la campiña con toneles repletos del vino joven, blanco, rojo y rosado, sujetos a sus carros y algunos de ellos provistos con delgadas pértigas para que los propios clientes pudiesen volcarlos y escanciar su prodigioso contenido. Había puestos con sacos de legumbres secas: garbanzos, judías, lentejas y casillas con sacos llenos de harina. Prosiguió la marcha y divisó a los pescateros con su provisión de peces de agua dulce, anguilas y gambas frescas, a quienes, con frecuencia, acompañaban un grupo de mujeres que combatían, en una batalla perdida de antemano, por mantener a las ranas vivas dentro de los grandes cestos en los que eran transportadas; también vio a los vendedores de carne, tanto de animales vivos como muertos, pollos, patos, cerdos, caballos y capones sacrificados, pavos reales, codornices y mirlos.

Al fondo del recinto del mercado, agolpados y rodeados por astutos compradores, había mercaderes judíos vendiendo dátiles, azafrán, pimienta y otras especies importadas de las tierras de los sarracenos.

A lo largo de aquel pintoresco paseo, percibían, sobre todo, el aroma del vapor procedente de inmensos calderos donde hervía la sopa de legumbres y del apetitoso humo de las parrillas de los vendedores de castañas asadas. Después de haber visto tanta abundancia era un alivio llegar al final del mercado y alejarse en la dirección del sur de la ciudad.

Muy cerca del puerto fluvial que daba acceso al río y al sistema de canales del sur de Milán, se encaminaron hacia una calle que hervía de actividad, salpicada de posadas, hospedajes y burdeles.

—La Calle de los Venecianos, donde se alojan los comerciantes que suben por el Po. Aquí encontraréis habitaciones, una buena mesa y cualquier otro placer de la carne que sea de vuestro agrado —dijo el guía alpino, dedicándoles un guiño antes de marcharse.

Entre la muchedumbre que iba a empujones de un sitio a otro Jacques observó a una mujer que vestía ropas llamativas en tonos rojos y azules. Desde la distancia en que se encontraba le resultó alguien familiar, aunque sabía que esa posibilidad era absurda. Un carro cargado de madera pasó entre ellos y durante un instante la mujer desapareció de su campo visual. Cuando le dio alcance, ella miraba con interés el escaparate de una tienda. Jacques estaba a punto de pasar de largo cuando la mujer se

volvió para observar a los forasteros. Al principio ella no le reconoció; sin embargo a él no le cabía la menor duda.

—¿No sois la viuda Ida? —gritó Jacques por encima del ruido de la multitud.

—Pero ¿qué...? —exclamó ella sorprendida cuando comprendió quién era la persona que le dirigía la palabra—. Jamás os hubiera reconocido. Qué apariencia tan extraña tenéis sin vuestro hábito —añadió, inclinando la cabeza y mirándole con admiración; sin embargo, su mirada reveló enseguida un repentino temor—. No estaréis buscándome a mí, ¿verdad? —le preguntó—. Soy una inocente ama de casa y voy a la iglesia a confesarme dos veces a la semana.

Su voz era tan cálida como él podía recordarla y su rostro razonablemente decente. ¿Acaso la viuda Ida sería en la realidad como la imagen de la mujer desnuda que aparecía en su visión?

Jacques apartó aquel pensamiento.

—Buena mujer... —comenzó a decir. Quería que su tono fuera confortante, pero fue consciente de lo absurdo del adjetivo empleado—. Yo y mi colega nos hallamos en peregrinación, camino de Roma.

—Ah, por eso vos no...

—¡Viuda Ida! —gritó Jacques, interrumpiéndola. Luego, desmontó y se acercó a la mujer—. Sólo somos un par de simples peregrinos —murmuró a su oído.

Ella se rio con ganas.

—Desde luego que lo sois. ¡Bienvenidos, mis buenos peregrinos! —gritó. A continuación, también ella se inclinó hacia el hermano Jacques y le murmuró al oído, en tono quedo—: Ésa es una buena noticia. Os diré algo. Podéis dormir conmigo esta noche... No, no rechazéis mi oferta. Lo que os ofrezco es una cama tan limpia como cualquier otra que podáis hallar en la ciudad.

—Supongo, sin embargo, que habrá otras...

—Rubias y morenas, como sea de vuestro agrado...

—¡Me refiero a las camas! ¡Controlad el volumen de vuestra voz, mujer! —dijo Jacques, echando una rápida mirada a su alrededor.

Nicolás estaba absorto por cuanto ocurría en la calle y atrapado en los sonidos que producía la muchedumbre; parecía no darse cuenta de lo que sucedía entre él y la mujer, completamente abstraído y demostrando una auténtica curiosidad, ante el fino carruaje de un rico milanés que pasaba por su lado.

Los guardias del papa estaban un poco más allá, ocupados en dar de beber a sus cabalgaduras en un abrevadero público, junto a la calle.

La sonrisa de Ida reveló su decepción.

—Si preferís dormir con una docena de apestosos marineros venecianos...

—Nuestro guía nos habló de El Mesón del Cerdo... —dijo en voz alta para que los guardias papales pudiesen oírle con claridad.

En realidad, el hermano Jacques disfrutaba de las burlas continuas de la mujer, aunque se esforzaba por mantenerla a raya.



—¡Puaj! No es más que un agujero maloliente y vicioso. Lleno de insectos. ¿Y vos os alojaréis allí?

—El guía nos dijo que conocía muy bien la ciudad de Milán y que El Mesón del Cerdo es la mejor posada.

—Obviamente vuestro experto guía conoce la ciudad tan bien como mi trasero —dijo ella con voz socarrona, escupiendo las palabras.

Jacques se volvió, completamente seguro de que su rostro, tan colorado como un trozo de jamón, era perfectamente visible para todos. Aquella mujer no tenía límites y, sin embargo, le complacía haberla encontrado. Se volvió hacia ella nuevamente.

—Por el amor de Nuestro Señor, mujer, hablad en voz baja —repitió una vez más. Ida prosiguió hablando en el mismo tono de voz.

—Si estáis buscando un buen alojamiento, hermano, entonces Las Tres Palomas es el sitio para vos. Tiene buenas habitaciones, camas limpias... —comenzó a decir y, repentinamente, se detuvo, se inclinó hacia Jacques, y añadió—: Pero no hay ninguna cama tan limpia como la mía. —A continuación, se acercó todavía más y dijo con picardía—: Y nadie será mejor bienvenido que vos. ¡Con la muchacha que os apetezca!

Jacques miró angustiado en dirección a Nicolás, aliviado porque los ruidos de la calle ahogaran su conversación y complacido de haberse encontrado muy lejos de la ciudad de Avignon en los lejanos días en que la viuda Ida fuera llevada ante los tribunales.

Al pensar en ello, su mente recogió como si fueran fregonazos algunos recuerdos del juicio de Ida. Él nunca había creído por completo las historias que se contaban acerca de ella, de su predilección por seducir a los sacerdotes y los frailes. Y, sin embargo, aquí estaba otra vez, utilizando las mismas palabras con él.

—Nosotros... —comenzó a decir con indignación.

Ella levantó la mano derecha con gesto imperativo.

—No quiero excusas. Una palabra y todo estará dispuesto —dijo, guiñándole un ojo.

—Nosotros tenemos un trabajo urgente que hacer —dijo Jacques, sorprendido y divertido por su descaró.

No obstante, recordó la visión fugaz pero intensa que había tenido cuando se hallaba al borde de la muerte, la imagen de Bernard de Caen y su mujer, y supo en su fuero interno que realmente deseaba una mujer para sí.

—¿Se trata de una de vuestras investigaciones?

Jacques asintió con buen humor, burlándose de ella. Era muy agradable oír su voz cálida y jocosa tras las durezas del viaje. Sin embargo, tenía miedo de los sentimientos que se agitaban en su interior.

—Iré a visitaros en alguna otra ocasión.

—No cambiaréis jamás —dijo Ida con una mirada de abatimiento y un tono de tristeza en la voz. Luego, arreglándose alegremente la falda, añadió—: Muy bien,

muchacho, cuando me necesitéis recordad que podéis hallarme en la posada de Las Tres Palomas.

Lanzó una risita y desapareció entre la multitud.

Jacques se sintió tan aliviado como inquieto. Observó que un guardia se acercaba a él.

—Una de las víctimas de mi oficio —le explicó innecesariamente, sintiéndose avergonzado.

—Y todas vuestras víctimas se muestran tan amistosas como esa mujer, ¿no es así? —replicó el soldado.

—Debemos dirigirnos hacia El Mesón del Cerdo. Es muy tarde —replicó Jacques, dándole la espalda—. Nicolás, pongámonos en marcha.

Una visión curiosa en la que se mezclaba la mujer desnuda de Mont Cenis y la propia Ida acosó a Jacques mientras cenaba aquella noche. Se hallaba lejos del hogar, despojado del hábito de clérigo y sometido a una avalancha de nuevas emociones. Recordó los comentarios que había hecho Nicolás cuando le explicó las relaciones secretas que mantenía Bernard de Caen: «... el poder hace cosas extrañas...»; «... los hombres como Bernard de Caen hacen lo que les place...».

Ahora, en Milán, era él quien estaba al mando y tenía el poder. Al borde de la muerte había deseado a una mujer, y para su consternación esa noche sabía que deseaba vivir la experiencia. Más tarde se pondría en paz con Dios. Habría un castigo por quebrantar los votos sagrados como lo había para cualquier otra cosa. Sonrió con ironía al pensar en el hecho de condenarse a sí mismo.

Jacques dejó en el mesón a Nicolás y a los guardias papales y galopó de regreso al puerto.

Las Tres Palomas era un sitio atestado de borrachos y de venecianos en busca de placeres. Sin embargo, Ida le vio inmediatamente, como si sólo hubiese estado esperando su llegada.

—¡Llegáis a tiempo! —exclamó encantada—. Tengo exactamente lo que necesitáis. ¡Venid conmigo!

—Creí que seríais vos...

—¿Yo, cariño? —preguntó burlona—, yo soy el plato fuerte. Antes es necesario que os pongáis a punto, ¿no estáis de acuerdo conmigo?

Antes de que tuviera tiempo para poner la menor objeción, Ida le condujo a la cocina llena de humo. Una mujer ordinaria, con las piernas muy abiertas sobre el suelo de tierra y las mangas arrolladas a los hombros estaba amasando la pasta. A Jacques, en un principio, le recordó a su madre; pero había algo basto y atractivo en ella como jamás había visto antes. Cerca de la mujer, sobre el fogón, había una gran olla negra de hierro; no obstante, no fue sino cuando pasó a su lado que percibió el aroma de las judías verdes con ajo. Respiró profundamente, con enorme placer, y siguió a Ida.

Ella le condujo hasta una habitación pequeña y oscura, completamente vacía a

excepción de un colchón y un perchero. Durante un instante, Jacques dudó antes de entrar en la estancia.

—No tengáis miedo, es una muchacha adorable —le dijo Ida en tono admonitorio. Y luego, suavemente, acariciándole, añadió—: Creedme, me gustaría estar en su lugar...

A continuación, desapareció como por arte de magia, y la puerta se cerró tras ella.

Una vez a solas, el primer instinto de Jacques fue el de salir volando de allí. Años de juicios y más juicios atravesaron su mente a toda velocidad; y también el recuerdo de los votos prometidos. Cogió la manilla de la puerta, pero en el momento en que estaba a punto de abrirla, recordó las palabras de Nicolás acerca de los votos de Bernard de Caen: «... los hombres como nuestro señor Bernard hacen lo que les place una vez que están en condiciones de conseguirlo. Votos o no votos». Era una cuestión de poder.

La muchacha se acercó.

No había tiempo para remordimientos. A Jacques le complació que la chica fuese rápida y silenciosa. Deseaba dominarla, tomarla violentamente, pero no estaba muy seguro de cómo hacerlo. Buscó torpemente en la oscuridad, pero muy pronto se dejó llevar por sus dedos expertos y acariciadores. Ella lo cogió entre sus brazos e hizo que sintiera contra el suyo su cuerpo de mujer. Luego, le abrió el calzón con dedos hábiles y le besó hasta que él creyó que iba a estallar. Mientras yacía allí, pensando una vez más en la visión de Mont Cenis, ella le obligó a subirse encima de su cuerpo y sin saber de qué modo había sucedido, Jacques tomó consciencia, con una conmoción de placer, de que estaba dentro de ella. Ahora sentía una curiosa sensación de dominio, y aunque era consciente a medias de que había sido la muchacha quien le había conducido sabiamente hasta aquel momento glorioso, la acción, que había ocurrido con tanta naturalidad, le dio la impresión de ser un acto de puro poder.

Ella se movió debajo de su cuerpo, lo acarició con infinita sabiduría y él continuó más y más hasta que ya no fue capaz de pensar en nada. El hermano Jacques se abandonó entonces a la plenitud del goce físico con el mismo entusiasmo que había empleado antes para rezar. Era la corporización de su sueño y en aquel momento todo temor desapareció. Podría haber muerto sin temor.

Y entonces, repentinamente, se acabó.

No estaba muy seguro de lo que había sucedido. Conmocionado y avergonzado vio encima suyo a una mujer semidesnuda; la clase de mujer que había condenado a lo largo de los años. Ella le sonrió con sus dientes amarillos y movió la mano entre sus piernas.

—Pensad en mí, cariño —dijo una voz inocente, incongruentemente dulce.

La muchacha, ahora lo notaba, olía muy mal. Jacques retrocedió y se puso en pie, cubriéndose con las manos. Dando la espalda a la forma desnuda espatarrada sobre el colchón, se vistió a toda prisa y abandonó la habitación sin volverse una sola vez.

Ida le vio en cuanto salió del cuarto.

—Eso sí que ha sido rápido —dijo—. Pero ahora, en cualquier caso, sois un hombre nuevo —añadió con admiración.

Jacques pensó que era verdad, que en eso estaba en lo cierto, era un hombre nuevo.

—Fue un error —contestó con brusquedad—. No volverá a suceder jamás.

Sin embargo, mientras lo decía se sorprendió estudiando a Ida de un modo completamente nuevo, como si jamás la hubiese visto antes.

## Capítulo 19



La roca de Ocre, a los ojos de Jacques, parecía brotar de la llanura como si se tratara de un barco boca abajo y colocado sobre tierra firme con la proa apuntando hacia el cielo. Los muros almenados del castillo circundaban el extremo más alto de la roca como si fuera una corona. Desde la aldea, construida a sus pies, se alzaba una ladera de roca escarpada más altiva que las torres gemelas de Notre Dame. No parecía existir un acceso directo al castillo, excepto a través de un sendero de mulas que zigzagueaba trepando hacia el paso que se abría detrás de la roca y que la unía a las montañas que había más allá del castillo.

La mula que montaba Jacques comenzó a subir por la senda sinuosa, que a cada paso parecía amenazar con deslizarse hacia el precipicio; el inquisidor sintió un inmenso alivio al comprobar que el día era espléndido bajo el límpido cielo azul. Resultaba difícil apartar definitivamente de su pensamiento la peripecia vivida en el Mont Cenis; sin embargo, allí, entre aquella maleza escasa y muy esparcida, no había sitio alguno en el que pudiesen ocultarse unos eventuales atacantes. Una serie de gritos ocasionales procedentes del pie de la roca y el vago olor a estiércol que traía la brisa anunciaban la proximidad de gente.

Abajo, en el valle, las aldeas estaban diseminadas a lo largo y lo ancho del llano, empujadas hacia el pie de las colinas por los giros y recodos de un río que bajo la luz resplandeciente del sol serpenteaba lánguidamente como una cinta de plata. Más allá de la llanura, a un día de viaje a caballo, las áridas colinas se recortaban claramente contra una cadena de montañas cuyos picos estaban cubiertos de nieve. Detrás de él, Nicolás de Lirey, el intérprete dominico y los guardias papales cabalgaban en perfecto orden siguiendo la senda.

El monasterio del Santo Spirito apareció Súbitamente en lo alto, al rodear uno de los recodos del sendero. Su aspecto era el de una enorme pared de más de dos pisos de altura y sin una sola ventana. Había sido erigido en un acantilado ligeramente inclinado que conducía, en lo alto, al paso que se abría detrás del castillo, y estaba construido de enormes bloques de piedra caliza extraídos de las montañas. Aparentemente, no había una caseta de vigilancia y tampoco un ala dispuesta para

huéspedes o un establo para los caballos. Según el criterio de Jacques, aquel edificio no tenía en absoluto el aspecto de un convento cisterciense, especialmente en lo que se refería a la pesada puerta fortificada, complementada por los puestos de centinelas y los toboganes para arrojar aceite hirviendo situados en lo alto del muro.

No apareció nadie cuando llegaron hasta la puerta, de modo que el joven inquisidor tiró de la cuerda que colgaba blandamente del puesto del centinela que había sobre la entrada.

Mientras aguardaban, Jacques miró hacia arriba, en dirección a uno de aquellos toboganes para arrojar aceite hirviendo y descubrió un raído y abandonado nido de pájaros que colgaba en su interior. Era obvio que había pasado bastante tiempo desde la última vez que el monasterio había sido amenazado por alguna fuerza exterior. Luego, junto al tobogán, observó que había algunas flores de color rojo pálido. Continuó inspeccionando con atención y se sorprendió al descubrir un ramillete de lo que en Saverdun se conocía como alcachofas salvajes. Habían crecido allí para defenderse de los rayos y de la luz, y jamás se morían, ni siquiera durante los inviernos más duros. A menudo, aquella variedad de flores se plantaba como protección contra la magia negra. Sorprendido, Jacques miró un poco más abajo, desplazándose hacia adelante para echar un vistazo a través de la reja. Cuando pudo divisar el interior, su estupefacción fue aún mayor, ya que vio que había más de aquellas flores, cultivadas dentro de vasijas de terracota. No había la menor duda de que no se trataba de una coincidencia: habían sido plantadas, cuidadas y situadas con toda premeditación precisamente junto a la puerta de entrada. Irónicamente, sus polvorientos pétalos de tono rosado constituían la única nota de color en aquella enorme fachada de piedra.

Un sirviente que vestía un hábito marrón apareció tras la reja.

—*Che vo?* —preguntó.

—Pregunta qué deseáis —tradujo el dominico. Y dio la impresión de que, mientras traducía, perdía ligeramente el control de su francés.

—Decidle que traemos una carta de presentación para el abad —ordenó Jacques.

El sirviente cogió la carta con cierta reticencia. Luego, sin añadir una palabra, desapareció de la entrada.

Un momento después se presentó un monje joven, de rostro rubicundo, vestido con el hábito de trabajo de los cistercienses y con un delantal encima de los hombros. Le gritó algo en el dialecto comarcal al portero que, ahora Jacques podía comprobarlo, debió estar allí todo el tiempo, desde el preciso instante en que llegaron, inmóvil y guardando el más absoluto silencio.

—¿Hermano Jacques Fournier? ¿Señor Nicolás de Lirey? Que Dios sea con vosotros. Sois bienvenidos a Santo Spirito —dijo el monje, dirigiéndose a ellos en latín.

—No ha sido una bienvenida demasiado calurosa ¿no lo creéis así? —comentó Jacques a Nicolás de Lirey, volviéndose a medias sobre la silla de su caballo.

—No, no ha sido muy calurosa —dijo Nicolás, devolviéndole la mirada.

Los ojos de Nicolás de Lirey estaban clavados en el castillo de Ocre, cuyos muros, impresionantes desde el otro lado del llano, parecían ahora en bastante mal estado, ya fuera por la inclemencia del tiempo o como consecuencia de la acción de los hombres. Había esperado encontrarse con algo más grandioso, y aun cuando los muros sugerían que servían de protección a un área bastante extensa, no había nada en el interior que revelara elegancia o estilo. El propio monasterio era el edificio más soso e inhóspito que había visto hasta entonces.

La excitación que le había sobrecogido anticipadamente y que había sido la responsable de que viajara con entusiasmo durante tanto tiempo para llegar a aquel sitio, prácticamente se había esfumado de su ánimo.

No parecía muy probable que la solución de un gran misterio pudiera hallarse en aquel valle árido y aislado, o bajo la protección de aquellos toscos e incultos campesinos.

El dominico gruñó como si también él hubiese percibido aquella sensación de desprecio.

—No debéis esperar mucho más de esta gente. No confían en nadie, ni siquiera en ellos mismos.

«¿Acaso vos no sois uno de ellos?», se dijo Nicolás en silencio.

El anfitrión cisterciense se apartó y permitió que Jacques y Nicolás cruzaran un pequeño patio hasta llegar a un edificio cuadrado, de dos plantas, y subieran por una escalera hasta el primer piso. Al llegar, golpeó dos veces a la única puerta que allí había.

—¡Adelante! —ordenó una voz brusca y ronca.

El monje empujó la puerta e invitó a Jacques y Nicolás a que pasaran al interior de la estancia.

—Mi señor —dijo, dirigiéndose al hombre calvo que se hallaba sentado junto a la ventana—, éstos son los dos visitantes de Avignon que estábamos esperando. —Y luego, dirigiéndose hacia los forasteros, añadió—: El abad Plácido.

El inquisidor y el caballero intercambiaron miradas como si cruzaran sus espadas. ¿Cómo era posible que aquellos hombres estuvieran esperándoles cuando habían hecho el viaje a toda prisa y con la más absoluta discreción? Una vez más su superior, Bernard de Caen, había demostrado ser más listo que ellos.

Mientras entraban en el recinto, el abad lanzó un profundo suspiro. Su rostro se apoyaba en una triple papada y necesitó algún tiempo para recuperar el ritmo regular de su respiración después de haberles gritado para que entraran allí. Los puños del hábito que llevaba estaban deshilachados y sucios, aumentando el contraste con el pesado anillo de sello, de oro macizo, que llevaba en el dedo índice de la mano derecha. Calzaba sandalias abiertas, tal como prescribía la normativa de los cistercienses; no obstante, cometía una infracción a la norma por el hecho de estar sentado contra la pared de la chimenea.

—¿Y bien? —preguntó con un gruñido—. ¿Qué podemos hacer por vosotros?

—Creo que en la carta de presentación... —comenzó a decir el hermano Jacques.

—Sí. Por supuesto —le interrumpió el abad mirándoles con atención y estudiando detenidamente a Nicolás—. Recibimos muy pocos viajeros de Francia en estos días —dijo sin que viniera a cuento—. Espero con ansiedad vuestras noticias.

No había la menor señal de entusiasmo en su voz. Respiró sonora y profundamente y a continuación miró hacia afuera a través de la ventana.

—Estaremos encantados de complaceros —dijo Jacques, pronunciando aquellas palabras con la debida reverencia reservada al abad de un monasterio tan importante como el de Santo Spirito.

—Supongo que vos estáis al mando de una investigación... ¿o tal vez se trata de una inspección?

Jacques estudió detenidamente al abad. ¿Qué más sabía aquel hombre?

—La carta de nuestro señor, Bernard de Caen, no os solicita nada más que vuestra hospitalidad durante el corto período de tiempo que habremos de permanecer en la zona —replicó Jacques con prudencia.

—Y el libre acceso a nuestra biblioteca y nuestros archivos... —añadió el abad Plácido, como si su monasterio albergara a una de las más grandes y completas bibliotecas de la Santa Madre Iglesia.

Nicolás asintió con cortesía, lanzando una mirada a Jacques que parecía decir: «No os preocupéis, conozco a esta clase de hombres y no nos causará el menor problema».

Jacques se tranquilizó. Tal vez estuviera reaccionando con excesivo celo.

—Hay algunas cuestiones vinculadas a temas locales que nos interesan. Por ejemplo, ciertas cartas papales, denuncias y procesos cuyas copias se perdieron durante su traslado a Avignon.

—Naturalmente, tendréis libre acceso a nuestros archivos, tal como lo habéis solicitado —dijo el abad Plácido con voz suave—. Y ahora, si me disculpáis, es la hora de que nos ocupemos de nuestro capítulo. —Y pulsó el tirador de una campana que tenía a su lado.

La biblioteca no era más grande que la celda de Jacques en Avignon; y todo el material del archivo cabía en un único armario.

Jacques se ocupó de llevar a cabo el trabajo más difícil, que consistía en abrirse paso a través de la miscelánea de cartas, informes y cuentas del monasterio. Nicolás recibió el encargo de leer las cartas y las bulas papales, y separarlas en paquetes, uno por cada papa, desde la época de la fundación del convento de Santo Spirito.

—Buscad alguna anomalía o las referencias directas a la familia de los condes de Ocre —dijo Jacques a Nicolás—. Cualquier cosa que os parezca poco corriente.

Nicolás ignoró el tono autoritario de Jacques, ya que, al fin y al cabo, éste era



precisamente su territorio de actuación. Debió emplear toda su concentración para leer aquel material, mayormente sin importancia, y más de una vez debió solicitar ayuda para desentrañar el florido y retorcido vocabulario utilizado en los documentos.

De vez en vez, mientras leían, algún monje entraba en el recinto con cualquier pretexto y observaba lo que hacían durante todo el tiempo que juzgaba prudente. Algunos de ellos sólo entraban para presentarles sus saludos; otros entraban, se quedaban allí un tiempo y luego se marchaban en el más completo silencio. Ninguno se molestó en leer alguno de los numerosos volúmenes de manuscritos que había en el recinto ni fingió interés por los archivos.

Al finalizar el segundo día de estancia en Santo Spirito, Jacques estaba seguro de haber visto a toda la comunidad de frailes al menos una vez. Había hablado quizá con media docena de ellos, pero en total no había disfrutado de más de diez minutos de conversación. No habían vuelto a ver al abad Plácido, ni durante la celebración de los oficios ni tampoco en el refectorio.

Fue durante el segundo día, cuando comenzaba a anochecer, que Nicolás hizo el descubrimiento.

—Creo que he dado con algo curioso —dijo, tan sorprendido como el hermano Jacques por haber sido él y no el inquisidor quien hiciera el hallazgo.

Nicolás se dirigió hacia la única y estrecha ventana de la habitación, portando un pergamino, lo sostuvo en alto para que recibiera un poco de luz y leyó en voz alta.

—«... y como resultado de una investigación realizada en ese distrito por el hermano Godefroy de nuestra sagrada orden de los dominicos y vinculada a las actividades heréticas...». —Nicolás se sintió ridículo leyendo aquel latín eclesiástico a un sacerdote que también era un inquisidor; sin embargo, el hermano Jacques no dijo una sola palabra—. Continúa así: «El mencionado Gualtiero, de los condes de Ocre, tiene prohibido a perpetuidad el acceso a la mencionada iglesia en la parroquia de San Eusanio bajo riesgo de ser condenado para toda la eternidad...». Lleva la firma y el sello de su santidad Inocencio IV. Sin embargo, por lo que puedo deducir, no existen detalles de la supuesta herejía.

Jacques pensó que en verdad sería notable que tales detalles existieran. Los legos parecían creer que la herejía se hallaba incorporada a los documentos como si se tratara de un timbre de aduanas, en tanto que las peores abominaciones sólo podían descubrirse mediante una sutil lectura entre líneas. Los herejes rara vez eran hombres ignorantes. Sin embargo, esperaba poder disimular adecuadamente las dudas que experimentaba acerca del tema.

—¿De qué año es el documento? —preguntó en tono pensativo.

—«Del Año de Nuestro Señor de mil doscientos cincuenta y cuatro» —leyó Nicolás con lentitud—. Pero existe una prórroga ordenada por el papa Alejandro IV y fechada diez años más tarde.

—¿Comprendéis lo que significa?

Debía tratarse de un crimen realmente excepcional para exigir un mandato de condena individual.

—Que Gualtiero de Ocre tuviera prohibido a perpetuidad el acceso a su propia iglesia... por una bula papal personal... Lo único que puede justificar una sanción de tal magnitud es una herejía tan significativa que pudiera poner en peligro a la propia Iglesia.

—Y no sólo eso —dijo Nicolás.

—¿Qué queréis decir?

—Hubo dos papas comprometidos, ya que cinco años más tarde la prohibición fue renovada...

—Lo que significa que la herejía persistía. ¿Qué creéis que fue lo que sucedió? —preguntó Jacques, más a sí mismo que a su acompañante seglar. Y entonces, mientras hablaba, entrevió la respuesta a su pregunta. No obstante, se la guardó para sí—. Y luego, un año después de que la prohibición fuera renovada, nuestro preceptor de los templarios es iniciado en la cripta de esa misma iglesia.

—¿Qué estaban haciendo allí, en el nombre del Señor?

Jacques no dijo nada; sin embargo, las palabras de Nicolás habían sugerido una nueva línea de investigación.

—Eso es lo que debemos descubrir —replicó el inquisidor en tono esquivo.

—¿Cómo? —preguntó Nicolás.

Mientras hablaba, cerró el volumen de documentos que había estado leyendo e inclinó ligeramente la cabeza, como un escolar que escucha atentamente a su maestro... ¿o acaso era con el aspecto de un espía prestando atención a la más ligera insinuación que pudiera acercarle a la verdad?

¿Espías? ¿Papas? Y allí estaban, a tres días de viaje de Roma. Jacques pensó en Enrique de Luxemburgo, asesinado mientras intentaba llegar a esa ciudad. Era sorprendente hallarse tan cerca y, a la vez, tan lejos de Roma, una ciudad donde ni siquiera los representantes de la iglesia se encontraban ya a salvo.

Enrique de Luxemburgo había tratado de tomar Roma, y ahora el rey Felipe estaba intentándolo como en una ocasión lo hicieron los aliados de los condes de Ocre. Era algo verdaderamente extraordinario que dos papas se mostraran directamente interesados en aquella pequeña y remota iglesia... para no mencionar al propio Bernard de Caen.

## Capítulo 20



La aldea, situada en un montecillo del recodo del río, al pie de Ocre, parecía desierta, sin el menor rastro de seres humanos. Jacques pidió a su compañero que atara los caballos a una fuente, frente a la iglesia. Mientras le aguardaba, estudió la imponente fachada construida con toscos bloques de piedra extraídos de los yacimientos rocosos de la zona, esperando el momento en que la expectación hiciera que los campesinos salieran de sus casas.

La iglesia había sido edificada con el mismo tipo de bloques de piedra que Santo Spirito; tenía en lo alto una sencilla ventana en forma de roseta y un campanil cuadrado en el extremo derecho. A cada lado de la iglesia, al mismo nivel de la fachada, había un sólido muro, tal vez de unos cien pasos de longitud, que culminaba, en ambos extremos, con sendas torres circulares. Sin embargo, el rasgo más curioso era el muro almenado, de una altura aproximada a la mitad de la fachada, que se prolongaba a ambos lados de la iglesia en dirección a otras dos torres de forma circular.

Jacques nunca había visto algo parecido. La iglesia estaba fortificada, erigida en medio de un espacio de forma cuadrada, amurallado, con la fachada construida sobre el muro que miraba al este.

Como no apareció nadie, el inquisidor caminó a lo largo del muro paralelo a la nave. Nicolás iba delante suyo, demostrando la misma algarabía que un niño impaciente. El aire fresco parecía revigorizarlo.

—¡Hay otro muro un poco más atrás! —gritó con incontenible excitación.

—Sí, pensé que lo habría. Se trata de una iglesia fortificada. Única en su género, según mi opinión.

—¿Qué creéis que pueda haber en su interior? —preguntó Nicolás, sorprendido por su propio entusiasmo.

—¿Ahora? Probablemente no haya nada.

Los misterios que rodeaban a la familia de los Ocre no parecían tener fin.

Dieron una vuelta completa al complejo fortificado y regresaron nuevamente hasta la puerta de acceso.

Todavía no se veía un alma.

Jacques golpeó con fuerza la aldaba de la puerta de la iglesia, pero no obtuvo respuesta. Se alejó en dirección a la fuente, donde bebió un poco de agua directamente de sus manos. Luego aguardó con la paciencia que le habían proporcionado largos años de interrogatorios.

Un anciano sacerdote apareció por fin desde uno de los torreones del extremo del muro; el hombre, vencido por la edad, caminaba prácticamente doblado en un ángulo recto; era cojo y avanzaba apoyándose en un nudoso bastón que semejaba su propio cuerpo decrepito. Se dirigió hacia ellos sin mirarlos, aunque cada uno de sus gestos indicaba claramente su irritación y el deseo ferviente de que aquellos inesperados visitantes se marcharan pronto de allí.

—¿Qué es lo que deseáis? —preguntó en tono áspero en cuanto llegó a su lado.

—Unos pocos minutos para rezar en silencio, padre.

El sacerdote gruñó, sacó una llave de su andrajosa sotana y abrió la puerta para ellos. A continuación, entró sin decir una palabra y retrocedió hasta apoyar la espalda en la jamba de la puerta.

Jacques pensó que aquel recibimiento era tan amistoso como el que les había dedicado el fraile en la entrada de Santo Spirito. Seguramente, se trataba del saludo más caluroso que podían esperar en aquel antiguo lugar.

El viejo sacerdote abrió el camino hacia el gélido interior de la iglesia. Una serie de antiguas columnas romanas dividían la nave revelando una procedencia todavía más antigua de lo que sugería la fachada, cuya construcción era más reciente. Un olor acre, mezcla de humedad e incienso, invadía la atmósfera. La nave estaba prácticamente desnuda; sólo dos pequeños oratorios contenían frescos mientras que la mayoría permanecía fuera de uso. Al frente, unos escalones conducían a un estrado elevado que soportaba el gran altar, cuyo único ornamento consistía en una escultura de tamaño real de la virgen María.

Jacques se percató de lo que parecía ser una puerta recientemente tapiada, que alguna vez había conducido hacia la cripta subterránea, y se preguntó inútilmente por qué razón la habrían cerrado con una pared de ladrillos. La cripta, no obstante, no había sido clausurada, ya que, a la derecha del altar, había otra escalera que conducía hasta ella. Jacques lanzó un gran suspiro de satisfacción; por fin había llegado al sitio en el que había pensado tantas veces; a continuación, bajó la escalera. Percibió la presencia de Nicolás a sus espaldas, siguiéndole muy de cerca, como si el joven caballero temiera perderle de vista.

La cripta estaba invadida por la silenciosa perversidad de los siglos. Se situaba en el ángulo derecho de la nave superior de la iglesia y Jacques caminó rápidamente hacia el sitio donde debía hallarse la antigua escalera. Una vez allí, contó tres hileras de cinco columnas, cada una de ellas coronada con un capitel decorativo diferente. Justo delante suyo se encontraba el altar, directamente debajo del gran altar de la nave superior y, un poco más atrás, se hallaba el ábside con cristales teñidos en los

cuatro paneles de su doble ventana. La apagada luz del sol proporcionaba, sin embargo, la claridad suficiente para iluminar un relicario de marfil debajo del altar; probablemente el de San Eusanio.

Jacques estaba fascinado por el descubrimiento de que la entrada central no era la única que había sido bloqueada en los últimos años. A la derecha de la cripta, a nivel del muro de la nave superior, había habido otra entrada; y en esta ocasión, Jacques se percató de que la puerta estaba enmarcada en un elegante arco. Se preguntó adónde conduciría y qué extraños ritos podría haber practicado allí Gualtiero como para requerir una entrada tan secreta.

Finalmente, se dirigió hacia el ábside y se detuvo precisamente en el lugar donde, de acuerdo con la descripción que hiciera Pietro de Ocre, se había situado aquella noche, casi cuarenta años antes, el Gran Maestre de la Orden del Temple, Thomas Berard.

Jacques comprendió que el sitio se hallaba justamente debajo del gran altar y entonces, con un raptó de excitación, observó que los dos capiteles descritos por Pietro continuaban allí, intactos. Nicolás de Lirey se había encaminado hacia el sitio en el cual, seguramente, debió permanecer el neófito templario mientras se desarrollaba la ceremonia de iniciación y, durante un instante, Jacques experimentó la extraña sensación de que él mismo había estado en aquel lugar muchos años antes.

Inspeccionó los capiteles. Tal como Pietro le había explicado, representaban a Dios y al Diablo. Jacques observó las esculturas con mayor atención y descubrió que se trataba de obras maestras menores, esculpidas por un artista de extraordinaria habilidad.

La figura de Dios miraba hacia el suelo, describiendo un ligero ángulo en dirección a un punto situado detrás del altar, como si bendijera a quienquiera que estuviese allí. Su rostro aparecía imperceptiblemente inclinado hacia adelante, como si tratara de mirar hacia abajo desde lo alto de la columna. Había sido exquisitamente esculpido en una piedra de textura delicada; los rasgos que le confiriera el artista eran finos y regulares, con una nariz de corte aquilino que resaltaba con suavidad bajo los ojos de mirada serena, con arreglo al más puro estilo bizantino.

Pero el detalle más notable era el cabello, que se dividía en lo alto de la cabeza, descendía y luego se repartía hacia cada lado de la frente hasta cubrirle los hombros, como si estuviera suspendido bajo la acción gentil de una ligera brisa. Finalmente, producía la impresión de estar unido a la roca por detrás del delgado cuello.

—Esto no debería estar aquí —murmuró Jacques a Nicolás—; merece un marco más grandioso.

Su compañero contempló en silencio la imagen. Realmente se trataba de un lugar espeluznante, impregnado de misterio. Nicolás había observado extraños símbolos en las losas que cubrían el suelo, semejantes a los que le habían sido descritos por su padre cuando regresó de Tierra Santa. Era como si se tratara de una tumba sarracena.

—¡Y mirad esto!

La otra cabeza era tan horrible como bella era la imagen de Dios.

El diablo era la grotesca parodia de un ser humano, que se iniciaba con una mandíbula de hombre para luego ensancharse hasta convertirse en lo que semejaba la cabeza de un asno, con largas orejas y cuernos en forma de conos apuntando sacrílegamente hacia el altar. Los ojos aparecían distorsionados en sentido vertical, como los de un felino, con pestañas como púas, mientras que la nariz era una masa redonda e informe.

Jacques se irguió como debió haber hecho en su momento Thomas Berard, estudiando detalladamente los dos rostros de los capiteles, mientras Nicolás se dirigía hacia la puerta tapiada.

Mientras observaba atentamente, con la cabeza erguida en dirección al capitel que tenía a su izquierda, le embargó una especie de ligero hechizo que le produjo una sensación de mareo. Todo su cuerpo pareció vacilar y experimentó un dolor lacerante en la frente. El conjunto de ideas y meditaciones elaborados durante las pasadas semanas se concentraron en aquella única mirada esculpida, que le succionaba el alma como un remolino vertiginoso.

El profundo silencio de la estancia se unía a la sensación de que el techo estaba presionando hacia abajo y sobre él, trastornando el equilibrio de su cuerpo. La sensación sólo duró un instante, pero a Jacques le pareció que se prolongaba durante un siglo. Aquel rostro sereno y asombrosamente bello ejercía un extraño poder, similar al que irradiaba la cruz después de una prolongada contemplación y de la práctica concentrada de los ejercicios espirituales. Jacques, muy sobresaltado, llegó a la conclusión de que era como si hubiese avistado una imagen del Señor.

Un poder imponente. Jacques dio un traspiés, echándose instintivamente hacia adelante, en dirección al sitio donde sabía que se hallaba el altar de la nave superior y se arrodilló agradecido. Se sujetó con fuerza al mármol con ambas manos y movió la cabeza en señal de incredulidad. Lentamente recobró el equilibrio. Echó una mirada furtiva hacia sus espaldas y comprobó con alivio que Nicolás continuaba examinando la puerta tapiada.

Nicolás de Lirey pareció percibir sobre él la mirada del hermano Jacques, y se reunió con el joven inquisidor junto al altar.

—¡Dios bendiga mi alma! —exclamó—; vuestro rostro está tan pálido como una hoja de papel. ¿Acaso habéis visto un fantasma?

Mientras pronunciaba aquellas palabras, comprendió que, considerando el recinto donde se hallaban, no eran las más apropiadas.

Ignorándole, Jacques dirigió una rápida mirada al relicario que había debajo del altar y abandonó la cripta inmediatamente. Sentía el cuerpo helado y, por si ello fuera poco, su creciente incomodidad se vio incrementada por la sensación de que, mientras se dirigía rápidamente hacia el exterior bañado por el sol del invierno, llevaba una mirada invisible clavada a su espalda.

Dos ancianas feas y desdentadas, vestidas de negro de la cabeza a los pies,

estaban muy erguidas, más allá de la puerta, observándoles junto al decrepito sacerdote.

—Decidme, padre... —dijo Jacques, dirigiéndose al cura en latín, procurando con todas sus fuerzas que su voz sonara firme y juiciosa.

Nicolás permaneció alejado, a unos cuantos pasos de distancia. Aquella era una cuestión que debía dirimirse entre sacerdotes, y se sintió extrañamente inútil e ignorante. La investigación le introducía en un mundo inesperado, repleto de sensaciones nuevas que, según su criterio, no eran agradables en absoluto.

—¿Qué? —preguntó ásperamente el anciano sacerdote. —¿Podéis explicarnos quién fue San Eusanio?

—¿Por qué queréis saberlo?

—Simple curiosidad. No es ningún secreto, ¿verdad?

—No, supongo que no. Fue un mártir durante la época de los romanos. Llegó desde el sur y convirtió al cristianismo a la gente de este valle. Los romanos lo mataron. Lo arrojaron desde esa roca —dijo el anciano, señalando en dirección al castillo de Ocre.

—Comprendo. ¿Sabéis si dejó algo escrito?

—No —replicó el cura hoscamente, indicando a las claras que el tema no le interesaba lo más mínimo—. Y ahora, debo seguir mi camino. Buenos días.

Se alejó seguido por la pareja de viejas brujas.

Mientras desaparecían en la torre, Jacques descubrió que había dos pastores sentados junto a la fuente, con los perros ovejeros jadeantes y echados a sus pies. No daban el menor signo de vida; permanecían allí, sentados e inmóviles, como si fueran figuras de piedra esculpidas para embellecer la fuente.

Por contraste, los movimientos de Nicolás resultaban dramáticos. Había estado caminando sin cesar de un sitio a otro, inspeccionando cada ángulo del edificio; en un momento dado, sin embargo, se detuvo repentinamente transfigurado, y regresó hacia el portal.

—¡Mirad! —exclamó—. ¿Creéis que eso puede tratarse de un accidente?

—¿Qué ocurre? —preguntó Jacques, abstraído.

—Venid aquí, debéis situaros sobre los peldaños... y ahora mirad hacia allí, hacia Santo Spirito... —El monasterio parecía un bloque gris sobre la ladera cubierta de malezas—. Ahora, mirad hacia la derecha, hacia la colina que se divisa más allá de la aldea... —le instruyó Nicolás, y Jacques siguió sus indicaciones—. ¿Lo veis? Hay otra iglesia, fortificada como ésta.

—¿Sí? —dijo Jacques, con el corazón latiéndole cada vez más deprisa. En todos los meses que llevaban juntos, nunca había visto a Nicolás tan excitado.

—Forman parte de un plan geométrico. ¿Es que no podéis verlo?

—Tal vez sea así —replicó Jacques con escepticismo. Necesitaba tiempo para reflexionar y se dirigió hacia donde estaban los pastores—. ¿Podéis decirnos cuál es el nombre de ese castillo sobre las colinas?

—El Castillo de la Virgen —replicó uno de los hombres en tono brusco, como si todo el mundo tuviera la obligación de conocerlo.

—¿Y a quién pertenece?

—A quienquiera que desee vivir allí arriba —replicó el pastor, riendo de buena gana—. Nadie sube hasta el castillo excepto en el día del santo.

—Entonces, decidme, por favor... ¿quién lo construyó? Después de todo no parece muy antiguo...

—No, y ciertamente no lo es. Mi propio padre presenció su construcción... y antes no había allí más que una cruz de madera... ¿no es verdad? —preguntó, volviéndose hacia su compañero para que confirmara sus palabras.

—¿Quién lo construyó? —preguntó Jacques otra vez, irritado por no obtener una respuesta directa.

—El viejo conde Gualtiero, naturalmente —dijo el pastor, como si el conde todavía se hallara con vida.

—¡Ahí lo tenéis! —dijo Nicolás con el aire triunfal de quien ha resuelto un enigma.

Los dos hombres se dirigieron hacia el castillo como si fueran una sola persona.

Los muros estaban quebrados por grandes brechas, como si hubieran sido dañados por una batalla reciente, y los edificios de su interior eran una completa ruina. Señales negras de viejos incendios surcaban su superficie como dedos de una mano vacilante. Sólo la capilla permanecía indemne, aunque la puerta no resistió la embestida del hombro de Nicolás. El interior estaba bien conservado: el altar había sido cubierto por una gran sábana blanca y limpia, sin el menor signo de polvo, y vieron un florero con crisantemos que no podían llevar allí más de una semana. El instinto le indicó a Jacques que la capilla era un elemento importante en el esquema general; sin embargo, no tenía la clave para sostener los dictados de su instinto.

Cuando salieron al exterior, treparon hasta la cima de una colina de aspecto extraño, en forma de carretilla, que se alzaba más allá de la iglesia. Desde aquel punto, y con una sola mirada, podían ver todo el valle.

Jacques observó el complejo de Santo Spirito que, desde aquel mirador de excepción, parecía estar suspendido sobre la pared rocosa, directamente debajo de la corona que conformaban los muros del castillo. Estaba pensando en la extraña visión que había tenido en la cripta y le irritaba el sonido que producía su compañero, deslizándose a través del suelo de guijarros, incapaz de estarse quieto.

Nicolás se movía de prisa, de aquí para allá, con la misma agitación que había exhibido frente a la iglesia de San Eusanio.

—¿Qué ocurre? —le gritó Jacques, pero su voz se perdió en el viento.

Un halcón planeaba por encima de sus cabezas, tratando de ganar altura a pesar del peso extra de la serpiente que llevaba colgada en el pico.



Debajo de ellos, los caballos bebían del arroyuelo junto al que estaban atados.

Jacques observó al halcón mientras la desgarbada figura negra evolucionaba en el cielo, agitando las alas y luego planeando. Fue entonces cuando Nicolás se detuvo repentinamente. Jacques percibió la alarma en su postura, y no le sorprendió cuando su compañero retrocedió a toda prisa.

—¡Hermano Jacques! ¡Hermano Jacques! —gritó el joven De Lirey, sofocado por la carrera—. ¡Ya lo tengo! —Y a continuación hizo una pausa para recobrar el aliento, inclinado hacia adelante y apoyando las manos en las rodillas—. ¿Veis allí abajo, en la llanura, la iglesia que hay a un lado de la granja, junto al puente?

Jacques miró en la dirección que señalaba el brazo de Nicolás y asintió con la cabeza.

—Bien, ahora escuchadme... Junto con los otros tres puntos, San Eusanio, Santo Spirito y la capilla, componen un escudo perfecto. Y en el centro de ese escudo se encuentra el castillo de Ocre. ¿Creéis que también se trata de una simple coincidencia?

—Es curioso —admitió Jacques.

—Es más que curioso —dijo Nicolás, que ahora ya respiraba con normalidad—. He visto antes esa disposición en forma de escudo, en Provenza.

Jacques se inclinó hacia adelante, complacido por las deducciones de su compañero.

—¿Y qué significa?

—Tierra mágica —dijo Nicolás, y aguardó a que las palabras produjeran su efecto antes de proseguir—. Era un castillo cátaro. Ellos creían que esta forma, el escudo, convertía su territorio en inexpugnable. Y todavía hay más; he oído decir que la Orden del Temple no era reacia a utilizarla en Tierra Santa —añadió; luego se acuclilló, recogió una rama seca y comenzó a trazar figuras geométricas sobre el polvo—. Los triángulos y los pentágonos son algo bueno —explicó—, pero la mejor figura entre todas, la más potente, es el escudo o la forma de diamante, que consiste en dos triángulos iguales. Duplica el poder.

Jacques le miró con atención. Todo aquello no tenía demasiado sentido para él.

—¿Poder?

—Esta gente cree que es posible dominar tanto a los hombres como a las cosas si se hallan dentro de la figura. Y si es particularmente fuerte, entonces su poder puede ir más allá de esos límites. Así, como podéis ver, aquí están los cuatro puntos —prosiguió Nicolás, trazando pequeños cuadrados en los cuatro ángulos del diamante dibujado sobre el polvo—, se construyen altares en cada uno de ellos... en una iglesia o en una abadía... y se forma una cadena invisible pero muy fuerte alrededor del área protegida. Sin embargo, en el punto más agudo del escudo siempre debe haber algo... un sitio muy antiguo, un templo, un lugar que otorgue vida... como un manantial o una reliquia sagrada...

—¿Una reliquia?

—Exactamente —replicó Nicolás, haciendo una pausa, sorprendido él mismo al descubrir la conexión. Pero no dijo nada—. Ésa es la clave. Los lugares no pueden ser fortuitos. La iglesia, o el propio altar, deben estar cargados con un poder especial.

—En ese caso, y si estáis en lo cierto, ese poder especial está, o estaba, en San Eusanio, ¿no es así?

Era el uso más abominable que se podía hacer de una reliquia sagrada; una espantosa herejía.

Nicolás levantó las cejas en señal de asentimiento. Sabía que estaba en lo cierto y que Bernard de Caen también lo estaba, ya que había observado todavía otro ejemplo del mismo fenómeno, en los estados de Charny, en Montfort, y que, sin embargo, había decidido no mencionar al inquisidor. Su padre se lo había explicado en una ocasión.

—Es absurdo.

—Por supuesto que lo es. Pero ellos creen en su poder —concluyó Nicolás; y así, comprendió conmocionado, lo creía también Bernard de Caen.

¿Acaso Bernard de Caen había conocido el caso del escudo de Montfort a través de su padre? Si era así, entonces ésa era la verdadera razón por la que le había enviado allí con el hermano Jacques. Bernard sabía que él vería la relación y lo comprendería todo. Sin embargo... ¿qué significaba? ¿Qué debía ver a continuación? Se alejó del inquisidor para no revelar su estado de confusión y el embarazo que experimentaba por no proporcionar a su compañero de andanzas toda la información que obraba en su poder.

Jacques observó a Nicolás que se hallaba un poco más alejado, en la cima del risco, inmóvil y muy erguido, con la capa flameando violentamente en el viento. El entusiasmo que había demostrado por la posición que ocupaba Santo Spirito y el castillo era exagerada... a menos que la experiencia o algún conocimiento previo le permitiera percibir más de lo que había admitido. Una vez más, Jacques se encontró reflexionando acerca de si Nicolás era o no la persona adecuada para aquella tarea. En una ocasión se había referido a un tío abuelo de la Orden del Temple, y ése habría sido el sitio más adecuado para él, en vez de convertirse en el reticente compañero de Jacques. ¿Por qué no se había unido también él al Temple?

El joven fraile regresó nuevamente a su lado con una expresión de triunfo impresa en el rostro.

—Hay mucho más —gritó—. ¡Mirad allí! ¿Qué es lo que veis? —preguntó, señalando más allá de las colinas, en el límite de la llanura.

—Los muros de Aquila... El hermano Bernard nos habló de ellos.

—¿Recordáis lo que dijo de Aquila?

—Que fue construida hace sólo cincuenta años...

—Sí, y se construyó a toda prisa. Y luego, en el término de cinco años, fue destruida y vuelta a levantar.

—¿Y qué?

—¿Es que no lo veis? La ciudad fue construida, destruida y reconstruida en cinco años. Exactamente el mismo periodo de tiempo durante el cual el conde Gualtiero fue proscrito de su propia iglesia en dos ocasiones y su hijo Pietro fue iniciado en la orden.

—Pero eso no prueba nada.

—Claro que no prueba nada —aceptó Nicolás, inmovible en su certeza. Si no le contaba la historia de Montfort, le resultaría muy difícil de explicar. No obstante, se trataba de un secreto de familia y de la causa de la perdición de su padre—. Pero ciertamente sugiere una línea de investigación. Puedo sentir en mis propios huesos que esto es algo más que una mera coincidencia. —Hizo una pausa—. Y ahora, hermano, por favor, recordad lo que observamos antes en la entrada de la iglesia, allá abajo, en la aldea. Desde allí no podíamos ver más allá de esta colina...

Jacques le escuchaba con escepticismo.

—Bueno, ahora es algo evidente —dijo Nicolás bajando la voz hasta adquirir un tono conspiratorio a medida en que lo veía más claro. No había necesidad de más engaños ni ofuscaciones—. Si os situáis en la puerta de entrada, Santo Spirito se ubicará cuarenta y cinco grados hacia vuestra izquierda, y este castillo cuarenta y cinco grados hacia vuestra derecha. Y entonces exactamente delante de vos encontraréis la ciudad de Aquila —concluyó con un tono de triunfo en la voz—. Estoy seguro de que esta nueva ciudad estaba llamada a convertirse en un nuevo centro de poder; tan inexpugnable como el castillo de Ocre y capaz de controlar un área mucho mayor. Tal vez incluso desafiara a la Santa Iglesia Romana. Sé que no me creéis nada de todo esto que os explico, y admito que no hay la menor prueba de cuanto os digo. Sin embargo, el instinto me dice que estoy en lo cierto. Dadme un poco de tiempo y os aseguro que hallaremos las pruebas suficientes.

Jacques se sintió complacido por el súbito cambio de pronombre, que le incluía en la investigación. Sin embargo, todo cuanto había oído estaba fuera de los límites de su credulidad. Se disponía a derrumbar las teorías de Nicolás como hipótesis absurdas cuando recordó una frase que le había dicho Pietro de Ocre y que él no había comprendido: «... y nosotros nos haríamos con el control de la Iglesia». ¿Habría alguna relación entre aquellas misteriosas palabras y la teoría de Nicolás? Necesitaba pensar en ello y sondear con detenimiento la profundidad de la aparente sabiduría del joven caballero De Lirey acerca de aquellos temas.

—Hace frío —dijo Jacques—. El sol se pone de prisa y hay nubes de tormenta sobre las montañas. Creo que es mejor que regresemos a la abadía.

Jacques había puesto un pie en el estribo cuando un grupo de hombres de aspecto salvaje surgió de entre la maleza, blandiendo pesados bastones. Se volvió sorprendido contra el flanco de su caballo y cuando consiguió controlar a su montura observó que Nicolás ya había sido derribado. Dos de los agresores sostenían con firmeza al joven

caballero mientras un tercer hombre le golpeaba. Jacques comprendió que, seguramente, habían estado escondidos en la profunda hondonada de un arroyo seco que corría en sentido paralelo a la senda y que permanecía oculta incluso por aquellos matorrales escasos y escuálidos.

Saltó a tierra. La única protección que tenía a la vista era el muro de contención del manantial. Con una violencia nacida del propio miedo, y que incluso le sorprendió a él mismo, arrebató el bastón a uno de los asaltantes y se dispuso a defender su vida con la espalda a cubierto por el muro. Un escalofrío de terror atravesó su cuerpo; pensó en Nicolás cubierto de sangre en medio de la bruma y luego en la muchacha de Milán. Lanzó un golpe con su bastón a dos hombres que se aproximaban a él, procurando alcanzarles a ambos. Falló con el primero pero alcanzó al segundo en la cabeza; el hombre abrió los ojos en una expresión de sorpresa mientras su sombrero puntiagudo caía entre los matorrales.

Jacques observó que el número de enemigos se incrementaba; llegaban a la carrera con una terrible expresión de odio en sus rostros oscuros y el largo cabello enmarañado, como si fuesen demonios enviados para castigar al inquisidor por sus recientes pecados.

Los asaltantes exteriorizaban tanto encono y su aspecto era tan salvaje, que Jacques no podía comprender de donde procedía tanta ferocidad... hasta que observó que, en realidad, arrojaban golpes con la intención de asustarles más que para causarles daños graves; como si hubiesen recibido instrucciones especiales de amedrentarles, tanto a ellos como a la partida que les acompañaba; y seguramente habían sido bien pagados por realizar aquel trabajo. Esa deducción significaba, a su vez, que quienquiera que fuese el que les siguiera desde Avignon no sólo tenía medios económicos suficientes sino también buenos contactos en la zona de Ocre.

Era una idea demasiado perturbadora; Jacques se obligó a no pensar en ello y a permanecer atento a cuanto sucedía a su alrededor. A diez pasos de distancia observó que Nicolás continuaba inmovilizado en el suelo. Más allá todo era un verdadero caos.

Se estremeció. Un hombre muy alto, probablemente el jefe de los malhechores, se dirigió hacia él. Durante un instante sus ojos se encontraron y Jacques pudo leer en su alma que se trataba de un sujeto maligno y violento. Sin embargo, algo en su interior le proporcionó la fortaleza y el coraje necesarios para resistir.

En el torbellino que siguió, Jacques apenas si fue capaz de observar que el número de caballos se había triplicado. Uno de aquellos animales recién llegados, un bayo gigantesco, tenía una larga mancha sobre la nariz que le resultó vagamente familiar. Pero el fraile no tenía tiempo para detenerse a reflexionar. Observó que Nicolás se ponía en pie y era nuevamente derribado al suelo. Fue como un sueño, o como una premonición de muerte, pero en ese preciso instante observó que los atacantes retrocedían colina abajo, empujados por los violentos golpes que les lanzaban tres hombres muy robustos. Uno de ellos, particularmente gigantesco,

esgrimía una poderosa espada de doble filo contra los garrotazos de varios contrincantes. En la otra mano blandía una maza de aspecto terrible.

Jacques recordó repentinamente dónde había visto aquella mancha en el testuz del caballo: en los establos del Papa, en Avignon. Fascinado, observó cómo la enorme figura de Briac dispersaba a los enemigos que tenía ante sí como si fueran simples muñecos. Sabía que en cuanto aquel guerrero se diera la vuelta, vería en su cinturón la brillante hebilla dorada. Mientras descansaba reclinado contra el muro, toda una serie de detalles comenzó a encajar en el puzle: la presencia de aquel hombre explicaba la aparición en Mont Cenis. ¿Acaso aquel incidente había sido fortuito? Era evidente que el terrible soldado que ahora les defendía debía ser uno de los hombres de mayor confianza de Bernard de Caen. Pero... ¿cuáles eran sus órdenes?

En cuestión de minutos los atacantes fueron dispersados entre las rocas y los matorrales. Sobre la ladera, aquí y allá, podían verse figuras oscuras que corrían en dirección al valle como si fueran ovejas perdidas que se esforzaban por reunirse con su rebaño.

Nicolás había sufrido muchos golpes, y exhibía numerosas magulladuras, pero nada más. Se sentó mirando con incredulidad a los rezagados. Jacques sacudió su cuerpo y se inspeccionó en busca de heridas. Sólo se encontraba sucio y con algunas raspaduras producto del roce contra el muro de piedras. El verdadero daño era interior. Su reacción ante la violencia había sido de no reacción: no se había sentido impresionado y tampoco temeroso, ni siquiera sorprendido por la situación en la que se encontraba. Había percibido una especie de aturdimiento, una aceptación fatalista de la necesidad de luchar, pero no había experimentado miedo ni la menor conmoción. Sencillamente, había combatido. El hecho de que el ataque hubiese terminado resultaba todavía más impresionante que el propio hecho del asalto en sí. Se sentía perturbado por el proceso que había experimentado en su interior; más de lo que se había sentido tras su aventura en Milán. Era como si sus votos hubiesen dejado de existir; todo se subordinaba al Opus Christi... y al poder.

Briac se acercó hasta donde él se encontraba.

—Dios sea con vos —le saludó Jacques, auténticamente agradecido; y se persignó cuando vio sangre en el cuerpo del soldado—. ¿Estáis lastimado?

—¡Ni un rasguño!

—¿Les habéis herido?

—Poca cosa —replicó Briac, riendo—. Sólo les hemos ahuyentado, aunque es difícil evitar algún arañazo.

Su rostro barbado sonreía y no evidenciaba ninguna herida reciente. Su respiración era completamente relajada, como si la fiera actividad desarrollada hacía sólo unos minutos no hubiera sido más que un mero ejercicio; sin embargo, cuando se le observaba de cerca, un grueso cardenal púrpura en la frente y dos cicatrices paralelas que le recorrían la cara desde la cabeza hasta la barbilla, atravesando su mejilla izquierda, proporcionaban a su rostro un aspecto terrible. Había envainado la

espada y estaba limpiando su daga con un puñado de hierba seca.

—Fue una suerte que escapáramos sanos y salvos —dijo Nicolás—. Podríamos haber muerto.

Briac le miró, auténticamente divertido.

—No, señor, no fue una cuestión de suerte. Eran campesinos reclutados con la orden de no matar. Sólo iban armados con bastones y garrotes. Ha sido una advertencia. De otro modo no hubieran huido con tanta facilidad.

Nicolás comprendió de inmediato que el soldado llevaba toda la razón. Le fastidiaba haber estado tan concentrado en los triángulos y los recuerdos de Montfort, que aquel detalle no resultara igualmente claro para él. Con un poco más de atención y de observación jamás habría sido sorprendido con tanta facilidad; como un verdadero neófito, mientras que el fraile, una vez más, le había superado.

—¿Qué otras armas podrían haber traído consigo esos campesinos contratados como matones?

Jacques observó que el tono de sarcasmo en la voz de Nicolás hacía que Briac estudiara atentamente al joven caballero de Lirey tal como había hecho ya en una ocasión anterior.

—Me aseguraré de que no tengan picas escondidas en las proximidades. Se trataba de un grupo de hombres fuertes. Si hubiesen llevado picas y guadañas me hubiera cuidado mucho de enfrentarme a ellos. Pero estaban aquí sólo para amedrentaros y obligaros a que os marcharais.

Jacques comprendió que aquella era la explicación acertada del extraño ataque.

—Nuestro señor, Bernard de Caen, os ha entrenado muy bien —comentó Jacques. Briac sonrió, pero no dijo nada.

—¿Os quedaréis con nosotros ahora que ya no podéis fingir que no estáis aquí? —preguntó Nicolás.

Podía sentir la fuerza de aquel hombre, y sabía que estarían más seguros con él y sus hombres a su lado. Miró a Briac con afecto.

—Nuestras órdenes son las de seguirlos a una corta distancia. Y eso es exactamente lo que haremos. No volveréis a vernos, a menos que, loado sea San Sebastián, necesitéis de nuestros servicios.

Había una nota de frialdad en el tono de voz empleado por Briac. Jacques estudió atentamente a Nicolás mientras el soldado hablaba, desconfiando de la expresión amistosa que expresaba el rostro de su compañero. Estaba seguro de que Briac y sus hombres les habían seguido desde Avignon, pero comprendía que la explicación no podía ser tan sencilla. Al principio, había supuesto que era para protegerles; sin embargo, luego había aflorado la sombra de una duda: ¿podía ser que les siguieran para obligarles a hacer lo que Bernard de Caen realmente deseaba que hicieran? ¿Desconfiaba, a su vez, el propio Bernard de la creciente amistad que evidenciaban sus espías, y deseaba asegurarse por partida doble? Cuanto más pensaba en ello más convencido estaba que ése era precisamente el caso, ya que el «enemigo»,

quienquiera que fuese, ahora sabía que una guardia les protegía.

Habían perdido el factor sorpresa.

Pero entonces... ¿qué haría ahora aquel hombre? Se volvió hacia Briac.

—¿Tenéis alguna idea acerca de quiénes eran?

—¡Pastores! —espetó Briac—. Apeataban a oveja.

—Pero alguien debe de haberles enviado.

Ahora el embarazo del guardia se hizo evidente. Miró brevemente hacia el oeste, donde el sol se hundía con rapidez más allá de la cima de la montaña de Ocre.

—Nos vamos, hermano. Hoy ya no tendréis más dificultades —dijo Briac.

Los tres hombres desaparecieron entre las rocas con tanta rapidez como habían llegado, y en unos pocos minutos el silencio se restableció por completo. Jacques podía oír con toda claridad el sonido del viento escurriéndose entre las ruinas del castillo.

Un halcón volaba en círculos por encima de sus cabezas, buscando una presa.

—Alguien tiene que haberles enviado —repitió Jacques para sí mismo. Y luego, en voz alta, añadió—: ¿Quiénes creéis que eran?

—Hay alguien que no desea que estemos aquí, de eso estoy seguro —replicó Nicolás de un modo sesgado. Ahora estaba convencido de que Briac había estado en lo cierto—. Sin embargo, esos hombres tenían el mismo aspecto que los lugareños. Iban disfrazados, sí; pero yo diría que se trataba de gentes de la zona.

La mirada de Jacques se dirigió instintivamente hacia el oeste, donde los nuevos muros de la ciudad de Aquilia se perfilaban contra el fulgor del crepúsculo como una corona que rodeara la ciudad.

—He ahí el verdadero potencial del hombre —dijo Nicolás, siguiendo su mirada—. Una ciudad surgida de las cenizas del poder de Ocre. Pero, al mismo tiempo...

—... podrían no tener la menor idea de quiénes éramos nosotros —dijo Jacques, completando la frase—, a menos que fueran informados desde Avignon.

Nicolás asintió gravemente con un movimiento de cabeza.

—O desde París —añadió.

—¿El rey Felipe? No estoy muy seguro —manifestó Jacques, percibiendo lo extraño que resultaba oír sus propias sospechas dichas en voz alta por su compañero.

—Tal vez. Su poder no tiene límites —dijo Nicolás en tono sombrío, mirando con ojos ardientes en dirección a la ciudad que se divisaba en la distancia. Luego miró a Jacques—. O quizá se trate de alguien de dentro mismo de la Iglesia —sugirió con absoluta serenidad.

—Eso es absurdo —replicó Jacques con irritación.

¿Cómo se atrevía Nicolás a lanzar semejante insinuación? Tal vez fuera un caballero, pero continuaba siendo un laico. Sin embargo, la semilla de la sospecha también había arraigado dentro de él, y ahora comenzaba a crecer, a pesar de su propio disgusto.

Nicolás permaneció en silencio.

Jacques le miró con curiosidad, pero enseguida recordó que su compañero también se hallaba al servicio de Bernard de Caen y, por lo tanto, al servicio de la Iglesia. Esto hacía que todo fuera todavía más absurdo: que un laico, temporalmente asignado a la organización más secreta de la Iglesia, pudiera sospechar que había un enemigo dentro de la propia Iglesia, cuando su verdadero enemigo era en realidad el rey de Francia. A Jacques se le ocurrió otra idea, que se refería al hecho de que la antipatía innata que Nicolás experimentaba hacia Briac podría explicar su exagerada reacción. Decidió contrastar esta nueva hipótesis.

—Supongo que ahora Briac estará siempre allí, cubriéndonos las espaldas.

—Es lo que dije.

—¿Y eso os molesta?

—¿Debería hacerlo? —preguntó Nicolás con una expresión de completa inocencia.

¿Acaso Nicolás también fingía? Era obvio que evitaba responder a la pregunta. Jacques decidió que había llegado el momento de probar un camino más directo.

—¿Están aquí para protegernos o para vigilarnos?

—Sólo Dios lo sabe —dijo Nicolás, moviendo la cabeza con lentitud.

Una vez más, su respuesta parecía razonablemente sincera, y ese dato fue suficiente para que Jacques confirmara sus más profundos temores. Estaba entrando en una maraña de lealtades en la que sólo los rápidos de mente y los fuertes de corazón podrían sobrevivir.

La noche cayó súbitamente sobre ellos mientras regresaban a Santo Spirito. Jacques se detuvo un momento para echar un vistazo a San Eusanio. Mientras las rocas que había por encima de ellos se mantenían en las sombras, la brillante luz rojiza del sol del crepúsculo brotaba entre las nubes y bañaba el valle. El Castillo de la Virgen parecía flotar por encima del manto de oscuridad, iluminado por el ocaso como si se tratara de un palacio de cuento de hadas.

Más allá, los picos de las montañas más altas se teñían de un color rosa brillante. Luego, mientras el sol se desplomaba irremediabilmente sobre las montañas, a sus espaldas, una sombra oscura se deslizó con el sigilo y la seguridad de un ejército invasor que avanzara sobre el valle, devorando a las aldeas sin piedad. Y de pronto, con la velocidad de un súbito eclipse, todo fue oscuridad.

Jacques se estremeció al paso de una corriente de aire frío. El silencio sólo era interrumpido por el marcado sonido de los cascos de los caballos sobre el sendero de grava. Más tarde, cuando avistaron el monasterio, como una sombra negra contra un muro todavía más oscuro, Jacques descubrió una luz parpadeante y ligera que parecía emanar de sus paredes. El joven inquisidor se sentó rígidamente en la silla mientras la luz aumentaba su fulgor, aterrorizado por el hecho de que sabía perfectamente que tras esos muros sólo se hallaba el cementerio y más allá la capilla. Sin embargo, a



aquella hora no había ningún oficio sagrado y la sencilla luz prescrita por la ley cisterciense no podía crear semejante efecto. Ahora ya no titilaba; había alcanzado su máxima intensidad y permanecía fija con un brillo regular. Con un ligero temblor, Jacques recordó aquel momento de encantamiento y vértigo que había experimentado en la cripta de San Eusanio.

No obstante, tan repentinamente como había aparecido aquella luz misteriosa, una luna llena surgió de un claro entre las nubes, iluminando la roca gris como una antorcha de plata. El graznido de un búho resonó entre las piedras, por encima de sus cabezas. Más abajo, en la aldea, los perros aullaban a la luna.

—Va contra toda razón, pero creo que hay algo maligno en este lugar —comentó Jacques en tono sombrío en cuanto llegaron a las puertas del monasterio.

## Capítulo 21



El hermano Jacques se había enterado de que el archivo viviente de Santo Spirito era un hermano que respondía al nombre de Matteo, de quien se decía que había cumplido los noventa años y que vivía en el monasterio desde que sólo tenía catorce.

Jacques utilizó la dudosa autoridad que le otorgaba la carta de presentación de Bernard de Caen para convocar al anciano monje a la biblioteca del convento. El siguiente problema era Nicolás.

—¿Podrías asegurarnos de que nadie se aproxima a la puerta? Me temo que no podemos fiarnos de estos frailes.

Jacques sabía que aquellas últimas palabras eran suficientemente razonables como para que sonaran sinceras y Nicolás no sospechara que estaba siendo excluido de la conversación que pensaba sostener con el anciano hermano Matteo.

—¿Queréis decir que me quede fuera?

—Me temo que no haya otra alternativa. No podemos permitir que alguien se entere de lo que estamos haciendo aquí.

—No, supongo que no —reconoció Nicolás de mala gana.

De todos modos, estaba convencido de que quienquiera que fuese el que les hubiese informado de su llegada, también sabría algo acerca del propósito de su viaje. Sin embargo, de algún modo le complacía dejar que Jacques hiciera el trabajo más duro. Ya llegaría su hora y, por el momento, podía sentarse en un banco, junto a la ventana del corredor que conducía a la biblioteca, y estudiar el paisaje del valle que se abría a sus pies.

Aguardó hasta que el anciano monje apareció cojeando por el pasillo, apoyándose en un bastón ligeramente curvo, cuyas nudosas deformaciones parecían imitar la decrepitud de su propietario. Con toda la cortesía que pudo reunir para tratar con el viejo campesino, que en su opinión no era más que un ser tonto e inútil, Nicolás le cogió por un brazo y le condujo hasta donde le aguardaba Jacques. Luego se alegró de poder quedarse a solas.

Jacques observó con satisfacción el rostro franco y honesto del hermano Matteo. Alguien le había vestido con un hábito fresco y almidonado, con el que el anciano se

sentó incómodo, como un niño vestido para asistir a una boda, en el sillón de respaldo alto que Jacques había dispuesto para él. Su rostro estaba tan arrugado como el lecho de un lago seco, y el escaso cabello blanco, como si siguiera sus propias leyes, pendía de su cráneo sin el menor cuidado. En cuanto dejó el bastón apoyado en el sillón, su brazo derecho comenzó a temblar de un modo incontrolable; sin embargo, el brazo izquierdo permanecía firme como una roca incluso cuando el anciano realizaba algún gesto con él.

—Sí, es verdad —comenzó, hablando en un cuidadoso latín—; llegué aquí, a Santo Spirito cuando sólo era un muchacho de catorce años.

—¿Desde alguna aldea próxima?

—A menos de un día de distancia. Éramos ocho hermanos, de modo que había suficientes brazos para hacerse cargo de la tierra y de nuestras ovejas —añadió el fraile, e hizo una pausa para recuperar el aliento con los ojos brillantes como el rocío—. Todos han muerto, Dios se apiade de sus almas.

Jacques le escuchó con atención, deseando conducir al viejo monje hacia un terreno de mayor confianza.

—Tengo entendido que la abadía gozaba de un periodo floreciente cuando llegasteis aquí.

Gradualmente el fraile se mostró más y más afectuoso con su interrogador. Comenzó a hablar con la libertad característica de quienes están más allá de la política y sólo reclaman una oreja atenta y amistosa.

—Sí, es cierto; nuestro fundador, el bendito Plácido, nos dejó para irse al cielo, pero muchos de los hermanos originarios de la abadía continuaban aquí. Fueron años buenos; mientras nuestro señor Gualtiero residió aquí, jamás faltaron los fondos necesarios para construir lo que fuera menester o para realizar las reparaciones imprescindibles.

—¿Y eso ocurría a menudo?

—No. Siempre estaba de viaje. Su familia vivía en el castillo, pero el señor Gualtiero tenía grandes ambiciones. Un año estaba junto al emperador Federico, en Sicilia; y al año siguiente ya se había trasladado a Winchester, con el rey Enrique de Inglaterra...

—Seguramente eso sucedió antes de vuestra época —dijo Jacques, consciente de que las reflexiones del hermano Matteo mezclaban sus experiencias personales con lo que le habían relatado.

El viejo monje miró a Jacques con expresión de disculpa.

—Sí, es verdad, sin embargo realmente recuerdo el día en que nuestro señor Gualtiero regresó de Jerusalén con Ricardo de Cornwall, hijo del rey Enrique. Yo sólo tenía once años, pero mi padre me trajo hasta el camino de Ocre para verle pasar. Eran un centenar de caballeros conducidos por Ricardo de Cornwall, cada uno de ellos vestido con sedas y armiños y portando las grandes espadas curvas de los sarracenos. Jamás he visto un desfile tan espléndido. Y nuestro señor Gualtiero iba al

frente junto al propio hermano del rey —añadió en tono de duda, como si aquellos recuerdos se vieran deslucidos por algún acontecimiento menos placentero—. La gente dice que fue en ese momento cuando las cosas comenzaron a cambiar —concluyó entonces.

—¿Comenzaron a cambiar?

—Él fracaso de la cruzada con el príncipe Ricardo fue una gran tragedia para nuestro señor Gualtiero. Alcanzó a ver la Ciudad Santa en la bruma de la distancia durante un caluroso día de verano y jamás olvidó aquella imagen. Cambió su vida; reconstruyó San Eusanio, construyó nuevos muros para nuestro convento, fundó iglesias a lo largo y lo ancho del valle y las llenó con reliquias que había traído de Tierra Santa. La gente dice que con frecuencia se sentaba con expresión soñadora, como si viera a Jerusalén en la distancia.

—¿De modo que sus ideas...?

—¿... no eran más que sueños? Debéis recordar, hermano, que era una época de grandes guerras. Y un hombre como nuestro señor Gualtiero no podía simplemente sentarse y soñar. Unió las aldeas y convenció a todas sus gentes para que construyeran una nueva ciudad, grande y fuerte. Debía ser una ciudad rica en iglesias y monasterios, como un refugio sagrado para las gentes de los valles y las montañas próximas. La primera iglesia había sido consagrada y sus muros prácticamente acabados, con un millar de almas dentro, cuando el nuevo emperador Conradino destruyó la ciudad.

Era un relato notable que, un año atrás, Jacques hubiese escuchado como si no se tratara más que de una pura fantasía. Ahora percibía que había mucha más sustancia en lo que inicialmente sólo parecía un excesivo sentimiento de orgullo por parte de Pietro de Ocre.

—Esta gente son montañeses. Tan valientes y fuertes como queráis, pero no eran rivales para las bien entrenadas tropas del emperador. Los habitantes de la ciudad fueron enviados de regreso a sus aldeas y a sus rebaños y la nueva ciudad de Aquilia desapareció con tanta rapidez como la que se había empleado en construirla.

—Pero ¿por qué vino Conradino hasta aquí?

—No lo sé, hermano —dijo Matteo, en tono de disculpa, como si temiera perder a su nuevo interlocutor. Y luego, con un hilo de voz, añadió—: A menos que...

También él parecía hallarse en un estado de ensoñación, con la mirada perdida en la distancia.

—¿A menos que qué...? —le instó Jacques con amabilidad.

Mientras hablaba, Matteo parecía sumergirse más y más en un pasado profundo y secreto. Miró brevemente a través de la ventana, sonrió para sí y luego se volvió hacia el hermano Jacques.

—Si realmente deseáis conocer mi opinión...

—Por favor, decidme lo que pensáis.

Jacques percibió que se le erizaba el vello del dorso de las manos. Sabía que se

hallaba muy cerca del secreto que estaba buscando y esperaba que el anciano monje no decidiera enmudecer repentinamente.

—Se trata de algo muy antiguo, y no me gustaría que el abad Plácido se enterara de que yo os he hablado de ello.

—Podéis confiar plenamente en mí, hermano Matteo —dijo Jacques, inclinándose hacia adelante—. Todo cuanto me digáis será sólo para mis oídos... y para quien me ha enviado hasta aquí.

Matteo le miró con intensidad. Su rostro expresó recelo, tal como había esperado el inquisidor.

—¿Y quién os ha enviado?

—Su santidad el papa Clemente V —replicó Jacques.

No es que fuera exactamente la verdad, pero esperaba que surtiera el efecto deseado.

—¡Ah! De modo que ésa es la razón de tanto secreto... —exclamó el hermano Matteo, aceptando aquella explicación como si no hubiese nada más normal; su actitud, una vez más, le recordó a Jacques la proximidad de la ciudad de Roma—. Pensé que había algo importante en vos, muchacho. Diría que estáis destinado a cumplir con grandes funciones... En fin, de todos modos, os lo diré. Mis días están llegando a su fin. Espero que no os importe que todo cuanto os explique no sea más que una intuición personal.

—Lo comprendo —dijo Jacques; y pensó para sí: «Por favor no os interrumpáis ahora».

—Veréis, la idea consistía en construir una nueva Jerusalén en las proximidades de Ocre. El que primero tuvo la idea fue el conde Tommaso. Una mañana, después de su primera visita a Tierra Santa, miró desde el castillo hacia el noreste y se sintió conmovido por una extraña conformación de la tierra. —Mientras hablaba, la voz de Matteo se hacía más apasionada, como si hablara del Gran Maestro de los Templarios. Toda duda había desaparecido de su voz—. Podéis verlo vos mismo si subís hasta el castillo. Mirad en dirección a la nueva ciudad de Aquila. Veréis cómo la forma de las colinas son semejantes a las de los montes Gólgota y Calvario, con la ciudad edificada en su propia colina. La nueva fuente, en dirección sur, es semejante a la Fuente de la Virgen; el jardín del monasterio de Collemaggia está situado como el del huerto de Getsemaní, y la basílica de Santa María está en el sitio de la tumba de la Bendita Madre de Cristo. Así fue como lo vio el conde Tommaso aquella mañana, y como deseó construirlo.

—¿Tuvo éxito? —preguntó Jacques, pensando que las ideas de Nicolás acerca de la tierra mágica, los modelos geométricos y el poder no iban muy desencaminadas.

—Durante algún tiempo sí, tuvo éxito. La Nueva Jerusalén fue construida en nuestro valle. Hubiese sido una de las más grandes ciudades del mundo si el conde hubiese conseguido hacer realidad su proyecto —dijo Matteo con sencillez y nostalgia.

Aquella idea estaba en el corazón de la herejía de Ocre. Jacques recordó el orgullo demostrado por Pietro... y también su ambigüedad.

—Pero... ¿por qué la gente habría de aceptar esta Nueva Jerusalén aquí, en los montes Abruzzos?

—Bueno, yo nunca lo comprendí muy bien, pero en aquellos tiempos se decía que el conde Tommaso había traído consigo una de las reliquias más sagradas, más grande que todo cuanto Carlomagno pudiera haber hallado en Constantinopla y mayor incluso que lo que San Luis trajo con él de la Tierra Santa... —explicó Matteo, e hizo una pausa para estudiar las uñas de sus dedos, como si estuviera decidido a cautivar aún más a su excepcional audiencia de una sola persona—. Se decía que infundía terror en los corazones de los hombres más valientes y proporcionaba un poder infinito a quien la poseía. En aquella época corrían muchas historias acerca de una cabeza sagrada de los sarracenos. Algunos dijeron que se trataba de la propia cabeza de Cristo; otros afirmaron que era la cabeza del profeta Mohammed. ¿Me perdonaréis la blasfemia, señor inquisidor? —preguntó, y un brillo de angustia brilló durante un instante en su mirada—. De todos modos, discutimos esa cuestión durante muchos años, pero por lo que yo sé nadie vio aquella reliquia —añadió el anciano, e hizo una nueva pausa como si tratara de recordar si alguien efectivamente la había visto.

Jacques sintió que se le formaba un nudo en el estómago mientras escuchaba el relato del viejo monje. Se preguntó cuánto sabría, o habría adivinado, Bernard de Caen acerca de esta historia.

—¿Qué sucedió luego?

—Bueno... comenzaron a construir la ciudad, la Nueva Jerusalén. Fue diseñada en forma de cruz, con su brazo más largo señalando hacia Ocre. Debían construirse cuatro conventos, uno en el límite de cada brazo de la cruz; un templo en el centro y una gran iglesia en el lugar del Jardín de Getsemaní. Jamás se construyó ciudad alguna con tanto entusiasmo. Lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer. Miles de albañiles y de obreros trabajaron en su edificación; aquel año no creció nada en todo el valle. Los condes de Ocre trajeron lentejas de las tierras de sus primos, en Marsica. Gigantescos convoyes de carros tirados por bueyes llegaron a la nueva ciudad, procedentes de Celano, y el grano se trajo por mar desde Apulia —explicó Matteo, e hizo una nueva pausa para revivir aquella vieja excitación—. Y entonces comenzaron los problemas.

—¿Problemas?

—Los rumores crecieron junto con los muros de la ciudad. Tommaso y Gualtiero se estaban convirtiendo en personajes demasiado poderosos. Se temía que desearan dominar la iglesia de Roma. La gente decía, y creo que tenía algo de razón, que si esta nueva ciudad iba a convertirse en Jerusalén... ¿qué sería entonces de Roma? Ahora vos, hermano, que sois un hombre erudito, experimentado y que ha viajado mucho, comprenderéis que si los monjes de Santo Spirito pensaban aquellas cosas,

seguramente había otros, de mayor poder y envidia que también les temían. — Matteo hizo una nueva pausa y miró a través de la ventana—. Pero si queréis saber mi opinión... —dijo, permitiendo que sus palabras quedaran suspendidas en el aire frío que les separaba.

—No temáis y decidme cuál es vuestra opinión —pidió Jacques, hablando con suavidad, estimulando la memoria de aquel hombre que efectivamente había estado allí y vivido lo que relataba.

—La ambición es un pecado peligroso, tal como nos enseñó San Bernardo, nuestro fundador —dijo Matteo con renovada confianza—. El conde Gualtiero era un hombre poderoso y señor de un centenar de castillos. Sin embargo, su vida en las grandes cortes de la época le llevaron a desear todavía más poder. En mi opinión, sin embargo, su ambición no era nada sorprendente, ya que incluso los hombres más corrientes sienten esa misma clase de sentimiento en presencia de los más poderosos.

En la quietud de la biblioteca, las palabras del anciano cisterciense adquirieron un cierto todo admonitorio. Jacques percibió un profundo tumulto interior, una especie de cargo de conciencia muy dentro de su alma.

Matteo parecía comprender las cosas a través de ese sexto sentido que suelen poseer los hombres que llegan a una edad muy avanzada. Como si deseara romper el súbito silencio, el monje continuó hablando.

—De modo que una mañana llegó el ejército del rey Conradino. Después de tantos años durante los cuales Gualtiero había probado su lealtad a los emperadores, la gente pensó que se trataba de una visita amistosa. Su ejército entró por las puertas abiertas y a continuación expulsó a la gente de sus propios hogares. Cuando se hubieron marchado todos, hasta la última mujer y el último niño, prendieron fuego a las casas y comenzaron a demoler los nuevos muros de la ciudad. La gente huyó a las montañas, ya que la destrucción abarcaba la distancia que cubría el sonido de las campanas de la ciudad mientras fuera captado por el oído de los invasores. Era como una ciudad fantasma, con muros en ruinas que ahora sólo encerraban campo abierto. La magia había desaparecido.

Jacques comenzaba a comprender.

—¿Fue entonces cuando las vocaciones comenzaron a caer en picado?

—Sí, después de la muerte de nuestro señor Gualtiero. Al año siguiente, su hermano Tommaso regresó de Jerusalén. A partir de ese verano ningún conde de Ocre volvió a residir en el castillo. Fue conquistado por Carlos de Anjou, quien vivió allí durante tres meses y luego lo arrasó. Aquel año le vi en el convento con mis propios ojos —dijo Matteo tocándose los párpados, como si aquel gesto pudiese añadir credibilidad a cuanto decía.

Jacques observó que aquello había sucedido el mismo año en que Pietro de Ocre fue iniciado en la Orden del Temple. Ahora comprendía la razón de la segunda iniciación prometida. También recordó el exagerado temor que Pietro de Ocre había demostrado al saber que debía trasladarse a Avignon. Una nueva idea se cruzó en su

mente.

—Hermano Matteo, ¿podéis recordar cuándo fue construido el Castillo de la Virgen y los muros que rodean la iglesia de San Eusanio?

El anciano monje le dedicó una sonrisa desdentada.

—Claro que sí, hermano. Fue el año anterior a mi llegada a Santo Spirito. Lo recuerdo muy bien porque mis hermanos trabajaron en las torres de San Eusanio y yo pasaba mucho tiempo con ellos.

—¿En esos días el conde Tommaso estaba en Ocre?

—Sí. Ése fue el primer verano que pasó aquí tras su regreso de Jerusalén, con Ricardo de Cornwall, que entonces era Maestre del Temple en Inglaterra. Fue un año magnífico para nuestros condes. Se pintaron nuevos frescos y se construyeron nuevos pabellones. Lo que ahora veis sólo como un conjunto de ruinas era entonces un gran palacio, podéis confiar en mi palabra.

—Sólo una cosa más, hermano, antes de que asistáis a las completas —dijo Jacques, encantado con Matteo y con la información que le había proporcionado—. Decidme... acerca de esa reliquia a la que os habéis referido... la que dio tantos poderes a los condes de Ocre... —comenzó, sintiéndose como un tonto mientras pronunciaba las palabras, aunque sabía que el anciano monje creía en ellas—. ¿Fue vista en alguna otra ocasión? ¿Acaso se la llevaron de Ocre?

—No, mi señor. Y no porque no la buscaran. El emperador Conradino envió a sus tropas a buscar en castillos e iglesias, e incluso en nuestro monasterio. Más adelante, Carlos de Anjou hizo otro tanto. Pero jamás fue hallada; de eso estoy completamente seguro.

La última frase pronunciada por el anciano fraile fue expresada con toda firmeza y con una seguridad que puso en evidencia la lealtad que guardaba Matteo a los condes de Ocre. Jacques comprendió entonces que sería infructuoso exigirle una mayor información.

Cuando Matteo se marchó de la biblioteca, Jacques meditó acerca de aquella entrevista mientras aguardaba a que Nicolás se reuniera con él. El dibujo se iba completando. El rey Felipe habría oído hablar de la reliquia por boca de su hermano, Carlos de Valois, tal vez hacía ya muchos años. Ese conocimiento había permanecido latente durante décadas, y la reciente urgencia de sus acciones se derivaban del ambicioso plan orquestado para situar a su familia en todos; los grandes tronos de Europa. Era imperativo para el futuro de la Iglesia y del Imperio que la reliquia fuera recobrada antes de que el rey pusiera sus manos sobre ella.

—¿Y bien? —preguntó Nicolás, ansioso por conocer lo que había dicho el anciano fraile.

—Querían construir una nueva Jerusalén.

—¿Qué?

—... una nueva Jerusalén...

Las noticias dejaron sin habla a Nicolás de Lirey, aunque no le resultaron



totalmente sorprendentes. Había oído hablar de esos proyectos a través de su padre, con quien en una ocasión, hallándose en Montfort, había surgido el tema de esa ciudad grandiosa.

—¿El anciano os lo ha explicado?

—Es un hombre muy interesante. Anciano, sí, pero nada tonto como vos podríais pensar —dijo Jacques, e hizo una pausa para permitir que la amable admonición hiciera su efecto en el caballero—. Realmente ha llenado algunos huecos que tenía en mi conocimiento del tema. Si no os importa, debo deciros que sin vuestra percepción acerca de los condes de Ocre no habría podido descubrir nada de valor en mi investigación —admitió Jacques, intrigado al observar la reacción de Nicolás, como si ya conociera aquel asunto.

Y si era así, ¿cómo se había enterado?

Nicolás inclinó la cabeza, procurando dar la sensación de que se sentía agradecido por la información de Jacques aunque sin parecer servil.

—¿Qué queréis decir?

—Parece ser que vuestros triángulos y escudos no son sino una parte de un esquema más amplio. Debo reconocer que antes de mantener esta conversación con el hermano Matteo me sentía algo escéptico.

—Matteo lo confirmó.

—Hizo mucho más que eso, mi buen señor, mucho más. Estos condes de Ocre eran realmente hombres extraños y deseaban reproducir la ciudad de Jerusalén aquí, en su propio valle, como un sustituto de la ciudad que no pudieron recobrar en Tierra Santa. Si vuestras ideas acerca de la tierra mágica son ciertas, entonces significaba conseguir el dominio de toda la región... y posiblemente, dominar también la propia Roma —explicó Jacques, e hizo una pausa para conseguir el efecto deseado.

Sin embargo, antes de que pudiera proseguir, Nicolás se dirigió a él en tono amable.

—Entonces debió tratarse de algo notable. Algo realmente muy notable.

Ahora podía comprender los temores de Bernard de Caen bajo una nueva luz y, quizá, también sus ambiciones. En una ocasión había oído decir que el inquisidor general aspiraba a alcanzar la mayor de todas las posiciones. ¿Podía ser acaso que considerara aquella reliquia como un medio para conseguir sus fines?

Jacques miró a su compañero con curiosidad. Había un nuevo brillo en sus ojos.

—¿Eso? ¿A qué os referís cuando decís que «eso» debió ser algo notable?

—A la reliquia, naturalmente. ¿Os habló de ella?

Nicolás apartó de su mente las dudas que había percibido en relación con Bernard de Caen. Sencillamente, no era probable que sus sospechas se confirmaran.

—Sí —dijo Jacques, que comenzaba a notar el interés de Nicolás, aunque algo en el cambio del tono de voz que se operó en el caballero le puso en situación de alerta. Eligió cuidadosamente sus palabras antes de proseguir—. Aparentemente se trata de una imagen, una cabeza que representa a alguien.

—¿Matteo os dijo eso? ¿Sabe qué ha ocurrido con esa imagen?

—No —replicó Jacques, pensativo, mientras llegaba a su propia conclusión.

—¿Significa eso que...?

—¿Que regresaremos a Avignon? Todavía no estoy muy seguro.

Jacques podía sentir el dolor en sus muñecas con sólo pensar en ello. La reliquia estaba allí, en Ocre. De eso estaba completamente seguro; sin embargo, estaba igualmente convencido de que la clave para hallarla la tenía Pietro de Ocre. En ese aspecto su superior estaba en lo cierto, ya fuera por conocimiento de causa o por un simple presentimiento.

La duplicidad se estaba convirtiendo en él en una especie de segunda naturaleza. La lección que le había brindado Bernard de Caen, consistente en retener las decisiones y los hechos hasta que resultara esencial dar parte de ellos, había sido perfectamente aprendida. Jacques no deseaba informar de ello a Nicolás, pero sabía que debían partir de inmediato.

## Capítulo 22

Una mañana, en un convento donde se habían refugiado para pasar la noche, Jacques se sorprendió al ver nuevamente a Briac.

El soldado iba desarmado, aseado y sonriente.

—¡Briac! ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Acaso existe algún peligro inminente?

—Siempre hay peligro, hermano Jacques. Pero hoy es el día de Nuestro Salvador y mis hombres desean rezar y festejarlo como cualquier otro cristiano. Estamos casi a mitad de camino de Avignon... —dijo; luego hizo una pausa, guiñó un ojo y sonrió ampliamente antes de añadir—: y no creo que esos pastores nos hayan seguido hasta aquí.

—Pero vos sí nos habéis seguido. En una ocasión, imaginé que os veía en lo alto de una colina próxima al camino...

—Puede que así haya sido. No es de vos de quien nos estamos ocultando.

—¿De quién entonces? —preguntó Jacques, echando un rápido vistazo a su alrededor para comprobar si la magra y corpulenta figura de Nicolás se hallaba cerca. El guardia dio la impresión de estar a punto de lanzar una carcajada, pero se contuvo. No tenía demasiado sentido crear una polémica—. Venid conmigo, acompañadme fuera de este claustro —dijo con serenidad.

Muy cerca de ellos había un grupo de monjas, sentadas juntas y muy ocupadas tejiendo nuevos hábitos con la lana obtenida tras la esquila del último otoño.

Jacques y Briac dieron un paseo por el jardín.

—Creo que vos sois del país de Foix, ¿me equivoco? —dijo Jacques con entusiasmo, feliz de poder emplear nuevamente su lengua materna.

Una serie de arrugas cruzaron el ceño de Briac revelando una súbita desconfianza.

—¿Y qué si es así?

—No debéis preocuparos; no se trata de un interrogatorio inquisitorial. No he estado indagando acerca de vos —explicó Jacques, pensando que sería verdaderamente terrible tener a alguien como Briac de enemigo—. ¡Por San Sebastián! ¡Lo he deducido por vuestro acento!

Ahora Briac rio abiertamente. El nombre de su santo favorito le proporcionó una

renovada confianza.

—¿De modo que conocéis mi aldea? —inquirió entonces con el mismo entusiasmo que su interlocutor.

—El padre Guilhem fue mi propio confesor.

—¿Nuestro padre Guilhem? —dijo Briac, y la incredulidad que dejó traslucir su voz no fue nada comparada con la amplia sonrisa que iluminó su rostro.

Jacques pensó que aquella risa tremenda y natural podía romper fácilmente en dos mitades el curtido rostro del soldado.

—Pero vos no sois de nuestra aldea...

—No, es cierto. Soy de Saverdun. Mi padre era Jean, el panadero.

Briac reflexionó durante algunos momentos.

—Sí, he oído hablar de él —dijo sin convicción. Luego, regresó a terreno más firme—. Yo mismo fui bautizado por el padre Guilhem —recordó con orgullo, y continuó sonriendo como un chiquillo con un juguete nuevo, observando con una especie de orgullo de vecinos comarcales al joven inquisidor, a quien había rescatado del ataque de un grupo de asaltantes—. He oído decir que vos, hermano Jacques, estáis llamado a realizar grandes cosas —dijo entonces.

—¿Quién...?

—Oh, se dice por ahí...

—¿Y vos? ¿Cómo habéis llegado a prestar servicios en la guardia del papa?

—Es una buena posición y mi familia se siente orgullosa de mí.

—Mis padres han muerto, Dios bendiga sus almas.

Briac reclinó la cabeza en señal de respeto.

—Entonces será la gente de Saverdun la que se sentirá orgullosa de vos —sugirió—. Debemos cargar con nuestro propio destino en estos tiempos tan extraños.

—Sí, eso es lo que debemos hacer —replicó Jacques, completamente de acuerdo. Y entonces, repentinamente, reparó en algo que podía serle de utilidad; la presunción del guardia de que ambos compartían aquella especie de orgullo vecinal, por proceder de la misma comarca, le dio una idea—. Vos sois un excelente soldado, Briac. ¿También estáis destinado a realizar grandes cosas?

—¿Yo? —preguntó el guerrero con una sonrisa—. ¿Quién desearía ocupar una posición mejor que la que tengo hoy? —dijo, y miró a Jacques con cautela—. No estaréis tratando de sobornarme, ¿verdad?

—¿Acaso he sido yo quien, os pidió que vinierais a este lugar a celebrar a nuestro Salvador?

—No, es verdad —reconoció Briac, y la gran sonrisa regresó a su rostro curtido.

—¿Y no fuisteis vos mismo quien dijo que ambos debíamos cargar con nuestro propio destino en estos tiempos tan extraños?

—Pero yo no os conozco de...

—El padre Guilhem sí; él sí me conoce muy bien —le recordó Jacques.

El inquisidor no estaba seguro acerca de cuál era el mejor método para seguir

interrogándole, ya que no deseaba ofender la lealtad que Briac guardaba a su superior, Bernard de Caen.

¿Cómo podía sobornarle? ¿Acaso debía dejar algunas monedas de plata de su bolsa en un rincón del claustro y luego marcharse?

La inseguridad que le embargaba fue resuelta por el propio Briac.

—¿Cuál es vuestra propuesta? —preguntó sin rodeos.

Jacques sintió que, a pesar del frío del invierno, sus mejillas ardían.

—Digamos que hay ciertos hechos que vos podéis observar desde una perspectiva diferente; aunque sólo se trate de pequeñas cosas...

—¿Os referís a que os informe de cualquier rumor que oiga por ahí? —preguntó Briac con una franqueza desarmante—. ¿Algo así como estar alerta para manteneros bien informado?

—Si es así como deseáis expresarlo, la respuesta es «sí» —dijo Jacques. No tenía sentido echarse atrás, de modo que introdujo la mano en la bolsa que llevaba sujeta al cinturón, debajo del hábito, y extrajo algunos florines de plata—. Aquí tenéis —prosiguió, adquiriendo una rápida confianza en su nuevo papel—; digamos que se trata de un presente navideño.

Y entregó las monedas de plata a Briac. El guardia las aceptó sin pronunciar una sola palabra y acto seguido las ocultó con rapidez en el interior de su capa de cuero.

—Y habrá más, no lo dudéis —añadió Jacques.

—Eso me complace, hermano; podéis confiar en mí tanto como en cualquier otro hombre del País de Foix. Pero creo que deberíamos regresar adentro. No es algo muy frecuente que un viajero tan importante como vos se pasee durante tanto tiempo por los jardines en compañía de un simple guardia —dijo Briac en tono amable y, a continuación, propinó una palmada familiar en el brazo de Jacques.

—Sí, tenéis razón —aceptó el fraile—. ¡Vigilad con atención, Briac! —añadió entonces, consciente del nuevo tono conspiratorio que había asumido su propia voz—. Esta misión es de vital importancia para mí, y durante los próximos meses necesitaré la clase de ayuda que vos podéis proporcionarme. Si tengo éxito, estaré en condiciones de garantizar vuestra promoción más allá de lo que pudierais haber soñado nunca. Recordad bien lo que os digo —dijo, mirando a Briac con la misma profundidad que empleaba cuando interrogaba a sus prisioneros, divertido por su propio farol—. Y ahora sí, entremos.

Cuando llegaron juntos hasta la puerta del refectorio, Nicolás les aguardaba en el vestíbulo de entrada.

—No me había percatado de que vos también os hospedabais en el monasterio —dijo Nicolás de Lirey, dirigiéndose al soldado.

—¿Yo? ¿En el monasterio? —replicó Briac, y nuevamente su risa estruendosa quebró el silencio—. He traído aquí a mis hombres para que festejen el día de Nuestro Salvador. Hay un banquete de cerdo y pudín de sangre. ¿Y a quién me encuentro nada más llegar aquí? Pues nada menos que al buen hermano Jacques.

—Y ahora puede hablar con vos, Nicolás —dijo Jacques con rapidez, aprovechando la oportunidad.

El guardia comprendió el juego de inmediato.

—Acompañadme adentro —dijo Briac a Nicolás—. El hermano Jacques todavía tiene trabajo que hacer.

La reticencia de Nicolás resultó evidente en la expresión de su rostro; sin embargo, acompañó a Briac sin un solo murmullo de protesta.

Aliviado, Jacques se adentró caminando solo en el jardín amurallado, reverdecido por antiguos cipreses incluso en aquella época, mediado ya el invierno. Protegidos del viento y aprovechando la canalización de las lluvias, los arbustos y las hierbas florecían alegremente en aquel jardín medicinal. La eclosión tardía del orégano y el tomillo cargaban el aire con el aroma de especias y añadían colorido a las oscuras hojas de la consuelda y de la ajedrea invernales.

En el centro del jardín había una vieja haya. Una familia de ardillas permanecían sentadas y nerviosas sobre sus raíces, mordisqueando trozos de corteza y nueces del árbol.

Jacques se detuvo en el sitio donde un chorro de agua cristalina brotaba de la pared a través de un pequeño orificio, formando un arco. Aquel lugar se parecía más al monasterio del abad Guibert que a la austeridad y el aislamiento que definían a Santo Spirito.

Ahora, después de haber viajado durante meses y con el ultimátum del rey Felipe, cuya fecha coincidía con el verano siguiente, que ya estaba próximo, Jacques echó de menos una vez más la paz y la serenidad de la vida monástica; la tranquilidad del dormitorio común mientras yacía despierto aguardando la llamada a la misa de vigilia; el ritmo regular de una vida que no conllevaba cambios ni la adopción de decisiones súbitas; el sentimiento de comunidad y la confianza en los capítulos; el modo de repartirse solidariamente el trabajo duro y las pequeñas alegrías; el canto de los salmos mientras abandonaban el refectorio tras la comida del mediodía; la bebida compartida.

Jacques descubrió en su interior el deseo ferviente de dirigir una abadía como aquella. Llenaría la biblioteca con volúmenes preciados, como las *Crónicas de la historia de Jerusalén*, la verdadera Jerusalén; historias de las cruzadas; los *Comentarios* del obispo Grossteste; y las obras de Albertus Magnus y Thomas Aquinas. Bernard de Caen ya había insinuado tal posibilidad en el caso de que su misión tuviera éxito. Ahora parecía que estaba más cerca y el pensamiento le llenó de una gozosa sensación de calidez. Jacques estaba comenzando a comprender la profundidad de la herejía de los condes de Ocre y estaba convencido de que, a través de ese material, descubriría el «rostro». Sin embargo, más allá de todo ello existía el deseo todavía más fuerte de descubrir la verdad.

Siguió el curso del canal de agua cristalina hasta un estanque donde un zorzal trinaba con una alegría excesiva. Las burbujas estallaban en la superficie del agua y

un gran número de peces plateados salieron en desbandada cuando Jacques se aproximó a un extremo del estanque. Automáticamente, mientras permanecía allí, de pie, observando la serena superficie del agua, cuyo reflejo verde procedía de las grandes piedras cubiertas de musgo que lo rodeaban, su mente comenzó a examinar los hechos.

Las burbujas desaparecieron y el último de los peces temerarios se precipitó como una flecha de luz hacia el resguardo de las hojas de los lirios. Jacques se sorprendió observando fijamente su propia y verdosa imagen, reflejada en la lisa superficie del agua.

La herejía cometida por la casa de Ocre tanto como por el Temple se basaba en el culto de un rostro, tal vez el mismo que él había visto en San Eusanio. Sin embargo, aquel rostro era, a su vez, la representación de otra imagen mucho más sagrada. La imagen de la reliquia que todo el mundo buscaba con ahínco. ¿De qué se trataba? ¿Dónde se hallaba? ¿Sería capaz de encontrarla a tiempo? Mientras repasaba todos los aspectos de su misión a través de esta serie de preguntas, comprendió que el verdadero problema era otro: cómo obtener información de Pietro de Ocre y de qué modo explotarla al máximo sin permitir jamás que Nicolás y Bernard de Caen tuvieran una visión completa del conjunto.

Luego, mirando todavía su propia imagen, supo que la cabeza mágica de la Orden del Temple y el rostro de Ocre eran la misma cosa, un hecho que ni Bernard de Caen ni el rey parecían haber comprendido. Conmocionado por aquella deducción, el inquisidor asumió que debía jugar un doble juego y ser él mismo su propio consejero, ya que únicamente conservando totalmente en secreto sus movimientos sería capaz de cumplir con éxito la tarea que se le había encomendado.

Súbitamente, iluminado por una luz muy tenue, vio con toda claridad el camino que conducía hacia ese tipo de poder al que jamás pensó que pudiera tener acceso, y sintió que los brazos se le cubrían de carne de gallina. Comprendió que ahora se trataba de una realidad palpable; una realidad que danzaba ante sus ojos como lo hacía su propia imagen sobre la superficie en calma del agua del estanque...

Cuando levantó la mirada, el jardín le pareció envuelto en una nueva luz. El zorzal continuaba trinando muy cerca y Jacques se sintió tan feliz como el pájaro cantor.

Se encaminó hacia el refectorio presa de un renovado entusiasmo, deseando ser capaz de trasladarse instantáneamente a la prisión de Avignon, como por arte de magia, tal como aseguraban algunas de las sabias mujeres que él mismo había interrogado que podía lograrse.

Y su prisa era justificada, ya que ahora poseía la palanca adecuada para abrir la mente del caballero templario.

## Capítulo 23



La celda de Pietro de Ocre estaba limpia y bien iluminada, provista de un nuevo colchón de paja que el viejo templario había enrollado y situado junto a uno de los muros como si fuera un gran cojín. De la pared colgaba un crucifijo nuevo, que todavía exhibía la pintura fresca, y un persistente aroma a pino sugería que el recinto había sido perfectamente aseado hacía muy poco tiempo.

Jacques echó un vistazo a Nicolás, que se hallaba a sus espaldas, para compartir con él la satisfacción que experimentaba porque sus órdenes se hubieran cumplido al pie de la letra; a continuación hizo señas a su compañero para que le aguardara en la entrada.

El prisionero estaba tan limpio como la propia celda: su barba había sido cuidadosamente recortada y sus cabellos, que alguna vez aparecieran enmarañados, lucían ahora muy cortos. Restos de pan en un plato indicaban que el anciano había satisfecho su apetito.

El hermano Jacques se acercó a él.

—Buenos días, preceptor. Me complace observar que os han tratado muy bien —dijo con entusiasmo. Esperó alguna reacción del hombre, pero ésta no se produjo. Luego, apartó la mirada del templario, antes de añadir con toda calma—. Espero sinceramente que hayáis tenido el tiempo suficiente para reconsiderar vuestra posición.

—No hay mucho más que hacer en este sitio.

Jacques sonrió.

—Entonces confío en que hayáis verificado cuáles son las ventajas que ofrece vuestra colaboración.

—Pocas... o ninguna —replicó el anciano.

Los años de prisión y de sucesivos interrogatorios obviamente le habían enseñado a Pietro de Ocre todos los trucos. Estaba respondiendo al inquisidor, pero sin decirle nada; y mientras hablaba, sus ojos miraban con indiferencia al frente.

Jacques comprendió que era necesario presentar un nuevo enfoque de la cuestión. Se volvió en silencio y se acercó lentamente a la puerta.



—El taburete —dijo en un susurro.

Nicolás sintió que se le erizaba el vello del dorso de las manos. Le estaba tratando como si fuese un sirviente. Ya se había sentido ridículo pasando entre los soldados de la guardia llevando un taburete en las manos como si no fuera más que un simple paje. Luchó por controlar la furia que experimentaba mientras su compañero inquisidor se llevaba un dedo a los labios indicándole que permaneciera en silencio. Nicolás pensó que a veces la situación se convertía en una especie de juego infantil; sin embargo, entregó el taburete al hermano Jacques sin decir una palabra.

Jacques volvió a entrar en la celda. Se sentó pausadamente, moviendo el taburete hasta comprobar que las tres patas se sostenían con firmeza sobre el suelo y comenzó a hablar de un modo abstracto, dirigiéndose al prisionero pero evitando en todo momento mirarle a los ojos.

—He mantenido una larga conversación con un cierto hermano Matteo en el convento de Santo Spirito —comenzó Jacques con lentitud—; un hombre muy interesante a quien, seguramente, vos debéis recordar de cuando no erais más que un niño.

—No conozco a nadie que se llame de ese modo —respondió Pietro con arrogancia.

—Se trata de un monje muy anciano...

—No le conozco.

—Como queráis. —Pietro podía haber olvidado al viejo fraile, ya que Matteo sólo le había visto durante su infancia; pero al menos ahora respondía—. Me habló de vuestro padre y de ciertos planes que tenía. «Ambición» fue en realidad el término que utilizó. Encontré su relato fascinante... ¿No estáis de acuerdo conmigo, Nicolás? ¿Esa idea de fundar una Nueva Jerusalén?

—Realmente fascinante —replicó Nicolás, asintiendo con convicción.

Mientras hablaba, se sorprendió por el entusiasmo que le proporcionaba aquel papel inesperado que le había sido asignado. Aunque de mala gana, admiraba la facilidad con que el inquisidor conseguía hacer hablar a su prisionero. El juego funcionaba. Tenía mucho que aprender y debía esforzarse por controlar sus impulsos de interrumpirle o su inclinación a adoptar procedimientos más rápidos. Se dijo que se limitaría a escuchar en silencio.

Pietro no parecía darse cuenta del truco.

—¿Hay algo de malo en ello? —preguntó, y el tono de su voz no reveló sorpresa ni perplejidad.

—Tal vez no —replicó Jacques con serenidad—, si hubiese que recordarlo. Pero no es necesario; estoy seguro de que vos sabéis a qué me refiero.

—Mi padre era un cristiano devoto...

—No me cabe la menor duda de ello.

—... y luchó en Tierra Santa como muchos otros caballeros. Sin embargo, vos habláis de él como si hubiese cometido alguna herejía —dijo el templario, y el

orgullo de su discurso se convirtió en desprecio en el momento de pronunciar la última palabra.

—Esos otros caballeros no aspiraban a recrear la más sagrada de las ciudades —observó Jacques—. Y me da la impresión de que las ambiciones de vuestro padre iban mucho más allá de ese proyecto.

El preceptor sonrió con sorna y procuró confundir a su inquisidor.

—¿Quién es ese tal Matteo? Nunca oí hablar de él. Un monje de Santo Spirito no podía saber nada más que los típicos chismorreos de convento.

—Los chismorreos y los rumores constituyen la principal fuente de información. —Era uno de los axiomas que le habían inculcado a Jacques en París, muchos años antes—. Una lectura cuidadosa de vuestros interrogatorios, combinada con los datos obtenidos de los documentos existentes en el propio convento de Santo Spirito, sustenta sin la menor duda la historia del hermano Matteo.

Nicolás se sentía impresionado y no pudo resistirse a hacer un comentario.

—Sí, es realmente algo notable —dijo.

Sus propias intuiciones se veían reforzadas por la cautela de Pietro y los retazos de información que habían recogido en Santo Spirito.

Jacques le miró con recelo durante un momento, pero continuó adelante.

—De todos modos, para la buena fortuna de la Santa Madre Iglesia, toda la historia acabó allí. Deberíamos elevar una plegaria por Carlos de Anjou, quien se las ingenió para detenerle.

Las venas del cuello de Pietro de Ocre se pusieron rígidas como soldados en posición de alerta.

—¡Oh, no, señor inquisidor, no acabó allí! —dijo en tono amenazador—. Sois muy astuto, lo admito, y ese tal hermano Matteo os informó muy bien, Dios maldiga su alma, pero esta vez estáis equivocado. ¡No acabó todo allí! —Y con la misma rapidez con que estalló, dominó la ira que experimentaba, como si se sintiera avergonzado por sucumbir a la provocación del inquisidor. Luego, añadió con serenidad—: Sois un hombre muy listo, hermano Jacques, pero hay cosas que están más allá de vuestra comprensión.

Ahora Nicolás estuvo seguro. Simpatizó con el prisionero y se sintió momentáneamente afligido por el reconocimiento de que Pietro había subestimado al inquisidor exactamente del mismo modo en que lo había hecho él. Sin embargo, el recuerdo de las órdenes recibidas de Bernard de Caen cortó rápidamente aquella corriente de simpatía con la misma facilidad con que una espada secciona un trozo de mantequilla. Su tarea estaba muy clara. Había abierto una brecha, pero su compañero inquisidor no podía beneficiarse de su propia habilidad. Abandonó su posición en la entrada y dio unos pasos hacia el interior de la celda para detenerse junto a la ventana, desde donde pudo mirar directamente a los ojos del prisionero y ver, a la vez, al hermano Jacques situado un poco más lejos.

—¿Por qué no nos dais vuestra versión? —pidió al preceptor con amabilidad.

Pietro levantó con lentitud la mirada.

¿Acaso había llegado el momento de compartir información?

—Supongo que a estas alturas hay muy poco que perder —dijo, y se reclinó contra el colchón enrollado—. Es verdad que Carlos de Anjou destruyó nuestro castillo de Ocre, y que su alianza con el emperador Conradino fue diseñada para destruir a mi familia. Sin embargo, ni siquiera él comprendió la magnitud del plan que había proyectado mi padre. Cincuenta años más tarde puedo decir que nadie lo ha comprendido, ni lo comprenderá... porque aún no ha acabado todo.

Pietro de Ocre movió la cabeza lentamente y un brillo desafiante relampagueó en sus ojos durante un instante para desaparecer de inmediato.

Nicolás sintió que una pregunta se formaba sola en su mente, pero la contuvo enseguida. Debía escuchar y asimilar las palabras de Pietro. Apartándose de la ventana, hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible al hermano Jacques, comprendiendo que se había restablecido el flujo de información y que, por lo tanto, era necesaria la participación de un interrogador experto.

—Aún no se ha acabado —repitió Pietro con voz soñadora.

—Continúa —dijo Jacques con gentileza, temiendo que si la pausa se prolongaba durante demasiado tiempo el preceptor pudiera cambiar súbitamente de idea.

—¿Conocéis la historia del papa Celestino?

—Desde luego que sí —replicó Jacques con cautela.

Se hallaba estudiando en París cuando la abdicación del papa ermitaño se constituyó en el escándalo del año.

—Bien, pues había sido elegido por mi padre —prosiguió Pietro—. ¿Vuestro hermano Matteo os ha dicho que se trataba de un monje de Santo Spirito? Fue él quien fundó la basílica de Collemaggio que habéis visto. ¡Pero fue mi familia quien pagó por ella! Lo dispusimos todo para que estudiara en Roma, en el convento de Santa Cecilia... Fue preparado para el papado y... ¿sabéis cuál fue la mayor de las ironías?

La mente del inquisidor se movió de prisa mientras procuraba encajar las piezas del puzzle y hacerlas corresponder con la verdad de aquellas afirmaciones y con otras informaciones que obraban en su poder.

Ahora la voz de Pietro de Ocre sonaba triunfal.

—Sí, una gran ironía, ya que fue precisamente Carlos de Anjou quien persuadió a Celestino para que aceptara la Santa Sede. Decían que no era más que un simple ermitaño a quien Anjou recogió de una cueva de las montañas —dijo Pietro y se rio entre dientes, con genuino placer, ante aquel pensamiento—. ¡A mi padre le hubiera encantado aquello! Sin embargo, el papa Celestino, señor inquisidor, fue asesinado porque el cardenal Gaetani de Roma, que el diablo maldiga su nombre, descubrió nuestro plan... ¡No! ¡Esperad! Puedo decir lo que estáis pensando. Se suponía que el papa Celestino había abdicado. Pero os diré que fue obligado a abandonar su

pontificado y luego, en prisión, fue drogado y asesinado mientras dormía. Los bastardos le clavaron en el cráneo un clavo de hierro tan largo como mi mano. ¡Pobre alma! —dijo entonces, persignándose con rapidez antes de continuar—: Mi hermano Tibaldo fue asesinado ese mismo año, arrojado desde la roca de Ocre; y Tommaso fue ahogado en Roma. Examinad la vida de mi familia y de mis amigos; observaréis que ninguno de ellos sobrevivió a aquel año trágico.

—Vos habéis sobrevivido —dijo Nicolás con acritud.

La simpatía inicial que había sentido por el preceptor había sido sustituida por el sentido del deber. Al fin y al cabo, el prisionero no era un aristócrata francés, no importa cuáles fueran sus reclamaciones acerca de sus ancestros.

—¿Yo? —preguntó Pietro y dio la impresión de que estaba a punto de reaccionar violentamente; sin embargo, se limitó a añadir con infinito desprecio—: Yo estaba en Chipre, en el templo de Nicosia. —Se interrumpió para hacer una pausa, como si se sintiera arrastrado por los recuerdos; luego añadió—: Pero hay más...

—Continuad —le alentó Jacques, y se dirigió hacia Nicolás a quien hizo un gesto elocuente, con las manos abiertas, para que evitara incurrir en nuevas interrupciones.

—Anjou también estaba informado y, por lo tanto, su hermano político, Felipe el Hermoso. Luego, el rey envió a Guillaume de Nogaret a insultar a Gaetani cuando se convirtió en Bonifacio VIII. ¿Alguna vez os habéis preguntado cuál fue la verdadera razón de ello, hermano?

—No... —admitió Jacques.

La historia estaba aflorando y era como ver el mundo de nuevo, esta vez desde la perspectiva de los Ocre.

—Bonifacio... ¿Acaso alguna vez el nombre de un papa se ha hallado más lejos de la verdad? —preguntó Pietro, riéndose de su propio chiste—. Sacad vuestras propias conclusiones, inquisidor. Vos sois el hombre astuto. Sólo os diré una cosa más, y se refiere a mi propia orden. ¿Sabéis por qué razón nuestro Gran Maestro aún languidece en vuestras mazmorras de la Inquisición, en París?

Mientras hablaba, daba la impresión de que Pietro entraba en una especie de delirio. Sin embargo, de aquella serie de hechos aparentemente inconexos, estaba emergiendo un mosaico coherente. Más tarde Jacques tendría que reflexionar cuidadosamente sobre todo aquello para colocar cada pieza en su debido sitio.

—No tengo la menor idea —dijo con absoluta honestidad.

—Es muy sencillo. Veréis, nosotros todavía tenemos la clave; la misma clave que mi padre, el conde Gualtiero, tuvo muchos años atrás. Celestino fue asesinado por ello. El rey Felipe pensó que Bonifacio la tenía y le destruyó; ahora cree que la Orden del Temple la tiene, y está tratando de destruirnos.

Pietro se interrumpió bruscamente, estudiando el impacto que sus palabras provocaban en los dos hombres.

Jacques pensó que el preceptor podría convertirse en un excelente inquisidor.

—Continuad —dijo.

—Os diré algo, hermano Jacques. Vos sois un hombre muy listo y sabéis tanto de este asunto como cualquier otro hombre vivo. Pero sólo sois la mitad del hombre que era mi padre, y sin duda se reirá en su tumba cuando os vea fracasar. Nadie descubrirá jamás la verdad, aunque muchos, ahora y en el futuro, se engañarán a sí mismos. El secreto de la Orden del Temple es el secreto de Ocre. Intentadlo cuanto os apetezca, señor inquisidor, que nunca hallaréis la clave del secreto de Ocre.

Jacques observó a Pietro con incredulidad. Aquella completa identificación entre el Temple y Ocre resultaba asombrosa. Se volvió para que Nicolás no pudiera ver su conmoción, que debía resultar evidente en la expresión de su rostro, y salió rápidamente de la celda.

En el exterior, las campanas comenzaron a sonar llamando a vísperas y cada tañido era seguido por un eco agudo y más estridente procedente de las bóvedas del corredor.

## Capítulo 24



— Un poco de comodidad y se ha convertido en un hombre locuaz —observó Nicolás mientras los dos hombres abandonaban la prisión—. ¿Creéis que realmente hay algo significativo en esas historias?

Allí fuera, al aire libre, todo aquello parecía mucho menos verosímil.

—¿Que el papa no fuera más que un muñeco en las manos de los condes de Ocre? ¿Por qué no? Ya he oído antes cosas muy extrañas y en este caso los hechos realmente se corresponden —replicó el inquisidor caminando enérgicamente, seguro de lo que decía.

—Sí, se corresponden, pero sólo en alguna medida —concedió Nicolás de Lirey.

Lo admitió de mala gana. El francés, por cuyas venas corría sangre noble, rehusaba reconocer la posibilidad de que una familia de categoría menor, como la italiana de Ocre, hubiese podido alcanzar semejante influencia.

Repentinamente, el hermano Jacques se detuvo y se volvió hacia el joven De Lirey.

—Hay algo más que me convence.

Nicolás tuvo que apartarse con rapidez para evitar tropezar con el inquisidor.

—¿De qué se trata? —preguntó, a sabiendas de que no había podido disimular el escepticismo que revelaba el tono de sus palabras.

Sin embargo, Jacques ignoró aquella burla implícita. Tenía el presentimiento de que muy pronto, mucho antes de lo esperado, necesitaría la asistencia y colaboración de su compañero laico y de que, por otra parte, al menos debía haber alguien en quien pudiera confiar.

—Pietro es un hombre ignorante. No es educado y tampoco es imaginativo —reflexionó, eligiendo con mucho cuidado sus palabras.

—¿Y es eso lo que hace verosímiles sus historias?

—De algún modo, sí —replicó Jacques, y observó la sorpresa retratada claramente en el rostro de Nicolás—. Veréis, no creo ni por un solo instante que sea una persona capaz de inventar todo cuanto nos ha relatado. Alguien ha sido el maestro estratega y me atrevería a decir que fue su padre, Gualtiero. Pero Pietro no.

Lo que Pietro afirma es verdad en la medida en que él así lo cree.

El fraile inquisidor pronunció aquellas últimas palabras con la misma certeza que si se tratara de una sentencia, muy meditada y de enorme peso, dictaminada al final de un juicio. Caminaba sin detenerse en dirección al convento, como si hubiera llegado a una importante conclusión, aunque en esta ocasión su marcha era más lenta.

Nicolás estaba a punto de plantearle una pregunta, cuando súbitamente Jacques continuó hablando; dio la impresión de que en el último momento se le había ocurrido una nueva idea.

—Además —dijo—, su manifiesta sinceridad cuando habla del pasado confirma la existencia de la reliquia.

—La reliquia —repitió Nicolás mecánicamente, como si se tratara de una letanía. Era tan fácil olvidarse de la reliquia en medio de aquella conspiración...

—También ha confirmado algo que es de gran utilidad para nosotros: que el rey Felipe conocía la existencia de la reliquia desde hace ya mucho tiempo. De modo que podemos suponer que el papa Inocencio también lo sabía cuando prohibió a Gualtiero la entrada a su propia iglesia. El papa Celestino lo sabía, sin duda; y tal vez el papa Bonifacio también estaba al tanto de su existencia.

—De modo que apenas si era un secreto...

Un grupo de lavanderas pasó a su lado. Jacques aguardó un instante y luego dirigió sus pasos en dirección al convento de los Frailes Negros.

—Era algo razonablemente secreto —dijo cuando volvieron a encontrarse solos—; quiero decir que no era algo que supiera la gente corriente. Debe tratarse de una imagen de gran potencial, algo que produce terror en los corazones de los hombres más grandes y otorga poderes a quien la posee —agregó, pensando en la hermosa cabeza esculpida que había contemplado en la cripta de San Eusanio. Ahora comprendía que aquella cabeza espléndida debía ser una copia de la reliquia original. Y si era una copia...

Nicolás interrumpió abruptamente sus cavilaciones.

—¿Y dónde creéis que se encuentra?

—¡Ja! Eso es lo que debemos descubrir. Y creo que Pietro de Ocre todavía tiene la clave.

—¿Y va a decírnoslo? ¿Así, por las buenas?

A veces, reflexionó Jacques, la ingenuidad de Nicolás le resultaba desconcertante.

—No, así por las buenas, no. Pero indirectamente quizá sí lo haga. Por lo pronto, debemos tener todos nuestros sentidos alerta.

Mientras hablaba, Jacques tomó una firme decisión: cuando llegara el momento de la revelación, él y Pietro se hallarían a solas. Ya se las ingeniaría para culminar con la tarea encomendada sin contar con la presencia de su compañero seglar.

Se sentó en un nicho vacío del claustro, ignorando a Nicolás. Su mente funcionaba a gran velocidad. Y de pronto, con la misma claridad con la que veía al jardinero cargando el abono, dispuesto a diseminarlo para nutrir la tierra del parque

del monasterio, comprendió la utilidad de la reliquia para ejercer un poder eficaz tanto sobre los amigos como sobre los enemigos. Recordó entonces una conferencia de Albertus Magnus a la que había asistido cuando se encontraba estudiando en París, acerca de las propiedades de los objetos y de cómo podían utilizarse para dominar otros objetos. En aquel momento no lo había creído y aún ahora se negaba a admitirlo. Sin embargo, los condes de Ocre habían estado convencidos de que aquella reliquia sagrada les otorgaría el poder necesario para hacerse con el control de la Iglesia. Y ahora, el rey Felipe el Hermoso creía que la posesión de ese objeto le permitiría conquistar el mundo.

La mitad de París, la mitad de Europa, se hallaba inmersa en su búsqueda, y él debía encontrarla antes de que lo hicieran los demás.

La mención de París hizo que buscara un rollo dentro de los pliegues de su hábito. Miró a lo largo del corredor y comprobó que el joven caballero le aguardaba, discretamente, a unos pasos de distancia. Aquella discreción le produjo un nuevo respeto por Nicolás y durante un momento casi sintió afecto por él.

—Nicolás —dijo entonces—, esto que tengo aquí es una carta de nuestro señor Bernard de Caen. Se ha visto obligado a viajar a París.

—Las exigencias de la diplomacia se hacen más duras por momentos, ya lo veo.

Nicolás tuvo que emplear toda su capacidad de autocontrol para suprimir la ira que lo embargaba. ¿Qué era todo aquello? ¿Acaso no era él el espía que debía informar al hermano Jacques y, por tanto, quien debía ser informado antes que el fraile? Ya nada era lo que parecía.

Jacques percibió el conflicto interior del joven caballero y se rio para sí.

—Me temo que habremos de aguardar un tiempo antes de informar acerca del éxito de nuestra misión.

—Eso podría significar una demora de varias semanas, tal vez de meses —dijo Nicolás en tono brusco, como si de aquel modo esperara vengarse de su derrota, incrementando la impotencia de su propio compañero de andanzas.

No obstante, el convencimiento de que Jacques no estaba mejor informado que él salpicó a Nicolás como la sangre de una gallina recién decapitada. —¿Por qué tenemos que esperar? —Casi gritó, presa del entusiasmo—. ¿Acaso París no es el sitio lógico al que debemos trasladar a Pietro? Necesitamos obligarlo a que nos revele su secreto ¿no es así? Pues bien, el mejor modo de conseguirlo sería llevar al preceptor a París y permitirle que vea a sus antiguos colegas.

Nicolás se había acercado al hermano Jacques exactamente hasta el punto de transmitirle su excitación.

—Tal vez tengáis razón —reconoció el joven inquisidor de mala gana.

Aquello significaría una desobediencia directa de las órdenes recibidas de Bernard de Caen. ¿Cómo reaccionaría el inquisidor general? Aun cuando él mismo se planteara aquella pregunta, el instinto se convertía en temor, ya que si sus intuiciones eran correctas entonces su insubordinación sería perdonada; si no estaban en lo cierto,



la consecuencia lógica sería que su carrera dentro del Opus, naturalmente, habría acabado. Sin embargo, era un riesgo que valía la pena correr; podía permitir que Pietro olfateara la posibilidad del éxito de su empresa y entonces caer sobre él y atraparlo en cuanto se mostrara más confiado. Además, de ese modo él podría estar cerca de Bernard de Caen y de sus proyectos. En esta ocasión, Nicolás estaba en lo cierto.

De pronto, Jacques sintió que en su mente se instalaba una irrevocable certidumbre, con tal fuerza que incluso le sorprendió a él mismo.

—No es el momento de sentarse a meditar. Decidle a Briac que se ocupe de tomar las medidas necesarias para emprender el viaje.

—Enseguida —dijo Nicolás, haciendo una reverencia al inquisidor.

El entusiasmo que experimentó ante la inminencia de la partida dominó sus constantes temores a mostrarse servil. Luego, con un rápido movimiento de la cabeza echó hacia atrás su mechón de cabellos rebeldes y se marchó de prisa en busca del jefe de la guardia.

El hermano Jacques se sentó solo y reflexionó acerca de las nuevas implicaciones de la situación. Estaba claro que Bernard creía tan firmemente como los demás en el poder de aquella imagen; seguramente había sabido de ella durante su estancia en Casanova. Después de todo se debía a su iniciativa personal que Jacques fuera enviado a Aigues-Mortes. Sin embargo, su tarea nunca se había explicitado, como si se esperara de él que, de alguna forma, fuera capaz de resolver el problema sin comprender cuál era su naturaleza. Comenzó a sospechar que se suponía que él no sería capaz de entender el complejo entramado de su misión; no fue enviado allí por su capacidad de razonamiento sino por su habilidad para extraer la verdad de notorios y recalcitrantes herejes. Imaginó entonces el rubicundo rostro de su mentor y se preguntó cuánto sabría el propio Bernard de aquella historia.

Por otra parte, el hecho de que el inquisidor general hubiese tenido que viajar otra vez a París resultaba en sí mismo muy inquietante, dada la relación de intimidad entre su superior y Guillaume de París: dos hombres que habían hecho un trato con De Nogaret para encargarse del papa Bonifacio. Se ocuparía de averiguar la fecha de la promoción de Bernard a través de su posición actual ante el papa Clemente.

El cambio de actitud de su prisionero resultó todavía más perturbador. El preceptor se había vuelto, si cabía, aún más arrogante durante el interrogatorio, como si pensara que estaba engañando a sus inquisidores. Pietro todavía creía, incluso después de pasar siete años encerrado en una mazmorra, que la posesión de aquella reliquia le conduciría a una victoria personal. Jacques recordó que, según constaba en los informes, el templario había experimentado en dos ocasiones la tortura del agua y en una ocasión la del fuego, y que, no obstante, jamás había mencionado antes ni a Ocre ni a ese tipo de poder. Y ahora parecía dispuesto a cooperar con ellos. ¿Acaso Pietro pensaba que podría guardarse para él el secreto más importante?

Jacques comprendió que también él debía participar en aquel juego peligroso del

gato y el ratón. Y entonces se encontraría en el centro de los acontecimientos. Pensar en ello, en medio de aquel claustro helado, proporcionó a su corazón un cálido sentimiento y se frotó las palmas de las manos, callosas como consecuencia del roce de las riendas, para irradiar aquella sensación placentera por todo su cuerpo. Luego, en silencio, se rio entre dientes para sí, complacido ante aquel renovado sentimiento de confianza que le había llevado a tomar la decisión de viajar a París.

## Capítulo 25



Nubes de tormenta oscurecían el cielo mientras seguían el curso del Sena hacia el norte, a través de la Borgoña. Las aldeas se acurrucaban en los pliegues de las colinas umbrías como cenizas amontonadas contra el tubo saturado de hollín de una chimenea. Una lluvia torrencial y continua impedía la conversación y mojaba tanto sus capas como los sacos que contenían las vituallas. Jacques sentía en los huesos un horrible presentimiento, como si una presencia maligna se ensañara con su ánimo, en armonía con aquella atmósfera intensamente gris y húmeda.

Briac abría el camino. Jacques y Nicolás avanzaban protegidos por los guardias y envueltos en sus capas para abrigarse del temporal. Detrás de ellos, en un carro de cuatro ruedas, les seguía el prisionero, resguardado de la lluvia por una techumbre de cuero extendido, sostenida por estacas. Ya habían perdido la cuenta de las veces en que Briac había dicho en tono jocosos que Pietro era el único de ellos que estaba seco. Sin embargo, como al menos una vez al día el carro se atascaba en el lodo que cubría algún puente excesivamente empinado, el preceptor se veía obligado a descender de su refugio para unirse al resto de la comitiva bajo el implacable aguacero mientras el carro era desatascado por los hombres de Briac. La mayor parte del tiempo los guardias cabalgaban discretamente detrás de ellos.

En los campos que se abrían a ambos lados del camino, una corriente de agua superficial arrancaba grandes trozos de estiércol de las ordenadas pilas dispuestas por los campesinos, para arrastrarlas como si fuesen barcas que navegaran por un río vertiginoso. Las ruedas de los molinos giraban libremente junto a las riberas destruidas por el torrente y parecían novias vestidas de blanco empeñadas en dar un toque de brillo a aquel paisaje gris y monótono. El torrente se zambulliría en el embudo de una aldea, desgarrando la hiedra, trepando por los rosales de los muros de contención para luego precipitarse más allá de la villa, destrozando campos y jardines como si se tratara de un maremoto. Los campesinos permanecían sentados, embargados por la tristeza, afilando los arados y azadones. Hasta los halcones habían buscado refugio.

Jacques inclinó la cabeza y continuó cabalgando con determinación; cualquier

pensamiento que tuviera había sido sofocado por la lluvia torrencial.

Súbitamente, la voz imperativa y cargada de urgencia de Briac le detuvo en seco.

—¡Los flancos! ¡Defended el carro! ¡Rápido!

Y todo se convirtió en un gran caos.

Jacques espoleó a su caballo y se apartó de la senda para poder observar hacia atrás, con mayor claridad, en dirección al carro que transportaba al preceptor.

Estaba rodeado por soldados de infantería; hombres altos, procedentes del norte, protegidos con petos y cotas de malla y, algunos de ellos, con polainas de acero para resguardarse las rodillas. Dos de los agresores saltaron sobre el yugo del carro y se hicieron con su control mientras el conductor yacía tumbado en el lodo con el rostro sumergido en un charco.

Un grupo numeroso de hombres, toscamente vestidos con largas camisas cubiertas por petos de cuero y llevando sobre la cabeza las tradicionales gorras alpinas, rodearon el carro con las piernas, fuertes como árboles, firmemente hundidas en el lodo. En medio de todos ellos se erguía una figura aún más siniestra: se trataba de un solo hombre cubierto con un yelmo y portando una espada y un escudo, que les dirigía sus órdenes desde la retaguardia. Los atacantes formaban un semicírculo frente a él, luchando con una disciplina y un control que sugería una enorme eficacia, aunque sus armas fueran una extraña mezcla de garrotes y lanzas, e incluso herramientas que Utilizaban en el trabajo del campo.

Antes de que tuviera más tiempo para examinarle con detenimiento, Jacques fue arrojado desde su montura al suelo e inmediatamente arrastrado hacia la maleza que flanqueaba el camino, por lo que parecía ser una lanza presionando contra sus hombros, lo que revivió el ya olvidado dolor de los golpes recibidos en el Mont Cenis. Tuvo que hacer un esfuerzo para levantar la cabeza e impedir que se hundiera en el lodo blando y pegajoso que cubría el suelo.

Desde aquella posición pudo ver una serie de piernas embarradas y de brazos como aspas, que combatían violentamente alrededor del carro. Nicolás luchaba denodadamente contra dos de los soldados de infantería que le atacaban por los flancos. Mientras los guardias de Briac eran obligados a retroceder, dos hombres saltaron sobre el carro, cogieron a Pietro de Ocre, le sacaron de su precario refugio y le arrojaron al suelo. Indefenso, Jacques observó a su prisionero mientras era arrastrado por las piernas hasta la maleza a través del camino. Pietro desapareció de su radio de visión y tuvo la impresión de que todo estaba perdido. Una confusa sucesión de los acontecimientos que habían tenido lugar en los últimos meses pasó delante de sus ojos, tal como se decía que les sucedía a los hombres que estaban a punto de perecer ahogados: la prisión de Aigues-Mortes, Bernard, el papa Clemente, Ida, Mont Cenis, la muchacha... Y sintió que también él estaba próximo a ahogarse mientras su rostro, brutalmente aplastado contra el lodo, se hundía en aquella pasta líquida. ¿Sería el castigo elegido por Dios para que purgara sus pecados?

En ese momento, el rugido salvaje y furioso de Briac atravesó el lodo y la maleza.

Con un último esfuerzo, Jacques consiguió alzar nuevamente la cabeza para echar un vistazo a través de la lluvia, temiendo que el guardia y la partida que comandaba hubiesen sido asesinados.

Sin embargo, Briac no había muerto; por el contrario, luchaba como si estuviera poseído por una furia demoníaca. Su boca era una grieta tensa que parecía extenderse hacia los lados, obligada por cuerdas invisibles, mientras alternaba los gritos guturales y sus sonoras inspiraciones. En su mano derecha sostenía una enorme espada que un hombre normal sólo podría dominar utilizando ambos brazos; en la mano izquierda enarbolaba un hacha de guerra con la empuñadura rota. Estaba sentado rígidamente en su montura y golpeaba simultáneamente a ambos lados. Un hombre cayó con el yelmo hundido por un golpe de su hacha. Otro atacante, un joven con una expresión de terror en su rostro pálido, se dio la vuelta y emprendió la huida. Briac condujo lentamente a su cabalgadura hacia adelante, abriéndose paso entre las filas del enemigo. Derribó a otro de los asaltantes y los guardias comenzaron a avanzar tras su jefe. Entonces rugió una orden a tres de sus hombres para que siguieran a Pietro y a sus captores y los guardias corrieron hasta perderse de vista entre los helechos gigantes, más allá del camino, con los cuerpos envueltos en la bruma y el vaho de los caballos, como verdaderos demonios furiosos. Entretanto, Briac derribó a otro enemigo, abriéndole el cráneo a través del yelmo con un golpe certero de su hacha. Jacques le observó, con los ojos desorbitados por el asombro. Ahora comprendía por qué Briac era conocido por el apodo de «la Bestia».

Fue precisamente en ese momento cuando un soldado de infantería, de corta estatura, se las ingenió para colarse por debajo de los golpes que lanzaba Briac a diestra y siniestra, y comenzó a cortar a golpes de espada los tendones de las patas delanteras de su corcel. El animal lanzó un relincho de dolor, retrocedió sobre sus patas traseras y cayó hacia adelante catapultando a Briac sobre el suelo enlodado. Mientras Briac luchaba por recobrar el equilibrio sosteniendo las dos armas en sus manos, el mismo hombre, armado con una guadaña, se situó detrás de «la Bestia» y se dispuso a golpearle. Jacques trató de gritar, pero su garganta no emitió sonido alguno. El golpe cayó sobre el hombro derecho de Briac, cortando su túnica de lana justo debajo del protector metálico del hombro.

Sin embargo, aquella astuta estratagema no tuvo éxito. Los demás guardias se habían contagiado de la furia salvaje de su jefe y seguían el ejemplo de Briac.

El alto caballero que dirigía al grupo enemigo dio la impresión de presentir la derrota y ordenó la retirada. Entonces, como si fueran un solo hombre, los atacantes se marcharon con la misma rapidez con la que habían aparecido.

La presión que alguien ejercía sobre los hombros de Jacques cesó por completo y el fraile se puso de pie y observó aliviado que Nicolás hacía lo mismo a unos pocos metros de distancia. La lluvia todavía arreciaba y el inquisidor tropezó en los surcos que el agua había abierto en la senda. Uno de los guardias estaba examinando el carro y el estado en que se encontraba su eje delantero. Dos de los hombres de Briac

sostenían a Pietro de Ocre por los hombros y le conducían hacia el carro.

—¡Esos bastardos me han herido! —rugió la voz de Briac mientras se aproximaba a Jacques. Llevaba la manga derecha cubierta de sangre que la lluvia arrastraba a lo largo de la mano para luego caer sobre el lodo; sin embargo, el guerrero ignoró su herida—. Tarde o temprano se lo haré pagar caro —añadió sin resuello, firmemente erguido con las manos apoyadas en la cintura, mirando imperturbable la escena que se desarrollaba a su alrededor—. Por lo que veo, vosotros estáis bien.

Nicolás comenzó a quitar el lodo que cubría su capa y las mangas de su túnica.

—Eran duros pero torpes como niños —dijo Nicolás.

Aquel pensamiento le hizo sonreír, recordando las refriegas sostenidas durante su propia infancia en los campos próximos a Lirey. Apartó hacia atrás el mechón de cabellos que caía sobre su frente.

Jacques no estaba tan seguro. Un dolor agudo le recorrió la espalda y le hizo desear volver a tenderse sobre el lodo en busca de algún alivio. En lo que a él concernía, la lucha había sido muy real y peligrosa. La herida de Briac no había sido provocada por la fechoría de un niño torpe. Sin embargo, le divirtió percibir que el guardia estaba ofendido por la noción de que aquellos atacantes se habían atrevido a herirle y, más que sufrir por el dolor de la herida, lo que en verdad le lastimaba era la injuria recibida.

—Se han marchado con el rabo entre las piernas, ¿no es verdad? —preguntó, intentando un tono de broma.

—Por la sangre de Dios y por su propio bien eso espero.

—¿El preceptor?

Briac rio de buena gana.

—No ha sufrido el menor daño. Quizá una pequeña conmoción le haga bien —añadió el guerrero, con un guiño sardónico que amenazó con dividir la gran cicatriz que cruzaba su rostro—. Será mejor que encontremos refugio cuanto antes. El carro ya no nos sirve, de modo que nuestro importante prisionero tendrá que enfrentarse a la lluvia —añadió, y aquel pensamiento pareció confortarle.

El hermano Jacques miró en dirección al carro, que se había desplomado hacia adelante donde el soporte metálico que sujetaba el yugo a la percha se había quebrado bajo la presión soportada durante el asalto. El eje anterior aparecía ahora curvado y apuntando hacia el suelo. Entonces una nueva idea acudió a su mente.

—¿Tenéis alguna idea de quiénes eran, Briac?

—Por su aspecto parecían simples campesinos reclutados —observó Nicolás.

—No en esta ocasión, señor —dijo Briac, clavando la mirada en el caballero De Lirey con mal disimulado desprecio—. Iban vestidos como campesinos reclutados. En ese sentido tenéis toda la razón. Pero combatían como caballeros.

—¡Más bien como niños!

—Eran caballeros, tan seguro como que estoy aquí de pie —dijo Briac taxativo

—. Con todos mis respetos, señor Nicolás —añadió, inmóvil mientras uno de sus hombres le vendaba la herida abierta en su antebrazo. Se apartó de Nicolás con evidente disgusto—. No me atrevería a jurarlo, hermano Jacques —murmuró entonces—, pero me parece que he visto antes a su jefe. En París.

Nicolás clavó su vista en el suelo de modo que la mueca de sus labios no fuera perceptible. ¿Cómo era posible que Briac se atreviera a desafiar el juicio y el conocimiento de las técnicas de lucha del hijo de un caballero? Sin embargo, no dijo nada al respecto.

La tensión entre los dos hombres parecía abrir una brecha de silencio en medio de la lluvia. Jacques pensó entonces en el dilema de Salomón.

—Ésa es una grave sugerencia —dijo con prudencia.

Sin embargo, él mismo había observado algo familiar en la postura de aquel hombre. Y la misión era de vital importancia. Miró a Nicolás y comprobó que su furia remitía; luego echó una mirada a Briac y percibió en su rostro una ligera sonrisa al comprobar que su propio adjetivo había estimulado su pensamiento.

—¿Os referís al caballero alto?

—¡Ése es vuestro hombre! —replicó Briac mirando a Jacques con un gesto de sorpresa que, rápidamente, se tornó en una expresión de respeto—. Y lo que es más, os aseguro que no me importaría apostar a que se trata de uno de los soldados del rey Felipe.

—¿Del rey? —preguntó Jacques con una voz que revelaba su asombro.

Se trataba realmente de una sugerencia absurda. Tal vez la herida estaba afectando a Briac más de lo que el guardia creía o demostraba.

Sin embargo, Briac insistió en su punto de vista.

—Apostaría por ello —dijo enérgicamente, apartando al guardia que se ocupaba de su herida en cuanto tuvo el antebrazo vendado.

—¿El rey ha intentado secuestrar a Pietro de Ocre? —preguntó Jacques, olvidándose por un momento de la lluvia, y pensando en voz alta como si Briac no estuviera a su lado.

Se volvió hacia Nicolás.

—Pero no deseaba que nosotros descubriéramos que era él quien estaba detrás del asalto —dijo éste, expresando de mala gana sus pensamientos en voz alta.

Todo comenzaba a tener sentido, ya que ellos no transportaban tesoros ni mercancías de valor, sólo a Pietro de Ocre. Tal vez Briac estuviera en lo cierto y él había sido engañado por las apariencias. Él mismo había juzgado a Briac apresuradamente; era un patán, sí, pero también era un hombre valiente y un soldado aguerrido.

—Se supone que debemos pensar que sólo se trata de una pandilla de asaltantes locales —añadió lentamente.

Jacques y Briac le miraron con atención, pero fue el inquisidor quien habló el primero.

—Lo que significa, a su vez, que el rey Felipe debe estar muy bien informado acerca de todos nuestros movimientos.

—Apuesto a que sí —dijo Briac, en tono sereno para que sus hombres no pudieran oír sus palabras, mirando a Nicolás mientras hablaba.

El hermano Jacques siguió la dirección de su mirada. ¿Podía ser cierto? Jacques pensó que mientras Nicolás de Lirey realmente había espiado para Bernard de Caen no lo habría hecho para el rey de Francia, el hombre que se había apoderado de los derechos de nacimiento del joven aristócrata Sin embargo alguien lo había hecho, alguien era un espía. Se volvió hacia Briac.

—¿Cuántos de vosotros habéis resultado heridos?

—Aparte de mí, sólo dos de mis hombres. Nada serio, aunque por San Sebastián que no podré alzar mi espada durante una o dos semanas —replicó Briac, haciendo una finta como si se hallara en plena batalla, mientras observaba su propia mano con la curiosidad de un bebé que acabara de descubrirla; sin embargo, la experiencia sustituyó aquel momento de dispersión y miró atentamente a través de la lluvia—. Será mejor que busquemos refugio cuanto antes —sugirió.

—Tenéis razón. Debemos partir de inmediato —dijo Jacques, y comenzó a caminar en dirección a su caballo.

—Hermano Jacques...

La voz era suave pero tensa. El inquisidor se volvió abruptamente.

—Si hubieran utilizado sus propias armas, jamás les hubiésemos vencido.

No había la menor señal de temor en la voz de Briac, sino una serena certeza que hacía que su comentario todavía fuese más perturbador. No había nada que replicar, sólo un silencio de mutuo reconocimiento de la magnitud de su tarea y un momento de compartida aprensión.

Jacques dirigió su mirada a Nicolás y comprobó que en esta ocasión asentía, de acuerdo con el razonamiento del jefe de la guardia. Luego se dirigió de prisa hacia su caballo presa de una renovada confianza.

Continuaron adelante tomando todas las precauciones, con las capuchas bajas y la cabeza descubierta para tener un más amplio campo visual. La lluvia era ahora el menor de sus males. Más allá de la siguiente curva del río Jacques pudo ver una aldea en la ribera opuesta y, casi imperceptiblemente, aceleró el paso de su montura buscando la seguridad y el calor de un techo.

El joven inquisidor escudriñó el terreno a través de una hilera de sauces que cubrían parcialmente las orillas. El río corría a través de la aldea como un torrente de montaña en primavera. Gracias al cielo que hay un puente, pensó el fraile, ya que sin él sería imposible cruzar la corriente. Espoleó a su caballo en dirección a la hilera de sauces.

El caballo trepó el desnivel que le separaba de la orilla. Una ráfaga de viento y lluvia le golpeó el rostro, distorsionando su visión. Se llevó un brazo a los ojos y protegió sus ojos para poder observar con claridad el paisaje que se abría ante él. El



corazón le dio un vuelco.

El puente había desaparecido.

Desmontó, con el brazo todavía protegiéndole de la lluvia, y miró incrédulo aquel obstáculo desolador. La mitad del puente había desaparecido; sólo permanecía intacta la mitad que él había visto desde el camino a un centenar de pasos de distancia. A sus pies, la bóveda del puente describía un arco perezoso en dirección a la aldea, pero luego se acababa abruptamente y dos pasos más allá era sustituida por un remolino de espuma. Podía percibir la presencia de Nicolás a sus espaldas pero se obligó a no darse la vuelta. Era una desilusión que prefería mantener en privado. Miró hacia adelante y el vertiginoso movimiento de las aguas tuvo sobre él un efecto hipnótico.

Más allá estaba la aldea, y un buen fuego y un tazón de caldo. Repentinamente, aquella cálida sensación que le había embargado unos minutos antes se esfumó y un frío húmedo impregnó su alma.

Rayas de color púrpura aparecieron en el dorso de sus manos enrojecidas; la cogulla se ceñía helada contra sus mejillas y sus pies chapotearon mientras se alejaba de la orilla del río. Miró fijamente el rostro oscuro y melancólico de Nicolás y el de los demás miembros de la partida. Pero no había nada que decir.

Retrocedieron penosamente hasta el camino principal. Mientras caminaba junto a su caballo, con Nicolás a su lado, Jacques tuvo la sensación de que el lodo se hacía más profundo y pegajoso a cada paso, como si estuvieran entrando en una ciénaga diabólica. El viento arrastraba la lluvia que golpeaba con fuerza su rostro, aguijoneándolo hasta dejarlo insensible. El inquisidor pensó que, irónicamente, la situación de Pietro era mejor que la suya, fustigando a su caballo de carga y con la cabeza inclinada mirando el suelo. Continuaron su camino lentamente, durante más de una hora, formando un grupo compacto, antes de encontrar otro lugar con signos de hallarse poblado; no era más que una granja edificada sobre la falda de una colina, al otro lado de un prado inundado por la lluvia. Comenzaba a anochecer, de modo que no había otra elección que dirigirse hacia allí y rogar para que les proporcionaran algún refugio.

El granjero apareció ante ellos en cuanto se aproximaron. Iba vestido con una especie de manto y llevaba en la cabeza un sombrero de fieltro. Entre las manos sostenía un enorme garrote provisto de clavos. El hombre se dirigió a Jacques, que fue incapaz de comprender lo que le decía. Se volvió hacia Briac, reclamando su ayuda, pero el soldado parecía tan confuso como él. Entonces Nicolás avanzó hacia el campesino y le habló rápidamente en la misma lengua gutural.

—Desea saber quiénes somos y cuál es nuestro cometido.

—Decidle vos lo que desea saber; no necesitáis en absoluto de mi autoridad —replicó Jacques suavemente, recordando que en una época la familia de Nicolás había sido propietaria de tierras en la Borgoña.

Mientras Nicolás hablaba con el granjero, Briac se aproximó al inquisidor.

—Mirad su cinturón —murmuró—; lleva más cuchillos en su cinturón que yo

dedos en mis manos. No me gustaría tener que enfrentarme a ese hombre.

Jacques observó divertido al guardia. Aparte de la obvia hipérbole, resultaba difícil imaginar a Briac experimentando temor por alguna persona, fuera quien fuese.

Nicolás se dirigió nuevamente a ellos.

—Su nombre es Rollanz —explicó—. No se siente muy feliz de tener que proporcionarnos un refugio, pero es un buen hombre. Dice que el cobertizo donde almacena el trigo está lleno, pero que Briac y los guardias pueden dormir sobre el heno, en el granero que hay detrás de la casa.

El caballero De Lirey pronunció aquella última frase con una falta de entusiasmo que resultó evidente. No había nada que deseara menos que convertirse en huésped en la casa de aquel hombre.

—Es mejor que dormir al aire libre, sobre el terreno enlodado —le recordó Jacques, pensando que los sentimientos que experimentaba su compañero no eran muy difíciles de comprender.

Mientras hablaban, el granjero se dirigió hacia ellos.

—Vos os quedaréis con nosotros —le dijo a Jacques.

Ahora el hombre hablaba lenta y claramente en francés, asegurándose de que el fraile le comprendía mediante el sistema de acompañar sus palabras con exagerados gestos de sus manos, como si se dirigiera a un niño pequeño.

—Podréis darnos algunas noticias —añadió.

Una desvencijada escalera exterior conducía hacia las estancias que ocupaba la familia, encima de los establos. Rollanz les hizo señas de que entraran. Se sentó a la mesa, en el centro de la habitación e indicó a Jacques y Nicolás que tomaran asiento al otro lado de la mesa, mientras les servía aguamiel de una jarra. Briac se les había unido para compartir la cena y se sentó en silencio en el otro extremo de la mesa. La esposa de Rollanz extendió sus ropas húmedas junto al fogón, cerca del fuego.

Jacques bebió el aguamiel. Tenía un sabor desagradable, como si hubiese sido fabricada sin miel. No obstante, sonrió al granjero con gentileza.

Una muchacha apareció de entre las sombras del cuarto y colocó un trozo de pan ácimo junto a cada uno de los hombres. A continuación, la mujer del granjero sirvió con un cucharón una sopa espesa del caldero encima de los trozos de pan hasta que se volcó sobre la mesa.

Jacques olfateó la comida que tenía ante sí, consciente de que el granjero le observaba con atención. Esta vez no pudo evitar hacer una mueca.

—Estamos en Cuaresma —dijo Rollanz y, a continuación, miró su propio *tranchoir*.

La explicación pareció satisfacerle.

Apeataba. Dentro de aquel caldero hervía todo cuanto habían podido hallar en la despensa; trozos de queso rancio y otros restos inidentificables flotaban en la sopa. Jacques pensó en el lomo ahumado de atún y en el arenque frito que constituían el menú básico en el convento de los Frailes Negros. Hasta su madre había sido capaz

de comprar arenque seco para esas fechas, cuando los vendedores de salazones de Bordeaux pasaban por la aldea.

Procuró ignorar el sabor y el olor de la comida. Se percató de que incluso Briac comía muy poco, concentrando su atención en el aguamiel que Rollanz servía continuamente. Mientras comían, la muchacha puso ante ellos, sobre la mesa, entre Rollanz y Jacques, los restos de lo que parecía ser un pollo asado. Luego trajo algunos trozos de una carne negra y los dejó también sobre la mesa.

Jacques miró a la muchacha resueltamente, recordando apesadumbrado a la mujer que había conocido en Milán. Era una chica provocativa y muy bien formada.

Observó a Nicolás, que hacía una mueca ante la visión de la comida que tenía ante sí.

Rollanz también captó su expresión.

—Pato salvaje —dijo con aspereza.

—¿En Cuaresma?

—Procede del agua —dijo Rollanz llanamente.

Jacques le replicó de inmediato.

—Pero aun así se trata de un ave.

—Tan seguro como que yo soy un hombre. Pero el Señor dijo que los peces y las aves fueron creadas al mismo tiempo. De modo que también es un pez.

—Un pájaro no puede ser un pez. Es absurdo.

—Está en la Biblia. Y para mí es suficiente. Son cosas que nosotros, los campesinos, conocemos muy bien. Este tipo de pato es una especie de pez. De modo que podemos comerlo en Cuaresma y rezar a Nuestro Señor.

Por primera vez en semanas, Jacques rio abiertamente.

—Es un extraño razonamiento —dijo.

Era la lógica de aquella reflexión del campesino lo que le resultaba tan divertido.

—Vosotros, los hombres instruidos, habláis de razón —dijo Rollanz, sin poder evitar el desprecio que traslucía su voz—. Pero nosotros sabemos muy bien qué es cada cosa. Estos patos pequeños no son como las demás aves. Han nacido en el agua. Si salís en barca por el río tendréis encima uno de esos patos antes de que os deis cuenta. Eso es así, la pura verdad, como que ahora estoy sentado aquí.

Había una nota definitiva en su voz que les hizo desistir de cualquier otro comentario polémico. El granjero chupó ruidosamente los huesos de las patas del ave.

La estancia estaba saturada de humo y de vapor... como si se tratara de la forja de Mirepoix. Jacques sonrió para sí, pensando en la incredulidad y en la superstición de aquellos campesinos. Se obligó a beber el aguamiel aunque sólo fuera para quitar de su boca el sabor a humo.

Cuando terminaron de comer, Briac se puso en pie dispuesto a marcharse.

Jacques se acercó al guardia.

—Recordad —dijo en voz baja y en *langued'oc*—, podríais tener que comer para siempre como lo habéis hecho esta noche. Sin embargo, también podríais convertirlos

en un oficial. Depende de vos, Briac. —Aguardó un instante para observar en el hombre el efecto que producían sus palabras y luego añadió—: ¡Y ahora, preocuparos por cuidar muy bien de Pietro de Ocre!

—No os preocupéis. Podéis descansar en paz. Nos ocuparemos de cuidarle como es debido —le aseguró Briac.

Jacques y Nicolás fueron conducidos a una habitación detrás de la chimenea. Estaba caliente y prácticamente no había humo en ella. Una gran cama, muy alta, ocupaba casi toda la superficie del cuarto. Los dos hombres treparon a la cama dispuestos a dormir junto a la pared. Rollanz yacía junto a los dos viajeros y luego se le unieron su esposa y su hija. Dos niñas más pequeñas y un niño de aspecto tímido, a quienes no habían visto hasta ese momento, se amontonaron a los pies de la cama como si fueran las raíces enredadas de un árbol.

Los demás se durmieron muy pronto, pero Jacques permaneció despierto pensando en la conversación que había mantenido aquella noche. Habían pasado ya muchos años desde la última vez que oyera aquellas absurdas nociones acerca de los patos de agua y los peces. Sin embargo, comprendía que incluso aquellas cosas no eran nada si se las comparaba con las supersticiones de los más grandes: reyes que no emprenderían una campaña militar sin contar con una reliquia sagrada; caballeros que planeaban conquistar la Iglesia con una imagen. Rollanz y su esposa no eran peores que los ricos que acudían a los astrólogos para que les aconsejaran acerca de dónde debían construir un palacio o una ciudad, brujas que comerciaban con filtros amorosos, sacerdotes que vendían hostias consagradas y toda una pandilla de herejes, magos, conjuradores y charlatanes de tal ralea que un hombre corriente jamás podría imaginar. Los que no querían enterarse de aquella situación eran papanatas. Sin embargo, no había la menor excusa para gentes como el rey Felipe y Guillaume de Nogaret.

## Capítulo 26



El hermano Jacques pensó que París era una ciudad preparada para la guerra. Banderas, losas sobre las que repicaban las pezuñas de los animales y las ruedas de los carros reforzadas de hierro. Los dialectos de los hombres reclutados en provincias se mezclaban con la babel de la vida de la ciudad. Las barcazas militares estaban amarradas cerca del palacio real y los escuadrones de caballeros se paseaban a medio galope por las calles principales, indiferentes al polvo que levantaban sus cabalgaduras y que fastidiaba a vendedores y comerciantes. Las callejuelas próximas al mercado estaban atestadas de soldados y de militares encargados de comprar provisiones para el ejército, mientras que todas las compañías, de las más diversas procedencias, aparecían representadas sobre el campo de entrenamiento, fuera de los barracones reales, entre el Sena y el Templo.

—Parece un verdadero campo de batalla —dijo Jacques a Briac mientras observaba aquel despliegue de fuerzas.

—Demasiado bien organizados —rió Briac—, con lanceros y arqueros dispuestos bajo los muros de la iglesia y caballeros a lo largo del río. Demasiado sencillo. En el campo de batalla, hermano, hay que ser un maestro estratega para comprender qué significa cada cosa. Mirad a los soldados que están junto al río, en perfecta formación. ¡No durarían con vida ni un solo minuto!

—Pero... combatirían en formación... —dijo Jacques, que había aprovechado aquella mañana libre de que disponía para cimentar su alianza con Briac, y se sentía francamente fascinado por aquella información militar.

—No, hermano, en estos tiempos eso ya no sirve de mucho. Jamás daría resultado. Seis escuadrones juntos serían eliminados en cualquier terreno...

Jacques sólo podía ver cuatro banderolas diferentes que indicaban claramente sus cuatro batallones, aunque suponía que Briac contaba con más información.

—¿Y los soldados de infantería? —preguntó, recordando a la partida que les había atacado en el camino.

—Los caballeros ya no pueden luchar contra ellos... desde que el ejército real utilizó en Courtrai la técnica de Brabante. Un hombre que utilice con habilidad esa

técnica puede derrumbar a un caballero con la misma facilidad con que un niño derrumba una piñata con un palo de madera.

Jacques pensó que Briac no podría haber descrito mejor el modo en que él mismo había sido derribado de su montura y rodado por el lodo.

—De modo que se trata de buenos soldados.

—Tan buenos como puedan hallarse —replicó Briac, e hizo una pausa para observar una carga simulada junto a la orilla del río—. Y creedme si os digo que muy pronto entrarán en acción.

—¿Ah sí? ¿Y contra quién...? —preguntó Jacques, dejando la pregunta en el aire. El guardia volvió a reírse de buena gana.

—... por el ruido que hacen... parece que *van a combatir contra el condenado mundo entero*.

—Será mejor que no exageremos —dijo Jacques, burlándose del soldado.

Briac se volvió bruscamente hacia el fraile.

—No es un asunto para tomar a broma, hermano —dijo, bajando la voz para que no le oyera un grupo de soldados que pasaba a su lado—. Dicen que en este mismo momento los enviados del rey están ultimando los detalles de su misión. El rey ha informado a sus aliados de la inminente ofensiva. Da la impresión de que se producirá una campaña militar este verano... aunque sólo Dios sabe dónde será.

## Capítulo 27



Mientras el hermano Jacques entraba a la antecámara real, un chillido que parecía provenir del mismísimo infierno congeló a los heraldos, ujieres y soldados que aguardaban ante él como si fuesen figuras de un cuadro. Se estiró instintivamente hacia adelante, impulsándose sobre los pies, mientras el apagado murmullo general ganaba volumen. Los hombres abrieron una brecha en dirección a las dobles puertas doradas y pintadas del salón de audiencias como si ante ellos se estuviese representando algún drama. Las escenas de caza y de bucólica felicidad que ilustraban las puertas contrastaban violentamente con la tensión del ambiente, tan espesa que podía cortarse con un cuchillo.

—Me alegra no estar allí dentro —comentó un anciano cortesano mientras Jacques se encaminaba hacia las puertas.

—¿El rey? —preguntó incrédulo un oficial—. ¿Acaso era el rey?

El cortesano asintió.

—Sí, es él, sin duda —dijo con un murmullo—. No hay otra voz como la suya. — Y luego, sintiendo que las miradas estupefactas de quienes le rodeaban estaban clavadas en él, añadió—: Aunque también es verdad que jamás le he oído gritar de ese modo.

Jacques experimentó un nuevo escalofrío ante la pregunta que tomó forma en su mente. ¿Acaso aquella ira podía estar dirigida contra Bernard de Caen?

En ese momento apareció un grupo de cortesanos, vestidos con capas y mantos de color escarlata y chatos sombreros de terciopelo negro que parecían añadir severidad a la expresión de sus rostros. Se unieron a los grupos de nobles y caballeros que aguardaban en el recinto hasta que la antecámara pareció a punto de reventar.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Jacques en voz baja al anciano que continuaba a su lado.

Esta vez se sentía furioso por haber sido excluido de la audiencia real. Había sido rebajado delante de Nicolás de Lirey que sí participaba en ella.

—Presidentes y registradores de la corte —replicó el viejo—. Esta mañana se va a desarrollar un Concejo de Justicia.

Fue en ese preciso instante cuando una agitación de capas, espadas y guardias atropelló a la sorprendida multitud. Jacques reconoció el rostro severo y fantasmal de Guillaume de París como si avanzara en plena levitación a través de la antecámara y en medio de su guardia personal; y pensó con irreverencia que parecía una cabra extraviada atrapada en un rebaño de ovejas. Las dobles puertas de la sala de audiencias se abrieron con una misteriosa prontitud.

A continuación se cerraron de un modo igualmente abrupto, devorando a la partida. Jacques tomó conciencia de que ni siquiera había atinado a echar un vistazo al interior del recinto.

Sus ojos habían sido atraídos hacia las puertas como si fueran reclamados por el poder que protegían. Pero no había la menor insinuación de lo que ocurría detrás de aquellas escenas pastorales y ahora no llegaba el menor sonido a través de ellas. Junto al resto de la multitud que aguardaba a su lado, dejó que su mirada vagara a su gusto a través de la pintura de paisajes campestres y de las rondas de jóvenes campesinas danzando sobre la hierba.

Dentro de la sala de audiencias había toda una serie de personajes... cortesanos, ujieres, enviados extranjeros y los magistrados, prebostes y senescales del reino. Cuando llegaron al recinto, Bernard de Caen y Nicolás de Lirey habían sido escoltados hasta un rincón distante y aislado donde debían permanecer quienes aguardaban la convocatoria del rey. Poco después, Nicolás se apartó de Bernard y comenzó a abrirse paso en dirección al estrado real, a fin de poder seguir la audiencia con mayor detalle. El joven aristócrata irguió la cabeza y estiró un brazo ante sí con gesto imperativo; nadie se atrevió a negarle el paso.

Después de tantos meses de alojarse en monasterios austeros, sencillos hospedajes para viajeros y prisiones de la inquisición, el esplendor de la estancia le deslumbró. Prácticamente había olvidado las alegrías del lujo y disfrutó el tacto y el roce del satén y el terciopelo de los atavíos de los duques y las princesas que pasaban a su lado. A la vez, sin embargo, aquello le sumió en una cierta tristeza porque no podía olvidar que había visitado aquella enorme estancia real por primera vez, siendo todavía un muchacho, en compañía de su padre, y entonces había sido literalmente hechizado por el despliegue de oro y plata.

Allí, delante de él, ahora como entonces, en medio de todo aquel lujo, se erigía el trono endoselado; dispuesto sobre un estrado elevado y cubierto con un finísimo paño carmesí, adornado con perlas, se hallaba protegido por un dosel de seda, como si fuera una de las tiendas abiertas que se utilizaban durante los torneos de caballeros. El borde de terciopelo rojo del dosel estaba adornado, a intervalos regulares, con el bordado de las armas de la Casa de los Capetos; debajo del precioso adorno, se observaba un flequillo de cordones dorados que relucía bajo la luz del sol. Sus ojos absorbieron toda aquella exhibición de riqueza, deteniéndose en cada detalle, como si



todavía pudiera oír la voz de su padre guiándole e instruyéndole.

Ahora, sin embargo, la elegancia y el lujo estaban deslucidos por un sentimiento de perceptible aprensión que flotaba en el aire perfumado. Insignes caballeros, renombrados por su arrojo y bravura parecían curiosamente silenciosos mientras procuraban situarse lejos del trono real cuando eran empujados hacia adelante. Las capuchas de las capas, plegadas sobre los hombros y ricamente adornadas parecían prendas desangeladas en medio de aquella tensa expectación. Sólo los petimetres más jóvenes, aparentemente inconscientes ante la guadaña política que pendía sobre todos los presentes, competían entre sí para demostrar quién lucía las galas más finas; la mayoría llevaba blusones de color escarlata o azul real, con un corte al costado, como indicaba la última moda, para dejar a la vista el forro de piel y satén. Como si fueran garzas en la marisma. Reflexivo, Nicolás se preguntó si lo que había ante sus ojos era la puesta en escena adecuada para la ocasión o si, en cambio, se trataba de los cambios que estaban produciéndose dentro de sí mismo lo que hacía que aquel despliegue de zapatillas de brocado con el detalle del fruncido polaco, tan a la moda, le pareciera una soberana tontería. O las gorras chatas con una corta capucha sobre la espalda. Las que lucían un diseño más exagerado se exhibían con ostentación sobre los hombros como si se tratara de una cresta de gallo. En una época él había envidiado aquellas muestras de riqueza de las grandes familias; hoy le parecían ridículas y fuera de lugar... como si el hermano Jacques se encontrara en medio de toda aquella parafernalia, pensó con complacencia.

El sonido de las trompetas le apartó de sus recuerdos. Comenzó en medio del murmullo que producían centenares de voces hablando en susurros y culminó con un silencioso suspiro. Nicolás levantó la mirada. Hasta los corceles y los galgos que ilustraban los inmensos tapices suspendidos a lo largo de los muros de la estancia parecían rendir sus respetos, mientras las notas de las cornetas reverberaban contra el techo abovedado, construido en fina madera y pintado de color dorado. A continuación, una única trompeta anunció la entrada del personaje más importante. El silencio era absoluto. Cerca del estrado, los cortesanos de mayor edad, el alguacil y el chambelán se arrodillaron para rendir su homenaje. Al final de la estancia, donde ya no había espacio, los hombres estiraron la cabeza hacia delante todo cuanto les fue posible.

Seis alabarderos tan altos como Nicolás jamás había visto, formaron una especie de escudo de protección dentro del cual marchaba el rey Felipe de Francia, haciendo su entrada en la sala de audiencias reales. Había una gran diferencia con la época en la que el rey entraba solo o con la reina Juana del brazo, reflexionó Nicolás de Lirey con sorna; experimentaba un profundo desprecio por aquella presumida pandilla de «nuevos» caballeros.

Tan pronto como estuvo sentado en el trono, el rey reclamó la presencia de un ujier, que transmitió sus instrucciones a un heraldo que permanecía de pie, muy erguido, en la parte posterior del estrado.

—El señor Bernard de Caen, enviado especial de su santidad el papa Clemente — anunció el heraldo a todos los presentes en un tono de voz que todos pudieron oír.

Estaba claro que no había tiempo que perder.

Nicolás se imaginó que veía y oía al rey lanzando un gruñido mientras Bernard de Caen avanzaba hacia adelante, con la cabeza inclinada de tal modo que su doble papada descansaba sobre su pecho. A pesar del completo silencio reinante, le resultó imposible distinguir las pocas palabras que intercambiaron el inquisidor general y el rey. Observó con atención cuando Bernard entregó al monarca el rollo de papel con el mensaje papal.

Reclinado sobre el apoyabrazos de su trono, el rey Felipe abrió el rollo y se volvió para leerlo mientras Bernard permanecía detrás del monarca, conservando la distancia protocolaria de tres pasos. Nicolás observó con sumo placer la obediencia instintiva que todos demostraban ante los procedimientos de la corte... En aquellos días había demasiada gente incapaz de seguir las sencillas normas que, en el caso de un verdadero noble francés, le eran inculcadas desde el momento mismo de su nacimiento; un hecho tan natural como debía ser amasar la pasta de harina para el hijo de un panadero. Sonrió irónicamente para sí, pensando en el hermano Jacques, que aguardaba fuera del recinto.

Entonces, y para su estupefacción, el rey Felipe se puso en pie e inspeccionó al grupo de nobles que tenía ante sí.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Acaso su santidad pretende gobernar Francia? ¿Dictar su política al descendiente de Hugo Capeto y Felipe Augusto? ¿Al nieto de San Luis? ¿Qué significa esta impertinencia? —Hizo una pausa y dio la impresión de saborear la visión de todas aquellas nobles cabezas asintiendo con gravedad en respuesta a sus preguntas—. Naturalmente, comprendemos que los Hermanos del Temple son los hijos predilectos del guardián de las llaves de San Pedro, y no es nuestra intención ofender a la Santa Iglesia. Pero estos hombres han sido hallados culpables de las herejías más abominables. Tiene que haber un juicio. Y lo que es más... —añadió, haciendo una nueva pausa para mirar a su alrededor como si buscara alguna señal de oposición contra la que pudiese lanzar su furia. Luego se irguió en toda su estatura y con el brazo derecho extendido señaló directamente a Bernard de Caen y gritó con una voz que estremeció a Nicolás—: ¡Tiene que ser ahora!

Bernard de Caen hizo una reverencia y comenzó a retroceder lentamente desde el estrado real hasta reunirse nuevamente con los cortesanos. Nicolás pudo oír con toda claridad el roce de sus zapatillas como si los pasos que daba se produjeran dentro de una capilla desierta. A su alrededor, los cortesanos y ujieres daban la impresión de estar paralizados como estatuas, súbitamente desprovistos de su sofisticada elegancia y dejando traslucir sólo al hombre temeroso que había debajo de las ropas y las joyas.

Nicolás continuó observando a Bernard de Caen mientras se reunía con un prelado al que reconoció como el Arzobispo de Sens, un notorio súbdito

incondicional del rey. Les miró con atención durante todo el tiempo que duró una breve conversación cargada de urgencia y se preguntó qué era lo que el inquisidor general de Provenza podía tener que decirle a un hombre de su calaña.

Una vez más, el rey reclamó la presencia de un ujier y le murmuró una orden. El hombre se apresuró a cruzar el estrado y, a su vez, transmitió la orden al heraldo.

—Señor Guillaume de Nogaret —llamó el heraldo.

Nicolás observó mientras el Guardián de los Sellos se acercaba.

—¿Y bien, señor? Han pasado ya varios meses desde que vuestra promesa debió cumplirse.

De Nogaret se inclinó ante el monarca.

—Estamos muy cerca de conseguirlo, majestad, y nuestros oficiales en Italia están desarrollando sus investigaciones con toda diligencia. Es sólo cuestión de tiempo, tal vez unas pocas semanas.

—¡Semanas! Eso es demasiado tiempo. Necesito resultados inmediatamente. Tenemos que ponernos en marcha antes de que llegue el verano —dijo el monarca con un tono de voz tan agudo que el nerviosismo comenzó a cundir entre la multitud que escuchaba expectante—. ¿Quién está al mando de esta operación?

De Nogaret se volvió hacia el grupo de oficiales, buscando a su hombre.

—¡Essart! ¡Presentaos inmediatamente ante su majestad, el rey Felipe!

Nicolás observó que uno de los oficiales del rey, con el rostro inclinado hacia adelante, avanzaba arrastrando los pies con creciente nerviosismo. Cuando se incorporó en toda su estatura, el joven aristócrata comprobó que se trataba de un hombre alto, de rasgos refinados en su rostro delgado, que lucía una delicada nariz romana. Portaba una adecuada capucha que cubría sus cabellos y orejas; no obstante, la bien cuidada barba en forma de perilla estaba moteada de gris, lo que sugería que se trataba de un hombre de mediana edad y que, por tanto, hacía mucho tiempo que servía al rey. Vestía una túnica sin signos que identificaran su batallón, y la vaina de la espada que pendía de su cinturón se hallaba vacía. Su rostro estaba tenso por el miedo.

—¿Vos sois Essart? —preguntó el rey Felipe en alta voz para que todos pudieran oírle.

Escupió el nombre como si fuera el mordisco de una víbora, con el veneno bullendo en cada una de sus palabras. El rostro del rey pareció iluminarse como si fuera una lámpara de aceite, con la tez pálida enrojeciendo a medida en que se le ocurría otro pensamiento.

—¿Y bien? —gritó—. ¿La habéis encontrado?

—¿Encontrado, majestad?

—La imagen, senescal, la imagen que fuisteis enviado a buscar.

—No, majestad. Resultó una tarea imposible —replicó el hombre, inclinando gravemente la cabeza.

Nicolás sintió afecto por él, ya que conocía la cólera del rey y temía por la suerte

del soldado, para quien aguardaba lo peor.

No hubo que esperar demasiado.

—¿Qué decís? ¿Imposible? —rugió el rey—. Meses de trabajo y unos gastos enormes y todo cuanto obtengo es «¡no, majestad!» —dijo, impostando la voz de Essert con malicia—. ¿Cómo os atrevéis a dirigiros a mí en esos términos? —preguntó indignado mientras la furia real crecía por momentos. El rey Felipe se volvió hacia un oficial que había junto al trono—. ¡Colgadle, maldita sea! ¡Silenciad de inmediato a este hombre y a su insolencia! —chilló.

—He hecho cuanto he podido y con vuestro permiso, majestad, creedme si os digo que ningún hombre lo habría hecho mejor —protestó Essart.

—Una insolencia tras otra. ¡Lleváoslo de aquí inmediatamente! —rugió el rey, con los brazos presa de un temblor incontrolable.

Los guardias se dirigieron hacia el soldado para cumplir la orden del rey. Nicolás esperaba que la cólera del monarca silenciara al senescal. Pero el efecto que obtuvo fue precisamente el opuesto.

El hombre miró al rey Felipe, indiferente a las consecuencias, ahora que su vida no tenía valor alguno, y gritó con voz orgullosa.

—¿Cómo podéis esperar, en el nombre del infierno, hallar algo cuando ni siquiera sabéis de qué se trata? Colgadme si ése es vuestro deseo, señor, pero iré a la tumba con mi conciencia cristiana en paz.

—¡Callaos, escoria! —replicó el monarca, y todo su cuerpo se estremeció cuando pronunció la última palabra. Luego, alzó el brazo en un gesto que indicaba claramente zanjada la discusión y se dio la vuelta.

Nicolás reflexionó con evidente placer que, después de todo, el hombre no sería ahorcado. Más allá de su insolencia, el veterano senescal estaba en lo cierto; y el rey Felipe lo sabía. Ésa era la razón de que hubiera sustituido la amenaza por el insulto; ni siquiera él podía sentenciar a un hombre de esa manera delante de toda la corte.

—Alteza —replicó el pobre hombre en un último ruego—, hay pocas alternativas.

Nicolás de Lirey experimentó en sí mismo, genuinamente, el dolor de aquel oficial; pensaba en la humillación que había sufrido su padre varios años atrás.

Resultaba insoportable contemplar la figura temblorosa y expectante del senescal.

—Podéis consideraros despedido del servicio real —dijo el rey. Acto seguido, arrugó el entrecejo en una mueca infernal y chilló en el límite de su voz—: ¡Fuera de aquí!

Se volvió mientras Essart se marchaba, como si deseara posar sus ojos en la vista más placentera que componían sus obedientes cortesanos.

Era tan fácil. Tan rápido. Como un lazo corredizo. Nicolás rezó por su padre.

Pero el rey Felipe aún no había acabado. Llamó a De Nogaret, que se adelantó hacia él. El Guardián de los Sellos obedeció con un ligero asomo de duda en su modo de andar, normalmente arrogante, sin poder ocultar un rechazo que a los ojos de Nicolás resultaba evidente.

El temido personaje daba la impresión de caminar con paso vacilante, curiosamente obstaculizado por el gran manto acampanado que lucía habitualmente, con el corte del lado derecho colgando de su brazo, y luciendo el ostentoso cuello de armiño en forma de bufanda que utilizaban los jóvenes y prometedores abogados de París, todos ellos empeñados en emular su aspecto.

Visto desde atrás, su nariz corva sobresalía por debajo de sus gruesos cabellos como si olfateara buscando el apoyo de sus pares de la nobleza; como un pollo buscando grano a su alrededor, pensó Nicolás con irreverencia. Se sentía claramente incómodo en aquella situación de interrogatorio público, en la que no resultaba tan sencillo enmascarar su propia responsabilidad como lo sería en los gabinetes y cámaras privadas del palacio real.

—¿Y bien? —preguntó el rey llanamente, aunque evidenciando una ferocidad que atemorizó a todos los presentes—. ¿Cuándo hallaréis la reliquia?

Sus pálidas mejillas se tomaron del mismo color púrpura que los cuellos de terciopelo de sus cortesanos; extendió los dos brazos hacia De Nogaret, con las palmas hacia arriba y comenzó a temblar como si hubiera perdido por completo el control sobre su cuerpo. Por una vez, Nicolás sintió simpatía por el Guardián de los Sellos, que permaneció inmóvil delante de su monarca y protector durante mucho tiempo, con su prominente labio inferior tiritando, como un pequeño truhan que es llevado a presencia de su tutor.

—¡Vos, Guillaume de Nogaret, en quien he confiado como si fuerais mi propio hermano, estáis demostrando ser tan incompetente como todos los demás!

A continuación, como si su acceso de cólera hubiese desaparecido, el rey Felipe regresó a su trono. El color se esfumó de su rostro y se sentó con tanta calma como si en aquella vista sólo se hubiesen tratado las cuestiones más rutinarias. Sin embargo, debajo de su aparente calma se percibía una tensión que sobrecogía de temor a todos los invitados de la sala. Ninguno de los presentes se atrevió a decir una sola palabra.

Fue entonces cuando las puertas de entrada se abrieron de golpe y un grupo de hombres entró en el recinto.

Todas las cabezas se volvieron intentando averiguar quiénes eran los recién llegados. La tensión reinante fue rápidamente sustituida por una gran curiosidad, ya que nadie se atrevería a realizar semejante entrada en la sala de audiencias sin una autorización del rey.

Por encima de los murmullos, Nicolás oyó la voz del heraldo.

—Guillaume de París solicita autorización para acercarse al trono de su majestad, el rey Felipe de Francia —anunció gravemente.

Todas las miradas convergieron sobre el rey, que se había recostado hasta hundirse en el trono. El peligro había pasado, y el inquisidor general para la Provincia de Francia se adelantó hacia el monarca.

No había la menor traza de temor en su aspecto. Si acaso, su postura mientras permanecía de pie delante del estrado real era más arrogante de lo que Nicolás había

percibido hasta ese momento. Además, su rostro normalmente blanco y rechoncho estaba encendido, rojo como el de un ciervo, como si hubiera pasado semanas cabalgando. ¿Adónde había estado?

En contraste con todos cuantos le rodeaban, iba vestido con el manto negro de los dominicos. Cuando habló, sus palabras resonaron en todo el recinto con absoluta claridad, revelando una petulancia incontrolable en el énfasis que infería a cada una de sus frases.

—Majestad —comenzó, asegurándose de que todos pudieran oír lo que decía—, hemos localizado la imagen que buscáis con tanto empeño.

Se produjo un silencio de estupefacción.

—Hemos recibido información urgente de mis agentes en Italia y dicen que están a punto de hallarla en un sitio no muy lejos de Roma. Por otra parte, de fuentes de la Santa Iglesia Romana, y antes de que nuestro señor el papa Clemente decidiera, haciendo gala de una gran sabiduría, aceptar la protección de su majestad...

Nicolás percibió que Guillaume de París se volvía en más de una ocasión para mirar orgulloso al Guardián de los Sellos y se preguntó que antigua venganza vinculaba a aquellos dos hombres arrogantes que habían servido durante tantos años al rey; sin embargo, no era tarea sencilla la de sentir simpatía por De Nogaret durante mucho tiempo.

—... hemos sabido que se trata realmente de la reliquia más sagrada y que su existencia ha sido conservada en secreto y bien guardada desde el preciso día de la crucifixión de Nuestro Salvador.

—La imagen de Jesucristo, Nuestro Salvador —dijo el rey Felipe.

Pronunció las palabras suavemente, con la entonación de un predicador, pero con la suficiente energía como para que Nicolás las oyera penetrar con firmeza en aquel silencio conmovedor.

Ahora ya era una cuestión de conocimiento público el hecho de que los acontecimientos se precipitarían.

En esta ocasión fue Guillaume de París quien miró sorprendido, como si hubiese esperado anunciar a su soberano algo que el soberano desconocía por completo. Aun contando con un abuelo de la talla de San Luis y toda una vida interesada en las reliquias de la Sainte-Chapelle, que había ordenado construir para albergar su colección, la evidencia de que Felipe el Hermoso pudiera tener aquella información no constituía ninguna maravilla.

Lo que realmente sorprendió a Nicolás fue la siguiente actitud del rey. Se dirigió hacia Guillaume, se detuvo a su lado y envió al ujier nuevamente hacia el extremo del recinto. Nicolás se quedó estupefacto al comprobar que la persona que fue conducida hasta el estrado real no era otra que Bernard de Caen, quien se inclinó hacia el monarca para oír lo que Felipe el Hermoso tenía que decirle.

El caballero De Lirey pensó que las cabezas de los dos hombres estaban tan cerca la una de la otra que daban la incongruente impresión de ser amantes; como si la fría

cólera vivida poco antes se hubiese transformado milagrosamente en un renovado afecto. En un principio, Nicolás pensó que aquella visión presagiaba algo maligno. Pero luego recordó la lealtad de Bernard hacia su padre. No podía ser de ninguna manera un aliado del rey... Tenía que haber una buena razón para aquellas confianzas y más temprano o más tarde Nicolás se enteraría de lo que se ocultaba tras ellas. Sus elucubraciones se interrumpieron en cuanto observó que Bernard de Caen se marchaba con tanta rapidez como había sido conducido a presencia del rey.

Cuando el inquisidor general de Provenza hubo regresado al rincón aislado que le había sido designado, el rey Felipe indicó a Guillaume de París que se acercara a él.

—¿Por qué razón no hemos sabido nada de todo esto? Hace siete años que vos lo sabéis —dijo entonces, dirigiéndose a todos los presentes en la gran sala de audiencias.

—Descubrimos la verdad interrogando a los templarios, majestad. La «cabeza» que tan a menudo aparecía en nuestros informes, y que, según se decía, ellos adoraban del modo más blasfemo, era, también según su opinión, el original de esta imagen.

Nicolás observó sorprendido que el rey Felipe pasaba por alto la extraordinaria deducción que podía desprenderse de aquella declaración, pero obviamente tenía otras cosas in mente. La herejía era el reino de Guillaume de París.

—¡Los templarios! ¡Después de siete años! ¿Por qué os ha llevado tanto tiempo descubrir este secreto? Sólo son seres humanos —añadió, como si pretendiera decir: «sólo son seres humanos... a diferencia de mí».

—Majestad, es más fácil extraer sangre de una piedra que obtener información del Temple. —Había una nota de desprecio burlón en las palabras de Guillaume, como si observara los acontecimientos sucedidos aquella noche con un placer muy particular—. Pero al fin hemos tenido éxito.

La voz chillona del rey congeló la sangre de los presentes.

—¡Entonces, quemadlos a todos! Ya he tenido suficiente de esos malditos templarios. ¡Serán llevados a la hoguera esta misma noche! ¡Ocupaos de ello!

Con un movimiento de la mano, el rey Felipe dio por concluida la audiencia. Miró hacia la multitud de cortesanos y luego se volvió y abandonó el estado. Mientras el rey desaparecía en dirección a sus habitaciones privadas, Nicolás oyó el tono afilado de su voz, como si estuviera dando órdenes a sus oficiales.

Un momento después, el rey se había ido.

Detrás de él, en la antecámara, el hermano Jacques percibió que los cuchicheos en voz baja se convertían gradualmente en sonoros murmullos que reverberaban en las bóvedas. Los gritos de los mozos de cuadra, fuera, en el patio, puntuaban aquel zumbido constante. La tensión volvió a aumentar en cuanto la intención de marcharse de los hombres que se hallaban en la sala de audiencias fue de algún modo

transmitida a quienes aguardaban en la antesala.

Las puertas se abrieron intempestivamente con una fuerza sobrenatural. Durante un instante extraño e irracional, dio la impresión de que los acontecimientos que habían tenido lugar dentro de la sala de audiencias estaban siendo condicionados por cuanto ocurría fuera de ella. Repentinamente, los cortesanos salieron del recinto como gachas desparramándose de un saco volcado provocando una aparatosa desbandada humana.

El hermano Jacques hundió la cabeza entre los hombros en una posición defensiva y se apalancó sobre una pierna para hacer frente a la multitud que se precipitaba hacia él.

Bernard de Caen se hallaba entre los cortesanos, enfrascado en una profunda conversación con un prelado de cabellos plateados a quien Jacques no conocía. Trató de avanzar hacia ellos.

—¡Señor Bernard! ¡Señor Bernard! —le llamó con toda formalidad.

El inquisidor general se volvió, le miró un segundo, pero no se detuvo. Durante un instante, Jacques sintió sobre él la penetrante mirada de Bernard, aquellos profundos ojos verdes detectando sus pensamientos más íntimos, tal como le había sucedido durante la primera entrevista que había mantenido con él. A continuación, sin aguardar a que el joven inquisidor pudiera llegar a su lado, la rotunda figura pareció abrirse paso a través de la atestada antesala, codo con codo con el arzobispo.

Jacques vio a Nicolás de Lirey, que avanzaba con el antebrazo por delante como si fuera un escudo y su cabeza erguida por encima de la multitud que le presionaba. Con aparente facilidad, Nicolás consiguió abrir ante sí un camino estrecho pero suficiente y marchó en pos de Bernard de Caen.

Jacques adoptó su táctica, aunque comprendió que carecía del porte arrogante de su compañero seglar. De todos modos, la técnica funcionó y rápidamente se encontró frente a frente con Nicolás.

—¿Alguna noticia? —preguntó bruscamente.

La ira que había experimentado ante el hecho de ser excluido de la audiencia real aún no se había desvanecido.

—Van a quemar a los templarios.

—¿Enseguida?

—Esta misma noche.

La multitud les apretaba uno contra otro como si fueran arenques ahumados dentro de una cesta.

—¿Su majestad tomó alguna decisión acerca de nosotros? —preguntó entonces Jacques en tono hosco.

El destino inevitable de los caballeros templarios sólo había sido una cuestión de tiempo.

—No podemos hacer esperar al arzobispo de Sens —replicó Nicolás de Lirey con un gruñido impaciente, y levantando nuevamente su antebrazo desapareció en medio



de una corriente de capas de terciopelo.

La vieja altanería había reaparecido una vez más.

Jacques se sintió herido en lo más profundo, ya que había sido el propio Bernard de Caen quien le había ordenado que le aguardara en la antesala. «Esperadme. Hay mucho trabajo que hacer», había insistido su superior; y Nicolás de Lirey le había asegurado que abandonarían juntos el palacio real. No cabía la menor duda acerca de a quién reservaba Nicolás su lealtad; y aquel desaire era una buena prueba de ello. Por otra parte, y ahora que examinaba detalladamente toda la situación, el recibimiento inusualmente amistoso que le había ofrecido Bernard de Caen a su llegada a París era algo muy sospechoso en sí mismo.

Algo tan grande como una puerta y duro como el granito colisionó contra su espalda. Jacques casi perdió el sentido y supo que la multitud le arrastraba hacia la salida. No obstante, sintió que le invadía una refrescante comprensión mientras era expulsado con gran violencia a través de las puertas principales; una vez en el exterior aprovechó la primera oportunidad para apartarse del flujo de gente; luego, inclinó la cabeza en medio de aquel caos y pidió perdón por su egoísmo.

En medio de la conmoción había comprendido con absoluta claridad que el arzobispo de Sens era el prelado que había condenado a los cincuenta y cuatro templarios a morir en la hoguera. Y ahora su propio superior, cuya misión en París consistía en frustrar los planes del rey de destruir la Orden del Temple, exhibía públicamente una estrecha relación personal nada menos que con el mismo hombre que había acelerado los juicios.

Mientras Jacques permanecía traspuesto, atrapado en sus reflexiones, un oficial que vestía el uniforme del rey se abrió paso propinándole un fuerte empujón. Los ojos del hombre estaban fijos en un punto delante de él, sin embargo hubo algo en la sombría expresión de su rostro que avivaron la memoria del fraile. Estudió al oficial, que era extraordinariamente alto, tratando de situarlo en sus recuerdos.

Jacques sintió que una pesada mano le cogía del hombro y durante un instante su cuerpo se encogió ante la certeza de que un destino siniestro le había alcanzado y que su omnisciente superior había percibido su escepticismo. Se olvidó del oficial, que ya había desaparecido entre el gentío. En el mismo breve espacio de tiempo, los ataques sufridos en Ocre y durante el viaje a París pasaron como un relámpago por su cerebro y deseó que Briac estuviese allí.

Se volvió para enfrentarse a su némesis.

—¡Pero si es el buen hermano Jacques! —le saludó un rostro serio.

Jacques había sentido tanto temor ante un posible arresto e incluso ante la posibilidad de la muerte, que le pareció que la voz de aquel hombre se dirigía a otra persona. Miró rápidamente a su alrededor. No había la menor duda de que el soldado se dirigía a él. Un minuto más tarde se relajó y reconoció a su interlocutor.

—¡Renaud! —exclamó con auténtica alegría.

—¿Acaso tengo el aspecto de un fantasma? —preguntó el senescal con una

sonrisa. A continuación se quitó el sombrero y abrió la capa adornada de armiño con ambas manos—. Aquí tenéis, buena y sólida carne —dijo mientras se golpeaba el pecho—, y un buen amigo vuestro por añadidura.

Jacques se obligó a sonreír, pero mientras echaba un vistazo a su buen amigo de otros tiempos, percibió en el hombre un cierto nerviosismo, como si el senescal estuviera aferrándose desesperadamente a él. Había una mirada triste en sus ojos, sin embargo, su comportamiento afectuoso aliviaba los temores de Jacques.

Renaud palmeó calurosamente el hombro del fraile.

—Venid, caminemos y hablemos, hermano. No he tenido el placer de otra buena conversación desde la última vez que estuvisteis en París.

Jacques recordó que en aquella oportunidad se había tratado más de un monólogo que de una conversación y se maravilló de que Renaud se acordara de él. No obstante, se sintió feliz de disfrutar de su compañía, ya que Renaud podría darle los detalles de lo que había acontecido en la sala de audiencias, algo que la intempestiva marcha de Nicolás le había impedido averiguar.

Fueron arrastrados por la corriente de cortesanos y soldados hasta que tuvieron la oportunidad de apartarse de ellos, cruzar el río y dirigirse a la otra orilla; luego caminaron corriente arriba en la dirección opuesta a los edificios reales y la Sainte-Chapelle. El palacio del Louvre, recién construido, se alzaba delante de ellos. Los últimos rayos del sol del invierno neutralizaban el frío del aire y, un poco más lejos, el río corría brillante más allá de las siluetas de los pescadores. El alto nivel de las aguas indicaba que las fuertes lluvias continuaban cayendo al sur de la ciudad.

En la última isla, que cortaba la rápida corriente como si se tratara de la proa de un barco, hicieron una pausa y miraron a través del río. Aguas arriba, a partir del grupo de edificios que conformaba el convento de los agustinos, había una acequia que conectaba las dos ramas del Sena. Más allá se veía un trozo triangular de tierra sin edificios ni cultivos. Un grupo de trabajadores estaban clavando los postes para las hogueras mientras otro equipo de hombres se ocupaba de descargar haces de ramas y pequeños troncos de madera de un carro tirado por bueyes para disponerlos debajo de los postes.

—Muchos hombres buenos morirán aquí esta noche —comentó Essart.

—¿Rezamos por sus almas? —sugirió Jacques sin demostrar un interés especial por las palabras del senescal. Parecía que era lo que correspondía decir.

Entraron en una iglesia próxima. Cuando se arrodillaron juntos ante el altar principal, Jacques rezó por el alma de San Germano, que daba nombre a la iglesia, y por santa Genoveva, la santa patrona de la ciudad. Luego comenzó a considerar a aquellos condenados desconocidos y, casi sin darse cuenta, se encontró pidiendo perdón a San Bernardo, cuya ley estaba transgrediendo con su actual ocupación. A la vez, se dijo que el santo fundador de la orden había sido un caballero por nacimiento y que, también él había tolerado la matanza de los infieles por los monjes-guerreros al servicio de la Iglesia: los Caballeros Templarios.

Y en ese momento lo comprendió.

—¿Senescal? —dijo, consciente del temblor que recorrió el cuerpo de su compañero y que Renaud fue incapaz de controlar—. ¿Cómo se llama este lugar?

—La Île-des-Javiaux, hermano.

—Esos postes que preparan para las hogueras... Y los hombres buenos que habéis mencionado... ¿Quiénes son?

Renaud sonrió con ironía.

—Todavía deseáis rezar por ellos ¿no es cierto? Me temo que ya es demasiado tarde para salvarles.

—Pero... ¿quiénes son? —preguntó Jacques con lentitud, temiendo la respuesta.

—Debéis ser el único hombre de toda la ciudad de París que no lo sabe —replicó el senescal sonriendo—. Se trata del Maestre del Temple y de sus preceptores.

—¿De modo que ésa era la causa de la ira del rey?

—Su consecuencia —le corrigió Renaud.

Jacques miró hoscamente al senescal, comprendiendo por fin, con una sensación de fastidio ante su propia ceguera, que Renaud estaba sufriendo una enorme tensión de la que no hablaba.

—Algo muy extraño debe de haber sucedido —observó, en tono interrogativo.

El senescal asintió con la cabeza: aunque no dijo nada, Jacques percibió una nueva comunión entre ambos. Se pusieron en pie como si siguieran una consigna prefijada y se encaminaron hacia la puerta. Jacques sintió clavados sobre él los penetrantes ojos de Renaud, pero no le devolvió la mirada. Luego experimentó una ligera presión en el brazo.

—Hermano Jacques... ¿sois como todos los demás o puedo confiar en vos?

—Podéis confiar en mí como si estuvierais en el confesionario —dijo Jacques, volviéndose hacia el senescal. El hombre expresaba una honda amargura. Furia e incertidumbre. Pero también una desesperada necesidad de explicarse—. Hablad, podéis confiar en mí.

Sus palabras parecieron tranquilizar a Renaud, que suspiró profundamente.

—He estado al servicio del rey durante casi veinte años —comenzó a explicar, en un tono de voz grave y pesado—, y siempre he admirado al rey. Le he visto crecer desde que era prácticamente un novicio hasta convertirse en el hombre ambicioso que es hoy. En los últimos años he estado particularmente cerca suyo, trabajando en misiones que muy pocos miembros de la guardia real pueden realizar... —añadió, mirando a Jacques con gran ansiedad—. Naturalmente, debéis comprender que las cosas que os digo no pueden salir de estas paredes... vamos, por San Sebastián que no hablaría con nadie de ellas excepto con vos, un fraile campesino como yo mismo...

Jacques estaba seguro de que las compuertas estaban abiertas y que, con una ligera presión, los interrogantes que le embargaban serían felizmente resueltos.

—¿Nos sentamos? —sugirió, indicando un banco de piedra junto a la puerta de la

iglesia.

Aquello podía llevarles mucho tiempo y allí estaban a salvo. Algunos canónigos de la colegiata pasaron a su lado, pero no les prestaron la menor atención. En aquellos días conflictivos, un oficial del rey y un fraile resultaban una compañía bastante corriente.

—He sido despedido de mi cargo —dijo Renaud con total franqueza.

—Pero... por el amor de Dios... ¿por qué...? —preguntó Jacques, más interesado en los detalles de los acontecimientos que habían tenido lugar aquel día, pero sintiendo una simpatía genuina e instintiva por el obvio sufrimiento que embargaba a su compañero de otra época.

—La condenada reliquia —replicó Renaud distraídamente—. Debí haber sabido que no llevaría a nada bueno. Pero así es como ha sucedido, hermano Jacques. Si la hubiera hallado, me habrían cubierto de riquezas. Pero no pude encontrarla. Y aquí estoy, despedido de mi trabajo después de veinte años —añadió; y luego, como si acabara de pensarlo, dijo—: Y no fui yo el único. Sólo sucedió que estaba allí cuando su majestad el rey perdió el control. Jamás vi nada parecido en veinte años de servicio. Pero eso es lo que debéis esperar si estáis al servicio del rey; grandes riquezas un día y la cabeza en la horca al día siguiente.

La referencia hiperbólica a los dos extremos que Renaud jamás había conocido le resultó divertida al inquisidor. Ahora, sin embargo, estaba auténticamente interesado por el relato del oficial.

—Senescal, decidme cómo ocurrió.

—Allí estaba yo, en la sala de audiencias, sereno y sumergido en mis propios pensamientos, cuando oí que pronunciaban mi nombre: «Señor Renaud Essart, senescal de Toulouse». Era el señor De Nogaret. Me miró como disculpándose mientras yo avanzaba. Pero hasta yo pude comprobar que no tenía otra alternativa. «¿Sois Essart?», me preguntó el rey. Yo temblaba de la cabeza a los pies. «¿Sois el oficial responsable de la búsqueda?». «Majestad», repliqué, inclinándome ante él todo cuanto me fue posible. ¿Qué otra cosa podía hacer? «Pero la imagen no ha sido hallada. Podéis marcharos, senescal», me dijo el rey. «Estáis acabado». Sólo Dios sabe de qué imagen estaba hablando. Yo mismo no tengo la menor idea después de todo este tiempo. De todos modos, le dije «Majestad», y me incliné ante él. Ya había visto antes suceder cosas parecidas, hermano, y he conocido al rey durante demasiado tiempo como para comprender que sólo había una cosa que yo podía hacer. Me incliné aún más, si cabía, y retrocedí, alejándome del estrado del trono, contento de hallarme con vida.

El senescal apresó su propio cuello entre los dedos índice y pulgar e hizo un gesto elocuente.

—Muchos hombres han perdido la cabeza por mucho menos —añadió lacónicamente—, pero es extraño pensar que ya no soy un oficial del rey... que no tengo necesidad de regresar a Toulouse.

—¿Dónde iréis?

—Bueno, se me había ocurrido una idea —dijo Renaud embarazosamente. Estaba claro que no deseaba continuar hablando.

—Tal vez yo pueda ayudaros —sugirió Jacques—. Ahora debo marcharme, pero estaré encantado de volver a veros esta noche, después de las nonas. ¿Os parece bien aquí mismo, en Saint-Germain-l'Auxerrois?

Renaud sonrió.

—Sois demasiado buen hombre para ser un fraile, hermano Jacques, y sí, estaré aquí, y rezaremos juntos por las almas de estos buenos caballeros.

Sin añadir una sola palabra más, el ex senescal se marchó con paso enérgico más allá de la iglesia. Durante algunos minutos Jacques le siguió con cierta dificultad para no perderle de vista. Observó que los trabajadores de la pequeña isla estaban comenzando a disponer ordenadamente los haces de leña en la base de los postes de las hogueras. Se sintió feliz cuando finalmente llegó el momento de cruzar el río y marcharse de allí.

El rey estaba cerca. Aunque Essart no había mencionado el nombre, y tal vez ni siquiera el propio Felipe lo hubiera pronunciado abiertamente, la imagen debía ser la misma que la de Ocre, el objetivo de la investigación que desarrollaba junto al caballero De Lirey.

A medio camino, sobre el río, Jacques se vio asaltado por otro pensamiento que le obligó a detenerse; se trataba del rostro que había divisado en la antesala. El alto oficial de piel oscura que caminaba con tanta arrogancia a través del recinto había estado presente tanto en Ocre como en Borgoña. Había sido difícil reconocerle ataviado con las ropas de la corte, pero no cabía la menor duda. Era él, sin rasurar y vestido como los demás, quien había conducido el ataque de los pastores en San Eusanio; y también durante la tormenta. De modo que los hombres del rey se hallaban muy cerca, y pudo constatar que le habían estado siguiendo durante semanas. Sin embargo, a la vez, esta deducción se veía reafirmada por un hecho elocuente: significaba que ellos, sus perseguidores, no conocían de todo aquel asunto más de lo que él mismo sabía.

Jacques se dijo que era necesario reafirmar aquel convencimiento.

En el camino hacia París le había parecido que los interrogantes estaban comenzando a transformarse en respuestas y que el final de su misión se acercaba. Pero ahora surgían nuevas preguntas, de una especie que él jamás se hubiera atrevido a plantearse seis meses atrás.

¿Por qué en aquella ocasión Bernard de Caen había permanecido en la sala de audiencias del rey una vez que su misión diplomática estaba concluida? Y, sobre todo ¿por qué él, antes que cualquier otro entre los prelados y los oficiales presentes en la estancia, había sido convocado al estrado real después de que Guillaume de París informara acerca de las últimas noticias sobre la reliquia? ¿Cuál podía ser su conexión con la información acerca de la imagen? ¿Acaso lo había sabido durante

todo el tiempo? ¿Por qué aparentaba estar actuando en contra de los intereses del papa Clemente?

Jacques comprendió que debía reflexionar en profundidad sobre esta serie de interrogantes y que debía hacerlo en un ambiente más sereno.

Pero tenía poco tiempo.

No consiguió ese ambiente de serenidad deseado, ya que, para su sorpresa, Nicolás de Lirey estaba aguardándole cuando llegó al convento cisterciense.

—Esperaba encontraros aquí a mi regreso —dijo Nicolás en tono hosco.

Por una vez, Jacques le ignoró. No era el momento adecuado para seguir el juego al sentimiento de superioridad que exhibía su compañero.

—He sabido que el rey estaba furioso.

Nicolás le miró a los ojos.

—¿Lo habéis sabido o habéis estado escuchado desde el otro lado de la puerta?

—Lo he sabido —replicó Jacques con firmeza. Ahora también él estaba preparado para participar en el juego con las reglas de la diplomacia, y no tenía el menor deseo de ser tratado despóticamente por el joven aristócrata—. Tengo mis propias fuentes —añadió, volviéndose para beber de una jarra que había sobré de la mesa.

—¿Es eso cierto, mi señor abad? —replicó Nicolás con suavidad.

Jacques se irguió sobre sus pies.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—¿Es un secreto?

—No, supongo que no lo es —replicó el fraile.

Su papel de abad era tan nuevo que aún no había tenido tiempo de asumirlo en todas sus facetas.

—Bien, ahora que ya no estáis tan nervioso, permitidme que os ofrezca mis felicitaciones —dijo e hizo una pausa, sonriendo sinceramente a Jacques—. Abad de Fontfroide... suena muy bien.

«Y aumenta vuestro estatus», pensó para sí De Lirey. Ser amigo de un abad era mucho mejor que estar asociado con un simple monje cisterciense y con un inquisidor de a pie. Nicolás experimentó un deseo espontáneo de reforzar la confianza del nuevo abad.

—Nuestro señor Bernard se enorgulleció de su decisión y, también, de contar con el beneplácito del papa Clemente.

Jacques volvió a beber, tratando de ganar tiempo.

—¿Orgulloso de mí? —preguntó, escupiendo las palabras, con calma pero firmemente, mientras depositaba nuevamente la jarra sobre la mesa.

Jacques pensó en la seca despedida de que había sido objeto en la antesala de palacio. Y también en el momento previo, cuando le anunciaron su promoción.

¿Estaba imaginándose cosas o en los ojos de Bernard había percibido una expresión que no se alejaba mucho del desprecio cuando le dio las noticias acerca de Fontfroide? Y si era así, entonces se había equivocado al recrearse en su ascenso al cargo de abad. Se le ocurrió pensar que no había sido un premio sino, más bien, una golosina para alentarle en la búsqueda de la reliquia objeto de su misión. A fin de cuentas ¿qué era una abadía comparada con el riesgo de perder el control de la Iglesia?

Jacques comenzó a alejarse. Necesitaba hallar un poco de paz para poder reflexionar y no mantener aquella conversación.

Pero Nicolás se lo impidió.

—¿Pensáis acudir al Concejo de Justicia? —inquirió.

La pregunta le detuvo en seco. ¿Qué era lo que se proponía aquel noble caballero?

—¿*Quién lo preside?*

—El arzobispo de Sens.

¡Ah! Eso significaba que Bernard de Caen había abandonado la audiencia real precisamente con el hombre que debía pronunciar la sentencia formal contra la Orden del Temple que, se suponía, él mismo debía proteger. ¿Cuál sería su siguiente movimiento?

—No —replicó Jacques—, no tiene mucho sentido, ¿no es así? Su conclusión es evidente. El rey Felipe se saldrá con la suya. Los postes para la hoguera han sido dispuestos incluso antes de que comience el juicio.

—Hoy la furia del rey no tenía límites. «*Homo extracorpus est suum cum irascitur*»... «Cuando un hombre monta en cólera la razón desaparece». Nunca creí que vería al rey definido por ese proverbio...

Jacques no pudo resistirse y sonrió ante aquella muestra del conocimiento del latín. Nicolás estaba reclamando que se le respetara y confiara en él, aunque el fraile no podía comprender cuál era la razón de ese reclamo. Se sentó a la mesa, sobre un banco. Quizá, después de todo fuera un buen momento para conversar.

—Decidme qué sucedió —le preguntó Jacques amablemente.

Nicolás había recibido instrucciones en el sentido de que no debía revelar los detalles de la audiencia; sin embargo experimentó una nueva simpatía por aquel inquisidor que debía trabajar laboriosamente entre tinieblas y del que se esperaba lealtad hacia ambos bandos.

—En realidad, no hay mucho que decir. El mensaje del papa Clemente, que nuestro señor Bernard entregó al rey, le produjo a éste un súbito ataque de mal humor. «¡Quiero un juicio y lo quiero ya!», gritó, «no importa lo que diga su santidad el papa». Cualquiera otro hombre hubiera abandonado en ese momento, pero Bernard es muy astuto y no se marchó de la sala de audiencias, se limitó a esperar, como si estuviera seguro de que el rey se calmaría. Y así fue; en cuanto las otras cuestiones hubieron sido tratadas, el rey Felipe le llamó para una consulta secreta.

Jacques asintió. Se preguntó qué era lo que Bernard de Caen tendría que discutir

con el rey después de que el mensaje oficial que llevaba hubiese sido entregado. Sin embargo, examinando el rostro magro e impenetrable de su compañero, supuso que el joven De Lirey no lo sabría; y si lo sabía, era algo que no podía revelar. A continuación se le ocurrió una nueva idea.

—Pensaba que el único propósito de la sesión era el de resolver el problema de los templarios. ¿Qué otra cosa sucedió?

—El señor Guillaume de Nogaret fue llamado para que rindiera cuentas del progreso de sus investigaciones. Debíais haber visto la escena: «¿Dónde nos hallamos al cabo de todos estos meses?», gritó el rey. «¿Qué más necesitáis? ¿Acaso un hombre de vuestra experiencia, que cuenta con todos los hombres necesarios, es incapaz de hallar la reliquia?». De Nogaret no tuvo respuesta para aquella pregunta del rey, y trató de ganar tiempo diciendo: «Estamos cerca, señor», argumentó, «y los resultados se verán muy pronto, en cuestión de semanas, estoy seguro de ello...». «¡Semanas!», estalló el rey. «¡Quiero resultados inmediatamente!», dijo, y exigió que le informaran acerca del hombre que estaba a cargo de la operación, un pobre senescal llamado Essart, que lo ha perdido todo después de pasar una vida entera sirviendo a la corona...

El hermano Jacques controló la sonrisa que comenzaba a dibujarse en sus labios.

—El rey exigía que la reliquia fuera hallada inmediatamente —apuntó el fraile.

—Exactamente. Ése fue el primer signo de su cólera. Todos cuantos se hallaban en la sala de audiencias estaban paralizados y en silencio; y la voz del rey era tan clara como el cristal.

—¿Qué dijo?

—Deseaba saber cuándo sería hallada la reliquia. Con cada palabra que pronunciaba su voz se hacía más chillona y su rostro se transformaba de un modo como yo jamás había visto antes. Era una visión horrible, que Dios me asista. Sus mejillas enrojecieron, sus brazos comenzaron a temblar, y le gritó furioso a De Nogaret. Golpeó su cetro contra el suelo mientras le apuntaba con un dedo y rugió: «Estáis demostrando ser tan incompetente como todos los demás». Y luego atravesó colérico el estrado. —El entusiasmo del caballero De Lirey aumentaba a medida que avanzaba en el relato—. Pero lo que resultó más terrorífico fue que de pronto se quedó inmóvil como una piedra, sentado muy quieto sobre el trono, y ordenó a De Nogaret que se acercara como si nada hubiese sucedido.

—«*Potissimus irae fructus peonitentia*» —comentó Jacques con suavidad—. «La cólera nace con locura y acaba con arrepentimiento...». Decidme qué fue lo que sucedió a continuación.

—Sólo Dios sabe lo que podría haber sucedido. Pero en ese preciso instante anunciaron la presencia de Guillaume de París.

Jacques recordó haber presenciado desde el exterior la entrada teatral de Guillaume.

—¡Dijo que sus agentes habían localizado la reliquia! —añadió Nicolás,



disfrutando vivamente de su mayor conocimiento de los hechos.

—¿Qué?! —exclamó Jacques, comenzando a temblar del mismo modo en que el caballero De Lirey acababa de describirle—. ¿Qué es lo que habéis dicho?

Nicolás le respondió con lentitud, recalcando una a una cada palabra.

—Querido hermano, Guillaume de París informó que se trata de una imagen de Jesucristo Nuestro Salvador, una reliquia genuina preservada desde el día mismo de la crucifixión. En Italia. Un paño. ¿Qué pensáis de todo esto?

—Así que después de todo está en Italia —dijo Jacques para sí mismo, aunque en voz alta, luchando por recuperar el control.

Tenía sentido. Había oído historias acerca de mortajas utilizadas durante el entierro de Jesús y que se suponía que esos paños se hallaban en Edessa y Constantinopla. Sin embargo, esto debía ser algo especial.

—Tal como siempre habíamos pensado —reflexionó Nicolás en voz alta. No deseaba informar a Jacques acerca de la conversación privada que habían sostenido el rey Felipe y Bernard de Caen, ya que ello sólo serviría para demostrar su propia ignorancia—. Sin embargo, en unas cuantas semanas todo el mundo lo sabrá. Los embajadores del rey Jaime de Aragón y del rey Eduardo de Inglaterra estaban presentes. Ahora tenemos muy poco tiempo.

—Aunque quizá haya todavía el tiempo suficiente —observó Jacques. La ejecución pública de los templarios en la hoguera resultaría una diversión muy útil y él estaba seguro de que la clave se hallaba en Pietro de Ocre—. Muy interesante —dijo al joven aristócrata con toda la gratitud que pudo reunir en su voz.

El fraile comprendió que no había nada más importante que ganarse la confianza de Nicolás. Un nuevo plan estaba cobrando forma en su mente, con una racionalidad que le alegró verificar y, a la vez, con una crueldad que le resultó perturbadora. El primer paso consistía en interrogar a Jacques de Molay antes de que fuera demasiado tarde. Pero antes tenía que distraer a Nicolás de Lirey encomendándole otra tarea igualmente importante.

—Me han dicho que hay un sitio desde donde podemos oír a los templarios prisioneros sin que ellos se enteren —comenzó a decir en tono dubitativo—, y debemos ir allí a toda prisa, sin perder un minuto.

Nicolás acomodó sus cabellos echándolos hacia atrás, preguntándose qué sucedería a continuación. Irritado por el hecho de que el interés del inquisidor se hubiera esfumado repentinamente y de que su información ya no resultara fundamental, De Lirey sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Sin embargo, hay una pequeña tarea de la que me gustaría que vos os ocuparais primero —dijo Jacques, percibiendo que su nuevo cargo de abad hacía que sus órdenes fuesen aceptadas con mayor facilidad—. ¿Me haríais el favor de ir hasta el despacho del gobernador de la prisión y obtener las transcripciones del interrogatorio del Gran Maestre? Tal vez podamos hallar alguna pista.

—De inmediato —replicó Nicolás.

Aquella petición parecía ser suficientemente inofensiva.

—Me reuniré con vos en la prisión —añadió Jacques mientras observaba a Nicolás alejarse hacia la puerta con grandes zancadas—. Y otra cosa...

## Capítulo 28



Nicolás aceptó la tarea sin dudar, aunque se preguntó para qué quería realmente el hermano Jacques aquellas transcripciones.

Tarde o temprano me necesitará y entonces olvidará su desconfianza, pensó el joven De Lirey mientras se alejaba. El abad de Fontfroide se hallaba con toda seguridad sobre la senda correcta, sin embargo todavía no era consciente de la totalidad de las ramificaciones de su misión.

En la oficina del gobernador depositaron ante él, sobre una mesa y sujetos por una cuerda, una pila de documentos tan alta como una bota de montar. Tan pronto como le dejaron a solas, desató la cuerda y hojeó las transcripciones; sin embargo, la combinación de una rápida escritura monástica y las abreviaturas de los interrogatorios hicieron que su lectura le resultara ardua. Además, dudaba sinceramente que hubiera mucho que extraer de aquella pila interminable de antiguos interrogatorios.

Los apartó con un gesto, se limpió con ademanes de fastidio el polvo que ensuciaba sus puños y pensó en el hermano Jacques, o mejor, en el abad Jacques, tal como ahora debía considerarle. Tal vez había reaccionado con exageración en la antesala, reflexionó con más calma; al mismo tiempo, sin embargo, se había visto obligado a demostrar su lealtad a Bernard de Caen. Por deber y por nacimiento debía su fidelidad al hombre que había sido amigo de su padre y que podía redimirle de su decadencia; al hijo de un noble francés. No obstante, era consciente de una profunda tranquilidad interior mientras consideraba a aquellas dos figuras antitéticas que ahora aparecían de un modo tan decisivo en su vida: el prelado y el hijo del panadero.

Los extraños acontecimientos de los últimos meses estaban trastornando todas las premisas que se referían al papel que jugaba en aquella misión.

Nicolás se había metido en aquel asunto como un deber hacia la memoria de su padre, y para procurar vengarse del rey Felipe el Hermoso. Se había encadenado al inquisidor, le había informado, asistido e, incluso aprendido de él mientras viajaban juntos. El hermano Jacques había demostrado ser un hombre más listo de lo que Nicolás esperaba y parecía tener tantas oportunidades como cualquier otro de resolver

el problema al que se enfrentaban; ése era el hombre al que le habían enviado para que espicara.

Las órdenes de Bernard de Caen habían sido muy explícitas. Ahora, mientras aguardaba en aquel recinto solitario, recordó con absoluta claridad la voz de Bernard: «... en vuestra calidad de hijo de un amigo y de caballero, no existe hombre alguno mejor que vos». Le había explicado el asunto de Santo Spirito y la naturaleza de la reliquia, cosas que el hermano Jacques había tenido que descubrir por su propia cuenta, y durante meses había disfrutado de la superioridad que le confería poseer una mayor información. Pero ahora se sentía perdido y ese hecho lo perturbaba. El hermano Jacques se había convertido en un abad, con una capacidad autónoma de poder y de decisión. ¿En qué lugar se encontraba él en aquel preciso momento? No se había molestado en decírselo... ¿o acaso le había ocultado deliberadamente cuál era su destino? Cualquiera que fuera el caso, ahora era Nicolás quien necesitaba apoyo. Sin embargo, Bernard de Caen también se había vuelto más enigmático. No había nada nuevo en el futuro inmediato, y el misterio fomentaba el misterio.

Aquella mañana había sido la peor de todas. Nicolás se rio entre dientes mientras recordaba la irritación de Jacques por ser excluido de la audiencia real. Como si hubiera esperado que, de poder acceder a la sala, conocería algo útil.

Él, Nicolás de Lirey, caballero de Francia, había estado presente, había presenciado el acto desde una posición distante, como un extraño, y no había podido comprender la única cosa que podía tener importancia para ellos. Era cierto que él había leído la carta del papa, sin embargo hasta el hermano Jacques había podido adivinar que no se trataba de nada más que de una petición de clemencia en favor de los caballeros templarios. No, el aspecto público de la audiencia había concitado un interés escaso. La verdadera cuestión había tenido lugar durante los breves instantes en que Bernard de Caen había sido reclamado a presencia del rey cuando sólo unos minutos antes había provocado su ataque de cólera. Nicolás se había reído para sus adentros cuando los cortesanos murmuraron que el rechoncho hombrecillo que hablaba confidencialmente con el monarca estaba destinado a ocupar la Santa Sede... aun cuando le recordara una conversación que había tenido oportunidad de escuchar algunos meses antes. Era absurdo.

Miró fijamente los documentos que tenía ante sí como si deseara que le proporcionaran la solución al dilema al que se enfrentaba; sin embargo, las hojas amarillentas e inertes sólo planteaban interrogantes. ¿Cuál era su propósito? ¿Frustrar los planes del rey Felipe el Hermoso o ayudar a Bernard de Caen? Nicolás comprendió conmocionado que si su objetivo era frustrar los planes del rey, entonces el hermano Jacques era el hombre a quien debía respaldar. Su deber último consistía ahora en hallar la imagen. Movi6 la cabeza en un gesto de incredulidad ante aquel mundo revuelto; se pasó la mano por los cabellos, lamió el polvo de los manuscritos que cubría sus labios y miró a su alrededor en busca de un trago de agua.

## Capítulo 29



El Gran Maestro del Temple parecía indiferente ante la inminencia de su destino. Mientras aguardaba en el umbral de la minúscula celda, Jacques tuvo la desagradable sensación de que estaba siendo evaluado como un recluta potencial de la orden. Resultaba difícil creer que el prisionero estuviera encadenado al suelo por los tobillos y necesitó una gran fuerza de voluntad para entrar y ejercer su autoridad.

—Soy el abad Jacques Fournier, de la Orden del Císter —dijo, y sus palabras sonaron pomposas incluso para sus oídos.

El prisionero apartó la mirada con desprecio. Su perfil estaba dominado por una gran nariz corva, ligeramente alzada.

—He estado leyendo vuestra confesión con gran interés —comenzó prudentemente, recordando los cargos de otras transcripciones que había estudiado—. Punto uno: que durante vuestra recepción negasteis a Cristo, cuya imagen os fue presentada en un crucifijo, que escupisteis la mencionada imagen... Punto dos: que vos mismo, durante los últimos años, desarrollasteis la misma ceremonia con varios neófitos... y cometisteis otras atrocidades que no mencionaré en este día por la salud de vuestra alma.

Hizo una pausa, esperando alguna reacción y, mientras lo hacía, su conciencia le recordó el recado inútil al que había enviado a Nicolás. Su compañero no se merecía ese tratamiento; o quizá, en su calidad de espía de Bernard de Caen, sí lo merecía. Jacques se obligó a concentrarse en el Gran Maestro para evitar aquel pensamiento desagradable.

—Pero observo que el interrogatorio fue dirigido por el hermano Guillaume de París, de modo que me siento inclinado a aceptarlo con reticencia.

El Gran Maestro continuó con los ojos clavados en la pared y la mirada vacía, sin expresar el menor brillo de interés.

Jacques cruzó la celda para poder observar la mirada del prisionero. De Molay no flaqueó. Estaba más allá de cualquier posible amenaza, ya que moriría en la hoguera esa misma noche. Sería necesario intentar otro gambito de apertura.

—Según la información que poseo, fuisteis iniciado en la orden en Beaune, por

Amaury de la Roche, Maestre de la Orden en Francia, y por Humberto de Pairaud, Maestre en Inglaterra. ¿Es correcto? —preguntó con suavidad, permitiendo que aquellos nombres se prolongaran entre sus labios como una evocación nostálgica—. Debí ocurrir durante el liderazgo de Thomas Berard, si no me equivoco... —añadió, mirando con atención al prisionero—. De cualquier modo, mencionáis cierto aspecto «irregular» de la ceremonia. Es muy interesante y yo mismo he hablado con otros caballeros de vuestra orden que confirman lo que habéis dicho. Creí entender que ese aspecto «irregular» involucraba una cabeza, o una especie de imagen... que existía en todas las preceptorías principales, en la sala capitular. Realmente algo fascinante. Sin embargo, creo que había una imagen en particular... tal vez una imagen original de la que todas las demás eran sólo copias, algunas en crucifijos, otras en paneles de madera, algunas incluso talladas en bronce. —Jacques lanzaba golpes desesperados, buscando un gesto, por ligero que fuese, que sirviera de confirmación a su hipótesis—. Creo que ahora sé dónde se encuentra el original —añadió en tono confidencial.

No se produjo la menor reacción.

Se aproximó tanto al prisionero que podía detectar con claridad cada arruga del rostro destrozado en mil batallas e incluso el blanco de sus ojos. Podía oír la respiración profunda y regular, y percibió un olor curioso que podía proceder de Tierra Santa.

—He estado hablando con un tal Pietro —dijo entonces de manera casual—, vuestro preceptor en Apulia. Él también está aquí, en esta prisión, ya sabéis... Pietro de Ocre.

Las patas de gallo en los extremos de los ojos del prisionero se movieron imperceptiblemente. Si Jacques no se hubiera encontrado tan cerca del hombre y tan concentrado para detectar hasta la menor señal, aquella mínima respuesta le hubiera pasado completamente desapercibida. A continuación los ojos del anciano parpadearon brevemente, como si sus músculos estuvieran luchando por mantener su mirada ajena a la curiosidad que experimentaba.

Era suficiente. Y Jacques estaba seguro de que no recibiría nada más. Cogió su hábito y retrocedió caminando con mucho cuidado. Cuando llegó a la puerta, juntó las manos en una plegaria, inclinando la cabeza en dirección al viejo templario encadenado. Rezó en silencio, percibiendo la enorme fuerza interior del hombre. El Gran Maestre no había pronunciado una sola palabra, pero había corroborado involuntariamente su hipótesis.

Jacques se persignó:

—Dios bendiga su alma, Maestre —dijo.

## Capítulo 30



Nicolás le aguardaba en el despacho del gobernador. Estaba sentado a una mesa leyendo una pila de manuscritos descoloridos.

—Las transcripciones que habíais pedido —dijo el joven De Lirey.

Aunque era mediodía y la habitación estaba iluminada, una antorcha refulgía en un soporte de la pared, a su espalda.

—¿Habéis cumplido las órdenes tal como os pedí?

—Sí —replicó Nicolás, señalando la antorcha. —Pero ¿no deseáis ver esto primero?—. Y le acercó unos cuantos papeles amarillentos.

—Más tarde —dijo Jacques, preguntándose si realmente había detectado una nota de sospecha en la voz de Nicolás.

Deseó, una vez más, haber pensado en otra excusa con la que mantener ocupado al joven caballero. Debió haber sido incluso más cuidadoso en lo que se refería a la segunda parte de su plan, ya que sería absolutamente esencial evitar la menor sospecha.

—¿Está todo dispuesto? —preguntó entonces, evitando un mayor embarazo.

—Ya he dado las órdenes correspondientes —dijo Nicolás y a continuación hizo una pausa. Durante un momento el deber ocultó sus dudas secretas acerca de su inmediato superior—. ¿Creéis que deberíamos informar a nuestro señor Bernard? No sabe nada de todo esto.

—La responsabilidad es mía —replicó Jacques, y pensó: «Lo decís porque vos no tenéis la menor idea de dónde se encuentra Bernard»—. Vámonos —dijo entonces, volviéndose hacia la pared donde un archivo había sido desplazado hasta revelar detrás la existencia de una cortina negra.

—Pero las transcripciones...

—No serán necesarias. He tenido la inesperada oportunidad de ver al Gran Maestre en persona —explicó Jacques, alegrándose de que Nicolás no pudiera verle el rostro.

La conmoción que le produjo esta información provocó en Nicolás un sentimiento de consternación más que de ira; y, a la vez, sirvió para sacudir su estado anímico en

un momento en el que parecía que ya no podía ser sobrecogido por nada nuevo; como si se tratara del efecto de un suave oleaje tras un naufragio.

De modo que había sido planeado de aquella manera y las transcripciones no habían sido más que un ardid. Sin embargo, el hermano Jacques también le había informado acerca de sus encuentros con De Molay cuando no tenía necesidad de hacerlo. En esas condiciones cualquier comentario que hiciera no sería más que una pérdida de tiempo. Buscando algo de acción para disfrazar el golpe recibido, Nicolás cogió la antorcha de su soporte, se adelantó a Nicolás y apartó la cortina. A continuación, avanzó la antorcha y pasó a través de la abertura toscamente abierta en la pared.

—¡Venid! —dijo.

El suave eco de su voz contra la roca sugirió una calma que incluso le sorprendió a él mismo.

Jacques observó en silencio, preguntándose hasta dónde podía confiar en Nicolás; luego le siguió a través del pasadizo que se abría detrás de la puerta oculta.

Tras avanzar una docena de pasos, el pasadizo terminaba de forma abrupta en un agujero negro y circular abierto en el suelo. Jacques recogió su hábito y descendió con mucho cuidado por la escalera de caracol que se hizo visible a la luz de la antorcha, mientras Nicolás descendía indicándole el camino. El fraile encontró el camino apoyándose en la pared, siguiendo a su compañero. Era más sencillo que el descenso a las mazmorras de Aigues-Mortes.

Al pie de la escalera, un pasadizo todavía más estrecho se perdía en la oscuridad.

A intervalos regulares de alrededor de diez pasos había aberturas que no eran mayores que el rostro de un hombre. Jacques se detuvo ante una de ellas, acercó su cara a la pared hasta que el agujero se ajustó como una máscara y trató de echar un vistazo más allá de él, pero se apartó bruscamente cuando su rostro rozó una telaraña. Sus hombros golpearon contra la pared opuesta mientras procuraba desprenderse de los pegajosos filamentos que colgaban de su piel como trémulos dedos fantasmales.

—Shhh —dijo Nicolás en un murmullo—. Ya hemos pasado cinco aberturas, y el gobernador dijo que estarían en la séptima celda. Será mejor que dejemos aquí la antorcha y continuemos a oscuras.

—¿Creéis que es lo más sabio? —objetó Jacques.

—De otro modo podrían descubrirnos.

—Es cierto.

Nicolás tenía razón, sin embargo, aún así Jacques sentía cierta reticencia. Echó un vistazo hacia adelante, buscando algún obstáculo en el debilitado haz de luz.

Llevaba el hábito recogido, de modo que lo dejó caer al suelo para liberar sus manos y comenzó a andar a tientas a lo largo del pasadizo oscuro. La piedra áspera de los muros le hería la piel de las manos. Detectó la primera abertura y miró hacia atrás, estremeciéndose al ver la figura fantasmal de Nicolás, con los brazos extendidos ante sí, perfilándose contra la luz trémula de la antorcha. Se dijo que no volvería a mirar



atrás y prosiguió el camino en busca de la séptima abertura.

Oyó voces que llegaban hasta él como el murmullo que producen las hojas del otoño arrastradas por la brisa. Jacques rio para sí: su gambito estaba funcionando. Se inclinó hacia la pared y avanzó el rostro contra el oscuro agujero, apartando las telarañas y escuchando con suma atención. En la fría mazmorra podía sentir el flujo cálido de la sangre recorriéndole el dorso de las manos.

Nicolás estaba a su lado, tratando de hacerse un sitio presionando suavemente con el codo. No podía entender el motivo del inquisidor en aquella absurda empresa, pero tampoco quería perderse nada. Se preguntó si todas las prisiones inquisitoriales contaban con esa red de corredores detrás de las celdas.

—¿Están con él allí dentro? —inquirió De Lirey con un murmullo.

También él sentía la calidez de la sangre y procuró quitarse las telarañas de las manos.

—Alguien está con él —replicó Jacques.

—¿Están dispuestos a morir por su secreto?

—Son hombres desesperados. Serán ejecutados en cuestión de unas pocas horas. Ésta es su última oportunidad —dijo Jacques, y a continuación hizo una pausa para apartar los últimos restos de telaraña—. Escuchad. Hay al menos tres voces diferentes.

Deberían haber sido cuatro, pensó Jacques.

Una de las voces era la que ordenaba. El inquisidor no había oído nunca la voz de De Molay, pero supuso que ahora estaba, oyendo al Maestre.

—Es demasiado tarde... —Estaba diciendo—, alrededor de siete años.

La voz revelaba todo el peso de la resignación.

—... acontecimientos más allá de mi control, de nuestro control —dijo una segunda voz desconocida.

—Tonterías. Aún no está todo perdido. Ahora debemos pensar en nuestra Orden y en su futuro —dijo una tercera voz, que Jacques reconoció como perteneciente a Pietro de Ocre, con su fuerte acento francés. Dada la situación en la que se hallaban, aquella muestra de optimismo resultaba cuando menos sorprendente.

—¿No habéis perdido jamás la fe? —preguntó la segunda voz. Fue Hugues de Pairaud o Geoffroi de Charny.

—Desde luego que no. En el nombre de mi tío yo he guardado nuestro secreto a lo largo de estos últimos siete años —prosiguió Pietro—. Mi propia vida apenas si tiene importancia; ni siquiera las peores torturas de la Inquisición obtuvieron la menor respuesta de mí. Nuestra causa es demasiado importante.

Jacques se volvió instintivamente hacia Nicolás, pero el joven caballero resultaba invisible en aquella compacta oscuridad. Se echó hacia adelante para oír mejor.

—¿Incluso hoy, cuando nos hallamos a pocas horas de nuestra muerte? No hay futuro —argumentó Jacques de Molay.

Su voz sonaba abatida y exhausta, resignada a la muerte.

—Estáis equivocado, habrá un futuro. Nuestras muertes no son el final de la causa —afirmó Pietro.

Una vez más, su tono sorprendió a Jacques, que pensaba que conocía muy bien a aquel hombre.

Antes de que Pietro prosiguiera hablando se produjo un largo silencio.

—En algún sentido me alegro de que hayamos llegado al final y que estemos juntos. Los años hicieron que la resistencia fuera cada vez más dura y debo confesaros que no estoy muy seguro de poder soportar más torturas sin revelarlo todo. Mi voluntad ha llegado al límite de sus fuerzas, pero mi coraje no se ha agotado. Moriré con orgullo. Cada hombre y cada mujer presente podrá comprobar el coraje que identifica a un caballero templario.

—Bien dicho —dijo la tercera voz—. Vamos a darles, a todos ellos y a ese bastardo rey de Francia, un ejemplo de nuestro coraje. Denunciemos públicamente las falsas acusaciones y perezcamos como verdaderos caballeros.

La propuesta fue seguida por un murmullo de acuerdo general.

Nicolás pensó que, efectivamente, aquellas palabras eran dignas de todo respeto. Se sintió tentado a hacer un comentario al hermano Jacques, pero comprendió que corría el riesgo de ser descubierto. Sentía una instintiva camaradería con aquellos caballeros condenados, aunque allí, en el pasadizo, experimentaba incluso una mayor camaradería con el inquisidor. ¿Se debía simplemente a que aquellos hombres estaban a punto de morir mientras que el fraile iba a vivir?

Jacques percibió la reacción de Nicolás y sonrió para sí al adivinar las razones del joven caballero. Sin embargo, para él, la afirmación de Pietro de Ocre acerca de que no podría resistir más torturas tenía una gran importancia.

Las voces prosiguieron en el interior de la celda.

—Ningún hombre superará mi coraje esta noche —afirmó alguien perentoriamente.

Al principio, Jacques supuso que se trataba de la voz de otro caballero, pero luego comprendió que se trataba nuevamente del Gran Maestro, hablando con renovado arrojo.

—Y ahora ocupémonos de lo que realmente importa —añadió con el entusiasmo que, seguramente, siempre había sido natural en él.

El cambio operado resultaba desconcertante. Años atrás, antes de ser arrestados, todos ellos debían pertenecer a un capítulo secreto.

—Debemos salvar la Imagen de Nuestro Señor del rey Felipe, y utilizarla para reconstruir el poder de nuestra Orden.

«La Imagen de Nuestro Señor», repitió Jacques en silencio para sí. Oyó que Nicolás murmuraba algo en la oscuridad. ¿Qué era exactamente aquella imagen? ¿Y dónde estaba? Lo más extraordinario de todo era la fe absoluta que aquellos caballeros tenían en su poder.

—El problema es cómo podemos salvarla y ponerla con el correr del tiempo en

manos de nuestros hermanos —continuó Jacques de Molay.

—Tal vez yo tenga la respuesta —dijo la segunda voz, hablando tras un largo silencio. Jacques escuchó atentamente—. Creo que la solución ha llegado a nuestras manos precisamente en el día de hoy.

—¿Cómo puede ser? —preguntó De Molay, y el hermano Jacques compartió plenamente su interrogante—: ¡Decídnoslo!

—Un fraile dominico vino a verme esta mañana a mi celda, afirmando que le enviaba el propio rey. Tenía una proposición que hacerme.

Nicolás se volvió bruscamente hacia el hermano Jacques, olvidando en su excitación que el otro no podía verle. Alejó de su mente una primera sospecha: ni el propio Bernard de Caen podría hacerse cargo de semejante duplicidad. Se imaginó que ahora la respiración del joven inquisidor se hacía más pesada. Era evidente que aquellos caballeros sabían que era la «Imagen de Nuestro Señor» y dónde podía ser encontrada. Se inclinó sobre la piedra del muro como si de aquella manera pudiese mejorar su audición.

—¿Qué clase de proposición? —preguntó Pietro de Ocre con idéntica excitación. Su entusiasmo, después de tantos años de prisión, resultaba extraordinario.

—Que yo podría firmar una tregua en beneficio de nuestra orden. El hombre dijo que es demasiado tarde para salvar a nuestro Gran Maestro, cuya muerte, afirmó, es exigida hoy por el pueblo de París, pero estaba preparado para negociar la libertad de Hugues y la mía propia y la de un centenar de hermanos caballeros templarios a cambio de información. Se les permitiría vivir en completa libertad dentro del reino de Francia bajo la condición de que no conspiren contra el trono.

—¿Y cuál es la otra parte del trato?

—Quiere saber dónde se encuentra la imagen.

—¡Ah! —exclamó Jacques de Molay—. Ahora lo entiendo. Yo he de morir y vos saldréis en libertad. Es un plan excelente.

—Nos debemos a la Orden, mi señor, y no a nuestras propias vidas.

—¡Es un ardid! Jamás debéis confiar en un fraile.

Nicolás sonrió en la seguridad de la penumbra.

—Pero podemos engañarle —observó Pietro de Ocre—. En realidad, yo mismo no sé con certeza dónde se halla la imagen después de todos estos años. Podría adivinar que...

Adelante, intentad adivinarlo, pensó el hermano Jacques en la oscuridad. Percibió, a su lado, la tensión que también embargaba a Nicolás.

—... sin embargo, en cualquier caso, si le damos una información falsa ganaremos el tiempo suficiente para que nuestros caballeros la encuentren. Enviaremos a sus hombres a Roma y luego a nuestros propios hombres al lugar correcto, ya que estoy completamente seguro de que continúa escondida en Ocre.

—¡Excelente! —exclamó De Charny—. ¿Maestre?

—¿Podemos enviar un mensaje fuera de esta prisión?

—Hay guardias que por una suma adecuada se encargarán de llevar el mensaje...

—Bien. Entonces este será nuestro plan de acción: enviaremos una carta a Berengar de Pollencourt, con quien hay dos de nuestros caballeros que aguardan nuestras noticias en las proximidades de París. Les enviaremos a Ocre con las mejores indicaciones que nos sea posible elaborar y que Pietro puede proporcionarnos mejor que cualquier otro hombre vivo. Luego aceptaremos el juego del rey. Geoffroi negociará con él y procurará la libertad de nuestros caballeros si no la nuestra propia. Decidle lo que queréis, ya que es suficiente con que ganemos unas cuantas semanas.

La voz del Gran Maestre aumentó de volumen y asumió un timbre seguro a medida que continuaba explicando el plan. Era como si estuviera dirigiendo un capítulo antes de una gran batalla, recitando un retórico canto del cisne.

—Nuestra fe en Thomas Berard, que estaba presente durante mi propia ceremonia de iniciación, y en su sobrino el conde Pietro, está plenamente justificada. Nos enfrentaremos orgullosos a la muerte y al abrigo del amor de Nuestro Señor, en la confianza de que la Orden del Temple sobrevivirá. El hermano Berengar es un hombre bueno y encontrará la imagen que dará vida a nuestros planes. Luego dirigirá a los caballeros libres hacia España e Italia y todos se encargarán de divulgar nuestra inocencia. Tomarán como modelo el templo de los condes de Ocre y lo reconstruirán allí donde residan los caballeros templarios para que la Imagen de Nuestro Señor brille sobre nuestros caballeros y les dé fuerzas en los momentos de adversidad.

La certidumbre profética de sus palabras produjeron en Jacques, de mala gana, una cierta admiración. Podía percibir la respiración de Nicolás en su mejilla y supo que el joven caballero compartía sus sentimientos.

—Y ahora moriremos en paz y en el amor de Dios —añadió el Gran Maestre con calma.

Un prolongado silencio siguió a aquellas palabras. Una vez más, el hermano Jacques se sintió conmovido por el poder que la imagen podía proporcionar a la gente que creía en ella. Incluso a tanta distancia y después de muchos años.

Ya no había nada más que oír. Tocó el brazo de Nicolás para indicarle que había llegado el momento de marcharse.

Nicolás estaba más que deseoso de salir de allí. Era un alivio regresar a la oficina del gobernador, que resultaba espaciosa y aireada después de haber permanecido en el oscuro y estrecho pasadizo.

Jacques bebió de la jarra que había sobre la mesa.

## Capítulo 31



—¡Mi señor Jacques! ¡Mi señor Jacques!

Los gritos llegaban desde muy lejos e iban dirigidos a alguna otra persona. Sólo la familiaridad de la voz le recordó que ahora él era el abad. Se volvió y vio a Briac la Bestia corriendo en su dirección. Le alegró encontrarse con el guerrero y poder hablar con él en su propia lengua. Representaba un mundo de confianza compartida en medio de aquella pesadilla de sospechas.

Sin embargo, mientras se acercaba, Jacques percibió en el rostro del soldado una mezcla de excitación y de pánico. Sintió que su cuerpo se ponía rígido.

—Tengo noticias muy importantes, mi señor —dijo Briac—. Se dice que tres caballeros templarios conducidos por un tal Berengar han abandonado la ciudad en dirección a Italia. Mataron a los guardias de la puerta de Orleans y huyeron —explicó el soldado—. Dicen que el rey ha ofrecido tierras y plata al hombre que les dé captura.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace dos días, señor. El mismo día en que llegamos a París. Al amanecer. Pero no lo he sabido hasta hoy.

Jacques se tocó la frente con la palma de la mano, casi esperando comprobar que tenía algo de fiebre. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién movía los hilos? Acababa de oír la elaboración de un plan que ya había sucedido dos días atrás. Miró a Briac con una expresión de incredulidad.

—¿Estáis seguro?

—Tan seguro como que estoy aquí a vuestro lado.

La presencia de Briac hizo que el hermano Jacques se sintiera turbado. Necesitaba estar solo.

—Id a las barracas para ver si podéis averiguar algo más —le ordenó.

Fue lo primero que se le ocurrió, aunque le sorprendió la naturalidad con la que daba las órdenes.

—Sí, mi señor.

—Sois un buen hombre, Briac. ¡Estad atento! Ahora he de ir a ver a nuestro señor

Bernard de inmediato. Y preparaos, ya que a partir de ahora y en cualquier momento podemos vernos obligados a abandonar la ciudad de París.

En cuanto Briac se hubo marchado, Jacques permaneció inmóvil observando las torres del palacio real y luego los muros de la prisión de la Inquisición. Sobresaltado, comprendió que alguien había estado manipulando al Maestro del Temple y sus compañeros, fingiendo ayudarles, obteniendo información y luego manteniéndose un paso por delante, actuando en alianza con Berengar y los demás caballeros. Y con toda evidencia esa persona no era otra que el misterioso dominico que había visitado a Jacques de Molay en el nombre del rey. Sin embargo, su intuición le indicó que podía tratarse de alguien más... su superior, Bernard de Caen. Era absurdo, sin duda, pero la sospecha persistió en su ánimo.

Finalmente, como si percibiera una mirada invisible sobre sus hombros, se volvió hacia la colina donde Bernard de Caen le aguardaba, en la casa del abad Gilles. De repente, misteriosamente, Jacques percibió el triángulo que componían los tres puntos, semejante al que Nicolás había visto cuando estaban en Ocre, y comprendió que él se hallaba en el centro del triángulo. El hijo del panadero de Saverdun se enfrentaba a tres de los mayores poderes que existían sobre la tierra: el rey Felipe, Guillaume de París y Bernard de Caen. Era terrorífico. Y también estimulante.

Se obligó a volver a la realidad y se dirigió a grandes zancadas hacia la casa del abad Gilles.

Estaba protegida. Abandonando cualquier intención de guardar el anonimato, Jacques se dirigió ansiosamente a la puerta de la casa. Al cruzar el umbral pudo oír la voz impaciente de Bernard de Caen y entró con rapidez.

El inquisidor general para Provenza estaba sentado a la mesa en compañía del abad Gilles, Nicolás de Lirey y el secretario personal del abad.

Jacques tuvo la sensación de que había transcurrido un siglo desde el día en que fuera llamado al cuartel general del abad, en Mirepoix, y se sintiera conmovido por la mirada penetrante de aquel hombre menudo y silencioso.

Ahora, el aura de poder de Bernard se había evaporado. Con un sobresalto, el joven inquisidor se sorprendió estudiando por vez primera los detalles de la cabeza de Bernard de Caen: el tic nervioso que hacía que su ojo izquierdo pestañeara brevemente cuando comenzaba a hablar; las orejas, exageradamente grandes, de las que sobresalía una mata de pelo más negro incluso que el que lucía en su cráneo casi calvo; el gran cuello rechoncho que daba la impresión de estar derramándose sobre sí mismo.

Sin embargo, su presencia era tranquilizadora; aunque la agitación de sus gestos evidenciaba su preocupación. ¿Acaso había cometido un error dudando de la lealtad de su superior? Le alegró descubrir que sus dudas se desvanecían; lo cierto era que debía a Bernard su reciente nombramiento de abad. Jacques decidió que en cuanto su

misión hubiese finalizado, partiría de inmediato hacia Fontfroide. Esta última decisión le relajó, se sintió abrigado por una nueva confianza, curioso por cuanto Bernard tuviese que decirle y preguntándose si Nicolás había tenido tiempo de explicarle los detalles de la primera parte de su plan.

Bernard de Caen no malgastó las palabras.

—Los caballeros del Temple conocen la existencia de la reliquia —comenzó con brusquedad— y están haciendo un último intento por recuperarla. Parecen creer que de ese modo serán capaces de salvar su Orden. Tres caballeros abandonaron París hace dos días, aprovechando la oscuridad de la noche, con destino a Ocre.

De modo que Bernard conocía la verdadera fecha de la partida, reflexionó Jacques, y también cuál era su destino. ¿Sería él quien había procurado engañar a Geoffroi de Chamy?

Bernard de Caen dio un golpe sobre la mesa.

—Debemos ser nosotros quienes la encontremos primero —gritó. Luego, repentinamente, se calmó otra vez. Jacques sintió todo el peso y la intensidad de su mirada—. He ordenado a mis hombres que preparen los caballos, los pertrechos y todo cuanto sea necesario para emprender el viaje. Debéis partir tan pronto como os sea posible. ¿Cuánto tiempo necesitáis para disponerlo todo?

—Dos o tres días —replicó Jacques.

No tenía sentido discutir. Miró a su compañero seglar.

—Tres días serán suficientes —aceptó Nicolás.

—¡Que sean dos! —ordenó Bernard secamente—. Os conseguiré los caballos más rápidos. Es imperativo que vuestra misión tenga éxito.

Jacques volvió a mirar a Nicolás, feliz de que hubiese alguien más que compartiera esa responsabilidad.

—Creo que no es necesario añadir que su santidad el papa Clemente proporcionará todo su apoyo a esta misión. Ha renovado sus cartas de presentación para este viaje. Tal como se acordó la primera vez, deben permanecer en secreto siempre que ello sea posible. Pero si necesitáis hacer valer esas credenciales para obtener algún tipo de asistencia podéis presentarlas en cualquier monasterio. Vuestros deseos serán órdenes. —Hizo una pausa y estudió uno por uno el rostro de los dos hombres que tenía ante sí—. Además, hermano Jacques, debéis comprender la extraordinaria importancia de esta tarea para vuestra carrera. Actuáis a las órdenes de la mayor autoridad de la Iglesia, en una misión que es de importancia vital. Lucháis con desventaja, pero Dios estará de vuestra parte. Roguemos para que, con la ayuda de Dios, vuestra misión alcance el éxito.

Los dos hombres inclinaron la cabeza mientras Bernard de Caen rezaba una corta plegaria.

Luego, Jacques sintió una mano sobre el brazo y le sorprendió verse conducido a un aparte.

—Naturalmente, el éxito de la misión será adjudicado a la Iglesia y al Opus

Christi, pero no descuidaremos vuestra propia promoción.

Antes de que pudiera pensar en una respuesta adecuada, Bernard se había marchado. Ahora hablaba con el abad Gilles en el rincón más apartado de la estancia, cogido al brazo de su anfitrión y con su cabeza calva inclinada conspiratoriamente sobre el hombro del fraile.

Un estremecimiento recorrió su espina dorsal. ¡Abad Jacques! Y había aún más promesas. ¿A que podía referirse? ¿Un obispado? ¿Había algún límite a sus perspectivas? A continuación se sorprendió reflexionando acerca de dónde se originaba el impulso que respaldaba aquella misión: ¿en el papa Clemente o en el propio Bernard?

Bernard había estado siempre perfectamente informado y contaba con aquellas cartas de presentación, verdaderas credenciales que ya habían sido firmadas en Avignon, además de caballos, hombres... y estaba capacitado para hacer promesas de promoción... como si en aquel complicado juego se hallara permanentemente un paso por delante de todos los demás. Pensar en la manifiesta omnisciencia de Bernard proporcionó a Jacques una nueva idea. Atravesó rápidamente la habitación.

—¿Tenemos alguna información acerca de la ruta que siguen los templarios?

—Desde luego que sí —replicó Bernard. Por primera vez Jacques se sintió conmovido por el hecho de que Bernard y Nicolás de Lirey tuviesen aquella frase en común—. Nuestros agentes nos informan que los templarios se dirigen hacia el paso de San Gotardo. Una de sus últimas comandancias operativas se halla precisamente allí y esperan conseguir más hombres. Sin embargo, también hemos sabido por otras fuentes, que el paso está bloqueado por las últimas tormentas de nieve. De modo que será sencillo adelantarse a ellos si viajáis rodeando los Alpes...

Allí estaba otra vez aquella patente omnisciencia. Mientras le escuchaba, recordó nuevamente al dominico que había visitado a Geoffroi de Charny, y la propia afición de Bernard de Caen por vestirse con el hábito de esa Orden. Pero ahora había cosas más urgentes que atender.

—¿Rodear los Alpes? —preguntó.

—Navegando desde Chalón río abajo por el Saona y el Ródano y luego, desde Marsella hasta Génova.

—Viajaré por tierra —dijo el abad Jacques con una audacia y una autoridad que sorprendió a todos, a él el primero.

Una náusea trepó hasta su garganta cuando recordó el viaje realizado desde Marsella varios años atrás.

—Con deseáis —dijo Bernard que parecía aceptar el tono definitivo de la respuesta de Jacques—. Podéis desembarcar en Avignon y desde allí dirigiros a Grasse montando los caballos más rápidos.

A Jacques se le ocurrió todavía otra idea.

—¿Su majestad el rey Felipe sabe algo acerca de este viaje?

—¡Desde luego que no! —replicó Bernard hoscamente.



—Eso está bien.

El cambio de tono en la Voz de Bernard de Caen renovó las sospechas de Jacques. El joven abad se alegraba de saber, por intermedio de Briac, de la discrepancia de fechas, ya que de otro modo se hubiera delatado con mayor facilidad. ¿A qué estaría jugando Bernard ahora? Comprendió con inquietud que alguien había permitido que los templarios creyeran que podían ser más listos que la Iglesia y que el rey, utilizándoles como señuelo para luego echarles los perros.

Jacques miró a Nicolás, cuyo rostro magro permanecía impassible, sin traicionar el menor sentimiento o interés por el tema. ¿Se trataba solamente de aquel típico distanciamiento aristocrático que le caracterizaba? ¿Estaba mejor informado que él? ¿O acaso Nicolás también percibía la ambigüedad de la situación y cambiaba de bando en su fuero íntimo? Jacques deseaba con toda su alma que le fuera posible confiar más plenamente en el joven caballero De Lirey. Sin embargo, era consciente de que sólo debía seguir su propio consejo... y esperar. Anheló la independencia que le proporcionaría el largo viaje que iba a emprender.

—Vamos, Nicolás, tenemos mucho que hacer —dijo entonces.

Era el momento de poner en marcha la segunda parte de su plan. Primero enviaría a Nicolás a que organizara la partida. Luego acompañaría a Renaud al espectáculo vespertino.

## Capítulo 32



La impresión general era que todo París se había trasladado esa noche a la Île-des-Javiaux.

El abad Jacques era empujado, golpeado y sacudido por la inmensa muchedumbre de soldados, estudiantes, mujeres, hombres y niños que se agolpaban sobre los puentes que conducían a la Isla de Palais y convergían allí formando una masa abigarrada. El joven inquisidor miraba insistentemente hacia atrás para comprobar que Renaud, el ex senescal del rey, todavía le seguía. Cuando podía echar un vistazo a través de una brecha en el gentío, se maravillaba ante la gente que se atrevía a cruzar el río precariamente erguida sobre las barcasas de fondo plano. Era una noche deliciosa y todo el mundo parecía muy estimulado y bien dispuesto a participar en la primera excursión del año.

Al principio se sintió incómodo luciendo el hábito negro de los dominicos que había elegido para pasar más desapercibido. Su propio hábito blanco de lino le hubiera convertido en una figura demasiado llamativa, y con tantos Frailes Negros en París aquel disfraz era perfecto. El abad Gilles se lo había sugerido y le había provisto del hábito como si fuese la cosa más natural del mundo. Estaba muy clara cuál era la estratagema utilizada por el propio Gilles para pasar desapercibido en sus desplazamientos por Francia. Jacques, promovido ahora a una nueva dignidad, se rio entre dientes; era una ironía que, precisamente él, se viera obligado a disfrazarse de inquisidor dominico. Sin embargo, aprendió muy pronto a saborear las sonrisas de desprecio de la gente con un profundo placer irónico. Detrás de él, sin perderle de vista, el ex senescal Renaud iba vestido con una sencilla y anónima túnica marrón de soldado corriente.

Cruzaron un precario puente de tablas de madera que había sido construido de forma improvisada por encima de la acequia. La pequeña isla palpitaba, frenética de actividad, con la barahúnda típica de una gigantesca feria de atracciones. Aquel trozo de tierra que el día anterior estaba desierto y yermo aparecía ahora cubiertos de gentes y pisadas, y cruzado por numerosos senderos flanqueados por barracas y numerosos puestos de venta de cerveza, aguamiel, broquetas de carne y todo tipo de

dulces.

A Jacques le divirtió observar, también a la venta, un amplio muestrario de insignias falsas de peregrinos de Compostela dispuestas para aquellos que no deseaban hacer el largo viaje. Los juegos de cartas y de dados atraían a los soldados, que acababan de recibir su paga como el estiércol a las moscas. Malabaristas, magos, acróbatas, charlatanes y embusteros de toda ralea habían levantado sus tenderetes allí donde hallaban un espacio libre; y donde el espacio era mínimo, se apretaban los mendigos.

Los postes de las hogueras estaban rodeados por bien ordenadas pilas de madera y haces de leña seca. El hermano Jacques las estudió con creciente curiosidad. Una sencilla escalera de mano, consistente en un palo al que se habían clavado pequeños trozos de madera transversales para que sirvieran de escalones, se apoyaba en cada uno de los postes. Cerca de la parte superior había una pequeña plataforma sujeta al poste.

—¿Creéis que el rey Felipe se molestará en observar la ejecución? —preguntó Jacques mientras se aproximaban lentamente al lugar del tormento.

—Desde luego que lo hará. Ha estado esperando este momento durante meses... si no lo ha hecho durante años... —replicó Renaud erguido de puntillas para poder observar por encima de la multitud que presionaba a su alrededor—. ¡Allí los traen! —dijo con una voz que se identificaba con el entusiasmo de la gente allí congregada.

Los prisioneros iban sentados sobre un carro tirado por bueyes, atados a un largo travesaño de madera.

Jacques se sintió fascinado al observar que los rostros ojerosos y el cabello desgreñado de aquellos otrora poderosos monjes guerreros evocaba en aquel momento la compasión de la mayoría del público. Eran muy pocos quienes se mofaban de ellos; no hubo un solo niño que les arrojara piedras como solían hacer con los criminales convictos. Mientras se apeaban del carro, los caballeros parecían adquirir una extraña dignidad que trascendía sus ropas harapientas.

El sol casi se había puesto ya detrás de las casas del otro lado del río y los templarios aparecían silueteados contra su profundo resplandor ocre.

Mientras los guardias conducían a cada hombre al poste que le había sido designado, los murmullos volvieron a resonar entre la masa de gente.

Un muchacho que portaba un pequeño saco de azufre corrió entre los prisioneros, untando sus pechos y brazos con el polvo amarillo-verdoso. Un sofocado grito de admiración general recorrió a la multitud cuando los caballeros subieron noblemente hasta las pequeñas plataformas fijadas en lo alto de los postes.

—¿Quién es ése, el de los cabellos blancos? —preguntó un niño.

Estaba sentado a horcajadas sobre los hombros de su padre, un hombre robusto que, al acercarse a ellos, el hermano Jacques pudo constatar que despedía el olor característico de quien trabaja en la fragua.

—No lo sé, hijo —replicó el padre.

Un sacerdote que estaba delante de ellos se volvió para mirar al hombre.

—He sabido que ese templario es un preceptor oriundo de Italia —dijo—, y quizá se trate del más depravado de todos ellos. Es una gran cosa que vaya al suplicio en compañía de sus líderes.

—¡Oh! —exclamó el hombre con entusiasmo—. ¿Has oído eso hijo?

Jacques miró ansiosamente, buscando a su compañero, el joven De Lirey, entre la multitud. Esperaba que Nicolás se hallara lejos de aquel poste, ya que era el único hombre que podía frustrar el plan que él estaba maquinando para extraer de una vez por todas la verdad que ocultaba Pietro de Ocre. Buscó nervioso a Renaud de Essart con la mirada, pero el senescal se había dado la vuelta y ahora miraba atentamente en dirección al palacio real.

—Allí le tenéis —dijo entonces—. ¡Estaba seguro de que no se lo perdería!

Jacques siguió la dirección de la mirada de Renaud, inclinándose contra el herrero y apoyándose en él para que nadie pudiera empujarlo hacia adelante. En un balcón, sobre la fachada del palacio real que miraba al este se divisaba un pequeño grupo de hombres. Incluso desde aquella distancia la figura erguida y los cabellos rubios del rey resultaban inconfundibles. Había tres hombres con él. Jacques se imaginó que podía adivinar cuál de ellos era Guillaume de Nogaret. Los otros vestían de negro y supuso que uno de ellos era Guillaume de París.

—¡El rey! ¡El rey! —gritó el herrero a su lado al volverse a su vez para averiguar qué era lo que atraía la atención de su vecino; a continuación señaló con el brazo estirado hacia el balcón del palacio, indicándole a su hijo la figura de Felipe el Hermoso.

—Sí, y apuesto a que se sentirá muy feliz cuando todo esto acabe —dijo el hombre que tenía a su lado.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo has oído? Yo estaba allí esta mañana, en Notre Dame, cuando juzgaban a esos caballeros. Y puedo decirte que estaba muy cerca. Todo el pueblo de París parecía dispuesto a salir en su defensa y los hombres del rey parecían aterrorizados. Apuesto a que se siente muy nervioso allí arriba. Todavía no han muerto.

El herrero le miró sorprendido.

—Amigo mío, parece saberlo todo.

—Y sé mucho más —dijo el hombre con incontenible orgullo—. El rey no puede esperar el momento de poner sus manos sobre el dinero de los caballeros templarios. Y cuando lo haga, será peor para todos nosotros. ¿Sabes por qué? Pues porque habrá más guerras, y nuevos impuestos, y entonces desearemos haberle detenido a tiempo...

—¿Nosotros? ¿Detenerle? —rió el herrero—. Escúchame, ya que lo sabes todo, dime quién es ese caballero que está allí, el del cabello blanco —y señaló hacia el poste del extremo izquierdo.

Era evidente que no confiaba totalmente en la palabra del sacerdote.

—Es un italiano —replicó el hombre, inclinándose hacia adelante como si estuviera transmitiendo una información confidencial—. Su nombre es Pietro de Ocre y se asegura que es uno de los templarios más poderosos.

El herrero sonrió con desprecio, incrédulo y se llevó a su hijo de allí.

—Jamás he oído hablar de él —comentó con sorna mientras se alejaba.

—¿No es ése Hugues de Pairaud, visitante del Temple? —preguntó otro hombre.

El primer hombre fingió una gran indignación.

—Se supone que lo es, amigo mío. Y me atrevo a decir que la gente que hay aquí cree que es Hugues aunque... ¿quién le ha visto alguna vez personalmente?

—Hizo una pausa y a continuación se inclinó en tono confidencial hacia su nuevo interlocutor. —Pero yo lo he sabido a través de alguien que sí le conoce —añadió en tono conspiratorio—, y ése es el italiano llamado Pietro. Lo juro.

El otro parecía casi convencido.

—¿Por qué no anuncian el cambio? Como dices, la gente siempre creerá que era Hugues de Pairaud.

—Tiene razón —observó Renaud.

El primer hombre se encogió de hombros.

—No es asunto nuestro saber esas cosas —murmuró como si formara parte de una conspiración—. ¡Pero mirad! Ha llegado el sacerdote para administrarles la extremaunción... —añadió el hombre, pero sus últimas palabras se perdieron en el murmullo general.

Jacques llamó la atención de Renaud y le hizo la señal de silencio colocando el dedo índice sobre sus labios. Luego se volvió junto con la multitud para observar al sacerdote que en aquel momento se aproximaba al Gran Maestro. Las palabras que les dirigió el cura apenas si resultaron audibles como para poder descifrarlas; sin embargo, Jacques de Molay replicó con una voz estentórea como si se dirigiera a la gente que le rodeaba.

—Sí, os ruego que volváis mi cuerpo hacia la iglesia de Nuestra Señora para poder morir con mi destino en los brazos de la Madre de Nuestro Señor Jesucristo.

Tras unas breves palabras intercambiadas con el preboste que estaba a cargo del suplicio, se le garantizó que su último deseo sería cumplido. El resto de los prisioneros continuó mirando de frente al río. Luego, el preboste miró hacia el balcón del rey hasta que recibió una señal autoritaria por parte de Guillaume dé Nogaret.

—¡Encended el fuego! —ordenó con severidad.

—¡No! —gritó entonces con fuerza De Molay, irguiéndose sobre los pies.

Los guardias permanecieron expectantes, con las antorchas encendidas en lo alto, como si la autoridad del Gran Maestro de los templarios les anonadara. Jacques sonrió para sí, admirando el sentido de la oportunidad de De Molay. No podía haber elegido otro momento más adecuado. Miró entonces hechizado, como lo hacía cada uno de los hombres, mujeres y niños que integraban el gentío, hacia la descarnada figura que se balanceaba milagrosamente en lo alto del poste sobre la pequeña

plataforma.

—Ciudadanos de París —rugió De Molay—, he venido aquí a morir a manos de vuestro rey. No tengo miedo de morir esta noche. Pero antes deseo negar todos y cada uno de los cargos contra la Orden del Temple y contra mi persona...

El preboste se apresuró a enviar a varios guardias que se hallaban detrás de la muchedumbre para que le impidieran continuar. La gente había avanzado, presionando unos contra otros, para oír mejor al condenado, y a los soldados les resultó imposible quebrar aquella marea humana. Jacques sintió que iba a ser aplastado contra el cuerpo del herrero.

—El Temple es inocente de todos los cargos —prosiguió el Maestre, y su voz temblaba bajo el poder de la desesperación—. Los crímenes de los que hemos sido acusados no son más que sucias mentiras. La Ley de nuestra Orden es justa y sagrada, y nos guía tras los pasos de Nuestro Señor. Yo mismo he sido engañado por las mentiras y los embustes de su santidad el papa Clemente y su alteza el rey Felipe para traicionar a mi Orden, y ahora voy a morir por ello como justo castigo. Pero os lo vuelvo a repetir, la Orden es inocente de todas las acusaciones que se han difundido sobre ella.

Los soldados del rey Felipe eran incapaces de detener los aplausos y vítores de la multitud como respuesta a aquellas palabras.

Jacques notó que Renaud estaba a su lado.

—¿Quién podía haber imaginado que el anciano diría semejante discurso?

—Nadie —replicó Jacques, pero sonrió para sí mientras recordaba las palabras que él y Nicolás habían oído pronunciar al Maestre poco antes, en su celda, en la profundidad de las mazmorras.

—Yo también... —comenzó a decir otro prisionero, irguiéndose en la estrecha plataforma.

—Ése es Geoffroi de Charny —comentó Essart—. Un rostro que conozco muy bien.

Pero el preceptor para Normandía no tuvo la oportunidad de emular a su Maestre. Uno de los soldados del rey salvó a todo galope la corta distancia que le separaba desde el palacio hasta la isla y ahora arremetía contra la multitud abriéndose camino con su caballo. Desmontó junto al preboste que palideció de miedo.

—¡Fuego! —le ordenó. En un instante los guardias habían encendido los haces de leña seca que portaban y luego, en perfecta sincronía, los arrojaron a las piras.

Mientras las llamas se propagaban con rapidez, Hugues de Pairaud lanzó un último y sonoro grito.

—¡Nuestros cuerpos pertenecen al rey de Francia, pero nuestras almas pertenecen a Dios!

En ese momento las campanas de la iglesia próxima de los hermanos eremitas de San Agustín comenzaron a sonar llamando a vísperas. Un silencio sobrenatural cayó una vez más sobre la muchedumbre de espectadores. Jacques rezó en silencio por las

almas de los oficiales templarios. Mientras alzaba nuevamente la mirada pensó en aquel día, que ahora parecía terriblemente lejano, cuando entró por primera vez en la prisión de Aigues-Mortes para interrogar a Pietro de Ocre. También en aquella oportunidad, habían sonado las campanas llamando a vísperas. Recordó el frío amenazador que oprimió su corazón mientras el sonido de la llamada era cortado en seco cuando las puertas de la prisión se cerraron con un estruendo. Se preguntó cuántas vísperas debía perderse todavía antes de que pudiera regresar, con su conciencia en paz, para asistir a su oficio preferido del día.

El viento soplaba en cortas ráfagas sobre el Sena; las piras encendidas habían sido emplazadas río abajo, de modo tal que su efecto escenográfico, deliberadamente teatral, se viera incrementado para mayor deleite de los espectadores que asistían al suplicio desde los balcones del palacio. La leña reseca ardía con facilidad y las poderosas llamas refulgían dramáticamente, pero el viento las apartaba de las piernas de los prisioneros.

Desafiante, Jacques de Molay introdujo sus brazos entre las llamas. Su discurso le había proporcionado un coraje y una nobleza renovados. Con las manos unidas en una plegaria y la cabeza alzada hacia Notre Dame, el Gran Maestre parecía una de aquellas grandes figuras de Cristo en las que era sometido a la crucifixión oriental.

Jacques presionó hacia adelante, procurando oír las últimas palabras del Maestre. Alzó una mano para cubrirse el rostro porque el calor era insoportable y cerró los ojos cuando el azufre que cubría el pecho y los brazos del Gran Maestre comenzó a lanzar ruidosas llamaradas. En un instante, el rostro del templario se convirtió en una masa negra como el carbón y sus labios se hincharon tanto que apenas si podía articular palabra. Sin embargo, como si se hallara en la iglesia recitando el Avemaría, continuó repitiendo: «Mi Señor Jesús, tened piedad de mí... Mi Señor Jesús, tener piedad de mí...».

Lentamente, la voz se extinguió mientras el fuego le envolvía. La cabeza entera estaba en llamas, con el cabello incendiado formando una especie de halo a su alrededor. Entonces sus labios se replegaron contra las encías y la voz cesó por completo. Sin embargo, el rostro quemado continuó sonriendo de un modo seráfico... incluso cuando su brazo derecho cayó a tierra envuelto en llamas.

Jacques se volvió, apartando la mirada, y sintiendo que también él ardía en el mismo fuego. Su rostro estaba chamuscado como si hubiera estado sometido demasiado tiempo al sol del sur, y sudaba profusamente bajo el hábito de lana. Pero se sentía satisfecho de que aquel hombre no hubiese cometido herejía.

Miró hacia los otros postes, donde la leña acumulada aparecía completamente encendida formando una hoguera gigantesca. Del muñón del brazo que ardía en el suelo brotaba grasa y sangre. Los últimos gemidos se habían apagado. Ninguno de ellos había implorado socorro.

—Eran todos unos valientes —dijo con firmeza cuando se reunió con Renaud en medio de la multitud—. No hay nada más que tengamos que hacer aquí.

Mientras eran empujados a lo largo de la ribera del río por la muchedumbre en retirada, Jacques dirigió su mirada hacia el palacio y observó que el rey Felipe y sus invitados ya no estaban en el balcón.

—Uno para vos y otro para mí —dijo en un tono de voz apenas audible.

—¿Qué significa eso? —preguntó Renaud.

—Ya lo veréis —replicó Jacques, deseando fervientemente poder explicarle en aquel instante todo cuanto sabía, ya que esa noche se sentía muy próximo al senescal; pero no podía confiar en nadie hasta ese extremo, excepto, quizá, en el hermano Armand. Ya llegaría el momento del senescal, reflexionó el abad—. ¿Renaud?

El soldado pareció sorprendido por aquella nueva forma de dirigirse a él.

—¿Sí?

—Me gustaría que me acompañarais a Italia. Seréis bien recompensado.

—Soy vuestro hombre, hermano Jacques —respondió llanamente el senescal, como si hubiese estado toda la noche esperando oír esas palabras.

Según las previsiones de Jacques, su equipo estaba ahora completo.

Cuando llegaron al puente, el hermano Jacques abandonó al ex senescal Renaud y caminó animadamente subiendo la colina en dirección a la casa del abad Gilles. Desde el umbral de la puerta miró hacia atrás, hacia la Île-des-Javiaux. Le alegró no haber tenido noticias de Nicolás de Lirey a lo largo de la noche, aunque estaba seguro de que su compañero se hallaba entre la muchedumbre.

Ahora la oscuridad era completa. Tres fuegos agonizantes como faros de advertencia a los navegantes refulgían sobre la isla. Jacques se estremeció, experimentando vivamente el frío del aire después de que su cuerpo estuviera a punto de chamuscarse junto a las hogueras. Sin embargo, una sensación de profundo orgullo entibiaba su cuerpo por dentro y entró en la casa sabiendo que al romper el nuevo día se iniciaría la siguiente etapa de su plan.



## Capítulo 33



Jacques se hallaba ya a mitad de camino hacia Saint-Germain-des-Près cuando las primeras luces del alba tiñeron la manta de su cabalgadura. Se volvió instintivamente para asegurarse de que Briac le seguía. Los cascos de los caballos repicaban sobre las calles repletas por las figuras fantasmales de los niños que repartían el pan y de las lavanderas en camino hacia las riberas del río.

De vez en cuando, a través de un espacio abierto entre las casas, Jacques podía echar un vistazo a la desierta Île-des-Javiaux. En aquella franja de tierra yerma no había el menor signo de vida, ni siquiera una voluta de humo; como si los acontecimientos que habían tenido lugar la noche anterior sólo fueran el producto de un sueño.

Cuando desmontaron ante la abadía, Briac cogió las riendas de su palafrén y se dirigió con los caballos hacia un bebedero situado en el lado opuesto de la puerta.

—¿Adónde vais? —preguntó Jacques.

—A ocuparme de los caballos —replicó Briac, frunciendo el ceño.

—Necesito vuestra ayuda.

—¿Aquí?

—¡Venid conmigo! Los mozos de cuadra se harán cargo de los caballos.

Briac alzó la vista y miró con expresión confusa hacia los imponentes muros de la abadía. Luego obedeció; al principio, con un brillo de suspicacia en la mirada, pero luego, sin embargo, cuando aparecieron los mozos de cuadra y se ocuparon solícitos de las cabalgaduras pareció sentirse impresionado por el respeto que demostraron ante él.

—Señor abad —le saludó el obsequioso portero.

El hermano Jacques no pudo reprimir un sentimiento de decepción por el recibimiento dispensado, ya que había convenido con el hermano Armand que su visita debía permanecer en estricto secreto. Sin embargo, no pudo menos que comprender que, al menos el portero y algunos de los hermanos que se ocupaban del servicio, debían recibir cierta información acerca de su visita.

Nicolás de Lirey llevó a su caballo hasta un apeadero situado a un centenar de

pasos de la puerta de la abadía, oculto por los plátanos que se alineaban formando una avenida que conducía al Sena. La noche anterior se encontraba por casualidad en los establos, probando una nueva silla de montar para el largo viaje hasta Ocre, cuando llegó la orden de que prepararan los caballos para aquella expedición que emprendería el hermano Jacques al amanecer del día siguiente. Ya resultaba bastante extraño que un fraile, aunque se tratara de un abad, debiera realizar una visita durante la hora de las laudes; y más extraño todavía que requiriera la presencia de un guardaespaldas como Briac para atravesar las calles de París. Sí, a los ojos de Nicolás era lo suficientemente extraño como para justificar que decidiera seguirles.

Observó a Briac mientras conducía los caballos lejos de la entrada. ¿Acaso el abad Jacques se sentía tan orgulloso de su nuevo palafrén que no deseaba confiar su cuidado a los mozos de cuadra de la abadía?

Sin embargo, para su sorpresa, los mozos de cuadra llegaron a la carrera desde la puerta de la abadía y Briac entró al edificio acompañando al nuevo abad.

Nicolás ató a su caballo y avanzó cautelosamente bajo los plátanos, mojándose el rostro contra el rocío que cubría las amplias hojas que pendían de las ramas más bajas. Dos aguateros pasaron por la avenida empujando sus carros, pero no demostraron el menor interés por la curiosa figura que avanzaba bajo los árboles. Una campana comenzó a repicar dentro de la abadía. La única explicación posible que se le había ocurrido al joven De Lirey, mientras seguía al abad con mucha cautela y a la distancia por las calles de París, era que Jacques se proponía realizar una última visita de cortesía a su amigo, el abad Armand.

Sin embargo, no había necesidad de que Briac le siguiera al interior de la abadía; no era ése el protocolo.

Nicolás se detuvo frente a las puertas de la abadía, muy cerca, a menos de un tiro de piedra de distancia de los mozos de cuadra que se ocupaban de los caballos de los visitantes. El diseño arquitectónico del edificio era más parecido a una fortaleza que a una abadía, y recordó que las mazmorras más profundas de París habían sido excavadas en la roca que había debajo de él, en el subsuelo. ¿Podía haber alguna conexión con esta visita nocturna?

En la amplia avenida, el tráfico aumentaba sin cesar. El joven aristócrata se recostó contra el tronco de un árbol y estudió las puertas de acceso a la abadía hasta que la campana cesó de repicar; ahora el único sonido era el que producía a su paso el roce de las pezuñas de los animales y los pasos de los peatones sobre el polvo.

Los poderosos muros de la abadía daban una impresión poco amistosa. No tenía demasiado sentido continuar esperando; al menos ya sabía adónde había ido el abad Jacques. Muy pronto deberían reunirse con su superior, Bernard de Caen. Nicolás regresó sin prisas hasta el sitio en el que había dejado su montura. Con una última mirada a los muros de la abadía, montó su caballo y se alejó lentamente en dirección a la casa del abad Gilles.

¿Era posible que aquella visita no significara nada importante? Los tiempos que

corrían eran sumamente extraños y una visita de Jacques a cualquier hora realizada a un viejo amigo como Armand no era algo más insólito que ver a Bernard de Caen hablando en tono confidencial con el rey de Francia, su enemigo declarado.

Pensar en Bernard de Caen trajo a la memoria del caballero De Lirey otro recuerdo. La noche pasada, en el establo, mientras escuchaba, completamente inmóvil, las órdenes que impartía el abad Jacques, había pensado en la única vez en toda su vida en la que había tenido que comprometerse con la deshonrosa actividad de espionar. Lo recordó con disgusto, por su propia conducta más que por cuanto había oído; todo ello había sucedido en Avignon, en aquella ocasión en la que oyó a Bernard de Caen hablando con su hermana. Entonces oyó la afirmación más extraordinaria que había oído jamás, algo por lo que el enviado del papa podía conspirar con el rey de Francia. ¿Había sido algo real o él había malinterpretado lo que oía? Aquello sí había sido una verdadera conspiración, pero Nicolás estaba seguro de que el abad Jacques era incapaz de semejantes ardidés.

No, sin duda se trataba simple y llanamente de una visita amistosa.

Sin embargo, mientras cabalgaba a través de las calles hirvientes de actividad, Nicolás se preguntaba una y otra vez por qué razón había llevado a Briac con él.

Armand estaba esperando a Jacques en su estudio.

—Tienes suerte de que nuestro abad se encuentre en el campo —dijo—, ya que de otro modo, y a pesar de tu nuevo rango, hubiese sido difícil arreglar este encuentro.

Los ojos de Armand inspeccionaron a su amigo, desde el hábito de dominico hasta la maleta de cuero que portaba Jacques. Luego miró con aprensión al gigantesco guardia que le acompañaba. Briac tuvo que inclinarse para atravesar el dintel de la puerta.

—Éste es Briac, mi hombre de mayor confianza —dijo Jacques con rapidez, para evitar cualquier sospecha y, mientras lo hacía, detectó un signo de sorpresa en el rostro del feroz soldado.

—Espero que no tardes demasiado —dijo Armand, ignorando a Briac. Luego señaló el corredor que había fuera de su gabinete y añadió—: Encontrarás la habitación casi al final de la escalera. A la derecha.

Había una expresión de disgusto en su rostro. Acto seguido, y sin mirarle, le tendió una llave a Briac.

Jacques se sintió mortificado. Sin embargo, las circunstancias exigían medidas excepcionales. Su vehemencia por proseguir con el plan que se había trazado era más fuerte que su preocupación por los sentimientos de Armand. Pero reconoció la lealtad de su amigo e hizo un torpe intento de agradecérselo. Se abrazaron con todo el calor que pueden demostrarse dos contrincantes durante un entrenamiento, y se sintió aliviado cuando abandonó el gabinete de su amigo, desconcertado, pero dispuesto a

continuar hasta el final con el asunto que se traía entre manos.

Briac y él caminaron con rapidez por el umbrío corredor y se detuvieron ante la puerta, junto a la escalera, tal como Armand les había indicado.

—¡Abridla! —ordenó Jacques con brusquedad.

Briac luchó con la cerradura durante unos instantes; luego empujó la pesada puerta hasta que estuvo completamente abierta y sonrió al hermano Jacques. Algo que alcanzó a divisar en el interior por el rabillo del ojo hizo que la sonrisa desapareciera de sus labios.

—¡Dios Santo! Pero yo pensé... —dijo Briac con un balbuceo, inmóvil y decididamente horrorizado, mientras se asía al dintel de la puerta.

—¿... que Pietro estaba muerto? —preguntó Jacques al ver la reacción del guardia; luego entró en la habitación con lo que incluso a él le pareció un perverso sentimiento de gozo—. Lo mismo pensó la muchedumbre. Pero no fue difícil encontrar un hombre que se le pareciese. Los ancianos parecen todos iguales al cabo de unos cuantos años en prisión y el preboste jamás le había visto hasta ese momento. Anoche hice drogar y trasladar a nuestro Pietro fuera de la prisión, envuelto en un sudario. El prisionero que había muerto todavía se hallaba en el interior de su celda. En realidad fue un cambio muy sencillo de realizar —dijo para acabar, y en sus últimas palabras se percibió un cierto tono de orgullo por las últimas habilidades que había adquirido.

Briac observaba boquiabierto, alternando su mirada incrédula entre el joven inquisidor y el prisionero como si fuese una marioneta.

—Ya es suficiente —dijo Jacques con dureza—. Ahora, cerrad la puerta y manteneos alerta. Recordad lo que os he dicho, nadie debe acercarse al corredor. Y si aparece alguien, golpead a la puerta.

—Sí, mi señor —dijo Briac, con creciente respeto.

Cuando la puerta estuvo nuevamente cerrada, el hermano Jacques se enfrentó al prisionero. Tenía ante sí el momento más duro de su impostura, y luego su acción le exigiría una gran penitencia. Procuró que su voz sonara amistosa y, mientras hablaba, removió los rescoldos agonizantes de la chimenea.

—¿Y bien, preceptor? Yo he mantenido mi parte del trato que habíamos convenido. Vuestros camaradas, los caballeros templarios, han muerto en la hoguera y vos sois virtualmente un hombre libre.

Los rescoldos, reavivados por el inquisidor, lanzaron un suave fulgor que iluminó delicadamente la celda.

Pietro bajó el rostro y se persignó. Luego levantó la mirada con orgullo.

—Me sorprende que hayáis venido. Yo también mantendré mi palabra. Eso fue lo primero que aprendí de mi padre. —Hizo una pausa, mirando con incredulidad sus brazos y piernas desprovistos de grilletes—. Confío en vos, inquisidor, y ahora ya sé que es demasiado tarde. De modo que os diré la verdad. —Se produjo una nueva y larga pausa y a continuación Pietro volvió a levantar la mirada—. Decidme... ¿qué

edad tenéis? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? ¿Cuarenta? Para un anciano es difícil de saber.

—Estoy más cerca de la primera cifra —replicó Jacques, sintiendo curiosidad por comprobar adónde quería llegar el templario.

—Demasiado joven, sí, demasiado joven. A pesar de que sois una persona brillante, jamás podríais comprender. Nadie podría comprenderlo ahora. Sin embargo, mantendré mi palabra. Y luego seré libre...

—¿... para ir a Italia...? Sí —dijo Jacques, aclarándose la garganta con incomodidad para luego añadir con gentileza—: ¿Qué es eso que según vos decís es algo que jamás podré comprender?

—Los viejos tiempos, cuando la palabra de un caballero tenía valor —dijo el preceptor, y su voz se suavizó como si estuviera soñando—. Acre, Trípoli, Castle Pilgrim; eso es lo que nunca comprenderéis. ¿Sabéis?, en una ocasión me encontraba a un día de camino de Jerusalén. Le hubiera entregado mi alma al diablo por poder entrar en la Ciudad Santa, recuperarla y devolverla a manos cristianas. Era todo cuanto soñábamos entonces. Sin embargo, hoy no parece importarle a nadie... Los días de la verdadera caballería han pasado. Los hombres cantan y combaten por una mujer... pero ninguna mujer, no importa lo extraordinaria que sea su belleza, puede compararse con la Ciudad Santa. —Había un brillo húmedo en su mirada mientras hablaba, pero su voz se mantenía firme—. Y luego estaba Acre. Yo me hallaba allí cuando cayó en manos de los sucios sarracenos. La última ciudad cristiana en Outremer. Tenía la forma del escudo de los cruzados, con dos lados mirando hacia el mar y el tercer lado mirando la llanura. Con esa ciudad cayó la flor del coraje templario... fue horrible... luchamos por la cristiandad y perdimos. Muchos grandes hombres cayeron ese día. Otros, como Jacques de Molay y Geoffroi de Charny lucharon valerosamente y fueron heridos. Y ayer perecieron quemados en la hoguera por un rey que ni combatió ni envió un ejército para ayudar en la empresa. —Pietro rio nerviosamente y miró a Jacques—. El hombre que hoy cree que debe convertirse en emperador —espetó. Su labio inferior se torció en una mueca de desprecio, y cerró los ojos como si se hallara en trance—. Todavía puedo verlo como si estuviera grabado en el interior de mis párpados...

—¿Qué veis? —le urgió Jacques.

Era difícil seguir el hilo de pensamientos del preceptor. Era obvio que, durante semanas, había estado meditando mucho acerca de todos los detalles de su vida mientras se preparaba para morir.

Los ojos de Pietro se abrieron lentamente.

—Fue el primer domingo de abril cuando el sultán llegó a las puertas de Acre. Se decía que eran sesenta mil jinetes y cerca de cien mil soldados de infantería. Cuando miré desde la torre del templo, las tiendas parecían una alfombra de hormigas sobre la llanura que se abría al sur de la ciudad, ennegreciendo los naranjales y los huertos. La tienda del sultán había sido montada más allá del alcance de nuestras catapultas, junto

a la Torre del Legado. Era una visión aterradora, ya que nosotros no teníamos más que quince mil soldados y de ellos sólo un millar eran caballeros. Enviamos a las mujeres y los niños a Chipre en nuestros barcos y nos preparamos para la batalla. Habíamos construido catapultas y reforzado los muros. Recibimos suministros de grano y aceite por mar. El templo se erguía en el extremo de la península, una lengua de tierra que estaba rodeada por mar en tres de sus lados, de modo que resultaba comparativamente sencillo recibir nuevos suministros por barco...

Era como asistir a una lectura de las *Crónicas de Jerusalén*. Aquellos viejos acontecimientos habían fermentado en la mente de Pietro de Ocre a lo largo de todos los años pasados en prisión.

—... una noche formé parte de un grupo que incursionó en el campo musulmán. Lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer, aunque ya han pasado dos décadas. Esa noche había luna llena y una fuerte brisa procedente del mar que cubría nuestras huellas. Utilizamos barcas de remo de los pisanos y cruzamos el puerto. Llegamos hasta la propia tienda del sultán antes de ser descubiertos. Alguien tropezó con una cuerda y maldijo en voz alta; fue suficiente para que los sarracenos se nos echaran encima como perros salvajes. No había más alternativa que retroceder hacia los muros de la ciudad. Mientras corría, vi hombres que eran partidos en dos a mi lado. Caballeros que habían luchado antes en Jerusalén, en Galilea y contra los Seljuks, eran derribados y caían a tierra como niños indefensos; y los sarracenos hundían sus largas dagas en sus fieros corazones de verdaderos caballeros templarios como si estuvieran degollando aves de corral. Yo mismo fui herido en el brazo. ¡Mirad!

Pietro desnudó su brazo izquierdo para mostrar una gruesa cicatriz, de un palmo de longitud, que recorría en diagonal todo el antebrazo.

—Fue entonces cuando los miembros de nuestra orden comenzaron a descorazonarse. Los ingenieros sarracenos socavaron los muros de la ciudad y una a una todas las torres se desplomaron. Luego, el sultán Al-Ashraf ordenó el asalto final un viernes, es decir, su día sagrado, como es su costumbre. Para entonces ya habían establecido un centenar de máquinas de asedio y llenado el foso con ramas y maderas. Esa mañana, poco antes del amanecer, oímos el estruendo lejano de mil tambores gigantes, que parecía provenir de las entrañas de la tierra como si fuese un terremoto. Luego llegaron las catapultas de fuego griego y los arqueros. A continuación, cincuenta mil hombres arremetieron contra los muros de la ciudad como avispa furiosa. Tomaron la Torre Maldita y atacaron a lo largo de la calle de Santa Ana, que conducía hacia las puertas del complejo del templo. Era una visión terrorífica; asesinaban a hombres, mujeres y niños sin la menor discriminación. Nuestro Gran Maestro pereció mientras intentaba recuperar la Torre Maldita de manos infieles. Yo estuve a su lado y, tan cierto como que ahora estoy aquí delante vuestro, le vi abatir a una docena de canallas sarracenos. Yo salvé la vida porque ayudé a llevarlo de regreso a nuestra fortaleza...

—¿William de Beaujeu? Creo que fue él quien sucedió a vuestro tío ¿no es así?

—preguntó Jacques con rapidez.

Durante un instante, el preceptor clavó su mirada en Jacques con suspicacia, pero la nostalgia de sus recuerdos venció cualquier otro sentimiento de prevención que pudiera experimentar.

—Sí, así es —replicó con genuino orgullo en la voz—. A menudo era huésped de nuestra casa cuando yo sólo era un niño pequeño. En realidad fue mi tío quien le nombró preceptor de Apulia.

Quizás el entusiasmo del viejo templario se había extraviado y sus lealtades eran cuestionables. Sin embargo no había nada maligno en él, tal como Nicolás ya había observado con anterioridad.

—Ese día perdimos trescientos caballeros —prosiguió Pietro de Ocre—. Jamás he visto otra carnicería igual. Los hombres huían como si fueran jovencitas, colgados de las cuerdas que pendían de la popa de los barcos, que, excedidos de peso, apenas si podían moverse para salir del puerto. Hubo que cortar las cuerdas y los que no perecieron ahogados fueron muertos al llegar a nado a tierra, junto a los muelles. Cuando cayó la noche, el único edificio que continuaba en manos cristianas era el templo, que albergaba a un centenar de hermanos. Pasamos la noche tapando las brechas abiertas en los muros y preparando las catapultas; resistimos el sitio durante toda una semana, hasta que los ingenieros del sultán comenzaron a cavar los cimientos y los muros empezaron a estremecerse. Aún así, nos las arreglamos para rellenar dos túneles con restos de mampostería; pero los infieles continuaron cavando. Jacques de Molay y yo estábamos al mando y todavía podíamos conservar las normas de batalla de la Orden, pero al final nos vimos obligados a replegarnos. ¡Dios perdone a nuestras almas y las de nuestros hermanos caballeros que perecieron en aquella matanza!

Pietro se persignó mientras recordaba aquella última escena de la batalla.

—¿Cómo pudisteis escapar?

—Teníamos barcos de nuestra flota aguardando junto al templo. Y un galeón, el *Falcon*, capitaneado por el hermano sargento Roger de Flor.

—¿Salvasteis vuestro tesoro en el *Falcon*?

—¿Tesoro? —preguntó Pietro riendo sonoramente—. Si para entonces hubiese quedado algo de nuestro tesoro, Roger de Flor y los suyos se lo hubiesen llevado. No, señor inquisidor, no había nada en los cofres del Temple. Todo se había gastado en suministros y armas para resistir el asedio —explicó Pietro, y una vez más rio entre dientes para sí, mirando a Jacques como si sintiera pena por él—. El único tesoro que dejamos a los sarracenos fue exiguo... sólo cuatro leones de oro que se erigían en lo alto de cada una de las torres dispuestas en cada esquina del templo. Los olvidamos allí. Veréis, hermano, ese día no pensábamos en dinero ni en tesoros, sino en nuestro honor y en la pérdida de los territorios de Outremer. Eso es lo que vosotros, los inquisidores, y el rey de este maldito país no podéis comprender. ¡Esa batalla fue la última vez que los verdaderos caballeros lucharon de verdad!

—¿Realmente creéis eso? —preguntó Jacques, a sabiendas de que la pregunta era superflua, pero deseando que el preceptor mantuviera su espíritu comunicativo.

—La verdadera caballería se acabó en Outremer —replicó Pietro simplemente, como si fuera un hecho incontrovertible. Luego apartó la mirada, sumido nuevamente en sus ensoñaciones—. Ésa es la razón de que me alegre de que todo haya llegado a su final. Ya no hay más grandes hombres: recordad... Armand de Peragors, William de Villehardouin, Bohemond de Antioquía, Robert de Artois, Raoul de Coucy, Alfonso de Poitou, Geoffery de Sargines, Oliver de Termes, Odo Poilechien; los caballeros templarios... Pierre de Sivry, Gautier de Payns, Ansell de Rohaire, Raoul Moyset, Hugues de Pairaud, Amaury de la Roche, Gérard de Gauche, Gui Dauphin, Gautier de Liancourt; incluso el rey Luis de Francia. ¡Cada uno de ellos era un auténtico caballero!

La extraña y distante calidad de su voz transformó la lista de nombres en una letanía.

—El mundo está cambiando, muchacho. Los privilegios de los caballeros son otorgados ahora a los hijos de los mercaderes. Muchas grandes ciudades han abolido todos los privilegios que un caballero adquiere por nacimiento. Hoy cualquiera puede aspirar a convertirse en caballero. El mundo está lleno de repúblicas de mercaderes en las que los verdaderos valores se han perdido. ¿Cómo puede ser que un hombre que se pasa la vida comprando y vendiendo, comerciando y regateando, comprenda la caballería?

La voz del anciano templario recordó a Jacques el desprecio que Nicolás de Lirey había demostrado a menudo por los nuevos caballeros que encontraban a su paso, y también hacia él propio Jacques, hijo de un panadero. El joven De Lirey podría haber dicho aquellas mismas palabras y de ese modo obligarle a reaccionar ante ellas.

—He leído las novelas de caballerías —dijo hoscamente.

En esta ocasión el preceptor se rio de buena gana, lanzando un rugido estentóreo, como si fuera ya un hombre libre y en sus propias tierras.

—¡Ésos son relatos para curas y mercaderes! —Jacques se protegió de las salpicaduras de saliva producto de la vehemencia del anciano—. Yo os estoy hablando de verdaderos hombres, de verdaderas guerras; batallas en las que he participado a lo largo de mi vida para mayor gloria de Dios y su Tierra Santa. ¡Esos mercaderes-caballeros y cuentistas jamás tomarán Jerusalén! Se visten con oro y plata y se enorgullecen de la belleza de sus monturas, exhibiendo más avaricia que respeto. Los caballeros templarios eran hombres con fe en el alma que llevaban el terror al corazón de los sarracenos. No habrá más cruzadas porque ya no hay más hombres dignos de llevar la cruz en la batalla. Este maldito y bastardo rey no es más que un falso caballero que afirma que desea dirigir una nueva cruzada. Si lo hace fracasará, y la maldición de los templarios caerá sobre su cabeza. Jerusalén, la Ciudad Santa, continuará siendo pagana hasta que se vea convertida en poco más que una ruina.

A pesar de sí mismo, Jacques tuvo la impresión de que en aquella habitación fría



y húmeda, las palabras de Pietro resonaban con fuerza profética.

—¿Sabéis? Mi tío estaba en lo cierto. La única alternativa consistía en construir una Nueva Jerusalén. Ése era el estímulo de la verdadera caballería cristiana: el objetivo último de toda la destreza, la cortesía, la lealtad, el sacrificio y la generosidad de la que tanto se habla en estos días. Buscar el rango de caballero por razones equivocadas es tan maligno como la simonía en un clérigo o las creencias heréticas en un inquisidor... —dijo Pietro, y observó al abad divertido, como si se sintiera particularmente complacido con esa analogía. No era un hombre tan ignorante como Jacques había supuesto—. Cuando mi tío regresó de Outremer sabía que jamás podríamos recuperar la Ciudad Santa. Construyó la Nueva Jerusalén como una ciudad necesaria, que se convertiría en un centro para la caballería, un foco para la nueva Iglesia que él y sus amigos imaginaban. Y casi tuvo éxito. Teníamos al papa y sólo faltó un pelo para que tuviéramos la Iglesia. ¿Y sabéis por qué? —inquirió, mirando a Jacques.

Un temblor recorrió el cuerpo del joven inquisidor mientras escuchaba a su prisionero. Sabía que ahora se hallaba muy cerca.

—Decídmelo —pidió en un murmullo.

—Porque teníamos Jerusalén. La ciudad original se había perdido; el templo se hallaba en ruinas; los lugares sagrados estaban sujetos a la blasfemia sarracena; la propia casa de Cristo fue destruida y el huerto de Getsemaní quemado hasta convertirse en árido desierto. Transferimos el sueño y con él trajimos los objetos sagrados que habían convertido a Jerusalén en un lugar de peregrinaje. Reunimos las reliquias de Jerusalén y Constantinopla... ¡y también hubiésemos traído las reliquias de San Luis! —La voz de Pietro había ido creciendo pero al final alcanzó un tono de furia aterrador, trémulo y apagado—. Eso fue lo que Anjou jamás pudo comprender. Sólo pensaba en sí mismo. Pero Thomas Berard, conde Tommaso de Berardo de Ocre...

Jacques se estremeció cuando oyó el nombre del tío de Pietro pronunciado en su lengua nativa. En su imaginación aquel momento se unió al de la letanía anterior.

—... deseaba preservar el asentamiento de la cristiandad. Pero no ocurrirá jamás. Estuvimos muy cerca de tener la Iglesia y ahora no tenemos nada. La Orden está rota, mi familia ha perdido sus propiedades y yo estoy aquí explicándole todo a un inquisidor a cambio del derecho de morir en mis propias tierras. ¡El último caballero!

Un extraño sollozo nasal, insólito, sobrenatural brotó del preceptor cuando terminó de hablar y hundió el rostro entre sus manos.

La extraña mezcla de absurdo y verdad en sus palabras dejó atónito a Jacques. Inexorablemente, como el propio frío de la muerte, desde una gran profundidad, brotaba la convicción de que esa clase de hombres miraban hacia atrás, hacia el pasado, hacia una época de perfecta caballería que ya había dejado de existir. Jamás podrían competir con aventureros despiadados como Guillaume de Nogaret o incluso el rey Felipe. Mercenarios sin escrúpulos ni lealtades como Roger de Flor eran los

hombres del futuro. Para lidiar con ellos había que utilizar sus mismas armas. Jacques vio entonces, con una penetrante claridad que Bernard de Caen había comprendido ese hecho y que su percepción de la situación dio origen al Opus Christi. Desde el principio de su misión, había hombres que se habían preparado para atacar a los representantes de la Iglesia y de Dios, a quienes no temblaría la mano cuando tuvieran que dar muerte a sacerdotes e inquisidores. Estos eran los hombres que controlarían el mundo futuro, y debían ser enfrentados en los mismos términos.

Y eso significaba, dedujo Jacques con un sobresalto, que era necesario encontrar la imagen.

—Habéis mencionado las reliquias de Jerusalén y Constantinopla. ¿La imagen que todo el mundo está buscando se hallaba entre ellas?

Pietro le observó con dureza y luego sonrió.

—Desde luego que sí —replicó.

—¿Cuándo la visteis por vez primera?

—El año anterior a la muerte de mi tío... unos diez años antes de la ceremonia de mi propia iniciación. Sucedió una noche, después del Capítulo, cuando me pidió que me quedara a solas con él en la cripta.

—¿En San Eusanio? —Adivinó Jacques.

Estaba sorprendido por la sencillez con la que se desarrollaba el interrogatorio; con qué facilidad Pietro había aceptado el pacto. Era su último y desesperado esfuerzo por recobrar el poder de su familia.

—Yo sólo he visto a mi tío en Ocre —replicó Pietro de forma indirecta—, y jamás olvidaré la expresión de su rostro aquella noche, la última vez que lo vi con vida. «Hay algo que debo enseñarte», me dijo. Abrió una puerta a la que jamás se me había permitido acceder...

La puerta tapiada. Debía ser la puerta tapiada.

—Continuad... —pidió Jacques presa de ansiedad.

Temía que el preceptor se perdiera en sus recuerdos. Sin embargo, mientras hablaba, el nombre de la iglesia resonó como un eco en su mente. ¿Quién era San Eusanio y por qué tenía tanto interés para los condes de Ocre?

—Había otra capilla, más pequeña, con dos altares sencillos. No se veía cruz alguna y en cada altar había un vaso de oro con flores frescas. El suelo estaba ricamente cubierto con esas floridas alfombras que proceden de oriente. Las paredes estaban pintadas de blanco. Y en el interior de uno de los altares había una extraña caja...

—¿El altar continúa allí? —preguntó Jacques, cuya excitación apenas si podía ser contenida.

—No, fue trasladado cuando Carlos de Anjou saqueó la iglesia. La cámara fue tapiada.

Jacques sintió que su pecho se estremecía.

—¿La imagen estaba dentro de la caja?

—Cuando rezamos juntos, mi tío me dejó solo del otro lado del altar —respondió el preceptor indirectamente—. Entonces extrajo una llave de su blusón, abrió el altar y colocó la caja sobre él.

—¿Cómo era la caja?

—Cuadrada, plana. De unos dos palmos de superficie y con el peso de una biblia. Había sido fabricada de madera oscura. Pero por arriba estaba abierta y cubierta por una reja de plata como la ventana de una prisión. La plata había sido trabajada a mano con los diseños que suelen encontrarse en las mezquitas. Al principio parecía un objeto pagano, pero entonces vi que en su interior había algo de color blanco. Un paño... —dijo, y su voz vaciló—. No pude verlo muy bien hasta que mi tío lo inclinó hacia mí y la luz brillante del sol cayó sobre el paño. Fue uno de los momentos más aterradores de mi vida... porque estaba mirando directamente un rostro que yo sabía que era el rostro de Jesucristo, Nuestro Salvador. Mis rodillas temblaron de terror y una luz invadió la cripta como si fuera un milagro. —Pietro hizo una pausa, como si desconfiara de sus propias palabras—. Con ese rostro, hermano, podríais incitar temor y obediencia en cualquier hombre. Es el objeto más poderoso del mundo.

Aquello era una herejía prístina, sin embargo Jacques se contuvo y controló el sarcasmo que tan fácilmente venía a su mente. El viejo templario era tan supersticioso como el rey Felipe y Guillaume de París... quienes, recordó el inquisidor, creían en esa imagen y en su poder.

—¿Qué sucedió con la imagen? —preguntó directamente.

—Mi hermano, el cardenal Tommaso, la ocultó antes de que Anjou saqueara la iglesia. Nunca hablé con él, ni volví a oír nada sobre Tommaso, bendita sea su alma. Fue asesinado mientras yo me encontraba en Chipre.

Jacques recordó la conversación anterior que había tenido con el preceptor.

—¿Asesinado?

—Tan seguro como que el papa Celestino fue asesinado. Y por la misma mano.

—¿Alguna evidencia?

—El hecho de que yo esté aquí. Mi orden y mi familia están arruinadas. Si Tommaso hubiera estado vivo y con Celestino en la Santa Sede durante diez años, entonces nuestra empresa hubiera sido un éxito... Roma habría tenido el papa que nosotros habíamos preparado para que ocupara la Santa Sede. Nosotros habríamos controlado la Iglesia y nos habríamos convertido en reyes de Italia, como el primer Berardo, e incluso llegado más lejos... Naturalmente, si hubiésemos tenido el tiempo suficiente.

Jacques le miró fijamente, pasmado ante la audacia de semejante plan.

—¿Sabía Tommaso del complot contra Celestino antes de que el papa fuera asesinado?

—Eso creo. La coronación fue en Aquila, como vos bien sabéis. Y el propio Carlos de Anjou estaba allí ese día. Algunos días más tarde, el papa partió de viaje hacia el sur. Jamás llegó a Roma y nunca regresó a Aquila. Para entonces ya debían

saberlo.

—¿Tommaso estuvo en la coronación?

—Le nombraron cardenal al día siguiente.

Todos murieron en ese mismo año. Y la imagen desapareció. Ahora, sólo faltaba considerar un detalle.

—Habláis de vuestro tío como si aún hoy estuviera vivo —comenzó Jacques con cautela. No deseaba alertar ni maldisponer a su presa—. Parece ser una persona fascinante... y era muy cuidadoso a la hora de seleccionar a sus seguidores... Pero, decidme —prosiguió, empleando toda la persuasión de que era capaz—, ahora que me habéis contado esa historia... ¿dónde está escondida la caja?

—¡No! —gritó Pietro en tono desafiante—. ¡Eso es algo que jamás os revelaré a vos!

Su voz temblaba mientras respondía, y toda la energía que guardaba su cuerpo enjuto parecía inflamarse con su respuesta. La verdad había sido enterrada profundamente, aunque su desesperación sugería que sabía muy bien que prácticamente lo había revelado todo al inquisidor.

El instinto le dijo a Jacques que el preceptor nunca hablaría bajo aquellas circunstancias. Tenían poco tiempo y muy pronto debían partir con destino a Ocre. Sólo había una solución: la tortura; sin embargo, a Jacques la sola idea del suplicio le resultaba repugnante. ¿O no lo era tanto? Conmocionado por aquel descubrimiento en sí mismo, observó que la idea de la tortura ya no era tan abominable. Se acarició los párpados con las yemas de los dedos y luego presionó hacia abajo como si deseara ocultarse a sí mismo lo que sabía que debía hacer. El Opus Christi así lo exigía, ya que era por el bien de la Iglesia y, por tanto, por el bien de Dios y de la Humanidad entera. Presionó con mayor fuerza sobre sus ojos hasta que pudo percibir el pulso de la yema de los dedos, buscando en su memoria el modo de conjurar una visión de aquella noche, en las mazmorras de Aigues-Mortes, algo que parecía haber sucedido años atrás. Cuando los ojos comenzaron a dolerle, volvió a abrirlos y miró a Pietro, completamente consciente por primera vez de cuánto había cambiado. Y entonces, pensó, enviaremos al preceptor directamente a los brazos de su Hacedor y a disfrutar de la paz eterna, que difícilmente podía ser algo peor que los tormentos que ya había padecido aquí, en la tierra.

Movió la cabeza con pesar. Los tiempos despiadados exigían medidas despiadadas, reflexionó irónicamente.

—¡Briac! —gritó—. Buscad agua y grasa, rápido —ordenó cuando tuvo al guardia ante sí.

Briac regresó, con rapidez.

—Atadle a ese banco y reavivad el fuego. Aquí tenéis cuerdas —dijo, entregándole la maleta de cuero.

El guardia miró atónito a Jacques y luego a la maleta, pero obedeció la orden.

El abad Jacques se sentó tranquilamente en un rincón del recinto mientras Briac

trabajaba. Pietro de Ocre no dijo nada. No había ni sorpresa ni desilusión en el rostro del prisionero, que estaba tan pálido e inexpresivo como una máscara mortuoria.

Los rescoldos formaron muy pronto una alfombra de fuego en la chimenea. Había muy poco humo. Briac y Jacques alzaron el banco con Pietro de Ocre sujeto a él hasta que estuvo en la posición adecuada respecto del fuego.

Briac había colocado un tablero de madera dura en el extremo del banco para que actuara como una pantalla.

—Aplicadle la grasa —ordenó Jacques, recordando la afirmación de Pietro acerca de que no podría sobrevivir a otra sesión de tortura: no obstante, esperaba que la mera amenaza fuera suficiente.

El preceptor se recostó con placidez, mirando fijamente el techo abovedado. Con los brazos cruzados sobre el abdomen parecía la efigie de un obispo en un sarcófago. Durante un momento Jacques se sintió vacilar, ganado por la piedad, pero enseguida la urgencia de su empresa superó cualquier sentimiento de compasión.

Briac apartó la pantalla de madera que protegía los pies del prisionero del calor de las brasas y a continuación empujó el banco hacia el fuego. El abad Jacques sacó un pequeño reloj de arena de un bolsillo interior de su hábito, le dio la vuelta y lo situó sobre la mesa mientras los primeros granos comenzaban a caer.

El rostro del prisionero permanecía impassible. El dolor no parecía afectarle. Jacques pensó en Briac y en él mismo, observando en silencio, como niños pequeños durante una carrera de ranas, aguardando a que se produjera el primer movimiento.

Súbitamente, el sonido de un discreto chisporroteo resonó dentro de la habitación. El rostro del preceptor enrojeció de dolor y sus labios se tensaron procurando resistir. Aquel chisporroteo bajó de tono mientras se convertía en el sonido regular de la carne asada. El silencio de la habitación se vio interrumpido por un espantoso alarido que parecía provenir de una docena de voces. Surgió de lo más profundo del hombre, como si constituyera la suma de años y años de impotencia: sus creencias en la caballería, su Orden y su familia estaban concentrados en aquel terrorífico aullido de protesta contra el tratamiento que recibía. Cuando el volumen de la voz se redujo, las lágrimas subieron hasta la comisura de sus ojos. Jacques percibió con un interés del todo objetivo que su víctima había sobrepasado el nivel normal de resistencia. Hizo una seña a Briac, que volvió a colocar la pantalla entre la carne abrasada y el fuego.

Para entonces, las plantas de los pies del templario estaban completamente quemadas y la carne que había debajo había sido cocida al punto en que se suele comer un trozo de vaca a la brasa. Jamás volvería a andar. Pero entonces, jamás necesitaría...

—¿Y bien, preceptor? ¿Dónde se oculta la imagen?

Pietro de Ocre hizo una mueca.

—Podéis matarme en este mismo instante —dijo débilmente—, porque no tengo nada más que deciros. Está muy claro que jamás regresaré a Italia.

—Sólo una palabra u ordenaré a Briac la Bestia que os corte el cuerpo a trozos

hasta que no os quede más que la lengua —dijo Jacques, retrocediendo un paso, conmovido por su propio lenguaje, aunque ahora no había nada que ocultar y mucho que ganar.

—¡Encontradla vos mismo! —dijo Pietro, y mientras escupía las palabras, cerró los ojos y la mandíbula le colgó, flácida.

Habían ido demasiado lejos. Después de todo, la resistencia del prisionero no había sido demasiada y se había deslizado hacia el refugio temporal de la inconsciencia, al que acuden todas las víctimas sometidas a suplicio.

—¡Traed agua!

Cuando le arrojaron el segundo cubo de agua, los ojos de Pietro volvieron a abrirse.

El remordimiento estuvo a punto de volver a hacer mella en Jacques, que tuvo que agitar la cabeza para recordar que Pietro todavía era culpable de la más abominable de las herejías.

—Decidnos lo que deseamos saber y os prometo que os enterraremos en un cementerio cristiano. Yo mismo me ocuparé de los ritos funerarios; lo juro ante San Germano y en presencia de Briac. Si no lo hacéis me ocuparé de que vuestro cuerpo sea despedazado y esparcido a los cuatro vientos; permaneceréis putrefacto e irreconocible por toda la eternidad tal como les sucede a los peores herejes. La elección es sólo vuestra...

Como una respuesta desafiante, una voz muy fina salió del cuerpo del caballero templario y comenzó a cantar; era como si un demonio se albergara en las profundidades de las entrañas del preceptor.

—Que el Señor salve mi alma, porque yo he mirado su rostro y le amo...

Las palabras surgían con una extraña pasión y Jacques se sintió conmovido por la alegría y la certeza que iluminaban el rostro de su prisionero. Luego, Pietro comenzó a cantar la plegaria que había recitado en Avignon.

*Las imágenes se manifiestan a los hombres  
pero la luz sobre ellas permanece oculta  
en la imagen de la luz del Padre.  
Él se hará manifiesto,  
pero esta imagen permanecerá oculta por su luz.  
Yo os daré  
lo que ningún ojo ha visto  
lo que ningún oído ha escuchado  
lo que ninguna mano ha tocado  
y lo que jamás ha ocurrido a la mente humana.*

Jacques se sentó a escuchar, encantado por aquella voz sobrenatural. La imagen realmente tenía poderes extraordinarios, pensó para sí. Cuando el anciano templario

comenzó a hablar sus ojos se habían suavizado, las líneas de las arrugas que le cruzaban el rostro, producidas por la edad y los años transcurridos en prisión, parecieron esfumarse, y su cuerpo se relajó. Todos los signos de dolor desaparecieron milagrosamente. Era algo más grande que el poder de la nostalgia, como si su recuerdo pudiese curar la pena y la agonía. ¿Podía haber sido la imagen que aterrorizaba a los caballeros más audaces y casi había enloquecido a un rey que ansiaba poseerla?

De ser así, entonces aquella plegaria indicaba la solución de su problema, ya que Pietro había oído la plegaria y visto la imagen en Ocre.

Jacques se dirigió hacia la puerta, temblando ante la súbita comprensión, y rezó al Señor por su alma mientras se disponía a cometer el último pecado. Briac parecía alarmado.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, señalando al templario.

El abad Jacques se detuvo abruptamente, sorprendido de que Briac, a quien había llegado a considerar como el sùmmum de la dureza, pudiera mostrarse compungido como consecuencia de aquel deber, obvio y necesario.

—Recordad, Briac —dijo Jacques, con un nudo en la garganta—, que este hombre fue ejecutado anoche. —Y luego, como si acabara de ocurrírsele, añadió—: Según creo, la mazmorra más profunda de París se encuentra bajo esta abadía, y el hermano Armand me dice que hay una antigua cisterna incluso más profunda donde siempre se han arrojado los cadáveres indeseables.

## Capítulo 34



La casa del abad Gilles se hallaba custodiada. Cualquier pretensión de desarrollar los planes en secreto había sido arrastrada por el viento.

Bernard de Caen fue incapaz de disimular su fastidio cuando el abad Jacques Fournier fue escoltado hasta el interior de la vivienda.

—Ah, ya estáis aquí; Nicolás y yo discutíamos los detalles de vuestro viaje.

El inquisidor general, fingiendo que actuaba distraídamente, plegó un delicado manuscrito de cuero que había extendido delante de él y ocultó sus manos debajo de la mesa como si deseara borrar toda evidencia. Su frente lucía brillante, perlada de pequeñas gotas de sudor.

—Si no es demasiado temprano para vos, hermano Jacques, hemos de partir al amanecer —añadió entonces Nicolás—. No hay tiempo que perder.

—Ya estoy preparado —replicó con calma el joven inquisidor. ¿Sabía Nicolás de su visita a San Germano? De todos modos, ya no tenía importancia. No había nada más que pudieran hacer en París—. De modo que no hay problema alguno; podemos partir al amanecer.

—Excelente. —La calma legendaria del inquisidor general de Provenza había regresado al rostro de Bernard. Colocó nuevamente sus manos regordetas sobre la mesa—. Nicolás ya tiene las cartas de presentación; pueden seros de gran utilidad durante vuestro viaje.

Mientras le escuchaba, un nuevo pensamiento cruzó la mente de Jacques; se trataba de algo que no se hubiera atrevido siquiera a expresar a Bernard durante el verano anterior, cuando se disponía a iniciar su arriesgado viaje con destino a Aigues-Mortes.

—¿Dónde os encontraréis vos, mi señor Bernard? Es posible que necesitemos enviaros alguna carta urgente. ¿En París o en Avignon?

Un leve rubor rojizo tiñó las mejillas de su superior.

—Lo sabréis cuando sea necesario —replicó Bernard pomposamente. Su tono era similar al que suelen emplear los maestros de escuela enojados con un alumno por el que había sentido cierta admiración y que, de pronto, se convierte en un rebelde.



Luego, como si tomara conciencia de que se había comportado de un modo innecesariamente grosero, su voz se suavizó—. Hay algo que deseo que los dos tengáis muy claro. Sabéis que esta misión es de vital importancia para la Iglesia, y que estamos actuando con el total apoyo de su santidad en esta materia. —Hizo una pausa, mirando fijamente a cada uno de los dos hombres con sus brillantes ojos verdes—. Debemos recuperar la reliquia para la Iglesia —afirmó—; es imprescindible; y es igualmente importante que frustremos la intentona de esos templarios renegados que en este mismo momento se dirigen a Ocre. Sobre todo, debemos bloquear los sueños imperiales del rey Felipe. Pagaremos el precio que sea necesario para conseguirlo, sin dudarle un instante. ¿Queda bien claro?

—Sí, mi señor.

Por una vez el joven inquisidor y el caballero De Lirey respondieron al unísono.

—Naturalmente, no me encuentro en posición de hacer promesas —prosiguió Bernard—. Sin embargo, puedo aseguraros con absoluta certeza que cualquier recomendación que yo haga cuando este asunto esté concluido será recibida favorablemente por su santidad. Recordadlo bien, no hago promesas, aunque me atrevo a decir que un obispado no está fuera de vuestro alcance, abad Jacques. — Bernard permitió que la palabra rodara por su boca lentamente, disfrutando de aquel momento de supremacía. Le había recordado discretamente a Jacques cuál era el peso de su poder, tanto en lo que concernía a aquel asunto como en otros igualmente significativos—. En cuanto a vos, señor Nicolás, un nombramiento muy conveniente al servicio del papa... y tierras. ¿Está claro?

Una vez más, los dos hombres respondieron como si fueran una sola persona.

—Sí, mi señor.

—Entonces, que Dios os acompañe.

## Capítulo 35



Una sensación de nueva intimidad llevó a Jacques a abrir su alma al caballero De Lirey mientras se alejaban de la casa del abad Gilles.

—Tuve una última oportunidad de hablar con Pietro de Ocre —dijo súbitamente, como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

—¿Ah, sí? —dijo Nicolás, observando a Jacques.

Caminaban juntos, aunque el caballero iba algo más adelante que el abad. Pensó que en su calidad de compañero de misión, debió estar presente durante el interrogatorio. Pero él no era un inquisidor y no había presenciado todos los interrogatorios a que había sido sometido el preceptor.

—¿Qué habéis sabido? —preguntó.

—No demasiado. Sin embargo, descubrí en él a un hombre muy diferente.

Nicolás le miró con genuino interés.

—¿Os dijo dónde se oculta la imagen?

—No —replicó el inquisidor, a sabiendas de que incurría sólo en una mentira a medias—. Sin embargo, teniendo en cuenta cuál es su escala de valores acerca de la antigua caballería... creo que comienzo a comprender el verdadero sentido lo que ha querido decir.

¿Adónde quería ir a parar el abad? Tal vez era su nuevo rango lo que provocaba que viera a la gente que le rodeaba a la luz de una nueva comprensión.

—No estoy seguro de que, durante la mayor parte de las ocasiones, el propio preceptor sepa a ciencia cierta lo que quiere decir.

—Cuando lo deseaba se mostraba razonablemente lúcido —prosiguió Jacques—. Contaba con una información fascinante acerca de las vicisitudes de la caída de la ciudad de Acre y sobre los guerreros templarios en Tierra Santa. Una honorable Orden de Caballeros, según su criterio, sujeta a los valores más antiguos y tradicionales.

—En ese caso, hermano Jacques, tendremos muchos temas de los que hablar durante nuestro largo viaje —observó Nicolás fríamente.

Aquella repentina e inesperada conversación, si era genuina, le resultaba tan

sospechosa como lo había sido su anterior escepticismo.

—Sí, seguramente tendremos mucho tiempo.

El abad Jacques intuyó que aquél no era el momento de presionar sobre ese punto. Una vez fuera de París, cuando no hubiera nadie a quien Nicolás pudiera informar, entonces sí habría tiempo suficiente. Jacques anhelaba la independencia de acción que le otorgaría el viaje.

La vigorosa caminata le había dado calor. Vio entonces una fuente al otro lado de la calle y le pidió a Nicolás que le aguardara un instante.

Era extraño, reflexionó mientras cruzaba la calle, que se sintiera tan próximo a su compañero durante aquellos sencillos intercambios de información. Durante un instante pensó en las nostálgicas meditaciones acerca de la caballería en que se había sumido Pietro de Ocre. Nicolás pertenecía al viejo orden, y siempre sería así. Aquella condición estaba impresa en él con tanta claridad como la imagen del rey que aparecía estampada en sus monedas. Aunque Jacques nunca había confiado totalmente en el joven aristócrata, ahora comprobaba que, a lo largo de aquellos meses tan difíciles, Nicolás se había mantenido curiosamente leal a su persona. No había la menor duda de que informaba de cuanto sucedía a Bernard de Caen; sin embargo, se las ingeniaba para hacerlo de un modo que no afectara su relación con él, al menos en lo que concernía al trabajo cotidiano que debían realizar juntos. A su manera, Nicolás también era leal a Jacques.

A diferencia de lo que sucedía con Bernard de Caen. Fueran cuales fuesen las dudas que había abrigado durante la reunión, Jacques tenía la certeza de que Bernard de Caen no les había revelado todo cuanto sabía. Jamás lo había hecho. Desde el principio, Jacques había sido enviado a esta misión sin saber a ciencia cierta la razón que se ocultaba tras ella; de no haber sido capaz de adivinar el verdadero motivo interrogando a Pietro de Ocre, hubiese sido enviado de regreso a Avignon. De modo que... ¿cuáles eran en definitiva las intenciones últimas de Bernard de Caen?

La respuesta se hallaba en Ocre. Eso estaba claro.

Se inclinó sobre la fuente para beber. Mientras lo hacía se sintió conmovido al ver su rostro tan claro como si fuese una pintura sobre la suave y oscura superficie del agua. La luz rodeaba la fuente, pero la superficie se conservaba a oscuras, componiendo un espejo perfecto. Miró fijamente su propia imagen durante un instante, como si estuviese observando a alguna otra persona. El rostro que reflejaba el agua era más delgado de lo que él recordaba, con las mejillas ligeramente hundidas. La piel parecía de algún modo más firme, con grandes arrugas que recorrían profundamente su rostro. Mientras observaba, sin pestañear, sus ojos en el agua, se imaginó que eran más profundos y penetrantes. En su conjunto, se sintió complacido con la nueva tirantez de la expresión que revelaba lo que a él le pareció una cierta autoridad.

Luego sacudió los hombros para deshacerse de aquella imperdonable vanidad y bebió largamente del agua fresca que había reflejado su imagen.

Y supo que estaba preparado.

## Capítulo 36



— Pero ¿cómo es posible? —inquirió Jacques, mientras la ira se acumulaba en su garganta y casi le impedía hablar—. Nuestro señor Bernard nos aconsejó viajar sorteando los Alpes para adelantarnos a ellos, que se verían retrasados por las nieves tardías que han sellado el paso de San Gotardo. En nuestra ruta, el Saona y el Ródano estaban tan crecidos que los barqueros juraron que en toda su vida los habían visto así de torrentosos. Los caballos que debían aguardarnos en Avignon tenían que ser los más rápidos. Y dejamos atrás, en Grasse, el grueso de nuestro equipaje para viajar más deprisa y ganar tiempo. Sin embargo, una vez llegados aquí, en Milán hemos oído rumores...

Su voz se sofocó. Miró hacia arriba, en dirección al techo sembrado de telarañas del mesón en el que se hallaban sentados. Atrapados sin esperanza como esas moscas en la telaraña, pensó abatido. Tenía la espalda muy dolorida, los muslos agrietados por el roce con la silla de montar y aún así tal vez fuera demasiado tarde. Repitió soñadoramente sus últimas palabras:

—... hemos oído rumores...

—El señor Essart oye rumores —le corrigió Nicolás—; y sólo se trata de rumores.

La simpatía que había sentido por el senescal en el momento en que había sido despedido por el rey, hacía ya mucho tiempo que había desaparecido.

—Sea como fuere, yo confío en Renaud —dijo Jacques secamente. Luchaba contra la ira y la frustración que le embargaban, comprendiendo, incluso en aquel estado, que sería muy peligroso distanciarse de Nicolás. En aquel momento cada hombre era una pieza vital para el éxito de su investigación—. En una palabra —prosiguió en un tono de voz más calmo, consciente también de la mirada que todos sus compañeros de mesa fijaban en él—, los caballeros templarios podrían haber pasado ya por la ciudad. ¿Y si es así, qué significa esto? ¡Vosotros deberíais saberlo!

—¿Por qué debería saberlo? No tengo la menor idea. Debéis creerme.

Jacques pensó que la indignación de Nicolás parecía genuina, de modo que era probable que dijera la verdad.

—Sin embargo, debéis tener alguna idea —insistió—. Pensad otra vez en vuestras últimas reuniones mantenidas con Bernard. Debió haberos insinuado algo... alguna cosa...

Nicolás movió la cabeza en un gesto de negación.

—No comprendo absolutamente nada —dijo.

También él se sentía confundido. Con los pasos de las montañas bloqueados no existía una ruta más rápida que la que ellos habían seguido. Miró al posadero, que estaba sirviéndoles vino, como si buscara alguna inspiración en su rostro saludable.

—Tal vez sea mejor que comprobemos antes los rumores —sugirió.

—Supongo que tenéis razón —dijo Jacques, de acuerdo con el caballero, aliviado por el hecho de que la cólera que había comenzado a experimentar el joven De Lirey comenzara a remitir.

En realidad, aquellos rumores de segunda mano no constituían una evidencia suficiente. Pero al mismo tiempo, creyó percibir una nueva nota en la voz de Nicolás: ¿era posible que su insistencia acerca de los rumores se basara simplemente en que desconfiaba de Renaud Essart? ¿O tal vez durante todo ese tiempo había sabido que los caballeros les llevaban la delantera? De ser así, ello presuponía la posibilidad física de que los caballeros templarios viajaban con más rapidez que ellos.

El abad Jacques recordó entonces el comportamiento manifestado por Nicolás durante el viaje. Mientras que, por lo general, siempre que se le presentaba la ocasión no desperdiciaba la menor oportunidad de afirmar su superioridad, por nacimiento y conocimientos, habían pasado días enteros sin que pronunciara una sola palabra.

Durante la espeluznante travesía en barca Jacques se había sentado en la proa con tanta calma como si se hallara a salvo, protegido en la intimidad de su propia celda, sin mirar hacia el exterior. Le había llevado días enteros adaptarse a las repentinas sacudidas provocadas por los súbitos cambios de dirección de la corriente y a los golpes y escalofríos que le asaltaban cuando los barqueros se equivocaban y sus barcas de fondo plano cruzaban la corriente principal y se introducían en un tramó del río que permanecía en calma, protegido por una curva en el curso de las aguas tormentosas.

Nicolás, sin embargo, no parecía percatarse de nada. Se había sentado en silencio con una expresión malhumorada en su rostro. Al principio, Jacques se sintió inclinado a atribuir aquel estado de ánimo a las vicisitudes propias del viaje en barca. Incluso en las posadas en las que se detenían cada noche, su compañero continuaba comportándose en la misma manera, nervioso, sin proferir casi una sola palabra y normalmente con el gesto ceñudo.

—Si mantenemos esta velocidad, llegaremos a Milán antes de que lo hagan esos templarios renegados —le había dicho Jacques una noche.

—Desde luego que sí —replicó Nicolás, completamente de acuerdo con el abad.

—Tuvimos suerte de contar con esa excelente información acerca de las nevadas que bloqueaban los pasos de la montaña, ¿no estáis de acuerdo conmigo?

—Sí —había contestado Nicolás.

Jacques pensó entonces que intentar establecer un diálogo con el joven caballero De Lirey era como extraer sangre de una piedra.

—Nuestro señor Bernard cuenta con excelentes fuentes de información —había proseguido Jacques, intentando provocar una reacción en el caballero.

Y funcionó. Hubo un brillo de duda, o quizá de temor en la mirada de su compañero.

—¿Nuestro señor Bernard? —había preguntado Nicolás, y su rostro expresó un cierto embarazo al repetir el nombre de su superior, como si aquellas sílabas hubieran conseguido traerle nuevamente a la vida.

Jacques se había sentido intrigado; pero ya no extraería más sangre de esa piedra, aun cuando antes de la partida el propio Nicolás había afirmado que durante el largo viaje que iban a emprender tendrían mucho tiempo para conversar. Su boca estaba tan cerrada como la concha de una almeja, excepto por unos cuantos comentarios banales mientras avanzaban o durante la hora de la mesa, cada vez que se detenían para comer y descansar.

Ahora, en Milán, y muy cerca de su destino, el solo pensamiento del sucinto intercambio de palabras mantenido con el joven De Lirey irritaba sobremanera a Jacques, junto con el recuerdo de la disputa entre Nicolás y Bernard que su llegada imprevista a la casa del abad Gilles había interrumpido. ¿Sobre qué cuestión habían estado discutiendo con tanta vehemencia? ¿Podía tratarse del hecho de que Nicolás estuviera resistiéndose a cumplir con las instrucciones que había recibido para el viaje?

Era fundamental descubrir la verdad y ahora, a pesar de su lóbrego estado de ánimo, su compañero de andanzas parecía más amable.

—¿Nicolás? —comenzó con mucha prudencia—. Hay algo que quiero decir. Estamos solos aquí, en Italia. Nuestro señor Bernard de Caen no será capaz de prestarnos su apoyo si nos encontramos en dificultades. Debemos trabajar juntos.

Jacques observó que, mientras hablaba, surgía un brillo de sospecha en los profundos ojos negros del aristócrata, como una trucha en un estanque de aguas turbias.

—¿Acaso no es lo que hacemos, trabajar juntos? Por lo que yo puedo ver estamos juntos y así seguiremos hasta llegar a Ocre.

Aquella constante tensión resultaba fastidiosa.

Jacques ignoró el desdén que se desprendía del tono de su compañero. Sin embargo... ¿había en el fondo de aquella mirada un indicio de que sabía más de lo que aparentaba? Tal vez no. Sabía que no estaba bien buscar señales de traición en cada movimiento de la boca o en cada brillo de su mirada. Necesitaba poder confiar en Nicolás.

—Tenéis razón; debemos comprobar ese rumor. Iré ahora mismo con Renaud y vos podéis ir con Briac. Buscaremos una confirmación... o su falsedad —dijo,

añadiendo la última posibilidad con esperanza en el corazón.

El instinto le indicó a Nicolás que sería una tarea inútil, pero estuvo de acuerdo. Sería mejor que permanecer sentado allí, desconfiando el uno del otro.

—Me marcharé enseguida. ¡Briac! ¡Venid!

Jacques llamó a Renaud.

—Fingiremos ser dos hermanos sargentos franceses en fuga —sugirió Jacques a Nicolás mientras aguardaba a que llegara el antiguo senescal del rey—. Eso debería ser suficiente para explicar nuestra curiosidad.

Un poco después, en cuanto Renaud estuvo preparado, cabalgaron hasta la abandonada comandancia de los caballeros templarios.

Tuvieron que abrirse paso con dificultad a través de los escombros que habían caído de la caseta del guardia, situada en el piso superior. Alguien había saqueado las jambas y las bisagras de las puertas para utilizarlas en otro sitio, mientras que las propias puertas habían sido convertidas en madera para hacer fuego. El patio interior estaba tan yermo como las colinas de Ocre. Una hierba gruesa y grandes plantas de ortigas de la altura de un hombre ocupaban los ruinosos edificios. Los únicos seres vivos eran los ancianos sirvientes de los hermanos que alguna vez habían vivido allí y que ahora dejaban pasar el tiempo sentados a la sombra que proporcionaban las paredes. De acuerdo con su información, no habían visto ningún signo que indicara que los caballeros que perseguían habían pasado por allí.

—Dicen la verdad —dijo Renaud con sorna—. De todos modos, ¿quién se acercaría a este lugar ruinoso?

Jacques echó un vistazo a aquellos hombres y no pudo menos que asentir.

—Había que intentarlo —observó.

Sin embargo, lo había hecho más que nada para darse ánimos. Se preguntó cómo les iría en su cometido a Nicolás y a Briac; probablemente se hallarían cómodamente instalados en algún otro mesón.

Cabalgaron hasta la Calle de los Venecianos, pero tampoco allí tuvieron suerte; los vendedores de los puestos les dijeron que no habían visto nada.

—¿Caballeros extranjeros? —Era la respuesta general—. Esta ciudad está llena de ellos. Sin embargo, no hemos visto a los que vosotros estáis buscando. No hemos visto a ningún caballero de la cruz roja.

Jacques estaba comenzando a considerar la posibilidad de revelar su presencia en Chiaravalle, ya que allí los monjes podían tener alguna noticia; sin embargo, reflexionó, no se trataba de una verdadera emergencia, puesto que de todos modos tanto él como Nicolás, Renaud y Briac deberían proseguir su propio viaje hacia el sur. Y no tenía el menor deseo de revelar su presencia en Milán.

Pasaron ante el taller de un armero, de cuya pared exterior colgaban armaduras, mallas y yelmos. Dentro del recinto, el humo se elevaba de la fragua y envolvía a los artesanos concentrados en su trabajo. Durante un instante desalentador, aquellas hileras de armaduras le dieron la impresión de llevar soldados en su interior, cada uno



de ellos inclinado en su gancho como si estuviera a punto de abalanzarse sobre Jacques. Fue en ese preciso momento cuando tuvo una inspiración. Recordó la última vez que había pasado por allí y cuál era su destino entonces.

—La posada de Las Tres Palomas —murmuró para sí mientras recordaba la visita.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó Renaud, mirándole inquisitivamente.

Jacques comprendió que había hablado en voz alta.

—Se trata sólo de una idea —dijo—; una mujer que puede tener buena información.

Renaud le miró desconcertado.

El abad espoleó a su palafren, ansioso por huir de aquella mirada interrogadora.

En cuanto llegó al umbral de la posada, Jacques se sintió invadir por la duda; sin embargo, su cuerpo fue arrastrado al interior por un grupo de barqueros sedientos.

—¡Esperadme aquí con los caballos, Renaud! —le gritó desde la puerta—. No tardaré mucho.

Sintió que entraba en el infierno. Hasta las paredes exudaban humedad y humo. Los hombres comían y juraban estrepitosamente. Un grupo de mujeres sudorosas y envueltas en humo se ocupaban de revolver los calderos suspendidos sobre grandes fuegos. No había un solo sitio tranquilo y todas las mesas estaban ocupadas. Doncellas brillantemente ataviadas servían las mesas, sonriendo incitantes. Jacques se sorprendió buscando entre sus rostros a la mujer que le había iniciado sexualmente cuando oyó la risa contagiosa de Ida. Vestida con un traje color rojo fuerte que ensombrecía todos los demás, se encargaba de supervisar el servicio dispuesto para un ruidoso grupo de hombres que se había instalado en el centro de la estancia.

—¡Ah! —exclamó sonriente en cuanto le vio, y le guiñó un ojo con auténtico placer—. Sabía que regresaríais algún día.

No había la menor huella de sorpresa en su rostro.

—Te confundes... —comenzó a decir Jacques, mirando con angustia hacia el recinto atestado, aguijoneado por lo que sabía que era un temor irracional a ser reconocido. Se alegró de viajar disfrazado.

—Por supuesto que me equivoco. Pero no os preocupéis. Ida cuidará de vos. ¡Venid conmigo!

La mujer abandonó al cliente boquiabierto que estaba a punto de servir y, como si fuera lo más natural del mundo, hizo señas a Jacques para que la siguiera.

El abad fue tras ella hasta una habitación que había más allá de la escalera.

Ida cerró rápidamente la puerta tras él y corrió el pesado cerrojo. Sonriendo, retrocedió hasta sentarse en un gran sillón mullido.

—Bien —dijo entonces—, ¿me deseáis ahora o preferís que antes bebamos algo?

Jacques estaba perplejo. A lo largo de los meses que llevaba en su misión había

adquirido un nuevo sentido acerca de su propia importancia. Había aprendido a conciliar sus emociones y ahora disfrutaba del poder que le confería su nueva posición de abad. Dar órdenes a Briac o a Renaud se había convertido en algo natural. Sin embargo, frente a aquella mujer seductora, fueran cuales fuesen sus intenciones, se sentía tan nervioso como un adolescente. Las palabras quedaron bloqueadas en su garganta.

Sin el menor remordimiento permitió que Ida le quitara la ropa. Mientras le acariciaba y le besaba, Jacques le quitó la ropa interior con una vehemencia incontrolable y, cuando por fin la vio de pie, ante él, completamente desnuda, le sobresaltó reconocerla como la mujer de su sueño.

Ahora, era él quien dominaba la situación. Sintió que se trataba de algo que siempre había sabido cómo se hacía. El tiempo, Ocre, la Iglesia... se olvidó todo atrapado por aquella espiral de pasión que jamás había imaginado que experimentaría. Ahora sabía que no estaba siendo seducido, sino que era él el seductor; y esa sensación le estimuló hasta alcanzar cumbres de placer cuya fuerza trascendía la imaginación más salvaje. Cuando llegó al clímax lanzó un gemido que era la síntesis de aquel poder en bruto que experimentaba y tuvo fuerzas todavía para continuar hasta que también Ida aulló de placer. Y luego, sin el menor asomo de vergüenza, volvió a poseerla, conduciéndola nuevamente hasta la cumbre del placer, tal como la otra chica lo había deseado meses atrás.

Se dejó caer de espaldas, disfrutando de una deliciosa sensación de fatiga y satisfacción.

Sin embargo, al mismo tiempo, la conciencia de su misión superó la indolencia del placer. Renaud Essart estaba aguardándole en la calle. Se puso rápidamente en pie y comenzó a vestirse.

—Desearía hacerte algunas preguntas acerca de unos viajeros que seguramente has visto últimamente por aquí —dijo mientras se ponía las calzas.

—Vemos viajeros cada día, cariño.

—Estoy pensando en ciertos caballeros templarios.

—¿Templarios? —preguntó Ida, mirándole ahora con renovada curiosidad.

—Se trata de tres caballeros que, según me han dicho, han pasado por Milán.

—Así es, cariño. Y también lo han hecho algunos hermanos templarios —dijo ella, sonriendo—. Los he visto con mis propios ojos, portando sus insignias al completo, con escudos y la cruz roja sobre los hombros. Y uno de ellos tenía una estupenda figura, sí señor. Pero me temo que no se detuvieron aquí. ¡No podréis cogerles, señor inquisidor!

—¿Por qué no?

—Galopan como el viento.

De modo que los rumores que Renaud había oído eran ciertos. Jacques se dispuso a abandonar la posada. No había tiempo que perder.

—De todos modos, ésa fue una gran jornada —continuó Ida mientras el fraile se

dirigía hacia la puerta—. Había más caballeros de París ese día y ellos sí que se detuvieron aquí —añadió. Jacques se detuvo, presa de un presentimiento, fingiendo interés aunque no tanto como para alarmar a la mujer—. Uno de ellos dijo que era amigo personal del rey de Francia. Una gran historia, en verdad... y, además, era un hombre bastante atractivo.

—¿Un amigo del rey? —repitió Jacques, regresando junto a Ida.

—Sí, querido. Estuvo aquí, en esta misma posada, hace sólo dos días. Una velada excelente —añadió la mujer, haciendo pucheros.

—¿Qué quieres decir?

—Jodí con uno de ellos. Aquí mismo, sobre este sillón —dijo, y deslizó la mano sobre el mueble—. Los otros no quisieron hacerlo.

Jacques se estremeció, arrepintiéndose de lo que acababa de hacer. Se sentó, sintiéndose repentinamente débil. Él no era el único hombre para ella y comprendió la ilusión que significaba sentir que se ejercía algún poder sobre las mujeres cuando, en realidad, todo era fingido. El pensamiento de otro hombre yaciendo con Ida empañó el placer del recuerdo. Se concentró entonces en su rostro para evitar que sus ojos se deslizaran hacia el instrumento del pecado.

—¿De modo que estuvieron aquí?

—No podría haber jodido con uno de ellos de no ser así, ¿no es verdad? —replicó, riendo.

Jacques ignoró su pregunta.

—¿Cuándo se marcharon?

—Ayer. Al amanecer —dijo Ida, mirándole con expresión soñadora—. Supongo que no será más malo ir con hombres como ellos, y de todos modos el que lo hizo conmigo estaba bastante bien.

—¿Cuál era su nombre?

Jacques había recuperado su objetividad; ya no estaba disgustado consigo mismo, sino que pensaba en Ocre, atrapado por una súbita urgencia.

Ella le miró divertida y luego le tendió la mano con la palma extendida. Jacques le entregó un *denarius* de plata. Cuando lo hubo escondido dentro de su vestido volvió a sonreírle.

—Gérard. Dijo que era amigo personal del rey de Francia. Adelante, le dije, tal vez lo seáis...

—¿Realmente dijo eso? —La interrumpió Jacques.

—Eso es lo que os estoy diciendo —replicó Ida—. Si no me creéis no tiene sentido que continuéis escuchándome.

Él ignoró su comentario.

—¿Qué aspecto tenía?

—Alto, joven, fuerte... grano de la mejor calidad. Cabellos oscuros. Ceceaba al hablar. También hablaba un francés bastante extraño. Era más joven que los demás, pero todos le obedecían sin dudarle.

—¿Dijo adónde se dirigía?

—Al sur.

—¿Nada más?

—Dijo que se trataba de una misión secreta.

—¿No dijo de qué se trataba? ¿Estás segura?

—Tan segura como que estoy aquí —replicó Ida con un suspiro—. Sí, supongo que los otros hubiesen sido sólo una pérdida de tiempo...

—¿Qué has dicho?

—Nada, cariño —replicó la mujer, muy divertida, y lanzó aquella carcajada profunda y sonora que a Jacques le resultaba tan contagiosa.

Era curioso, pero le recordaba a su madre. Se puso en pie dispuesto a marcharse.

—Gracias —dijo con toda sinceridad, pensando en aquella nueva información.

Ella, sin embargo, hizo correr sus dedos sobre el cuerpo del hombre, interpretando su agradecimiento de otro modo.

—No. Ahora no —se resistió Jacques, con un estremecimiento.

Aunque se sintió tentado de aceptar su oferta, la apartó de su lado. Ahora la mujer ya no le interesaba.

Jacques comprendió, con un brevísimo sentimiento de decepción, que ella, a su vez, ya no se mostraba dispuesta a continuar con sus juegos amorosos. Había ocultado sus encantos con tanta rapidez como los había desnudado, y ahora llevaba el atractivo vestido rojo castamente abotonado hasta el cuello.

—Será mejor que salgamos fuera, cariño, tengo mucho trabajo que hacer.

Jacques no pudo negar que experimentaba una profunda satisfacción. Su encuentro con la mujer había eliminado la ira creciente que le oprimía el pecho. Sintió que podía dedicarse en mejores condiciones a la tarea que le aguardaba. Además, no le avergonzaba admitir que había sido por amor que se había acercado a Las Tres Palomas. La información sólo era un valor añadido.

Mientras abandonaba la posada, Jacques imaginó que su rostro debía ser semejante al de uno de aquellos bribones que había procesado cuando se enfrentaban a sus vecinos y parientes desde el banquillo de los acusados.

Nicolás de Lirey y Briac estaban esperándole fuera, montados sobre sus caballos. Los animales relincharon nerviosamente como si supieran lo que él había hecho. Se imaginó que Nicolás le dedicaba una mirada de entendimiento. Renaud, sin embargo, no parecía haberse dado cuenta de nada.

—¿Habéis descubierto algo? —le preguntó Renaud con una voz cargada de ansiedad.

—No fue fácil —replicó Jacques, riendo para sí ante aquella mentira; luego les explicó lo que había sabido—. ¿Y vos? —preguntó a Nicolás.

—Nada en absoluto. Aparentemente, la gente de aquí presta muy poca atención a

los viajeros.

El abad Jacques se sentía complacido por el impulso que le había llevado a visitar a Ida; ahora, no obstante, intentó alejarla de su mente.

—¿Quién creéis que puede ser ese tal Gérard?

—¿Gérard? ¿Gérard? Tengo que pensar en ello. Es un nombre muy corriente —replicó Nicolás—. ¿Renaud?

El senescal agitó la cabeza en señal de negación.

Montaron y cabalgaron en silencio, siguiendo un canal que, desde el puerto fluvial, se dirigía hacia el sur alejándose de la ciudad.

Junto al canal había hombres y mujeres sembrando los cultivos de la siguiente cosecha. Jacques se imaginó que se trataría de avena, guisantes, judías y tal vez cebada. Las vacas volvían a dar leche y se percató de que en las granjas que veían por el camino ofrecían a la venta leche fresca y quesos. En los últimos días había notado con sumo placer que las jornadas se hacían más largas y que, por lo tanto, esa mayor cantidad de horas de luz les permitiría viajar con más rapidez.

Nicolás estaba perdido en sus pensamientos, pero Jacques no le presionó, esperando que sus elucubraciones estuvieran dedicadas a desvelar la identidad de aquel misterioso soldado de nombre Gérard.

Pasó algún tiempo antes de que, súbitamente, Nicolás detuviera su cabalgadura.

—Puede tratarse de Gérard de Troyes —sugirió—. El rey Felipe pudo muy bien haberle confiado una misión de estas características. Luchó audazmente en Navarra y lleva ya más de diez años como senescal. Además, conoce Italia muy bien.

Jacques le miró con atención.

—¿Conoce Italia? ¿Estáis seguro?

Fue Renaud quien le respondió.

—El señor Nicolás está en lo cierto —dijo con convicción—. Yo mismo estuve aquí con él. El año pasado dirigió uno de los equipos de búsqueda. Si lo recuerdo bien, creo que su cometido fue la ciudad de Roma.

—¿El otoño pasado?

—Sí, hermano.

Entonces pudo haber estado en Ocre, y también en Borgoña, pensó Jacques, mirando a Nicolás. Y supo que los dos estaban pensando en lo mismo.

—Decidme, Renaud... ¿se trata de un hombre alto, más alto que la media de los soldados, de rostro delgado y cabellos oscuros...?

—¿Le habéis visto?

—¿... y habla con un marcado ceceo?

—Ése es vuestro hombre. Gérard de Troyes. Ni yo mismo le hubiera descrito tan bien —respondió Renaud con la boca abierta, dibujando una expresión de sorpresa.

—Ahora que sabemos a quién buscamos, será más sencillo —dijo Nicolás—. Me encantaría cruzar algunas palabras con ese tal Gérard. Y creo que nuestro amigo Briac también tiene una deuda con él. ¿No es así?

Una expresión feroz apareció en el rostro del guardia, que fingió blandir su espada y cortar la cabeza de un enemigo imaginario con tanto realismo que estuvo a punto de caerse de su caballo.

El abad Jacques sonrió con placer. Aquélla era la actitud correcta. Se volvió hacia el senescal.

—Gracias. Renaud. Vuestra información es de la mayor utilidad.

La confirmación de los rumores ya era una noticia suficientemente mala y ahora aquella novedad añadida le desasosegaba más de lo que le gustaría admitir.

Ya no había necesidad de continuar perdiendo el tiempo en Milán.

—Vamos, todavía tenemos un largo camino por delante —gritó Jacques, lanzando su caballo al galope.

## Capítulo 37



El abad Jacques miró en dirección a la puerta sur de la nueva ciudad de Aquila y, súbitamente, le invadió un incómodo e inexplicable sentimiento de culpa. Era como si... de alguna manera él hubiese sido el responsable de la extinción de la familia de los condes de Ocre, ya que aquella ciudad que tenía ante sí iba a convertirse en su Nueva Jerusalén. Y allí, junto a la puerta que conducía a su castillo se alzaba la capilla de Santa María del Ponte, construida por Gualtiero para los caballeros templarios. Debajo de la iglesia, un puente de piedra permitía que el camino principal sorteara la corriente y se alejara de la ciudad en dirección al sur. Jacques sintió el imperioso deber de rendir su homenaje a aquel sitio, de modo que desmontó y entró en la capilla. Nicolás le siguió en silencio.

Renaud, Briac y los guardias permanecieron en sus cabalgaduras.

El interior de la capilla era limpio, fresco y pintado de color blanco, con un altar de piedra y un carcomido crucifijo construido con tres secciones horizontales de tablas clavadas juntas; la del medio más larga que los brazos extendidos de Cristo. Tan pronto como vio el crucifijo, Jacques supo que algo estaba mal. Incluso allí podía percibir una anomalía, como sucedía con todo cuanto se relacionaba con los condes de Ocre; aunque inicialmente no pudo identificar de qué se trataba. Jacques estudió la pintura y la encontró atractiva; el gran rostro representado con gruesas líneas negras de sufrimiento mientras que el cuerpo parecía demasiado delgado para sostener un cuello y unos brazos tan poderosos. Era una figura tosca si se la comparaba con los crucifijos pintados de Avignon y París; el abad supuso que el artista era un hombre de la localidad. No obstante, cumplía con su función. Inclino la cabeza y rezó con humildad.

Cuando volvió a levantar el rostro, sintió una oleada de calidez en la espalda. Abrió los ojos y vio un espiralado cilindro de sol polvoriento que se colaba dentro del recinto a través de una ventana en forma de roseta plana que había sobre la puerta. Sobresaltado, observó que el crucifijo había cambiado de color, especialmente la zona que rodeaba las heridas de Cristo, que se había transformado en un profundo rojo sangre.

Y fue entonces cuando comprendió cuál era la anomalía.

Había tres clavos, no cuatro, como era lo corriente. Jacques sonrió para sí recordando su aprensión anterior, ya que no se trataba de ninguna herejía, sino de una sencilla y elemental ignorancia por parte del pintor local. No obstante, aunque sabía que se trataba de un detalle menor, se vio obligado a admitir que le había perturbado. En aquel sitio nada era exactamente lo que aparentaba ser. Miró a Nicolás y se preguntó si también él lo había notado.

Jacques todavía estaba arrodillado ante el altar cuando de repente la capilla fue conmovida por el estrépito, el bullicio y los gritos de hombres profiriendo instrucciones, que parecían proceder de un ejército completo. Una voz, sobre todas las demás, la que parecía dar las órdenes, conmovió a Jacques. Su tono agudo, estridente y chillón le heló los huesos incluso bajo la tibieza del rayo de sol. Era una voz familiar, aunque no pudo localizarla inmediatamente.

Nicolás también la reconoció. Echó una rápida mirada a Jacques y se puso en pie de un salto. Los dos hombres corrieron juntos hacia la puerta. En el exterior, una gran cantidad de hombres y caballos atestaban la pequeña plaza que se abría ante la iglesia y la desbordaban invadiendo el camino que conducía a la puerta de la ciudad. La brillante luz del sol les cegó momentáneamente, de modo que no pudieron reconocerles. Jacques levantó la mano derecha para protegerse del resplandor, buscando a Renaud Essart con la mirada y dirigiéndose luego hacia él mientras Nicolás permanecía junto a la puerta de la capilla.

—¿Quiénes son? —gritó el abad.

—Franceses —replicó Renaud—, pero no puedo ver a su comandante.

También él estaba encandilado por el sol.

Desde su refugio en el portal, Nicolás tuvo menos dificultades para reconocerlos.

—Muchos de esos oficiales me son familiares —le dijo a Jacques, que experimentó un profundo retortijón en el estómago cuando comenzó a comprender por qué le resultaban tan familiares—. Me temo que estos hombres... —comenzó a decir con suavidad.

En ese momento el abad Jacques pensó que, montada a caballo en medio de los soldados y los monjes de hábitos negros que ahora descubría entre ellos, veía una figura que le resultaba conocida. Sin embargo, parecía algo verdaderamente imposible.

—Mirad, Renaud —gritó, ahogando la voz de Nicolás—, ese hombre, allí, el que no lleva yelmo. ¿Podría ser...?

—¡Maldita sea si no tenéis toda la razón!

Fue Nicolás quien pronunció su nombre.

—¡Guillaume de París!

—Que el Señor nos ayude —suspiró Jacques bajo la conmoción que le producía la identidad del responsable de aquel ejército.

Había esperado descubrir al oficial que Ida le había descrito y buscaba a un



hombre alto y joven. Estaba seguro de que también se hallaba entre ellos. Sin embargo, aquella presencia inesperada era de mucha mayor importancia y le dejó completamente desconcertado. Miró nuevamente hacia el hombre, esperando haberse equivocado. Pero no cabía la menor duda. Ahora comprendía que el tono chillón de la voz tendría que haber sido suficiente para reconocerle.

Sus pies parecieron echar raíces en el suelo de la plaza, mientras el inquisidor general de París se dirigía hacia él; procuró afirmarse apoyando las manos en la recia pared de piedra caliza que tenía a su espalda. A cada lado de Guillaume cabalgaba un senescal armado hasta los dientes, con la mano derecha descansando sobre la empuñadura de la espada como si se hubieran puesto de acuerdo. Detrás de ellos, también a caballo, vio a media docena de prelados de la iglesia francesa a quien no reconoció, aunque sus arneses y sus atavíos indicaban a las claras que eran gentes de una inmensa riqueza. Estudió el rostro gris e impasible del inquisidor general y esperó a oír aquella voz inconfundible, capaz de congelar al más bravo de los hombres. ¿Sería arrestado? ¿Muerto? ¿Perdería la abadía que todavía ni siquiera había visto? ¿Moriría en el páramo sin que nadie informara de ello?

Guillaume de París detuvo su cabalgadura y miró con dureza al abad. Más que observar al hombre, Jacques absorbió su figura mientras los labios de Guillaume se contraían como si se dispusiera a escupir y luego recomponían su expresión hasta dedicarle una sonrisa de desprecio. Sólo fue una cuestión de segundos, pero a Jacques le pareció que duraba una eternidad. Luego, Guillaume apartó la mirada como si los hombres que tenía ante sí hubiesen dejado de existir, clavó las espuelas a su caballo para obligarle a girar y se marchó. Su séquito le imitó en el silencio más absoluto.

—Un excelente ejercicio de intimidación —dijo Jacques a Nicolás cuando los jinetes se hubieron alejado lo suficiente como para poder oírle.

Nicolás movió la cabeza en señal de asentimiento y luego se le ocurrió una nueva idea.

—Sin embargo, su presencia en este lugar nos proporciona dos informaciones que son esenciales.

—¿Y cuáles son? —preguntó Jacques.

Ahora la conmoción comenzaba a disminuir. Se alegró de que Renaud y Briac estuvieran allí.

—Primero, que su excelencia el inquisidor general no tiene la menor idea de dónde debe mirar. De otro modo no hubiese tenido necesidad de mostrarse en persona —dijo Nicolás con un tono de inconfundible ironía.

—¿Y la segunda información?

—Que se encuentra dentro de las murallas de la ciudad.

—¿Y eso qué significa?

—Que será mucho mejor para todos nosotros si permanecemos bien lejos de Aquila.

—Comprendo —dijo Jacques pensativamente. No deseaba ir todavía a Santo

Spirito, aunque se daba perfecta cuenta de que el abad podía ser capaz de ayudarle con su información. No obstante, Nicolás tenía razón. Tomó dos decisiones rápidas, una dictada por la lógica y la otra por la intuición—. Briac —llamó, y luego, mientras se dirigía hacia el guardia, sintió que las pantorrillas le dolían tanto como si se hubiera pasado el día escalando montañas.

—¿Señor? —preguntó Briac, apartado de sus hombres.

—Hay una pequeña casa de mi orden en el valle que hallaréis entre este punto y Ocre —dijo, mirando hacia Nicolás, que asintió con un movimiento de la cabeza.

—Sí, señor.

—Esta noche descansaremos allí. Ahora, coged dos hombres, id directamente hacia allí y luego a Santo Spirito e informad al abad. Averiguad si tiene alguna información acerca de los templarios y luego regresad a la casa tan pronto como os sea posible. ¿Está claro?

Briac asintió y, a continuación, hizo girar su caballo y se marchó a cumplir con su misión.

—Eso es exactamente lo que yo hubiera hecho —comentó Nicolás. Con sus advertencias, había sido él, implícitamente, quien tomara la decisión.

—¿Nos vamos? —dijo Jacques, mirando a Renaud Essart y al resto de los guardias de Briac que cruzaban el puente como si hubieran estado esperando esa orden. El propio Briac cabalgaba en ese mismo instante más allá del puente.

El castillo de Ocre apareció muy pronto ante sus ojos, muy erguido en la distancia, sobre la cumbre de la montaña. Jacques recordó, presa de la excitación, que Santo Spirito se hallaba detrás de la roca y que San Eusanio permanecía oculta, un poco más a la izquierda. Ahora pensaba en el valle y en las montañas que le rodeaban como en las tierras de Pietro de Ocre y procuró percibir las desde el punto de vista del viejo templario. Mientras lo intentaba, recordó su premonición concerniente a la personalidad del santo que había dado su nombre a la iglesia y a todo el valle. Había llegado el momento de descubrir quién era en realidad.

Se volvió hacia Nicolás.

—Si lo deseáis, hay algo que podéis hacer en Santo Spirito —dijo Jacques.

—Por supuesto que sí. ¿Ir otra vez en busca de los documentos? —preguntó Nicolás.

Se sentía más feliz que agradecido ante la proposición. Primero, porque él también creía que la solución del enigma referido al lugar donde se ocultaba la imagen podía hallarse en el monasterio; y segundo, porque aquella misión le permitiría moverse con cierta libertad de acción.

—Bien —dijo Jacques sencillamente. Y luego, dirigiéndose a la pequeña partida de hombres que iba en vanguardia, gritó—: ¡Briac! Nicolás irá con vos.

El joven inquisidor se volvió nuevamente hacia su compañero.

—Tal vez se trate de una tontería —dijo, hablando en voz baja—, pero me gustaría saber algo más acerca de San Eusanio. ¿Quién era? ¿De dónde vino? ¿Por

qué se le convirtió en santo? ¿Cuál podía ser su importancia para los condes de Ocre? Id con Briac y comprobad qué podéis averiguar en Santo Spirito. Allí deben saberlo.

No había necesidad de responder a aquella petición. Nicolás asintió, espoleó a su caballo, y partió de inmediato.

—¡Nos encontraremos en la casa a la hora de cenar! —les gritó Jacques mientras se alejaban.

Pero Nicolás y Briac ya no podían oírle.

## Capítulo 38



Cuando volvió a ver la «casa» de su Orden, Jacques se rio entre dientes por haber descrito como tal a aquella pequeña estructura de piedra. Se trataba poco más que de un cobertizo de dos habitaciones que los monjes de Santo Spirito utilizaban durante la siembra y la cosecha, cuando las horas del día eran demasiado valiosas como para perderlas yendo y viniendo cada día del monasterio. Sin embargo, le complació observar su situación, junto a un arroyo y protegida del viento por una pared de piedras sueltas que habían ido depositándose allí a lo largo de siglos de arar una y otra vez el campo. Ante la puerta había una plaza bien apisonada, con un bebedero de piedra para los animales. Dentro de la casa había una plataforma de madera elevada por encima del suelo de tierra, con varios colchones de paja arrollados, dispuestos allí arriba para escapar del alcance de los ratones de campo.

En el exterior, en dos de los lados del edificio, una pared de piedra de poca altura servía de corral a las ovejas. Los caballos ya habían sido encerrados en el corral y los guardias se encargaban de proporcionarles algo de forraje. Otro grupo de hombres estaba apostado más allá de la casa, sobre el camino y entre los cañaverales que se prolongaban hasta cubrir las orillas del arroyo. Muy cerca había un pequeño cobertizo de piedra donde los monjes guardaban las herramientas y almacenaban el producto de las cosechas mientras aguardaban el momento en que llegaban los carros para su transporte hasta el monasterio.

En la distancia podía ver la masa gris de Santo Spirito, acurrucado precariamente en su comisa como un ladrillo a punto de despeñarse hacia el valle que había debajo. En el camino que conducía hasta el monasterio pudo observar unas pequeñas figuras negras en movimiento; seguramente se trataba de Briac y Nicolás.

Nicolás notó que en esta ocasión aquellos poderosos muros le producían una sensación menos desasosegante, aunque se vieron obligados, una vez más, a soportar una larga espera *en* el exterior. El *mismo monje gruñón les condujo* ante la presencia del abad, que les saludó con idéntica frialdad; sin embargo, la mención de San

Eusanio funcionó como una invocación mágica. El propio abad procedía de esa aldea y reverenciaba al santo local.

—Venid conmigo y os lo demostraré —dijo con inesperado entusiasmo, cogiendo a Nicolás por un brazo y conduciéndole hasta la biblioteca—. Tenemos una *Vida de San Eusanio* dictada por el propio santo desde su lecho de muerte. Hay varias copias y os dejaré una para que la leáis, Dios bendiga vuestra buena fortuna. ¿Y vuestro hermano Jacques... me decís que se ha convertido en abad? Bien, entonces le enviaremos una copia como señal de nuestra estima. No hay hombre alguno en la Santa Iglesia Romana cuya alma no se vea elevada con la lectura de la vida y los milagros de nuestro querido San Eusanio...

Una vez que la compuerta se hubo abierto, las palabras brotaron como un torrente de montaña, y Nicolás temió el momento en que se viera obligado a acompañar al abad Plácido hasta la iglesia de San Eusanio. Sin embargo, el mero pensamiento del breve paseo a caballo pareció recordarle al abad sus dolores reumáticos. Lanzó un gemido, se apretó la zona inferior de la espalda con ambas manos y prácticamente se olvidó de San Eusanio. Un monje del gabinete de los calígrafos del monasterio escogió una copia de la vida del santo de uno de los estantes y luego escoltó a Nicolás desde la biblioteca profiriendo una interminable retahíla de excusas. Cuando Nicolás volvió a salir al exterior y se reunió con Briac en el patio del convento experimentó una agradable sensación de alivio.

Antes de montar su caballo, se entretuvo un momento ante las puertas del monasterio y echó una ojeada al pequeño libro manuscrito. Consideró la posibilidad de detenerse en algún sitio, de regreso a la casa donde le aguardaba el inquisidor, y estudiar su contenido. Estaba escrito con mano firme y una letra grande y clara, en un latín que Nicolás no encontró difícil de leer. Sin embargo, el instinto le indicó que en esta materia la experiencia del abad Jacques como teólogo e inquisidor resultaba fundamental. El volumen fue cuidadosamente guardado en una alforja de la montura de Briac y los dos hombres abandonaron Santo Spirito en medio de calurosas muestras de amistad y ofrecimientos de hospitalidad.

Nicolás pensó con ironía que era como si el abad abrigara la esperanza de que San Eusanio fuera elevado a la categoría de los Padres de la Iglesia y viera en Nicolás de Lirey el medio de conseguirlo.

Debajo de la abadía, donde la pendiente se unía a la chata llanura aluvial, se detuvieron junto al canal de un molino para abrevar a sus caballos. Nicolás se alejó de la corriente de agua, atravesó el camino y se sentó contra el tronco de un álamo podado, dejando que Briac se ocupara de los animales. Sentía la espalda dolorida después de semanas de cabalgar sin descanso y notó que su cuerpo exhausto daba la bienvenida a aquel momento de reposo.

El sol calentaba su cuerpo y la completa serenidad de la campiña contradecía la intensa actividad que les aguardaba. Los únicos sonidos que rompían la calma eran los rítmicos golpes que producían los azadones de los campesinos que trabajaban

junto a las orillas del río y el sonido típico de los grillos.

Aquella serenidad permitió que Nicolás oyera el galope de los caballos antes de verles aparecer. Se trataba de una pequeña partida compuesta por tres caballeros y sus escuderos. Mientras los hombres se acercaban, Nicolás cambió de posición para quedar a cubierto, en las sombras, satisfecho de hallarse a una prudente distancia del camino. Observó que Briac les saludaba y le alegró que el grupo no se detuviera. Los caballeros mantuvieron a sus cabalgaduras a un trote corto, mientras los fieles escuderos hacían cuanto podían por no retrasarse.

Una fina nube de polvo cayó sobre el joven De Lirey, obligándole a toser para airear sus pulmones y agitar su sombrero para limpiar sus ropas. Se puso en pie, cuidándose de permanecer oculto por el tronco del árbol. Sin embargo, el movimiento fue suficiente para atraer la atención de uno de los caballeros, que se deslizó hacia adelante sobre su montura, se irguió sobre los estribos y miró a Nicolás desde una distancia no mayor a un tiro de lanza.

El joven De Lirey no sabría jamás quién recibió el mayor sobresalto, ya que aquel caballero le resultaba tan familiar como sabía que él mismo lo era para el otro. Habían cabalgado juntos bajo los colores del rey de Francia, participado en numerosos torneos para jóvenes de su estirpe, valientes y gallardos, y visto a sus padres compartiendo su lealtad y su afecto. Sin embargo, el señor de Estissac era tan consciente de la delicadeza de su misión como el propio Nicolás y se abstuvo de hacer cualquier comentario. Era un signo de buena casta y diplomacia, algo que el abad Jacques nunca sería capaz de comprender, reflexionó Nicolás.

Miró en dirección a Briac, pero el guardia aparentemente no había visto nada.

Gracias a Dios, se dijo Nicolás en voz muy baja. Su conmoción no podía haber sido mayor, ya que había oído que Gilbert de Estissac estaba ahora al servicio de Bernard de Caen. No obstante, no se había detenido; y tampoco le había dirigido una sola palabra. Nicolás pensó amargamente que o bien los rumores que había oído eran falsos, o Bernard estaba jugando con una doble baraja. Quizá Jacques estuviera acertado al desconfiar de su propio superior. Pero en ese caso ¿había alguien en quién pudiera confiar plenamente? Sólo en Jacques, se dijo, y procuró apartar con rapidez los interrogantes que agobiaban su mente.

Primero, Guillaume de París. Y ahora Gilbert. ¿Significaba que el propio Bernard de Caen también se hallaba cerca? Al principio la idea resultaba tan absurda que Nicolás estuvo a punto de echarse a reír; no obstante, ya nada parecía imposible. El mero hecho de su presencia junto a aquel canal le hubiera parecido algo absurdo poco tiempo atrás. Y ahora, todo Pans parecía encontrarse allí...

El nombre de la ciudad, Pans, estimuló una nueva línea de pensamiento; la última vez que había visto a Guillaume de París, tuvo lugar en el exterior del vestíbulo de la sala de audiencias del rey, mientras mantenía una profunda conversación con Bernard de Caen. Además, los dos hombres se habían conocido a lo largo de muchas décadas e incluso habían estado juntos en Italia durante la época del papa Bonifacio. Aunque

ahora era un hecho que se encontraban en bandos opuestos. La Iglesia y el Estado. ¿Era posible que estuvieran conspirando juntos? ¿Podía haber algo más astuto que concebir a ambos personajes mutuamente sojuzgados? ¿Había sido ésa la razón por la que dos hombres de su importancia realizaran un viaje tan largo e incómodo? Y entonces, una vez más, algo le hizo recordar, como si se estuviera produciendo en ese mismo momento, las palabras de Bernard de Caen que él mismo había oído en una ocasión. ¿Acaso aquellos interrogantes podían resultar ciertos?

—Sabéis —dijo para sí en tono de interrogación, como si se tratara de una revelación—, en esta ciénaga de lealtad y deslealtad, el mejor hombre es el abad Jacques Fournier. Se halla tan cerca de la verdad como cualquier otro, aunque sólo fuese un señuelo para la liebre. Y es recto como una vara. Él jamás sucumbirá a semejante ambición.

—¿Qué decíais, señor? —preguntó Briac, que se había reunido con él bajo el álamo.

—Nada, Briac —replicó Nicolás.

Agitando la cabeza con vigor para obligarse a volver a la realidad, cogió las riendas que le tendía el guardia. Caminó por encima de la sombra alargada de Briac y miró hacia el oeste en dirección al sol poniente.

—Vamos a reunimos con el abad Jacques antes de que se ponga el sol.

Jacques observó a Nicolás y a Briac que regresaban atravesando el campo; el sol, entretanto, iluminaba de un vivo tono rosado las cumbres nevadas de los picos montañosos que se extendían hacia el norte. Luego, las cabezas de los jinetes desaparecieron cuando los caballos siguieron el camino que descendía junto al arroyo. Detrás de ellos, los rayos rasantes y anaranjados del sol teñían los campos, como si fueran soldados en plena persecución. La intensa luz horizontal arrojaba nuevos trozos de verde en la sombra mientras iluminaba la tierra que ardía a sus espaldas.

Cuando las dos cabezas familiares reaparecieron, los hombres se hallaban ya a una corta distancia y pocos minutos después desmontaban en la plaza que se extendía delante de la casa.

—Hemos tenido suerte allí arriba —refunfuñó Briac, señalando hacia el monasterio—. No deseaban que nos acercáramos a su precioso monasterio —añadió mientras tensaba la espalda y estiraba las piernas.

Jacques sonrió al recordar su propia visita, acompañado por Nicolás.

—Pero supongo que finalmente os admitieron allí, ¿no es verdad?

—Ésa es la palabra correcta, señor abad, «finalmente»... Cuando mencionamos a San Eusanio su actitud cambió por completo, de lo contrario estoy seguro de que nos hubiesen hecho esperar todo el santo día...

—Gracias, Briac. Yo explicaré al abad lo que ha sucedido —dijo Nicolás de Lirey

hablando con suavidad, aunque la costumbre de dar órdenes estaba impresa en su voz.

Entregó las riendas de su caballo a uno de los guardias y se reunió con Jacques, auténticamente feliz de verle.

Briac frunció el ceño.

—Sí, muchas gracias, Briac. Habéis hecho un buen trabajo —añadió Jacques tratando de darle ánimos—. Hay un buen caldo junto al fuego, tomad un poco, es ideal para combatir una noche fresca como ésta. —A continuación se dirigió a Nicolás—: ¿Y bien?

—Ha sido exactamente como os lo ha explicado Briac. Os acordáis de ellos, ¿no? Hoscos y fríos. Sin embargo, después de un rato se ablandaron y el abad se mostró muy interesado en conocer la razón de nuestro regreso. Nos invitó a quedarnos allí.

Nicolás deseaba poder hablar abiertamente, pero consideró que aún no había llegado el momento. Debía asegurarse de cuáles eran los planes de Guillaume de París, y también del paradero de Bernard de Caen, antes de explayarse a fondo con Jacques.

El abad sonrió.

—Como comprenderéis, ésa es una invitación que voy a declinar.

—Sí, creo que lleváis toda la razón. En cualquier caso, le interrogué lo mejor que pude sin levantar sus sospechas y estoy seguro de que no saben nada acerca de los templarios. Y tampoco acerca de Guillaume de París.

—Sí, eso es precisamente lo que me esperaba. ¿Y respecto de la otra cuestión?

—No hubo el menor problema. Era la única información que deseaban proporcionar. ¡Todo un libro! Tienen a nuestro amigo San Eusanio en una gran consideración. ¡Aquí tenéis! —dijo, entregándole al hermano Jacques el pequeño volumen toscamente encuadernado acerca de la vida del santo.

—Gracias —dijo Jacques, que, en vez de sentir entusiasmo por la perspectiva de leer el delgado volumen, se vio súbitamente acometido por un enorme cansancio—. Los dos habéis hecho un excelente trabajo —añadió, pero Nicolás notó que hablaba en tono condescendiente y aquella percepción no hizo nada por incrementar la confianza que el joven De Lirey deseaba depositar en el abad—. Buenas noches —se despidió Jacques, apretando el libro contra su pecho.

—Buenas noches —replicó Nicolás con rapidez, y se retiró a la plataforma que servía de dormitorio.

Era evidente que el inquisidor deseaba leer a solas el manuscrito y a Nicolás no le molestaba. Cuando abrió el volumen había visto que la prosa era densa y pesada; ya se encargaría Jacques en su momento de comunicarle si había hallado algo importante. Por lo pronto, todo cuanto deseaba era dormir larga y profundamente, ya que durante los días siguientes sus obligaciones no le dejarían demasiado tiempo libre para el descanso.

Se dijo que a la mañana siguiente se ocuparía de buscar a Gilbert y descubrir la



verdad. Luego estaría en condiciones de hablar abiertamente con el abad.

## Capítulo 39



Cuando la oscuridad se hizo total, una espeluznante quietud envolvió completamente la casa de la orden cisterciense. Había poco viento, de modo que cada sonido del valle llegaba a oídos de Jacques con una precisión poco corriente. Los caballos golpeaban inquietos el suelo del corral con sus cascos y las voces de los guardias resonaban con tanta claridad como el agua de las montañas.

Jacques permaneció echado sobre su colchón, pero no durmió. La presencia de Guillaume de París le había perturbado más de lo que había deseado admitir delante de Nicolás. Había perseguido a los templarios desde París a una velocidad pasmosa, creyendo que su grupo sería el primero en llegar a Ocre, para descubrir, una vez en Italia, que los templarios no sólo iban por delante suyo cuando pasaron por Milán, sino que también les había adelantado el propio Guillaume en Aquila. ¿Qué ruta había escogido Guillaume de París? ¿Había sido puesto sobre aviso por Bernard de Caen?

Los interrogantes bullían en la mente insomne de Jacques.

El graznido de un búho resonó en el campo. Jacques se estremeció en su cama y recordó una ocasión en la que su padre le había explicado que los búhos engañan a otros pájaros para que caigan en las trampas dispuestas por los cazadores, del mismo modo en que Satán engaña a la humanidad. ¿Acaso él, el cazador, se estaba convirtiendo en la presa? Sin embargo, tan pronto como se planteó aquella pregunta, se rio solo en la oscuridad al comprender lo absurdo de su comportamiento al caer en la trampa de las mismas creencias supersticiosas que Rollanz... y que el rey Felipe. El búho probablemente se hallaba acurrucado entre las juncias y se había sobresaltado ante la presencia de los guardias. Jacques se apoyó sobre un codo para echar un vistazo al exterior a través de la estrecha ventana. La luna componía un arco de plata sobre los distantes picos montañosos. Había una extraña tensión en el aire de la noche, como si las propias montañas estuvieran ejerciendo presión sobre la casa. Las horas transcurrieron lentas mientras el hermano Jacques examinaba la situación y procuraba tomar las decisiones oportunas para el día siguiente. A veces, lo que debía hacer le parecía evidente y estaba a punto de quedarse dormido; entonces se daba la

vuelta, sacudía la cabeza para despertar por completo y la certeza se esfumaba en el aire frío de la noche. No podía huir de un sentimiento inexplicable y creciente, de la premonición de que algo terrible estaba ocurriendo.

No obstante, con el avance de la madrugada comenzó a dormirse...

Un sonido extraño, como el de alguien que soplara o succionara, le despertó; Jacques, pensó que era un ruido semejante al que producían los fuelles de Mirepoix. Luego se sentó bruscamente, persuadido de que su somnolienta memoria había escogido el símil correcto. Se trataba de un incendio, y fuera de la puerta el forraje que habían reunido los guardias ya estaba en llamas.

Jacques saltó desde el colchón directamente al suelo y gritó para despertar a los demás. Las grandes llamas que surgían de los sitios donde habían caído las antorchas le cegaron de modo que no pudo ver nada ni a nadie; trató de protegerse los ojos pero no le sirvió de nada. Comenzó a moverse con mucho cuidado hacia el rincón donde dormía Nicolás, pero fue detenido por el golpe de una antorcha que le rozó el pecho y cayó sobre un colchón que había un poco más lejos. El colchón se incendió de inmediato, y el fuego se propagó con rapidez por las hierbas secas y la paja que cubría el suelo cruzando la estancia como un rayo. Jacques se disponía a salir corriendo cuando un alarido terrorífico le dejó paralizado. Vio entonces una figura indescriptible; parecía uno de los condenados que suelen ilustrar los cuadros que representan el infierno... y venía hacia él, con los pantalones y la túnica envueltos en llamas y la boca abierta como si el cráneo estuviera a punto de reventar de dolor. El alarido parecía interminable, y daba la impresión de que los pulmones contaran con una provisión añadida de aire para insuflar energía a su gemido de espanto.

Jacques se hizo a un lado mientras el calor que irradiaba aquel ser monstruoso comenzaba a quemarle el rostro; rezó para que aquel desdichado no fuera Nicolás de Lirey. Un hedor insoportable le invadió las ventanas de la nariz y el vómito trepó a su garganta mientras a su lado las llamas lamían y devoraban el rostro de aquel desgraciado. Entonces, abruptamente, el alarido se interrumpió y los restos de vida fueron succionados del cuerpo agonizante, que se desmoronó como si el hombre se dispusiera a dormir; luego, mientras las llamas continuaban creciendo, se convirtió en una horrible bola de fuego. Jacques no podía ver nada, pero se imaginó que los labios quedaban calcinados sobre las encías como le había sucedido a Jacques de Molay. Las lágrimas de sufrimiento se mezclaron con las que le provocaba el humo. Sin embargo, observó que aquella figura era demasiado pequeña para corresponder a la de Nicolás de Lirey. Una vez más, el abad miró en dirección al rincón donde debía hallarse el joven caballero, convertido ahora en una viva llamarada.

Las mangas de su propia túnica empezaban a arder y sintió que se sofocaba. La habitación estaba ahora saturada de un humo acre y cualquier intento por inhalar le producía una sensación de quemazón en el pecho. Supo que no podía quedarse allí más tiempo sin poner en serio peligro su vida. Rezó rápidamente por el desdichado envuelto en llamas y a continuación corrió cruzando la habitación y saltó por encima

de un fardo de forraje en llamas hasta alcanzar el aire puro del exterior.

La noche estaba iluminada por el tejado encendido de la casa, convertida en una hoguera; el abad observó que antorchas semejantes a las que habían sido arrojadas dentro del edificio parecían arder en todas partes sobre la plaza. Los caballos relinchaban de terror, sumándose a aquella visión infernal. Jacques apagó las llamas que amenazaban con quemarle el pecho, se arrancó un trozo quemado del hábito y echó un vistazo rápido a su alrededor.

Más allá de la pared desmoronada pudo ver un grupo de hombres armados que se movían en su dirección. Algunos de los que se hallaban más próximos todavía blandían antorchas, dispuestos a arrojarlas. Afortunadamente, tanto Briac como Renaud estaban sanos y salvos, encabezando la resistencia contra los pirómanos que intentaban entrar al recinto. A los lados y detrás de los dos hombres, los guardias habían dispuesto una formación defensiva semicircular dando la espalda a la casa en llamas. Todos combatían salvajemente armados con espadas y dagas.

Mientras observaba la escena, una sensación de terror embargó a Jacques; su cuerpo se estremeció al asumir plenamente el infierno del que había conseguido escapar y sintió que los intestinos se le aflojaban ante la imagen de lo que estaba por suceder.

Observó con aprensión mientras Renaud hacía retroceder a uno de los atacantes hacia el abrevadero con un golpe feroz de su espada. Jacques se miró las manos desnudas y se quitó de encima los trozos quemados de los puños. Jamás se había sentido tan inútil. Y entonces, allí mismo, en aquel momento crucial, decidió que hasta el instante en que concluyera su misión llevaría un arma.

Uno de los asaltantes se dirigió hacia él, pero apenas si tuvo tiempo suficiente para intentar asestarle una primera puñalada cuando la poderosa y endemoniada figura de Briac cayó sobre él. Jacques observó estupefacto mientras la espada de Briac atravesaba la cota de malla y el brazo armado del atacante como si no fuera más que papel. La víctima lanzó un alarido horripilante mientras su antebrazo cercenado caía al suelo, lejos de él. Briac le permitió retirarse y luego se volvió con rapidez hacia el abad.

—¡Retroceded hacia la pared! —gritó a Jacques—. ¡Este ataque no es problema para nosotros!

Mientras Jacques retrocedía, vio surgir del interior de la casa lo que parecía una antorcha humana. La entrada y el umbral de mármol ardían como si fueran una visión del averno.

Jacques deseó gritar, pero se quedó repentinamente mudo al comprobar que se trataba de su compañero. Nicolás luchaba débilmente contra las llamas que le envolvían desde la túnica hasta la cabeza, gritando como si fuera un verraco herido mientras corría hacia atrás y adelante, avivando involuntariamente las llamas. Tosía como si deseara escupir sus entrañas y procuraba desesperadamente quitarse la túnica en llamas. Jacques estaba paralizado de terror y permaneció inmóvil, observando

durante un lapso de tiempo que le pareció toda una eternidad, mientras su compañero se quemaba sin remisión delante de él.

Briac apareció milagrosamente. Jacques miró estupefacto mientras el guardia, como si estar envuelto en llamas no fuese castigo suficiente, derrumbaba a Nicolás al suelo con un certero golpe.

A continuación, y sin perder un instante, Briac comenzó a echar tierra encima del cuerpo inconsciente de Nicolás; y Jacques comprendió la jugada.

—¡Si hubiera corrido hacia el abrevadero, hubiera muerto por obra del fuego o de la espada de alguno de los asaltantes! —gritó Briac mientras trabajaba.

Jacques se le unió, olvidando el dolor que experimentaba en sus pies quemados mientras cavaba frenéticamente en el suelo de la plaza. Cuando las llamas hubieron sido sofocadas, se inclinó hacia adelante y arañó el suelo con las manos. Había en el aire un olor punzante, parecido al que producía el cuerno o las uñas quemadas, procedente del bulto ennegrecido que yacía a sus pies. Hizo cuanto pudo por alejar la imagen de Nicolás de su mente. Jacques y Briac procuraron cubrir el cuerpo del caballero; luego, el guardia desgarró las mangas de su túnica y las utilizó para apagar el resto de las llamas.

A su espalda, la casa ardía completamente, iluminando el campo que la rodeaba como si fuese de día. Los hombres de Briac permanecían junto a la pared que rodeaba el edificio. Más allá, como espantajos aislados en el trigo que les llegaba a las rodillas, los asaltantes huían en todas direcciones buscando la seguridad de las sombras.

—Se acabó —dijo Briac llanamente, como si no hubiera sido más que un ejercicio de entrenamiento.

Parecía que las llamas no le habían alcanzado, probablemente porque ya estaba fuera cuando comenzó el incendio.

El abad Jacques se sentía exhausto.

Renaud se ocupaba de quitar la tierra del bulto humano que yacía ante ellos. Las ropas de Nicolás estaban reducidas a una masa carbonizada, y mientras le quitaban los trozos ennegrecidos, un hedor atroz, mezcla de lana y carne quemadas, invadió la nariz de Jacques. Las lágrimas brotaron a sus ojos mientras su compañero era llevado en volandas al interior de la casa, retorciéndose, gritando y jadeando, exhalando aire y humo.

Qué muerte tan espantosa, reflexionó Jacques, pensando en el suplicio del Gran Maestro del Temple.

Echó un vistazo a su alrededor, al campo de batalla; dos de los misteriosos enemigos yacían sin vida junto a la puerta, en tanto que uno de los guardias de Briac parecía muerto dentro del abrevadero. Dos hombres asesinados, Nicolás gravemente quemado... Un saldo cruento, reflexionó Jacques abstraído. Su propio temor reapareció y durante unos minutos permaneció temblando junto a la puerta como si hubiera sido él la víctima de las quemaduras. Un sentimiento de vergüenza sustituyó

su temor tardío y comprendió la suerte que había tenido. El cuerpo calcinado de Nicolás podía haber sido fácilmente el suyo. Le agradeció a Dios por perdonarle la vida, y prometió obtener el debido arrepentimiento por su cobardía encontrando la imagen que todos buscaban y que, además, habían demostrado estar dispuestos a matar por ella. Estaba a punto de entrar en la casa para ver a Nicolás cuando la voz triunfal de uno de los guardias le detuvo.

—¡Hemos cogido a uno! ¡Hemos cogido a uno! —gritó, y su expresión de felicidad era tan intensa que amenazaba con dividirle el rostro en dos mitades.

—Bien hecho —dijo Jacques con sinceridad; sin embargo, no pudo ocultar su angustia.

Briac comprendió su estado de ánimo.

—Siento mucho lo ocurrido al señor Nicolás... —dijo, inclinando la cabeza con pesar, como un hombre que se avergüenza de sus actos.

—No debéis estar apenado. Habéis hecho un excelente trabajo. No perdáis de vista al prisionero. Primero he de atender a Nicolás. Luego veremos lo que ese miserable puede decirnos.

Y entró en el cobertizo de piedra, que había permanecido fuera del alcance de las llamas.

Nicolás había sido envuelto en una manta y recostado sobre el único colchón que permanecía intacto. Jacques sintió que se le hacía un nudo en la garganta ante la visión retorcida de su compañero. Todo el cabello se le había quemado y chamuscado y su rostro, que alguna vez había sido delgado y pálido era ahora una espantosa amalgama de hollín y tierra; parecía un deshollinador que hubiera perdido las cejas y las pestañas. Era prácticamente irreconocible. Hasta su expresión de desdén había desaparecido. Debajo de la manta su cuerpo se retorció entre espasmos. Renaud le sostenía con firmeza una mano cubierta de ampollas mientras el caballero herido vaciaba sus pulmones luchando contra la agonía.

—¿Tenemos beleño u opio? —preguntó Renaud.

—Un poco de beleño —dijo Jacques, asintiendo con la cabeza.

El senescal frunció los labios.

—Afortunadamente no es tan grave como pensábamos —dijo—. Es menos serio que aparatoso. No se ha quemado demasiado gracias a que no llevaba calzas. Las llamas entonces podrían haberle destruido el tronco.

—Bendito sea el cielo —exclamó el abad Jacques, auténticamente agradecido a su Señor. Luego se dirigió a Nicolás en un débil intento de alentarle en medio de su sufrimiento—. Yo me he visto obligado a vestirme como un fraile dominico. Ahora seréis vos quien tendréis que llevar un hábito cisterciense.

Sin embargo, incluso mientras hablaba, sabía que sus palabras sonaban huecas.

En cualquier caso, no hubo ninguna reacción en el hombre herido.

—Le daremos beleño —insistió Renaud—. El dolor debe ser intolerable. Y luego tendremos que aplicarle ventosas. Sanará antes con menos sangre.

—¿Y luego?

—Y luego nada más, señor abad. Debemos esperar y mantenerle bien abrigado. Jacques se arrodilló junto al colchón.

—¿Sabéis? Tenemos un prisionero. Muy pronto sabremos quiénes eran los asaltantes, aunque podría adivinarlo con bastante precisión —dijo el abad; dudó un instante pero inmediatamente deseó golpearse la cabeza contra la pared por ser tan grosero y egoísta en un momento como aquél—. Deben ser hombres de Guillaume de París. Debo deciros que tenía el presentimiento de que algo estaba por suceder.

Los ojos de Nicolás parpadearon como si estuviese intentando abrirlos. Jacques y Renaud le observaron mientras el hombre se estiraba hacia ellos, sofocando un grito de dolor en una sorprendente proeza de voluntad. A Jacques se le ocurrió entonces que Pietro de Ocre estaba en lo cierto cuando pronunció su lúgubre perorata acerca de que los verdaderos caballeros ya habían desaparecido. En realidad, quedaban muy pocos, y Nicolás de Lirey era uno de esos caballeros.

Una voz vacilante brotó de la boca tumefacta. No sonaba como la voz de Nicolás, pero procedía indudablemente de sus labios resecos.

—¿Jacques?

Aquella voz trémula produjo en Jacques más temor que el rostro desprovisto de pelo y las quemaduras. ¿Estaba pidiéndole la extremaunción? El inquisidor miró a Renaud, que parecía entender de aquellas cosas.

—¿Sobrevivirá? —preguntó en voz muy baja.

—Tan seguro como que Francia es Francia. Cuando se cierren las heridas que tiene en el pecho le quedarán unas cicatrices muy feas. Pero en unos cuantos días estará en pie, eso os lo puedo asegurar.

Aliviado, Jacques se volvió para mirar a Nicolás, acercándose de rodillas al colchón e inclinándose hacia él.

—Estoy aquí, amigo mío. Y rezo por vos...

El rostro ennegrecido se arrugó, dolorido, y luego se relajó.

—Hay algo que debo deciros.

—Luego, cuando estéis mejor.

Nicolás hizo una mueca de dolor.

—Puedo morir. No hay tiempo.

Jacques se volvió nuevamente hacia Renaud, que movía la cabeza con vigor.

—Decidme, entonces, pero hacedlo lentamente.

—La ayuda que me habéis brindado esta noche me ha decidido... Desde que fui asignado a esta misión he estado pasándole información a Bernard de Caen. Cada cosa que vos hacíais y decíais. Pero esta noche he mirado cara a cara a la muerte —dijo Nicolás, cerrando los ojos y jadeando en busca de aire. Luego, milagrosamente, continuó hablando—: Os he estado observando estrechamente y creo que os conozco mejor que nadie... Espero, hermano, que me perdonéis por lo que he hecho...

—Todo, os lo perdono todo —dijo Jacques emocionado.

¿Estaba viendo un amago de sonrisa en el rostro de su amigo seglar?

—Bernard nunca me lo dijo todo. Pero sé que deseaba que vos llegerais aquí demasiado tarde.

—¿Por qué? —preguntó el abad, devanándose los sesos, aun cuando él había sospechado lo que ahora Nicolás le decía.

Ésa era la razón por la que les habían dicho que los pasos de montaña alpinos estaban bloqueados por las nevadas tardías mientras Guillaume de París cruzaba el San Gotardo sin problemas.

—Ya os lo dije, no lo sé. Dejadme terminar... —pidió Nicolás, y volvió a jadear en busca de oxígeno.

Su cuerpo se arqueó sometido a una serie de convulsiones que parecían iniciarse en sus piernas y avanzar hacia arriba hasta alcanzar la cabeza. Esta vez no pudo contener un rugido de dolor.

El abad Jacques cerró los ojos y rezó, disgustado consigo mismo por haber olvidado el sufrimiento de su amigo. El simple hecho de que estuviera hablando ya era un extraordinario acto de coraje.

—Esta reliquia que estamos buscando es un objeto de inmenso poder. Me aterroriza. Nuestro señor Bernard está tan decidido como el propio rey a dar con ella...

—¿Por qué?

—Él siempre ha dicho que vos erais el hombre que podría encontrarla... —añadió De Lirey.

Y enseguida fue aquejado por otro ataque de convulsiones; su grito, espantoso como el de un caballo agónico, parecía capaz de levantar el techo de la casa. Cuando volvió a hablar, lo hizo tan débilmente que sus palabras casi se perdieron en el eco reverberante del grito de dolor.

—Creo que Bernard está aquí, en Ocre...

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Por qué lo creéis? —preguntó Jacques inclinándose hacia adelante; nada podía haberle sobresaltado más que aquella posibilidad.

—Beatrice... —replicó Nicolás. Ahora Jacques sabía que su compañero seglar debía estar muriéndose. ¿Tenía una hermana llamada Beatrice? ¿Una anterior amante? E inconscientemente el inquisidor, el amigo, fue adoptando el papel de confesor—: Decidme...

—La única persona en la que nuestro señor Bernard siempre ha confiado completamente es su hermana Beatrice...

—¡Beatrice! —exclamó Jacques.

Ahora lo comprendía. Le parecía increíble que un hombre como Bernard de Caen hubiese sido capaz de confiar en una mujer que había sido una reconocida hereje. Debía existir un vínculo muy profundo entre ambos.

Jacques creyó ver una sonrisa en el rostro de Nicolás mientras el caballero continuaba hablando.



—Él haría cualquier cosa por ella... y en realidad lo hizo cuando os envió a vos a Caen —dijo, y cerró nuevamente los ojos. Jacques esperaba que las drogas que le habían administrado no le hicieran dormir antes de que acabara con lo que tenía que decirle—. Durante mucho tiempo he estado tratando de comprender los motivos de nuestro señor Bernard. Parecía existir un patrón de conducta en sus acciones, pero se trataba de un patrón establecido por sus propios procesos de razonamiento más que impuesto por el papa Clemente. Fue durante nuestro viaje a Aigues-Mortes cuando comencé a sospechar que había elaborado un plan todavía más ambicioso. Era una misión ambigua, algo que él tampoco comprendía totalmente. Sin embargo, sabía que su importancia era vital, y yo tenía una sospecha acerca de cuál era su propósito. Porque... veréis, Jacques, yo ya había oído hablar antes de esa imagen...

—¡En el nombre del Señor! ¿Cómo?

—Lo oí de boca de un tío de mi madre, que había luchado en esa zona hace muchos años.

—¿Geoffroi...?

—... de Charny. Sí. No tuvisteis que mentir para mantenerme alejado de la Île-des-Javiaux.

Por primera vez Jacques pudo compartir la ironía de su compañero.

—¿De modo que lo sabíais?

—En realidad no, ya que nadie sabía toda la verdad, excepto, quizá, Pietro de Ocre.

La mención de aquel nombre hizo que el hermano Jacques levantara la mirada hacia el castillo, lejano como un nido de águila enclavado en el promontorio rocoso que dominaba el valle.

—Luego, un día, de manera accidental, como ya os dije, oí una conversación entre Bernard y su hermana. Él necesitaba su ayuda en esta cuestión por razones que hoy no podríamos comprender...

—Podríamos interrogar a la mujer...

—Ahora ya no tiene importancia —dijo Nicolás—. En cualquier caso, os aseguro que lo que oí aquel día era completamente increíble. En realidad, en aquel momento no lo creí. Pero sí lo creo ahora.

—Por el amor de Dios, decidme qué era... —le urgió Jacques, inclinándose aún más hacia el herido.

—Nuestro señor Bernard, provincial de la Orden cisterciense e inquisidor general de Provenza, aspira a ocupar altos cargos... más altos de lo que ningún hombre se atrevería a soñar...

Una vez más, la voz de Nicolás se apagó. Jacques acercó su oreja hasta que casi rozó los labios del joven caballero, pero en su corazón ya conocía la respuesta.

—La Santa Sede.

El abad Jacques quedó boquiabierto y miró detenidamente a su malherido compañero, temiendo que aquello fuera consecuencia de un estado de delirio.

—Es imposible.

—Muy lejos de ello... Creo que ahora también cuenta con el apoyo del rey Felipe.

La mente de Jacques trabajaba a marchas forzadas, como le había ocurrido algún tiempo atrás, cuando viera la imagen en la capilla. Aquello significaba que el verdadero propósito del Opus Christi era servir al enemigo de la Iglesia.

—¿Desde nuestra última visita a París?

—Desde antes. Desde la muerte del emperador Henry.

—¿Henry? —preguntó el abad, observando a su amigo con la boca abierta.

—Debía apoderarse de Roma como parte de un trato establecido con el rey Felipe y luego hubiera sido «apartado», tal como ellos dicen, de modo que nuestro rey pudiera ocupar su lugar. Pero Henry también tenía sus espías, y descubrió todo el complot.

Jacques se preguntó de qué modo su compañero lograba reunir las energías y la lucidez suficientes para responder a sus preguntas. Pensó entonces que debía tratarse de una obra de Dios. Sin embargo, no duraría demasiado. El beleño le transportaría muy pronto a un estado de absoluto reposo, más allá de todo dolor.

—¿Queréis decir que Bernard...?

—¿... fue responsable de su muerte? Pudo muy bien ser él, sí. Como recordaréis, corrió el rumor de que Henry había sido envenenado por un dominico. Sin embargo, no tengo pruebas... Tal vez nuestro señor Bernard creyó que con el emperador muerto y la imagen en sus manos podría obtener cuanto deseara del rey Felipe.

Jacques reflexionaba a toda prisa. Aquellos sobresaltos resultaban más agotadores que cualquier viaje o cualquier batalla.

—¿Cree realmente que todo ello es posible? —preguntó con calma, sorprendido de que su propia voz pudiera formular una pregunta tan inconcebible.

—Sí. Cree que la imagen le proporcionará el poder necesario para llevar a cabo sus ambiciones. Sin embargo, juro que mientras tenga vida este secreto jamás saldrá otra vez de mis labios... si es que vivo... —añadió, y sus ojos se cerraron tras el inmenso esfuerzo realizado.

—Yo, personalmente, os llevaré a Avignon si ello es necesario —dijo el inquisidor, consciente de que Nicolás se había deslizado hacia un sueño profundo mientras él pronunciaba aquellas últimas palabras.

Durante algunos minutos Jacques permaneció azorado, sin saber qué hacer. Embargado por la emoción, dejó a Nicolás en manos de Renaud y, saliendo al exterior, llamó a Briac y le ordenó que enviara un hombre a Santo Spirito en busca de más beleño y ungüentos. En cuanto sus órdenes se pusieron en marcha, un irresistible deseo de silencio y soledad le impulsó a caminar junto al arroyo, alejándose del cobertizo. Deseó con toda su alma hallarse de regreso en Mirepoix... aunque con el panorama despejado.

Había venido a Ocre en busca de respuestas y parecía que todo cuanto conseguía

era añadir nuevos interrogantes. ¿Era posible que el propio Bernard de Caen estuviera allí o quizá, en su delirio, Nicolás había querido decir Guillaume de París? ¿Acaso los dos hombres trabajaban juntos? Una vez más, Jacques fue consciente de su propia ignorancia. Debía ser cuidadoso y no sobrestimar sus propios conocimientos y su propia capacidad de comprensión, ya que aquellos hombres se hallaban siempre un paso por delante de él. Y fue precisamente cuando pensó en ello que les comprendió; se movían dentro de un circuito compuesto por nuevas circunvoluciones de razonamiento. En momentos como aquél dudaba de si alguna vez podría comprender por completo la verdadera naturaleza del poder. Era realmente extraordinario el modo en que la imagen que ellos buscaban ejercía una influencia tan decisiva en tantos hombres poderosos.

Nicolás se había abierto a él precisamente en el momento en que Jacques comenzaba a sentir que jamás podría desarrollar un vínculo personal con su aristocrático compañero. Después de todo, meditó el inquisidor, debía haber algo significativo en el nostálgico sermón de Pietro de Ocre. La resistencia al dolor demostrada por Nicolás reflejaba una reserva de coraje que sin duda era producto de su herencia. El abad se dijo que tenía mucho que aprender de hombres como Pietro de Ocre y Nicolás de Lirey y que luego debía difundir sus conocimientos para combatir sin tregua a los Felipes y los Bernards que abundan en el mundo

## Capítulo 40



El abad Jacques entró en la casa calcinada y sin techo en el momento en que Briac escupía sobre el suelo con una expresión de desprecio.

—Conozco a este canalla —dijo—. Le he visto en París. En los garitos.

—Sí —añadió Renaud Essart pensativo—, yo también le he visto antes.

El senescal caminó alrededor del prisionero, estudiándolo desde todos los ángulos, como un granjero en una feria inspeccionando el ganado.

Jacques observó al asaltante; no era más que un muchacho, bajo y robusto, con el rostro amplio de las gentes de campo. No había cuerdas disponibles, de modo que se encontraba sujeto contra la pared por dos estacas cruzadas en diagonal, que dos guardias habían clavado en el suelo y empujaban contra su pecho.

Mientras el abad le observaba, Briac avanzó hacia el prisionero y le propinó un fuerte golpe en el vientre. Todo su cuerpo se conmovió y el muchacho jadeó profundamente, procurando introducir algo de aire en sus pulmones; su cuerpo se inclinó hacia adelante y hubiera continuado doblándose de no ser por las estacas que le sujetaban.

—Ya es suficiente, os lo advierto... —dijo Jacques.

—¡Canalla! —rugió Briac, y le escupió en el rostro. Luego se mantuvo alejado observándole con atención, como si le midiera—. ¡Por las heridas de San Sebastián! El coraje de una oveja y la barriga de una mujer.

El prisionero se encogió de miedo. Daba la impresión de que, después de todo, el golpe había surtido su efecto y, a pesar de sí mismo, Jacques se alegró de que Briac hubiese actuado por su cuenta. Una parte de la violencia que él mismo sentía había sido desahogada por la violencia del guardia, como le sucedió tras su relación sexual con Ida. El inquisidor también observó que el golpe había servido, asimismo, para tranquilizar a los demás guardias.

—Bien, muchacho —comenzó Jacques—, ¿quién os ha enviado aquí?

Briac cerró el puño para dar apoyo a la pregunta del joven inquisidor.

—¿A Ocre? El rey Felipe de Francia —replicó el prisionero, pronunciando aquellas palabras con un indudable orgullo en la voz.

Briac llevó instantáneamente el brazo hacia atrás en un gesto amenazador.

—¡No, Briac! —ordenó Jacques, con una voz serena pero firme. Los ojos del prisionero estaban muy abiertos y las pupilas dilatadas de miedo; no parecía que necesitara más golpes para continuar hablando—. ¿Con Guillaume de París? —preguntó el abad.

—Sí.

Jacques cogió una antorcha encendida y la sostuvo muy cerca del rostro del prisionero hasta que dio la impresión de que la carne estaba a punto de chamuscarse en las llamas. Pensó en el rostro devastado de Nicolás de Lirey. Durante un instante deseó empujar la antorcha hacia la cabeza del asaltante e incendiarle el cabello; pero desistió de aquella idea, sorprendido ante la enorme violencia que revelaba su propia reacción.

Devolvió la antorcha a su soporte.

—¿Fue él, Guillaume de París, quien os envió aquí esta noche para cumplir con vuestra miserable misión de incendiar la casa?

El hombre dudó, pero una sola mirada de Briac fue suficiente para alentar su verbosidad.

—Sí —replicó nerviosamente.

—¿Cuál era el propósito?

—No lo sé —respondió.

Apenas si era mayor que un niño, pero sus ojos estaban encendidos por el odio.

Jacques presintió que decía la verdad y decidió cambiar de táctica.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—Tres días.

—¿Haciendo qué?

—Buscando...

—¿Qué buscáis?

—No lo sé. —Briac le amenazó y el prisionero añadió—: Os juro que no lo sé, señor.

Su cuerpo volvió a encogerse de miedo y de no ser por las estacas se hubiera dado la vuelta.

—Decidme, muchacho... ¿cómo sabrías que habíais encontrado lo que estabais buscando si en verdad ignorabais de qué se trataba?

—No lo sabría; yo no estaba buscando, creedme. Mi señor, el inquisidor general, nos dio las órdenes y nosotros obedecimos. Derribar paredes, registrar viviendas. Y luego él se ocupaba de la búsqueda... a solas.

—Cuando estabais solos, vosotros, los soldados, seguramente discutiríais acerca de cuál era vuestra misión y lo que estabais haciendo y, naturalmente, os haríais muchas preguntas. Muchacho, os aseguro que no puedo creer que no supierais nada en absoluto.

—Corrían algunos rumores, señor; siempre hay rumores; y bastante extraños...

El prisionero se interrumpió; parecía reticente a seguir hablando.

—¡Continuad!

Pero permaneció en silencio.

Briac desenvainó su daga, un arma oriental, de hoja curva y perfectamente afilada. En una ocasión había explicado que se trataba de una reliquia personal que su padre había traído de Tierra Santa, cuando participó en la cruzada de San Luis. Briac la lustraba, pulía y afilaba cada noche con la misma devoción que las monjas conceden al rosario. La pasó por su propia garganta en tono de mofa y luego se inclinó amenazador hacia el prisionero.

—¡Habla, canalla! ¡Por San Sebastián, habla!

El hombre lanzó una mirada nerviosa en dirección a Jacques, como si le suplicara ayuda. Pero no obtuvo la menor reacción. No necesitaba mayores amenazas...

—He jurado que... —comenzó a decir, dubitativo. Pero Briac le miró con ferocidad y continuó hablando con rapidez, como si hubiera decidido soportar ahora un sufrimiento inmediato en vez de aguardar un castigo futuro—. Los hombres decían que había una reliquia aquí, una pintura famosa de Nuestro Señor Jesucristo... pero es sólo una historia. Yo no creo en ella... pero eso es lo que estamos buscando, aunque sólo Dios sabe por qué razón ha de estar aquí.

A pesar del cuchillo, Jacques pensó que aquella súbita locuacidad era sospechosa.

—¿Dónde habéis buscado? —preguntó hoscamente.

—En el castillo de Ocre... que ya no es más que un conjunto de ruinas...

—¿Y luego? —insistió Jacques.

—En el castillo, luego en el monasterio y también en Santo Spirito... Y eso es todo.

—¿Durante tres días?

—El castillo es muy grande, señor —se defendió el muchacho—, y el monasterio también.

—Muy bien —dijo Jacques, y volviéndose hacia los guardias ordenó—: Lleváoslo de aquí.

—¿Qué hacemos con él, señor?

—Lo que creáis más adecuado.

Briac miró a Jacques, sorprendido. Pero luego sonrió recordando su actuación y lo sucedido en la prisión de Saint-Germain.

—Hay algo más —dijo entonces—; uno de mis hombres parece haber desaparecido.

—¿Cuándo?

Las malas noticias se sucedían de prisa; y las buenas noticias no estaban a la vista.

—Después del incendio.

—A dónde creéis que ha ido.

—No tengo la menor idea. Tal vez sintiera miedo. No era muy buen soldado;

pensaba demasiado en sí mismo.

—Bien, si se ha ido, se ha ido —replicó Jacques con resignación. Había otros problemas más urgentes que atender—. Si me dejarais solo... —solicitó suavemente.

Mientras hablaba, las primeras luces del día perfilaron las montañas del este.

Briac se retiró con elegancia.

—Veré si puedo averiguar algo acerca de ese renegado —dijo, y luego volviéndose hacia sus hombres añadió con un rugido—: ¡Quitad inmediatamente a ese canalla de mi vista!

Después se marchó.

## Capítulo 41



La fatiga se apoderó del cuerpo del abad Jacques al mismo tiempo que amanecía. Se recostó pesadamente contra el marco de la puerta. Luego, su cuerpo, siguiendo sus propias necesidades, se deslizó hacia el suelo. Jacques inspeccionó su propio cuerpo con un extraño detenimiento, como si perteneciera a alguna otra persona; tenía los brazos cubiertos por ligeras heridas, raspaduras y moretones, y ahora se daba cuenta de que también él había sufrido algunas ligeras quemaduras en las manos. Sin embargo sus pequeñas llagas no significaban nada si se las comparaba con las terribles quemaduras que había visto a su alrededor. Añoraba una hora de quietud para analizar los acontecimientos y rezar. Pero había poco tiempo para la reflexión. Guillaume de París ya había comenzado su búsqueda, registrando en vano el castillo y el monasterio. Al menos, aquella acción eliminaba dos escondrijos potenciales, ya que Jacques, conociendo al inquisidor general de París, estaba seguro de que su búsqueda había sido minuciosa.

No obstante, también significaba que Guillaume debió abandonar París varios días antes de su partida. Escoger la ruta a través de los Alpes no era suficiente. Comenzaba a presentir que Guillaume no había estado presente en el balcón real la noche en que los caballeros templarios fueron quemados en la hoguera. Del mismo modo en que él había sustituido a Pietro de Ocre en el suplicio, también ellos podían haber simulado la presencia de Guillaume. Nadie se hubiera percatado desde aquella distancia.

La experiencia acumulada hasta el momento le indicaba que realmente ya no había obstáculos insalvables.

Lo primero que debía hacer era poner a su grupo a salvo de posibles ataques futuros. Sin Guillaume y los caballeros templarios respirándole en la nuca le resultaría mucho más sencillo concentrarse en la tarea del descubrimiento de la imagen.

—¡Briac! —llamó en cuanto hubo tomado una decisión, con una fuerza que incluso le sorprendió a él mismo—. Debemos partir enseguida, tan pronto como nos sea posible. Preparad los caballos.



Luego fue a visitar a Nicolás.

La habitación estaba perfumada con menta y romero recién recogido y ya no había rastros del olor del incendio. Nicolás yacía inmóvil en su cama. A su lado se sentaba el hermano enfermero de Santo Spirito, que sostenía en su mano una gran esponja con la que humedecía las heridas del caballero enfermo.

—¿Beleño? —preguntó Jacques.

El fraile asintió.

—Con opio y mandrágora.

Jacques se percató de que había un ramo de flores de beleño, frescas y de color amarillo, con sus distintivas rayas púrpuras, situadas sobre un banco junto a varios racimos de otras hierbas y un jarro de unguento.

El cuerpo de Nicolás estaba desnudo hasta la cintura, exhibiendo un amasijo de ampollas reventadas. Todo el vello corporal había desaparecido. La parte inferior de su rostro continuaba oscurecida por el fuego, mientras que la parte superior estaba enrojecida, brillante e hinchada. Todos los signos de identidad habían sido borrados por el fuego y exhibía unas finas líneas negras donde antes habían estado las pestañas y las cejas, como las líneas que un niño podría pintar si dibujara la figura de un fantasma.

Sin embargo, estaba consciente.

Cuando Jacques se aproximó a él, una débil sonrisa apareció en sus labios.

—¿Puede venir con nosotros? —le preguntó al fraile enfermero.

—No debería hacerlo —replicó el fraile con un cierto asombro—, pero es un hombre con una voluntad extraordinaria. Incluso esta poción no consiguió hacerle dormir, aunque alivia su dolor —añadió, levantando la esponja de la herida para que Jacques pudiese observarle mejor. A continuación se levantó del banco que ocupaba y dijo—: Puede cabalgar con vos, hermano, pero no esperéis que maneje la espada.

Poco después Jacques condujo al pequeño grupo subrepticamente a lo largo de la corriente del arroyo en dirección al río principal. Ahora tenía un doble motivo para evitar Santo Spirito, ya que Guillaume seguramente había tomado provisiones para que sus hombres vigilaran el sitio. Establecieron un campamento junto a una granja abandonada, oculta por un bosquecillo de hayas del camino principal que conducía al castillo de Ocre. Primero, se ocupó de aliviar el sufrimiento de Nicolás, ayudando a trasladarle desde su montura para recostarle contra el confortable tronco de un sauce ligeramente inclinado. Luego se estiró junto al río para dormir un rato bajo la sombra del mismo árbol, vigilado por Briac. Sabía que muy pronto debería contar con toda la energía de que pudiera disponer.

Cuando despertó, el sol estaba alto en el cielo. Nicolás dormía recostado contra el árbol. Se sentó bruscamente y vio a Briac estirado en el suelo con los pies dentro del agua. Sus hombres habían tomado posiciones a su alrededor, rígidos y tensos, tan

tenso como las cuerdas de un salterio. La sensación de peligro y derrota que había seguido al incendio y la batalla de la noche anterior había sido sustituida por una refrescante sensación de urgencia. El estado de nervios había conducido a una vigilancia cada vez más atenta.

—Al menos no seremos cogidos otra vez por sorpresa —bromeó Renaud cuando vio al inquisidor.

Jacques se sentó a su lado. El sueño le había repuesto y ahora disfrutaba de la compañía de sus hombres. Además, se dijo, él estaba en mejores condiciones que Nicolás. Sin embargo la tensión existente en el campamento impedía cualquier tentación de relajarse. Era consciente de las miradas de recelo que le dirigían los guardias, murmurando en pequeños grupos junto al río, observándole y esperando sus instrucciones con más ansiedad que al propio enemigo.

Jacques pensó entonces que las responsabilidades que entraña el poder sobrepasan los placeres que produce; unos minutos con Ida contra meses de continuo peligro. Fontfroide se hallaba a una distancia infinita de allí. Ahora era él quien debía tomar la iniciativa antes que fueran otros quienes lo hicieran; el problema era... ¿por dónde debía comenzar?

Desde su posición de sentado, Jacques podía ver el Castillo de la Virgen. Recordó la visita que le había hecho y el ataque que habían sufrido cuando regresaban, pero más que ninguna otra cosa, se dio cuenta de que le hacía pensar en la aldea y la iglesia de San Eusanio que él sabía que se hallaban más allá de la colina.

La extraña iglesia ocupaba un lugar especial entre los afectos de la familia de Ocre, y mientras permanecía allí sentado, experimentó un *sentimiento* de vanidad que le sugirió que Guillaume de París no comprendía ese aspecto. Sus pensamientos serpenteaban como el río que corría más abajo; si el cardenal Tommaso había escondido nuevamente la imagen, entonces, seguramente, había razonado como lo harían los otros miembros de la familia. Para un hombre tan supersticioso y tradicional, la elección hubiese recaído sobre un único edificio: San Eusanio. Jacques se incorporó de un salto, sobresaltado por la simplicidad que adquiría todo el conjunto. Si su línea de razonamiento era la correcta, la respuesta era sencilla: la reliquia se encontraba dentro de la iglesia.

Sin embargo, registrar la iglesia sería una pérdida de tiempo como lo habían demostrado las búsquedas que el propio Guillaume había realizado al azar.

Fue precisamente entonces cuando percibió el peso sobre el muslo. Palpó el hábito, sonrió, y extrajo el pequeño volumen que Nicolás había traído de Santo Spirito. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Se titulaba *Passio. Eusanii Confessoris*, y desde el mismo prefacio comprobó que el autor afirmaba haberlo copiado en el Año de Nuestro Señor de 1198. Ello significaba que, con toda probabilidad, quien le había encomendado la tarea había sido el joven Berardo de Ocre, el abuelo de Pietro, quien más tarde hiciera construir Santo Spirito.

El abad se acomodó para leer la *Passio*, fascinado por descubrir quién había sido

el santo y lo que representaba para la familia de Ocre.

Al principio la escritura le resultó extraña, sin embargo, el sentimiento de urgencia que le sobrecogía colaboró a incrementar su concentración y muy pronto las letras problemáticas se convirtieron en símbolos completamente familiares para él. Una vez que hubo vuelto la primera página, le dio la impresión de que había leído aquellos trazos durante toda su vida.

A través del texto se enteró de que San Eusanio fue nombrado obispo de Siponto, en Apulia, en el año 293, después de haber vuelto a la vida al hijo muerto de una mujer de la localidad perteneciente a la nobleza. Luego de aquel episodio, el obispo había ido de un sitio a otro realizando milagros, y se destacaba por su costumbre de cantar los salmos de David mientras caminaba; «Bienaventurado el varón que no anda en consejo de impíos» y «Cuando yo grito, respóndeme ¡Dios de mi justicia!» eran, aparentemente, sus favoritos. A menudo, Eusanio curaba a las mujeres poseídas, y la *Passio* contenía descripciones detalladas de esos sucesos.

«Desgraciadamente, me veo obligado a marcharme y no puedo quedarme, y no sé adónde ir», leyó Jacques, tras lo cual Eusanio había sido recompensado con una visión de San Pedro y San Pablo. El obispo había viajado a Roma y a Tivoli y luego, finalmente, había llegado a la aldea que ahora llevaba su nombre, conocida entonces con el nombre de Forcona, donde se dedicó a curar a los enfermos y a bautizar a la población pagana.

Hasta aquel momento Jacques no había detectado nada extraordinario: la vida del santo era similar a la vida de muchos otros santos y mártires anteriores. Sin embargo, hubo algo que persistía en la mente de Jacques, algo que no encajaba del todo.

Continuó leyendo.

El gobernador romano de Forcona era un hombre llamado Prisco, que arrestó a Eusanio y ordenó que le azotaran. Sin embargo, Eusanio dijo que sufrir por Cristo era lo que le hacía más feliz, de modo que Prisco le encarceló cubierto de cadenas. Mientras permanecía en su celda, Eusanio tuvo una visión; se trataba de un ángel que le quitó las cadenas y le condujo fuera de la prisión. Se supone que Prisco dijo entonces; «*Heume, victi sumus per Eusanium sacrilegum*», «Por desgracia, hemos sido vencidos por Eusanio el mago».

Más interesante era todavía el hecho de que el santo fue capturado nuevamente y trataron de obligarle a adorar una imagen de Júpiter. Eusanio se negó categóricamente y fue lapidado por los soldados de Prisco antes de enviarle nuevamente a prisión.

A la mañana siguiente se le oyó recitar uno de sus salmos favoritos, «Cuando yo grito respóndeme...», y entonces tuvo lugar un acontecimiento extraordinario. Primero, una gran bola de fuego apareció encima de la montaña de Ocre, detrás de Forcona, y lentamente dio la impresión de transformarse en una gigantesca imagen de Cristo. Luego, cuatro ministros del infierno, bajo forma humana pero provistos de alas, aparecieron desde las montañas y se llevaron a Prisco ante los ojos de todo el pueblo. Su mujer, Trisonia, acompañada por su hijo Quirillo y su hija Eleuteria, se

dirigió inmediatamente a ver a Eusanio en su celda y le pidió perdón por sus pecados. Eusanio les bautizó aquella misma mañana y luego lo hizo con toda la población del valle. La imagen de Júpiter fue destruida junto con todas las demás imágenes paganas que había en Forcona. Y se plantó una cruz en el sitio exacto donde había aparecido la imagen de Cristo.

Jacques deseaba gritar su felicidad al mundo entero.

El siguiente verso del salmo que Eusanio había estado recitando le vino a la mente con milagrosa claridad, como si las palabras estuvieran siendo pronunciadas por el propio David: «¿Quién nos hará ver la dicha? Alza sobre nosotros, oh Yavé, la lumbre de tu rostro».

¡Allí estaba! Eusanio había apelado a la imagen de Cristo para derrotar al gobernador romano. Ésa era la razón por la que los condes de Ocre le reverenciaban y reconstruyeron su iglesia, que debía erigirse sobre el sitio donde había estado la cruz original; ésa era la razón por la que Berardo había ordenado que se escribiera la *Vida...* del santo; ésa era la razón por la que en el templo se hallaba la cripta con su cuerpo. San Eusanio era un mago y tenía el poder de evocar visiones e imágenes. El problema estaba resuelto: sólo podía haber un sitio donde un miembro de la familia de los condes de Ocre podía ocultar la reliquia. Dentro del altar de la cripta de San Eusanio, donde se preservaban los huesos del santo.

Jacques se volvió hacia Nicolás, que ahora tenía los ojos abiertos, y le sonrió con afecto.

—Venid conmigo, querido caballero, creo que nuestro viaje está a punto de finalizar. ¿Os sentís con fuerzas suficientes para acompañarme?

—No me lo perdería ni por todas las reliquias de la cristiandad —replicó Nicolás mientras Briac le ayudaba a ponerse en pie.

## Capítulo 42



Las fortificaciones de la iglesia ya no ofrecían misterio alguno, pensó Jacques cuando su grupo entró en la aldea de San Eusanio.

Mientras se aproximaban a la iglesia, se imaginó que sabía exactamente de qué modo se sentían los ladrones cuando entraban a una casa con propósitos perversos.

—Tirad la puerta abajo —ordenó a Briac de mala gana. El guardia gruñó y se alejó para pedirle un hacha a uno de sus hombres. Luego el abad se volvió hacia Essart—. Renaud, quiero que dispongáis guardias en las entradas de esta plaza. No tenemos tiempo que perder.

Essart asintió y en cuestión de segundos las órdenes del abad fueron cumplidas.

Jacques y Nicolás siguieron a Briac a través de la brecha que había abierto en la puerta. Al principio, la naturaleza clandestina de la visita determinó que el joven inquisidor avanzara de puntillas sobre las pesadas losas de piedra, pero enseguida los pasos firmes de Briac y Nicolás le proporcionaron una renovada confianza. Hizo una pausa ante el gran altar, se persignó rápidamente y luego indicó a los dos hombres para que le siguieran.

—Ahora debemos actuar con la conciencia muy clara —puntualizó.

Jacques se alegró al comprobar que no había señales de una búsqueda previa. La puerta que llevaba a la cripta estaba abierta de modo que pudieron descender por la estrecha escalerilla no sin antes ocuparse de cerrar cuidadosamente la puerta a sus espaldas.

Agachándose detrás del altar de la cripta, Jacques encontró fácilmente el pestillo que permitía abrir la puerta que se hallaba a su lado. Con mucho cuidado, casi afectuosamente, levantó el cofre que contenía los restos mortales de San Eusanio.

—¡Colocadlo sobre el altar! —Su voz era suave, pero no había la menor duda en su tono de mando.

Briac replicó con otro gruñido.

El abad se dejó caer sobre las rodillas, consciente de la incongruencia que significaba arrodillarse del otro lado del altar mientras buscaba a tientas dentro de él. No había nada. El espacio estaba vacío.

—Pero tiene que estar aquí —murmuró contrariado, en voz baja, hablando consigo mismo.

Nicolás se reclinó a su lado y golpeó la piedra con los nudillos vendados.

—Es piedra sólida —dijo.

Briac se adelantó, como si la cólera de Jacques le sirviera de acicate.

—Con todo respeto, señor Nicolás —dijo—, permitidme mirar en el interior.

Jacques observó que Nicolás hacía un gesto de asentimiento, complacido de que su compañero fuera consciente de sus propias limitaciones físicas y reconoció la justicia de la propuesta del guardia. Si había algo que descubrir en aquel sitio, sería necesario emplear la fuerza. Jacques indicó a Nicolás un antiguo capitel caído junto al altar, y el joven De Lirey tomó asiento.

Un dolor punzante le atravesó el pecho mientras se sentaba. Parecía un dolor externo que comenzaba en el cuello y luego le recorría los miembros. Intentó buscar una posición más confortable, pero cada vez que se inclinaba hacia atrás, contra la pared, el dolor se hacía insoportable. Hubiera deseado que el fraile de la enfermería del monasterio se hallara con él en aquel momento para aplicarle sus pócimas, y supo que en cuanto aquella última búsqueda finalizara debería regresar enseguida para someterse a los cuidados del monje. Flexionó las manos bajo sus vendajes y se dispuso a observar los movimientos de Jacques y Briac.

Briac, entretanto, se había quitado su cinturón de piel de foca y la vaina de la espada. Al principio pensó dejarlo sobre el altar, pero luego vaciló, como si incluso para él depositar el cinturón y la funda de la espada junto a los restos del santo hubiese sido equivalente a la comisión de un sacrilegio. De modo que los dejó sobre la piedra, en el suelo, y ocupó el lugar de Jacques detrás del altar. Forzó la sencilla puerta sobre sus bisagras e introdujo los hombros por el hueco. Jacques le observaba con curiosidad cuando Briac sacó una mano y, a tientas, buscó la daga que había dejado en su funda del cinturón. A continuación, el guardia comenzó a golpear la empuñadura contra los lados y el fondo del altar, produciendo un eco regular... tud... tud... tud... Y luego, en armonía con la esperanza más acuciante, el inquisidor creyó detectar un súbito cambio en el sonido de los golpes.

—¡Esperad! ¡Allí! —gritó presa de gran excitación—. ¡Repetid los golpes en el mismo sitio!

Briac volvió a golpear con la empuñadura de la daga sobre el suelo del interior del altar, en el mismo sitio, y oyó claramente el mismo sonido hueco.

—¡Después de todo, no es piedra sólida! —gritó el guardia—; hay una cubierta de pizarra.

—¡Rompedla! —ordenó Jacques sin el menor asomo de duda en su voz.

Briac le miró.

—¿Estáis seguro?

Esta vez su pregunta dejaba traslucir sus dudas. A pesar de toda su dureza, Briac no era quién para profanar el altar de un mártir.

—¡Rompedla! —repitió Jacques con vehemencia. Sin embargo, en cuanto hubo proferido la orden, experimentó un cargo de conciencia. Le complació reconocer aquel rasgo de respeto en el jefe de su guardia—. Yo personalmente os absuelvo. Seréis justamente recompensado.

Briac no necesitaba otro aliciente. Miró a su alrededor y halló un pesado trozo del capitel de una columna en un rincón de la cripta. Sólo un hombre de su fortaleza podría haberlo llevado hasta el altar.

—Tened cuidado. No queremos romper lo que haya allí dentro —le advirtió Jacques.

El abad se arrodilló con ansiedad mientras Briac alzaba el trozo de capitel y lo introducía dentro de la cámara del altar. Cuando descansaba a salvo sobre el cerramiento de pizarra, Briac se puso en pie durante un momento, inspiró profundamente y flexionó los brazos. A continuación se inclinó en dirección a la pequeña puerta y asió con fuerza el trozo de capitel.

La tercera vez que lo dejó caer, la pizarra comenzó a resquebrajarse. Sudando por el esfuerzo, Briac dejó caer una vez más el sólido trozo de piedra sobre la pizarra astillada. Finalmente, alzó el pesado capitel, lo sacó fuera del altar y lo arrojó descuidadamente a un lado como si sólo se tratara de un trozo de papel. Luego, comenzó a quitar los trozos rotos de pizarra.

Jacques no veía nada en absoluto, salvo un espacio negro a través del agujero que iba formándose. Comenzó a temer que su instinto le hubiera jugado una mala pasada, que se hubiera equivocado y que fuera culpable de cometer un sacrilegio innecesario.

Cuanto el temor a haberse equivocado se hizo insoportable, Briac lanzó un grito de entusiasmo.

—¡Aquí hay algo! ¡Una caja! —gritó.

Trabajaba en la oscuridad, apartando los últimos trozos de pizarra y, con lo que a Jacques le pareció una lentitud infinita, el soldado extrajo cuidadosamente de su escondite la caja que había desenterrado. Entonces, con una sonrisa triunfal en su rostro, se volvió hacia el inquisidor con la caja entre sus manos, cubiertas de suciedad.

—¿Es esto?

Jacques miró el objeto con reverencia. Era una caja cuadrada, chata, de aproximadamente dos palmos de lado, con un marco de madera oscura y cubierta con una reja de plata tal como Pietro le había explicado. Mientras hablaba, Jacques sintió a su lado la presencia de Nicolás.

—Sí, esto es lo que buscaba —replicó, colocando la caja sobre el altar con manos temblorosas—. Prestadme vuestra daga.

Un sentimiento de decepción le recorrió las venas cuando miró a través del fino enrejado. Había esperado ver una pintura nítida y clara, pero su único contenido parecía ser nada más que un paño blanco. Introdujo un dedo a través de las rejillas, pero no palpó ningún objeto sólido. ¿Era aquel objeto la presa que perseguían tantos

cazadores? ¿Acaso todos ellos habían sido engañados por los condes de Ocre?

Miró la caja desilusionado. El enrejado de plata, dispuesto en diagonal, sumado al polvo que había levantado Briac al romper la trampilla de pizarra, hacía difícil ver en el interior de la caja. Deslizando los dedos por debajo del pestillo, el joven inquisidor intentó abrirla, pero estaba firmemente cerrada. Se percató entonces de que uno de sus lados tenía cuatro bisagras en miniatura, de modo que alejó el objeto para verlo mejor y comenzó a operar para abrir el pestillo. Dentro de la capilla la luz no llegaba directamente, pero las paredes blanqueadas reflejaban e incrementaban la luz que se colaba desde fuera. Lentamente, la tapa *comenzó* a ceder mientras *Jacques* manipulaba el pestillo. El tiempo transcurrido y la humedad de la cripta habían sellado la tapa; no obstante, ayudándose con la daga de Briac, el abad se las ingenió para conseguir abrir un espacio que le sirviera de asidero y por fin, haciendo palanca, consiguió quitarla.

Cuando lo hubo hecho, la luz del sol llenó la capilla a través de la estrecha ventana en forma de roseta. Jacques extrajo el paño blanco sosteniéndolo de modo tal que el rayo de sol cayera sobre él. Ahora, en el frío de la cripta, podía percibir el aliento cálido de Nicolás contra su cuello.

Y entonces también él comenzó a comprender. Se puso en pie lentamente y con cierta dificultad, consciente de que sus piernas temblaban mientras miraba con incredulidad. Recordó cómo se había reído ante la descripción que Pietro de Ocre había hecho de aquel mismo instante.

—Que Dios perdone mis dudas —dijo en voz baja.

—Nadie podía imaginar algo así —dijo Nicolás con serenidad, procurando confortarle.

Ante ellos, como si se tratara de una visión milagrosa de hacía miles de años, se hallaba el rostro de Nuestro Señor Jesucristo firmemente impreso sobre un desteñido paño blanco. Era un rostro que él, Jacques Fournier, conocía por haberlo visto en centenares de dibujos y pinturas pero que, en este caso, parecía relucir con una renovada frescura... como si estuviera vivo. Las sienes prominentes y la alta coronilla de la cabeza daban a Cristo una apariencia noble como él jamás había visto antes, mientras que los ojos parecían observarlo todo, amorosamente, desde la eternidad. El rostro era plácido, gentil pero fuerte, como lo describían los evangelios.

Jacques permaneció muy quieto, rígido, conmovido por su belleza y su proximidad.

—Dios mío, perdonad mi pecado de soberbia y falta de humildad, y perdonadme por dudar de vuestra infinita sabiduría —musitó aprensivamente.

Tenía la sensación de que en cualquier momento el Señor podría lanzar un rayo y destruirle.

Jacques estiró aún más la tela.

Su estupefacción fue total cuando observó que estaba plegada de tal modo que, a medida en que se desplegaba, exhibía nuevos planos que completaban la imagen.



—¿Creéis que debo hacerlo? —preguntó nervioso.

Nicolás se hallaba tan cerca que su voz parecía provenir del propio cráneo de Jacques.

—¿Hemos cabalgado desde tan lejos para ver sólo una caja? —preguntó el caballero De Lirey.

El dolor se había desvanecido mientras permanecía hechizado detrás del inquisidor. Era cierto que había oído hablar acerca de aquel paño sagrado, pero nada de lo que oyera le había preparado para enfrentarse a la belleza del rostro que ahora veía impreso en él.

Un sonido sordo rompió el silencio de la cripta. Jacques apartó la mirada de la caja y la clavó en la escalera.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¡Caballos! —dijo Nicolás en tono áspero—. Alguien que pasa por el camino o tal vez los hombres de Briac. —Los sonidos se apagaron—. ¡Adelante! —insistió Nicolás impaciente—. ¡Sacadlo de la caja!

Sin embargo, cualquier precaución era poca.

—Briac —dijo Jacques—, ¿por qué no vais arriba, hasta la puerta de la iglesia, y comprobáis qué es lo que sucede allí fuera?

El guardia se apresuró a cumplir la orden y Jacques, presa de un gran estado de nervios, extrajo cuidadosamente el paño de la caja. A continuación aparecieron los hombros, pesados por el drama de la crucifixión, y a continuación todo el busto. El pecho de Jacques vibró estremecido por el éxtasis. En el tercer pliegue pudo observar las manos de Cristo reposando serenamente sobre su vientre. En el centro de cada mano había una mancha oscura, allí donde los clavos las habían atravesado cuando fue clavado a la cruz. Desplegó completamente el paño y le intrigó observar que la misma operación se repetía con los pies; sin embargo, había una excepción que concitó su interés. Mientras que las manos estaban cruzadas después de haber ocurrido la crucifixión, y las marcas no guardaban relación entre sí, era evidente que los pies habían sido clavados juntos por un único clavo. Jacques recordó entonces la curiosa pintura que había visto en Santa María del Ponte, bajo la puerta sur de Aquila, y supo que había sido pintada por un hombre que había visto el paño que ahora sostenía entre las manos. De lo contrario, seguramente hubiese seguido la tradición. Aquélla era la prueba concluyente.

—Nicolás —dijo Jacques débilmente—, ¿os dais cuenta de lo que estamos mirando?

El caballero De Lirey se limitó a observar el paño, incapaz de pronunciar una sola palabra.

Jacques prosiguió.

—Creo que éste es el auténtico sudario de Jesucristo; no sólo su rostro, sino todo el cuerpo de Cristo Crucificado.

—De modo que ése era el secreto de Pietro. Resulta increíble...

—Y de algún modo explica la creencia del rey Felipe en su poder.

Jacques notó que, mientras hablaba, sus nudillos estaban blancos como la tiza y se imaginó que su rostro tendría el mismo color. El poder que emanaba de la imagen era intolerable. Jacques volvió a plegar cuidadosamente el sudario dentro de la caja, la cerró con el pestillo y la depositó sobre el altar.

El abad se reclinó contra la pared, sin fuerzas en el cuerpo. Las pantorrillas le dolían como si hubiera caminado sin descanso, día y noche, durante toda una semana. Ciertamente, la misión que le había sido confiada se había resuelto en Ocre... y había sucedido más allá de sus más descabelladas expectativas. Su cuerpo se deslizó hasta el suelo, por su propia decisión, ajeno por completo a su voluntad.

Sintió la presencia de Nicolás a su lado y se avergonzó de su propia debilidad.

—De modo que vos también lo habéis visto —dijo el joven caballero.

—Jamás lo hubiera creído —replicó el inquisidor con serenidad.

—Y eso no es todo —prosiguió Nicolás—. Mientras estabais ocupado con el altar y el paño he tenido la oportunidad de echar un vistazo a la cripta. ¡Mirad!

Nicolás dio la vuelta alrededor del altar para reunirse con Jacques y luego señaló hacia las dos columnas más próximas al sitio en que se hallaban.

Los ojos del abad siguieron la dirección que señalaba el dedo del joven aristócrata.

—¿Lo veis? Hay dos rostros: el de Cristo y el del Diablo.

No había la menor duda. El rayo de sol que entraba en la cripta iluminaba las imágenes esculpidas que Jacques ya había visto en la ocasión anterior, mientras que el resto de la columna permanecía en las sombras. Era un efecto sutil, pero no había duda de que había sido deliberadamente previsto.

—Ahora mirad la hilera de columnas —dijo Nicolás—. Están perfectamente alineadas en tres canales. Éste conduce directamente al frente, mientras que los otros dos se apartan en ángulos de cuarenta y cinco grados.

—¿Y qué hay de extraordinario? —inquirió Jacques, pensando que era una cuestión de simple geometría.

—¿Es que no lo veis? —preguntó Nicolás con una nota de triunfo en la voz—. Los dos canales que se abren a cuarenta y cinco grados conducen directamente a Santo Spirito por la izquierda y al Castillo de la Virgen por la derecha. Y éste, con toda seguridad, se dirige en línea recta hacia la Nueva Jerusalén, hacia Aquila. Más o menos como lo imaginé la última vez que visitamos este sitio.

Jacques miró fijamente. Si su compañero tenía razón acerca de sus deducciones y en lo que se refería a la tierra mágica, el hombre que se plantara allí, con la imagen de Cristo en sus manos, controlaría todo cuanto se hallara delante de él, dentro de los términos de aquellas líneas.

Jacques recordó entonces las palabras que había utilizado Pietro de Ocre. En su momento le habían parecido incomprensibles, pero ahora adquirirían todo su verdadero sentido: «La Nueva Jerusalén fue fundada como su custodio, y la Imagen de Nuestro

Señor brilló sobre el valle. Y lo que iluminaba se hallaba bajo la Luz de Dios. Con ella podríamos haber conseguido la Iglesia, el mundo entero...».

Jacques no se sentía muy dispuesto a permitir que su imaginación fuera arrollada por los poderes «mágicos» de la imagen que había visto, sin embargo comenzó a comprender por qué hombres como los condes de Ocre habían creído que si poseían aquella reliquia tenían la clave del poder en sus manos. Sobre todo podía entender por qué estimulaba en ellos el deseo de emprender una cruzada. Pero también sabía que la idea de una cruzada resultaba ahora anacrónica; la Iglesia debía avanzar hacia adelante con la época y volver a ser una institución fuerte y poderosa en Europa. Ya no había necesidad de contar con los caballeros templarios ni similares. Además, comenzó a darse cuenta, muy lentamente, de que en el interior de la capilla que había a sus espaldas tenía los medios para destruir para siempre las viejas herejías y volver a empezar. Había llegado el momento de forjar una nueva identidad para la Iglesia, más fuerte, para que, nuevamente, estuviera en condiciones de preservar la influencia de los valores inmutables del espíritu por encima de los poderes temporales de hombres como el rey Felipe el Hermoso.

En ese momento, la puerta que conducía a la cripta rechinó como si alguien la hubiera abierto. Jacques y Nicolás miraron hacia allí al mismo tiempo mientras un rayo de luz caía sobre las losas en el extremo de la cripta; a continuación, oyeron el roce de unos pasos que se deslizaban con rapidez y el ruido metálico de las armas de un grupo de hombres que bajaban por las escaleras.

Jacques se puso rígido; Nicolás, haciendo un gran esfuerzo, se incorporó en toda su estatura.

El rostro rechoncho y familiar de Bernard de Caen apareció ante ellos, seguido de Briac. Jacques frunció los labios cuando comprendió que Nicolás estaba en lo cierto: su superior también había viajado hasta Ocre; no obstante, su aparición no le sorprendió en absoluto.

Debía pensar con rapidez.

—Mi señor Bernard —dijo con serenidad, inclinándose ante el inquisidor general en una reverencia considerablemente menos servil que las que le había dedicado en ocasiones anteriores, en Avignon.

—Me complace veros, abad Jacques. ¿Qué noticias tenéis para mí?

Visto de cerca, el rostro de Bernard de Caen aparecía enrojecido y sudoroso por la fatiga; aunque su voz sonaba prosaica, como si su presencia en San Eusanio fuera simple rutina. Su séquito de guardias e inquisidores le siguió al interior de la cripta.

—Mi señor —replicó Jacques, con la mente trabajando a toda prisa.

Estaba considerando las palabras que diría a continuación tan cuidadosamente que al principio no se percató de que Briac se movía hacia él. Miró fijamente al frente, con una sensación de pérdida, y luego siguió con sus ojos la dirección que señalaba el dedo de Briac.

Y entonces lo comprendió. Entre los hombres que acompañaban a Bernard de

Caen se encontraba el guardia que había desertado del destacamento de Briac. Tal vez se había confiado demasiado en los guardias, permitiendo que sus sospechas acerca de Nicolás le cegaran hasta el punto de no ser capaz de detectar a otros eventuales espías; era evidente que todavía tenía mucho que aprender.

Ahora, sin embargo, había muy poco que pudiera hacer. El poder de decisión le había sido arrebatado. Al principio, Jacques experimentó un profundo sentimiento de alivio ante el hecho de que no recaería sobre él la responsabilidad de transportar la imagen a Francia; no obstante, mientras continuaba mirando fijamente a su superior, el alivio fue sustituido por un sentimiento de honda decepción, ya que le sería arrebatado su momento de gloria. Sin embargo, su deber inmediato y su lealtad se debían sin duda a aquel hombre, a su superior, sin importar cuáles fueran sus particulares esquemas de poder.

—Tenemos la imagen, mi señor. Está aquí, detrás de mí.

—¿La habéis visto?

—No muy bien. Juzgué que la decisión más sabia era la de reunimos primero con nuestra escolta y abandonar el área —dijo Jacques, recuperando la confianza, ya que al menos una parte del éxito le correspondería a él. Además, necesitaría a Bernard de Caen para que recomendara cualquier promoción que proviniera del papa Clemente—. Guillaume de París se encuentra en Aquila —agregó entonces como si se le acabara de ocurrir.

—Lo sé —replicó Bernard de Caen, sin controlar apenas el sarcasmo de su voz—. ¿Y bien? ¿Dónde está? —añadió con impaciencia.

Jacques cogió la caja que había depositado encima del altar y se la entregó.

—¿Esto? —exclamó Bernard.

Su superior asió la caja con el espasmódico entusiasmo de un niño ante un juguete nuevo, vacilando entre la certeza y la duda de que efectivamente se trataba de lo que había deseado con tanto empeño. Sus dedos regordetes acariciaron las rejas labradas que cubrían la caja.

Un ruido terrible, procedente de la planta superior, les paralizó en su sitio. Esta vez, el sonido que producían los caballos y los hombres armados a través de la puerta abierta resultaba inconfundible. Briac pasó bruscamente entre los miembros de la comitiva de Bernard de Caen y corrió escalera arriba.

Al cabo de unos segundos estuvo de regreso, seguido por media docena de hombres.

—Es Guillaume de París, mi señor, y viene con sus guardias. He visto al bastardo que me hirió en Borgoña allí mismo, en la iglesia. ¡Por San Sebastián que esta vez le arrancaré las entrañas! Y eso no es todo, aunque no podáis creerlo, Hugues de Pairaud está con ellos y también hay otros dos hermanos portando insignias de guerra. Y apuesto a que hay gentes de la comarca con los templarios... esos pastores de la última vez ¿les recordáis? ¡Realmente son pastores!

A Jacques le maravilló que Briac tuviera tiempo de hablar.

—¿Tenemos alguna oportunidad?

Briac rio de buena gana.

—Vos ocuparos simplemente de vuestra imagen. Intentad ocultaros con el señor Nicolás allí, detrás del altar... No, mi buen caballero, no estáis en buena forma para luchar —añadió cuando Nicolás intentó reunirse con él al pie de la escalera—. Renaud está arriba, en la nave de la iglesia, y trataremos de impedir que los asaltantes lleguen hasta aquí.

Jacques y Nicolás retrocedieron hasta ocultarse detrás del altar como les indicara el guardia. Fue entonces cuando el abad observó el rostro de Bernard de Caen, blanco como el papel, mientras buscaba refugio con su preciosa carga.

Al principio Jacques no comprendió su actitud, pero luego vio con sorpresa que también Bernard se había sobresaltado ante la intempestiva aparición de Guillaume de París en San Eusanio. Había cogido la espada de uno de sus escoltas y estaba en pie, con la espalda apoyada en la pared de la cripta, como si se dispusiera a luchar, sujetando la caja contra su pecho. Jacques comprendió que, en medio de la conmoción y el temor que invaden a un hombre que ha sido traicionado, experimentó una ráfaga de simpatía al comprobar que Bernard de Caen había sido utilizado por el inquisidor general de París y el rey Felipe del mismo modo en que él había sido utilizado por su superior. Ahora cada hombre debía salvar su propio pellejo. La reliquia había sido descubierta, y la batalla por su posesión se libraría en aquel lugar escondido.

Jacques se alegró de que Renaud y Briac estuvieran de su lado.

Miró incrédulo mientras los caballeros protegidos con cotas de malla, todos y cada uno de ellos llevando yelmos con visera, se precipitaban dentro de la cripta sin el menor respeto por aquel recinto sagrado. Jacques esperaba que aquella invasión no significara que Renaud había sido muerto o capturado y le complació oír claros sonidos de combate en la planta superior. Aquel extraño ataque, esquivando las columnas y los altares de piedra, era conducido, ahora podía comprobarlo, por caballeros templarios armados con espadas y luciendo con ostentación sus mantos blancos con la cruz roja cosida sobre los hombros. Detrás de la vanguardia venía Guillaume de París y unos cuantos de sus soldados, algunos armados con espadas y otros con mazas que Jacques jamás había visto, vestidos con grebas de cuero duro, protectores de brazo, y cada uno de ellos con una túnica de un color diferente encima de su cota de malla. Jacques supuso que se trataba de caballeros de la propia comarca, del reino de Nápoles, que habían sido reclutados como mercenarios.

El joven inquisidor rezó con toda su convicción por el papa Clemente y la Santa Iglesia Romana mientras los atacantes arremetían contra Briac y sus guardias.

Entonces; para su total sorpresa, vio que el propio Bernard de Caen se preparaba para el combate; resultaba increíble que aquel hombre obeso, que incluso parecía tener dificultades para mantenerse sobre el caballo, considerara siquiera la idea de luchar contra aquellos caballeros. Se sintió avergonzado. Durante un momento

consideró la posibilidad de abandonar a Nicolás y unirse a los hombres que combatían al otro lado del altar. Miró al joven De Lirey, que movió la cabeza con vehemencia, como si comprendiera lo que pensaba el inquisidor. En realidad, una reacción como aquella no sólo era una tontería sino una completa irresponsabilidad.

Así fue como Bernard de Caen entabló un torpe combate contra los caballeros que actuaban a las órdenes del hombre que se suponía que era su aliado. Jacques lo sintió sinceramente por él, y no pudo menos que admirar su entereza y su coraje.

Los caballeros luchaban ferozmente con espadas y mazas, pero dentro de sus armaduras combatían en desventaja en aquel espacio tan estrecho, enfrentándose a los guardias de Briac y Bernard, que portaban trajes y armas más ligeros. La superioridad del enemigo, aparentemente irreductible, se vio menguada hasta convertirse en una simple desigualdad a medida en que el número de agresores se veía rápidamente reducido por las bajas.

Briac, como siempre, se encontraba en su elemento. Como había poco espacio para golpear horizontalmente con la espada, manejaba un hacha de guerra con terrorífica ferocidad, propinando golpes espantosos de arriba abajo sobre los yelmos de los confiados enemigos o hería salvajemente los brazos armados procurando sorprenderles desde abajo. En un momento dado, el guardia divisó a Guillaume de París contra la pared, próximo al pie de la escalera, y corrió hacia él con el hacha balanceándose en el extremo del brazo; cuando estuvo a su lado, lanzó al inquisidor general un golpe con tanta fuerza y precisión que Jacques cerró los ojos anticipándose a la horrible carnicería que aquel hachazo produciría en la cabeza desprotegida de Guillaume.

Cuando volvió a abrir los ojos, sin embargo, Guillaume había desaparecido.

—¡Tan rápido como una liebre! —gritó Nicolás por encima del estruendo que producía el choque del metal contra la piedra—. ¡Se lanzó escalera arriba con la caja, como una liebre herida camino de su guarida! —añadió.

En el sitio de la pared donde debía hallarse su cabellera, había ahora un profundo agujero en la piedra.

Dos de los caballeros templarios yacían sobre las losas del suelo mientras que el tercero estaba enzarzado en una violenta exhibición de habilidad con la espada y la daga con uno de los guardias de Briac. No parecía haber un solo hombre que no tuviera alguna herida, excepto Briac, que ahora luchaba espalda contra espalda con otro de sus soldados, y parecía empujar a los invasores lejos del altar y en dirección a la escalera. El tercer templario cayó bajo sus terribles golpes y fue rematado con un certero tajo de la daga que le cercenó el cuello. Los últimos supervivientes de la escolta de Guillaume de París retrocedieron de prisa hacia la escalera y luego se dieron la vuelta y desaparecieron de la cripta.

En cuanto descubrieron que su señor les había abandonado dio la impresión de que perdían todo su coraje. Briac se dirigió a los guardias que habían sobrevivido, les ordenó que se reagruparan y les encargó que atendieran a los camaradas caídos.

Habían ganado la batalla de la cripta. Los asaltantes desaparecieron tan pronto como habían llegado, pero habían causado grandes estragos y dejado la mitad de sus hombres para las aves carroñeras. Las paredes y el suelo de la cripta estaban salpicados de sangre y cubiertas por el yeso de las columnas, que habían sido atacadas como si se tratara de seres humanos.

Sólo entonces la mirada de Jacques se fijó en una columna en particular, en el otro extremo de la cripta. Se movió un poco para poder ver con mayor claridad, junto a ella, el rostro familiar y rechoncho de Bernard de Caen. Ahora su cara aparecía contrita, como si hubiera sido tensada por el arco de su espina dorsal; su habitual expresión de confianza había desaparecido y en su lugar exhibía una mueca fofa de incertidumbre. Sin embargo, un resabio de su antigua seguridad, y respeto por su posición, indujo a Jacques a arrodillarse en medio de aquella matanza y rezar por el hombre al que todavía podía ver pero al que ya no podría tocar en lo que le restaba de vida.

La repulsión sustituyó rápidamente el respeto, ya que aquel era el hombre que había creado el Opus Christi para proteger a la Iglesia y luego subvertió sus propósitos para que sirvieran a su propia y desmedida ambición; el hombre que había aprendido de los condes de Ocre y procurado imitar su estrategia. Jacques se puso lentamente en pie mientras recordaba su primer encuentro con Bernard y Nicolás; el poder, la opulencia, la nobleza de propósitos, la urgencia... todo se había reducido ahora a un cadáver flácido que yacía a sus pies.

Había otros cadáveres amontonados en un extremo de la cripta. Jacques observó los mantos blancos de los tres caballeros templarios y reconoció a cuatro de los hombres de Briac que, a su vez, llevaba el brazo izquierdo suspendido de un improvisado cabestrillo; el abad advirtió, horrorizado, que su mano había sido amputada a la altura de la muñeca, mientras su rostro estaba húmedo por la sangre que manaba de heridas de menor importancia. Briac caminaba apoyado en el brazo de uno de sus hombres y a pesar del dolor, se sentía feliz.

—Lo conseguimos, señor inquisidor —dijo con orgullo cuando llegó a su lado—. ¿Y sabéis una cosa? Cacé al bastardo. Eso le enseñará lo que les sucede a quienes se atreven a herirme —añadió, riéndose de su enemigo, mientras sus hombres se lo llevaban de allí.

Por el momento no había peligro, pero sería imposible partir enseguida con tantos cadáveres que enterrar. Jacques inspeccionó con tristeza la carnicería que tenía ante sus ojos, preguntándose por qué razón tantos soldados valientes debían morir por un objeto guardado en una caja rectangular, una imagen que, después de todos sus esfuerzos, había caído en manos de Felipe de Francia, cuyos poderes, como resultado de su pérfido ataque a traición, tendrían ahora un alcance ilimitado.

Cruzó el recinto para comprobar si reconocía a alguno de los caballeros templarios; pero todos ellos le eran desconocidos. Estaba a punto de volverse cuando se percató del hoyo en la pared que había producido el golpe de hacha de Briac. Era

evidente que realmente había hecho saltar el yeso que disimulaba una puerta tapiada; la fuerza de su hachazo había abierto un boquete en la pared de ladrillos. Jacques echó un vistazo al interior del agujero. Al principio, la oscuridad le hizo imposible la visión; pero luego, cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz que se filtraba a través de una alta ventana, la cámara se iluminó milagrosamente y el abad pudo vislumbrar una serie de extrañas formas dispersas por la estancia. Su curiosidad fue en aumento y examinó el sitio con mayor atención.

Lo primero que se hizo visible fue la distribución del recinto. Se trataba de una cámara larga, estrecha y abovedada con paredes de grandes ladrillos en la que no se detectaban columnas ni decoración alguna. La pared más alejada estaba cubierta con lo que parecían ser grandes armarios de madera; en la de la derecha se disponían varias estanterías; y la pared de la izquierda estaba recorrida por un largo banco de trabajo. Cerca del banco, Jacques divisó un juego de fuelles de pie y, automáticamente, buscó la chimenea; no la había y pasó algún tiempo hasta que se dio cuenta de la existencia de un brasero junto al banco de trabajo. ¿Qué clase de trabajo metalúrgico podía realizarse aquí, en una iglesia, con tan escaso fuego?, se preguntó el abad. La respuesta se dibujó lentamente ante él. Entre las grandes herramientas, entre las que parecía haber un tomo para trabajar la hojalata y grandes cuencos de cobre, reconoció una serie de recipientes transparentes: botellas, alambiques, tubos y platos dispuestos sobre el banco de trabajo, y también una balanza de orfebre.

Un estremecimiento de excitación recorrió el cuerpo del inquisidor mientras arrugaba el entrecejo e intentaba introducir la cabeza dentro del agujero abierto por el terrible golpe de Briac. Telarañas tan gruesas como las redes de los pescadores le dijeron a las claras que aquel recinto no había sido utilizado durante décadas. Sin embargo, no cabía la menor duda: se trataba del laboratorio de un alquimista. ¿Quién trabajaba allí?, se preguntó Jacques. ¿Gualtiero o Tommaso?, ya que aquel laboratorio no podía pertenecer a ninguna otra persona.

Sus ojos recorrieron el suelo de tierra. Jacques sintió que todo su cuerpo se ponía rígido y las preguntas más fortuitas desaparecieron de su mente. Allí mismo, al alcance de su mano, había un cadáver. Estirado sobre la espalda y en perfecto estado de conservación. Sin embargo, aquel recinto había estado clausurado durante años. Jacques movió la cabeza procurando apartar la incredulidad que le embargaba y luego volvió a mirar con atención.

Se rio de su propia simpleza y del efecto que aquella cripta ejercía sobre él. Se trataba de la escultura en relieve de una sepultura, lista para ser emplazada sobre una tumba; aunque estaba colocada de costado, como si la persona fallecida ya no deseara aquella efigie. Se trataba de un hombre alto, de rostro barbado y expresión serena, tan serena como la que el abad había visto en el capitel de la columna, y sus brazos permanecían cruzados sobre el abdomen. Instintivamente, Jacques comenzó a rezar en silencio por el alma de aquel hombre, deteniéndose con un jadeo cuando



pronunció la palabra «Cristo». Aquel sitio no dejaba de proporcionarle sorpresas, como un mago en la feria de Toulouse. ¡Era un relieve de Cristo lo que yacía en el suelo del gabinete del alquimista! Parecía extrañamente fuera de lugar; sin embargo, la persistente sensación de que había algo familiar en aquella figura embargó a Jacques mientras retrocedía y se aclaraba la garganta, reseca por el polvo.

—Ya es suficiente. Ahora hemos de darnos prisa —dijo bruscamente.

Se volvió hacia Nicolás para compartir con él su asombro. Pero el caballero se había deslizado hasta quedar tendido en el suelo. Al principio Jacques se alarmó, pensando que también su compañero había muerto. No obstante, al acercarse a él pudo oír su profunda respiración y supo que el caballero De Lirey se había quedado dormido; su rostro lucía la sonrisa serena e indolora de un hombre que sabe que su viaje ha concluido.

Habían perdido la caja, pero continuaban con vida.

## Capítulo 43



El abad Jacques salió al exterior y el aire fresco reavivó su sensación de urgencia. Las gentes del pueblo se habían acercado para ver la matanza. Mujeres con velos cruzaban los brazos de los cadáveres sobre sus pechos como si fueran efigies dentro de un sarcófago. Niños descalzos buscaban algún trofeo en el campo de batalla mientras que los adolescentes registraban rápidamente las bolsas y los bolsillos. Los hombres simplemente observaban, en completo silencio. Las armas, caídas por doquier, al azar, parecían juguetes infantiles abandonados repentinamente, ante la promesa de una diversión más atractiva en otro sitio. Las grandes bestias de carga mascaban la escasa hierba que crecía entre los bloques de piedra como si fueran mulas de campo; otras bebían de la fuente. El olor dulce de la muerte, fresca y reciente, invadía el aire quieto.

En mitad de la plaza, Renaud Essart procuraba aliviar el dolor de los heridos. Jacques se dirigió hacia donde se hallaba el ex senescal, acompañado por Briac, rezando en silencio por los muertos.

—¿Estáis bien, Renaud? —gritó Briac.

—Tan bien como puede estarlo cualquier hombre después de una batalla —replicó el veterano soldado.

Jacques vio entonces la caja a los pies de Renaud.

—¿Cómo habéis conseguido esa caja? —preguntó asombrado.

—Maté al hombre que la llevaba, mi señor abad —replicó Essart alegremente, del todo inconsciente de la inmensa importancia de sus acciones.

—¿Guillaume de París?

—No, mi señor, a su escolta.

De modo que el inquisidor general había escapado, aunque lo hiciera con las manos vacías. Con la ayuda de Briac, Jacques colocó la caja chata sobre su montura, detrás de la silla, y la cubrió con una manta. El gran objeto cuadrado no quedaba completamente oculto, pero la manta impediría que los ojos de la gente corriente se sintieran atraídos por ella. Mientras Renaud proseguía con su tarea, Jacques montó su palafreñ y cabalgó cuesta arriba hasta la capilla del Castillo de la Virgen. Briac le

siguió a distancia.

Jacques descubrió la caja y la llevó dentro de la capilla, sintiendo una profunda repugnancia por el hecho de que tantos hombres inteligentes hubieran conspirado y luchado por ella y, también, porque tantos cadáveres yacieran ahora allá abajo, en el valle, por la misma causa. Ahora abriría la caja, sin prisas, con calma, y comprobaría si valía la pena transportarla de regreso a Avignon.

Depositó la caja sobre una mesa de caballete nada más cruzar la puerta de la capilla. Luego volvió a abrirla y observó su premio. Sin embargo, en ausencia de la luz directa del sol no existía imagen alguna. Jacques miró perplejo el paño completamente blanco.

Un pensamiento extraño y perturbador, que había comenzado a tomar forma en su mente desde aquella misma mañana, cuando se hallaba en la cripta, cristalizó repentinamente con una fuerza sorprendente: él ya había visto aquella imagen antes, y en dos ocasiones diferentes. Una vez, en el capitel de la columna que enfrentaba el altar de San Eusanio, lo que resultaba asombroso, ya que su propietario sin duda querría que fuera copiada en su capilla privada; sin embargo, más asombroso resultaba todavía reconocer que ese mismo rostro podía verse en la escultura en relieve que había descubierto dentro del laboratorio del alquimista, en la misma cripta. Si era así, entonces la imagen que decidiría el destino de la cristiandad había sido hecha por el hombre.

Este pensamiento resultaba aún más perturbador dado el deseo obsesivo que manifestaban tantos hombres insignes por poseerla. Si era falsa... ¿por qué había resultado tan convincente? Una vez más, Jacques comprendió con una claridad que le sumió en el desconcierto, que la respuesta se hallaba implícita en su propia simplicidad. Él había estado buscando, soñando, cavando y viajando durante meses para hallar aquella imagen, preparándose para recibir el impacto que la visión de la reliquia había provocado antes en tantos hombres poderosos. Esos hombres creían en ella y quedaron pasmados; él había creído, y había quedado pasmado. Nada resultaba más natural.

La comprensión de los poderes de la imagen llenó de calidez el corazón del abad. No se sentía avergonzado ni tampoco conmocionado por la decepción, ya que siempre había dudado de la autenticidad de las reliquias. Podía percibir el sudario tal como lo hiciera con los dedos de Juan el Bautista meses atrás, acompañado por Nicolás, en Saint-Jean-de-Maurienne. Ahora, como entonces, ya no tenía importancia que él creyera o no. Lo que importaba era que los demás creyeran. Pietro de Ocre había muerto y Jacques estaba seguro de que era el único hombre que realmente conocía el verdadero secreto de Ocre. De algún modo, a través de una práctica de alquimia que sólo Dios conocía, Thomas Berard había conseguido transferir la imagen del relieve esculpido al sudario. Tal vez había conseguido calentar la figura en relieve, cubrirla con alguna diabólica mixtura y luego colocar sobre ella el paño blanco. No podía haber otra explicación aunque incluso ésta resultaba insatisfactoria

para el propio inquisidor. En cuanto tuvo conciencia de esta espantosa verdad, decidió que no la revelaría a nadie, ni siquiera a Nicolás de Lirey. El laboratorio y el relieve esculpido debían ser destruidos de inmediato. Nadie más lo sabría y el secreto de Ocre sería su propio secreto.

—¡Briac! —llamó al jefe de la guardia.

El soldado cabalgó rápidamente hacia él.

—¿Señor?

—Hay un último trabajo que hacer antes de que obtengáis vuestra justa recompensa.

—¿Mi señor?

—Destruid el recinto secreto y todo cuanto hay dentro de él —le ordenó Jacques.

## Capítulo 44



El abad Jacques salió de la iglesia en compañía de Nicolás. Los campos que se extendían a sus pies eran ahora de un color verde brillante, repletos de nuevos brotes de trigo y salpicados aquí y allá con las manchas amarillas de los dientes de león, como si se tratara del azúcar que se espolvorea sobre un pastel. La tierra se había abierto con la alegría de una nueva estación. Los arbustos y los árboles maduraban cargándose de brotes recién nacidos. Debajo de ellos, un almendro solitario florecía en un maravilloso tono rosado.

El aire permanecía inmóvil y ningún sonido rompía la concentración de los dos hombres. Era como si los acontecimientos de los pasados meses formaran parte de un mal sueño. Nicolás se apoyó contra la pared exterior de la capilla. Jacques se sentó a su lado, junto a una planta de tomillo de rica fragancia.

—La tenemos —dijo simplemente.

—No está mal para el hijo de un panadero —comentó Nicolás.

Jacques rio alegremente, ya que en esta ocasión no había desprecio en la voz del caballero; Nicolás había suavizado tanto su trato que aquellas palabras se convertían ahora en una especie de juego entre amigos, y dejaban traslucir su admiración y su amor por el abad.

—Nuestra tarea ha finalizado; ahora debemos de darnos prisa y emprender la marcha de regreso hacia Avignon —observó Jacques.

—Vuestra tarea ha finalizado. Yo todavía he de recuperar las tierras de mi familia —dijo Nicolás, y su rostro reflejó un profundo dolor mientras cambiaba de sitio, recostándose contra la pared de la capilla—. Sin embargo, no hay mucho que yo pueda hacer ahora, excepto descansar —se lamentó.

—Dormid y descansad —dijo Jacques con una voz tan afectuosa que le recordó la de su propia madre—. Ya llegará vuestra hora.

El abad se persignó y rozó con la mano la frente febril de Nicolás mientras los ojos del joven caballero comenzaban a cerrarse.

Jacques miró con atención el valle que se abría a sus pies. Se sentía abatido por el remordimiento que le producía la violencia utilizada durante su investigación. El

mundo que había entrevisto desde fuera, con los ojos de Pietro de Ocre, era un mundo extraño y anacrónico, sin embargo, durante algunas semanas el abad había formado parte de él. Lamentaba haber dejado morir a Pietro en la prisión de Saint-Germain, e incluso experimentaba el mismo remordimiento por los tres caballeros templarios que habían cabalgado hasta Ocre en un último intento por salvar a su Orden. Habían sido verdaderos caballeros, como Pietro y su tío, aunque también habían perdido su fuerza tras largos años de inactividad y prisión; no habían sido adversarios capaces de enfrentar a Briac y sus guardias papales.

Jacques recordó haber oído en cierta ocasión la descripción del ritual funerario de los caballeros templarios. Eran enterrados en grupos de tres, con sus cuerpos formando una cruz de San Antonio, en forma de T, y sus cabezas encontrándose en el punto de intersección de la cruz. Resolvieron entonces enterrar a aquellos tres caballeros muertos siguiendo aquel ritual, ya que merecían el mismo reconocimiento, o aún más, que el propio Bernard de Caen.

Jacques se estremeció con aprensión cuando asumió plenamente el hecho de que ahora poseía la clave secreta del poder; en otras palabras, también él podía aspirar al mismo elevado destino que había ambicionado Bernard. Este reconocimiento le conmovió más que cualquier otra cosa que hubiera oído o visto hasta entonces; y se trataba de algo real. La imagen le pertenecía; nadie más que Briac, Nicolás y Renaud sabían toda la verdad y, sin embargo, no habían visto la imagen; sólo Nicolás y Briac conocían la existencia del laboratorio, y el jefe de la guardia podía ser fácilmente recompensado con cargos y honores. En lo que concernía a Nicolás, Jacques confiaba plenamente en él. Con su connivencia, lo que él podía conseguir prácticamente no tenía límites. Ya había frustrado los planes del rey Felipe; podía asegurarse de que los caballeros templarios no volvieran a resurgir, e incluso podía restaurar la confianza en el papa Clemente. Sencillamente, no había límites. Toda aquella gente creía en la reliquia como si fuera mágica; él también había sucumbido a su hechizo cuando la vio por vez primera, pero ahora sabía que se trataba de un simple trozo de tela que no era más sagrada que tantas de las «reliquias» que había almacenadas en la Sainte-Chapelle. El verdadero milagro era que resultara tan convincente. Recordó el modo en que se había reído de los tres dedos de Juan el Bautista durante su primer viaje a Ocre y lo tonto que le había parecido el rey Felipe por su afición a coleccionar reliquias sagradas. Y había tenido razón... tanta, que los hechos demostraron ir más allá de lo que pudiera haber previsto su más descabellada imaginación.

Sí, reflexionó con una sonrisa irónica, todos ellos creían fervientemente en la reliquia, y era muy probable que continuaran haciéndolo, ya que aquella imagen podía proporcionarles todo cuando ambicionaban; sin embargo era él, Jacques, quien la poseía. Y mientras ellos continuaran creyendo en ella, él sería capaz de hacer lo que le apeteciera. La única restricción factible a su poder era la que marcaba el límite de la credulidad de los demás, y esa credulidad parecía infinita. Aunque Jacques reconocía que todo aquello hubiese sido imposible de lograr sin la perspicacia y la

visión a largo plazo de su superior, Bernard de Caen, ahora comprendía que si su superior hubiese sobrevivido a la batalla el futuro resultaría mucho más difícil y complicado.

—No —se dijo en voz alta—, ahora ya no hay límites.

Nicolás sufrió una ligera agitación, pero no se despertó.

En el valle, debajo de él, observó la nube de polvo que levantaba un grupo de jinetes al galope que se dirigía hacia San Eusanio. Jacques pensó que en ese día todo el mundo había estado allí y restó importancia a la identidad de los nuevos intrusos. La batalla había sido ganada y él era el absoluto vencedor.

# Epílogo



Cuando el abad Jacques Fournier regresó a Avignon a mediados del verano, supo que el papa Clemente había muerto mientras él se hallaba en Ocre. El cónclave fue prolongado y muy disputado; el nombre de Fournier fue mencionado a menudo encabezando la lista de los posibles candidatos. Sin embargo, Jacques comprendió que aún era demasiado joven para ocupar la Santa Sede. Decidió hacerse a un lado y dejar el camino expedito cuando se llegó a una decisión de compromiso para nombrar al anciano Jacques d'Euse, quien el día 7 de agosto del año 1316 se convirtió en el papa Juan XXII. Fournier creía que muy pronto llegaría su ocasión y fue recompensado mediante una de las primeras decisiones tomadas por el papa Juan, que le promovió al obispado de Pamiers.

Entretanto, en noviembre de 1314, seis meses después del descubrimiento del Sudario, murió Felipe el Hermoso, un hombre frustrado y destruido, cuyo proyecto más querido había culminado en un fracaso.

A lo largo de su pontificado, el supersticioso Juan XXII utilizó los servicios del obispo Fournier, que se había convertido en su consejero de mayor confianza. Los adeptos de los condes de Ocre y de Celestino V que habían sobrevivido fueron declarados herejes y excomulgados con la encíclica *Sancta romana atque universalis Ecclesia*, promulgada el 30 de diciembre de 1317.

El 20 de diciembre de 1334, Jacques Fournier alcanzó el trono de San Pedro como Benedicto XII. Todos los rastros de la herejía de Ocre fueron eliminados de los archivos oficiales. Pietro de Ocre, por lo tanto, dejó de existir. Uno de los objetivos establecidos por el pontificado de Benedicto consistió en trasladar nuevamente la sede papal a Roma. No lo consiguió debido a las objeciones del rey Felipe VI de Francia, convertido en el instrumento de la venganza de su padre. Poco antes de morir, en abril de 1342, el papa Benedicto envió la Imagen, que continuaba en su poder, al único hombre que conocía su historia y en quien podía confiar plenamente: Nicolás de Lirey.



# Notas históricas



## **1. El sudario de Torino**

En la actualidad, los hechos que rodean al así llamado Sudario de Torino, resultan muy simples. Tres análisis independientes, utilizando el método del carbono radiactivo y realizados por laboratorios de Tucson, Oxford y Zúrich, han establecido recientemente que fue falsificado en la Edad Media. Parece probable que la falsificación se realizara utilizando un proceso que consistía en tender un paño sobre el bajo relieve de una figura de Jesucristo en la posición en que, supuestamente, yacía en su tumba. Como tantos otros tejidos de calidad de la época, la procedencia del material utilizado podría haber sido Tierra Santa (Tiro o Damasco), lo que explicaría la presencia de ciertos tipos de polen orientales descubiertos por los análisis científicos. El aspecto tridimensional, descubierto en 1898 por el fotógrafo Secondo Pia, y estudiado en la NASA mediante un proceso computerizado, fue presumiblemente accidental.

El sudario apareció por primera vez en la historia como posesión de Geoffroi de Chamy, en la pequeña villa de Lirey, que se acurruca, prácticamente invisible desde los caminos que pasan por sus proximidades, en un tranquilo pliegue de las colinas bajas, a unos veinte kilómetros al sur de Troyes, sobre la carretera nacional 77, después de Bouilly. Para albergar el sudario, Dé Chamy construyó en esa aldea una colegiata de madera, que en la actualidad ha sido sustituida por una sencilla capilla de piedra, donde permaneció entre 1353 y 1356, año de su muerte. Se exhibió al público por vez primera en Lirey, por el propio Chamy o su viuda, en algún momento entre los años de 1356 y 1370. A partir de entonces, su historia se halla perfectamente documentada; tal como se ha explicitado en el Epílogo, permaneció en poder de la familia Lirey-Chamy hasta que pasó a manos de los duques de Saboya, en 1453. Luego fue alojado en Chambéry hasta el año 1578, cuando fue trasladado a la catedral de Torino.

Sin embargo, ya en el año 1389, el obispo Pierre d'Arcis, de Troyes, declaró en un memorándum dirigido al papa Clemente VII, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, que se trataba de una falsificación. El obispo lo describe como

«hábilmente pintado... mediante un astuto juego de manos» y afirma creer que se trata de «un engaño y una abominable superstición». El 13 de octubre de 1988 su juicio fue confirmado cuando el cardenal Anastasio Ballestrero, de Torino, anunció formalmente, con la autorización del papa, que las pruebas de carbono radiactivo habían demostrado que el paño en el que aparece la imagen de Cristo fue fabricado entre los años 1260 y 1390.

Por lo tanto, los tres verdaderos problemas, relacionados entre sí, aún persisten; es decir: quién lo fabricó, dónde lo hizo y exactamente en qué año.

## 2 (a). Ocre: la gente

Tal como Pietro de Ocre reclamaba, su familia y su poder tenían orígenes muy antiguos; la familia Berardi, que más tarde recibió el título de condes de Marsica y de Ocre, era en realidad descendiente directa de Carlomagno (742-814) y su nieto, Pepino el Breve; se convirtieron en señores feudales del territorio alrededor de año 850. En 860, un Berardo fue descrito como rey de Italia y primer gran conde de los Marsi. La familia es más tarde mencionada en el *Chronicon Farfense* de 936, y un documento datado en el año 947 hace un recuento de sus posesiones. Parece ser que Berardo, conde de Albe, un territorio próximo a la ciudad romana de Alba, al sur de Aquila, se trasladó a Ocre e inició una rama menor de la familia, antes de la reconstrucción de San Eusanio, producida en el año 1198.

Gualtiero, hijo de Berardo, padre Me Pietro de Ocre en la novela, fue un hombre de gran relevancia y sumamente interesante. Ya en el año 1220 se hallaba *nelle grazie* del emperador Federico II. Entre los años 1236 y 1244, desde su cargo de secretario imperial, realizó numerosas visitas a la corte del rey Enrique III de Inglaterra, en Winchester. El papel que jugó puede deducirse de las menciones que hace de él el rey Enrique en su correspondencia oficial: *Rerum Britannicarum Medii Aevi Scriptores: Royal and other Historical Letters Illustrative of the Reign of Henry III* (Londres, 1866), vol. 1, pp. 8-10, 467-469 y 474-475; y también en *Diplomatic Documents Preserved in the Public Record Office* (Londres, 1964), vol. 1, pp. 41,91 y 202-203. Fue él quien negoció el matrimonio de la hermana de Enrique, Isabel, con Federico, como se puede comprobar en una carta de Woodstock, fechada el 6 de julio de 1237, en la que es descrito como «*magistro Gautero nunciis*» (*Treaty Rolls Preserved in the Public Record Office*, Londres, 1955, p. 22), y quien dio la orden al alguacil de Kent para que proporcionara «una buena nave para transportar el dinero que el rey envía al emperador» con Giles Bertaud y Master Walter (5 de julio de 1237: en *Calendar of the Liberate Rolls Preserved in the Public Record Office: Henry III*, vol. 1, Londres, 1916). Asimismo, Gualtiero fue el responsable de la notable carta de Enrique III a «*Angelus, priorde Aquila*» (1256-1257), ofreciendo apoyo y dinero para la construcción de la nueva ciudad (*Diplomatic Documents*, pp. 202-203). En el año

1245, representó a Federico en el Consejo de Lyon; dos años más tarde se convirtió en arzobispo de Capua, y desde el año 1249 fue «Gran Canciller» del emperador hasta la muerte de este último, un año más tarde. Gualtiero desempeñó el mismo papel para los sucesores de Federico, Conrado y Manfredi. Murió alrededor de 1262, y su vida aparece en un pequeño volumen escrito por G. Rossi y titulado *Memorial storico del Gran Cancelliere Gualtiero da Ocre* (Nápoles, 1829).

La identidad de Thomas Berard, Maestre del Temple de Inglaterra y Gran Maestre de la Orden (1256-1273), ha sido muy misteriosa. Sin embargo, existe cierta evidencia documentada, proporcionada por Marie Luise Bulst-Thiele en su obra *Sacrae Domus Militiae Templi Hierosolymitani Magistri: Untersuchungen zur Geschichte des Templer ordens 1118/9-1314* (Göttingen, pp. 232-233, 1974), y no existe la menor duda de que el Gran Maestre procedía de la familia de los condes de Ocre. Su sobrino e hijo de Gualtiero, Pietro de Ocre, cuyo nombre completo era Francesco Pietro, es reconocido como «*magnus Templariorum Magister*» en la obra de v. Perrot *Collection Historique des Ordres de Chevalerie* (Paris, 1820). El hermano de Francesco Pietro, Tommaso, uno de los primeros apoyos que tuvo el papa Celestino, fue designado cardenal durante el breve pontificado de dicho papa; su vida aparece en la obra de C. Telera, *Histoire Sagre degli huomini illustri per santità della Congregazione de' Celestini dell' Ordine di San Benedetto* (Bologna, 1648).

## **2 (b). Ocre: los lugares**

Los sitios mencionados en el área de los Abruzzos, conectada con los condes de Ocre, pueden visitarse en la actualidad. Cada uno de ellos tiene una curiosa historia, tan extraña como la propia historia de la familia de los Ocre. La aldea de San Eusanio se halla a unos 16 kilómetros al sureste de L'Aquila, sobre una carretera comarcal que se extiende bajo la gran sombra del peñón de Ocre. La iglesia de San Eusanio fue conocida originariamente con el nombre de San Pedro, pero en el año 1198 fue reconsagrada por el obispo Odorisio, de la ciudad próxima de Farcona, según consta en el documento «*Ad honoresm D.N.I.C. & sanctae vivificae Crucis, & SS. Apostolorum Petri, & Pauli, & omnium Sanctorum, & ad titulum, & Subjectionem Beati Eusanii*», es decir, con el nombre de San Eusanio. En esa época la iglesia se hallaba en el feudo de los condes de Ocre, y con toda probabilidad la fachada actual fue añadida a la antigua iglesia en el año 1220. Un fragmento de la piedra del frente, situada de forma invertida en el sector izquierdo de la fachada, lleva una inscripción que dice: «*T. Ocratius. S.A.D.D.S.F.C. Idem*».

Como se establece en el texto, el papa Inocencio IV promulgó un documento contra Gualtiero de Ocre en el año 1247 en el cual se le describe como «*indignimi*» o indigno de conservar sus propiedades. En algún momento, a principios del siglo XIV, la cripta fue tapiada para reabrirse sólo en el siglo XVIII, cuando fue descubierta por el

padre Coppola.

Coppola publicó sus descubrimientos junto con el texto de la *Passio Sancii Eusanii Confessoris* (descubierto en el año 1664), en su volumen *Lo Scoprimiento del corpodì San Eusanio* (L'Aquila, 1749). En la actualidad, el interior corresponde (y es un hecho decepcionante) al siglo XVIII y no tiene interés, aunque, tal como he escrito, su restauración está en marcha. Sin embargo, la fachada todavía conserva su misterio y su enorme antigüedad; también la cripta conserva su propio misterio; se trata de un recinto extraño, húmedo y ligeramente amedrentador, con los huesos de San Eusanio bajo el altar y la entrada tapiada a su derecha. En el exterior del ábside románico se pueden observar algunos interesantes símbolos mágicos. Frente a la iglesia hay una fuente moderna; es el sitio en el que el hermano Jacques vio a los pastores.

Si uno se sitúa de pie ante la puerta de San Eusanio y mira en un ángulo de cuarenta y cinco grados, tal como lo hizo Jacques, se puede ver el Castillo de la Virgen sobre su colina. El castillo se halla actualmente en malas condiciones, pero la *pequeña capilla todavía se mantiene* limpia y es utilizada durante la procesión anual que se lleva a cabo en el mes de junio, cuando una estatua de la virgen, que se guarda en San Eusanio, es llevada a hombros por los hombres de la localidad.

Desde el siglo XIV, el río Aterno ha cambiado su curso, como lo atestiguan numerosos puentes en desuso, y la corriente, que discurre al pie de la colina, lo hace a través de una pequeña acequia.

Hacia la izquierda, es posible imaginar la vista que percibió Jacques (hoy empobrecida por una construcción posterior) del monasterio de Santo Spirito.

La carretera moderna que lleva hasta lo alto de la colina donde se halla el monasterio, recientemente asfaltada, sigue el trazado de la senda utilizada por el hermano Jacques y Nicolás de Lirey. El monasterio fue fundado en el año 1222 por el conde Berardo para un ermitaño, el beato Plácido, que entonces vivía en una cueva, entre las rocas de debajo del castillo. Más tarde pasó a manos de los cistercienses y estuvo efectivamente bajo la autoridad del monasterio de Casanova, hoy convertido en ruinas, sobre la falda del Gran Sasso d'Italia, hasta el año 1310. Fue cerrado y desacralizado mediante una bula del papa Inocencio X, promulgada el 15 de octubre de 1652, como consecuencia de prácticas heréticas no especificadas. Durante siglos permaneció deshabitado y, en consecuencia, sufrió un continuo deterioro. A principios de la década de 1980, se encontró una extraña habitación exterior que contenía los restos de esqueletos presumiblemente quemados por la Inquisición. Hasta hace unos pocos años fue destino de peregrinación de ocultistas locales; se profanaron tumbas (fue utilizado como cementerio hasta la Segunda Guerra Mundial) en busca de cadáveres y se observaron frecuentes señales vinculadas a la práctica de la magia negra (el altar fue destruido para utilizar sus trozos en otros altares y se utilizó sangre fresca de pollos en las ceremonias). Existe un fresco muy curioso que puede entenderse como una representación de la Ascensión de la Virgen o como una imagen del diablo, según sea el ángulo de visión, del espectador. Todavía hoy persiste

un aura extraña y peculiar y los lugareños hablan del monasterio con temor. Recientemente restaurado, se pensó que podía convertirse en una escuela para restauradores; sin embargo, el proyecto aún no se ha puesto en marcha.

Las espectaculares ruinas del castillo de Ocre todavía dominan el valle del río Atevo. Se alza en el mismo sitio donde antes existía una necrópolis perteneciente a la antigua ciudad de Aveia, en el valle, que en tiempos de los romanos fue conocida como Forcona, bajo la autoridad del gobernador Prisco, que encarceló a San Eusanio. Originariamente se trataba de una doble fortaleza, «*cassari castrum*», pero sólo permanece la mitad del edificio original, y sólo uno de los muros. Merece la pena escalar la colina hasta el castillo, ya que desde allí se ve una estupenda perspectiva del otro lado del valle, incluida la cadena montañosa del Gran Sasso, que alcanza más de 3.000 metros de altitud. El castillo es propiedad privada; durante años, los visitantes y los ocultistas forzaron su entrada, constituyendo una verdadera pesadilla para sus propietarios.

La morada de los condes de Ocre fue arrasada en el año 1280 por los pobladores de la nueva ciudad de L'Aquila. Buccio di Ranallo, cronista del siglo XIV, que escribió una historia rimada de L'Aquila desde 1254 hasta 1362, apuntó:

*Multecastella strussero, non se porria cuntare:*

*Ocra et Castelluni fecero derupare;*

*Nulla grande fortelleza ce volsero lassare*

En *Cronaca Aquilana rimata di Buccio di Ranallo*, editado por V. di Bartholomaeis (Roma, 1907, p. 20). La mitad del castillo fue reconstruida en 1448-1449, y continuó utilizándose hasta principios del siglo XVII. Contenía excelentes frescos del siglo XIII, muchos de los cuales fueron trasladados al Museo Nazionale, instalado en un castillo español del siglo XVI, en L'Aquila. La gran calidad de las obras de arte es un elocuente testimonio del poder de los propietarios del castillo.

La construcción de la propia ciudad de L'Aquila comenzó en el año 1254, cuando Nicolás de Sinizzo, un ex monje de Santo Spirito y posterior obispo de la nueva ciudad, persuadió al papa Alejandro IV para que solicitara al emperador Conrado que fundara la ciudad. Se convirtió en obispado en 1257, el mismo año de la carta de Enrique III de Inglaterra. En 1259 fue destruida por el sucesor de Conrado, Manfredi, como consecuencia de las simpatías que demostraba la ciudad hacia Enrique III, a quien se le había prometido el reino de Sicilia como retribución a su apoyo y, por tanto, enemigo declarado de Manfredi. En 1265 comenzó su reconstrucción, supervisada por Sinizzo, que fue obispo desde 1267 hasta 1294. En el año 1294, Celestino V fue coronado en la magnífica basílica de Santa María di Collemaggio (fundada por él y financiada por los condes de Ocre), donde aún puede visitarse su tumba.

Entre las numerosas historias escritas acerca de la ciudad de L'Aquila, las más interesantes, desde esta perspectiva, son la de Carlo Franchi, *Difesa per la Fedelissima Città dell'Aquila* (Nápoles, 1752); y la de G. Equizi, *Storia dell'Aquila e della sua diocesi* (Torino, 1957).



EDWARD BURMAN nació en Cambridge en 1947. Estudió en la universidad de su ciudad natal y se licenció en Filosofía en la Leeds University.

Después de graduarse, impartió clases en diversas universidades italianas y más tarde trabajó para el gobierno de Irán en temas de edición. Dirige una empresa financiera y reside en Pekín desde 2003.

Sus novelas se asientan en la historia y cultura europea, con buena documentación y ajuste a la realidad histórica. Entre sus obras destacan *Los secretos de la Inquisición* (1984) y *El último templario* (1990), ambas grandes éxitos internacionales.